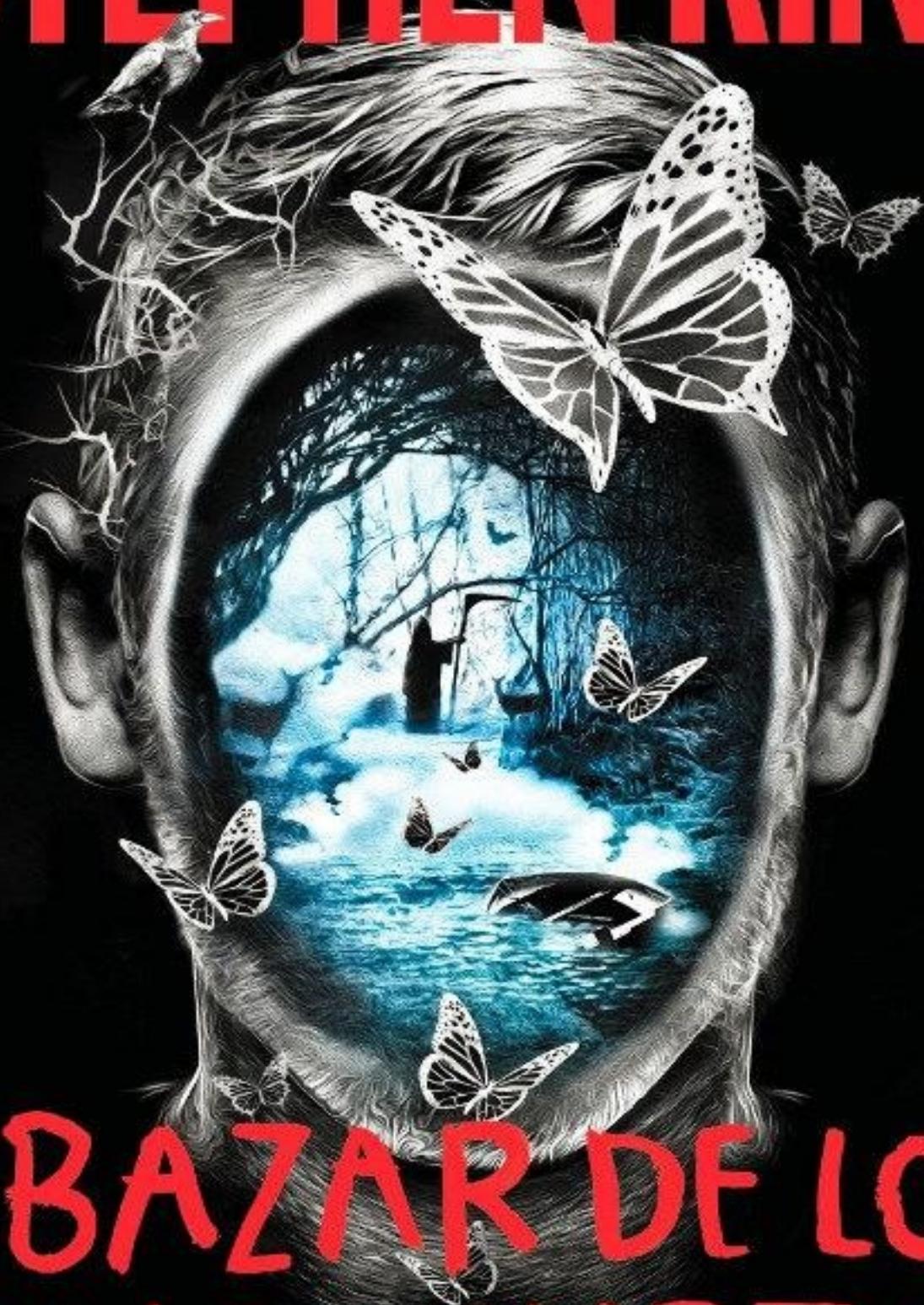


STEPHEN KING



EL BAZAR DE LOS MALOS SUEÑOS

Lectulandia

Stephen King nos presenta en *El bazar de los malos sueños* una excepcional selección de relatos, algunos nuevos y otros revisados en profundidad. Cada uno viene precedido de su propia introducción, donde habla sobre sus orígenes y sobre los motivos que lo llevaron a escribirlo, incluyendo aspectos autobiográficos.

Aunque han pasado ya treinta y cinco años desde que escribió su primera colección, Stephen King sigue deslumbrándonos con su maestría en el género. En esta ocasión trata temas como la moralidad, la vida después de la muerte, la culpa y lo que corregiríamos del pasado si pudiéramos ver el futuro.

Lectulandia

Stephen King

El bazar de los malos sueños

ePub r1.0

Edusav 15.10.17

Título original: *The Bazaar of Bad Dreams*

Stephen King, 2015

Traducción: Carlos Milla Soler

Editor digital: Edusav

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Nota del autor

Algunos de estos cuentos ya se habían publicado previamente, pero eso no significa que por entonces estuvieran acabados, o ni siquiera que estén acabados ahora. La obra de un autor no está terminada hasta su muerte; siempre pueden venirle bien unos retoques y unas cuantas revisiones más. Otros son nuevos. Hay algo más que quiero que sepas, Lector Constante: me alegra mucho de que los dos sigamos aquí. Genial, ¿no?

S. K.

I shoot from the hip and keep a stiff upper lip.

(«Disparo a bocajarro y ni me inmuto»).

AC/DC

Introducción

Te he preparado unas cuantas cosas, Lector Constante; las expongo ante ti a la luz de la luna. Pero, antes de que contemples los pequeños tesoros artesanales que tengo en venta, hablemos un poco de ellos, si no te importa. No nos llevará mucho tiempo. Ven, siéntate a mi lado. Y acércate un poco más. No muerdo.

Aunque... nos conocemos desde hace ya mucho tiempo, y sospecho que sabes que eso no es del todo cierto.

¿No es así?

I

Te sorprendería —al menos eso creo— la de gente que me pregunta por qué sigo escribiendo cuentos. La razón es muy sencilla: escribirlos me proporciona felicidad, porque lo mío es entretener. No toco muy bien la guitarra, ni bailo claqué, pero esto sí sé hacerlo. Y lo hago.

Soy novelista por naturaleza, eso lo admito, y siento especial predilección por las historias largas que crean una experiencia de inmersión tanto para el escritor como para el lector, donde la narrativa puede convertirse en un mundo casi real. Cuando un libro largo tiene éxito, el escritor y el lector no solo mantienen un idilio; contraen matrimonio. Cuando recibo una carta de un lector que me dice que se entrusteció al llegar al final de *Apocalipsis* o de *22/11/63*, tengo la sensación de que ese libro ha sido un éxito.

Pero las experiencias más breves e intensas tienen también su interés. Pueden ser estimulantes, a veces incluso sorprendentes, como bailar un vals con un extraño al que nunca volverás a ver, o intercambiar un beso en la oscuridad, o ver una hermosa rareza puesta a la venta sobre una manta barata en un bazar callejero. Y sí, cuando mis cuentos se recopilan en una colección, siempre me siento como un vendedor callejero, uno que solo vende en plena noche. Expongo mi género e invito al lector —ese eres tú— a venir y elegir. Pero siempre añado la oportuna advertencia: ándate con cuidado, amigo mío, porque algunos de estos artículos son peligrosos. Son aquellos que ocultan pesadillas dentro de sí, aquellos en los que no puedes dejar de pensar cuando el sueño tarda en vencerte y te preguntas por qué la puerta del armario está abierta, si sabes perfectamente que la has cerrado.

II

Si dijera que siempre me ha gustado la rigurosa disciplina impuesta por las obras narrativas más breves, mentiría. Los cuentos exigen una destreza acrobática para la que se requiere una práctica agotadora. *La lectura fluida es fruto de un trabajo de redacción arduo*, dicen algunos profesores, y es la verdad. Despistes que en una novela pueden pasar inadvertidos se convierten en errores flagrantes en un cuento. La rigurosa disciplina es necesaria. El autor debe contener el impulso de seguir ciertos desvíos cautivadores y ceñirse al camino principal.

Nunca percibo tan vivamente las limitaciones de mi talento como cuando escribo narrativa breve. He tenido que luchar con una sensación de ineptitud, con un profundo temor a ser incapaz de salvar la brecha entre una gran idea y la realización de las posibilidades implícitas en esa idea. Eso, hablando en plata, se reduce al simple hecho de que el producto nunca parece tan bueno como la magnífica idea que un día surgió del subconsciente junto con la entusiasta convicción: *¡Tío, esto tengo que escribirlo de inmediato!*

A veces, no obstante, el resultado es aceptablemente bueno. Y muy de vez en cuando el resultado es mejor que el concepto original. Cuando eso pasa, es todo un placer. El verdadero desafío reside en meterse en el condenado asunto, y esa es la razón, creo, por la que muchos aspirantes a escritor con grandes ideas nunca llegan a coger la pluma o a empezar a teclear. Muy a menudo es como tratar de arrancar un coche en un día frío. Al principio el motor ni siquiera cobra vida; solo gime. Pero si perseveras (y no se agota la batería) el motor arranca y comienza a funcionar... primero con un sonido áspero... y después acompasado.

Aquí hay cuentos que surgieron de un destello de inspiración («Trueno de verano» fue uno de esos), y tenían que escribirse de inmediato, aun a costa de interrumpir el trabajo en una novela. Hay otros, como «Área 81», que han aguardado su turno pacientemente durante décadas. No obstante la estricta concentración necesaria para crear un buen cuento es siempre la misma. Las novelas son un poco como el béisbol, un deporte en el que el juego continúa tanto como sea necesario, aunque se requieran veinte entradas. Los cuentos se parecen más al baloncesto o el fútbol: no solo se compite contra el otro equipo sino también contra el reloj.

Cuando se trata de escribir narrativa, sea larga o corta, la curva de aprendizaje nunca termina. Tal vez yo sea un Escritor Profesional para Hacienda cuando presento la declaración de la renta, pero desde el punto de vista creativo sigo siendo un aficionado, sigo aprendiendo mi oficio. Nos pasa a todos. Cada día dedicado a escribir es una experiencia de aprendizaje, y una pugna por lograr algo nuevo. Las medias tintas no están permitidas. Uno no puede aumentar su propio talento —eso viene de fábrica—, pero sí es posible evitar que el talento se encoja. Al menos eso me gusta creer.

Ah, y este oficio todavía me apasiona.

III

He aquí la mercancía, pues, mi querido Lector Constante. Esta noche vendo un poco de todo: un monstruo que se parece a un coche (recuerda a *Christine*), un hombre que puede matarte escribiendo tu necrológica, un lector de libros electrónicos que accede a mundos paralelos, y un clásico de toda la vida: el final de la especie humana. Me gusta vender este género cuando los demás vendedores se han ido a casa hace ya rato, cuando las calles están vacías y un frío gajo de luna flota sobre los desfiladeros de la ciudad. Es entonces cuando me gusta extender *mi* manta y exponer *mi* mercancía.

Basta ya de charla. Quizá ahora te apetezca comprar algo, ¿no? Todo lo que ves es artesanal y, si bien adoro estos artículos del primero al último, los vendo con mucho gusto porque los he hecho especialmente para ti. Examinalos con entera libertad, pero ten cuidado, por favor.

Los mejores tienen dientes.

6 de agosto de 2014

Cuando tenía diecinueve años y estudiaba en la Universidad de Maine, viajaba en coche desde Orono hasta la pequeña localidad de Durham, que normalmente en mis libros aparece representada como Harlow. Realizaba ese recorrido cada tres fines de semana más o menos, para ver a mi novia... y, de paso, a mi madre. Tenía una ranchera Ford del 61: motor de seis cilindros en línea y tres marchas con palanca en columna (si no lo entiendes, pregúntale a tu padre). Heredé el coche de mi hermano David.

En aquellos tiempos la I-95 era una carretera menos transitada, y estaba casi vacía en largos tramos a partir de primeros de septiembre, cuando los veraneantes regresaban a su vida cotidiana. Además, no había teléfonos móviles, claro. Si tenías una avería, la alternativa era: arreglarla tú mismo, o esperar a que un buen samaritano parase y te llevase al mecánico más cercano.

Durante esos desplazamientos de casi doscientos cincuenta kilómetros, concebí un relato de terror especial para el kilómetro 135, que estaba entre Gardiner y Lewiston, en medio de la nada. Llegué a convencerme de que si mi vieja ranchera me dejaba tirado, sería allí. Me la representaba encogida en el arcén, sola y abandonada. ¿Se detendría alguien para cerciorarse de que el conductor se encontraba bien? ¿Qué no estaba quizás desplomado en el asiento delantero, muriéndose de un infarto? Claro que pararía alguien. Hay buenos samaritanos en todas partes, sobre todo en lugares remotos. La gente que vive en lugares remotos cuida de los suyos.

Pero, pensé, ¿y si mi vieja ranchera era una impostora? ¿Una trampa monstruosa para incautos? Me dije que de ahí podría salir un buen cuento, y así fue. Lo titulé «*Mile 85*», en honor al kilómetro 135. Nunca lo reescribí, ni de hecho lo publiqué, porque lo perdí. En aquella época le daba al ácido con frecuencia, y lo perdía todo. Incluso, durante breves períodos, la cabeza.

Avancemos ahora casi cuarenta años en el tiempo. Aunque en el siglo XXI el largo tramo de la I-95 que atraviesa Maine está mucho más transitado, la circulación sigue aflojando a partir del puente del Día del Trabajo, a primeros de septiembre, y los recortes presupuestarios han obligado al estado a cerrar muchas áreas de servicio. Una de las afectadas fue la que estaba cerca de la salida de Lewiston, que incluía una gasolinera y un Burger King (donde consumí muchos Whoppers). Abandonada, se veía cada vez más triste y cochambrosa tras el PROHIBIDA LA ENTRADA que se leía en las vallas colocadas en el acceso y la salida. El suelo del aparcamiento se había abombado por efecto de los crudos inviernos, y brotaban malas hierbas en las grietas.

Un día, al pasar por delante, me acordé de mi viejo cuento extraviado y decidí volver a escribirlo. Como el área de servicio abandonada se hallaba un poco más al sur del temido kilómetro 135, tuve que cambiar el título. Todo lo demás es poco más o menos igual, creo. Puede que ese oasis de autopista haya desaparecido —como la vieja ranchera Ford, mi novia de entonces y muchos de mis malos hábitos—, pero el cuento aquí sigue. Es uno de mis preferidos.

Área 81

1. PETE SIMMONS (Huffy de 2007)

—No puedes venir —dijo su hermano mayor. George habló en voz baja, pese a que sus amigos, un grupo de doce o trece chicos del barrio que se hacían llamar los Salteadores Pedorreros, lo esperaban en la otra esquina. No muy pacientemente—. Es muy peligroso.

—No tengo miedo —contestó Pete.

Lo negó con relativa rotundidad, pese a que sí tenía miedo, un poco. George y sus amigos se dirigían a las montañas de arena situadas detrás de la bolera. Allí pasarían el rato con un juego que se había inventado Normie Therriault. Normie era el cabecilla de los Salteadores Pedorreros, y el juego se llamaba Paracaidistas del Infierno. Un camino surcado de roderas conducía hasta el borde de la gravera, y el juego consistía en recorrerlo a toda velocidad en bicicleta gritando «*¡Los Salteadores son los amos!*» a pleno pulmón y, sin parar, tirarse del asiento de la bici. El salto era desde una altura de tres metros más o menos, y la zona de aterrizaje aceptada era blanda, pero tarde o temprano alguien caería en grava en lugar de en arena y posiblemente se rompería un brazo o un tobillo. Eso lo sabía incluso Pete (aunque medio entendía que por ese mismo motivo la atracción resultaba aún mayor). Entonces los padres se enterarían y ahí se acabaría para siempre Paracaidistas del Infierno. Pero de momento el juego —practicado sin casco, por supuesto— proseguía.

Comoquiera que fuese, George sabía que no debía dejar jugar a su hermano; en principio, él cuidaba de Pete mientras sus padres estaban en el trabajo. Si Pete destrozaba su bicicleta, una Huffy, en la gravera, George probablemente tendría que quedarse castigado en casa durante una semana. Si su hermano pequeño se rompía un brazo, lo castigarían todo un mes. Y si —*Dios no lo quisiera!*— se partía el cuello, George suponía que bien podría ser que tuviera que buscar la manera de matar el tiempo en su habitación hasta el día de su marcha a la universidad.

Además, quería mucho a ese pequeño tocapelotas.

—Entretente por aquí —insistió George—. Volveremos dentro de un par de horas.

—Entretenerte con *¿quién?* —preguntó Pete.

Eran las vacaciones de primavera, y al parecer sus propios amigos, aquellos que, según su madre, eran de la «edad apropiada», estaban todos fuera. Un par de ellos habían ido a Disney World, en Orlando, y cuando Pete lo pensaba, se le henchía el alma de envidia y celos: un cóctel desplorable pero extrañamente grato al paladar.

—Tú entretente y punto —repitió George—. Vete a la tienda, o lo que sea. —Rebuscó en el bolsillo y sacó un par de billetes de un dólar arrugados—. Ten, un poco de pasta.

Pete los miró.

—Caray, con eso me compraré un Corvette. O a lo mejor dos.

—¡Date prisa, Simmons, o nos marchamos sin ti! —exclamó Normie.

—¡Ya voy! —respondió George levantando la voz. Bajándola de nuevo para dirigirse a Pete, añadió—: Coge el dinero y no seas plasta.

Pete aceptó los billetes.

—Hasta he traído la lupa —dijo—. Iba a enseñarles...

—Todos han visto ese truco infantil mil veces —atajó George, pero cuando vio a Pete torcer las comisuras de los labios, intentó atenuar el golpe—. Además, mira el cielo, tontaina. No se puede encender fuego con una lupa un día nublado. Entretente con algo. Cuando vuelva, jugaremos en el ordenador a Battleship o alguna otra cosa.

—¡Vale, cobardica! —gritó Normie—. ¡Hasta luego, pajillero!

—Tengo que irme —dijo George—. Hazme el favor de no meterte en líos. No salgas del barrio.

—Seguro que te partes la columna y te quedas paralítico para toda tu puta vida —repuso Pete... y se apresuró a escupir entre los dedos abiertos en V para dejar sin efecto la maldición—. ¡*Buena suerte!* —deseó a su hermano en voz alta—. ¡*Salta más lejos que nadie!*

George alzó la mano para darse por enterado pero no volvió la vista. Se irguió sobre los pedales de su propia bicicleta, una Schwinn grande y vieja que Pete admiraba pero no podía montar (lo intentó una vez y se pegó un batacazo hacia la mitad del camino de acceso). Pete lo observó acelerar a lo largo de aquella manzana de casas de las afueras de Auburn para alcanzar a sus colegas.

Pete se quedó solo.

Sacó la lupa de la alforja y la sostuvo sobre su antebrazo, pero no vio punto de luz ni sintió calor. Desanimado, lanzó una ojeada a las nubes bajas y guardó otra vez la lupa. Era buena, una Richforth. Se la habían regalado la Navidad anterior, para usarla con su hormiguero, el proyecto de la clase de ciencias.

«Acabarás en el garaje acumulando polvo», había dicho su padre, pero, a pesar de que el proyecto del hormiguero había terminado en febrero (Pete y su compañero, Tammy Witham, habían sacado un diez), Pete no se había cansado aún de la lupa. Le divertía especialmente chamarullar hojas de papel en el jardín de atrás hasta perforarlas.

Pero aquel día no. Aquel día la tarde se desplegaba ante él como un desierto. Podía volver a casa y ver la televisión, pero su padre había bloqueado todos los canales interesantes al descubrir que George grababa en vídeo digital *Boardwalk Empire*, serie en la que aparecían gángsteres de la vieja escuela y tetas. Pete también tenía el ordenador bloqueado de manera similar, y no había encontrado aún la forma de sortear el control parental, pero la encontraría; era solo cuestión de tiempo.

¿Y entonces?

—Y entonces ¿qué? —dijo en voz baja, y empezó a pedalear lentamente hacia el final de Murphy Street—. Y entonces... ¿qué... joder?

Demasiado pequeño para jugar a Paracaidistas del Infierno porque era muy arriesgado. Vaya rollo. Ojalá se le ocurriera algo con lo que demostrar a George y a Normie y a los demás Salteadores que incluso los niños pequeños podían afrontar el peli...

En ese preciso momento se le ocurrió una idea, así sin más. Podía explorar el área de servicio abandonada. Dudaba que los mayores conocieran su existencia porque había sido un niño de la edad de Pete, Craig Gagnon, quien le había hablado de ella. Le contó que había estado allí con otros dos chavales, de diez años, el otoño anterior. Quizá todo fuese mentira, claro, pero Pete creía que no lo era. Craig le había dado un sinfín de detalles, y no era un niño con mucha inventiva. En realidad, tenía pocas luces.

Con un destino en mente, Pete pedaleó con más brío. Al final de Murphy Street, dobló a la izquierda por Hyacinth. No vio a nadie en la acera, tampoco coches. Oyó el zumbido de una aspiradora procedente de casa de los Rossignol, pero por lo demás todos podrían haber estado dormidos o muertos. Pete supuso que en realidad estaban en el trabajo, como sus padres.

Torció a la derecha por Rosewood Terrace y dejó atrás el letrero amarillo donde se leía SIN SALIDA. En Rosewood había solo una docena de casas más o menos. Una alambrada impedía el paso en el extremo de la calle. Al otro lado crecía una espesa maraña de matorrales y árboles jóvenes de poca altura. Cuando Pete se acercó a la alambrada (y al cartel totalmente innecesario que colgaba en ella con la advertencia CALLE CORTADA), interrumpió el pedaleo y dejó rodar la bicicleta.

Entendía —vagamente— que si bien él consideraba Mayores a George y los otros Salteadores (y sin duda así era como los propios Salteadores se veían a sí mismos), en *realidad* no eran Mayores. Los verdaderos Chicos Mayores eran adolescentes gamberros con carnet de conducir y novia. Los Verdaderos Chicos Mayores iban al instituto. Les gustaba beber, fumar hierba, escuchar heavy metal o hip hop, y morrearse con sus novias.

De ahí el área de servicio abandonada.

Pete desmontó de su Huffy y echó una ojeada alrededor para ver si alguien lo observaba. No había nadie. Ni siquiera estaban a la vista las gemelas Crosskill, un par de pelmas a las que les gustaba saltar a la comba (en tandem) por todo el vecindario cuando no tenían clase. Un milagro, en opinión de Pete.

No muy lejos oía los sucesivos *silbidos* de los coches que circulaban por la I-95, en dirección sur, hacia Portland, o en dirección norte, hacia Augusta.

Aun si Craig dijo la verdad, seguramente han arreglado la alambrada, pensó Pete. *Así son las cosas hoy día.*

Pero cuando se inclinó, vio que la alambrada, si bien parecía intacta, en realidad no lo estaba. Alguien (probablemente un Chico Mayor que se había incorporado

hacía mucho a las aburridas filas de los Jóvenes Adultos) había cortado la tela metálica de arriba abajo en línea recta. Pete lanzó otra ojeada en torno y acto seguido introdujo los dedos entre los rombos y empujó con las manos. Esperaba resistencia, pero no la hubo. La porción cortada de alambrada se abrió como la cancela de una granja. Los Auténticos Chicos Mayores habían estado utilizando ese acceso, estaba claro. Bravo.

Tenía su lógica, si uno se paraba a pensarlo. Quizá tuvieran carnet de conducir, pero ahora, en la entrada y la salida del Área 81, impedían el paso esos conos de color naranja utilizados por los operarios de las autopistas. La hierba crecía a través del asfalto resquebrajado del aparcamiento vacío. Pete lo había visto con sus propios ojos miles de veces, porque el autobús escolar pasaba por la I-95 entre Laurelwood, donde él lo cogía, y Sabatus Street, tres salidas más allá, donde se hallaba el Colegio de Enseñanza Primaria N.^º 3 de Auburn, también conocido como Alcatraz.

Recordaba los tiempos en que el área de servicio aún estaba abierta. Por entonces incluía una gasolinera, un Burger King, una yogurtería TCBY y una pizzería Sbarro's. Pero un día la cerraron. Según el padre de Pete, había demasiadas áreas de servicio en la autopista y el estado no podía permitirse mantenerlas todas.

Pete pasó la bici por la brecha de la alambrada y después volvió a colocar esa cancela improvisada de modo que las formas de los rombos coincidieran y la valla pareciera de nuevo intacta. Se encaminó hacia el muro de matorrales con cuidado de no pisar con las ruedas de la Huffy algún cristal roto (había muchos a ese lado de la valla). Empezó a buscar lo que sabía que tenía que haber allí; el corte en la alambrada indicaba que debía de haberlo.

Y allí estaba, señalado por colillas aplastadas y los cascós vacíos de unas cuantas botellas de cerveza y de refrescos: un sendero que se adentraba en la maleza. Todavía empujando la bici, Pete lo siguió. Los altos arbustos lo engulleron. A su espalda, Rosewood Terrace continuó sumida en su ensueño durante otro día de primavera encapotado.

Era como si Pete Simmons nunca hubiera estado allí.

El sendero entre la alambrada y el Área 81 tenía, calculaba Pete, algo menos de un kilómetro, y se veían señales de la presencia de Chicos Mayores a lo largo de todo el camino: media docena de pequeños frascos marrones (dos todavía con sus respectivas cucharillas para coca con restos de mocos pegados), bolsas de patatas fritas vacías, unas bragas de encaje prendidas de un espino (el muchacho tuvo la impresión de que llevaban allí su tiempo, unos cincuenta años, quizás), y —¡bingo!— una botella medio llena de vodka Popov con el tapón de rosca todavía puesto. Después de debatirse en la duda por un momento, Pete se la guardó en la alforja junto con la lupa, la última entrega de *Locke & Key*, y unas cuantas galletas Oreo Doble Crema en una bolsita hermética.

Empujando la bici, cruzó un arroyo de aguas mansas y, premio, llegó a la parte de atrás del área de servicio. Allí se alzaba otra valla, también cortada, y Pete la atravesó sin más. El sendero seguía entre hierba alta hacia el aparcamiento de detrás. Donde, supuso, en su día estacionaban los camiones de reparto. Cerca del edificio vio en el asfalto rectángulos oscuros donde antes se hallaban los contenedores de basura. Bajó la pata de cabra de su Huffy y la aparcó en uno de esos espacios.

El corazón le latió con fuerza cuando pensó en lo que venía a continuación. *Entrada ilegal en propiedad ajena, ricura. Podrías ir a la cárcel por esto.* Pero ¿se consideraría allanamiento de morada si encontraba una puerta abierta o una tabla suelta en una de las ventanas tapiadas? Supuso que eso seguía siendo entrar, pero ¿entrar era delito por sí solo?

En sus adentros sabía que sí, pero llegó a la conclusión de que entrar sin forzar la puerta no conllevaba pena de prisión. Y a fin de cuentas, ¿no había ido allí para correr riesgos? ¿Para tener algo de que alardear después ante Normie y George y los demás Salteadores Pedorreros?

Y sí, vale, tenía miedo, pero al menos ya no se aburría.

Tanteó la puerta en que se leía SOLO PERSONAL AUTORIZADO y descubrió que estaba no ya cerrada sino cerrada *a cal y canto*: ni se movió. Al lado había dos ventanas, pero nada más verlas supo que se hallaban firmemente tapiadas. Recordó entonces la alambrada intacta solo en apariencia y probó a desprender las tablas. Nada. En cierto modo fue un alivio. Tenía una excusa para irse si quería.

Solo que... los Auténticos Chicos Mayores sí entraban allí. A ese respecto no albergaba la menor duda. ¿Cómo lo conseguían, pues? ¿Por delante? ¿A la vista de todo aquel que circulara por la autopista? Quizá sí, si iban allí de noche, pero Pete no tenía intención de comprobarlo a plena luz del día. No cuando cualquier conductor con móvil que pasara por allí podía telefonear al 911 y decir: «He pensado que a lo mejor les interesa saber que hay un chaval metiendo las narices en el Área 81. Donde antes estaba el Burger King, ¿sabe?».

Preferiría romperme el brazo jugando a Paracaidistas del Infierno antes que llamar a mis padres desde el cuartelillo de la policía de carretera de Gray. De hecho, preferiría incluso romperme los dos brazos y pillarne el pito con la cremallera del vaquero.

Bueno, eso quizá no.

Se acercó a la zona de carga y descarga, y allí, una vez más: premio. Al pie del muelle de hormigón había docenas de colillas aplastadas, amén de unos cuantos frascos marrones más en torno a su rey: una botella de jarabe antigripal NyQuil. La superficie del muelle, hasta donde retrocedían los enormes tráileres para descargar, le llegaba a la altura de los ojos, pero el cemento había empezado a disgregarse y ofrecía abundantes puntos de apoyo para un niño ágil calzado con unas botas Converse Chuck Taylor. Pete levantó los brazos por encima de la cabeza, hincó los dedos en las hendiduras de la superficie agrietada del muelle... y el resto, como suele

decirse, ya es historia.

En el muelle, con pintura roja ya descolorida, alguien había escrito: EL INSTITUTO EDWARD LITTLE ROMPE, LOS RED EDDIES SON LOS AMOS. *Falso*, pensó Pete. *Los Salteadores Pedorreros son los amos*. A continuación echó una mirada alrededor desde su posición elevada, sonrió y dijo:

—En realidad, yo soy el amo.

Y allí de pie, por encima del aparcamiento trasero vacío del área de servicio, se convenció de que así era. Al menos de momento.

Se descolgó del muelle —únicamente para asegurarse de que no entrañaba mayores dificultades— y se acordó entonces del contenido de su alforja. Provisiones, por si decidía pasar allí la tarde explorando y tal. Dudó qué coger y al final decidió desabrochar las correas de la alforja y llevárselo todo. Incluso la lupa podía serle útil. Una vaga fantasía empezó a cobrar forma en su cerebro: joven detective descubre a la víctima de un asesinato en un área de servicio vacía y resuelve el crimen aun antes de que la policía se entere del delito. Se imaginó a los Salteadores escuchándolo boquiabiertos mientras les explicaba que en realidad aquello había sido coser y cantar. Elemental, queridos gilipuertas.

Bobadas, desde luego, pero sería divertido jugar a eso.

Subió la alforja al muelle de carga (con especial cuidado en consideración a la botella de vodka medio llena) y después volvió a encaramarse. El portón de metal acanalado que daba acceso al interior medía al menos tres metros y medio de altura y estaba trabado en la parte inferior mediante no uno sino dos candados descomunales, pero encuadraba un postigo de tamaño humano. Pete probó el picaporte. No giró, ni el postigo de tamaño humano se abrió cuando empujó y tiró de él. Con todo, sí cedió un poco. Bastante, de hecho. Pete bajó la vista y vio que había una cuña de madera insertada en la rendija al pie del postigo, una precaución absurda donde las hubiera. Aunque, claro, ¿qué cabía esperar de chicos que se colocaban a base de coca y jarabe para la tos?

Pete retiró la cuña, y esta vez, cuando tanteó el postigo, se abrió con un chirrido.

Los ventanales delanteros de lo que había sido el Burger King no estaban tapiados sino protegidos con tela metálica, así que Pete podía ver lo que hubiera que ver sin mayor problema. En la zona del restaurante habían desaparecido todas las mesas y reservados, y en la zona de la cocina, poco más que un lóbrego agujero, asomaban cables de las paredes y colgaban algunas de las placas del falso techo, pero no podía decirse que el lugar estuviese desamueblado.

Ocupaban el centro de la sala dos viejas mesas de juego, juntas y rodeadas de sillas plegables. En esa doble superficie había unos diez ceniceros de latón

mugrientos, varias barajas Bicycle roñosas y un estuche de fichas de póquer. Decoraban las paredes veinte o treinta desplegables de revista. Pete los inspeccionó con sumo interés. Sabía qué era un coño, había alcanzado a ver más de uno en HBO y CinemaSpank (antes de que sus padres se enteraran y bloquearan los canales premium de la televisión por cable), pero estos eran coños *afeitados*. Pete no entendía muy bien a qué venía tanto revuelo —a él le daban un poco de repelús—, pero suponía que les vería la gracia cuando fuera mayor. Además, las tetas al aire lo compensaban. Las tetas al aire eran una pasada.

En el rincón había tres colchones inmundos, también juntos, como las mesas de juego, pero Pete tenía ya edad para saber que no era póquer a lo que se jugaba allí.

—¡Déjame verte el coño! —ordenó a una de las chicas de *Hustler* colgadas en la pared, y ahogó una risita. Después dijo—: ¡Déjame verte ese coño *afeitado*! —Y dejó escapar una risa más sonora. Medio deseó que Craig Gagnon estuviese allí, pese a que Craig era un tarado. Podrían haberse reído juntos de esos coños afeitados.

Empezó a deambular, aún se le escapaba la risa a borbotones de vez en cuando. Aquel era un sitio húmedo pero no frío en realidad. Lo peor era el olor, una combinación de humo de tabaco, humo de hierba, bebida rancia y creciente podredumbre en las paredes. Pete pensó que quizá olía también a carne podrida. Probablemente de sándwiches comprados en Rosselli's o Subway.

En la pared junto al mostrador donde antes la gente pedía Whoppers y Whalers, Pete descubrió otro póster. Este era de Justin Bieber cuando el Beeb rondaba los dieciséis. Los dientes del Beeb estaban pintados de negro, y alguien le había añadido una esvástica en la mejilla. Unos cuernos demoníacos en tinta roja sobresalían de su pelo de paje. Había dardos clavados en su rostro. En la pared, escrito en rotulador por encima del póster, se leía: BOCA 15 PUNTOS, NARIZ 25 PUNTOS, OJOS 30 PUNTOS CADA UNO.

Pete desclavó los dardos y retrocedió por la sala amplia y vacía hasta llegar a una línea negra pintada en el suelo. Allí se leía: LÍNEA BEEBER. Pete se situó detrás y lanzó los seis dardos diez o doces veces. En el último intento obtuvo 125 puntos. Le pareció una puntuación más que aceptable. Se imaginó a George y Normie Therriault aplaudiéndole.

Se acercó a una de las ventanas cubiertas con tela metálica y desde allí miró las islas de hormigón donde antes se hallaban los surtidores de gasolina y, más allá, el tráfico. Un tráfico fluido. Supuso que cuando llegara el verano la autopista estaría de nuevo a rebosar de turistas y veraneantes, a menos que, como presagiaba su padre, el precio de la gasolina subiese a dos pavos el litro y todo el mundo se quedara en casa.

¿Y ahora qué? Había jugado a los dardos, había visto coños afeitados más que suficientes para..., bueno, quizás no para toda la vida pero como mínimo sí para unos meses, y no tenía ningún asesinato que resolver. Así pues, ¿ahora qué?

Vodka, decidió. Eso era lo siguiente. Tomaría unos cuantos sorbos solo para demostrarse que podía, y de esa manera sus futuras fanfarronadas sonarían creíbles.

Después, imaginó, se largaría de allí y volvería a Murphy Street. Haría lo posible para que su aventura pareciera interesante —incluso emocionante—, pero en realidad aquel sitio no era nada del otro mundo. No pasaba de ser el sitio adonde los Auténticos Chicos Mayores iban a jugar a las cartas y a montárselo con chicas y a estar a cubierto cuando llovía.

Pero la bebida... eso ya era *otra cosa*.

Se llevó la alforja a los colchones y se sentó (procurando evitar las manchas, que abundaban). Sacó la botella de vodka y la observó con ceñuda fascinación. A sus diez años, yendo ya para once, no sentía especial deseo de probar los placeres adultos. El año anterior afanó un cigarrillo a su abuelo y se lo fumó detrás del 7-Eleven. Se fumó la mitad, para ser más exactos. Después se inclinó y arrojó el almuerzo entre las zapatillas. Aquel día había obtenido una información interesante pero no muy valiosa: las alubias y los frankfurts no tenían muy buen aspecto cuando entraban por la boca, pero al menos sabían bien. Cuando volvían a salir, tenían un aspecto espantoso y sabían peor.

El rechazo inmediato y categórico de su cuerpo ante aquel único American Spirit lo indujo a pensar que el efecto de la bebida no sería mejor, sino probablemente peor. Pero si no bebía al menos un poco, toda fanfarronada sería falsa. Y su hermano George tenía radar para las mentiras, al menos en lo que se refería a Pete.

Seguramente volveré a echar las papas, pensó, y luego dijo:

—El lado bueno es que no seré el primero que vomite en *este vertedero*.

Ante esta idea volvió a reírse. Sonreía aún cuando desenroscó el tapón y se acercó la boca de la botella a la nariz. Olía un poco, pero apenas. Quizá era agua en lugar de vodka, y el olor no era más que un vestigio. Se llevó la boca de la botella a su propia boca, en parte con la esperanza de que fuera así y en parte de que no lo fuera. No tenía grandes expectativas puestas en aquello, y desde luego no quería emborracharse y quizá partirse después el cuello al descolgarse del muelle de carga, pero sentía curiosidad. A sus padres les *encantaba* ese brebaje.

—Quien no arriesga no gana —dijo sin ninguna razón en particular, y dio un breve sorbo.

No era agua, eso por descontado. Sabía a petróleo caliente. Lo tragó básicamente por efecto de la sorpresa. El vodka le dejó un rastro de calor en la garganta y le estalló en el estómago.

—¡Jobar! —exclamó Pete.

Se le saltaron las lágrimas. Alargó el brazo para sostener la botella a distancia, como si le hubiese mordido. Pero el calor en el estómago ya remitía, y se sentía bastante bien. No borracho, ni como si estuviera a punto de vomitar. Echó otro sorbito, ahora que sabía qué esperar. Calor en la boca..., calor en la garganta..., y luego... pum en el estómago. Molaba, la verdad.

Después experimentó un hormigueo en los brazos y las manos. Tal vez también en el cuello. No era el cosquilleo que uno siente cuando se le ha dormido un

miembro, sino más bien como si algo estuviera despertando.

Pete volvió a llevarse la botella a los labios, pero de pronto la bajó. Caerse del muelle de carga o tener un accidente en bicicleta de camino a casa (se preguntó por un momento si podían detenerlo por ir en bici en estado de ebriedad y supuso que sí) no era lo único que debía preocuparle. Echar unos tragos de vodka para poder fanfarronear era una cosa, pero si se pasaba bebiendo y pillaba un pedo, sus padres lo notarían cuando llegaran a casa. Bastaría con echarle un vistazo. Tratar de pasar por sobrio no le serviría. Ellos bebían, sus amigos bebían, y a veces bebían más de la cuenta. Reconocerían los síntomas.

Por otra parte, no debía olvidar la temida RESACA. Pete y George habían visto a su madre y a su padre deambular a rastras por la casa, pálidos, con los ojos enrojecidos, no pocas mañanas de sábado y domingo. Tomaban vitaminas, les ordenaban que bajasen el volumen del televisor, y la música estaba totalmente prohibida. La RESACA parecía todo lo contrario de la diversión.

Aun así, quizá otro sorbo no le hiciera daño.

Pete tomó un trago un poco más largo y exclamó:

—¡Zum, hemos completado el despegue!

Le entró la risa. Sintió un ligero mareo, pero era una sensación de lo más agradable. Al fumar no la tuvo. Al beber, sí.

Se puso en pie, se tambaleó un poco, recuperó el equilibrio y volvió a reírse.

—Saltad a ese puto foso de arena todo lo que queráis, ricuras —dijo al restaurante vacío—. Estoy como una puta mona, y estar como una puta mona mola más.

Eso le pareció graciosísimo, y soltó una carcajada.

—¿De verdad estoy como una mona? ¿Con solo tres sorbos?

No lo creía, pero desde luego se le había subido a la cabeza. No más. Ya bastaba.

—Bebe de manera responsable —dijo al restaurante vacío, y se rio.

Se quedaría por allí un rato y esperaría a que se le pasara. Una hora sería suficiente, dos como mucho. Hasta las tres, pongamos. No tenía reloj, pero sabría cuándo daban las tres por las campanas de St. Joseph, que estaba a solo un par de kilómetros de allí. Luego se marcharía, después de esconder el vodka (para posibles experimentaciones futuras) y encajar otra vez la cuña bajo el postigo. Su primer alto cuando regresara al vecindario sería el 7-Eleven, donde compraría aquellos chicles tan fuertes, Teaberry, para que no se le notara el olor a alcohol en el aliento. Había oído decir a otros chicos que el vodka era lo que debía robarse en el mueble-bar de los padres, porque no olía, pero en ese momento Pete era un niño mejor informado que hacía una hora.

—Además —dijo en tono doctrinal al restaurante desocupado—, seguro que tengo los ojos rojos, igual que papá cuando ha bebido demasiados mantinis. —Se interrumpió. Ahí se había trabucado, pero qué más daba, joder.

Cogió los dardos, regresó a la Línea Beeber y los lanzó. Solo uno acertó en Justin, y eso se le antojó lo más cómico de todo. Se preguntó si el Beeb podría tener éxito

con una canción titulada «Mi nena se afeita el coño», y eso le resultó tan gracioso que se rio hasta quedar doblado por la cintura con las manos apoyadas en las rodillas.

Cuando se le pasó la risa, se limpió las dos velas que le colgaban de la nariz, agitó la mano hacia el suelo (*despídate de tu clasificación de Buen Restaurante* pensó, *lo siento, Burger King*) y volvió a trompicones hasta la Línea Beeber. Esa segunda vez aún tuvo peor suerte. No veía doble ni nada por el estilo; sencillamente era incapaz de darle al Beeb.

Además, al final resultó que sí sentía ciertas náuseas. Mínimas, pero se alegró de no haber tomado un cuarto sorbo.

—Habría potado el podka —dijo.

Se rio y acto seguido dejó escapar un resonante eructo que le quemó al salir. Uf. Dejó los dardos donde estaban y regresó a los colchones. Pensó en mirar con lupa para ver si reptaba por allí algo muy pequeño, pero decidió que prefería no saberlo. Pensó en comerse alguna Oreo, pero temía su posible efecto en el estómago, que se notaba ya, debía reconocerlo, un poco delicado.

Se tumbó y entrelazó las manos detrás de la cabeza. Había oído decir que cuando uno se emborrachaba más de la cuenta, todo empezaba a dar vueltas. Eso a él no le pasaba, así que, supuso, estaba solo un poco piripi; en todo caso, no le vendría mal una siesta.

—Pero no muy larga.

No, no muy larga. Si dormía demasiado tiempo, mal asunto. Si no estaba en casa cuando llegaran sus padres, y además no lo encontraban por ningún sitio, se vería en un aprieto. Probablemente también George, por marcharse sin él. La duda era: ¿se despertaría cuando sonaran las campanas de St. Joseph?

Pete cayó en la cuenta, en esos últimos segundos de vigilia, de que tendría que confiar en que así fuera. Porque lo vencía el sueño.

Cerró los ojos.

Y durmió en el restaurante vacío.

Fuera, en los carriles de la I-95 en dirección sur, apareció una ranchera antigua de modelo indeterminado. Circulaba a una velocidad muy inferior a la mínima permitida en la autopista. Un tráiler se acercó por detrás a gran velocidad y, con un bocinazo, viró para adelantarla.

La ranchera, ya casi avanzando por inercia, dobló por la vía de acceso al área de servicio, indiferente a un enorme cartel donde se leía CERRADO. FUERA DE SERVICIO. PRÓXIMA GASOLINERA Y RESTAURANTE A 43 KM. Embistió cuatro de los conos de color naranja colocados para cortar el paso, apartándolos de su camino, y fue a detenerse a unos setenta metros del restaurante abandonado. Se abrió la puerta del conductor, pero no salió nadie. Tampoco se oyó el característico campanilleo de eh-memo-llevas-la-puerta-abierta. Se quedó entornada en silencio, sin más.

Si Pete Simmons hubiese estado mirando en lugar de dormido, no habría visto al conductor. La ranchera, salpicada de fango, tenía todo el parabrisas cubierto de barro. Lo cual era raro, porque en el norte de Nueva Inglaterra no llovía desde hacía más de una semana y la autopista estaba totalmente seca.

El coche permaneció allí, en la vía de acceso, bajo un cielo nublado de abril. Los conos que había volcado dejaron de rodar. La puerta del conductor siguió abierta.

2. DOUG CLAYTON (Prius de 2009)

Doug Clayton, agente de seguros natural de Bangor, viajaba rumbo a Portland, donde tenía reservada una habitación en el hotel Sheraton. Preveía llegar a las dos como muy tarde. Eso le dejaba tiempo de sobra para una siesta (lujo que rara vez podía permitirse) antes de salir a buscar un sitio donde cenar en Congress Street. Al día siguiente, por la mañana bien temprano, se presentaría en el Centro de Congresos de Portland, cogería su placa de identificación y asistiría junto con otros cuatrocientos agentes a una conferencia titulada «Incendios, tormentas e inundaciones: seguros para catástrofes en el siglo XXI». Al dejar atrás el mojón del kilómetro 131, Doug se acercaba a su propia catástrofe personal, pero esta no se correspondía con ninguno de los temas abarcados en la conferencia de Portland.

Había dejado el maletín y la maleta en el asiento trasero. En el del acompañante llevaba una Biblia (la versión del rey Jacobo; Doug no aceptaba ninguna otra). Era uno de los cuatro predicadores laicos de la Iglesia del Santo Redentor, y cuando le tocaba pronunciar el sermón, se complacía en llamar a su Biblia «el manual de seguros supremo».

Doug había aceptado a Jesucristo como su salvador personal después de abandonarse a la bebida durante una década que abarcaba desde el final de la adolescencia hasta casi los treinta años. Esa juerga de un decenio terminó con un coche para la chatarra en un accidente y treinta días en la cárcel del condado de Penobscot. La primera noche en aquella celda pestilente no mayor que un ataúd se hincó de rodillas, y había seguido arrodillándose todas las noches desde entonces.

«Ayúdame a mejorar», imploró en su oración aquella primera vez y todas las demás veces a partir de ese momento. Era una sencilla plegaria a la que el Señor había dado respuesta, primero multiplicada por dos, luego por diez, luego por cien. Pensaba que, pasados unos años, se multiplicaría por mil. ¿Y qué era lo mejor de todo? Al final lo esperaba el cielo.

La Biblia estaba ajada, porque la leía a diario. Le gustaban todos los relatos que contaba, pero el que más —aquel en el que meditaba con mayor frecuencia— era la parábola del Buen Samaritano. Había basado sus sermones en ese pasaje del Evangelio de san Lucas en varias ocasiones, y los feligreses del Santo Redentor, que Dios los bendijera, después siempre le habían dispensado elogios con generosidad.

Doug suponía que era por lo *cercana* que a él le resultaba esa historia. Un sacerdote pasó junto al viajero robado y apaleado que yacía en el camino; pasó también un levita. ¿Y quién transita después por allí? Un vil samaritano de esos que tanto aborrecían a los judíos. Pero es precisamente ese quien lo ayuda, por vil que sea y por mucho que aborrezca a los judíos. Limpia y venda las heridas del viajero, lo carga en su asno y lo lleva a una posada próxima, donde paga su alojamiento por adelantado.

«¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?», pregunta Jesús al joven legista, un hacha en lo suyo, que le ha preguntado cuáles son los requisitos para alcanzar la vida eterna. Y el hacha, que no es tonto, contesta: «El que tuvo misericordia de él».

Si algo horrorizaba a Doug Clayton era la posibilidad de obrar como el levita de esa parábola. Negarse a ayudar cuando alguien necesitaba ayuda y dar un rodeo. Así pues, cuando vio la ranchera embarrada poco más allá de la entrada a la vía de acceso del área de servicio vacía —los conos de color naranja volcados delante del vehículo, la puerta del conductor entreabierta—, dudó solo un momento antes de poner el intermitente y desviarse.

Estacionó detrás de la ranchera, encendió las luces de emergencia y se dispuso a apearse. Advirtió entonces que, aparentemente, la ranchera no llevaba matrícula en la parte de atrás..., aunque era tal la cantidad de barro que resultaba difícil saberlo con certeza. Doug cogió el teléfono móvil de la consola central del Prius y se aseguró de que lo llevaba encendido. Ser un buen samaritano estaba bien, pero no extremar la cautela al acercarse a un coche de aspecto indeterminado y sin matrícula era una estupidez total.

Se encaminó hacia la ranchera con el móvil en la mano izquierda, sujeto no muy firmemente. No, no tenía matrícula, en eso no se había equivocado. Escrutó a través de la luna trasera y no vio nada. Demasiado barro. Se dirigió hacia la puerta del conductor, pero de pronto se detuvo y, con el entrecejo fruncido, observó el coche en su conjunto. ¿Era un Ford o un Chevrolet? Imposible saberlo, y eso era extraño, porque él debía de haber asegurado miles de rancheras a lo largo de su vida profesional.

¿*Tuneada?*, se preguntó. En fin, podía ser... pero ¿quién se tomaría la molestia de tunear una ranchera para darle una apariencia tan *anónima*?

—¿Eh? ¿Hola? ¿Tiene algún problema?

Apretando un poco más el teléfono sin darse cuenta, se aproximó a la puerta. Acudió a su memoria una película que de niño lo había aterrorizado, algo sobre una casa encantada. Una pandilla de adolescentes se acercaba a una casa vieja abandonada, y cuando uno de ellos veía la puerta entornada, susurraba a sus amigos: «¡Mirad, está abierta!». El espectador deseaba prevenirlos para que no entraran, pero por supuesto entraban.

Eso es una idiotez. Si dentro de ese coche hay alguien, podría haberle pasado

algo.

Por supuesto, cabía la posibilidad de que el individuo hubiese ido al restaurante, quizá en busca de un teléfono público, pero si *de verdad* le pasaba algo...

—¿Hola?

Doug tendió la mano hacia el tirador, se lo pensó mejor y se inclinó para mirar a través de la abertura. Quedó consternado ante lo que vio. El asiento estaba embarrado, como también el salpicadero y el volante. Un pringue oscuro goteaba de los anticuados mandos de la radio, y en el volante se veían huellas que no parecían exactamente de unas manos. Para empezar, las marcas de las palmas eran enormes; las de los dedos, por el contrario, eran estrechas como lápices.

—¿Hay alguien ahí? —Se cambió el teléfono móvil de mano y sujetó la puerta del conductor con la izquierda para abrirla del todo y mirar en el asiento de atrás—. ¿Hay alguien heri...?

Tardó un momento en registrar un hedor insopportable, y de pronto estalló en su mano izquierda un dolor tan intenso que pareció recorrer todo su cuerpo, dejando un rastro de fuego e inundando de sufrimiento todos los espacios huecos. Doug no gritó, no pudo. Se le cerró la garganta a causa de la repentina conmoción. Bajó la vista y vio que el tirador de la puerta parecía haberle atravesado la palma de la mano.

Apenas le quedaban dedos. Solo veía los muñones, justo por debajo del primer nudillo, allí donde nacía el dorso de la mano. El resto lo había engullido de algún modo la puerta. Ante la mirada de Doug, el dedo medio se partió. La alianza nupcial se desprendió y cayó al asfalto con un tintineo.

Notaba algo. Dios santo, Jesús bendito, era algo semejante a unos dientes. Masticaban. El coche estaba comiéndosele la mano.

Doug intentó retirarla. El salpicón de sangre manchó en parte la puerta embarrada, en parte su pantalón. Las gotas que alcanzaron la puerta desaparecieron de inmediato con un débil sonido de succión: *slurp*. Por un momento casi logró zafarse. Veía resplandecer los huesos de los dedos allí donde la carne había sido succionada, y vislumbró una breve y horripilante imagen de sí mismo masticando un ala de pollo del Kentucky Fried Chicken. *Róelo bien antes de dejarlo*, decía siempre su madre; *la carne más sabrosa es la que está cerca del hueso*.

Acto seguido sintió otro tirón. La puerta del conductor se abrió para acogerlo: *Hola, Doug, estaba esperándote, pasa*. Se golpeó la cabeza con lo alto del marco de la puerta y sintió un contacto frío en la frente, que pasó a ser caliente cuando el borde del techo de la ranchera se le hincó en la piel.

En un nuevo esfuerzo para zafarse, soltó el móvil y empujó contra la ventana trasera. El cristal, en lugar de servirle de apoyo, cedió y al instante le envolvió la mano. Miró en esa dirección y vio que lo que antes parecía vidrio ahora ondeaba igual que la superficie de un estanque movida por la brisa. ¿Y por qué ondeaba? Porque masticaba. Porque engullía.

Esto es lo que gano por ser un buen sama...

En ese momento el marco de la puerta del conductor le serró el cráneo y hundió fácilmente el cerebro. Doug Clayton oyó un chasquido sonoro y nítido, como cuando un nudo de pino estalla en el fuego intenso de una hoguera. La oscuridad se impuso.

Un repartidor que viajaba en sentido sur lanzó una ojeada y vio el parpadeo de las luces de emergencia de un coche verde pequeño estacionado detrás de una ranchera embarrada. Un hombre —cabía suponer que el dueño del coche verde pequeño— parecía inclinado junto a la puerta de la ranchera, hablando con el conductor. *Avería*, pensó el repartidor, y volvió a centrar la atención en la carretera. Él no era un buen samaritano.

Doug Clayton fue arrastrado hacia el interior como si unas manos —unas manos de palmas anchas y dedos finos como lápices— lo hubieran agarrado de la camisa y tiraran de él. La ranchera perdió su forma y se contrajo, como una boca al percibir un sabor excepcionalmente agrio... o excepcionalmente dulce. Dentro se oyó una sucesión de crujidos solapados: como el sonido de ramas secas pisadas por un hombre calzado con robustas botas. La ranchera permaneció contraída durante unos diez segundos; semejaba un puño apretado e irregular más que un coche. Por fin, con un *plop* similar al de una pelota de tenis golpeada diestramente por una raqueta, recuperó de repente su forma de ranchera.

El sol asomó fugazmente entre las nubes, reflejándose en el teléfono móvil caído y formando un círculo de luz breve y caliente en torno a la alianza nupcial de Doug. Después se sumió de nuevo en la capa de nubes.

Detrás de la ranchera parpadeaban las cuatro luces del Prius. Emitían un leve sonido parecido al de un reloj: *tic... tic... tic*.

Pasaron unos cuantos automóviles, no muchos. Las semanas laborables anterior y posterior a la de Pascua son las que registran menos tráfico en las autopistas de la nación, y la primera hora de la tarde es el segundo segmento del día con menos tráfico; solo circulan menos vehículos entre las doce de la noche y las cinco de la madrugada.

Tic... tic... tic.

En el restaurante abandonado, Pete Simmons seguía durmiendo.

3. JULIANNE VERNON (Dodge Ram de 2005)

Julie Vernon no necesitaba al rey Jacobo para que le enseñara a ser una buena samaritana. Se había criado en la pequeña localidad de Readfield, Maine (2400 habitantes), donde la buena vecindad era una forma de vida, y los forasteros eran también vecinos. Nadie se lo había explicado así de claramente; lo había aprendido de su madre, su padre y sus hermanos mayores. Tenían poco que decir sobre esas cuestiones, pero predicar con el ejemplo es siempre la forma de enseñanza más eficaz. Si veías a un tipo tirado junto a la carretera, tanto daba que fuera samaritano o

marciano. Te detenías a ayudar.

Tampoco le había preocupado nunca mucho que pudiera robarle, violarla o asesinarla alguien que solo simulaba necesitar ayuda. En quinto curso, cuando la enfermera del colegio le preguntó su peso, Julie contestó orgullosa: «Dice mi papá que desnuda rondaría los ochenta. Despellejada, un poco menos». Ahora, a los treinta y cinco años rondaba más bien los ciento treinta y no tenía el menor interés en convertirse en la buena esposa de ningún hombre. Era lesbiana como la que más, y se enorgullecía de ello. En la parte posterior de su furgoneta Ram llevaba dos adhesivos. En uno se leía APOYEMOS LA IGUALDAD DE GÉNEROS. El otro, de un rosa intenso, opinaba que ¡GAY ES UNA PALABRA AFORTUNADA!

En ese momento los adhesivos no se veían porque arrastraba lo que ella llamaba el «remolque de la jaca». Había comprado una yegua, una paso fino de dos años, en Clinton, y viajaba de regreso a Readfield, donde vivía en una granja con su compañera, a solo tres kilómetros carretera adelante de la casa donde se había criado.

Estaba pensando, como tantas veces, en sus cinco años de gira con las Twinkles, un equipo femenino de lucha en barro. Esos años habían sido a la vez malos y buenos. Malos porque en general se consideraba a las Twinkles un fenómeno de feria (cosa que en cierto modo eran, suponía); buenos porque habían visto mucho mundo. Sobre todo mundo norteamericano, eso era cierto; pero en una ocasión el equipo pasó tres meses en Inglaterra, Francia y Alemania, donde las trataron con una gentileza y un respeto casi inquietantes. Como a damiselas, de hecho.

Todavía conservaba el pasaporte, y lo había renovado el año anterior, aunque sospechaba que seguramente nunca más viajaría al extranjero. En esencia le traía sin cuidado. En esencia estaba a gusto en la granja con Amelia y su variopinta colección de perros, gatos y ganado, pero a veces echaba en falta aquellos tiempos de gira: los ligues de una sola noche, los combates bajo los focos, la bronca camaradería de las otras chicas. A veces incluso echaba de menos los encontronazos con el público.

«¡Agárrala por el chocho, eso le gusta: es bollera!», exclamó una noche algún paleta descerebrado... en Tulsa, si la memoria no la engañaba.

Melissa y ella, la chica con la que estaba luchando en el cuadrilátero de barro, cruzaron una mirada, asintieron y se pusieron en pie de cara a la sección del público de donde había surgido la exclamación. Se quedaron allí inmóviles, sin más ropa que la parte inferior del biquini empapada, el barro escurriéndose de su pelo y sus pechos, y las dos a la par le hicieron un corte de mangas a aquel bocazas. El público prorrumpió en un aplauso espontáneo... que se convirtió en clamorosa ovación cuando primero Julianne y después Melisa se dieron la vuelta, se agacharon, se bajaron el biquini y le enseñaron el culo al muy gilipollas.

Se había criado sabiendo que uno cuidaba de aquel que había caído y no podía levantarse. También se había criado sabiendo que uno no aguantaba chorraditas de nadie, ni sobre sus caballos, ni sobre su tamaño, ni sobre su actividad profesional, ni sobre sus preferencias sexuales. En cuanto empezabas a aguantar chorraditas, eso se

convertía en la pauta.

El CD que estaba escuchando terminó, y se disponía a pulsar el botón para expulsarlo cuando vio más adelante un coche, estacionado poco más allá de la entrada a la vía de acceso que conducía a la abandonada Área 81. Tenía encendidas las luces de emergencia. Lo precedía otro coche, una ranchera embarrada y maltrecha. Probablemente Ford o Chevrolet, no se distinguía bien.

Julie no tomó una decisión, porque no había decisión que tomar. Puso el intermitente, vio que no quedaba espacio para ella en la vía de acceso, no con el remolque, y ocupó el arcén evitando pisar la tierra blanda contigua. Nada deseaba menos que volcar con la jaca por la que acababa de pagar mil ochocientos dólares.

Probablemente no se trataba de un percance grave, pero no le costaba nada comprobarlo. Nunca se sabía cuándo una mujer decidía de repente dar a luz en la interestatal, o cuándo un hombre que paraba a ayudar se ponía nervioso y se desmayaba. Julie encendió las luces de emergencia, pero con el remolque de la jaca detrás apenas se veían.

Se apeó, miró hacia los dos coches y no vio un alma. Quizá alguien había recogido a los conductores, pero era más probable que hubiesen ido al restaurante. Julie dudaba que allí encontraran gran cosa; aquello llevaba cerrado desde septiembre del año anterior. Antes la propia Julie a menudo hacía un alto en el Área 81 para tomarse un cucuricho de yogur helado, pero ahora se detenía por su tentempié treinta kilómetros al norte, en Damon's, Augusta.

Circundó el remolque, y su nueva jaca —DeeDee, se llamaba— asomó el morro. Julie la acarició.

—So, pequeña, so. Será solo un momento.

Abrió la puerta del remolque para acceder al armario incorporado en el lado izquierdo. DeeDee decidió que era buen momento para abandonar el vehículo, pero Julie se lo impidió con su fornido hombro y volvió a susurrar:

—So, pequeña, so.

Descorrió el pestillo del armario. Dentro, encima de las herramientas, llevaba unas cuantas bengalas de carretera y dos conos de seguridad fosforescentes de color rosa. Julie introdujo los dedos en el extremo hueco de los conos (no había necesidad de bengalas en una tarde que poco a poco empezaba a despejarse). Cerró el armario y corrió el pestillo, no quería que DeeDee pisara dentro y se hiciera daño. A continuación cerró la puerta de atrás. DeeDee volvió a asomar la cabeza. Julie en realidad no creía que un caballo pudiese parecer inquieto, pero DeeDee en cierto modo lo parecía.

—No tardo —dijo, y colocó los conos de seguridad detrás del remolque. Luego se encaminó hacia los dos coches.

El Prius, aunque vacío, no tenía echado el seguro. Eso dio mala espina a Julie, porque en el asiento trasero había una maleta y un maletín de aspecto caro. La puerta del conductor de la vieja ranchera estaba entornada. Julie se dirigió hacia allí, pero de

pronto se detuvo con expresión ceñuda. Abandonados en el asfalto junto a la puerta abierta vio un teléfono móvil y lo que casi con toda certeza era una alianza nupcial. La carcasa del móvil presentaba una considerable grieta en zigzag, como si se hubiera caído. Y en el pequeño visor de cristal que mostraba los números entrantes detectó... ¿era eso una gota de sangre?

Probablemente no. Probablemente era solo barro —la ranchera estaba cubierta de fango—, pero a Julie aquello le gustaba cada vez menos. Había sacado a DeeDee a dar un buen paseo a medio galope antes de subirla al remolque, y como no se había cambiado para el viaje todavía llevaba puesta la práctica falda de montar con rajas a los lados. Extrajo su móvil del bolsillo derecho y dudó si marcar el 911.

No, decidió, todavía no. Pero si la ranchera sucia de barro estaba tan vacía como el coche verde pequeño, o si la mancha del tamaño de una moneda en el teléfono caído era realmente sangre, sí llamaría. Y esperaría allí mismo a que llegase el coche de la policía de carretera en lugar de acercarse ella sola al edificio abandonado. Era valiente, y tenía buen corazón, pero no era tonta.

Se agachó a examinar el anillo y el teléfono caído. La falda de montar, con un ligero vuelo, rozó el flanco embarrado de la ranchera y pareció fundirse con él. Julie sintió el tirón a la derecha, muy violento. Su robusta nalga topó con el costado de la ranchera. La superficie cedió y envolvió dos capas de ropa y la carne que contenían. El dolor fue repentino y atroz. Julie chilló, soltó su teléfono e intentó apartarse de un empujón, casi como si el coche fuera una de sus antiguas adversarias en lucha. Su mano y su antebrazo derechos desaparecieron a través de la flexible membrana que parecía un cristal. Lo que asomó al otro lado, vagamente visible a través de la película de barro, no era el brazo fornido de una amazona corpulenta y saludable sino un hueso consumido del que colgaban jirones de carne.

La ranchera empezó a contraerse.

En sentido sur pasó un coche, luego otro. Debido al remolque, no vieron a la mujer que en ese momento se hallaba medio dentro, medio fuera de la ranchera deformada, como el Hermano Conejo adherido al muñeco de alquitrán. Ni oyeron sus gritos. Uno de los conductores iba escuchando a Toby Keith, el otro a Led Zeppelin. Los dos llevaban sus preferencias en música pop a todo volumen. En el restaurante, Pete Simmons sí la oyó, pero a lo lejos, como un eco apagado. Parpadeó. Finalmente los gritos cesaron.

Pete se dio la vuelta en el colchón mugriento y siguió durmiendo.

Aquello que parecía un coche se comió a Julianne Vernon, con ropa, botas y todo. Lo único que se le escapó fue el teléfono, caído junto al de Doug Clayton. Luego volvió a cobrar forma de ranchera con el mismo sonido de antes, similar al impacto de una pelota de tenis contra una raqueta.

En el remolque de la jaca, DeeDee relinchaba y piafabía con impaciencia. Tenía hambre.

4. LA FAMILIA LUSSIER (Expedition de 2011)

Rachel Lussier, de seis años, exclamó:

—¡Mira, mamá! ¡Mira, papá! ¡Es la señora del caballo! ¿Veis el remolque? ¿Lo veis?

A Carla no la sorprendió que Rache fuera la primera en avistar el remolque, pese a ir en el asiento de atrás. Rache era quien tenía la vista más fina de la familia; en eso nadie se le acercaba siquiera. Visión de rayos X, lo llamaba a veces su padre. Era uno de esos comentarios en broma que no eran del todo en broma.

Johnny, Carla y Blake, de cuatro años, llevaban los tres gafas; en las dos ramas de la familia todos llevaban gafas; seguramente incluso Bingo, el perro, las necesitaba. Bingo chocaba más de una vez con la mosquitera cuando quería salir. Solo Rache había escapado a la maldición de la miopía. La última vez que fue al optómetra, leyó la condenada tabla optométrica entera, incluida la última línea. El doctor Stratton quedó atónito.

—La admitirían en un curso de pilotaje de cazas —dijo a Johnny y Carla.

—Quizá algún día lo intente —comentó Johnny—. Desde luego no le falta instinto asesino en lo que se refiere a su hermano pequeño.

Carla le había asestado un codazo por eso, pero era verdad. Había oído decir que existía menos rivalidad entre hermanos cuando estos eran de distinto sexo. En ese caso, Rachel y Blake eran la excepción que confirmaba la regla. A veces Carla pensaba que las dos palabras que oía más a menudo por entonces eran *ha empezado*. Solo variaba el género del pronombre situado al final de la frase.

Los dos se habían portado bastante bien durante los doscientos primeros kilómetros de ese viaje, en parte porque visitar a los padres de Johnny siempre los ponía de buen humor, pero sobre todo porque Carla había tenido la cautela de amontonar en la tierra de nadie entre el elevador de Rachel y la sillita de Blake juguetes y libros de colorear. Pero después de la parada para comer algo e ir al baño en Augusta, la riña había comenzado de nuevo. Probablemente por los cucuruchos. Dar azúcar a los niños en un largo viaje en coche era como rociar de gasolina una fogata; Carla lo sabía, pero no podía negárselo *todo*.

Desesperada, Carla los había animado a jugar a Plástico Fantástico, actuando ella como juez y concediendo puntos por gnomos de jardín, pozos de los deseos, estatuas de la Virgen María, etcétera. El problema era que en la autopista había muchos árboles pero muy pocos adornos vulgares junto a la calzada. Su hija de seis años, la de la vista fina, y su hijo de cuatro, el de la lengua afilada, habían empezado a renovar viejos agravios cuando Rachel vio el remolque para caballos detenido muy cerca de la antigua zona de servicios del Área 81.

—¡Quiero acariciar otra vez al caballito! —exclamó Blake.

Comenzó a revolverse en su sillita: el bailarín de *break dance* más pequeño del

mundo. Las piernas le llegaban al respaldo del asiento del conductor, cosa que Johnny encontraba muy molesta.

Que me explique alguien otra vez por qué quise tener hijos, pensó. Que alguien me recuerde en qué estaba yo pensando. Sé que en su día le vi sentido.

—Blakie, no des patadas al asiento de papá —dijo Johnny.

—¡Quiero acariciar al *caballito*! —berreó Blake. Y asestó una patada especialmente certera al respaldo del asiento delantero.

—Vaya un criajo estás tú hecho —dijo Rachel, a salvo de los puntapiés de su hermano en su lado de la zona desmilitarizada del asiento trasero. Habló en su tono más indulgente de niña mayor, el que invariablemente enfurecía a Blakie.

—¡YO NO SOY UN CRIAJO!

—Blakie —empezó Johnny—, si no paras de dar patadas al asiento de papá, papá tendrá que coger su infalible cuchillo de carnicero y amputarle los piececitos a Blakie a la altura de los tobi...

—A esa mujer se le ha averiado el coche —dijo Carla—. ¿Ves los conos? Para.

—Cariño, eso implicaría estacionar en el arcén. No me parece buena idea.

—No hace falta. Avanza un poco y aparca al lado de esos otros dos coches. En la vía de acceso. Hay espacio, y no cortarás el paso a nadie porque el área de servicio está cerrada.

—Si no tienes inconveniente, me gustaría volver a Falmouth antes de que se haga...

—Para. —Carla se oyó utilizar el tono de Máxima Alerta que no admitía una negativa, pese a que era consciente de que daba mal ejemplo; ¿cuántas veces en los últimos tiempos había oído a Rachel emplear con Blake ese mismo tono exactamente? Emplearlo hasta que el pobrecillo se echaba a llorar... Desactivando esa voz de aquella-a-quien-debe-obedecerse y adoptando un tono más amable, añadió —: Esa mujer se ha portado bien con los niños.

Al detenerse en Damon's a tomar un helado habían aparcado junto al remolque. La señora del caballo (casi tan grande como el propio animal), apoyada en el remolque, disfrutaba también de un cucuricho y daba algo de comer a una yegua muy hermosa. Carla tuvo la impresión de que era una barrita de granola.

Johnny, con un niño cogido de cada mano, intentó pasar de largo, pero Blake no estaba por la labor.

—¿Puedo acariciar su caballo? —preguntó.

—Te costará veinticinco centavos —dijo la mujer corpulenta, que vestía una falda de montar marrón, y luego, al ver la expresión de desánimo de Blakie, sonrió—. No, era broma. Ten, aguanta esto.

Entregó el cucuricho goteante a Blake, quien, sorprendido, no supo qué hacer salvo aceptarlo. A continuación levantó al pequeño en volandas hasta donde podía

acariciar la testuz del caballo. DeeDee contempló tranquila al niño de ojos abiertos como platos, olfateó el cucuricho goteante de la señora del caballo, decidió que no era lo que le apetecía, y se dejó tocar la testuz.

—¡Uau, qué suave! —exclamó Blake.

Carla nunca lo había oído hablar con tanto entusiasmo. *¿Por qué no hemos llevado nunca a los niños a una granja interactiva?* se preguntó, y lo anotó de inmediato en su lista mental de tareas.

—¡Yo, yo, yo! —vociferó Rachel, bailoteando impaciente alrededor.

La mujer corpulenta bajó a Blake.

—Dale unos lametones a ese helado mientras yo levanto a tu hermana —le dijo —, pero no dejes microbios, ¿vale?

Carla pensó en recordar a Blake que comer de aquello que ya había empezado otra persona, en especial de un desconocido, no convenía. Entonces vio la sonrisa de perplejidad de Johnny y pensó: Qué demonios. Uno llevaba a los niños a colegios que eran en esencia fábricas de gérmenes. Los llevaba en coche kilómetros y kilómetros por una autopista, donde cualquier borracho desaprensivo o adolescente enviando mensajes de texto podía cruzar la mediana y mandarlos al otro barrio. ¿Y después iba a prohibirles lamer un helado parcialmente consumido? Tal vez eso era llevar un poco demasiado lejos la mentalidad sillita de coche y casco de bicicleta.

La señora del caballo levantó a Rachel para que pudiera acariciar la testuz de la yegua.

—¡Uala! ¡Qué bonita! —exclamó Rachel—. ¿Cómo se llama?

—DeeDee.

—¡Buen nombre! ¡Te quiero, DeeDee!

—Yo también te quiero, DeeDee —dijo la señora del caballo, y plantó un sonoro beso en la testuz de DeeDee.

Ante eso todos se echaron a reír.

—Mamá, ¿podemos tener un caballo?

—¡Sí! —respondió Carla afectuosamente—. ¡Cuando cumplas los veintiséis!

Al oírla, Rachel adoptó su cara de loca (frente contraída, mejillas hinchadas, labios cosidos), pero cuando la señora del caballo soltó una risotada, Rachel sucumbió y se rio también.

La mujer corpulenta se inclinó hacia Blakie y apoyó las manos en las rodillas, cubiertas por la falda de montar.

—¿Puedo recuperar mi cucuricho, jovencito?

Blake se lo tendió. Cuando ella lo cogió, el niño empezó a lamerse los dedos, manchados de pistacho derretido.

—Gracias —dijo Carla a la mujer del caballo—. Ha sido usted muy amable. —Luego, volviéndose hacia Blake—: Entremos a limpiarte. Después podrás tomarte un helado.

—Quiero el mismo que ella —anunció Blake, y eso arrancó otra carcajada a la

señora del caballo.

Johnny insistió en que se comieran los cucuruchos en un reservado, no quería que decorasen el Expedition con helado de pistacho. Cuando terminaron y salieron, la señora del caballo ya se había ido.

Una de esas personas —a veces antipáticas, más a menudo cordiales, en algún caso incluso sensacionales— con las que uno coincide en la carretera y no ve nunca más.

Solo que allí estaba ella, o al menos estaba su furgoneta, estacionada en el arcén con unos conos de seguridad perfectamente colocados detrás del remolque. Y Carla tenía razón: la señora del caballo se *había* portado bien con los niños. Con esta idea en la cabeza, Johnny Lussier tomó la peor —y la última— decisión de su vida.

Puso el intermitente, dobló por la vía de acceso tal como había propuesto Carla, y aparcó delante del Prius de Doug Clayton, que tenía aún encendidas las luces de emergencia, y al lado de la ranchera embarrada. Dejó el cambio en punto muerto pero no apagó el motor.

—Quiero acariciar al caballito —dijo Blake.

—Yo también quiero acariciar al caballito —repitió Rachel con el tono altivo de señora-de-la-mansión que había aprendido Dios sabía dónde. Sacaba de quicio a Carla, pero se mordió la lengua. Si la reprendía por eso, Rache lo utilizaría aún más.

—No sin permiso de la dueña —intervino Johnny—. Vosotros, niños, de momento quedaos ahí. Tú también, Carla.

—Sí, *mi amo* —respondió Carla con una voz de zombi que siempre hacía reír a los niños.

—Qué risa, tía Felisa.

—No hay nadie en la cabina de la furgoneta —observó Carla—. *Todos* los coches parecen vacíos. ¿Crees que ha habido un accidente?

—No lo sé, pero no veo ninguna abolladura. Esperad un momento.

Johnny Lussier se apeó, rodeó por la parte de atrás el Expedition que nunca acabaría de pagar y se acercó a la cabina de la Dodge Ram. Carla no había visto a la señora del caballo, pero quería asegurarse de que no estuviera tendida en los asientos, tal vez tratando de sobrevivir a un infarto. (Aficionado a la práctica del footing, Johnny creía en el fondo de su alma que un infarto esperaba a los cuarenta y cinco años a todo aquel que sobrepasara en tres kilos el peso ideal prescrito por Medicine.Net).

La mujer no estaba desplomada en el asiento (*claro que no, a una mujer de esa corpulencia Carla la habría visto incluso tendida*), ni en el remolque. Solo vio allí a la yegua, que asomó la cabeza y olfateó el rostro de Johnny.

—Hola... —Inicialmente el nombre no le vino a la memoria, pero al cabo de un momento se acordó—. DeeDee. ¿Qué tal cuelga ese morral?

Le dio unas palmadas en la testuz y volvió sobre sus pasos por la vía de acceso para inspeccionar los otros dos vehículos. Advirtió que sí se había producido algún tipo de accidente, aunque insignificante. La ranchera había volcado algunos de los conos de color naranja que cortaban el paso.

Carla bajó la ventanilla, cosa que no pudieron hacer los niños en la parte de atrás porque los cristales estaban bloqueados.

—¿Hay señales de la mujer?

—No.

—¿Hay señales de *alguien*?

—Carl, espera un po... —Vio los teléfonos móviles y la alianza nupcial caídos junto a la puerta parcialmente abierta de la ranchera.

—¿Qué? —Carla alargó el cuello para ver.

—Un momento. —Se le pasó por la cabeza decirle que echara el seguro de las puertas, pero lo descartó. Al fin y al cabo se hallaban en la I-95 a plena luz del día. Pasaban coches cada veinte o treinta segundos, a veces dos o tres seguidos.

Se agachó y cogió los teléfonos, uno en cada mano. Se volvió hacia Carla, y por eso no vio que la puerta del coche se abría más, como una boca.

—Carla, me parece que este está manchado de sangre. —Sostuvo en alto el móvil agrietado de Doug Clayton.

—Mamá... —dijo Rachel—. ¿Quién hay en ese coche sucio? Está abriéndose la puerta.

—Vuelve —dijo Carla. De pronto tenía la boca seca como el esparto. Deseaba gritar pero parecía que una roca le oprimía el pecho, una roca invisible pero muy grande—. ¡En ese coche hay alguien!

Johnny, en lugar de regresar, se dio la vuelta y se inclinó para mirar dentro. En ese momento la puerta se cerró y le atrapó la cabeza. Se oyó un ruido sordo aterrador. Súbitamente la roca que Carla sentía sobre el pecho desapareció. Tomó aire y, a gritos, pronunció el nombre de su marido.

—¿*Qué le pasa a papá?* —preguntó Rachel con voz aguzada y fina como un junco—. ¿*Qué le pasa a papá?*

—¡Papá! —exclamó Blake. Absorto en hacer inventario de sus Transformers más nuevos, de repente miró alrededor con desesperación para ver dónde podía estar el papá en cuestión.

Carla no se detuvo a pensar. Allí estaba el cuerpo de su marido, pero tenía la cabeza dentro de aquella ranchera sucia. No obstante, seguía con vida; agitaba brazos y piernas. Sin guardar recuerdo de haber abierto la puerta, se vio fuera del Expedition. Su cuerpo parecía actuar por propia iniciativa, siendo su cerebro aturdido un mero acompañante.

—¡Mamá, no! —gritó Rachel.

—¡Mamá, NO! —Blake no tenía la menor idea de qué pasaba, pero sí sabía que no era nada bueno. Empezó a llorar y a forcejear con la maraña de correas de la

sillita.

Carla agarró a Johnny por la cintura y tiró de él con la superfuerza enloquecida que genera la adrenalina. La puerta de la ranchera se abrió parcialmente y la sangre resbaló por el estribo en una pequeña cascada. Por un momento de horror vio la cabeza de su marido en el asiento embarrado de la ranchera, absurdamente ladeada. Aunque a Johnny todavía le temblaban los brazos, Carla comprendió (en uno de esos destellos de lucidez que pueden producirse incluso durante una tormenta perfecta de pánico) que ese era el aspecto que ofrecían las víctimas de un ahorcamiento después de cortar la soga. Porque tenían el cuello roto. En ese breve y lacerante momento —ese fugaz tiempo de exposición—, pensó que Johnny se veía estúpido y sorprendido y feo, despojado de lo que en esencia era, y supo que ya había muerto, temblara o no. Era el aspecto que ofrecía un niño tras caer en las rocas en lugar de en el agua después de lanzarse en picado. El aspecto que ofrecía una mujer atravesada por el volante del coche después de estrellarse contra el estribo de un puente. El aspecto que ofrecías cuando una muerte desfiguradora, surgida de la nada, avanzaba ufana hacia ti con los brazos abiertos en actitud de bienvenida.

La puerta del coche se cerró con una violencia brutal. Carla tenía aún los brazos alrededor de la cintura de su marido y al sentirse arrastrada hacia delante experimentó otro destello de lucidez.

¡Es el coche, tienes que apartarte del coche!

Soltó a Johnny un instante demasiado tarde. Un mechón de pelo entró en contacto con la puerta y fue succionado. Carla se golpeó la frente contra el coche antes de poder zafarse. De repente la parte de arriba de la cabeza empezó a arderle mientras aquello le devoraba el cuero cabelludo.

*¡Corre!, intentó advertir a su hija a menudo conflictiva pero sin duda inteligente.
¡Corre y llévate a Blakie!*

Pero antes de que pudiera articular ese pensamiento su boca había desaparecido.

Solo Rachel vio cerrarse la puerta de la ranchera en torno a la cabeza de su padre como una Venus atrapamoscas alrededor de un insecto, pero los dos niños vieron a su madre atravesar de algún modo la puerta embarrada como si esta fuera una cortina. Vieron desprenderse uno de sus mocasines, vislumbraron por un segundo las uñas pintadas de rosa de sus pies, y acto seguido desapareció. Un momento después el coche blanco perdió su forma y se cerró como un puño. A través de la ventanilla abierta de la puerta del acompañante del Expedition oyeron unos crujidos.

—*¿Qué es eso?* —preguntó Blakie a gritos. Lloraba a lágrima viva y una película de mocos le cubría el labio inferior—. *¿Qué es eso, Rachie? ¿Qué es eso? ¿Qué es eso?*

Sus huesos, pensó Rachel. Tenía solo seis años y no podía ir al cine a ver películas no aptas para menores de trece ni verlas en televisión (y menos aún las

destinadas a mayores de dieciocho; según su madre, esas eran *subidas de tono*), pero sabía que esos crujidos procedían de los huesos de sus padres.

El coche no era un coche. Era una especie de monstruo.

—¿Dónde están mami y papi? —preguntó Blakie, fijando en ella sus ojos grandes, ahora aún más grandes en apariencia por efecto de las lágrimas—. ¿Dónde están mami y papi, Rachie?

Habla como si volviese a tener dos años, pensó Rachel, y quizá por primera vez en su vida sintió por su hermano menor algo que no era solo irritación (u odio declarado cuando ponía a prueba su paciencia de manera extrema con su conducta). No creía que ese nuevo sentimiento fuese amor. Creía que era algo incluso superior. Su madre no había podido decir nada en sus últimos momentos, pero si hubiese tenido tiempo, Rachel sabía que habría dicho: *Cuida de Blakie*.

Su hermano se revolvía en la sillita. Sabía desabrochar las correas, pero, presa del pánico, había olvidado cómo se hacía.

Rachel se quitó el cinturón de seguridad, abandonó el elevador e intentó soltarlo ella. Blakie, en uno de sus aspavientos, le propinó un sonoro bofetón en la mejilla. En circunstancias normales, eso le habría valido un fuerte puñetazo en el hombro (y a Rachel un rato castigada en su habitación, donde se habría quedado inmóvil, con la mirada fija en la pared, reconcomiéndose en su ira), pero en ese momento se limitó a agarrarle la mano y mantenérsela sujetada.

—¡Para ya! ¡Déjame ayudarte! ¡Puedo sacarte de ahí, pero no si haces eso!

Blakie dejó de sacudirse, pero siguió llorando.

—¿Dónde está papi? ¿Dónde está mami? ¡Quiero que venga mami!

Yo también, capullo, pensó Rachel, y desabrochó las correas de la sillita.

—Ahora vamos a salir, y vamos a...

¿Qué? Iban a ¿qué? ¿Ir al restaurante? Estaba cerrado, por eso había conos de color naranja. Por eso no se veían surtidores en la parte delantera de la gasolinera y crecían hierbajos en el aparcamiento vacío.

—Vamos a marcharnos de aquí —concluyó.

Bajó del coche y lo rodeó hasta llegar al lado de Blakie. Abrió la puerta, pero su hermano se quedó mirándola con los ojos anegados en lágrimas.

—No puedo salir, Rachie; me caeré.

No seas cobardica, estuvo a punto de decir, pero se contuvo. No era momento para eso. Blakie estaba ya bastante alterado. Abrió los brazos y dijo:

—Déjate caer. Te cogeré.

Blakie la miró con cara de escepticismo y, a renglón seguido, se dejó caer. Rachel lo cogió, en efecto, pero su hermano pesaba más de lo que parecía y los dos acabaron en el suelo. Ella se llevó la peor parte, porque estaba debajo, pero Blakie, que se golpeó la cabeza y se arañó una mano, empezó a berrear con estridencia, esta vez a causa del dolor, no del miedo.

—Para ya —ordenó Rachel. Forcejeando, salió de debajo—. Pórtate como un

hombre, Blakie.

—¿Eh?

Ella no contestó. Miraba los dos teléfonos caídos junto a la horrenda ranchera. Uno parecía roto, pero el otro...

Rachel avanzó hacia él a gatas, sin apartar la mirada ni por un segundo del coche en el que habían desaparecido sus padres de manera tan repentina y aterradora. Cuando alargaba la mano hacia el teléfono indemne, Blakie pasó junto a ella en dirección a la ranchera, tendiendo al frente la mano herida.

—¿Mamá? ¿Mami? ¡Sal! Me he hecho daño. Tienes que salir y curármela con un bes...

—*Quédate ahí quieto ahora mismo, Blake Lussier.*

Carla se habría sentido orgullosa; era la voz de aquella-a-quien-debe-obedecerse en su tono más severo. Y surtió efecto. Blake se detuvo a un metro de la ranchera.

—¡Pero quiero que venga *mami!* ¡Quiero que venga *mami*, Rachie!

Ella lo agarró de la mano y tiró de él para apartarlo del coche.

—Ahora no. Ayúdame a ver cómo funciona esto.

Sabía perfectamente cómo funcionaba el teléfono, pero tenía que distraerlo.

—¡Dámelo, yo sé! ¡Dámelo, Rache!

Ella le entregó el móvil y, mientras él examinaba los botones, se puso en pie, lo agarró por la camiseta de Lobezno y lo obligó a retroceder tres pasos. Blake apenas se dio cuenta. Encontró el botón de encendido del móvil de Julianne Vernon y lo pulsó. El teléfono emitió un pitido. Rachel se lo quitó de la mano, y Blakie, por primera vez en su bobalicona vida de niño pequeño, no protestó.

Rachel había escuchado con mucha atención a McGruff el Perro Policía cuando, como parte de una campaña de seguridad ciudadana, visitó el colegio para darles una charla (aunque Rachel sabía de sobra que era un tipo disfrazado de McGruff), y en ese momento no vaciló. Marcó el 911 y se acercó el teléfono al oído. El timbre sonó una vez, y contestaron.

—¿Hola? Me llamo Rachel Ann Lussier, y...

—Esta llamada está siendo grabada —dijo una voz masculina indiferente a la suya—. Si desea informar de un caso urgente, pulse Uno. Si desea informar de incidencias en las carreteras, pulse Dos. Si desea informar de un automovilista en dificultades...

—¿Rache? ¿Rachie? ¿Dónde está mami? ¿Dónde está pa...?

—¡Chis! —lo interrumpió Rachel con severidad, y pulsó el 1. No le fue fácil. Le temblaba la mano y tenía los ojos empañados. Cayó en la cuenta de que estaba llorando. ¿Cuándo había empezado a llorar? No lo recordaba.

—Hola, aquí el nueve uno uno —dijo una mujer.

—¿Es usted una persona de verdad o es otra grabación? —preguntó Rachel.

—Soy de verdad —contestó la mujer, que al parecer lo encontró gracioso—. ¿Se trata de un caso urgente?

—Sí. Un coche malo se ha comido a nuestra madre y nuestro papá. Está en la...

—Corta ahora que aún estás a tiempo —aconsejó la mujer del 911, pese a que parecía encontrarlo aún más gracioso—. ¿Qué edad tienes, niña?

—Seis años, casi siete. Me llamo Rachel Ann Lussier, y un coche, un coche malo...

—Escucha, Rachel Ann o como te llames, puedo localizar esta llamada. ¿Lo sabías? Seguramente no. Ahora cuelga, y así no tendré que mandar a un agente a tu casa para que te dé unos...

—*¡Están muertos, señora tonta del teléfono!* —exclamó Rachel, y Blakie, al oír esa palabra que empezaba por «m», rompió a llorar otra vez.

La mujer del 911 calló por un momento. A continuación, con un tono de voz que indicaba que ya no le veía la gracia, preguntó:

—¿Dónde estás, Rachel Ann?

—En el restaurante vacío! ¡El que tiene unos conos de color naranja!

Blakie se sentó y colocó la cara entre las rodillas y los brazos por encima de la cabeza. Al verlo así, Rachel sintió una pena que nunca antes había experimentado. Una pena muy honda.

—Eso no es información suficiente —dijo la mujer del 911—. ¿Puedes dar algún dato más concreto, Rachel Ann?

Rachel no sabía qué significaba «concreto», pero sí sabía lo que veían sus ojos: el neumático trasero de la ranchera, el más cercano a ellos, estaba fundiéndose un poco. Un tentáculo de algo similar a goma líquida avanzaba lentamente por el asfalto hacia Blakie.

—Tengo que colgar —dijo Rachel—. Tenemos que apartarnos del coche malo.

Puso a Blake en pie y tiró de él para obligarlo a retirarse un poco más sin perder de vista el neumático a medio fundirse. El tentáculo de goma comenzó a retroceder hacia el lugar de donde procedía (*porque sabe que no estamos a su alcance*, pensó Rachel), y el neumático empezó a parecerse de nuevo a un neumático, pero eso a Rachel no le bastó. Siguió tirando de Blake por la vía de acceso hacia la autopista.

—¿Adónde vamos, Rachie?

No lo sé.

—Nos apartamos de ese coche —respondió ella.

—¡Quiero mis Transformers!

—Ahora no, después.

Con Blake bien sujetado, continuó reculando hacia la autopista, por donde circulaba algún que otro coche a ciento diez y ciento veinte por hora.

No hay sonido tan penetrante como el grito de un niño; es uno de los mecanismos de supervivencia más eficaces de la naturaleza. El sueño de Pete Simmons era ya poco más que un estado de sopor, y cuando Rachel gritó a la mujer del 911, él la oyó y por

fin despertó del todo.

Se incorporó, hizo una mueca y se llevó la mano a la cabeza. Le dolía, y supo qué clase de dolor era ese: la temida RESACA. Se notaba la lengua afelpada y tenía el estómago revuelto. No revuelto voy-a-vomitar, pero revuelto igualmente.

Menos mal que no bebí más, pensó, y se puso en pie. Se acercó a una de las ventanas protegidas con tela metálica para ver quién chillaba. No le gustó lo que vio. Algunos de los conos de color naranja que impedían el paso a la entrada de la vía de acceso al área de servicio estaban volcados, y allí había *coches*. Varios.

Entonces vio a dos niños: una niña pequeña con pantalón rosa y un niño pequeño con pantalón corto y camiseta. Alcanzó a verlos solo brevemente, lo justo para saber que retrocedían —como si algo los hubiera asustado— antes de que quedaran ocultos por lo que parecía, pensó Pete, un remolque para caballos.

Ahí pasaba algo. Se había producido un accidente o algo así, aunque nada tenía aspecto de accidente. Su primer impulso fue marcharse de allí a toda prisa, antes de verse envuelto en lo que fuese que había ocurrido. Cogió la alforja y se encaminó hacia la cocina y el muelle de carga y descarga de la parte de atrás. De pronto se detuvo. Ahí fuera había unos niños. Niños pequeños. Muy pequeños para estar solos tan cerca de una vía rápida como la I-95, y él no había visto a ningún adulto.

Tiene que haber personas mayores, ¿no has visto todos esos coches?

Sí, había visto los coches, y un remolque para caballos enganchado a una furgoneta, pero a ninguna persona mayor.

Tengo que salir ahí afuera. Aunque me meta en un lío, tengo que asegurarme de que esos críos tontos del culo no acaban espachurrados en la autopista.

Pete corrió hacia la puerta delantera del Burger King, la encontró cerrada con llave y se preguntó cuál habría sido la pregunta de Normie Therriault: *Eh, pedazo de placenta, ¿tuvo tu madre algún hijo vivo?*

Pete dio media vuelta y se dirigió como una flecha hacia el muelle de carga y descarga. Al correr, se le agudizó el dolor de cabeza, pero no le dio importancia. Dejó la alforja en el borde de la plataforma de hormigón, se agachó y saltó. Cayó torpemente y se golpeó la rabadilla, pero tampoco le dio importancia. Se levantó y lanzó una mirada anhelante hacia el bosque. Podía desaparecer sin más. Si lo hacía, quizás se ahorrara muchísimos problemas. La idea le resultó deplorablemente tentadora. No era como en las películas, donde el bueno siempre toma la decisión correcta sin pensar. Si alguien le olía el vodka en el aliento...

—Dios —exclamó—. Por los Krispies de Cristo.

¿Cómo se le había ocurrido ir allí? ¡Y él hablando de críos tontos del culo!

Rachel llevó a Blakie, agarrándolo bien de la mano, hasta la entrada de la vía de acceso. Cuando llegaban allí, un tráiler doble pasó atronadoramente a ciento veinte por hora. El golpe de viento les echó atrás el pelo, les agitó la ropa y casi derribó a

Blakie.

—¡Rachie, tengo miedo! ¡No debemos salir a la carretera!

Como si no lo supiera, pensó Rachel.

En casa no debían ir más allá del final del camino de acceso, y eso que en su calle de Falmouth, Fresh Winds Way, apenas había tráfico. En la autopista el tráfico no era ni mucho menos continuo, pero los pocos coches que *pasaban* iban superrápido. Además, ¿qué opciones tenían? Tal vez pudieran llegar al arcén, pero sería muy arriesgado. Y allí no había salidas, solo bosque. Podían volver atrás e ir al restaurante, pero tendrían que pasar junto al coche malo.

El conductor de un deportivo rojo a toda velocidad hizo sonar el claxon en un continuo *UAAAAAAA* tan estridente que Rachel deseó taparse los oídos.

Blake tiraba de ella, y Rachel se dejó arrastrar. Un guardarrail delimitaba la vía de acceso por uno de sus lados. Blakie se sentó en uno de los gruesos cables que unían los postes y se tapó los ojos con sus regordetas manos. Rachel se sentó a su lado. Se había quedado sin ideas.

5. JIMMY GOLDING (Crown Victoria de 2011)

El grito de un niño puede que sea uno de los mecanismos de supervivencia más eficaces de la madre naturaleza, pero en lo que atañe a la circulación por autopista no hay nada como un coche patrulla aparcado. En especial si lo acompaña el rostro negro e inexpresivo de un radar orientado hacia el tráfico. Los conductores que circulan a ciento diez reducen a cien; los conductores que circulan a ciento treinta pisán el freno y empiezan a calcular mentalmente cuántos puntos perderán en su carnet si las luces azules se encienden a su espalda. (Es un efecto beneficioso que se pasa pronto; al cabo de quince o veinte kilómetros, los acelerados vuelven a acelerarse).

Lo mejor del coche patrulla aparcado, al menos en opinión de Jimmy Golding, agente de la policía de carretera de Maine, era que en realidad no necesitabas *hacer* nada. Sencillamente te detenías junto a la calzada y dejabas que la naturaleza (la naturaleza *humana*, en este caso) siguiera su culpable curso. Aquella tarde encapotada de abril ni siquiera había activado el radar de control de velocidad Simmons, y el tráfico de la I-95 en dirección sur no era más que un zumbido de fondo. Tenía toda la atención puesta en el iPad apoyado en el arco inferior del volante.

Se entretenía con un juego semejante al Scrabble, llamado Palabras Con Amigos, mediante la conexión a internet que proveía Verizon. Su adversario era un antiguo compañero de cuartelillo, Nick Avery, que en la actualidad servía en la policía de carretera de Oklahoma. Jimmy no se explicaba qué podía inducir a alguien a cambiar Maine por Oklahoma, cosa que él consideraba una mala decisión, pero sin duda Nick

era un *excelente* jugador de Palabras Con Amigos. Ganaba a Jimmy nueve de cada diez partidas, y en esa llevaba ventaja. Pero esta vez la ventaja de Nick era anormalmente corta, y ya habían sacado todas las letras de la bolsa de extracción electrónica. Si él, Jimmy, lograba colocar las cuatro letras que le quedaban, obtendría una merecida victoria. En ese momento estaba atascado en ERE. Las cuatro letras restantes eran I, A, H y D. Si podía modificar de algún modo ERE, no solo ganaría, sino que sería como darle una patada en el culo a su viejo compañero. Pero la cosa no pintaba bien.

Estaba examinando el resto del tablero, donde las perspectivas resultaban aún menos prometedoras, cuando la radio emitió dos tonos agudos. Era una alerta a todas las unidades desde la centralita del 911 de Westbrook. Jimmy apartó a un lado el iPad y subió el volumen.

—Atención, todas las unidades. ¿Quién está cerca del Área 81? ¿Hay alguien?
Jimmy descolgó el micrófono.

—Aviso del nueve uno uno, aquí Diecisiete. Ahora estoy en el kilómetro ciento treinta y seis, justo al sur de la salida de Lisbon-Sabattus.

La mujer en quien Rachel Lussier pensaba como «la señora del 911» no se molestó en preguntar si había alguien más cerca; Jimmy, al volante de uno de los nuevos Crown Victoria, estaba a solo tres minutos de allí, quizá menos.

—Diecisiete, hace tres minutos he atendido una llamada de una niña pequeña que dice que sus padres están muertos, y desde ese momento he recibido varias llamadas de gente para informar de que hay dos niños pequeños solos a la entrada de esa área de servicio.

Jimmy no se molestó en preguntar por qué ninguno de esos varios informantes había parado. Ya había visto antes cosas así. A veces era por miedo a las complicaciones jurídicas. Más a menudo eran casos graves de «me la trae floja». Corría mucho de eso por ahí. Aun así... tratándose de unos *niños*. Dios santo, uno habría pensado...

—Nueve uno uno, yo me ocupo. Diecisiete en marcha.

Jimmy encendió las luces azules, miró por el retrovisor para asegurarse de que podía incorporarse a la circulación, y acto seguido, en medio de un salpicón de grava, abandonó el paso que comunicaba los dos lados de la autopista, donde un letrero indicaba PROHIBIDO CAMBIAR DE SENTIDO, SOLO VEHÍCULOS OFICIALES. El motor V-8 del Crown Victoria se revolucionó; los números del velocímetro digital, indistinguibles, subieron a 150, y ahí se quedaron. Los árboles desfilaron vertiginosamente a ambos lados de la calzada. Se encontró con un Buick viejo y lento que se negó tercamente a apartarse al arcén para cederle el paso y tuvo que rebasarlo. Cuando Jimmy volvió al carril derecho, vio el área de servicio. Y algo más: dos chiquillos —un niño con pantalón corto, una niña con pantalón largo rosa— sentados en el cable del guardarrail a la entrada de la vía de acceso. Parecían los vagabundos más pequeños del mundo, y a Jimmy se le encogió el corazón hasta el punto de dolerle. Él tenía

hijos.

Los niños se levantaron al ver las luces estroboscópicas, y durante un segundo aterrador Jimmy pensó que el niño iba a abalanzarse ante el coche patrulla. Gracias a Dios, la niña lo agarró del brazo y tiró de él.

Jimmy desaceleró con tal violencia que el bloc de multas, el libro de registro de servicio y el iPad cayeron del asiento. La parte delantera del Crown Victoria derrapó un poco, pero lo controló y estacionó cortando el paso a la vía de acceso, donde había ya varios coches aparcados. ¿Qué ocurría allí?

En ese momento salió el sol, y una palabra que no guardaba la menor relación con esa situación acudió a la cabeza del agente Jimmy Golding: *ADHIERE. Pongo ADHIERE y me quedo sin ninguna letra.*

La niña corría hacia el lado del conductor del coche patrulla llevando a rastras a su hermano pequeño, lloroso y tambaleante. Su rostro, pálido y aterrorizado, parecía el de una niña mucho mayor de lo que era, y el niño tenía una mancha grande de humedad en el pantalón.

Jimmy se apeó, con cuidado de no golpearlos con la puerta. Apoyó una rodilla en el suelo para quedar a su altura, y ellos, echándose a sus brazos, casi lo derribaron.

—Eh, eh, calma, ya estáis a sal...

—El coche malo se ha comido a mami y a papi —dijo el niño, y señaló con el dedo—. El coche malo es ese. Se los ha comido a todos como el lobo malo y grande se comió a Caperucita. ¡Tiene que sacarlos!

Era imposible saber qué vehículo señalaba aquel dedo regordete. Jimmy vio cuatro: una ranchera que parecía haber recorrido a la brava quince kilómetros por pistas forestales, un Prius limpio como una tacita de plata, una Dodge Ram con un remolque para caballos, y un Ford Expedition.

—Niña, ¿cómo te llamas? Yo soy el agente Jimmy.

—Rachel Ann Lussier —respondió ella—. Este es Blakie. Es mi hermano pequeño. Vivimos en el número diecinueve de Fresh Winds Way, Falmouth, Maine, cero cuatro uno cero cinco. No se acerque a él, agente Jimmy. Parece un coche, pero no lo es. Se come a las personas.

—¿De qué coche hablamos, Rachel?

—El de delante, al lado del de mi padre. Sucio de barro.

—¡El coche sucio de barro se ha comido a papi y a mami! —afirmó el niño pequeño, Blakie—. ¡Usted puede sacarlos! ¡Es policía! ¡Tiene pistola!

Todavía con una rodilla en tierra, Jimmy abrazó a los niños y observó atentamente la ranchera embarrada. El sol volvió a esconderse; sus sombras desaparecieron. En la autopista, los conductores pasaban con un zumbido, pero más despacio ahora, prevenidos por los destellos de aquellas luces.

No había nadie en el Expedition, ni en el Prius, ni en la furgoneta. Suponía que tampoco había nadie en el remolque del caballo, a menos que estuviese agachado, y en ese caso el animal probablemente estaría mucho más nervioso. El único vehículo

cuyo interior no veía era el que, según los niños, se había comido a sus padres. A Jimmy no le gustó todo aquel barro en las ventanas. Daba la impresión, en cierto modo, de que las hubieran embadurnado *intencionadamente*. Tampoco le gustó el móvil agrietado que vio junto a la puerta del conductor. Ni la alianza caída al lado. La alianza desde luego ponía los pelos de punta.

Como si lo demás no fuera igual de escalofriante.

De repente la puerta del conductor se abrió parcialmente con un chirrido, incrementando el cociente de escalofrío al menos en un treinta por ciento. Jimmy se puso tenso y se llevó la mano a la empuñadura de la Glock, pero nadie salió del coche. La puerta se quedó en esa posición, abierta unos quince centímetros.

—Así es como hace para que la gente se acerque —explicó la niña con una voz que era poco más que un susurro—. Es un coche monstruo.

Jimmy Golding no creía en los coches monstruo desde que vio la película *Christine* de niño, pero sí creía que a veces *dentro* de los coches acechaban monstruos. Y dentro de ese había alguien. ¿Cómo, si no, se había abierto la puerta? Podía ser el padre o la madre de los niños, herido e incapaz de pedir ayuda. También podía ser un hombre tendido en el asiento para que su silueta no se viera a través de la luna trasera manchada de barro. Tal vez un hombre armado.

—¿Quién hay en la ranchera? —preguntó Jimmy alzando la voz—. Soy agente de policía, y necesito que se deje ver.

Nadie se dejó ver.

—Salga. Las manos por delante, y sin nada en ellas.

Lo único que salió fue el sol, proyectando la sombra de la puerta en el asfalto por unos segundos antes de ocultarse nuevamente tras las nubes. Después quedó solo la puerta entreabierta.

—Acompañadme, niños —dijo Jimmy, y los llevó a su coche.

Abrió la puerta de atrás. Ellos miraron el asiento, con papeles esparcidos, la cazadora de forro polar de Jimmy (que en un día como ese no necesitaba), y la escopeta prendida y asegurada al respaldo del asiento delantero. Esto último fue lo que miraron con más atención.

—Mis papás dicen que no subamos nunca al coche de un desconocido —protestó el niño, Blakie—. En el colegio también nos lo dicen. Desconocido: cuidado.

—Es un policía con un coche de policía —intervino Rachel—. No hay peligro. Sube. Y como toques esa arma, te llevas un bofetón.

—Buen consejo, lo del arma, pero el seguro está puesto y lleva un candado en el gatillo —comentó Jimmy.

Blakie subió y escrutó por encima del respaldo.

—¡Eh, tiene un iPad!

—Cállate —ordenó Rachel. Hizo ademán de entrar en el coche, pero de pronto miró a Jimmy Golding con ojos cansados y expresión de horror—. No lo toque. Está pegajoso.

Jimmy estuvo a punto de sonreír. Tenía una hija solo un año menor que esa niña aproximadamente, y podría haber dicho lo mismo. Suponía que las niñas pequeñas se dividían de manera natural en dos grupos: las marimachos y las tiquismiquis. Al igual que su Ellen, esta era una tiquismiquis.

Con esta idea errónea, que pronto resultaría fatal, de lo que Rachel Lussier quería decir con *pegajoso*, cerró la puerta y los dejó en el asiento trasero de la Unidad 17. Inclinándose, introdujo el torso a través de la ventanilla delantera del coche patrulla y cogió el micrófono. No apartó la mirada de la puerta entornada de la ranchera, y por eso no vio junto al restaurante del área de servicio a un niño que sostenía una alforja de imitación piel contra el pecho como si estrechara un diminuto bebé azul. Al cabo de un momento el sol volvió a asomar, y la sombra del restaurante engulló a Pete Simmons.

Jimmy llamó al cuartelillo de Gray.

—Diecisiete, habla.

—Estoy en el Área 81. Tengo aquí cuatro vehículos abandonados, un caballo abandonado y dos niños abandonados. Uno de los vehículos es una ranchera. Los niños dicen... —Se interrumpió, pero al cabo de un momento pensó: *qué demonios* —. Los niños dicen que se ha comido a sus padres.

—Repite.

—Quieren decir, supongo, que alguien dentro los tiene retenidos. Necesito que manden aquí a todas las unidades disponibles, ¿recibido?

—Recibido: todas las unidades disponibles. Pero la primera tardará diez minutos en llegar. Es la Unidad Doce. Está atendiendo un código setenta y tres en Waterville.

Al Andrews, sin duda atracándose y hablando de política en Bob's Burgers.

—Recibido.

—Dame la marca, el modelo y la matrícula de la ranchera, Diecisiete, y consultaré los archivos.

—Negativo a los tres datos. No lleva matrícula. En cuanto a la marca y el modelo, el vehículo está tan sucio de barro que no puedo precisarlo. Aunque es un coche americano. —*Creo*—. Probablemente un Ford o un Chevrolet. Los niños están en mi coche patrulla. Se llaman Rachel y Blakie Lussier. Viven en Fresh Winds Way, Falmouth. Se me ha olvidado el número de la calle.

—*¡Diecinueve!* —vociferaron al unísono Rachel y Blakie.

—Dicen...

—Ya lo he oído, Diecisiete. ¿Y en qué coche han llegado ellos?

—*¡El Expundition de papi!* —exclamó Blakie, contento de ayudar.

—Un Ford Expedition —precisó Jimmy—. Matrícula número tres siete siete dos IY. Voy a acercarme a la ranchera.

—Recibido. Mucho cuidado, Jimmy.

—Recibido. Ah, ¿y puedes ponerte en contacto con el nueve uno uno en relación con su aviso para informar de que los niños están bien?

—Los niños están bien —repitió el otro hombre—, como en la canción. ¿Se lo digo de tu parte o de parte de Pete Townshend?

Muy gracioso.

—Diecisiete, tengo sesenta y dos años.

Se dispuso a dejar en su sitio el micrófono, pero decidió dárselo a Rachel.

—Si pasa algo... algo *malo*..., aprieta ese botón que hay a un lado y grita «Treinta». Eso quiere decir: «agente necesita ayuda». ¿Queda claro?

—Sí, pero no debe acercarse a ese coche, agente Jimmy. *Muerde y come* y está *pegajoso*.

Blakie, quien, en su asombro por verse dentro de un coche patrulla de verdad se había olvidado temporalmente de lo que les había ocurrido a sus padres, lo recordó en ese momento y se echó a llorar otra vez.

—¡Quiero que vengan mami y papi!

A pesar de la irregularidad y los posibles riesgos de la situación, Jimmy casi se rio al ver la cara de Rachel Lussier, que miró al techo como diciendo: *ya ve lo que tengo que aguantar*. ¿Cuántas veces había visto exactamente esa misma expresión en el rostro de Ellen Golding, de cinco años?

—Escúchame, Rachel —dijo Jimmy—, sé que estás asustada, pero aquí dentro no corres ningún peligro, y yo tengo que hacer mi trabajo. Si tus padres están en ese coche, no queremos que sufran ningún daño, ¿verdad?

—¡VAYA A BUSCAR A MI MAMI Y MI PAPI, AGENTE JIMMY! —berreó Blakie—. ¡NO QUEREMOS QUE LES HAGAN DAÑO!

Jimmy vio un asomo de esperanza en los ojos de la niña, pero no tanta como él habría imaginado. Al igual que el agente Mulder en la vieja serie *Expediente X*, la pequeña quería creer... pero, al igual que la compañera de Mulder, la agente Scully, no podía creer del todo. ¿Qué habían visto esos niños?

—Tenga cuidado, agente Jimmy. —Rachel levantó un dedo. Era un gesto de maestro de escuela, más entrañable aún por el ligero temblor—. *No lo toque*.

Mientras Jimmy se acercaba a la ranchera, sacó su Glock automática reglamentaria pero dejó el seguro puesto. De momento. Situándose un poco al sur de la puerta entornada, invitó nuevamente a quienquiera que se hallase dentro a abandonar el vehículo, con las manos por delante, abiertas y sin nada en ellas. Nadie salió. Alargó el brazo hacia la puerta, pero de pronto recordó la advertencia de despedida de la niña y vaciló. Optó por utilizar el cañón de la pistola para abrir la puerta. Solo que la puerta no se abrió, y el cañón del arma se quedó pegado. Aquel trasto era como un bote de cola.

Súbitamente se sintió arrastrado hacia delante, como si una mano poderosa hubiese agarrado el cañón de la Glock y dado un tirón. Por un segundo podría haberla soltado, pero la idea no se le pasó siquiera por la cabeza. Una de las primeras cosas que enseñaban en la Academia después de la entrega de la pistola era que uno nunca se desprendía de su arma corta. *Nunca*.

Así que la sujetó bien, y el coche que se había comido ya su arma se comió a continuación su mano. Y su brazo. El sol volvió a salir, proyectando la sombra menguante de Jimmy sobre el asfalto. En algún lugar gritaban unos niños.

La ranchera se ADHIERE al agente, pensó. Ahora entiendo a qué se refería la niña al decir pegajo...

Entonces el dolor estalló en toda su plenitud y los pensamientos cesaron. Quedó tiempo para un grito. Solo uno.

6. LOS NIÑOS (Richforth de 2010)

Desde donde Pete estaba, a setenta metros de distancia, lo vio todo. Vio al agente de policía alargar el brazo para abrir más la puerta de la ranchera con el cañón de la pistola; vio desaparecer el cañón *dentro* de la puerta, como si el coche entero no fuese más que una ilusión óptica; vio al agente precipitarse hacia delante con una sacudida a la vez que el amplio sombrero gris volaba de su cabeza. Acto seguido el agente fue arrastrado a través de la puerta y solo quedó su sombrero, caído junto al teléfono móvil de alguien. Tras un instante, el coche se retrajo en sí mismo, como los dedos de un puño. A continuación se oyó ese sonido semejante al impacto de una pelota de tenis contra una raqueta —*plop*—, y el puño embarrado volvió a convertirse en coche.

El niño pequeño empezó a gimotear; por alguna razón la niña gritaba una y otra vez *treinta*, como si pensase que era una palabra mágica que por lo que fuera J. K. Rowling no había incluido en sus libros de Harry Potter.

La puerta de atrás del coche de policía se abrió. Los niños salieron. Los dos lloraban a lágrima viva, y a Pete no le extrañaba. Si él no hubiese estado tan estupefacto por lo que acababa de ver, probablemente también lloraría. Se le ocurrió una idea absurda: quizá uno o dos tragos más de aquel vodka mejoraran la situación. Lo ayudarían a aplacar un poco el miedo, y con un poco menos de miedo acaso se le ocurriera qué carajo hacer.

Entretanto los niños retrocedían otra vez. Pete temió que huyeran despavoridos de un momento a otro. Eso no podía permitirlo; correrían derechos hacia la autopista y los aplastaría algún coche.

—¡Eh! —exclamó—. ¡Eh, niños!

Cuando los pequeños se volvieron para mirarlo —los ojos grandes y desorbitados, la cara pálida—, agitó la mano y se encaminó hacia ellos. En ese instante el sol asomó de nuevo, esta vez con autoridad.

El niño dio un paso al frente. La niña tiró de él. Al principio Pete pensó que ella le tenía miedo, pero enseguida comprendió que la causa de su miedo era el coche.

Trazó un círculo en el aire con la mano.

—¡Rodeadlo! ¡Rodeadlo y venid aquí!

Pasaron entre los cables del guardarrail del lado izquierdo de la vía de acceso, alejándose lo máximo posible de la ranchera, y luego atajaron a través del aparcamiento. Cuando llegaron hasta Pete, la niña soltó a su hermano, se sentó y hundió la cara entre las manos. Llevaba unas trenzas que probablemente le había hecho su madre. Pete se sintió fatal al mirarlas sabiendo que su madre no volvería a hacérselas.

El niño lo miró con actitud solemne.

—Se ha comido a mi mami y a mi papi. Se ha comido también a la señora del caballo y al agente Jimmy. Va a comerse a todos, me parece. Va a comerse el mundo.

Si Pete Simmons hubiese tenido veinte años, tal vez habría preguntado muchas tonterías intrascendentes. Como solo tenía la mitad de esa edad, y era capaz de aceptar lo que acababa de ver, formuló una pregunta más sencilla y pertinente.

—Oye, niña. ¿Va a venir más policía? ¿Por eso gritabas «treinta»?

La pequeña dejó caer las manos y alzó la vista. Tenía los ojos irritados.

—Sí, pero Blakie tiene razón. También se los comerá. Se lo he dicho al agente Jimmy, pero no me ha creído.

Pete la creyó, porque lo había visto. Pero era verdad: la policía no se lo creería. Al final sí, no les quedaría más remedio, pero quizás no antes de que el coche monstruo se comiera a unos cuantos más.

—Creo que ha venido del espacio —comentó Pete—. Como en *Doctor Who*.

—Mami y papi no nos dejan verla —contestó el niño pequeño—. Dicen que da mucho miedo. Pero esto da más.

—Está vivo.

Pete habló más para sí que para ellos.

—Pues claro —dijo Rachel, y emitió un largo y triste sorbetón.

El sol se escondió brevemente detrás de una de las nubes deshilachadas. Cuando volvió a salir, llegó acompañado de una idea. Pete había albergado la esperanza de enseñar a Normie Therriault y los demás Salteadores Pedorreros algo que los asombrara hasta el punto de admitirlo en su pandilla. Entonces George lo había obligado a volver a la realidad con una frase muy propia de un hermano mayor: *Todos han visto ese truco infantil mil veces*.

Tal vez sí, pero tal vez aquella cosa que había allí no lo hubiera visto mil veces. O ni siquiera una. Quizás en su lugar de origen no existía la lupa. O el sol, si a eso íbamos. Recordó un episodio de *Doctor Who* sobre un planeta donde reinaba siempre la oscuridad.

Oyó una sirena a lo lejos. Un policía se acercaba. Un policía que no se creería nada de lo que dijeran los niños, porque, desde la perspectiva de un adulto, los niños no decían más que bobadas.

—Vosotros quedaos aquí. Voy a probar una cosa.

—¡No! —La niña lo agarró por la muñeca con unos dedos que parecían garras—. ¡Se te comerá a ti también!

—Me parece que no puede moverse —contestó Pete, y se zafó de su mano. Le había dejado un par de marcas sangrantes, pero no se enfadó ni se lo reprochó. Seguramente él habría actuado igual si aquellos hubiesen sido sus padres—. Creo que está fijo en el sitio.

—Puede estirarse —advirtió ella—. Puede estirar las ruedas. Se funden.

—Estaré atento —aseguró Pete—, pero tengo que probar una cosa. Porque tenéis razón. Vendrán esos policías, y también se los comerá. Quedaos quietos.

Se dirigió hacia la ranchera. Cuando estaba cerca (pero no *demasiado* cerca), descorrió la cremallera de la alforja. *Tengo que probar una cosa*, había dicho a los niños, pero la verdad sin adornos era otra: *quería probarlo*. Sería como un experimento de ciencias. Seguramente sonaría raro si se lo dijera a alguien, pero no tenía por qué decirlo. Solo tenía que hacerlo. Con mucho... mucho... cuidado.

Sudaba. Al salir el sol, apretaba el calor, pero no era esa la única razón, y él lo sabía. Con los ojos entornados, alzó la vista hacia el resplandor. El dolor de la RESACA se intensificó a causa de la intensa luz, pero ¿qué más daba? *No vuelvas a esconderte detrás de una nube. Ni se te ocurra. Te necesito.*

Sacó su lupa Richforth de la alforja y se agachó para dejar la alforja en el asfalto. Le crujieron las rodillas, y la puerta de la ranchera se abrió unos centímetros.

Sabe que estoy aquí. No sé si me ve, pero ahora acaba de oírmeme. Y quizá me huele.

Avanzó otro paso. Se hallaba ya tan cerca que habría podido tocar el costado de la ranchera. Si hubiese sido tan tonto como para eso, claro.

—*¡Cuidado!* —advirtió la niña a gritos. En ese momento su hermano y ella estaban de pie, abrazados—. *¡Cuidado con esa cosa!*

Con cautela —como un niño tendiendo la mano hacia la jaula de un león—, Pete alargó el brazo con el que sostenía la lupa. En el costado de la ranchera apareció un círculo de luz, pero era demasiado grande. Demasiado *tenue*. Acercó la lupa.

—*¡La rueda!* —exclamó el niño pequeño—. *¡Cuidado con la RUUEEEADA!*

Pete bajó la vista y vio que uno de los neumáticos se fundía. Un tentáculo gris reptaba por el pavimento hacia su zapatilla. No podía retroceder sin abandonar su experimento, así que levantó el pie y se quedó en esa posición, como una cigüeña. El tentáculo de pringue gris cambió de dirección inmediatamente y fue a por su otro pie.

No tengo mucho tiempo.

Acercó más la lupa. El círculo de luz se redujo hasta convertirse en un punto blanco brillante. Por un momento no ocurrió nada. De pronto empezaron a elevarse espirales de humo. Bajo el punto de luz, la superficie blanca embarrada se ennegreció.

Del interior de la ranchera surgió un gruñido inhumano. Pete tuvo que reprimir todos los instintos activados en su cerebro y su cuerpo para no echar a correr. Entre sus labios separados asomaban unos dientes trabados en un rugido de desesperación. Mantuvo firme la Richforth, contaba los segundos mentalmente. Había llegado hasta

siete cuando el gruñido subió de volumen hasta convertirse en un chirrido vítreo que amenazó con partirle la cabeza. Detrás de él, Rachel y Blake se soltaron para poder taparse los oídos.

A la entrada de la vía de acceso al área de servicio, Al Andrews detuvo lentamente la Unidad Doce. Se apeó e hizo una mueca al oír aquel espantoso chirrido. *Era como una alarma antiaérea reproducida por los amplificadores de una banda de heavy metal*, diría más tarde. Vio a un niño que sostenía algo casi en contacto con la superficie de una vieja ranchera Ford o Chevrolet embarrada. El rostro del niño reflejaba dolor, determinación, o ambas cosas.

El punto negro humeante en el costado de la ranchera empezó a ensancharse. El humo blanco que ascendía desde él en una voluta comenzó a espesarse. Se tornó primero gris, luego negro. Lo que ocurrió a continuación ocurrió deprisa. Pete vio unas diminutas llamas azules cobrar vida en torno al punto negro. Se propagaron como si danzaran sobre la superficie del coche-cosa. Eso mismo sucedía con las briquetas de carbón en la barbacoa de su jardín cuando su padre las rociaba con líquido inflamable y después echaba una cerilla.

El tentáculo de mugre gris, que casi había llegado al pie apoyado aún en el asfalto, retrocedió en el acto. El coche se retrajo en sí otra vez, pero en esta ocasión las llamas azules, cada vez más extendidas, lo envolvieron como un halo. El coche se encogió y se encogió, transformándose en una bola ígnea. De repente, ante los ojos de Pete, de los hermanos Lussier y del agente Andrews, se elevó como una exhalación hacia el cielo azul de primavera. Por un momento permaneció allí, resplandeciente como un ascua, y luego desapareció. Pete, sin proponérselo, pensó en la oscuridad fría que se extendía más allá de la atmósfera: interminables leguas donde cualquier cosa podía vivir y acechar.

No lo he matado, solo lo he ahuyentado. Tenía que irse para poder apagarse, como un palo ardiendo en un cubo de agua.

El agente Andrews, atónito, tenía la mirada fija en el cielo. Uno de los pocos circuitos operativos de su cerebro se preguntaba cómo iba a redactar un informe sobre lo que acababa de ver.

Se aproximaban más sirenas.

Pete regresó junto a los dos niños con la alforja en una mano y la lupa Richforth en la otra. En cierto modo deseaba que George y Normie estuvieran presentes, pero ¿qué más daba? Había pasado una tarde de aúpa sin ellos, y no le importaba si sus padres lo castigaban o no. Al lado de aquello, saltar a un ridículo foso de arena desde una bicicleta era cosa de *Barrio Sésamo*.

¿Sabéis qué? Soy el puto amo.

Podría haberse echado a reír si los niños pequeños no hubiesen estado mirándole. Acababan de ver cómo una especie de alienígena se comía a sus padres —se los comía vivos—, y manifestar júbilo habría sido del todo inapropiado.

El niño alargó sus brazos regordetes y Pete lo levantó. No se rio cuando el

pequeño le besó en la mejilla, pero sonrió.

—Gracias —dijo Blakie—. Eres muy bueno.

Pete lo dejó en el suelo. La niña lo besó también, lo cual no le desagradó nada, aunque le habría gustado mucho más si no hubiese sido una cría.

El agente corría hacia ellos, y Pete, al verlo, se acordó de otra cosa. Se inclinó hacia la niña y le sopló a la cara.

—¿Hueles algo?

Rachel Lussier lo miró por un momento con una expresión sabia que no se correspondía con su edad.

—No te preocupes —dijo la niña, y hasta sonrió. No fue una gran sonrisa pero sí una sonrisa—. Aunque mejor que no le eches el aliento. Y quizás deberías comprarte unos caramelos de menta antes de volver a casa.

—Yo estaba pensando en chicle Teaberry —comentó Pete.

—Sí —convino Rachel—. Eso servirá.

*Para Nye Willden y Doug Allen,
que compraron mis primeros cuentos.*

Mi madre tenía un dicho para cada ocasión. («Y Steve los recuerda todos», oigo decir a mi mujer, Tabitha, alzando la vista al cielo).

Uno de sus preferidos era: «La leche siempre coge el sabor de lo que tiene al lado en la nevera». No sé si eso es verdad sobre la leche, pero desde luego sí lo es en lo que se refiere a la evolución estilística de los escritores jóvenes. En mi juventud, escribía como H. P. Lovecraft mientras leía a Lovecraft, y como Ross Macdonald cuando leía las aventuras del detective Lew Archer.

Con el tiempo la imitación estilística disminuye. Poco a poco los escritores desarrollan su propio estilo, cada uno tan único como una huella dactilar. Los vestigios de los escritores que uno ha leído en sus años de formación permanecen, pero a la larga el ritmo de los pensamientos de cada escritor —expresión de sus ondas cerebrales, creo yo— pasa a imponerse. Al final, nadie se parece a Elmo Leonard aparte de Leonard, y nadie se parece a Mark Twain aparte de Twain. No obstante, de vez en cuando la imitación estilística resurge, siempre cuando el escritor encuentra un modo de expresión nuevo y prodigioso que le muestra una nueva forma de ver y decir. Escribí *El misterio de Salem's Lot* bajo la influencia de la poesía de James Dickey, y si *El retrato de Rose Madder* suena en algunos pasajes como si lo hubiera escrito Cormac McCarthy es porque mientras escribía ese libro leía todo lo de McCarthy que me caía en las manos.

En 2009, un jefe de sección de *The New York Times Book Review* me propuso que escribiera una doble reseña de *Raymond Carver: A Writer's Life*, de Carol Sklenicka, y de una recopilación de cuentos del propio Carver publicada por Library of America. Accedí, sobre todo para poder explorar un nuevo territorio. Si bien soy un lector omnívoro, por alguna razón Carver se me había quedado en el tintero. Una laguna importante para un escritor que llegó a la madurez literaria aproximadamente en la misma época que Carver, es posible que estés pensando, y estarás en lo cierto. Lo único que puedo aducir en mi defensa es *quod libros, quam breve tempus*: tantos libros, tan poco tiempo (y sí, tengo la camiseta).

En todo caso, me asombró la claridad del estilo de Carver y la hermosa tensión de su prosa. Todo está en la superficie, pero esa superficie es tan cristalina que el lector ve un universo vivo justo debajo. Me encantaron esos cuentos, y me encantaron los perdedores americanos sobre los que Carver escribía con tanto conocimiento y ternura. Sí, bebía mucho, pero tenía el pulso firme y un gran corazón.

Escribí «Premium Harmony» poco después de leer más de veinte relatos de Carver, y no debería sorprender que tenga cierto sabor a Carver. Si lo hubiese escrito a los veinte años, no habría sido, creo, más que una imitación desdibujada de la obra de un autor mucho mejor. Como lo escribí a los sesenta y dos, se filtra mi propio estilo, para bien o para mal. Como muchos grandes autores estadounidenses (me vienen a la cabeza Philip Roth y Jonathan Franzen), Carver parecía tener poco sentido del humor. Yo, en cambio, veo humor en casi todo. Aquí el humor es negro, pero a menudo, en mi opinión, ese es el mejor. Porque —entiéndelo—, en lo tocante a

la muerte, ¿qué puede uno hacer sino reírse?

Premium Harmony

Llevan diez años casados, y durante mucho tiempo todo fue bien —como una seda—, pero ahora discuten. Ahora discuten y no poco. En realidad la discusión es siempre la misma. Tiene carácter circular. Es, piensa Ray a veces, como un canódromo. Cuando discuten, son como galgos tras el conejo mecánico. Uno pasa por el mismo lugar pero no ve el paisaje. Ve el conejo.

Piensa que quizá sería distinto si tuvieran hijos, pero ella no podía quedarse embarazada. Al final se sometieron a unas pruebas, y eso fue lo que dijo el médico. El problema estaba en ella. Algo le pasaba a ella. Después de eso, más o menos al cabo de un año, él le compró un perro, un jack russell al que puso de nombre Biznezz. Mary se lo deletrea a quienes preguntan. Quiere que todos participen de la broma. Ella adora al perro, pero ahora de todos modos discuten.

Van a Walmart a comprar semillas de césped. Han decidido vender la casa —ya no pueden mantenerla—, pero Mary sostiene que no llegarán muy lejos a menos que hagan algo con las cañerías y adecenten el jardín. Sostiene que, con esas calvas en el césped, la casa parece una chabola irlandesa de mala muerte. Ha sido un verano caluroso, prácticamente sin lluvia. Ray replica que sin lluvia el césped no saldrá por buenas que sean las semillas. Insiste en que deberían esperar.

—Entonces pasará otro año, y ahí seguiremos —contesta ella—. No podemos esperar otro año, Ray. A esas alturas estaremos en la ruina.

Cuando Mary habla, Biz la mira desde su sitio en el asiento trasero. A veces mira a Ray cuando habla él, pero no siempre. Sobre todo mira a Mary.

—¿Qué crees? —dice Ray—. ¿Que va a llover para que tú dejes de preocuparte por si acabamos en la ruina?

—Estamos metidos en esto juntos, por si te has olvidado —responde ella.

Ahora atraviesan Castle Rock. Se ve poca actividad. Lo que Ray llama «la economía» ha desaparecido de esta parte de Maine. El Walmart está al otro lado del pueblo, cerca del instituto donde Ray trabaja de conserje. El Walmart tiene su propio semáforo. La gente bromea con eso.

—Ahorrar no es solo guardar sino saber gastar —afirma él—. ¿Has oído alguna vez ese dicho?

—Un millón de veces, a ti.

Ray deja escapar un gruñido. Ve al perro por el retrovisor, observándola. En algunos momentos le disgusta esa manera que tiene Biz de mirarla. Le da la impresión de que ninguno de ellos sabe de qué hablan. Es una idea deprimente.

—Y para en el Quik-Pik —indica ella—. Quiero comprar un balón de fútbol para regalarle a Tallie en su cumpleaños.

Tallie es la hija pequeña de su hermano, una niña de corta edad. Ray supone que eso la convierte también en su propia sobrina, pero no lo ve del todo claro, porque solo es pariente consanguínea de Mary.

—En el Walmart hay balones —dice Ray—, y en el Mundo de Wally todo sale más barato.

—Los del Quik-Pik son de color morado. El morado es su color preferido. No estoy segura de que en el Walmart tengan.

—Si no tienen, ya pararemos en el Quik-Pik a la vuelta.

Siente como si un gran peso le oprimiera la cabeza. Ella se saldrá con la suya. En cuestiones como esa, siempre lo consigue. El matrimonio es como un partido de fútbol, y él es el *quarterback* del equipo modesto. Tiene que buscar espacios. Hacer pases en corto.

—A la vuelta nos quedará a trasmano —aduce ella, como si se hallaran atrapados en un río de tráfico urbano y no en un pueblo casi vacío donde la mayoría de los locales comerciales están en venta—. Entraré como un rayo, compraré el balón y volveré como un rayo.

Con tus noventa kilos, piensa Ray, tus días de correr han terminado, cielo.

—Cuestan solo noventa y nueve centavos —insiste ella—. No seas tan tacaño.

Y tú aprende a gastar, piensa él, pero dice:

—Ya que entras, cómprame un paquete de tabaco. Se me ha acabado.

—Si lo dejaras, tendríamos cuarenta dólares más a la semana.

Ray ahorra y paga a un amigo de Carolina del Sur para que le mande por correo una docena de cartones cada vez. En Carolina del Sur el cartón sale veinte dólares más barato. Eso es mucho dinero, incluso en estos tiempos. No puede decirse que no se esfuerce en economizar. Se lo ha dicho a ella ya antes, y volverá a decírselo, pero ¿de qué sirve? Le entra por un oído y le sale por otro. No tiene nada en medio para aminorar la marcha de las palabras que él pronuncia.

—Antes fumaba dos paquetes al día —alega—. Ahora fumo menos de medio.

En realidad la mayoría de los días fuma más. Ella lo sabe, y Ray sabe que lo sabe. Al fin y al cabo en eso consiste el matrimonio. El peso que le opriime la cabeza aumenta un poco. Además ve que Biz todavía la mira. Él da de comer al condenado animal y gana el dinero con el que se paga esa comida, pero es a ella a quien mira. Y eso que los jack rusells son listos, se supone.

Dobla por el acceso a Quik-Pick.

—Deberías comprarlo, si no hay más remedio, en Indian Island —sugiere ella.

—En la reserva hace diez años que no venden tabaco libre de impuestos —contesta él—. Eso también te lo he dicho. Es que no escuchas.

Deja atrás los surtidores de gasolina y aparca junto a la tienda. No hay sombra. Tienen el sol justo encima. El aire acondicionado del coche solo funciona a baja potencia. Los dos están sudando. En el asiento trasero, Biz jadea. Al hacerlo, parece que sonríe.

—Pues deberías dejarlo —dice Mary.

—Y tú deberías dejar esas Little Debbies —replica él. No era su intención decirlo, sabe lo susceptible que es ella con el tema del peso, pero se le escapa. No

puede contenerse. Es un misterio.

—No me he comido ni una desde hace un año —declara ella.

—Mary, la caja está en el último estante. Un paquete de veinticuatro. Detrás de la harina.

—¿Has estado *fisgoneando*? —exclama ella. El rubor asoma a sus mejillas, y él la ve tal como era cuando aún era guapa. O al menos mona. Todo el mundo decía que Mary era muy mona, incluso la madre de Ray, a quien por lo demás no le caía bien.

—Estaba buscando el abrebotellas —dice él—. Iba a tomarme un refresco de vainilla, de esos con chapa antigua.

—¡Y buscabas un puñetero abrebotellas en el último estante del armario!

—Entra a comprar el balón —contesta él—. Y tráeme unos pitillos. Sé buena chica.

—¿No puedes esperar hasta que lleguemos a casa? ¿No puedes esperar ni eso?

—Puedes comprar de los baratos —dice él—. Los de esa marca desconocida. Premium Harmony se llaman. —Saben a bosta de vaca seca, pero da igual. Ojalá así Mary cierre la boca. Hace demasiado calor para discutir.

—Además, ¿dónde vas a fumar? En el coche, supongo, para que yo tenga que respirarlo.

—Abriré la ventanilla, como siempre.

—Comprará el balón y volveré. Si consideras que *tienes* que gastar cuatro dólares y cincuenta centavos en ensuciarte los pulmones, entra tú mismo. Yo me quedaré esperando con el chiquitín.

Ray detesta que llame «chiquitín» a Biz. Es un perro, y quizá sea tan listo como Mary se complace en alardear, pero aun así caga fuera de casa y se lame allí donde antes tenía las bolas.

—Compra unos bollos, ya que estás —dice él—. Unos Twinkies, o a lo mejor los Ho Hos están de oferta.

—Eso es crueldad —reprocha ella. Sale del coche y cierra de un portazo.

Ray ha aparcado muy cerca del edificio, un cubo de hormigón, y a Mary no le queda más remedio que caminar de costado hasta rebasar el maletero del coche, y él sabe que ella sabe que la está mirando, viendo que ahora, con lo grandota que está, tiene que caminar de costado. Sabe que ella piensa que ha aparcado cerca del edificio adrede, para obligarla a caminar de costado, y quizá sea así.

Le apetece un cigarrillo.

—Bueno, Biz, viejo amigo, tú y yo solos.

Biz se tiende en el asiento de atrás y cierra los ojos. Es capaz de erguirse sobre las patas traseras y pasearse durante unos segundos cuando Mary pone un disco y le pide que baile, y si le dice (en tono alegre) que es *mal chico*, él se va a un rincón y se queda de cara a la pared, pero aun así caga fuera de casa.

Pasa el tiempo, y Mary no sale. Ray abre la guantera. Escarba entre el revoltijo de papeles, por si se ha dejado olvidado algún paquete de tabaco, pero no hay ninguno.

Sí encuentra un pastelito, un Hostess Sno Ball, todavía en su envoltorio. Hinca el dedo en él. Está tieso como un cadáver. Debe de llevar ahí mil años. Quizá más. Quizá llegó con el Arca de Noé.

—Todo el mundo tiene su vicio —comenta Ray. Desenvuelve el Sno Ball y lo lanza al asiento de atrás—. ¿Te apetece esto, Biz? Venga, date un capricho.

Biz se zampa el Sno Ball en dos bocados. Luego empieza a lamer trozos de coco del asiento. Mary se subiría por las paredes, pero Mary no está.

Ray echa un vistazo al indicador de gasolina y ve que queda medio depósito. Podría apagar el motor y bajar los cristales de las ventanillas, pero entonces se asaría de verdad. Estar allí sentado bajo el sol, esperando a que ella compre un balón de futbéisbol de plástico de color morado por noventa y nueve centavos, cuando él sabe que podría conseguir uno por sesenta y nueve centavos en Walmart. Solo que ese tal vez fuera amarillo o rojo. No valdría para Tallie. Para la princesa solo el morado.

Sigue ahí sentado, y Mary no regresa.

—¡El poncho de Cristo! —exclama. El aire frío le acaricia la cara. Se plantea nuevamente apagar el motor, para ahorrar un poco de gasolina, luego piensa: Al carajo. Total, ella no va a llevarle el tabaco. Ni siquiera de ese barato de marca desconocida. Lo sabe. Tenía que lanzar la pulla sobre las Little Debbies.

Ve a una mujer joven por el retrovisor. Se dirige al trote hacia el coche. Es aún más obesa que Mary; unas tetas enormes se bambolean bajo una bata de trabajo azul. Biz la ve acercarse y empieza a ladear.

Ray baja el cristal de la ventanilla.

—¿Su mujer es rubia? —Intercala las palabras entre resuellos—. ¿Rubia, con zapatillas? —Su cara brilla por el sudor.

—Sí. Quería un balón para nuestra sobrina.

—Pues le ha pasado algo. Se ha caído. Está inconsciente. Según el señor Ghosh, podría ser un infarto. Ha avisado al nueve uno uno. Mejor será que venga.

Ray cierra el coche y la sigue al interior de la tienda. Dentro hace frío en comparación con el coche. Mary está tendida en el suelo, despatarrada, los brazos a los lados. Se encuentra junto a un cilindro de alambre lleno de balones de futbéisbol. En el letrero colocado sobre el cilindro se lee LA DIVERSIÓN MÁS CANDENTE DE ESTE VERANO. Mary tiene los ojos cerrados. Podría estar dormida allí en el suelo de linóleo. Hay tres personas de pie a su lado. Una es un hombre de piel oscura con pantalón caqui y camisa blanca. Una placa prendida en el bolsillo de la camisa lo identifica como SR. GHOSH, ENCARGADO. Las otras dos son clientes. Uno es un anciano delgado de cabello ralo. Ronda los setenta como mínimo. La otra es una mujer gorda. Más gorda que Mary. Más gorda también que la chica de la bata azul. Ray piensa con razón que es ella quien debería estar tendida en el suelo.

—Caballero, ¿es usted el marido de esta mujer? —pregunta el señor Ghosh.

—Sí —contesta Ray. Eso no parece bastar—. Claro que lo soy.

—Podría ser que estuviera muerta, lamento decir —añade el señor Ghosh—. Le

he hecho la respiración artificial, el boca a boca, pero... —Se encoge de hombros.

Ray piensa en ese hombre moreno uniendo sus labios a los de Mary. Dándole un beso francés, por llamarlo de alguna forma. Echando aire por su garganta allí, al lado del cilindro de alambre lleno de balones de plástico de futbéisbol. De pronto se arrodilla.

—Mary —dice—. ¡Mary! —Como si intentara despertarla después de una mala noche.

Da la impresión de que no respira, pero eso no siempre está claro. Acerca el oído a su boca y no oye nada. Nota una corriente de aire en la piel, pero seguramente procede del sistema de ventilación.

—Este caballero ha avisado al nueve uno uno —dice la gorda. Tiene en la mano una bolsa de Bugles.

—¡Mary! —exclama Ray. Esta vez levanta más la voz, pero no se anima a gritar, no allí de rodillas entre varias personas, una de ellas un hombre de piel oscura. Alza la vista y, como disculpándose, añade—: Nunca se pone enferma. Tiene una salud de hierro.

—Nunca se sabe —comenta el anciano. Menea la cabeza.

—Se ha caído de repente, así sin más —explica la joven de la bata azul—. No ha articulado palabra.

—¿Se ha llevado la mano al pecho? —pregunta la gorda de los Bugles.

—No lo sé —responde la joven—. Diría que no. O yo no la he visto. Se ha caído de repente, así sin más.

Cerca de los balones de futbéisbol hay un colgador con camisetas de recuerdo. En ellas se leen cosas como: A MIS PADRES LOS TRATARON COMO A REYES EN CASTLE ROCK Y YO SOLO HE SACADO ESTA TRISTE CAMISETA. El señor Ghosh coge una y pregunta:

—¿Quiere que le tape la cara, caballero?

—¡No, por Dios! —contesta Ray, sobresaltado—. Puede que solo haya perdido el conocimiento. No somos médicos. —Más allá del señor Ghosh, ve a tres chicos, adolescentes, que curiosean a través de la cristalera. Uno de ellos toma fotos con el teléfono móvil.

El señor Ghosh sigue la mirada de Ray y, haciendo aspavientos, corre hacia la puerta.

—¡Largo de aquí, chavales! ¡Largo!

Los adolescentes, entre risas, reculan con parsimonia. Luego dan media vuelta y, al trote, dejan atrás los surtidores de gasolina en dirección a la acera. Más allá de ellos el centro del pueblo, casi desierto, reverbera con resplandor trémulo. Pasa un coche acompañado de un palpitante rap. Ray oye los graves y se le antojan los latidos robados al corazón de Mary.

—¿Dónde está la ambulancia? —pregunta el anciano—. ¿Cómo es que aún no ha llegado?

Ray permanece arrodillado junto a su mujer mientras transcurre el tiempo. Le

duele la espalda y le duelen las rodillas, pero si se pone en pie, parecerá un espectador.

La ambulancia resulta ser una Chevrolet Suburban blanca con listas de color naranja. Las intensas luces rojas destellan. Lleva el rótulo SERVICIO DE URGENCIAS DEL CONDADO DE CASTLE pintado en la parte delantera, solo que del revés. Así es posible leerlo por el retrovisor. Ray lo considera una idea de lo más ingeniosa.

Los dos hombres que entran visten de blanco. Parecen camareros. Uno empuja una carretilla con una botella de oxígeno. Es una bombona verde con una calcomanía de la bandera estadounidense.

—Lo siento —se disculpa uno—. Acabamos de trasladar a los heridos de un accidente de coche que ha habido en Oxford.

El otro ve a Mary tendida en el suelo, despatarrada, los brazos a los lados.

—¡Jo! —dice.

Ray, incrédulo, pregunta:

—¿Todavía vive? ¿Solo ha perdido el conocimiento? Si es así, mejor será que le pongan el oxígeno o sufrirá daños cerebrales.

El señor Ghosh mueve la cabeza en un gesto de negación. La joven de la bata azul rompe a llorar. Ray desearía preguntarle por qué llora, pero de pronto cae en la cuenta. Ella se ha imaginado toda una historia a partir de lo que él acaba de decir. Vamos, que si volviera al cabo de una semana y jugara bien sus cartas, quizás ella se prestara a echar un polvo por compasión. No es que tenga intención de volver, pero concibe la posibilidad. Si quisiera aprovecharla.

Los ojos de Mary no reaccionan a la luz de una linterna. Un auxiliar clínico escucha los inexistentes latidos de su corazón, y el otro le toma la inexistente presión arterial. Eso se prolonga durante un rato. Los adolescentes regresan con unos amigos. Aparece más gente. Ray supone que los atraen los destellos de las luces rojas en lo alto de la Suburban del servicio de urgencias, tal como la luz de un porche atrae a los mosquitos. El señor Ghosh corre otra vez en dirección a ellos haciendo aspavientos. Los chicos retroceden de nuevo. Después, cuando el señor Ghosh regresa al corillo en torno a Mary y Ray, avanzan y vuelven a curiosear.

Uno de los auxiliares dice a Ray:

—¿Era su mujer?

—Sí.

—En fin, caballero, lamento comunicarle que ha muerto.

—Oh. —Ray se levanta. Le crujen las rodillas—. Me lo habían dicho, pero yo no estaba seguro.

—Santa María madre de Dios, apiádate de su alma —dice la gordita de los Bugles. Se santigua.

El señor Ghosh ofrece a uno de los auxiliares la camiseta turística para que cubra el rostro de Mary, pero el auxiliar niega con la cabeza y sale. Dice al reducido grupo de gente que no hay nada que ver, como si alguien fuese a creer que una mujer

muerta en el Quik-Pik no tiene interés.

El auxiliar saca una camilla de la parte de atrás del vehículo de emergencia. Lo hace con un simple y rápido golpe de muñeca. Las patas se despliegan por sí solas. El anciano del cabello ralo mantiene abierta la puerta de la tienda, y el auxiliar entra con su lecho mortuorio rodante.

—¡Qué calor! —comenta el auxiliar a la vez que se enjuga la frente.

—Quizá prefiera no ver esta parte —dice a Ray el otro, pero él se queda observando mientras levantan el cuerpo y lo colocan en la camilla. Hay una sábana bien plegada en el extremo de la camilla. La extienden completamente hasta que le cubre la cara. Ahora Mary parece el cadáver de una película. La sacan al calor. En esta ocasión es la gorda de los Bugles quien aguanta la puerta. La gente se ha apartado hacia la acera. Deben de haberse congregado más de treinta personas, allí de pie bajo el implacable sol de agosto.

Después de dejar a Mary en la ambulancia, los auxiliares regresan. Uno sostiene una tablilla sujetapapeles. Formula a Ray unas veinticinco preguntas. Ray conoce la respuesta a todas menos la referente a la edad. De pronto se acuerda de que ella es tres años más joven que él y dice treinta y cuatro.

—Vamos a llevarla al St. Stevie —informa el auxiliar del sujetapapeles—. Puede seguirnos si no sabe el camino.

—Sí lo sé —contesta Ray—. ¿Qué? ¿Quieren hacerle la autopsia? ¿Van a abrirla?

La chica de la bata azul ahoga un gemido. El señor Ghosh la rodea con el brazo, y ella apoya la cara en su camisa blanca. Ray se pregunta si el señor Ghosh se la tira. Espera que no sea así. No por la piel oscura del señor Ghosh —a Ray esas cosas le traen sin cuidado—, sino porque debe de doblarle la edad. Un hombre mayor puede aprovecharse, sobre todo cuando es el jefe.

—Verá, esa decisión no nos corresponde a nosotros —responde el auxiliar—, pero probablemente no. No ha muerto sin atención...

—Y que lo diga —interviene la mujer de los Bugles.

—... Y está bastante claro que se trata de un infarto. Seguramente entregarán los restos a la funeraria casi de inmediato.

¿La funeraria? Hace una hora estaban dentro del coche, discutiendo.

—No tengo prevista una funeraria —dice—. Ni funeraria, ni tumba, nada. ¿Cómo demonios iba yo a preverlo? Tiene *treinta y cuatro* años.

Los dos auxiliares cruzan una mirada.

—Señor Burkett, en el St. Stevie ya lo ayudará alguien con todo eso. No se preocupe.

—¿Que no me preocupe? ¡Qué demonios!

La ambulancia del servicio de urgencias arranca con las luces encendidas pero con la sirena apagada. En la acera el gentío empieza a dispersarse. La dependienta, el

anciano, la gorda y el señor Ghosh miran a Ray como si fuera especial. Una persona famosa.

—Mi mujer quería un balón de futbéisbol morado para nuestra sobrina —dice—. Pronto cumple años. Ocho. Se llama Tallie. Le pusieron ese nombre por una actriz.

El señor Ghosh saca un balón morado del cilindro de alambre y se lo tiende a Ray con las dos manos.

—A cuenta de la casa —dice.

—Gracias —contesta Ray.

La mujer de los Bugles se echa a llorar.

—Santa María madre de Dios —exclama.

Se quedan todos allí un rato, de charla. El señor Ghosh va a buscar unos refrescos al frigorífico. Son también a cuenta de la casa. Beben sus refrescos y Ray les habla un poco de Mary, omitiendo las discusiones. Les explica que en la feria del condado de Castle obtuvo el tercer premio con una colcha de retazos. Eso fue en 2002. O quizá 2003.

—Qué lástima —comenta la mujer de los Bugles. Ha abierto la bolsa y los comparte. Comen y beben.

—Mi mujer murió mientras dormía —cuenta el anciano del cabello ralo—. Se tumbó en el sofá y ya no se despertó. Estuvimos casados treinta y siete años. Siempre pensé que me iría yo antes, pero Dios no lo quiso así. Todavía la veo allí tendida en el sofá. —Menea la cabeza—. No me lo podía creer.

Finalmente Ray no tiene nada más que contar, y ellos no tienen nada más que contarle a él. Vuelven a entrar clientes. El señor Ghosh atiende a unos, y la mujer de la bata azul atiende a otros. Al cabo de un rato la gorda anuncia que es hora de irse. Antes da un beso a Ray en la mejilla.

—Conviene que se ocupe de sus asuntos, señor Burkett —le aconseja. Emplea un tono sermoneador y a la par coqueto.

Ray piensa que tal vez ahí surja otro posible polvo por compasión.

Consulta el reloj situado encima del mostrador. Es de esos con un anuncio de cerveza en la esfera. Han pasado casi dos horas desde que Mary pasó caminando de costado entre el coche y la fachada lateral de hormigón del Quik-Pik. Y por primera vez se acuerda de Biz.

Cuando abre la puerta, sale una bocanada de calor, y cuando apoya la mano en el volante para inclinarse a mirar, la retira en el acto con un grito. Ahí dentro debe de haber sesenta y cinco grados. Biz está muerto boca arriba. Tiene los ojos lechosos. La lengua le asoma por un lado de la boca. Ray ve el brillo de sus dientes. Le han quedado pequeñas porciones de coco prendidas de los bigotes. Eso no debería ser gracioso, pero lo es. No tan gracioso como para echarse a reír, pero sí gracioso como lo es una palabra rara que no consigue recordar.

—Biz, viejo amigo —dice—. Lo siento. Me había olvidado de ti.

Lo invade una sensación de gran tristeza y regocijo mientras contempla al jack russell asado. Que algo tan triste resulte gracioso es una auténtica vergüenza.

—Bueno, ahora estás con ella, ¿no? —añade, y la idea es tan triste y a la vez tan tierna que se echa a llorar. Es un arrebato. Mientras llora se le ocurre que ahora puede fumar tanto como quiera, y en cualquier parte de la casa. Puede fumar en la mismísima mesa del comedor de Mary.

—Ahora estás con ella, Biz, viejo amigo —dice entre lágrimas. Tiene la voz empañada y ronca. Es un alivio ofrecer la imagen acorde con la situación—. Pobre Mary, pobre Biz. ¡Maldita sea!

Todavía llorando, y con el balón de futbéisbol morado aún bajo el brazo, vuelve a entrar en el Quik-Pik. Dice al señor Ghosh que se ha olvidado de comprar tabaco. Piensa que tal vez el señor Ghosh le dé también un paquete de Premium Harmony a cuenta de la casa, pero su generosidad no llega a tanto. Ray fuma a lo largo de todo el camino hasta el hospital con las ventanas cerradas, Biz en el asiento trasero y el aire acondicionado a tope.

En recuerdo de Raymond Carver

A veces un cuento llega completo: un todo ya hecho. Pero normalmente se me ocurren en dos partes: primero la taza, luego el asa. Como el asa puede tardar semanas, meses o incluso años en presentarse, en el fondo de la cabeza tengo una cajita llena de tazas inacabadas, protegidas todas ellas con ese material de embalaje mental único que llamamos memoria. Es imposible ir en busca de un asa, por hermosa que sea la taza; hay que esperar a que aparezca. Soy consciente de que esta metáfora da pena, pero casi ninguna se salva cuando pretendemos describir ese proceso conocido como escritura creativa. He escrito narrativa toda mi vida y ni siquiera ahora comprendo apenas la mecánica del proceso. Aunque, claro está, tampoco entiendo cómo me funciona el hígado, pero mientras siga haciendo su trabajo me doy por contento.

Hace unos seis años, en un cruce muy transitado de Sarasota, presencié una situación que no acabó en colisión por muy poco. Un conductor temerario intentó colar su camioneta bigfoot —una de esas con ruedas enormes— en un carril de giro obligatorio a la izquierda que ya había ocupado otra camioneta bigfoot. El conductor cuyo espacio estaba siendo invadido dio un bocinazo, se produjo el previsible chirrido de frenos, y los dos mastodontes chupacombustible terminaron a escasos centímetros el uno del otro. El hombre situado en el carril de giro obligatorio bajó el cristal de la ventanilla y apuntó el dedo corazón hacia el cielo azul de Florida en un saludo que es tan norteamericano como el béisbol. El individuo que casi lo había embestido le devolvió el gesto, acompañado de una palmada en el pecho a lo Tarzán que supuestamente significaba: *¿Quieres pelea?* A continuación el semáforo se puso en verde, otros automovilistas tocaron el claxon, y los dos siguieron su camino sin enfrentamiento físico.

El incidente me llevó a pensar qué habría ocurrido si los dos conductores hubiesen abandonado sus vehículos y empezado a resolver sus diferencias a puñetazos allí en Tamiami Trail. No era descabellado imaginarlo: los arrebatos de ira al volante son un fenómeno habitual. Por desgracia, «fenómeno habitual» no es la receta idónea para un buen cuento. Aun así, aquella colisión que no llegó a producirse por muy poco se me quedó grabada. Era una taza sin asa.

Al cabo de un año o poco más, mientras comía en un Applebee's con mi mujer, vi a un hombre ya cincuentón trocear el filete ruso a un anciano. Lo hacía con sumo cuidado, y entretanto el anciano, inexpresivo, mantenía la mirada fija en algún punto por encima de su cabeza. En cierto momento el viejo pareció volver un poco al mundo e intentó coger los cubiertos, cabe suponer que para ocuparse él mismo de su comida. El hombre de menor edad sonrió y movió la cabeza en un gesto de negación. El anciano desistió y volvió a quedarse con la mirada perdida. Decidí que eran padre e hijo, y ahí estaba: el asa para mi taza del arrebato de ira al volante.

Batman y Robin tienen un altercado

Sanderson ve a su padre dos veces por semana. Los miércoles a última hora de la tarde, después de cerrar la joyería que sus padres abrieron hace mucho tiempo, recorre en coche los cinco kilómetros de distancia hasta Casa Súmmum, y allí ve a su padre, normalmente en la sala común. En la «suite» si su padre tiene un mal día. Casi todos los domingos Sanderson lo lleva a comer fuera. La residencia donde su padre pasa los brumosos años finales de su vida se llama en realidad Unidad de Cuidados Especiales Harvest Hills, pero Sanderson considera más exacto el nombre Casa Súmmum.

El rato que pasan juntos de hecho no está tan mal, y no solo porque Sanderson ya no tenga que cambiarle las sábanas al viejo cuando moja la cama o levantarse en plena noche cuando su padre empieza a vagar por la casa llamando a su mujer para que le prepare unos huevos revueltos o para decirle a Sanderson que esos puñeteros chicos de la familia Frederick están en el jardín bebiendo y armando bulla (Dory Sanderson murió hace quince años y los tres chicos de la familia Frederick, que ya no son chicos, se mudaron hace mucho tiempo). Corre un chiste ya antiguo sobre el alzhéimer: lo bueno es que conoces gente nueva todos los días. Sanderson ha descubierto que lo bueno es más bien que el guion rara vez cambia. Lo que significa que uno casi nunca tiene que improvisar.

El Applebee's, por ejemplo. A pesar de que comen todos los domingos en el mismo sitio desde hace ya más de tres años, su padre casi siempre dice lo mismo: «Esto no está mal. Deberíamos volver». Siempre pide filete ruso, no muy hecho, y cuando llega el pudin de pan, dice a Sanderson que el pudin de pan de su mujer es mejor. El año pasado el pudin desapareció de la carta del Applebee's de Commerce Way, así que el padre —después de leerle Sanderson la lista de postres cuatro veces y de pensárselo durante dos minutos interminables— eligió el cobbler de manzana. Cuando llegó el plato, comentó que Dory lo servía acompañado de nata. Luego se quedó inmóvil con la mirada fija en la autovía a través de la cristalera. La vez siguiente repitió el comentario, pero se comió el cobbler y rebañó la loza.

Por lo general puede contarse con que recuerde el nombre de Sanderson y la relación que existe entre ellos, pero a veces lo llama Reggie, el nombre de su hermano mayor. Reggie murió hace cuarenta años. Cuando Sanderson se dispone a marcharse de la «suite» los miércoles —o los domingos, después de llevar a su padre de regreso a Casa Súmmum—, su padre invariablemente le da las gracias y le promete que la próxima vez se encontrará mejor.

En su juventud —antes de conocer a Dory Levin, que lo civilizó— el futuro padre de Sanderson trabajaba en los pozos petrolíferos de Texas, y a veces vuelve a ser aquel hombre que jamás había soñado que un día se convertiría en un próspero joyero de San Antonio. Cuando eso ocurre, queda confinado en su «suite». Una vez volcó su cama, y el esfuerzo le costó una muñeca rota. Cuando el auxiliar de guardia —José,

el preferido del padre— le preguntó por qué lo había hecho, él contestó que el puto Gunton no bajaba la radio. Ese Gunton no existe, por supuesto. No ahora. Quizá sí en algún momento del pasado. Probablemente.

De un tiempo a esta parte el padre presenta tendencia a la cleptomanía. Los auxiliares, las enfermeras y los médicos han encontrado en su habitación los objetos más diversos: jarrones, cubiertos de plástico del comedor, el mando del televisor de la sala común. En una ocasión José descubrió debajo de la cama del padre una caja de puros El Producto que contenía varias piezas de puzzle y ochenta o noventa naipes de distintas barajas. El padre es incapaz de explicar a nadie, ni siquiera a su hijo, por qué se apropiá de esas cosas, y normalmente niega haberse apropiado de ellas. Una vez dijo a Sanderson que Gunderson quería meterlo en apuros.

—¿Te refieres a Gunton, papá? —preguntó Sanderson.

Su padre agitó una mano huesuda y leñosa.

—Ese se pasaba la vida buscando coños. Era el cazacoños original de Villacoño.

Pero, según parece, la fase cleptomaníaca empieza a quedar atrás —al menos eso dice José—, y este domingo el padre está bastante tranquilo. No es uno de sus días lúcidos, pero tampoco de los verdaderamente malos. Es un día aceptable para llevarlo a Applebee's, y si consiguen que entremedias no se orine encima, todo irá bien. Lleva protector absorbente para la incontinencia, pero el olor es inevitable, claro. Por esa razón Sanderson siempre reserva una mesa en un rincón. Eso no es problema; comen a las dos, y para entonces el público que antes ha ido a la iglesia ya está de vuelta en casa viendo béisbol o fútbol por televisión.

—¿Tú quién eres? —pregunta su padre en el coche.

Hace un día radiante pero frío. Con sus gafas de sol demasiado grandes y su abrigo de lana, se da un aire a Tío Junior, aquel viejo gángster de *Los Soprano*.

—Soy Dougie —responde Sanderson—. Tu hijo.

—Me acuerdo de Dougie —dice su padre—, pero murió.

—Que no, papá, que no. Murió *Reggie*. Lo... —Sanderson apaga la voz gradualmente para ver si su padre completa la frase. No la completa—. Fue un accidente.

—Estaba borracho, ¿no? —pregunta su padre.

Eso duele, aun después de tantos años. He ahí lo malo del trastorno de su padre: es capaz de una crueldad aleatoria que, pese a no ser intencionada, puede herir en grado sumo.

—No —contesta Sanderson—, el borracho era el chico que lo embistió. Y salió casi ilesa, solo con un par de arañazos.

Ese chico será ahora un hombre de más de cincuenta años, probablemente con canas en las sienes. Sanderson alberga la esperanza de que esa versión madura del chico que mató a su hermano tenga escoliosis, la esperanza de que su mujer haya muerto de cáncer de ovarios, la esperanza de que haya quedado ciego y estéril como consecuencia de unas paperas, pero lo más seguro es que esté perfectamente. Al

frente de una tienda de alimentación en algún sitio. Quizá incluso, Dios no lo quiera, al frente de un Applebee's. ¿Por qué no? Tenía dieciséis años. Ha llovido mucho desde entonces. Deslices de juventud. El expediente quedó enterrado. ¿Y Reggie? Enterrado también. Huesos dentro de un traje bajo una lápida en Mission Hill. Hay días en que Sanderson ni siquiera recuerda su cara.

—Dougie y yo jugábamos a Batman y Robin —dice su padre—. Era su juego preferido.

Paran en el semáforo del cruce de Commerce Way con Airline Road, donde no tardará en producirse un percance. Sanderson mira a su padre y sonríe.

—¡Sí, papá, muy bien! Incluso salimos disfrazados así un año en Halloween, ¿te acuerdas? Te convencí yo. El Cruzado de la Capa y el Chico Maravilla.

Su padre mira a través del parabrisas del Subaru de Sanderson sin decir nada. ¿En qué está pensando? ¿O acaso el pensamiento se ha aplanado hasta quedar reducido a una onda portadora? A veces Sanderson imagina el sonido que podía producir esa línea plana: *mmmmmmmm*. Como el zumbido de la antigua carta de ajuste en televisión, mucho antes del cable y el satélite.

Sanderson apoya la mano en uno de sus delgados brazos, envuelto por la manga del abrigo, y le da un cordial apretón.

—Tú estabas borracho como una cuba y mamá se puso hecha una furia, pero yo me lo pasé en grande. Ese fue mi mejor Halloween.

—Nunca bebí delante de mi mujer —declara su padre.

No, piensa Sanderson en el momento en que el semáforo se pone en verde. Ni una sola vez te aleccionó para que lo dejaras.

—¿Necesitas ayuda con la carta, papá?

—Sé leer —dice su padre. Ya no es capaz, pero en el rincón hay buena luz y ve las fotos de los platos incluso con sus gafas de sol a lo Tío Junior puestas. Además, Sanderson sabe ya qué pedirá.

Cuando se acerca el camarero a servir té con hielo para los dos, su padre dice que tomará el filete ruso, no muy hecho.

—Lo quiero rosado pero no rojo —precisa—. Si está rojo, lo devolveré.

El camarero mueve la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Como de costumbre.

El padre lo mira con recelo.

—¿Aros de cebolla o ensalada de repollo?

El padre deja escapar un resoplido.

—¿No lo dirá en serio? Aquellos aros no tenían salida. Aquel año no se vendía ni la bisutería más barata, y no digamos todo lo demás.

—Tomará la ensalada —interviene Sanderson—. Y yo tomaré...

—*Aquellos aros no tenían salida!* —insiste su padre categóricamente, y dirige al

camarero una mirada imperiosa con la que parece decir: Atrévase a discutírmelo.

El camarero, que los ha atendido muchas veces, se limita a asentir y dice:

—No tenían salida, claro que no. —Volviéndose hacia Sanderson, pregunta—: ¿Y usted, caballero?

Comen. El padre se niega a quitarse el abrigo, así que Sanderson pide un babero de plástico y se lo ajusta al cuello. Su padre no ofrece resistencia, quizá ni se ha dado cuenta. Parte de la ensalada acaba en el pantalón, pero el babero lo protege de casi toda la salsa de champiñones. Poco antes de acabar, el padre anuncia al salón prácticamente vacío que está que revienta de ganas de mear.

Sanderson lo acompaña al lavabo de hombres, y su padre se deja bajar la cremallera de la bragueta, pero cuando Sanderson intenta deslizar el elástico del protector absorbente, su padre le aparta los dedos de un manotazo.

—Nunca se toca el nabo de otro hombre, pipiolo —dice, molesto—. ¿Es que no lo sabes?

Esto despierta un recuerdo muy lejano: Dougie Sanderson de pie ante la taza del váter con el pantalón corto caído en torno a los pies; su padre, arrodillado junto a él, dándole instrucciones. ¿Qué edad tenía entonces? ¿Tres años? ¿Solo dos? Sí, quizá solo dos. Aun así, no alberga la menor duda en cuanto a esa evocación: es como una resplandeciente esquirla de cristal que uno ve en el arcén de la carretera, situada en el lugar preciso para dejar una imagen residual en la retina.

—Preparados, listos, fuego —dice Sanderson.

Su padre le lanza una mirada de recelo y a continuación le parte el corazón con una sonrisa.

—Yo decía eso mismo a mis hijos cuando dejaban el pañal y les enseñaba a ir al baño —dice—. Dory me insistió en que era tarea mía, y cumplí, vaya si cumplí.

Deja ir un chorro, y la mayor parte cae dentro del urinario. Emaná un olor acre y azucarado. Diabetes. Pero ¿qué más da? A veces Sanderson piensa que cuanto antes mejor.

De nuevo en la mesa, todavía con el babero puesto, su padre pronuncia su veredicto.

—Esto no está mal. Deberíamos volver.

—¿Te apetece algo de postre, papá?

Mirando por la cristalera con la boca abierta, su padre se plantea la posibilidad. ¿O es solo la onda portadora? No, esta vez no.

—Sí, ¿por qué no? Aún me queda un hueco.

Los dos piden cobbler de manzana. Su padre, juntando las cejas en un espeso matorral, observa la cucharada de vainilla colocada en lo alto.

—Mi mujer servía esto con nata. Se llamaba Dory. La forma abreviada de

Doreen. Como en el *Club de Mickey*. A reír, a cantar, con Mickey Mickey Mouse.

—Ya lo sé, papá. Come.

—¿Eres Dougie?

—Sí.

—¿De verdad? ¿No me tomas el pelo?

—No, papá, soy Dougie.

Su padre levanta una cucharada goteante de helado y manzana.

—Lo hicimos, ¿a que sí?

—¿Qué hicimos?

—Salimos a hacer truco o trato disfrazados de Batman y Robin.

Sanderson se echa a reír, sorprendido.

—¡Vaya si lo hicimos! Mamá dijo que yo era tonto de nacimiento pero que lo tuyos no tenía excusa. Y Reggie no quiso ni acercarse. Todo aquel asunto lo horrorizaba.

—Yo estaba borracho —dice su padre, y empieza a comerse el postre. Cuando termina, eructa, señala a través de la cristalera y dice—: Fíjate en esos pájaros. A ver, ¿cómo era que se llamaban?

Sanderson mira. Ve los pájaros agrupados sobre un contenedor en el aparcamiento. Hay otros varios más allá, posados en la valla.

—Son cuervos, papá.

—Por Dios, eso ya lo sé —contesta su padre—. Antes los cuervos nunca nos molestaban. Teníamos una escopeta de balines. Oye. —Se inclina al frente, muy serio—. ¿Hemos estado aquí antes?

Sanderson analiza brevemente las posibilidades metafísicas inherentes a esa pregunta y por fin responde:

—Sí. Venimos aquí casi todos los domingos.

—Ah, es un buen sitio. Pero creo que deberíamos marcharnos ya. Estoy cansado. Ahora me apetece eso otro.

—Una siesta.

—Eso otro —repite su padre con mirada imperiosa.

Sanderson pide la cuenta con un gesto, y mientras está pagando en la caja, su padre sigue adelante con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo. Sanderson recoge el cambio apresuradamente y tiene que correr para llegar a la puerta antes de que su padre salga al aparcamiento, o incluso a los cuatro carriles de Commerce Way, en los que la circulación es densa.

—A aquella noche estuvo bien —comenta su padre mientras Sanderson le abrocha el cinturón de seguridad.

—¿De qué noche me hablas?

—De Halloween, bobo. Tú tenías ocho años, así que fue en 1959. Naciste en el

51.

Sanderson mira a su padre, asombrado, pero el viejo mantiene la mirada al frente, fija en el tráfico. Sanderson cierra la puerta de ese lado, rodea el Subaru por la parte delantera y se sienta al volante. Permanecen en silencio a lo largo de dos o tres manzanas, y Sanderson da por supuesto que su padre se ha olvidado de todo, pero no es así.

—Cuando llegamos a casa de los Forester, al pie de la cuesta..., te acuerdas de la cuesta, ¿no?

—La cuesta de Church Street, claro.

—¡Exacto! Norma Forester abrió la puerta, y te dice... sin darte tiempo a ti a decirlo... dice: «¿Truco o trato?». Luego me mira a mí y dice: «¿Truco o trago?». — Su padre emite un sonido semejante al chirrido de un gozne oxidado que Sanderson no oía desde hacía un año o más. Incluso le da una palmada en el muslo—. ¡Truco o trago! ¡Qué risa! ¿Te acuerdas?

Sanderson rebusca en la memoria, pero no encuentra nada. Lo único que recuerda es su propia felicidad por estar en su compañía, pese a que el disfraz de Batman de su padre —improvisado en un tris— no era gran cosa. Un pijama gris, el emblema del murciélagos dibujado en la pechera con rotulador. La capa, una sábana vieja cortada. El cinturón de herramientas de Batman era una correa de cuero en la que su padre había prendido diversos destornilladores y escoplos —hasta una llave inglesa— de su caja de herramientas del garaje. El antifaz era un pasamontañas apolillado que su padre enrolló hasta la nariz para dejar la boca al descubierto. Antes de salir, de pie frente al espejo del recibidor, se tiró de los lados del antifaz, por arriba, ahuecándolos para formar las orejas, pero no se mantenían erguidas.

—Me ofreció una botella de cerveza Shiner's —dice su padre.

Han recorrido ya nueve manzanas por Commerce Way y se acercan al cruce de Airline Road.

—¿La aceptaste?

Su padre está en vena. A Sanderson le encantaría que siguiera así hasta Casa Súmmum.

—Pues claro. —Se queda en silencio. Ya cerca del cruce, los dos carriles de Commerce Way se convierten en tres. El carril de la izquierda es de giro obligatorio. El semáforo para el tráfico que sigue recto está en rojo, pero el que afecta al carril de giro a la izquierda muestra una flecha verde—. Esa nena tenía las tetas como almohadas. En la vida he tenido mejor amante que ella.

Sí, te hacen daño. Sanderson sabe esto no solo por su propia experiencia, sino también por sus conversaciones con otros que tienen parientes en la Casa. Por lo general, no lo hacen con mala intención, pero lo hacen. Los recuerdos que conservan son un revoltijo —como las piezas de puzzle afanadas que José encontró en la caja de puros debajo de la cama de su padre—, y carecen de regulador, de cualquier medio para separar aquello de lo que está bien hablar y aquello de lo que no está bien.

Sanderson nunca ha tenido ninguna razón para pensar que su padre no fue fiel a su mujer durante sus cuarenta y pico años de matrimonio, pero ¿no es eso lo que suponen todos los hijos adultos si el matrimonio de sus padres era sereno y armonioso?

Aparta la vista de la calzada para mirar a su padre, y esa es la razón por la que ocurre un accidente en lugar de una de esas casi colisiones que se producen continuamente en vías de circulación intensa como Commerce Way. Así y todo, no es un accidente de extrema gravedad, y aunque Sanderson sabe que ha apartado la atención de la calzada durante uno o dos segundos, también sabe que no ha sido culpa suya.

Una de esas camionetas de ruedas enormes y luces en el techo de la cabina ha girado e invadido su carril con la intención de situarse a la izquierda para doblar antes de que desaparezca la flecha verde. No ha puesto el intermitente; eso Sanderson lo advierte al mismo tiempo que el lado derecho del morro de su Subaru choca con la parte trasera de la camioneta. Su padre y él se ven lanzados hacia delante y sujetados por los cinturones de seguridad, y una prominencia aparece de pronto en el centro del capó del Subaru, antes liso, pero los airbags no se activan. Se oye un repentino tintineo de cristales.

—¡Gilipollas! —exclama Sanderson—. ¡Por Dios!

Entonces comete un error. Pulsa el botón para bajar el cristal de la ventanilla, asoma el brazo y blande el dedo medio en dirección a la camioneta. Más adelante pensará que lo hizo solo porque su padre viajaba en el coche con él, y su padre estaba en vena.

Su padre. Sanderson se vuelve hacia él.

—¿Estás bien?

—¿Qué ha pasado? —pregunta su padre—. ¿Por qué hemos parado?

Está confuso pero por lo demás bien. Afortunadamente llevaba el cinturón puesto, aunque bien sabe Dios que hoy día es difícil olvidárselo. Los propios coches lo impiden. Si conduces quince metros sin ponértelo, empiezan a protestar indignados. Sanderson se inclina sobre el regazo de su padre, abre la guantera, saca la documentación del coche y la tarjeta del seguro. Cuando vuelve a erguirse, la puerta de la camioneta está abierta de par en par y el conductor se dirige hacia él, sin prestar la menor atención a los coches que tocan la bocina y giran para esquivar el reciente topetazo. No hay tanto tráfico como habría un fin de semana, pero Sanderson no considera eso una suerte, porque, mirando al conductor que se acerca, piensa: Aquí podría verme en un aprieto.

Conoce a ese individuo. No personalmente, pero es el típico elemento del sur de Texas. Viste vaqueros y camiseta con las mangas arrancadas a la altura de los hombros, no cortadas, arrancadas, y algún que otro jirón cuelga sobre las curtidas masas de músculo de sus brazos. Los vaqueros se le escurren por debajo de los huesos de la cadera, dejando a la vista la marca del calzoncillo. Una cadena prendida

de una de las trabillas de los vaqueros sin cinturón pende hacia el bolsillo trasero, que sin duda contendrá una cartera enorme de cuero, posiblemente con el logo repujado de una banda de heavy metal. Mucha tinta en brazos y manos, le trepa incluso por el cuello. Cuando Sanderson está en su joyería y ve a un tipo como ese en la acera por el circuito cerrado de televisión, pulsa el botón que echa el cierre de seguridad de la puerta. En ese preciso momento le gustaría pulsar el botón que echa el cierre de seguridad de la puerta del coche, pero no puede hacerlo, claro. No debería haberle hecho la peineta a ese individuo, e incluso ha tenido tiempo de replantearse sus opciones, porque se ha visto obligado a bajar la ventanilla para poder hacerlo. Pero ya es demasiado tarde.

Sanderson abre la puerta y sale, dispuesto a mostrarse apaciguador, a disculparse por lo que no debería tener que disculparse: por el amor de Dios, ha sido ese tipo quien le ha cortado el paso. Pero otra circunstancia viene a sumarse a todo lo demás, una circunstancia que, acompañada de un hormigueo de consternación, le eriza el vello de los antebrazos y la nuca, ahora sudorosos tras abandonar el aire acondicionado. Los tatuajes de ese individuo son burdos, sin el menor orden: cadenas en torno a los bíceps, espinas alrededor de los antebrazos, un puñal con una gota de sangre suspendida de la punta de la hoja en una muñeca. Ningún taller de tatuaje hace algo así. Eso es producto carcelario. Hombre Tatuado, con sus botas, mide al menos un metro ochenta y cinco y pesa al menos noventa kilos. Quizá cien. Sanderson mide un metro setenta y dos y pesa unos setenta kilos.

—Oiga, perdón por la peineta —dice Sanderson—. Ha sido la exaltación del momento. Pero usted ha cambiado de carril sin...

—¡Mira cómo me has dejado la camioneta! —exclama Hombre Tatuado—. ¡No hace ni tres meses que la tengo!

—Tenemos que intercambiarnos los datos del seguro.

Además necesitan un policía. Sanderson mira alrededor en busca de alguno y solo ve mirones, que aminoran la marcha para evaluar los daños y después aceleran otra vez.

—¿Cómo voy a tener seguro si apenas puedo pagar los plazos de esta cabrona?

El seguro es obligatorio, piensa Sanderson; lo exige la ley. Solo un individuo como ese se considera exento de todo. Los testículos de goma que cuelgan de la matrícula son la prueba concluyente.

—¿Por qué coño no me has dejado pasar, gilipollas?

—No he tenido tiempo —contesta Sanderson—. Me ha cortado el paso, no ha puesto el intermitente...

—¡Sí lo he puesto!

—¿Pues cómo es que no está encendido? —Sanderson señala las luces.

—¡Porque me has roto la puta luz, tarado! ¿Cómo voy a contarle esto a mi novia? ¡El dinero para la puta entrada lo puso ella! ¡Y aparta esa puta mierda de mi cara!

De un manotazo arranca la tarjeta del seguro y la documentación del coche de la

mano de Sanderson, que aún estaba ofreciéndoselas. Sanderson baja la vista y, atónito, se queda mirándolas. Sus papeles han ido a parar al asfalto.

—Me voy —anuncia Hombre Tatuado—. Yo me arreglo mis daños, tú te arreglas los tuyos. Eso es lo que vamos a hacer.

Los daños del Subaru son mucho mayores que los de la camioneta absurdamente grande —mil quinientos o dos mil dólares más, quizá—, pero no es eso lo que empuja a Sanderson a mantenerse firme. Tampoco es el temor a que ese imbécil se marche de rositas; lo único que Sanderson tiene que hacer es anotar la matrícula expuesta sobre esos testículos de goma colgantes. Ni siquiera es el calor, que agobia. Es pensar en su padre, ahí en el asiento del coche, empastillado, sin saber qué ocurre, necesitado de una siesta. Deberían estar ya a medio camino de Casa Súmmum, pero no. No. Porque ese grandísimo gilipollas le ha cortado el paso. Tenía que colarse por debajo de esa flecha verde antes de que se apagara, así de sencillo, o las tinieblas se habrían abatido sobre el mundo y los vientos del juicio final habrían empezado a soplar.

—No es eso lo que vamos a hacer —dice Sanderson—. La culpa ha sido suya. Ha cambiado de carril delante de mí sin indicarlo. No me ha dado tiempo a parar. Quiero ver la documentación de su vehículo, y quiero ver su carnet de conducir.

—Me cago en tu puta madre —replica el hombretón, y asesta un puñetazo a Sanderson en el estómago.

Sanderson se dobla por la cintura y expulsa todo el aire de los pulmones en una gran bocanada. Debería haber sabido que no le convenía provocar al conductor de la camioneta, de hecho lo sabía, a cualquiera le habría bastado con ver esos tatuajes de aficionado para saberlo, y aun así ha seguido adelante porque creía que eso no ocurriría a plena luz del día, en el cruce de Commerce Way con Airline Road. Es miembro de la Joven Cámara Internacional. No ha recibido un puñetazo desde tercero de primaria, y aquella vez la discusión fue por unos cromos de béisbol.

—Ahí tienes la documentación —dice Hombre Tatuado. El sudor corre a raudales por su rostro—. A ver si te gusta. Y carnet de conducir no tengo, ¿vale? No tengo, joder. Voy a meterme en un lío de cojones, y todo por tu culpa, joder, porque te la estabas meneando en vez de mirar por dónde ibas. ¡Tontolculo de mierda!

Acto seguido Hombre Tatuado pierde la cabeza por completo. Quizá sea por el accidente, quizás por el calor, quizás por la insistencia de Sanderson en ver unos documentos de los que carece. Incluso podría deberse al sonido de su propia voz. Sanderson ha oído la expresión «perder la cabeza» muchas veces, pero se da cuenta de que nunca ha alcanzado a comprenderla en su sentido pleno hasta ahora. Hombre Tatuado es quien le enseña el significado, y es buen maestro. Entrelaza las dos manos para formar un puño doble. Sanderson tiene tiempo apenas de ver unos ojos azules en los nudillos de Hombre Tatuado antes de que un golpe de mazo en un lado de la cara lo arroje contra el flanco derecho recién deformado de su coche. Al resbalar por él, siente que un pico de metal le traspasa la camisa y la piel. La sangre brota de su

costado, caliente como la fiebre. Le flojean las rodillas y se desploma en la calzada. Se mira las manos, sin creer que son sus manos. Se nota la mejilla derecha caliente y tiene la impresión de que está creciendo como la masa de pan. Le llora el ojo derecho.

A continuación recibe un puntapié en el costado herido, justo por encima del cinturón. Su cabeza va a dar contra el tapacubos delantero derecho del Subaru y rebota. Intenta alejarse a rastras de la sombra de Hombre Tatuado. Este vocifera, pero Sanderson no distingue las palabras; es solo bla bla bla, el sonido que emiten los adultos cuando hablan a los niños en *Las aventuras de Carlitos*. Desea decirle a Hombre Tatuado: Vale, vale, donde dije digo digo Diego, aquí paz y después gloria. O sea, no hay daño, no hay falta (aunque tiene la sensación de que a él sí le han hecho una falta francamente grave); tú por tu lado, yo por el mío, que te vaya bonito, y hasta la vista, artista. Solo que le falta el aliento. Cree que va a darle un infarto, que ya le ha dado. Quiere levantar la cabeza —si va a morir, preferiría estar mirando algo más interesante que el firme de Commerce Way y la parte delantera de su propio coche malherido—, pero al parecer no puede. Tiene el cuello flojo como un fideo.

Recibe otro puntapié, esta vez en lo alto del muslo izquierdo. De repente Hombre Tatuado profiere un grito gutural y unas gotas rojas salpican el pavimento de la calzada. Al principio Sanderson cree que proviene de su propia nariz —o quizás de sus labios, por efecto del mandoble en plena cara—, pero entonces percibe una tibia lluvia en la nuca. Es como un aguacero tropical. A rastras, se aleja un poco más, dejando atrás el capó del coche, y consigue volverse e incorporarse. Con los ojos entornados a causa del resplandor del cielo, alza la vista y ve a su padre junto a Hombre Tatuado. Este se ha doblado como alguien que padece fuertes retortijones de estómago. Además, se ha llevado la mano a un lado del cuello, de donde sobresale un trozo de madera.

En un primer momento Sanderson no entiende qué ha ocurrido, pero de pronto cae en la cuenta. El trozo de madera es el mango de un cuchillo, uno que ha visto antes. Lo ve casi todas las semanas. No se necesita un cuchillo de carne para cortar el filete ruso que siempre pide su padre en los almuerzos de los domingos, un tenedor basta y sobra, pero igualmente ponen cuchillo. Forma parte del servicio del Applebee's. Puede que su padre no recuerde ya qué hijo va a visitarlo, o que su mujer ha muerto; probablemente ni siquiera recuerda su segundo nombre, pero, por lo visto, no ha perdido del todo la artera implacabilidad que le permitió ascender de obrero sin estudios en un pozo petrolífero a joyero de clase media alta en San Antonio.

Me ha hecho mirar a los pájaros, piensa Sanderson. Los cuervos del contenedor. Entonces ha cogido el cuchillo.

Hombre Tatuado ha perdido interés en el hombre sentado en la calzada, y no dirige ni una sola mirada al hombre de mayor edad que hay junto a él. Hombre Tatuado ha empezado a toser. Una fina espuma roja brota de su boca cada vez que tose. Tiene una mano cerrada en torno al cuchillo clavado en su cuello e intenta

sacárselo. La sangre resbala por el costado de su camiseta y le mancha el vaquero. Se encamina hacia el cruce de Commerce con Airline (donde el tráfico se ha detenido), todavía doblado y todavía tosiendo. Con la mano libre, ejecuta un desenfadado saludo: *¡Hola, mamá!*

Sanderson se pone en pie. Le tiemblan las piernas, pero lo sostienen. Oye acercarse unas sirenas. Ahora sí viene la policía, cómo no. Ahora que todo ha acabado.

Sanderson echa un brazo a los hombros de su padre.

—¿Estás bien, papá?

—Ese hombre te estaba pegando —dice su padre con toda naturalidad—. ¿Quién es?

—No lo sé. —Corren lágrimas por las mejillas de Sanderson. Se las enjuga.

Hombre Tatuado se postra de rodillas. Ha dejado de toser. Ahora emite un leve gruñido. La mayoría de la gente guarda distancia, pero un par de espíritus valerosos se acercan a él con la intención de ayudarlo. Sanderson piensa que Hombre Tatuado seguramente no tiene ya salvación, pero bravo por ellos.

—¿Ya hemos comido, Reggie?

—Sí, papá, ya hemos comido. Y soy Dougie.

—Reggie murió. ¿No me has dicho eso?

—Sí, papá.

—Ese hombre te estaba pegando. —Su padre contrae el rostro en la expresión de un niño que está muy cansado y necesita irse a la cama—. Me duele la cabeza. Ahuequemos el ala. Quiero acostarme.

—Tenemos que esperar a la policía.

—¿Por qué? ¿Qué policía? ¿Quién es ese tipo?

A Sanderson le llega un olor a mierda. Su padre acaba de lanzar lastre.

—Ven, papá, sube al coche.

Su padre se deja guiar por él en torno al morro arrugado del Subaru.

—Aquel sí fue un buen Halloween, ¿a que sí? —dice su padre.

—Sí, papá, vaya si lo fue.

Ayuda al Cruzado de la Capa de ochenta y tres años a subir al coche y cierra la puerta para que no entre el calor. El primer coche de la policía municipal está deteniéndose, y querrán que se identifique. El Chico Maravilla de sesenta y un años, con las manos en el costado dolorido, vuelve renqueante al lado del conductor para recoger su documentación de la calzada.

Para John Irving

Como he dicho en la nota introductoria de «Batman y Robin», a veces —muy de cuando en cuando— uno encuentra la taza con el asa ya en su sitio. Dios, eso sí es una gozada. Uno anda metido en sus cosas, sin pensar en nada en particular, y de pronto, pumba, llega una historia en Entrega Exprés, perfecta y completa. Solo hay que transcribirla.

Me hallaba en Florida, paseando al perro por la playa. Como era enero, y hacía frío, yo era el único. Me pareció ver unas palabras escritas en la arena, a lo lejos. Cuando me acerqué, vi que era una ilusión óptica creada por el sol y la sombra, pero las cabezas de los escritores son vertederos de información diversa, y eso me llevó a acordarme de una vieja frase leída en algún sitio (resultó ser de Omar Khayyam): «El dedo en movimiento escribe, y después de escribir sigue adelante». Eso a su vez me llevó a pensar en un lugar mágico donde un dedo en movimiento invisible escribía cosas atroces en la arena, y me encontré con este cuento. Tiene uno de mis finales preferidos. Quizá no esté a la altura de «Calor de agosto», de W. F. Harvey —ese es un clásico— pero no le va muy a la zaga.

La duna

Cuando el juez sube al kayak bajo un radiante cielo matutino, proceso lento y premioso que requiere casi cinco minutos, se dice en una de sus reflexiones que el cuerpo de un viejo no es más que un saco de achaques e indignidades. Hace ocho décadas, cuando tenía diez años, se subía de un salto a la canoa de madera y soltaba amarras, sin voluminoso chaleco salvavidas ni preocupaciones, y desde luego sin el calzoncillo húmedo por las pérdidas de orina. Por entonces cada excursión a la pequeña isla sin nombre, a doscientos metros de tierra firme en las aguas del golfo, semejante a un submarino a medio sumergir, comenzaba con una gran emoción teñida de desasosiego. Ahora quedaba solo el desasosiego. Y un dolor que parece nacer en lo más hondo de sus entrañas e irradiarse en todas direcciones. Pero continúa emprendiendo esa excursión. Muchas cosas han perdido su encanto en estos últimos años lúgubres —casi todas—, pero no la duna del extremo opuesto de la isla. La duna, jamás.

En los primeros tiempos de su exploración temía que desapareciera después de cada gran tormenta, y tras el huracán de 1944, que hundió el buque de la armada *Warrington* frente a Vero Beach, tuvo la certeza de que así había sido. Pero cuando el cielo aclaró, allí seguía la isla. Y también la duna, pese a que los vientos de casi doscientos kilómetros por hora deberían haberse llevado toda la arena, dejando solo las rocas desnudas y las prominencias coralinas. A lo largo de los años el juez se ha preguntado muchas veces si la magia está en él o en la isla. Quizá esté en ambos, pero sin duda la mayor parte reside en la duna.

Desde 1932 ha cruzado ese corto estrecho miles de veces. Por lo regular encuentra solo rocas, matorrales y arena, pero de vez en cuando hay algo más.

Acomodado por fin en el kayak, rema lentamente desde la playa hasta la isla, su pelo encrespado y blanco se agita en torno a su cráneo casi calvo. Unos cuantos urubúes vuelan en círculo sobre él, enfascados en su desapacible conversación. Antaño era el hijo del hombre más rico en la costa del golfo de Florida; luego fue abogado; luego fue juez de primera instancia en el condado de Pinellas; luego ocupó el cargo de magistrado del Tribunal Supremo del estado. Durante el mandato de Reagan se habló de su posible nombramiento para el Tribunal Supremo de Estados Unidos, pero ese momento no llegó, y una semana después de que el idiota de Clinton accediera a la presidencia, el juez Harvey Beecher —«juez» a secas para sus muchos conocidos (no tiene verdaderos amigos) de Sarasota, Osprey, Nokomis y Venice— se retiró. Bah, total nunca le gustó Tallahassee. Es un sitio muy frío.

Además, está muy lejos de la isla, y de su peculiar duna. Durante esas excursiones en kayak por la mañana temprano, mientras surca a remo la corta distancia por aguas quietas, está dispuesto a admitir que es adicto a la isla. Pero ¿quién no sería adicto a algo así?

En el abrupto lado oriental, una mata nudosa crece en la hendidura de una roca

salpicada de guano. Es ahí donde amarra la canoa, y siempre pone especial cuidado en amarrarla bien. No le convendría quedarse allí aislado; aunque la finca de su padre (así es como todavía piensa en ella, pese a que el viejo Beecher abandonó este mundo hace ya cuarenta años) abarca más de tres kilómetros de terreno de primera categoría frente al golfo, la casa principal está tierra adentro, hacia la bahía de Sarasota, y nadie oiría sus gritos. Tommy Curtis, el guarda, tal vez reparara en su ausencia y fuese a buscarlo, pero lo más probable es que diera por supuesto que el juez estaba encerrado en su gabinete, donde con frecuencia pasa días enteros, trabajando, se supone, en sus memorias.

En otro tiempo la señora Riley podía alarmarse si el juez no salía del gabinete a la hora del almuerzo, pero ahora él apenas come a mediodía (según ella, «está como un fideo», aunque nunca hace ese comentario en su presencia). No dispone de más servicio, y tanto Curtis como la señora Riley saben que se irrita cuando lo interrumpen. En realidad no es que haya gran cosa que interrumpir; en dos años ha añadido poco más que alguna frase a las memorias, y en el fondo sabe que nunca las terminará. ¿Las remembranzas inacabadas de un juez de Florida? Ahí no hay elementos trágicos. La única historia que *podría* escribir es la única que nunca escribirá.

Tarda en salir del kayak aún más que en subir, y vuelca, mojándose la camisa y el pantalón entre las pequeñas olas que ascienden por la playa de guijarros. Beecher no se disgusta por eso. No es la primera vez que se cae, y nadie lo ha visto. Supone que a su edad es un disparate emprender todavía esas excursiones, pese a lo cerca que está la isla de tierra firme, pero prescindir de ellas no es una opción. Un adicto es un adicto.

Beecher se pone en pie con considerable esfuerzo y se lleva la mano al vientre hasta que el dolor remite. Se sacude la arena y las pequeñas conchas del pantalón, asegura el amarre y a continuación avista un urubú, posado en la mayor roca de la isla, desde donde lo observa.

—¡Uh! —exclama con esa voz que ahora aborrece, cascada y vacilante, la voz de una arpía vestida de negro—. ¡Uh, uh! ¡Ocupate de tus asuntos, cabrón!

El urubú, tras agitar brevemente sus desastradas alas, se queda donde está. Con sus ojos relucientes parece decir: *Pero es que hoy, juez, mi asunto es usted.*

Beecher se agacha, elige una concha más grande y se la arroja al ave. Esta vez sí la ahuyenta, y el aleteo suena como el flamear de una tela. El pájaro cruza el corto estrecho y se posa en el embarcadero. *Un mal augurio en todo caso*, piensa el juez. Recuerda que Jimmy Caslow, de la policía de carretera de Florida, le dijo una vez que los urubúes no solo sabían dónde estaba la carroña, sino también dónde *estaría*.

«No se imagina —dijo Caslow— la de veces que he visto esos espantajos volar en círculo sobre la carretera de Tamiami allí donde se producirá un accidente mortal uno o dos días después. Parece absurdo, ya lo sé, pero cualquier agente de tráfico de Florida se lo confirmará».

En la pequeña isla sin nombre casi siempre hay urubúes. El juez Beecher supone que para ellos ese paraje huele a muerte, ¿y por qué no?

Enfila el pequeño sendero que tantas veces ha hollado a lo largo de los años. Echará un vistazo a la duna, al otro lado de la isla, donde la playa es arenosa, no de piedras y conchas, y después regresará al kayak y se beberá la botella de té frío. Tal vez descabece un sueño bajo el sol de la mañana (últimamente se adormece a menudo, como supone que les pasa a la mayoría de los nonagenarios), y cuando despierte (*si despierta*), emprenderá el viaje de regreso. Se dice que la duna será solo una lisa pendiente de arena virgen, como lo es casi todos los días, pero sabe que esta vez no será ese el caso.

El condenado urubú también lo sabía.

Pasa largo rato en el lado arenoso, sus dedos, deformes por la edad, entrelazados tras él en un nudo. Le duele la espalda, le duelen los hombros, le duelen las caderas, le duelen las rodillas; le duele, sobre todo, el vientre. Pero no presta atención a nada de eso. Quizá más tarde sí, pero ahora no.

Contempla la duna, y lo que hay escrito en ella.

Anthony Wayland llega a Pelican Point, la finca de Beecher, a las siete en punto, tal como ha prometido. Una cosa que el juez siempre ha valorado —en el juzgado y fuera— es la puntualidad, y el muchacho es puntual. El juez Beecher se recuerda que nunca debe llamar «muchacho» a Wayland en su presencia (aunque, como están en el Sur, «hijo» sí es aceptable). Wayland no entendería que cuando uno ha cumplido los noventa años todo aquel con menos de sesenta le parece un muchacho.

—Gracias por venir —dice el juez al tiempo que hace pasar a Wayland a su gabinete. Están los dos solos; Curtis y la señora Riley se han marchado hace rato a casa, en Nokomis Village—. ¿Ha traído el documento necesario?

—Naturalmente, juez.

Wayland abre su maletín grande y cuadrado de jurisconsulto y extrae el voluminoso documento sujetado con un robusto clip. Las hojas no son de papel vitela, como habrían sido en tiempos pasados, pero sí tienen una textura densa y aterciopelada. En lo alto de la primera plana, con una letra de trazo grueso y severo (lo que el juez siempre ha considerado una letra lapidaria), se lee: **Última Voluntad y Testamento de HARVEY L. BEECHER.**

—Le diré que me sorprende un poco que no haya redactado este documento usted mismo. Probablemente ha olvidado más derecho testamentario de Florida del que yo he aprendido en toda mi vida.

—Puede que sea así —responde el juez en su tono más cortante—. A mi edad la gente tiende a olvidar muchas cosas.

Wayland se ruboriza hasta las raíces del pelo.

—No me refería...

—Ya sé a qué se refería, hijo —ataja el juez—. No me ofendo. Pero ya que lo pregunta... ¿conoce el dicho de que quien actúa como abogado de sí mismo tiene un necio por cliente?

Wayland sonríe.

—Lo he oído, y lo he utilizado muchas veces en mi función de abogado de oficio cuando un miserable acusado de violencia doméstica o de atropello y fuga me dice que se propone asumir su propia defensa en el juicio.

—No lo dudo, pero he aquí la versión no abreviada: un abogado que actúa como abogado de sí mismo tiene un *gran* necio por cliente. Es aplicable por igual al derecho penal, al derecho civil y al derecho de sucesiones. ¿Así pues, nos ponemos manos a la obra? El tiempo apremia. —Esto último lo piensa en más de un sentido.

Se ponen manos a la obra. La señora Riley ha dejado hecho café descafeinado, que Wayland rechaza en favor de una coca-cola. Toma abundantes notas mientras el juez dicta los cambios con su seca voz de juzgado, modificando antiguos legados y añadiendo otros nuevos. Entre los nuevos, el más sustancioso —cuatro millones de dólares— se destina a la Fundación para la Conservación de la Fauna y la Playa del Condado de Sarasota, a condición de que esta eleve a la asamblea legislativa del estado la petición de que cierta isla situada frente a la costa de Pelican Point sea declarada reserva natural con carácter permanente y dicha solicitud se apruebe.

—Lo conseguirán sin mayor problema —asegura el juez—. Puede ocuparse usted mismo de la parte jurídica en representación de ellos. Preferiría que fuese *pro bono*, pero naturalmente eso lo dejo en sus manos. Bastaría con un viaje a Tallahassee. Es un pedazo de tierra insignificante, allí no crece nada, solo unos cuantos arbustos. El gobernador Scott y sus compinches del Tea Party estarán encantados.

—¿Y eso por qué, juez?

—Porque la próxima vez que la Fundación para la Conservación de la Fauna acuda a suplicarles dinero, podrán decir: «¿No acaba de dejarles el juez Beecher cuatro millones? Largo de aquí o los echamos de una patada en el culo».

Wayland coincide en que probablemente ese sea el desenlace, y los dos pasan a los legados de menor cuantía.

—En cuanto tenga un borrador en limpio, necesitaremos dos testigos y un notario —dice Wayland cuando terminan.

—Ultimaré ese trámite con este mismo borrador, para mayor seguridad —anuncia el juez—. Si me ocurriera algo entretanto, esto tendría ya valor. Nadie va a impugnarla; los he sobrevivido a todos.

—Una precaución muy sensata, juez. No estaría de más dejarlo resuelto esta misma noche. Imagino que el guarda de la finca y el ama de llaves no...

—No volverán hasta mañana a las ocho —dice Beecher—, pero esto será el primer asunto del día. Harry Staines, que vive en Vamo Road, es notario, y con mucho gusto se pasará por aquí antes de ir a su despacho. Me debe un favor o seis. Déjeme a mí ese documento, hijo. Lo guardaré en mi caja fuerte.

—Debería hacer al menos una... —Wayland mira la mano nudosa extendida del juez, y su voz se apaga gradualmente.

Cuando un juez del Tribunal Supremo del estado (aunque sea un juez retirado) tiende la mano, toda objeción debe cesar. Qué más da, en cualquier caso solo es un borrador con anotaciones, que pronto será sustituido por una versión en limpio. Entrega el testamento sin firmar y observa a Beecher mientras este se pone en pie (visiblemente dolorido) y tira de un cuadro de los Everglades de Florida que bascula sobre bisagras ocultas. El juez introduce la combinación, sin intentar siquiera tapar la botonera, y deja el testamento encima de un revoltijo de dinero en efectivo, o eso le parece ver a Wayland. Diantres.

—¡Listo! —dice Beecher—. Asunto zanjado. Salvo por lo que se refiere a la firma, claro está. ¿Le apetece una copa para celebrarlo? Tengo un whisky de malta excelente.

—Bueno... supongo que una no me hará daño.

—A mí nunca me hacía daño, pero ahora sí me sienta mal, así que discúlpeme si no lo acompañó. Hoy por hoy el café descafeinado y un poco de té azucarado son las bebidas más fuertes que tomo. Molestias de estómago. ¿Hielo?

Wayland levanta dos dedos, y Beecher echa dos cubitos a la bebida con la lenta ceremoniosidad de la vejez. Wayland toma un sorbo, y el color asoma de inmediato a sus mejillas. Es el rubor, piensa el juez, propio de un hombre aficionado a remojar el gaznate. Cuando Wayland deja el vaso, dice:

—¿Puedo preguntar, si no es indiscreción, a qué se debe tanta prisa? Doy por sentado que está usted bien, ¿no? Molestias de estómago aparte.

El juez duda que sea eso lo que el joven Wayland da por sentado. No está ciego.

—Así así —contesta, moviendo la mano en un gesto de vaivén a la vez que se sienta con un gruñido y una mueca. Después, tras reflexionar, añade—: ¿De verdad le interesa saber a qué se debe la prisa?

Wayland se detiene a pensar antes de responder, y Beecher valora ese detalle. Al cabo de un momento asiente con la cabeza.

—Tiene que ver con la isla de la que acabamos de ocuparnos. Probablemente usted ni se ha fijado en ella, ¿verdad que no?

—Pues, para serle sincero, no.

—Casi nadie se ha fijado. Apenas se eleva por encima del agua. Las tortugas marinas ni se molestan en visitar esa vieja isla. Sin embargo, es especial. ¿Sabía usted que mi abuelo combatió en la guerra de Cuba?

—No, no lo sabía. —Wayland habla con exagerado respeto, y Beecher sabe que el muchacho cree que desvaría. El muchacho se equivoca. Beecher nunca ha tenido la mente más clara, y ahora que ha empezado, descubre que desea contar esa historia al menos una vez antes de...

Bueno, antes.

—Sí. Hay una fotografía suya en lo alto de la loma de San Juan. La tengo por

aquí, en algún sitio. Mi abuelo sostenía que había combatido también en la guerra de Secesión, pero mis investigaciones... para mis memorias, ya sabe..., demostraron de manera concluyente que eso fue imposible. Por aquellas fechas no debía ni haber dado sus primeros pasos, si es que había nacido. Pero era un hombre muy propenso al fantaseo, y conseguía hacerme creer las historias más descabelladas. ¿Por qué no iba yo a creérmelas? Era solo un niño, no hacía mucho creía aún en Papá Noel y el Ratoncito Pérez.

—¿Era abogado, como usted y su padre?

—No, hijo, era ladrón. Largo de manos donde los haya. Echaba el guante a todo lo que se le ponía por delante. Solo que, como la mayoría de los ladrones que quedan impunes, y para muestra nuestro actual gobernador, se hacía llamar «hombre de negocios». Su principal negocio y el principal objeto de sus robos era la tierra. Compró en Florida terrenos baratos infestados de bichos y caimanes y los vendió caros a personas que debían de ser tan crédulas como lo era yo de niño. Una vez Balzac dijo: «Detrás de toda gran fortuna hay un delito». Esa máxima desde luego se cumple en el caso de la familia Beecher, y por favor no olvide que es usted mi abogado. Todo lo que digo debe considerarlo confidencial.

—Sí, juez. —Wayland toma otro sorbo de su copa. Es el mejor whisky que ha probado con diferencia.

—Fue el abuelo Beecher quien me llevó a fijarme en esa isla. Yo tenía diez años. Aquel día había quedado bajo sus cuidados, y supongo que él quería paz y tranquilidad. O tal vez lo que quería era un poco de jolgorio. Había en la casa una doncella guapa, y quizás mi abuelo albergaba la esperanza de investigar debajo de su enagua. Así que me contó que Edward Teach, más conocido como Barbanegra, había enterrado en esa isla un gran tesoro, según se creía. «Nadie lo ha encontrado, Havie», dijo (Havie es como me llamaba), «pero a lo mejor lo encuentras tú. Una fortuna en joyas y doblones de oro». Ya adivinará lo que hice yo acto seguido, imagino.

—Supongo que fue a la isla y dejó vía libre a su abuelo para reconfortar a la doncella.

El juez asiente con una sonrisa.

—Cogí la vieja canoa de madera que teníamos amarrada en el embarcadero. Remé hasta allí como si el pelo me ardiera y se me hubiera prendido el trasero. Llegué en menos de cinco minutos. Hoy día me cuesta el triple de tiempo, y eso si el agua está muy quieta. La isla es todo rocas y maleza en el lado orientado a tierra, pero hay una duna de arena fina en el lado del golfo. Siempre está ahí. Aparentemente no ha cambiado en los ochenta años que llevo yendo.

—No encontró ningún tesoro, supongo.

—Pues sí, en cierto modo, pero no eran joyas ni oro. Era un nombre, escrito en la arena de esa duna. Como dibujado con un palo, ¿sabe? Solo que yo no vi por allí ningún palo. Los trazos de las letras eran muy profundos, y el sol proyectaba sombras dentro de ellas, realzándolas. Casi parecían flotar.

—¿Cuál era el nombre, juez?

—Creo que tiene que verlo escrito para entenderlo.

El juez saca una hoja del cajón superior de su escritorio, escribe cuidadosamente en mayúsculas y luego gira el papel para que Wayland lo lea: ROBIE LADOOSH.

—Ya veo... —dice Wayland con cautela.

—Cualquier otro día yo habría ido en busca del tesoro precisamente con ese niño, porque era mi mejor amigo y ya sabe cómo son los niños con sus mejores amigos.

—Uña y carne —dice Wayland con una sonrisa. Quizá esté recordando a su propio mejor amigo de tiempos lejanos.

—Unidos como una llave nueva en una cerradura nueva —coincide Wayland—. Pero era verano, y él se había ido con sus padres a visitar a la familia de su madre en Virginia o Maryland o algún otro estado de clima septentrional. Así que yo estaba solo. Pero escuche bien lo que le digo, abogado: el nombre *real* del niño era Robert LaDoucette.

—Ya veo... —repite Wayland.

El juez piensa que esa flemática muletilla podría llegar a resultar molesta con el tiempo, pero eso es algo que no va a tener que averiguar, así que lo deja correr.

—Él era mi mejor amigo, y yo el suyo, pero formábamos parte de una pandilla de chicos, y todos lo llamábamos Robbie LaDoosh. ¿Ve adónde quiero ir a parar?

—Creo que sí —contesta Wayland, pero el juez advierte que en realidad no lo ve. Es comprensible; Beecher ha dispuesto de mucho más tiempo para cavilar sobre esas cuestiones. A menudo en noches de insomnio.

—Recuerde que yo tenía diez años. Si me hubiesen pedido que escribiera el nombre de mi amigo, lo habría hecho exactamente así. —Golpetea con el dedo el papel justo encima de las palabras ROBIE LADOOSH. Hablando casi para sí, añade—: Es decir, parte de la magia sale de mí. Por fuerza ha de salir de mí. La pregunta es: ¿qué parte?

—¿Está diciéndome que no escribió usted ese nombre en la arena?

—No. Pensaba que eso había quedado claro.

—Entonces ¿fue alguno de sus otros amigos?

—Eran todos de Nokomis Village, y ni siquiera conocían la existencia de esa isla. Nunca habríamos ido en canoa por propia iniciativa hasta un peñón minúsculo y sin el menor interés. Robbie sí sabía que esa isla estaba allí, él también vivía en Pelican Point, pero en ese momento se encontraba a cientos de kilómetros al norte.

—Ya veo...

—Mi amigo Robbie no volvió de aquellas vacaciones. Al cabo de una semana poco más o menos nos enteramos de que había sufrido una caída mientras montaba a caballo. Se partió el cuello. Murió en el acto. Sus padres quedaron desolados. Yo también.

Se produce un silencio mientras Wayland reflexiona al respecto. Mientras los dos reflexionan. En algún lugar lejano un helicóptero bate el cielo por encima del golfo.

La DEA en pos de narcotraficantes, supone el juez. Los oye todas las noches. Son los tiempos modernos, y en algunos sentidos —en muchos— se alegrará de librarse de ellos.

—¿Está diciendo lo que creo que está diciendo? —pregunta Wayland por fin.

—Pues no lo sé —responde el juez—. ¿Qué cree usted que estoy diciendo?

Pero Anthony Wayland es abogado, y resistirse a dejarse arrastrar es un hábito arraigado en él.

—¿Se lo contó a su abuelo?

—El día que llegó el telegrama con la noticia sobre Robbie mi abuelo no estaba. Nunca se quedaba mucho tiempo en un mismo sitio. Tardamos seis meses o más en volver a verlo. No, me lo callé. Y al igual que María después de dar a luz al único hijo de Dios, medité esas cosas en mi corazón.

—¿Y a qué conclusión llegó?

—Seguí yendo en canoa a la isla para observar esa duna. Eso debería contestar a su pregunta. No vi nada... y nada... y nada. Imagino que ya estaba a punto de olvidarme de todo aquello cuando una tarde fui allí después de clase y encontré otro nombre escrito en la arena. *Grabado* en la arena, para describirlo con la precisión propia de un juzgado. Tampoco esa vez vi ni rastro de un palo, aunque supongo que un palo podría haberse lanzado al agua. En esa ocasión el nombre era Peter Alderson. No significó nada para mí hasta pasados unos días. Era tarea mía ir hasta la entrada de la finca a recoger el periódico, y tenía por costumbre echar un vistazo a la primera plana mientras regresaba por el camino, que como usted sabrá, porque lo ha recorrido en coche, tiene su buen medio kilómetro de largo. En verano también comprobaba cómo les había ido a los Senators de Washington, porque en aquel entonces eran lo más parecido a un equipo sureño que teníamos.

»Aquel día en particular captó mi atención un titular al pie de la primera plana: LIMPIACRISTALES RESULTA MUERTO EN UNA CAÍDA INEXPLICABLE. El pobre hombre estaba limpiando las ventanas de la segunda planta de la Biblioteca Pública de Sarasota cuando el andamio se vino abajo. Se llamaba Peter Alderson.

Beecher advierte en la expresión de Wayland que cree que todo eso es una broma o una especie de elaborada fantasía que el juez está hilvanando. También ve que disfruta de su copa, y cuando hace ademán de rellenársela, Wayland no lo rechaza. Y en realidad poco importa que el joven lo crea o deje de creerlo. Sencillamente es un lujo poder contarla.

—Quizá ahora entienda por qué doy vueltas y más vueltas en mi cabeza a la duda de dónde reside esa magia —comenta Beecher—. Yo *conocía* a Robbie, y los errores ortográficos de su nombre eran mis errores. Pero no conocía de nada a ese limpiacristales. En todo caso fue entonces cuando la duna se adueñó de mí. Empecé a ir allí casi a diario, costumbre que he mantenido en mi vejez extrema. Respeto ese lugar, temo ese lugar, y sobre todo soy adicto a ese lugar.

»A lo largo de los años han aparecido muchos nombres en esa duna, y las

personas a quienes pertenecen los nombres siempre mueren. A veces ocurre al cabo de una semana, a veces al cabo de dos, pero nunca pasa más de un mes. Algunos eran de personas que yo conocía, y si las conocía por un apodo, era el apodo lo que veía. Un día, en 1940, remé hasta allí y vi ABUELO BEECHER escrito en la arena. Murió en Cayo Hueso tres días después. De un infarto.

Con la expresión de quien sigue la corriente a un hombre mentalmente desequilibrado pero en realidad no peligroso, Wayland pregunta:

—¿Intentó alguna vez interferir en ese... ese proceso? ¿Prevenir a su abuelo, por ejemplo, y recomendarle que fuera al médico?

Beecher mueve la cabeza en un gesto de negación.

—No *supe* que la causa era un infarto hasta que nos informó el forense del condado de Monroe, ¿entiende? Podría haber sido un accidente, o incluso un asesinato. Desde luego había personas con motivos para odiar a mi abuelo; sus asuntos no eran precisamente de una pureza modélica.

—Aun así...

—Además, me daba miedo. Tenía la sensación, *todavía la tengo*, de que en esa isla se había entreabierto una trampilla. A este lado está lo que nos complacemos en llamar «el mundo real». Al otro está la maquinaria del universo, funcionando a toda velocidad. Solo un tonto metería la mano en una maquinaria así para intentar detenerla.

—Juez Beecher, si quiere que su documento supere el procedimiento de validación, yo que usted mantendría la mayor reserva a ese respecto. Aunque piense que no queda nadie para impugnar el testamento, cuando hay en juego grandes sumas de dinero, aparecen primos terceros y cuartos como conejos del sombrero de un mago, y ya conoce el criterio establecido: «pleno uso de sus facultades».

—Me lo he callado durante ochenta años —dice Beecher, y en su voz Wayland oye *objeción denegada*. No he dicho una sola palabra hasta ahora. Y quizá deba señalar de nuevo, aunque no debería, que todas mis palabras quedan al amparo del deber de secreto profesional.

—Ya veo —dice Wayland—. Bien.

—Los días que aparecían nombres en la arena sentía siempre gran agitación..., una agitación malsana, sin duda..., pero el fenómeno me aterrorizó solo una vez. Esa única vez sentí un terror *profundo*, y hui a Pelican Point en mi canoa como alma que lleva el diablo. ¿Quiere que se lo cuente?

—Por favor.

Wayland se acerca el vaso a los labios y toma un sorbo. ¿Por qué no? Al fin y al cabo, las horas facturables, facturables son.

—Corría el año 1959. Yo estaba aún en Pelican Point. Siempre he vivido aquí, excepto los años que pasé en Tallahassee, y de esa etapa es mejor no hablar..., aunque ahora pienso que parte de mi aborrecimiento a esa ciudad provinciana y atrasada, quizás incluso la mayor parte, era solo una añoranza enmascarada por la isla,

y la duna. Seguía preguntándome qué echaba de menos, compréndalo. A quién echaba de menos. La posibilidad de leer necrológicas con antelación proporciona una sensación de poder extraordinaria. Quizá eso a usted le parezca deplorable, pero así son las cosas.

»A lo que iba. 1959: Harvey Beecher ejerce de abogado en Sarasota y vive en Pelican Point. Cuando llegaba a casa, a menos que lloviera a mares, siempre me ponía ropa vieja y remaba hasta la isla para echar una ojeada antes de la cena. Aquel día en particular había salido tarde del bufete, y para cuando varé en la isla, amarré y recorri el trecho hasta el lado de la duna, el sol ya se ponía, grande y rojo, como tan a menudo en el golfo. Lo que vi me dejó de una pieza. Me quedé literalmente paralizado.

»Esa noche no había solo un nombre escrito en la arena sino muchos, y en la luz roja de aquella puesta de sol parecían escritos en sangre. Se amontonaban, se superponían, se extendían por todas partes, arriba y abajo. Un tapiz de nombres cubría la duna a todo lo largo y ancho. Los más cercanos al agua estaban medio borrados.

»Creo que grité. No lo recuerdo con certeza, pero sí, creo que así fue. Lo que sí recuerdo es que me sacudí la parálisis y eché a correr por el sendero tan deprisa como pude hasta llegar a donde tenía amarrada la canoa. Tuve la sensación de que tardaba una eternidad en deshacer el nudo, y cuando lo conseguí, empujé la canoa por el agua antes de subir. Estaba empapado de la cabeza a los pies, y fue un milagro que no volcara. Aunque en aquellos tiempos habría podido volver a nado hasta la orilla fácilmente empujando la canoa. Hoy día ya no; ahora, si el kayak zozobrara, eso sería lo que la duna escribiría. —Sonríe—. Ya que hablamos de escribir.

—Le sugiero, pues, que se quede en tierra, al menos hasta que el testamento esté firmado ante testigos y notario.

El juez Beecher dirige una sonrisa glacial al joven.

—No se preocupe por eso, hijo —dice. Mira hacia la ventana, y el golfo al otro lado. Tiene el rostro largo y pensativo—. Aquellos nombres... todavía los veo, disputándose el espacio en la duna roja como la sangre. Dos días después un avión de la TWA rumbo a Miami se estrelló en los Everglades. Murieron las ciento diecinueve personas que viajaban a bordo. La lista de pasajeros salió en el periódico. Reconocí algunos nombres. Reconocí *muchos* de ellos.

—Vio eso. Vio esos nombres.

—Sí. Después tardé meses en volver a la isla y me prometí no volver nunca más. Supongo que los drogadictos se hacen esa misma promesa sobre su droga, ¿no? Y yo, como ellos, al final sucumbí y caí otra vez en mi antiguo hábito. Ahora, abogado, ¿entiende por qué lo he hecho venir hasta aquí para modificar mi testamento, y por qué tenía que ser esta noche?

Wayland no se cree una sola palabra, pero esa fantasía, como otras muchas, tiene su propia lógica interna. Es fácil de seguir. El juez ha cumplido los noventa; su tez en

otro tiempo rubicunda ha adquirido ahora un color arcilla; su paso antes firme es ahora torpe y vacilante. Su dolor salta a la vista, y ha perdido más peso del que puede permitirse perder.

—Supongo que hoy ha visto su nombre en la arena —dice Wayland.

Por un momento el juez Beecher parece sorprendido y de pronto sonríe. Es una sonrisa horrenda, que transforma su rostro pálido y estrecho en el visaje de una máscara mortuoria.

—Ah, no —contesta—. El *mío* no.

En recuerdo de W. F. Harvey

La vida está llena de Grandes Preguntas, ¿verdad? ¿Azar o destino? ¿Cielo o infierno? ¿Amor o atracción? ¿Razón o impulso?

¿Beatles o Rolling Stones?

Para mí fueron siempre los Stones; los Beatles empezaron a parecerme demasiado blandos en cuanto se convirtieron en el Júpiter del sistema solar de la música pop. (Mi mujer se refería a Sir Paul McCartney como «ojos de perro viejo», y digamos que eso resume lo que yo sentía). Pero los Beatles de la primera etapa..., ah, esos sí hacían rock de verdad, y esos viejos temas —versiones casi todos— los escuché aún con devoción. A veces incluso me animo a levantarme y bailar un poco.

Uno de mis preferidos era su versión del clásico de Larry Williams «Bad Boy», cantada por John Lennon con voz ronca y apremiante. Me gustaba en especial la exhortación del estribillo: «*Now Junior, behave yourself!*». En algún momento decidí que quería escribir un cuento sobre un niño malo que se instalaba en el vecindario. No un niño que fuera la semilla del diablo, no un niño poseído por un demonio antiguo como en *El exorcista*, sino malo porque sí, malo hasta los tuétanos, la apoteosis de todos los niños malos que han existido. Me lo imaginaba en pantalón corto y con una gorra coronada por una hélice. Me lo imaginaba como un niño que siempre causaba problemas y *jamás* se comportaba.

Este es el cuento que surgió en torno a ese niño: un Sluggo (el amigo de Nancy en las tiras cómicas) en malvado. Una versión electrónica ha aparecido en Francia y también en Alemania, donde «Bad Boy» sin duda formó parte del repertorio de los Beatles en el Star Club.

Niño malo

1

La cárcel estaba a treinta kilómetros de la ciudad pequeña más cercana, en una extensa pradera, por lo demás vacía, donde el viento soplaban casi sin cesar. El edificio principal era una imponente monstruosidad de piedra perpetrada en medio del paisaje a principios del siglo xx. A ambos lados se sucedían bloques de celdas de hormigón, construidos uno tras otro durante los últimos cuarenta y cinco años, en su mayor parte con el dinero federal que empezó a circular durante el mandato de Nixon y ya nunca se interrumpió.

A cierta distancia del núcleo de la prisión se alzaba un edificio de menor tamaño. Los presos llamaban a este anexo Casa de la Aguja. De un lado salía un pasadizo descubierto, de cuarenta metros de largo y siete de ancho, delimitado por resistente alambrada: el Corral de las Gallinas. Cada recluso de la Casa de la Aguja —en la actualidad eran siete— estaba autorizado a dos horas diarias en el Corral de las Gallinas. Algunos paseaban. Algunos trotaban. La mayoría se limitaban a quedarse sentados contra la alambrada, o bien contemplando el cielo, o bien mirando los cerros herbosos que interrumpían la vista unos quinientos metros al este. A veces había algo que mirar. Más frecuentemente no había nada. Casi siempre estaba el viento. En el Corral de las Gallinas hacía calor tres meses al año. El resto del año hacía frío. En invierno era gélido. Por lo general, los reclusos querían salir incluso entonces. Al fin y al cabo, siempre podía contemplarse el cielo. Las aves. A veces los ciervos que pacían en lo alto de aquellos cerros, libres de ir a donde les viniera en gana.

Ocupaba el centro de la Casa de la Aguja una habitación alicatada que contenía un poco de equipo médico rudimentario y una mesa en forma de Y. En una pared había una ventana con las cortinas corridas. Al descorrerlas, revelaban una cámara de observación no mayor que la sala de estar de una casa adosada, con una docena de sillas de plástico duras desde donde los invitados podían ver la mesa en forma de Y. En la pared, un letrero rezaba: PERMANEZCAN EN SILENCIO Y NO GESTICULEN DURANTE EL PROCEDIMIENTO.

La Casa de la Aguja albergaba una docena de celdas iguales. Más allá había un cuarto de guardia. Más allá del cuarto de guardia había un puesto de vigilancia controlado las veinticuatro horas del día. Más allá del puesto de vigilancia había una sala de consulta, donde una gruesa lámina de plexiglás separaba la mesa del recluso de la mesa del visitante. No disponía de teléfonos; los reclusos conversaban con sus seres queridos o sus representantes legales a través de un círculo de pequeños orificios, como los de los auriculares de los teléfonos antiguos.

Leonard Bradley se sentó en su lado de este puerto de comunicaciones y abrió su maletín. Dejó un bloc de papel pautado y un bolígrafo Uniball en la mesa. A

continuación esperó. El segundero de su reloj dio tres vueltas e inició una cuarta antes de que la puerta que conducía a las regiones internas de la Casa de la Aguja se abriera con el sonoro chasquido de unos cerrojos. A esas alturas Bradley conocía ya a todos los celadores. Ese era McGregor. No era mal hombre. Llevaba a George Hallas cogido del brazo. Hallas tenía las manos libres, pero arrastraba ruidosamente por el suelo una serpiente de eslabones de acero sujetada a los tobillos. Una ancha correa de cuero le ceñía la cintura del mono carcelario de color naranja, y cuando se sentó a su lado del plexiglás, McGregor prendió otra cadena desde una presilla de acero del cinturón hasta una argolla de acero del respaldo de la silla. La aseguró, dio un tirón y acto seguido saludó a Bradley llevándose dos dedos a la frente.

—Buenas tardes, abogado.

—Buenas tardes, señor McGregor.

Hallas no dijo nada.

—Ya conoce las pautas —dijo McGregor—. Hoy tanto tiempo como quiera. O tanto tiempo como aguante, al menos.

—Las conozco.

Por norma, las consultas entre abogado y cliente se limitaban a una hora. Un mes antes de la fecha prevista para el paseo del cliente hasta la sala con la mesa en forma de Y, el tiempo de consulta aumentaba a noventa minutos, durante los cuales el abogado y su cada vez más fuera de sí compañero de baile en esa danza macabra ordenada por el estado analizaban un número menguante de opciones a cuál más patética. Durante la última semana no había límite de tiempo. Eso valía tanto para los parientes cercanos como para el asesor jurídico, pero la esposa de Hallas se había divorciado de él solo unas semanas después de conocerse la condena, y no tenían hijos. Estaba solo en el mundo salvo por Len Bradley, pero no parecía muy interesado en ninguna de las apelaciones —y consiguientes aplazamientos— que Bradley había propuesto.

Hasta ese día, claro.

Hablará con usted, le había asegurado McGregor después de una breve consulta de diez minutos el mes anterior, en la que la parte de la conversación de Hallas se había reducido casi exclusivamente a no y no y no.

Cuando se acerque el momento, hablará con usted, y mucho. Le cogen miedo, ¿entiende? Se les olvida todo eso de que querían entrar en la sala de la inyección con la cabeza alta y los hombros erguidos. Empiezan a darse cuenta de que esto no es una película, de que van a morir de verdad, y entonces quieren intentar todas las apelaciones habidas y por haber.

Sin embargo Hallas no parecía amedrentado. Parecía el de siempre: un hombre menudo con una mala postura, piel cetrina, cabello ralo y unos ojos que no semejaban reales sino pintados. Tenía el aspecto de un contable —eso había sido en su vida anterior— que había perdido todo interés por los números que antes se le antojaban tan importantes.

—Que vaya bien la visita, muchachos —dijo McGregor, y se encaminó hacia la silla del rincón. Allí se sentó, encendió su iPod y se taponó los oídos con música. Así y todo, no les quitó ojo de encima. El círculo de orificios del locutorio era demasiado pequeño para admitir el paso de un lápiz, pero una aguja no podía descartarse.

—¿Qué puedo hacer por ti, George?

Por un momento Hallas no contestó. Se observó las manos, pequeñas y en apariencia débiles; nadie habría pensado que eran las manos de un asesino. Finalmente alzó la vista.

—Es usted un buen hombre, señor Bradley.

Bradley se sorprendió al oírlo, y no supo qué responder.

Hallas asintió, como si su abogado hubiese intentado negarlo.

—Sí. Lo es. Perseveró incluso cuando yo expresé claramente mi deseo de que desistiera y dejara que el proceso continuara su curso. Eso no lo harían muchos abogados de oficio. Dirían sí, lo que usted diga, y pasarían al siguiente perdedor que les asignara el juez. Usted no lo ha hecho. Usted me explicó qué pasos quería dar y, pese a mi insistencia en que no los diera, siguió adelante de todos modos. De no ser por usted, yo estaría bajo tierra desde hace un año.

—No siempre conseguimos lo que queremos, George.

Hallas esbozó una parca sonrisa.

—A mí me lo va a contar. Pero no todo ha sido malo; eso ahora puedo reconocerlo. Sobre todo por el Corral de las Gallinas. Me gusta salir ahí. Me gusta notar el viento en la cara, incluso cuando es un viento frío. Me gusta el olor de la hierba de la pradera. O ver en el cielo la luna llena en pleno día. O los ciervos. A veces brincan y se persiguen allí en los cerros. Eso me gusta. A veces me río a carcajadas.

—La vida puede ser buena. Puede ser algo por lo que vale la pena luchar.

—Algunas vidas, sí, no lo dudo. La mía no. Pero admiro la forma en que usted ha luchado por ella de todas maneras. Valoro su dedicación. Así que voy a contarle lo que no diría en la sala de un juzgado. Y por qué me he negado a presentar las apelaciones habituales... aunque no haya podido impedirle que las presentara por mí.

—Las apelaciones sin la colaboración del apelante no tienen mucho peso en los tribunales de este estado. Ni en los superiores.

—También ha tenido la amabilidad de visitarme, y esa es otra cosa que valoro. Pocas personas se portarían bien con un infanticida convicto y confeso, sin embargo usted se ha portado bien conmigo.

Bradley tampoco esta vez supo qué contestar. En los últimos diez minutos Hallas había hablado más que en todas sus visitas de los últimos treinta y cuatro meses.

—No puedo pagarle, pero sí puedo contarle por qué maté a aquel niño. No me creerá pero se lo contaré igualmente. Si quiere oírlo.

Hallas lo escrutó a través de los orificios del plexiglás rayado y sonrió.

—Quiere, ¿verdad? Porque lo desconciertan algunas cosas. Al fiscal no, pero a

usted sí.

—Bueno..., el caso me ha suscitado ciertas dudas, sí.

—Pero fui yo. Tenía un revólver del cuarenta y cinco y vacié el cargador en aquel niño. Había muchos testigos, y bien sabe usted que el proceso de apelación solo habría postergado lo inevitable otros tres años..., o cuatro, o seis... aun si yo hubiera colaborado plenamente. Sus dudas se quedan en nada ante el hecho elemental del asesinato con premeditación. ¿No es así?

—Podríamos haber alegado perturbación de las facultades mentales. —Bradley se inclina hacia delante—. Y esa posibilidad todavía existe. Aún no es demasiado tarde, ni siquiera ahora. No del todo.

—La defensa por locura rara vez da resultado ante el hecho constatado, señor Bradley.

No me llamará Len, pensó Bradley. *Ni siquiera después de tanto tiempo. Se irá a la tumba llamándome señor Bradley.*

—Rara vez no es lo mismo que nunca, George.

—No, pero ni estoy loco ahora ni lo estaba entonces. Nunca he estado más cuerdo que en aquel momento. ¿Seguro que quiere oír el testimonio que no prestaría en la sala de un juzgado? Si no quiere, por mí no hay problema, pero es lo único que tengo que ofrecer.

—Claro que quiero oírlo —respondió Bradley.

Cogió su bolígrafo, pero al final no tomó ni una sola nota. Se limitó a escuchar, hipnotizado, mientras George Hallas hablaba con su moderado acento sureño.

2

Mi madre, que gozó de buena salud durante toda su corta vida, murió de una embolia pulmonar seis horas después de mi nacimiento. Eso fue en 1969. Debía de ser un defecto genético, porque contaba solo veintidós años. Mi padre tenía ocho más. Era un buen hombre y un buen padre. Era ingeniero de minas, y hasta que yo cumplí los ocho trabajó sobre todo en el sudoeste.

Una asistenta viajaba con nosotros de aquí para allá. Se llamaba Nona McCarthy, y yo la llamaba Mama Nonie. Era negra. Supongo que mi padre se acostaba con ella, aunque siempre estaba sola cuando yo me metía en su cama, cosa que hacía muchas mañanas. Fueras como fuese, a mí me daba igual. No veía diferencias entre negros y blancos. Era buena conmigo, me preparaba la comida y por la noche, al acostarme, me leía los cuentos de costumbre cuando mi padre no estaba en casa, y eso era lo único que me importaba. No era la situación más corriente, supongo que de eso sí me daba cuenta, pero era razonablemente feliz.

En 1977 nos trasladamos a Talbot, Alabama, no muy lejos de Birmingham. Es un emplazamiento militar, Fort John Huie, pero también una zona carbonífera. Mi padre

fue contratado para reabrir las minas de Good Luck —Uno, Dos y Tres— y adaptarlas a los requisitos medioambientales, lo que implicaba horadar en sitios nuevos y diseñar un sistema de eliminación de desechos para evitar que los residuos contaminaran los cauces de agua de las inmediaciones.

Vivíamos en un barrio agradable de las afueras, en una casa proporcionada por la compañía Good Luck. A Mama Nonie le gustaba porque mi padre reformó el garaje y lo convirtió en un apartamento de dos habitaciones para ella. Así las habladurías se redujeron a un murmullo apagado, supongo. Yo lo ayudaba con las obras los fines de semana, alcanzándole tablones y demás. Esa fue una buena época para nosotros. Pude ir al mismo colegio durante dos años, tiempo suficiente para hacer amigos y disfrutar de cierta estabilidad.

Uno de mis amigos era la vecina de la casa de al lado. En una serie de televisión o una revista habríamos acabado dándonos el primer beso en una cabaña en un árbol, enamorandonos y yendo juntos al baile de fin de curso en tercero cuando por fin llegáramos al instituto. Pero eso no iba a ocurrirnos a Marlee Jacobs y a mí.

Mi padre nunca me animó a pensar que nos quedaríamos en Talbot. Según él, no había nada peor que alimentar falsas esperanzas en un niño. Sí, podría estudiar quinto en la escuela de primaria Mary Day, podría incluso estudiar sexto, pero al final su contrato con Good Luck terminaría, y tendríamos que mudarnos. Quizá volviéramos a Texas o a Nuevo México; quizás fuéramos a Virginia Occidental o a Kentucky. Eso yo lo aceptaba, y lo aceptaba también Mama Nonie. Mi padre era el jefe, era un buen jefe, y nos quería. Es solo mi opinión, pero no creo que pueda conseguirse algo mucho mejor que eso.

Lo segundo tenía que ver con la propia Marlee. Era..., en fin, hoy día la gente diría que era una niña con «necesidades especiales», pero por entonces en nuestro barrio decían que tenía pocas luces. Puede que a usted le parezca censurable, señor Bradley, pero, volviendo la vista atrás, creo que es una expresión bastante exacta. O hasta poética. Ella veía el mundo de esa manera, con poca luz y desenfocado. A veces —a menudo, incluso— puede que sea mejor así. También eso es solo una opinión mía.

Íbamos los dos a tercero cuando la conocí, pero Marlee tenía ya once años. Pasamos los dos a cuarto al año siguiente, aunque en el caso de ella fue solo por cumplir el expediente. Así funcionaban las cosas en sitios como Talbot en aquel entonces. Y no puede decirse que fuera la tonta del pueblo. Sabía leer un poco y hacía alguna que otra suma sencilla, pero la resta era inasequible para ella. Intenté explicársela de todas las formas posibles, pero no estaba a su alcance.

Nunca nos besamos en una cabaña en un árbol —nunca nos besamos, de hecho—, pero siempre nos cogíamos de la mano cuando íbamos al colegio por la mañana y cuando volvíamos a casa por la tarde. Imagino que ofrecíamos una imagen chocante, porque yo era un renacuajo y ella era una niña corpulenta, al menos diez centímetros más alta que yo, y empezaban a asomarle los pechos. Era ella quien quería que

fuéramos cogidos de la mano, no yo, pero no me importaba. Tampoco me importaba que tuviera pocas luces. Con el tiempo sí me habría importado, supongo, pero yo tenía solo nueve años cuando ella murió, una edad a la que los niños todavía aceptan prácticamente todo lo que se les pone delante. A mi modo de ver, ser así es una bendición. Si todos tuviéramos pocas luces, ¿cree que aún habría guerras? Bailes, eso habría.

Si hubiésemos vivido un kilómetro más lejos, Marlee y yo habríamos tomado el autobús. Pero como vivíamos cerca de Mary Day —a seis u ocho manzanas—, íbamos a pie. Mama Nonie me daba una bolsa con el almuerzo, y me alisaba el copete, y me decía Pórtate bien, Georgie, y me mandaba a la escuela. Marlee esperaba ya frente a *su* puerta con uno de sus vestidos o sus pichis, el cabello recogido en coletas y adornado con cintas, y la fiamborra en la mano. Todavía veo esa fiamborra. Tenía una foto de Steve Austin, el hombre de los Seis Millones de Dólares. Su madre estaba en el umbral de la puerta y me saludaba Hola, Georgie, y yo la saludaba a ella Hola, señora Jacobs, y ella decía Portaos bien, niños, y Marlee contestaba Nos portaremos bien, mamá, y luego Marlee me cogía de la mano y nos alejábamos por la acera. En las dos primeras manzanas íbamos solos, pero luego empezaban a aparecer en tropel los otros niños, que venían desde Rudolph Acres. Allí vivían muchas familias de militares, porque era un barrio barato y Fort Huie estaba a solo ocho kilómetros al norte por la Estatal 78.

Debíamos de ofrecer una imagen chocante —cogidos de la mano, el alfeñique con el almuerzo en una bolsa y la larguirucha con la fiamborra de Steve Austin golpeteándole en la rodilla costrosa—, pero no recuerdo que nadie se riera ni se burlara. Supongo que de vez en cuando sí lo hacían —los niños niños son—, pero, si era así, todo quedaba en pequeñeces sin la mayor importancia. Cuando la acera se llenaba, los niños decían más bien cosas como: Eh, George, ¿te apuntas a un partidillo después de clase?, y las niñas: Eh, Marlee, qué cintas tan bonitas llevas en el pelo. No recuerdo que nadie nos tratara mal. No hasta que apareció aquel niño malo.

Un día, después de clase, Marlee tardó y tardó en salir. Debió de ser al poco de cumplir yo los nueve, porque tenía mi paleta de pádelbol. Mama Nonie me la regaló y no me duró mucho —le pegaba muy fuerte y se rompió la goma—, pero aquel día sí la tenía, y mientras esperaba a Marlee, jugué a darle a la bola por un lado y otro de la paleta. Nadie me dijo que *tuviera* que esperarla; sencillamente la esperé.

Por fin salió, y lloraba. Tenía la cara enrojecida y le moqueaba la nariz. Le pregunté qué pasaba, y me dijo que no encontraba la fiamborra. Se había comido lo que llevaba dentro como de costumbre, explicó, y la había dejado otra vez en el estante del guardarropa junto a la fiamborra rosa de Cathy Morse con una imagen de Barbie, como siempre hacía, pero cuando sonó el timbre al final de las clases, la fiamborra había desaparecido. Alguien se la había *robado*, añadió.

No, eso no. Alguien la habrá cambiado de sitio y mañana la encontrarás, aseguré.

Ahora no te preocupes más y cálmate. Te has puesto perdida.

Mama Nonie siempre comprobaba que saliera de casa con un pañuelo, pero yo luego me limpiaba la nariz con la manga, como los demás niños, porque lo del pañuelo quedaba un poco amariposado. Así que aún lo llevaba plegado e impoluto cuando lo saqué del bolsillo de atrás y le limpié con él los mocos de la cara. Marlee dejó de llorar y sonrió y dijo que le hacía cosquillas. Después me cogió de la mano y nos pusimos en marcha hacia casa, igual que siempre, ella hablando como una descosida. No me importó, porque al menos se había olvidado de la fiambra.

Pronto los demás niños se habían ido, aunque los oíamos reírse y hacer payasadas de regreso a Rudolph Acres. Marlee le daba a la lengua sin parar, como siempre, hablando de cualquier cosa que se le pasara por la cabeza. A mí todo me entraba por un oído y me salía por el otro, y solo abría la boca para decir Sí y Ajá y Ah, pero básicamente iba pensando que en cuanto llegara a casa me pondría mi pantalón viejo de pana y, si Mama Nonie no me encargaba ninguna tarea, cogería el guante e iría corriendo hasta las pistas de Oak Street para apuntarme al partidillo que se jugaba allí diariamente hasta que las madres empezaban a llamar a sus hijos a la hora de la cena.

Fue entonces cuando oímos a alguien gritarnos desde la otra acera de School Street. Solo que, más que una voz, era un rebuzno.

¡GEORGE Y MARLEE EN LO ALTO DE UN ÁRBOL! ¡BE-SÁN-DO-SE!

Nos paramos. Había allí un niño, de pie junto a un almez. Nunca lo había visto, ni en Mary Day ni en ningún otro sitio. No mediría más de un metro treinta y cinco, y era rollizo. Vestía un pantalón corto gris que le llegaba hasta las rodillas y un jersey a listas de color verde y naranja. Debajo se dibujaban unas tetitas infantiles y una barriga protuberante. En la cabeza llevaba una de esas gorras absurdas con una hélice de plástico en lo alto.

Era de cara rechoncha y a la vez severa. Tenía el pelo del mismo naranja que las listas del jersey, de esa tonalidad que no gusta a nadie. Las greñas sobresalían a los lados por encima de las orejas de sopillo. Su nariz era un minúsculo borrón debajo de los ojos más verdes y relucientes que he visto en la vida. Un mohín torcía sus labios curvos, tan rojos como si se los hubiera pintado con el carmín de su madre. Desde entonces he visto a muchos pelirrojos de labios muy encarnados, pero nunca tanto como los de aquel niño malo.

Nos detuvimos y lo miramos. Marlee interrumpió su parloteo. Llevaba unas gafas en forma de ojo de gato con montura rosa, y detrás se le veían los ojos anchos y agrandados.

El niño —no pasaría de los seis o siete años— hinchó aquellos labios encarnados suyos y emitió unos chasquidos a imitación de besos. Después se llevó las manos al trasero y empezó a menear las caderas al frente en dirección a nosotros.

¡GEORGE Y MARLEE EN LO ALTO DE UN ÁRBOL! ¡FO-LLAN-DO!

Rebuznaba como un burro. Lo miramos asombrados.

Más vale que te pongas funda cuando te la folles, gritó con una mueca burlona en

aquellos labios encarnados. A no ser que quieras tener una caterva de retrasados como ella.

Cierra el pico, dije.

O si no, ¿qué?, dije.

O te lo cerraré yo.

Lo dije en serio. Mi padre se habría puesto furioso si se hubiese enterado de que amenazaba a un niño menor y más bajo que yo, pero él no tenía derecho a decir esas cosas. Parecía un niño pequeño, pero esas no eran palabras propias de un niño pequeño.

Chúpamela, caraculo, dijo, y después se escondió detrás del almez.

Pensé en ir hacia allí, pero Marlee me agarraba de la mano con tal fuerza que casi me dolía.

Ese niño no me gusta, dije.

Contesté que tampoco a mí me gustaba, pero que no se preocupara. Vamos a casa, dije.

Pero antes de que pudiésemos reanudar el camino, el niño salió de detrás del almez, y tenía en las manos la fiambra de Marlee con la foto de Steve Austin. La sostuvo en alto.

¿Has perdido algo, mongola?, preguntó, y dejó escapar una risotada. Al reír, arrugaba la cara, y entonces parecía un cerdo. Olfateó la fiambra y dijo Debe de ser tuya, seguro, porque huele a coño. A coño de *retrasada*.

Dame eso, es mío, exclamó Marlee. Me soltó la mano. Intenté sujetarla, pero teníamos las palmas sudorosas y se me escurrió.

Ven a buscarla, dijo el niño, y se la tendió.

Antes de contarle qué sucedió a continuación, debo hablarle de la señora Peckham. Era la maestra de primero en el Mary Day. Yo no la tuve porque estudié primero en Nuevo México, pero la mayoría de los niños de Talbot sí la habían tenido —Marlee también— y todos la adoraban. Yo la adoraba y solo la conocía de los recreos, porque a veces le tocaba vigilar. Si había futbéisbol, chicos contra chicas, ella siempre jugaba de pitcher con el equipo de las chicas. A veces lanzaba la bola por detrás de la espalda y nos hacía reír a todos. Era de esas maestras que uno recuerda cuarenta años después, porque podía ser amable y alegre pero a la vez despertaba el interés incluso de los niños más revoltosos.

Tenía un viejo Buick Roadmaster enorme, azul celeste, y la llamábamos Peckham la Tortuga porque nunca conducía a más de cincuenta kilómetros por hora, siempre muy recta detrás del volante, con los ojos entornados. Solo la veíamos conducir por el barrio, claro, que era una zona escolar, pero estoy seguro de que cuando circulaba por la 78 iba prácticamente igual. E incluso en la interestatal. Era prudente y cauta. Jamás habría hecho daño a un niño. Apostá, no.

Marlee se abalanzó a la calle para rescatar su fiambra. El niño malo se rio y se la lanzó. Cayó en la calle y se abrió. El termo se salió y rodó. Vi acercarse el

Roadmaster azul celeste y grité a Marlee que tuviera cuidado, pero en realidad no me preocupé mucho porque era Peckham la Tortuga, todavía a una manzana de distancia, y circulaba tan despacio como de costumbre.

Le has soltado la mano, así que ahora la culpa es tuya, dijo el niño. Me miraba y sonreía con los labios contraídos, enseñando sus dientecillos. Añadió Eres incapaz de conservar *nada*, soplapollas. Me sacó la lengua y me escupió una frambuesa. A continuación volvió a colocarse detrás del arbusto.

La señora Peckham dijo que se la atascó el acelerador. No sé si la policía la creyó o no. Lo único que sé es que nunca volvió a dar clases en primero en el Mary Day.

Marlee se agachó, cogió el termo y lo agitó. Yo oí el tintineo que producía. Se ha roto por dentro, dijo, y se echó a llorar. Se agachó otra vez, para coger la fiabrera, y fue entonces cuando el pedal del coche de la señora Peckham debió de atascarse, porque el motor rugió y el Buick se embaló. Como un lobo detrás de un conejo. Marlee se irguió con la fiabrera contra el pecho en una mano y el termo roto en la otra, y vio acercarse el coche, y no se movió.

Tal vez yo habría podido apartarla de un empujón y salvarla. O tal vez si hubiese saltado a la calle, me habría atropellado a mí también. No lo sé, porque me quedé tan paralizado como ella. Permanecí allí sin más. No me moví siquiera cuando el coche la embistió. No moví ni la cabeza. Me limité a seguir a Marlee con la vista cuando salió despedida y fue a caer de cabeza, aquella cabeza con tan pocas luces. Enseguida oí gritos. Era la señora Peckham. Salió del coche, tropezó, se levantó con las rodillas ensangrentadas y corrió hacia donde Marlee yacía en la calle con una herida sangrante en la cabeza. Así que yo corrí también. Cuando me acercaba, volví la vista. Para entonces la distancia me permitía ya ver detrás del almez. Allí no había nadie.

3

Hallas se interrumpió y se cubrió el rostro con las manos. Al cabo de un rato las bajó.

—¿Te encuentras bien, George? —preguntó Bradley.

—Tengo sed, solo eso. No estoy acostumbrado a hablar tanto. No hay mucha necesidad de conversar en el Pasillo de la Muerte.

Dirigí una seña a McGregor. Se quitó los auriculares y se levantó.

—¿Has terminado, George?

Hallas negó con la cabeza.

—Aún queda mucho.

—Mi cliente quiere un vaso de agua, señor McGregor —dijo Bradley—. ¿Es posible?

McGregor se acercó al intercomunicador situado junto a la puerta que daba al puesto de vigilancia y habló por él brevemente. Bradley aprovechó la oportunidad para preguntar a Hallas si la escuela de primaria Mary Day era muy grande.

Él se encogió de hombros.

—Pueblo pequeño, escuela pequeña. No debía de haber más de ciento cincuenta niños, entre primero y sexto.

La puerta del puesto de vigilancia se abrió. Asomó una mano con un vaso de papel. McGregor lo cogió y se lo acercó a Hallas. Este bebió con avidez y dio las gracias.

—De nada —contestó McGregor. Regresó a su silla, se puso otra vez los auriculares y nuevamente se abstrajo en lo que fuera que escuchaba.

—Y aquel niño, el niño malo, ¿era pelirrojo? ¿Pelirrojo de verdad?

—Tenía el pelo como un letrero de neón.

—Es decir, si hubiese ido a tu misma escuela, lo habrías reconocido.

—Sí.

—Pero no lo reconociste, ni *él* pudo reconocerte a ti.

—No. Nunca lo había visto allí antes, ni volví a verlo después.

—¿Cómo se hizo, pues, con la fiamborra de la niña, esa Jacobs?

—No lo sé. Pero hay una pregunta mejor.

—¿Cuál, George?

—¿George?

—Sí?

—¿Estás seguro de que allí había un niño?

—La fiamborra, señor Bradley. Estaba en la calle.

Eso no lo dudo, pensó Bradley a la vez que tamborileaba en el bloc con su Uniball. Sería lógico que estuviera si ella la llevaba encima desde el principio.

O (esa era una idea cruel, pero las ideas crueles eran lo que cabía esperar cuando uno escuchaba los despropósitos de un infanticida) quizá tenías tú su fiamborra, George. Quizá se la quitaste y la lanzaste a la calle para mortificarla.

Bradley apartó la vista del bloc y, por la expresión de su cliente, supo que sus pensamientos eran tan legibles como si la cinta de un teletipo se deslizara por su frente. Sintió una llamarada de calor en la cara.

—¿Quiere oír el resto? ¿O ha llegado ya a una conclusión?

—Ni mucho menos —respondió Bradley—. Continúa. Por favor.

Hallas apuró el agua y reanudó su relato.

4

Durante cinco años o más soñé con aquel niño malo del pelo color zanahoria y la gorra hélice, pero al final esos sueños quedaron atrás. Al final llegó a un punto en el que pensaba lo que debe de pensar usted, señor Bradley: que fue solo un accidente,

que el acelerador de la señora Peckham en efecto se atascó, como a veces pasa, y que si allí había un niño burlándose de Marlee..., en fin, a veces los niños hacen esas cosas, ¿no?

El contrato de mi padre con la compañía Good Luck terminó y nos trasladamos a la región este de Kentucky, donde él se dedicó más o menos a lo mismo que en Alabama solo que a mayor escala. En esa parte del mundo hay muchas minas, ¿sabe? Vivimos en Ironville tiempo suficiente para que yo acabara mis años de instituto. En segundo, por pura diversión, me incorporé al club de teatro. La gente se reiría si lo supiera, imagino. Un hombrecillo insignificante como yo, que se ganaba la vida preparando declaraciones de renta para pequeñas empresas y viudas, interpretando papeles en obras como *A puerta cerrada*. ¡Y luego hablan de Walter Mitty! Pero así fue, y se me daba bien. Todo el mundo lo decía. Incluso pensé que podría llegar a hacer carrera como actor. Sabía que nunca haría papeles de protagonista, pero alguien tiene que interpretar al asesor económico del presidente, o al lugarteniente del malo, o al mecánico que muere en el primer rollo de película. Sabía que podía hacer papeles como esos, y pensaba que tenía posibilidades de conseguir contratos. Dije a mi padre que quería estudiar arte dramático en la universidad. Él dijo Vale, estupendo, pruébalo, pero procura tener algo a lo que echar mano si eso te falla. Estudié en Pittsburgh, donde me especialicé en artes interpretativas y cursé como segunda opción administración de empresas.

El primer papel que me dieron fue en *Doblegada para vencer*, y ahí conocí a Vicky Abington. Yo hacía de Tony Lumpkin, y ella de Constance Neville. Era una chica guapísima con una melena rubia y rizada, muy delgada y nerviosa. Demasiado guapa para mí, pensé, pero al final, haciendo acopio de valor, la invité a un café. Así empezó todo. Nos pasábamos horas en Nordy's —la hamburguesería del centro estudiantil de la universidad—, y ella se desahogaba de todas sus penas, que tenían que ver básicamente con su madre, una mujer dominante, y me contaba sus ambiciones, centradas en el teatro, especialmente en el teatro serio de Nueva York. Hace veinticinco años eso aún existía.

Yo sabía que en el centro de salud de Nordenberg le recetaban unas pastillas —quizá para la ansiedad, quizá para la depresión, quizá para las dos cosas—, pero pensaba Eso es solo porque es ambiciosa y creativa, seguramente la mayoría de los actores grandes de verdad toman esas pastillas. Seguramente Meryl Streep toma esas pastillas, o las tomaba antes de hacerse famosa con *El cazador*. ¿Y sabe qué? Vicky tenía un gran sentido del humor, que es algo de lo que por lo visto carecen muchas mujeres guapas, sobre todo si padecen de los nervios. Era capaz de reírse de sí misma, y lo hacía con frecuencia. Decía que eso era lo único que le permitía conservar la cordura.

Nos dieron los papeles de Nick y Honey en *¿Quién teme a Virginia Woolf?*, y conseguimos mejores críticas que los chicos que interpretaban a George y Martha. Después de eso no solo compartíamos cafés, éramos ya una pareja. A veces nos

dábamos el lote en algún rincón oscuro del centro estudiantil, aunque a menudo esas sesiones acababan de repente porque ella se echaba a llorar y decía que no estaba a la altura, que fracasaría en el teatro como auguraba su madre. Una noche —fue en tercero, al acabar la fiesta de después de la última representación de *La trampa de la muerte*— hicimos el amor. Fue la única vez. Ella dijo que le había encantado, que había sido maravilloso, pero supongo que no lo fue. Al menos no para ella, porque nunca accedió a hacerlo otra vez.

En verano del año 2000 nos quedamos en el campus porque ese verano se representaría *Vivir de ilusión* en el Frick Park. Era una ocasión importante porque Mandy Patinkin dirigía la obra. Vicky y yo nos presentamos a la audición. Yo no estaba para nada nervioso, no tenía ninguna esperanza, pero Vicky lo veía como un momento decisivo en su vida. Lo llamaba su primer paso hacia el estrellato, y lo decía como hace la gente cuando habla en broma pero no del todo. Nos convocaban de seis en seis, cada uno con el papel que más le interesaba escrito en una tarjeta, y Vicky temblaba como una hoja mientras esperábamos fuera de la sala de ensayo. La rodeé con el brazo y la tranquilicé, pero solo un poco. Estaba tan blanca que el maquillaje parecía una máscara.

Entré y presenté la tarjeta donde había escrito mi deseo, el *alcalde Shinn*, porque es un papel muy menor en la obra, y van y me eligen para el personaje principal: Harold Hill, el adorable timador. Vicky aspiraba al de Marian Paroo, la bibliotecaria que da clases de piano. Es el papel femenino principal. Lo leyó bien, pensé, no magníficamente, no en su mejor nivel, pero bien. Luego tocaba la parte cantada.

Era el gran número de Marian. Por si no lo sabe, es esa canción tan tierna y sencilla que se titula *Goodnight, My Someone*. Me la había cantado, *a cappella*, media docena de veces, y le quedaba perfecta. Tierna y triste y esperanzada. Pero aquel día, en la sala de ensayo, Vicky no dio pie con bola. Estuvo fatal, como para apretar los puños y cerrar los ojos. No encontró el tono y tuvo que volver a empezar no una sino dos veces. Vi que Patinkin se impacientaba, porque otras seis chicas esperaban para leer y cantar. La acompañante alzaba la vista al techo con visible exasperación. Le habría dado un puñetazo en aquella estúpida cara de caballo que tenía.

Para cuando Vicky terminó, temblaba de la cabeza a los pies. El señor Patinkin le dio las gracias, y ella se las dio a él, todo muy cortés, y acto seguido echó a correr. La alcancé antes de que saliera del edificio y le aseguré que había estado fantástica. Ella sonrió y me dio las gracias y dijo que los dos sabíamos que no era así. Yo aduje que si el señor Patinkin era tan bueno como todo el mundo decía, vería más allá de su estado de nervios y se daría cuenta de que era una gran actriz. Ella me abrazó y dijo que era su mejor amigo. Además, añadió, habrá otras obras. La próxima vez me tomaré un valium antes de la audición. Temía que me cambiara la voz, porque, según he oído, algunas pastillas tienen ese efecto. Luego se rio y preguntó Pero ¿acaso podría haberla tenido mucho peor? La invitó a tomar un helado en Nordy's, le pareció buena

idea y hacia allá nos fuimos.

Íbamos por la acera, cogidos de la mano, y eso me trajo a la memoria mis muchos viajes de casa a la escuela Mary Day y de la escuela a casa cogido de la mano de Marlee Jacobs. No diré que ese recuerdo lo convocara, pero tampoco lo negaré. No lo sé. Solo sé que algunas noches me quedo en vela en mi celda preguntándomelo.

Supongo que Vicky se sentía un poco mejor, porque, mientras caminábamos, comentaba que yo estaría magnífico en el papel de Profesor Hill, y de pronto alguien nos gritó desde la otra acera. Solo que no era un grito; era un rebuzno.

¡GEORGE Y VICKY EN LO ALTO DE UN ÁRBOL! ¡FO-LLAN-DO!

Era él. El niño malo. El mismo pantalón corto, el mismo jersey, el mismo pelo de color naranja que asomaba por debajo de aquella gorra con la hélice de plástico en lo alto. Habían pasado más de diez años, y él no aparentaba un solo día más de edad. Fue como verse arrojado hacia atrás en el tiempo, solo que en ese momento se trataba de Vicky Abington, no de Marlee Jacobs, y estábamos en Reynolds Street de Pittsburgh, no en School Street de Talbot, Alabama.

Pero ¿esto qué es?, preguntó Vicky. ¿Conoces a ese niño, George?

En fin, ¿qué iba yo a contestar? Callé. Mi sorpresa era tal que ni siquiera pude despegar los labios.

¡Actúas de puta pena y cantas aún peor!, vociferó él. ¡Hasta los CUERVOS cantan mejor que tú! ¡Y eres FEEEA! ¡VIIICKY LA FEEEA, esa eres tú!

Ella se llevó las manos a la boca, y recuerdo lo grandes que tenía los ojos, y que volvieron a saltársele las lágrimas.

Chúpasela. ¿Por qué no se la chupas?, vociferó él. ¡Para una fulana fea y sin talento como tú, esa es la única manera de conseguir un papel!

Hice ademán de salir corriendo hacia él, pero la escena no parecía real. Daba la impresión de que todo ocurriera en un sueño. Era media tarde, y en Reynolds Street el tráfico era denso, pero ni me paré a pensarlo. En cambio Vicky sí. Me agarró del brazo y tiró de mí. Creo que le debo la vida, porque al cabo de uno o dos segundos pasó un autobús enorme dando un bocinazo.

No, dijo. Quienquiera que sea, no merece la pena.

Un camión siguió al autobús, y cuando los dos hubieron pasado, vimos al niño correr por la otra acera bamboleando su descomunal trasero. Llegó a la esquina y, antes de doblar, se bajó el pantalón por detrás, se inclinó y nos enseñó el culo.

Vicky se sentó en un banco y yo me senté a su lado. Volvió a preguntarme quién era ese niño, y le dije que no lo conocía.

¿Y entonces cómo es que sabía nuestros nombres?, preguntó.

No lo sé, repetí.

Pues en una cosa tenía razón, dijo ella. Si quiero un papel en *Vivir de ilusión*, debería volver y chupársela a Mandy Patinkin. Luego se rio, y esa era ya una risa auténtica, de las que suben desde el vientre. Echó atrás la cabeza y se dejó ir sin más. ¿Te has fijado en ese culo?, preguntó. ¡Qué horror! ¡Como dos magdalenas listas para

el horno!

Eso sí me hizo gracia. Nos abrazamos y juntamos las mejillas y nos tronchamos de risa. Pensé que estábamos bien, pero lo cierto —esas cosas uno nunca las ve en el momento, ¿no?— es que los dos estábamos histéricos. Yo porque aquel era *el mismo niño* de hacía muchos años; Vicky porque se creyó lo que él dijo: ella no servía, y aunque sirviera, nunca lograría dominar los nervios hasta el punto de poder demostrarlo.

La acompañé de regreso a Fudgy Acres, un bloque de apartamentos grande y viejo que aceptaba como inquilinas exclusivamente a mujeres jóvenes —las alumnas de centros de enseñanza mixtos—, y ella me abrazó y me repitió que estaría magnífico en el papel de Harold Hill. Algo en su forma de decirlo me causó inquietud y le pregunté si se encontraba bien. Contestó Claro que sí, tonto, y se alejó corriendo por el camino de acceso. Fue la última vez que la vi viva.

Después del funeral llevé a Carla Winston a tomar un café; era la única chica de Fudgy Acres con quien Vicky mantenía una relación estrecha. Acabé vaciando su taza en un vaso porque le temblaban tanto las manos que temí que se quemara. Carla no solo estaba desolada; además, se sentía culpable de lo ocurrido. Del mismo modo que, no me cabe duda, la señora Peckham se sintió culpable de lo ocurrido a Marlee.

Carla encontró a Vicky en el salón de la planta baja aquella tarde con la mirada fija en el televisor. Solo que el televisor estaba apagado. Me contó que la notó distante y desconectada. Ya había visto a Vicky en ese estado anteriormente, cuando perdía la cuenta de las pastillas y tomaba una de más, o no las tomaba en el orden debido. Preguntó a Vicky si quería ir al centro de salud a que la vieran. Vicky dijo que no, que estaba bien, que había tenido un día difícil pero pronto se encontraría mejor.

Había un niño asqueroso, contó Vicky a Carla. La he cagado en la audición y después ese niño se ha burlado de mí.

Qué mal, dijo Carla.

George lo conocía, añadió Vicky. Ha dicho que no, pero me he dado cuenta de que sí lo conocía. ¿Quieres saber qué pienso?

Carla dijo Claro. Para entonces estaba convencida de que Vicky se había hecho un lío con los medicamentos, se había fumado algo, o las dos cosas.

Pienso que el niño ha actuado así inducido por George, dijo. A modo de broma. Pero cuando George ha visto cómo me alteraba, se ha arrepentido y ha intentado obligar al niño a parar. Solo que el niño no ha parado.

Carla dijo Vic, eso no tiene sentido. George nunca se burlaría de ti por algo relacionado con un papel. Te aprecia.

Vicky dijo Pero ese niño tenía razón. Más me vale que abandone.

En ese punto del relato, aseguré a Carla que el niño no tenía nada que ver conmigo. Ella respondió que no hacía falta que se lo dijera, sabía lo buena persona que yo era y el mucho afecto que sentía por Vicky. Acto seguido se echó a llorar.

La culpa es *mía*, no tuya, dijo. Noté lo alterada que estaba, y no hice nada. Y ya ves lo que ha pasado. De eso también soy yo la responsable, porque en realidad ella no quería hacerlo. Estoy segura de que no quería.

Carla dejó allí a Vicky y subió a estudiar. Al cabo de un par de horas bajó a la habitación de Vicky.

Pensé que a lo mejor le apetecía salir y comer algo, dijo. O quizá tomar una copa de vino si se le había pasado el efecto de las pastillas. Pero no la encontré. Así que fui a mirar al salón, pero tampoco estaba allí. Había un par de chicas viendo la tele, y una dijo que creía haber visto a Vicky bajar hacia un rato, probablemente para poner una lavadora.

Porque llevaba unas sábanas, añadió la chica.

Eso dejó preocupada a Carla, aunque no se permitió pensar por qué. Bajó pero en la lavandería no había nadie, ni ninguna lavadora en marcha. La sala de al lado era el trastero, donde las chicas guardaban sus maletas. Oyó ruidos procedentes de allí, y cuando entró, vio a Vicky de espaldas a ella. Se había subido a una pequeña pila de maletas. Había atado dos sábanas para formar una soga. Un extremo de esta era un lazo, y lo tenía alrededor del cuello. El otro estaba atado a una cañería del techo.

Pero lo raro era, me contó Carla, que había apilado solo tres maletas, y sobraba mucha sábana. Si Vicky hubiese ido en serio, habría utilizado únicamente una sábana y se habría subido a lo alto de un baúl. Aquello era solo lo que la gente del teatro llama ensayo general.

Eso no lo sabes con seguridad, aduje. No sabes cuántas pastillas se había tomado, ni lo confusa que estaba.

Sé lo que vi, dijo Carla. Podría haber saltado de esas maletas y caído al suelo sin que el lazo se cerrara. Pero en ese momento no lo pensé de tan horrorizada como estaba. Solo grité su nombre.

Ese sonoro chillido a sus espaldas sobresaltó a Vicky, que, en lugar de saltar desde las maletas, dio un respingo y cayó hacia delante. Las maletas resbalaron hacia atrás. Habría caído de bruces al suelo de cemento, dijo Carla, pero no sobraba tanta soga. Tal vez aún viviría si el nudo que unía las dos sábanas hubiese cedido, pero no cedió. Con la caída, su peso cerró firmemente el lazo, y este tiró con fuerza de la cabeza.

Oí el crujido cuando se le partió el cuello, dijo Carla. Sonó mucho. Y la culpa fue mía.

Después de eso lloró y lloró y lloró.

Salimos de la cafetería y la acompañé hasta la marquesina de una parada de autobús. Le repetí una y otra vez que ella no tenía culpa de nada, y al final dejó de llorar. Incluso sonrió un poco.

Dijo Eres muy convincente, George.

Lo que omití —porque no me habría creído— fue que mi capacidad de persuasión se fundaba en la absoluta certidumbre.

—El niño malo venía a por las personas a quienes yo quería —dijo Hallas.

Bradley asintió. Era evidente que Hallas lo creía, y si esa historia hubiese salido a la luz en el juicio, tal vez lo habrían condenado a cadena perpetua en lugar de mandarlo a la Casa de la Aguja. Quizá el jurado no se lo hubiera tragado del todo, pero sí le habría proporcionado una excusa para descartar la pena de muerte. Seguramente ya era demasiado tarde. Una petición por escrito de suspensión de sentencia basada en la historia del niño malo se vería como un último intento a la desesperada. Uno tenía que estar delante de Hallas, y ver la absoluta certidumbre en su rostro. Oírla en su voz.

El condenado, entretanto, lo miraba a través del plexiglás ligeramente empañado con un asomo de sonrisa.

—Ese niño no solo era malo; también era voraz. Siempre quería dos por el precio de uno. Uno muerto; otro cociéndose en una sabrosa y tibia salsa de culpabilidad.

—Sí debiste de convencer a Carla —comentó Bradley—. Al fin y al cabo se casó contigo.

—Nunca la convencí del todo, y la historia del niño malo no se la creyó ni remotamente. Si se la hubiese creído, habría asistido al juicio y aún estaríamos casados. —Fijó en Bradley una mirada vacía a través de la barrera—. Si se la hubiese creído, se habría alegrado de que lo matase.

En el rincón, el celador —McGregor— consultó su reloj, se quitó los auriculares y se puso en pie.

—No quiero meterle prisa, abogado, pero son las once y media, y en breve su cliente tendrá que volver a la celda para el recuento del mediodía.

—No veo por qué no puede estar aquí durante el recuento —dijo Bradley... pero no en tono categórico. No convenía hacer aflorar el lado cruel de un celador, y aunque McGregor era de los mejores, Bradley daba por sentado que tenía un lado cruel. Era un requisito indispensable en hombres encargados de vigilar a reclusos difíciles—. Al fin y al cabo, lo tiene delante de sus ojos.

—Las normas son las normas —declaró McGregor, y a continuación levantó la mano como para refrenar una protesta que Bradley no había planteado—. Sé que, tan cerca ya de la fecha, está autorizado a todo el tiempo que desee, así que si quiere esperar, volveré a traerlo después del recuento. Pero él se perderá el almuerzo, y probablemente usted también.

Observaron a McGregor regresar a su asiento y colocarse una vez más los auriculares. Cuando Hallas se volvió nuevamente hacia la barrera de plexiglás, lo que se dibujaba en sus labios no era solo un asomo de sonrisa.

—En fin, seguramente el resto podría usted *adivinarlo*.

Si bien Bradley tenía la certeza de que sí podía, entrelazó las manos sobre el bloc en blanco y dijo:

—¿Por qué no me lo cuentas de todos modos?

6

Rechacé el papel de Harold Hill y abandoné el club de teatro. La interpretación ya no me atraía. Durante mi último curso en la Universidad de Pittsburgh, me concentré en las clases de administración de empresas, sobre todo en contabilidad, y en Carla Winston. El año que me licencié nos casamos. Mi padre actuó de padrino. Murió tres años después.

Una de las minas de las que era responsable estaba en Louisa, un pueblo un poco al sur de Ironville, donde él aún vivía con Nona McCarthy —Mama Nonie— como «asistenta». La mina se llamaba Fair Deep. Un día se produjo un desprendimiento de rocas en el segundo nivel, a unos setenta metros de profundidad. Nada grave. Todo el mundo salió ilesos. Pero mi padre bajó con un par de representantes de la compañía, llegados de la oficina principal, para examinar los daños y calcular cuánto se tardaría en ponerlo todo en marcha otra vez. Ya no salió. Ni él ni los otros.

Ese niño sigue telefoneando, dijo Nonie más tarde. Siempre había sido una mujer agraciada, pero en el año posterior a la muerte de mi padre le aparecieron arrugas y papada. Empezó a arrastrar los pies, y encorvaba los hombros cada vez que alguien entraba en la habitación, como si temiera un golpe. El motivo de eso no fue la muerte de mi padre; fue el niño malo.

Sigue telefoneando. Me llama zorra negra, pero eso me da igual. Me han llamado cosas peores. Eso me resbala. Pero no me resbala cuando dice que la causa de lo ocurrido fue un regalo que le hice a tu padre. Unas botas. Eso no puede ser verdad, Georgie, ¿a qué no? Tuvo que ser otra cosa. Debía de llevar las fundas de fieltro. Nunca se habría olvidado de las fundas después de un accidente en la mina, ni siquiera de uno que no parecía grave.

Coincidí con ella, pero vi que la duda la corroía como un ácido.

Las botas eran unas Trailman Special. Nonie se las regaló por su cumpleaños ni dos meses antes de la explosión en Fair Deep. Debieron de costarle trescientos dólares como mínimo, pero los valían. Caña hasta la rodilla, una piel flexible como la seda pero resistente. Eran unas de esas botas que un hombre podía llevar toda su vida y dejárselas luego en herencia a su hijo. Botas de *clavos*, ¿sabe?, y esos clavos, en según qué superficies, producen chispas, igual que el pedernal contra el acero.

Mi padre no se habría puesto unas botas de clavos en una mina donde podía haber metano o grisú, y no vaya a decirme que quizás se olvidó, no cuando él y aquellos otros dos hombres llevaban caretas antigás al cinto y botellas de oxígeno a la espalda. Aun cuando hubiese ido calzado con las Special, Mama Nonie tenía razón: se habría

puesto encima unas fundas de fieltro. Ella no necesitaba que yo se lo dijera; sabía lo prudente que era mi padre. Pero incluso la idea más descabellada puede meterse en la cabeza de uno si está solo y afligido y tiene cerca a alguien que insiste machaconamente en ello. Puede introducirse como una lombriz roja, y depositar sus huevos, y pronto todo el cerebro es un hervidero de gusanos.

Le aconsejé que se cambiara el número de teléfono, y ella eso hizo, pero el niño consiguió el nuevo y siguió llamando para decirle que mi padre se había olvidado de lo que llevaba en los pies y había saltado una chispa de uno de esos clavos, y se armó la que se armó.

No habría pasado si tú no le hubieras regalado esas botas, zorra negra, pedazo de idiota. Esas cosas le decía, y probablemente otras peores que ella se calló.

Al final Nonie pidió que le desinstalaran el teléfono. Le dije que lo *necesitaba*, viviendo sola como vivía, pero ella no quiso saber nada. Dijo A veces me llama en plena noche, Georgie. No te imaginas lo que es, estar desvelada en la cama y oír el teléfono y saber que es ese niño. No me explico qué clase de padres tiene, que le permiten hacer cosas así.

Desconéctalo por la noche, sugerí.

Ya lo he hecho, contestó. Pero a veces suena igualmente.

Le dije que eran imaginaciones suyas. Y procuré creerlo yo mismo, señor Bradley, pero no pude. Si aquel niño malo consiguió apropiarse de la fiamborra de Marlee, aquella con la foto de Steve Austin, y si se enteró de la pifia de Vicky en la audición, y del regalo de las Trailman Special —*si podía permanecer joven un año tras otro*—, sin duda podía hacer sonar un teléfono aunque estuviese desenchufado. Dice la Biblia que el diablo podrá vagar libremente por la tierra, que la mano de Dios no lo detendrá. No sé si aquel niño malo era *el* diablo, pero sí sé que era *un* diablo.

Tampoco sé si avisar a una ambulancia habría salvado a Mama Nonie. Lo único que sé es que cuando sufrió el infarto, no pudo avisar, porque el teléfono ya no estaba. Murió sola, en su cocina. Una vecina la encontró al día siguiente.

Carla y yo fuimos al funeral y, una vez enterrada Nonie, pasamos la noche en la casa que mi padre y ella habían compartido. Me desperté por una pesadilla poco antes del amanecer y ya no pude dormirme. Cuando oí caer el periódico en el porche, salí a recogerlo y vi la bandera en alto en el buzón. Me acerqué a la acera en bata y zapatillas y lo abrí. Contenía una gorra con una hélice de plástico en lo alto. La saqué, y estaba *caliente*, como si la persona que acababa de quitársela ardiera de fiebre. Al tocarla me sentí contaminado, pero le di la vuelta y miré dentro. Estaba grasa, impregnada de algún ungüento para el pelo, esos productos antiguos que ya casi nadie usa. Tenía adheridos unos cuantos pelos de color anaranjado. Había también una nota, y parecía escrita por un niño: las letras torcidas y en línea descendente. Decía: QUÉDATELA, TENGO OTRA.

Me llevé adentro aquella condenada gorra —sujeta entre el pulgar y el índice para tocarla lo mínimo posible— y la eché a la estufa de leña de la cocina. Acerqué una

cerilla y prendió en el acto: *ka-flump*. Las llamas eran verdosas. Cuando Carla bajó media hora después, olfateó el aire y preguntó: ¿Qué es ese mal olor? ¡Parece marea baja!

Le dije que seguramente era la fosa séptica de la parte de atrás, rebosante y necesitada de vaciado, pero yo bien sabía que era otra cosa. Era el hedor del metano, probablemente lo último que olió mi padre antes de que algo produjera una chispa y él y los otros dos volaran en pedazos.

Para entonces yo trabajaba en una asesoría contable —una de las empresas independientes del sector más grandes del Medio Oeste—, y ascendí en el escalafón bastante deprisa. En mi opinión, si uno entra temprano, sale tarde y anda con cien ojos a lo largo del día, eso es lo que acaba ocurriendo casi por fuerza. Carla y yo queríamos hijos, y podíamos permitírnoslos, pero no llegaron; ella tenía la regla todos los meses, puntual como un reloj. Fuimos a ver a un ginecólogo de Topeka, e hizo todas las pruebas habituales. Dictaminó que estábamos bien y aún era pronto para hablar de tratamientos de fertilidad. Dijo que nos fuéramos a casa, nos relajáramos y disfrutáramos de nuestra vida sexual.

Y eso hicimos. Al cabo de nueve meses mi mujer tuvo la primera falta. Ella era de educación católica, y dejó de ir a misa cuando estudiaba en la universidad, pero al saber con certeza que estaba embarazada, empezó a ir otra vez, y me arrastraba a mí con ella. Íbamos a la iglesia de St. Andrew. A mí no me importaba. Si quería atribuirle a Dios el mérito de aquel bombo, yo no tenía inconveniente.

Estaba de seis meses cuando se produjo el aborto. Debido a un accidente que en realidad no fue un accidente. El bebé vivió durante unas horas pero al final murió. Era una niña. Como necesitaba un nombre, le pusimos Helen, por la abuela de Carla.

El accidente ocurrió después de misa. Al salir de la iglesia, íbamos a obsequiarnos con una buena comida en el centro y luego volveríamos a casa, donde yo vería el partido de fútbol. Carla pondría los pies en alto y disfrutaría de su embarazo. Lo disfrutaba, señor Bradley. Día a día, incluso al principio, cuando tenía náuseas por las mañanas.

Vi al niño malo en cuanto salimos. El mismo pantalón corto holgado, el mismo jersey, las mismas redondeces de aquellas tetitas infantiles y la barriga protuberante. La gorra que yo encontré en el buzón era azul, y la que él llevaba cuando salimos de la iglesia era verde, pero tenía una hélice de plástico idéntica. Yo me había hecho hombre y me asomaban ya las primeras canas; en cambio el niño malo tenía aún seis años. Siete como mucho.

Estaba detrás de nosotros, a cierta distancia. Había otro niño delante de él. Un niño *corriente*, de esos que crecerían. Se lo veía aturdido y temeroso. Sostenía algo en la mano. Parecía la bola de la paleta de pádelbol que me había regalado Mama Nonie hacía muchos años.

Ve, dijo el niño malo. Si no quieres que te quite los cinco pavos que te he dado.

No quiero, dijo el niño corriente. He cambiado de idea.

Carla no vio nada de eso. Estaba hablando con el padre Patrick en lo alto de la escalinata, diciéndole que le había encantado la homilía, que le había dado mucho material para la reflexión. Aquella escalinata era de granito, y muy empinada.

Fui a cogerla del brazo, creo, o quizá no. Quizá me quedé paralizado, igual que cuando Vicky y yo vimos a ese niño después de su pésima audición para un papel en *Vivir de ilusión*. Antes de que pudiera salir de mi parálisis, o decir algo, el niño malo se me adelantó. Se metió la mano en el bolsillo del pantalón corto y sacó un encendedor. En cuanto lo accionó y vi la chispa, supe qué había ocurrido aquel día en la mina Fair Deep, y que no tenía nada que ver con los clavos de la botas de mi padre. Algo empezó a silbar y chisporrotear en lo alto de la bola roja que sostenía el niño corriente. La lanzó solo por deshacerse de ella, y el niño malo se echó a reír. Aunque en realidad era una risa grave y flemosa: *ejgurr-ejgurr-ejgurr*, algo así.

Golpeó el costado de la escalinata, por debajo de la barandilla de hierro, y rebotó justo antes de estallar con una ensordecedora detonación y un fogonazo de luz amarilla. Eso no era un petardo, ni siquiera un trueno. Era un megatrueno. Sobresaltó a Carla del mismo modo que la propia Carla debió de sobresaltar a Vicky aquel día en el trastero de Fudgy Acres. Alargué el brazo hacia Carla, pero ella tenía una de las manos del padre Patrick sujetas entre las suyas y solo conseguí rozarle el codo. Cayeron escalinata abajo los dos juntos. Él se fracturó el brazo derecho y la pierna izquierda. Carla se rompió un tobillo y sufrió una commoción cerebral. Y perdió al bebé. Perdió a Helen.

El niño que de hecho lanzó el megatrueno se presentó en la comisaría al día siguiente con su madre y admitió su culpa. Estaba desolado, claro está, y dijo lo que suelen decir los niños, casi siempre con sinceridad, cuando una situación se tuerce: fue un accidente, él no quería hacer daño a nadie. Dijo que no debería haber tirado el artefacto, pero que aquel otro niño encendió la mecha y él temió perder los dedos. No, dijo, nunca había visto a ese otro niño. No, no sabía cómo se llamaba. A continuación entregó al policía los cinco dólares que el niño malo le había dado.

Después de aquello Carla apenas quiso saber nada de mí en la alcoba, y dejó de ir a misa. Yo, en cambio, seguí yendo, y empecé a colaborar con Conquest. Ya conoce esa organización, señor Bradley, no porque sea católico, sino porque ahí es donde usted entra en escena. No me interesaba la parte religiosa, para eso ya estaba el padre Patrick, pero me divertía entrenar a los equipos de béisbol y fútbol americano de contacto. Siempre me apuntaba a las comidas al aire libre y las acampadas; como tenía carnet de conducir de clase D, podía llevar a los chicos a las competiciones de natación, los parques de atracciones y los retiros de adolescentes en el autobús de la parroquia. Y siempre llevaba encima un arma. El 45 que compré en la tienda de empeños Wise..., ya sabe, la prueba A de la fiscalía. Llevé encima ese revólver durante cinco años, o en la guantera del coche, o en la caja de herramientas del autobús de Conquest. Cuando entrenaba, lo llevaba en la bolsa de gimnasia.

Con el tiempo Carla empezó a ver con malos ojos mi trabajo en Conquest porque

me quitaba casi todo el tiempo libre. Cuando el padre Patrick pedía voluntarios, yo siempre era el primero en levantar la mano. Tendría que decir que ella estaba celosa. Ya casi nunca estás en casa los fines de semana, decía. Empiezo a preguntarme si no estarás desarrollando un interés anormal por esos chicos.

Probablemente esa impresión daba, porque cogí la costumbre de elegir a determinados chicos y prestarles más atención. Me hacía amigo suyo, les echaba una mano. No era difícil. Muchos de ellos procedían de familias de renta baja. Por lo general, en esos hogares el único progenitor era una madre que tenía que trabajar por el salario mínimo o incluso pluriemplearse para llevar comida a la mesa. Si había un coche, la madre lo necesitaba, y yo gustosamente recogía a mi chico especial del momento para llevarlo a la reunión de Conquest del jueves por la noche y después lo acompañaba de vuelta a casa. Si no podía, les daba pases de autobús. Nunca dinero. Descubrí muy pronto que dar dinero a esos chicos era mala idea.

Coseché algún que otro éxito en el camino. Un chico —me parece que cuando lo conocí no tenía más que dos pantalones y tres camisetas— era un prodigo de las matemáticas. Le conseguí una beca en un colegio privado y ahora está en primero de carrera, en la Universidad Estatal de Kansas, y con todos los gastos cubiertos. Otros dos andaban jugueteando con la droga, y al menos a uno lo aparté de eso. Creo. Nunca se sabe con toda seguridad. Otro se fugó después de una discusión con su madre y me llamó desde Omaha al cabo de un mes, más o menos cuando su madre empezaba a dar por hecho que había muerto o se había ido para siempre. Fui a buscarlo.

Trabajar con esos chicos de Conquest me proporcionaba la oportunidad de hacer el bien como no lo hacía con las declaraciones de la renta y la creación de empresas en Delaware para evadir impuestos. Pero esa no era la razón de mi interés por ellos, sino solo un efecto secundario. A veces, señor Bradley, me llevaba de pesca a uno de mis chicos especiales a Dixon Creek, o al río grande allí donde lo cruza el puente más bajo de la ciudad. Yo también quería pescar, pero no truchas o carpas. Durante mucho tiempo no sentí un solo tirón en el sedal. Hasta que un día apareció Ronald Gibson.

Ronnie tenía quince años pero aparentaba menos. Era ciego de un ojo, y por tanto no podía jugar al béisbol ni al fútbol, pero era un hacha en el ajedrez y todos los demás juegos de mesa con los que se entretenían los niños los días lluviosos. Nadie se metía con él; era más o menos la mascota del grupo. Su padre había abandonado a la familia cuando él tenía nueve años o así, y el chico padecía una carencia de atención masculina. Pronto empezó a acudir a mí para explicarme sus problemas. El principal, naturalmente, era ese ojo ciego. Se trataba de un defecto congénito conocido como queratocono, una deformación de la córnea. Un médico dijo a su madre que podía remediarlo con un trasplante de córnea, pero eso saldría caro, y su madre no podía permitirse un gasto semejante.

Fui a ver al padre Patrick, y entre los dos organizamos cinco o seis actos de recaudación de fondos que llamamos Una Vista Nueva para Ronnie. Incluso salimos

en televisión, en el noticario local de Channel 4. Incluyeron unas imágenes en las que aparecíamos Ronnie y yo entrando en Barnum Park, yo con un brazo alrededor de sus estrechos hombros. Carla reaccionó con desdén al verlo. Aunque no tengas un interés anormal en ellos, dijo, la gente pensará que sí lo tienes cuando vea eso.

Me daba igual lo que dijera la gente, porque no mucho después de salir a la luz la noticia, noté el primer tirón en el sedal. Claro como el agua. Era el niño malo. Por fin había conseguido captar su atención. *Percibía* su presencia.

Ronnie se operó. No recuperó totalmente la vista en el ojo afectado, pero sí la mayor parte. Luego, durante un año, debía llevar unas gafas especiales que se oscurecían a plena luz del sol, pero a él eso no le importaba; decía que le quedaban de lo más molonas.

Al poco tiempo de la operación, su madre y él vinieron a verme una tarde después de clase al pequeño despacho de Conquest, en el sótano de la parroquia de St. Andrew. Ella dijo Si podemos pagarle de alguna manera lo que ha hecho, señor Hallas, solo tiene que pedírnoslo.

Les contesté que no era necesario, que había sido un placer. De pronto fingí que se me ocurría una idea.

A lo mejor sí hay algo, dije. Un detalle.

¿Qué, señor H?, preguntó Ronnie.

Dije Un día, el mes pasado, aparqué detrás de la iglesia, y ya estaba a media escalera cuando me acordé de que no había echado el seguro del coche. Regresé y vi dentro a un niño que andaba revolviendo. Le di un grito, y salió como una flecha con mi cajita de la calderilla, la que llevo en la guantera para los peajes. Lo perseguí, pero corría más que yo.

Lo único que quiero, dije a Ronnie y su madre, es encontrarlo y hablar con él. Para decirle lo que os digo a todos vosotros: robar es empezar con mal pie en la vida.

Ronnie me preguntó cómo era ese niño.

Bajo y más bien regordete, respondí, con el pelo de un color naranja intenso, un auténtico pelirrojo. Cuando lo vi, llevaba un pantalón gris y un jersey verde con listas del mismo color que su pelo.

La señora Gibson dijo Dios mío. ¿Llevaba una gorrita con una hélice?

Pues sí, contesté, manteniendo un tono de voz cordial e imperturbable. Ahora que lo menciona, creo que sí.

Lo he visto en la acera de enfrente, dijo ella. Me ha parecido que entraba en uno de los bloques de viviendas protegidas.

¿Y tú, Ronnie?, pregunté.

No, dijo él. No lo he visto nunca.

Pues si lo ves, no le digas nada. Solo ven a buscarme. ¿De acuerdo?

Dijo que así lo haría, y yo me di por satisfecho. Porque sabía que el niño malo había vuelto, y sabía que yo andaría cerca cuando decidiese actuar. Él mismo *querría* tenerme cerca, porque ese era su objetivo. Era a mí a quien deseaba hacer sufrir.

Todos los demás —Marlee, Vicky, mi padre, Mama Nonie— eran solo daños colaterales.

Pasó una semana, luego otra. Empezaba ya a pensar que el niño malo había intuido mi plan. Hasta que un día —el día, señor Bradley— un chico entró corriendo en el patio de detrás de la iglesia, donde yo estaba ayudando a otros a colocar la red de vóleibol.

¡Un niño ha tumbado a Ronnie de un golpe y le ha robado las gafas!, exclamó el chico. ¡Luego se ha escapado por el parque! ¡Ronnie está persiguiéndolo!

Sin pérdida de tiempo, cogí mi bolsa de gimnasia —la llevaba a todas partes durante esos años en que andaba con chicos especiales— y atravesé a todo correr la verja de Barnum Park. Sabía que no era el niño malo quien había robado las gafas a Ronnie; no era ese su estilo. El ladrón sería tan corriente como el niño que había lanzado el megatrueno, y también se arrepentiría cuando el plan del niño malo se cumpliera. Si yo permitía que se cumpliera.

Ronnie no era un chico atlético, y no corría mucho. El ladrón de las gafas debía de haberse dado cuenta de eso, porque se detuvo en el lado opuesto del parque, donde las agitó por encima de la cabeza y gritó ¡Ven a quitármelas, Ray Charles! ¡Ven a quitármelas, Stevie Wonder!

Yo oía el tráfico de Barnum Boulevard y supe qué planeaba exactamente el niño malo. Pensaba que lo que había dado resultado una vez volvería a darlo. Ahora no se trataba de una fiambra con una foto de Steve Austin sino de unas gafas antideslumbramiento, pero la idea básica era la misma. Más tarde el niño que había quitado las gafas a Ronnie lloraría y diría que él no sabía qué iba a pasar, que pensaba que era solo una broma, o una burla, o quizá un desquite porque Ronnie había empujado al pelirrojo regordete en la acera.

Podría haber dado alcance a Ronnie fácilmente, pero al principio me mantuve a distancia. Él era mi cebo, compréndalo, y el último de mis deseos era recoger el sedal antes de hora. Cuando Ronnie se acercó, el chico que hacía el trabajo sucio al niño malo cruzó como una flecha el arco de piedra entre el parque y Barnum Boulevard, todavía agitando las gafas por encima de la cabeza. Ronnie corrió tras él, y yo fui en tercer lugar. Mientras avanzaba al trote, descorría la cremallera de la bolsa de gimnasia, pero en cuanto tuve el revólver en la mano, dejé caer la bolsa y puse la directa.

¡Quédate ahí!, ordené a Ronnie al adelantarla. ¡No des un solo paso más!

Gracias a Dios, obedeció. Si le hubiera ocurrido algo, ahora no estaría aquí esperando la aguja, señor Bradley; me habría matado yo mismo.

Cuando crucé el arco, vi que el niño malo aguardaba en la acera. Tenía el mismo aspecto de siempre. El chico grande le entregaba las gafas de Ronnie, y el niño malo le daba un billete. Cuando me vio acercarme, la sonrisilla traviesa desapareció por primera vez de aquellos extraños labios encarnados. Porque ese no era el plan. El plan era Ronnie primero, después yo. Ronnie tenía que salir a la calle persiguiendo al

niño malo y ser atropellado por una furgoneta o un autobús. Yo tenía que ser el último. Y verlo.

El pelirrojo empezó a cruzar Barnum Boulevard. Ya sabe cómo es esa calle frente al parque, o debería, porque el fiscal pasó el vídeo tres veces en el juicio. Tres carriles en cada sentido, dos para circular en línea recta y uno para girar, con una mediana de hormigón en el centro. El niño malo miró atrás al llegar a la mediana, y para entonces estaba mucho más que sorprendido. Aquella expresión era puro miedo. Al verla, me asaltó una sensación de júbilo que me era ajena desde que Carla cayó rodando por la escalinata de la iglesia.

Solo alcancé a echarle un fugaz vistazo, y acto seguido cruzó precipitadamente los carriles en sentido sur sin mirar ni una sola vez el tráfico para ver qué podía echársele encima. Yo crucé a todo correr los carriles en sentido norte de la misma manera. Sabía que podían atropellarme, pero me daba igual. Al menos sería un accidente real, no fruto de un acelerador misteriosamente atascado. Quizá a usted eso le parezca un comportamiento suicida, pero no lo era. Sencillamente no podía consentir que se escabullera. Tal vez no volviera a verlo hasta pasados otros veinte años, y para entonces yo sería ya un viejo.

No sé si estuve muy cerca de acabar hecho picadillo, pero oí muchos chirridos de frenos y neumáticos. Un coche viró para esquivar al niño y rozó a una camioneta. Alguien me llamó chiflado y gilipollas. Otro vociferó. ¿Qué coño está haciendo? Eso solo era ruido de fondo. Yo tenía toda mi atención puesta en el niño malo: el ojo en la presa, ¿entiende?

Él corría tan deprisa como podía, pero, al margen de qué clase de monstruo llevara dentro, por fuera lo limitaban unas piernas cortas y un trasero gordo, y en ningún momento tuvo la menor posibilidad de huir. Su única esperanza era que me atropellara un coche, pero eso no pasó.

Llegó a la acera opuesta y tropezó en el bordillo. Oí gritar a una mujer, recia, de pelo rubio teñido: ¡Ese hombre va armado! La señora Jane Hurley. Atestiguó en el juicio.

El niño intentó levantarse. Dije Esto es por Marlee, pequeño hijo de puta, y le disparé en la espalda. Esa fue la primera bala.

Empezó a avanzar a gatas. Goteaba sangre en la acera. Dije Esto es por Vicky, y le pegué otro tiro en la espalda. Esa fue la segunda. Luego dije Esto es por mi padre y Mama Nonie, y le metí una bala detrás de cada rodilla, justo donde terminaban las perneras de aquel fachoso pantalón corto de color gris. Esas fueron la tercera y la cuarta.

Para entonces eran muchos los que vociferaban. Un hombre gritaba ¡Apártenlo de él, derríbenlo! Pero nadie se atrevió.

El niño malo se dio la vuelta y me miró. Cuando vi su cara, casi abandoné mi propósito. Ya no aparecía seis o siete años. Confuso y dolorido, no aparecía más de cinco. La gorra se le había caído a un lado. Una de las aspas de la hélice de

plástico se había torcido. Dios mío, pensé. He disparado a un niño inocente, y yace aquí a mis pies, herido de muerte.

Sí, casi me convenció. Fue una buena interpretación, señor Bradley, sin duda merecedora de un Oscar, pero de pronto la máscara desapareció. Era capaz de expresar dolor y sufrimiento con casi todo el rostro, pero no con los ojos. Aquella cosa seguía presente en sus ojos. No puedes detenerme, decían esos ojos. No me detendrás antes de que acabe contigo, y todavía no he acabado contigo.

¡Que alguien le quite el arma!, exclamó una mujer. ¡Antes de que asesine a ese niño!

Un individuo corpulento corrió hacia mí —también atestiguó, creo—, pero le apunté con el revólver y retrocedió rápidamente con las manos en alto.

Me volví hacia el niño malo, le disparé en el pecho y dije Por Helen, el bebé. Esa fue la quinta. Para entonces la sangre manaba de su boca y le resbalaba por el mentón. El 45 era uno de esos revólveres antiguos con tambor de seis balas, así que solo me quedaba una. Apoyé una rodilla en el charco de sangre. Era roja, pero debería haber sido negra. Como el pringue que sale de un insecto venenoso cuando uno lo pisa. Puse el cañón del arma justo entre sus ojos.

Esto es por mí, dije. Ahora vuelve al infierno del que has venido. Apreté el gatillo, y esa fue la sexta. Pero justo antes aquellos ojos verdes se posaron en los míos.

No he acabado contigo, decían sus ojos. No he acabado, ni acabaré hasta que dejes de respirar. Quizá ni siquiera entonces. Quizá esté esperándote al otro lado.

La cabeza le cayó hacia atrás. Uno de sus pies se estremeció y quedó inmóvil. Dejé el arma junto al cuerpo, alcé las manos y empecé a levantarme. Un par de hombres me agarraron antes de que me irguiera del todo. Uno de ellos me pegó un rodillazo en la entrepierna. El otro me dio un puñetazo en la cara. Se me echaron encima unos cuantos más. Entre ellos, la señora Hurley, que me sacudió de pleno al menos dos veces. Sobre eso no testificó en el juicio, ¿verdad?

No se lo reprocho, abogado. No tengo ningún reproche contra ninguno de ellos. Lo que esas personas vieron tendido en la acera aquel día era un niño tan desfigurado por las balas que ni su propia madre lo habría reconocido.

En el supuesto de que la tuviera.

McGregor se llevó al cliente de Bradley de regreso a las entrañas de la Casa de la Aguja para el recuento del mediodía, prometiendo devolvérselo después.

—Le traeré un poco de sopa y un sándwich, si quiere —dijo McGregor a Bradley—. Debe de tener hambre.

Bradley no tenía hambre. No después de todo aquello. Se quedó esperando a su

lado del tabique de plexiglás con las manos entrelazadas sobre el bloc en blanco. Meditaba sobre vidas arruinadas. De las dos que en ese momento ocupaban sus reflexiones, el final de la de Hallas era el más fácil de aceptar, porque a todas luces ese hombre era un demente. Tenía la certeza de que si Hallas, durante el juicio, hubiese subido al estrado para contar esa historia —y con ese mismo tono de voz razonable de quién-va-a-dudar-de-mí—, en esos momentos estaría en uno de los dos centros psiquiátricos de máxima seguridad del estado en lugar de hallarse esperando la secuencia de inyecciones de tiopentato de sodio, bromuro de pancuronio y cloruro de potasio: el cóctel letal que los reclusos de la Casa de la Aguja llamaban «Buenas noches, madre».

Pero Hallas, probablemente empujado más allá del límite de la cordura por la pérdida de su propia hija, había tenido al menos media vida. Era evidente que había sido una vida desdichada, plagada de fantasías paranoides y delirios persecutorios, pero —por recurrir a un viejo aforismo—, media vida era mejor que nada. El caso del niño era mucho más triste. Según la autopsia, el niño que casualmente se hallaba en Barnum Boulevard en el momento menos oportuno no tenía más de ocho años y seguramente estaba más cerca de los seis o los siete. Eso no era una vida, era un prólogo.

McGregor acompañó a Hallas de regreso, lo encadenó a la silla y preguntó cuánto tiempo les quedaba.

—Porque él no ha querido comer, pero a mí no me importaría tomar algo.

—No mucho —contestó Bradley. De hecho, le quedaba solo una pregunta, y cuando Hallas volvió a estar sentado, la formuló.

—¿Por qué tú?

Hallas enarcó las cejas.

—¿Cómo?

—Ese demonio..., supongo que eso crees que era, ¿por qué te eligió a ti?

Hallas sonrió, o más bien tensó los labios.

—Eso es un tanto ingenuo, abogado. Es como si preguntara por qué un niño nace con la córnea deformes, como le ocurrió a Ronnie Gibson, y los siguientes cincuenta llegados al mundo en el mismo hospital están perfectamente. O por qué un buen hombre que lleva una vida honrada sucumbe a un tumor cerebral a los treinta años y un monstruo encargado de la supervisión de las cámaras de gas en Dachau vive hasta los cien. Si está preguntándome por qué ocurren desgracias a buenas personas, ha acudido al sitio equivocado.

Disparaste seis veces a un niño que huía, pensó Bradley, las tres o cuatro últimas a quemarropa. Por Dios, ¿cómo puedes considerarte buena persona?

—Antes de irse —dijo Hallas—, permítame hacerle una pregunta.

Bradley esperó.

—¿Lo ha identificado ya la policía?

Hallas lo preguntó con el tono ocioso de un preso que solo da conversación para

permanecer un rato más fuera de la celda, pero por primera vez desde el principio de esa prolongada visita asomó a sus ojos un genuino destello de vida e interés.

—Creo que no —contestó Bradley con cautela.

De hecho, le constaba que no. Tenía un contacto en la fiscalía que le habría facilitado el nombre y la procedencia del niño mucho antes de que los periódicos dispusieran de la información y la publicaran, cosa que estaban deseosos de hacer: Niño Desconocido Víctima de Asesinato era una noticia de interés humano y se había difundido a nivel nacional. Había caído en el olvido en los últimos cuatro meses poco más o menos, pero sin duda se reavivaría tras la ejecución de Hallas.

—Le diría que pensara en ello —comentó Hallas—, pero no es necesario, ¿verdad? Ya está usted pensando en ello. Probablemente no le ha quitado el sueño por las noches, pero sí, ha pensado en ello.

Bradley no contestó.

Esta vez Hallas desplegó una sonrisa amplia y sincera.

—Sé que no se ha creído una sola palabra de lo que le he contado, y oiga, ¿quién puede reprochárselo? Pero por un momento ponga en marcha ese cerebro suyo y piense en ello. Era un niño blanco, varón, la clase de niño que más se echaría de menos y que se buscaría con más empeño en una sociedad que todavía valora a los niños varones blancos por encima de todos los demás. Hoy día toman las huellas digitales a los críos por norma en cuanto empiezan el colegio, para facilitar la identificación si se pierden, si los asesinan o los secuestran. En este estado incluso lo exige la ley, creo. ¿O me equivoco?

—No se equivoca —convino Bradley a su pesar—. Pero sí sería un error darle mucha importancia a eso, George. Por alguna razón ese niño escapó a los controles, así de sencillo. A veces pasa. El sistema no es infalible.

Hallas sonrió ahora de oreja a oreja.

—Siga intentando convencerse de eso, señor Bradley. Siga intentándolo. —Se volvió e hizo una seña a McGregor, que se quitó los auriculares y se puso en pie.

—¿Listo?

—Sí —contestó Hallas. Se volvió otra vez hacia Bradley cuando McGregor se inclinó para soltar la cadena. Su sonrisa, la única que Bradley había visto en su rostro, desapareció como si nunca hubiese existido—. ¿Vendrá? ¿Cuando llegue la hora?

—Aquí estaré —contestó Bradley.

Y allí estuvo, seis días después, cuando a las 11.52 se descorrieron las cortinas de la sala de observación para mostrar la cámara de ejecución con sus azulejos blancos y su mesa en forma de Y. Solo había presentes otros dos testigos. Uno era el padre Patrick, de St. Andrew. Bradley se sentó a su lado en la última fila. El fiscal estaba

delante de todo, con los brazos cruzados ante el pecho y la mirada fija en la cámara a través del cristal.

Los miembros de la comitiva de ejecución (término grotesco donde los hubiera, pensó Bradley) ocupaban ya sus puestos. Eran seis en total: Warden Toomey, el director de la prisión; McGregor y otros dos celadores; un par de responsables médicos con bata blanca. El protagonista del espectáculo yacía en la mesa, los brazos extendidos y sujetos mediante correas de velcro. Pero cuando las cortinas se abrieron quien primero captó la atención de Bradley fue el director, que presentaba un aspecto extrañamente deportivo con una camisa azul con el cuello desabrochado, más propia de un campo de golf.

George Hallas, con cinturón de seguridad y arnés de tres puntos en los hombros, más parecía que estuviera a punto de despegar en una cápsula especial que de morir por efecto de una inyección letal. Por petición expresa suya, no había capellán, pero cuando vio a Bradley y al padre Patrick, levantó una mano tanto como se lo permitieron las correas en un gesto de saludo.

Patrick alzó la mano a su vez y después se volvió hacia Bradley. Estaba pálido como el papel.

—¿Ha asistido alguna vez a uno de estos actos?

Bradley negó con la cabeza. Tenía la boca seca y no sabía si sería capaz de hablar en un tono normal.

—Yo tampoco. Espero poder sobrellevarlo. Él... —El padre Patrick tragó saliva—. Era muy bueno con todos los niños. Lo querían. Me cuesta creer... incluso ahora me cuesta creer...

También a Bradley le costaba. Sin embargo lo creía. Tenía que creerlo.

El fiscal se volvió hacia ellos y los miró con el entrecejo fruncido, como Moisés, por encima de los brazos cruzados.

—Silencio, caballeros.

Hallas recorrió con la mirada el último espacio en el que habitaría. Parecía perplejo, como si no supiera bien dónde estaba ni qué ocurría. McGregor apoyó una mano en su pecho para reconfortarlo. Eran ya las 11.58.

Uno de los hombres con bata blanca —un técnico especialista en procedimiento intravenoso, supuso Bradley— ciñó una cinta de goma en torno al antebrazo derecho de Hallas, inyectó una aguja y la sujetó con esparadrapo. La aguja estaba acoplada a una vía intravenosa. Esta llegaba a una consola instalada en la pared, donde había tres interruptores bajo tres lamparillas rojas encendidas. El segundo hombre con bata blanca se acercó a la consola y entrelazó las manos ante el cuerpo. Ahora el único movimiento en la cámara de ejecución procedía de George Hallas, que parpadeaba rápidamente.

—¿Ya han empezado? —susurró el padre Patrick—. No sabría decirlo.

—Yo tampoco —contestó Bradley, también en un susurro—. Puede ser, pero...

Se oyó un chasquido amplificado, y los dos se sobresaltaron (el representante de

la fiscalía siguió tan inmóvil como una estatua). El director de la prisión preguntó:

—¿Me oyen bien ahí dentro?

El fiscal alzó el pulgar en respuesta y volvió a cruzar los brazos.

El director se volvió hacia Hallas.

—George Peter Hallas, ha sido condenado a muerte por un jurado de iguales, sentencia ratificada por el Tribunal Supremo de este estado y por el Tribunal Supremo de los Estados Unidos de América.

Como si les importara mucho lo uno o lo otro, pensó Bradley.

—¿Tiene algo que decir antes de que se cumpla la sentencia?

Hallas hizo ademán de negar con la cabeza, pero al parecer cambió de idea.

Escrutó la sala de observación a través del cristal.

—Hola, señor Bradley. Me alegro de que haya venido. Me oye, ¿verdad? Yo que usted me andaría con cuidado. Recuerde: *se presenta en forma de niño*.

—¿Eso es todo? —preguntó el director, casi jovialmente.

Hallas miró al director.

—Una cosa más, creo. ¿De dónde ha sacado esa camisa, por Dios?

El director Toomey parpadeó como si de pronto le hubieran echado agua fría a la cara; luego se volvió hacia el médico.

—¿Está preparado?

El hombre de la bata blanca situado junto al panel asintió. El director recitó una parrafada de jerga jurídica, consultó el reloj y arrugó la frente. Eran las 12.01, es decir, llevaban un minuto de retraso. Señaló al hombre de la bata blanca como un director de escena dando la entrada a un actor. El hombre de la bata blanca accionó los interruptores y las tres luces rojas cambiaron a verde.

El intercomunicador seguía encendido, y Bradley oyó a Hallas parafrasear al padre Patrick.

—¿Ya está en marcha?

Nadie contestó. Dio igual. Hallas cerró los ojos. Emitió un ronquido. Transcurrió un minuto. Otro ronquido largo y entrecortado. Dos minutos más. Cuatro más. Ni ronquidos ni movimiento. Bradley miró alrededor. El padre Patrick se había marchado.

Soplaba un viento frío procedente de la pradera cuando Bradley abandonó la Casa de la Aguja. Se subió la cremallera del abrigo y se detuvo a respirar hondo repetidamente, intentando expulsar la mayor parte posible de lo que sentía dentro, y cuanto antes. No era la ejecución en sí; salvo por la estrañaria camisa azul del director, había resultado todo tan trivial como vacunarse contra el tétanos o el herpes zóster. Ese era el verdadero horror de aquello.

Con el rabillo del ojo captó un movimiento en el Corral de las Gallinas, donde los presos condenados salían a hacer ejercicio. Solo que en principio allí no debería haber nadie. Los períodos de ejercicio se suspendían los días que había una ejecución programada. Se lo había dicho McGregor. Y efectivamente, cuando volvió la cabeza, vio el Corral de las Gallinas vacío.

Bradley pensó Se presenta en forma de niño.

Se echó a reír. Se obligó a reír. Era únicamente un justificado caso de yuyu, solo eso. Como para demostrárselo, se estremeció.

El viejo Volvo del padre Patrick ya no estaba. En el pequeño aparcamiento para visitantes contiguo a la Casa de la Aguja no quedaba ningún coche más que el suyo. Bradley avanzó unos pasos en esa dirección y de pronto giró en redondo hacia el Corral de las Gallinas, el faldón del abrigo le ondeaba en torno a las rodillas. Allí no había nadie. Claro que no, por Dios. George Hallas había enloquecido, e incluso si su niño malo *hubiese* sido real, ahora ya estaba muerto. Seis disparos de un 45 eran una garantía de muerte.

Bradley siguió adelante, pero cuando rodeaba el capó de su coche volvió a detenerse. Un feo arañazo recorría todo el Ford desde el parachoques delantero hasta la luz de posición izquierda trasera. Alguien le había rayado el coche con una llave. En una cárcel de máxima seguridad, donde uno debía cruzar tres muros e igual número de puestos de control, alguien le había rayado el coche con una llave.

Primero Bradley pensó que había sido el fiscal, poco antes allí sentado con los brazos cruzados ante el pecho, el vivo retrato de la superioridad moral talmúdica. Pero la idea no se sostenía en lógica alguna. Al fin y al cabo, el fiscal había logrado lo que quería: había presenciado la muerte de George Hallas.

Bradley abrió la puerta del coche, que no se había molestado en cerrar con el seguro —en definitiva estaba en una *cárcel*— y se quedó paralizado durante varios segundos. Después, como si se hallara bajo el control de una fuerza externa a él, se llevó la mano lentamente a la boca y se la tapó. En el asiento del conductor había una gorra con una hélice en lo alto. Esta tenía torcida una de las dos aspas.

Finalmente se inclinó y la cogió con las puntas de los dedos, tal como había hecho Hallas. Bradley le dio la vuelta. Contenía una nota, con las letras torcidas, apretujadas y en línea descendente. Era la letra de un niño.

QUÉDATELA, TENGA OTRA.

Oyó la risa de un niño, aguda y radiante. Miró en dirección al Corral de las Gallinas, pero seguía vacío.

Dio vuelta a la nota y vio otro comunicado: NO TARDAREMOS EN VERNOS.

Para Russ Dorr

En *The Hair of Harold Roux*, probablemente la mejor novela sobre la escritura jamás publicada, Thomas Williams ofrece una sorprendente metáfora, quizá incluso una parábola, de cómo nace una narración. Imagina una llanura oscura en la que arde una pequeña fogata. Diversas personas salen de la oscuridad, una por una, para calentarse. Cada una lleva un poco de combustible, y al final la pequeña fogata se convierte en una gran hoguera alrededor de la cual se sitúan los personajes, sus rostros vivamente iluminados, hermosos todos, cada cual a su manera.

Una noche, cuando ya me vencía el sueño, vi una pequeña fogata —una lámpara de queroseno, de hecho— y a un hombre que intentaba leer un periódico a la luz de esta. Otros hombres se acercaron con sus propias lámparas y aportaron más luz en un paisaje lóbrego que resultó ser el Territorio de Dakota.

Tengo visiones como esta con frecuencia, aunque me incomode admitirlo. No siempre narro las historias que las acompañan; a veces el fuego se extingue. Esta tenía que narrarla porque sabía con toda exactitud qué clase de lenguaje deseaba utilizar: seco y lacónico, muy distinto de mi estilo habitual. No tenía la menor idea de hacia dónde apuntaba el relato, pero tenía plena confianza en que el lenguaje me llevase hasta allí. Y así ocurrió.

Una muerte

Jim Trusdale tenía una cabaña en el lado oeste del rancho abandonado de su padre, y allí estaba cuando el sheriff Barclay y media docena de lugareños, nombrados ayudantes suyos, lo encontraron, sentado en una silla junto a la estufa fría, envuelto en un chaquetón de faena y leyendo un número atrasado del *Black Hills Pioneer* a la luz de un farol. O al menos mirándolo.

El sheriff Barclay se detuvo en la puerta, abarcando prácticamente todo el umbral. Sostenía su propio farol.

—Sal de ahí, Jim, y con las manos en alto. No he sacado la pistola y no quiero hacerlo.

Trusdale salió. Tenía aún el periódico en una de las manos levantadas. Se quedó inmóvil, mirando al sheriff con sus ojos grises e inexpresivos. El sheriff le devolvió la mirada. Eso mismo hicieron los otros, cuatro a caballo y dos en el pescante de una vieja carreta en cuyo flanco se leía FUNERARIA HINES en desvaídas letras amarillas.

—Observo que no has preguntado por qué hemos venido —comentó el sheriff Barclay.

—¿Por qué han venido, sheriff?

—¿Dónde está tu sombrero, Jim?

Trusdale se llevó a la cabeza la mano en la que no sostenía el periódico como para buscarse el sombrero, que era un chambergo marrón de copa achatada, y no lo encontró allí.

—En tu casa, ¿no? —preguntó el sheriff.

Una brisa fría recién levantada agitó las crines de los caballos y aplano la hierba en una onda que avanzó hacia el sur.

—No —dijo Trusdale—, no lo creo.

—¿Dónde, pues?

—Puede que lo haya perdido.

—Sube a la parte de atrás de la carreta —ordenó el sheriff.

—No quiero viajar en un coche fúnebre —respondió Trusdale—. Trae mala suerte.

—A ti la mala suerte ya te ha llegado —dijo uno de los hombres—. Estás bañado en ella. Sube.

Trusdale fue a la parte de atrás de la carreta y montó de un salto. La brisa sopló de nuevo, más intensamente, y se subió el cuello del chaquetón.

Los dos hombres que ocupaban el pescante bajaron y se apostaron a los lados de la carreta. Uno desenfundó el arma, el otro no. Trusdale los conocía de vista, pero no sabía cómo se llamaban. Eran del pueblo. El sheriff y los otros cuatro entraron en la cabaña. Uno de ellos era Hines, el enterrador. Estuvieron dentro un rato. Abrieron incluso la estufa, apagada pese al frío de esa noche, y escarbaron entre las cenizas. Al

final salieron.

—El sombrero no está —anunció el sheriff Barclay—, y lo habríamos visto. No es un sombrero precisamente pequeño. ¿Tienes algo que decir al respecto?

—Es una pena que lo haya perdido. Me lo regaló mi padre en los tiempos en que aún no le fallaba la cabeza.

—¿Dónde está, pues?

—Ya se lo he dicho, puede que lo haya perdido. O que me lo hayan robado. Esa es otra posibilidad. Oiga, quería acostarme temprano.

—Olvídate de acostarte. Esta tarde has estado en el pueblo, ¿no?

—Claro que ha estado —afirmó uno de los hombres al tiempo que volvía a montar—. Yo mismo lo he visto. Con ese sombrero, además.

—Cállate, Dave —dijo el sheriff Barclay—. ¿Has estado en el pueblo, Jim?

—Sí, sheriff, he estado —contestó Trusdale.

—¿En el Chuck-a-Luck?

—Sí, sheriff, allí. He ido a pie desde aquí, he tomado dos copas, y luego he vuelto a pie a casa. Seguramente he perdido el sombrero en el Chuck-a-Luck.

—¿Esa es tu versión?

Trusdale alzó la vista al cielo negro de noviembre.

—Es la única versión que tengo.

—Mírame, hijo.

Trusdale lo miró.

—¿Esa es tu versión?

—Ya se lo he dicho, es la única que tengo —respondió Trusdale mirándolo.

El sheriff Barclay exhaló un suspiro.

—Muy bien, vamos al pueblo.

—¿Por qué?

—Porque estás detenido.

—No tiene sesos en esa puta cabeza —comentó uno de los hombres—. Su padre parece listo en comparación.

Regresaron al pueblo. Estaba a siete kilómetros. Trusdale viajó en la parte de atrás de la carreta de la funeraria con el cuello del chaquetón subido. Sin volverse, el hombre que llevaba las riendas dijo:

—¿La violaste además de robarle el dólar, sabandija?

—No sé de qué me habla —contestó Trusdale.

Durante el resto del viaje reinó el silencio, salvo por el viento. En el pueblo la gente formaba una hilera en la calle. Al principio permanecieron callados. Al cabo de un momento una mujer envuelta en un chal marrón corrió renqueante hasta el coche fúnebre y escupió a Trusdale. Falló, pero recibió una salva de aplausos.

Ante el calabozo, el sheriff Barclay ayudó a Trusdale a bajar de la carreta. Ahora el viento era cortante, y olía a nieve. Plantas rodadoras recorrían la calle principal en dirección a la torre de agua del pueblo, donde se amontonaban contra una estacada y

temblaban ruidosamente.

—¡Ahorcad a ese asesino de niñas! —exclamó un hombre, y alguien arrojó una piedra. Pasó entre la cabeza y el hombro derecho de Trusdale y cayó con estrépito en el entablado de la acera.

El sheriff Barclay se volvió y sostuvo en alto el farol para examinar al gentío congregado ante la tienda de abastos.

—No hagáis eso —ordenó—. Nada de tonterías. La situación está bajo control.

El sheriff agarró a Jim del brazo, cruzó con él su despacho y lo metió en el calabozo. Había dos celdas. Barclay dejó a Trusdale en la de la izquierda. Contenía un camastro, un taburete y un balde. Trusdale hizo ademán de sentarse en el taburete y Barclay dijo:

—No. Quédate de pie.

El sheriff echó una ojeada alrededor y vio a los hombres de la partida de búsqueda apelotonarse en el umbral de la puerta.

—Salid todos de aquí —ordenó.

—Otis —dijo el tal Dave—, ¿y si te ataca?

—Lo someteré. Os doy las gracias por haber cumplido con vuestro deber, pero ahora dispersaos.

Cuando se marcharon, el sheriff dijo:

—Quítate el chaquetón y dámelo.

Trusdale se lo quitó y empezó a temblar. Debajo solo llevaba una camiseta y un pantalón de pana tan gastado que las estrías casi habían desaparecido y le faltaba una rodilla. El sheriff Barclay registró los bolsillos del chaquetón y encontró unas hebras de tabaco envueltas en una hoja del catálogo de J. W. Sears y un viejo billete de lotería que prometía un premio en pesos. Había también una canica negra.

—Esa es mi canica de la suerte —dijo Trusdale—. La tengo desde que era niño.

—Vacíate los bolsillos del pantalón.

Trusdale se los vació. Tenía una moneda de un centavo y tres de cinco, amén de un recorte de prensa plegado, sobre la fiebre de la plata en Nevada, que parecía tan viejo como el billete de lotería mexicano.

—Descálzate.

Trusdale se quitó las botas. Barclay las cogió y las palpó por dentro. Tenían un agujero en la suela del tamaño de una moneda de diez centavos.

—Ahora los calcetines.

Barclay los volvió del revés y los tiró a un lado.

—Bájate el pantalón.

—No quiero.

—Tampoco yo quiero ver lo que hay dentro, pero bájatelo igualmente.

Trusdale se bajó el pantalón. No llevaba calzoncillo.

—Date la vuelta y separa las nalgas.

Trusdale se volvió, se agarró los glúteos y tiró de ellos a los lados. El sheriff

Barclay hizo una mueca, suspiró e introdujo un dedo en el ano de Trusdale. Trusdale gimió. Barclay sacó el dedo, hizo otra mueca al oír el leve chasquido y se limpió el dedo en la camiseta de Trusdale.

—¿Dónde está, Jim?

—¿Mi sombrero?

—¿Crees que te he metido un dedo en el culo para ver si tenías ahí el sombrero? ¿O en las cenizas de la estufa? ¿Te estás pasando de listo?

Trusdale se subió el pantalón y se lo abrochó. Luego se quedó allí de pie, tembloroso y descalzo. No mucho antes estaba en casa leyendo su periódico y pensando en encender la estufa, pero eso se le antojaba ya muy lejano.

—Tengo tu sombrero en mi despacho.

—Entonces ¿por qué me ha preguntado por él?

—Para ver qué decías. El asunto del sombrero está claro. Lo que en realidad quiero saber es dónde has puesto el dólar de plata de la chica. No lo tienes en casa, ni en los bolsillos, ni en el saco de la mierda. ¿Te sentías culpable y lo has tirado?

—No sé de qué me habla. ¿Puede devolverme el sombrero?

—No. Es una prueba. Jim Trusdale, te detengo por el asesinato de Rebecca Cline.

El sheriff salió de la celda, cerró la puerta, cogió una llave de la pared y echó el cerrojo. Los pasadores chirriaron. La celda solía albergar sobre todo a borrachos y rara vez se cerraba con llave. Miró a Trusdale desde fuera y dijo:

—Lo siento por ti, Jim. En el infierno no hace calor suficiente para un hombre que ha hecho una cosa así.

—¿Qué cosa?

El sheriff se alejó sin responder, acompañado del sonido seco de sus pasos.

Trusdale permaneció en la celda durante una semana, alimentándose de la comida del Mother's Best, durmiendo en el camastro, cagando y meando en el balde, que vaciaban cada dos días. Su padre no lo visitó, porque su padre había perdido la razón a los ochenta años y a los noventa lo cuidaban un par de indias, una siux y una lakota. A veces cantaban himnos las dos juntas en armonía en el porche del barracón ahora vacío que ocupaban antes los peones del rancho. Su hermano se había ido a Nevada, en pos de la plata.

A veces unos niños se reunían en el callejón de detrás de su celda y entonaban: *Verdugo, verdugo, ven aquí*. A veces se reunían allí hombres que lo amenazaban con cortarle sus partes. En una ocasión se acercó la madre de Rebecca Cline y le dijo que lo ahorcaría ella misma si se lo permitieran.

—¿Cómo pudiste matar a mi niña? —preguntó la mujer a través de la ventana enrejada—. Solo tenía diez años, y los había cumplido ese mismo día.

—Señora —dijo Trusdale, subido al camastro de modo que podía ver el rostro blanco de ella vuelto hacia arriba—, yo no he matado a su niña ni a nadie.

—Embustero —repuso la mujer, y se marchó.

Casi todos los vecinos del pueblo asistieron al funeral de la pequeña. Las indias

estuvieron presentes. Incluso las dos fulanas que ejercían su oficio en el Chuck-a-Luck fueron. Trusdale oyó los cantos desde la celda, en cucillas sobre el balde en el rincón.

El sheriff Barclay telegrafió a Fort Pierre, y al final el juez itinerante se presentó. Recién nombrado, era joven para el puesto, un dandi de larga melena rubia que le caía por la espalda como a Bill Hickok el Salvaje. Se llamaba Roger Mizell. Llevaba lentes redondas, y tanto en el Chuck-a-Luck como en el Mother's Best demostró que tenía debilidad por las mujeres, pese a la alianza nupcial que lucía.

El pueblo no disponía de abogado para encargarse de la defensa de Trusdale, así que Mizell recurrió a George Andrews, dueño de la tienda de abastos, la posada y el hotel Good Rest. Andrews había recibido dos años de enseñanza superior en una escuela de comercio de Omaha. Dijo que accedería a representar a Trusdale solo si el señor y la señora Cline no se oponían.

—Pues vaya a verlos —dijo Mizell. Estaba en la barbería, retrepado en la silla, afeitándose—. No se quede parado mirando cómo crece la hierba.

Cuando Andrews hubo planteado la cuestión, el señor Cline dijo:

—Veamos, tengo una duda. Si nadie actúa en representación suya, ¿pueden ahorrarlo de todos modos?

—Eso no sería justicia americana —respondió George Andrews—. Y aunque aún no somos uno de los Estados Unidos, pronto lo seremos.

—¿Puede librarse? —preguntó la señora Cline.

—No, señora —contestó Andrews—. No veo cómo.

—Siendo así, cumpla con su deber y que Dios lo bendiga —decidió la señora Cline.

El juicio se prolongó durante toda una mañana y media tarde de un día de septiembre. Se celebró en el ayuntamiento, y caían copos de nieve tan delicados como el encaje de un vestido de novia. Unas nubes de color gris pizarra que avanzaban hacia el pueblo presagiaban una tormenta mucho mayor. Roger Mizell, que se había puesto al corriente del caso, asumió las funciones de fiscal y juez.

—Como un banquero que se pide un préstamo a sí mismo y luego se paga los intereses —se oyó decir a un miembro del jurado durante el descanso para el almuerzo en el Mother's Best, y aunque nadie discrepó, nadie lo consideró mala idea. Al fin y al cabo, debía reconocerse en ello cierta economía.

El fiscal Mizell llamó a declarar a media docena de testigos, y el juez Mizell no puso objeción a ninguna de las preguntas. El señor Cline declaró en primer lugar, y el sheriff Barclay fue el último. La historia que cobró forma era sencilla. El día del asesinato de Rebecca Cline, a media mañana, se celebró una fiesta de cumpleaños con pastel y helado. Asistieron varias amigas de Rebecca. A eso de las dos, mientras las niñas jugaban a Ponle la Cola al Burro y las Sillas Musicales, Jim Trusdale entró en el Chuck-a-Luck y pidió un lingotazo de whisky. Llevaba su sombrero chambergo. Hizo durar la copa, y cuando la apuró, pidió otra.

—¿Se quitó el sombrero en algún momento? —Lo colgó acaso en el perchero junto a la puerta? Nadie lo recordaba.

—Yo nunca lo he visto sin él —declaró Dale Gerard, el camarero—. Tenía mucho apego a ese sombrero. Si se lo quitó, seguramente lo dejó en la barra, a su lado. Tomó la segunda copa y se marchó.

—¿Estaba su sombrero en la barra cuando se fue? —preguntó Mizell.

—No, señoría.

—¿Estaba en alguno de los ganchos del perchero cuando cerró usted el bar esa noche?

—No, señoría.

A eso de las tres de aquel día Rebecca Cline salió de su casa, en el límite sur del pueblo, para ir a la botica de la Calle Mayor. Su madre le dijo que podía comprarse unas golosinas con el dólar que le había dado de regalo por su cumpleaños, pero no comérselas, porque ya había tomado bastante dulce por aquel día. A las cinco, viendo que la niña no regresaba, el señor Cline y otros hombres fueron en su búsqueda. La encontraron en Barker's Alley, un callejón entre la casa de postas y el Good Rest. La habían estrangulado. El dólar de plata había desaparecido. Solo cuando el afligido padre la cogió entre sus brazos, vieron el sombrero de piel de ala ancha de Trusdale. Había quedado oculto bajo la falda del vestido de fiesta de la niña.

Durante el descanso para el almuerzo del jurado se oían martillazos detrás de la casa de postas, a menos de noventa pasos del lugar del crimen. Estaban montando el cadalso. Supervisaba la construcción el mejor carpintero del pueblo, cuyo nombre, muy apropiadamente, era John House. Nevaba mucho, la carretera de Fort Pierre quedaría intransitable, quizá durante una semana, quizá durante todo el invierno. No estaba previsto tener a Trusdale entre rejas en el calabozo del pueblo hasta la primavera. En eso no había economía.

—Construir un cadalso no tiene ningún misterio —decía House a quienes se acercaban a mirar—. Hasta un niño podría construirlo.

Explicó que un travesaño accionado mediante una palanca sostendría la trampilla por debajo, y que todo estaría bien engrasado para evitar complicaciones en el último momento.

—Si hay que hacer algo así, conviene hacerlo bien a la primera —decía House.

Por la tarde, George Andrews llamó a Trusdale al estrado. Eso ocasionó ciertos murmullos entre los presentes; el juez Mizell los acalló a mazazos y anunció que si el público no se comportaba, tendría que ordenar el desalojo de la sala.

—¿Entró en el salón Chuck-a-Luck el día en cuestión? —preguntó Andrews cuando volvió a hacerse el orden.

—Supongo —dijo Trusdale—. Si no, no estaría aquí.

Eso arrancó alguna que otra risa, que Mizell volvió a acallar con el mazo, aunque él mismo sonreía y se abstuvo de pronunciar una segunda amonestación.

—¿Pidió dos copas?

—Sí, señor, así fue. Solo tenía dinero para dos.

—Pero enseguida echaste mano a otro dólar, ¿eh que sí, sabandija? —preguntó a voz en grito Abel Hines.

Mizell señaló con el mazo primero a Hines y luego al sheriff Barclay, sentado en primera fila.

—Sheriff, acompañe a ese hombre a la calle y deténgalo bajo el cargo de alteración del orden, si es tan amable.

Barclay acompañó a Hines a la calle, pero no lo detuvo por alteración del orden. En lugar de eso, le preguntó qué mosca le había picado.

—Perdona, Otis —se disculpó Hines—. Es que lo he visto ahí sentado, con esa cara de pasmarote...

—Vete a ver si John House necesita ayuda con su trabajo —aconsejó Barclay—. No vuelvas aquí hasta que se acabe este embrollo.

—Ya tiene toda la ayuda que necesita, y ahora nieva de lo lindo.

—No te vas a morir por eso. Anda, ve.

Entretanto, Trusdale seguía prestando testimonio. No, no había salido del Chuck-a-Luck con el sombrero puesto, pero no se había dado cuenta de eso hasta que llegó a casa. Por entonces, dijo, estaba muy cansado para volver a pie al pueblo a buscarlo. Además, ya era de noche.

Mizell lo interrumpió.

—¿Espera que este tribunal crea que caminó usted siete kilómetros sin darse cuenta de que no llevaba puesto el condenado sombrero?

—Como lo llevo a todas horas, imagino que sencillamente supuse que ahí debía de estar —contestó Trusdale. Eso provocó otra andanada de risas.

Barclay volvió a entrar y ocupó su lugar al lado de Dave Fisher.

—¿De qué se ríen?

—Ese papanatas no necesita verdugo —comentó Fisher—. Se está poniendo la soga al cuello él mismo. Supongo que no debería tener ninguna gracia, pero aun así resulta bastante cómico.

—¿Encontró a Rebecca Cline en ese callejón? —preguntó George Andrews levantando la voz. Con todas las miradas puestas en él, acababa de descubrir unas dotes para la interpretación desconocidas hasta entonces—. ¿La encontró y le robó el dólar, regalo de cumpleaños?

—No, señor —contestó Trusdale.

—¿La mató?

—No, señor. Ni siquiera sabía quién era esa niña.

El señor Cline se levantó de su asiento y exclamó:

—¡Embustero, hijo de perra!

—No miento —respondió Trusdale, y fue entonces cuando el sheriff Barclay le creyó.

—No tengo más preguntas —dijo George Andrews, y regresó a su asiento.

Trusdale hizo ademán de ponerse de pie, pero Mizell le ordenó que siguiera sentado y contestara unas cuantas preguntas más.

—Señor Trusdale, ¿sostiene aún que alguien le robó el sombrero mientras bebía en el Chuck-a-Luck, y que alguien se lo puso, y entró en ese callejón, y mató a Rebecca Cline, y lo dejó allí para incriminarlo a usted?

Trusdale guardó silencio.

—Conteste, señor Trusdale.

—Señor juez, no sé qué quiere decir «incriminar».

—¿Espera que creamos que alguien le ha endosado este horrendo asesinato?

Trusdale reflexionó retorciéndose las manos. Por fin dijo:

—Quizá alguien lo cogió por equivocación y lo tiró allí.

Mizell miró al público, que escuchaba absorto.

—¿Alguno de los aquí presentes cogió por equivocación el sombrero del señor Trusdale?

Reinó el silencio, excepto por el viento. Arreciaba cada vez más. La nieve no caía ya en forma de delicados copos. La primera gran ventisca del invierno había llegado. Era la época del año que los lugareños llamaban el «Invierno del Lobo», porque los lobos bajaban en manadas de los Montes Negros en busca de basura.

—No tengo más preguntas —dijo Mizell—, y visto el mal tiempo, prescindiremos de los alegatos finales. El jurado se retirará a deliberar. Caballeros, tienen tres opciones: inocente, homicidio sin deliberación o asesinato en primer grado.

—Niñacidio, más bien —comentó alguien.

El sheriff Barclay y Dave Fisher se retiraron al Chuck-a-Luck. Abel Hines se sumó a ellos, sacudiéndose la nieve de los hombros del abrigo. Dale Gerard les sirvió jarras de cerveza a cuenta de la casa.

—Puede que Mizell no tuviera más preguntas —dijo Barclay—, pero yo sí tengo una. Sombrero aparte, si Trusdale la mató, ¿cómo es que no encontramos el dólar de plata?

—Porque se asustó y lo tiró —afirmó Hines.

—No lo creo. Es tonto de remate. Si se hubiese apropiado de ese dólar, habría vuelto al Chuck-a-Luck y se lo habría gastado en bebida.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Dave—. ¿Que lo consideras inocente?

—Estoy diciendo que ojalá hubiésemos encontrado esa moneda.

—A lo mejor tenía un agujero en el bolsillo y la perdió.

—No tenía agujeros en los bolsillos —dijo Barclay—. Solo uno en la bota, y por ese no cabía un dólar. —Bebió un poco de cerveza. El viento soplaban a rachas, las plantas rodadoras volaban por la Calle Mayor como cerebros fantasmagóricos en la nieve.

El jurado necesitó una hora y media.

«Votamos a favor de ahorcarlo a la primera —dijo más tarde Kelton Fisher—, pero queríamos dar una imagen de decencia».

Mizell preguntó a Trusdale si tenía algo que añadir antes de que se dictase sentencia.

—No se me ocurre nada —respondió Trusdale—. Pero yo no maté a esa niña.

La tormenta se prolongó durante tres días. John House preguntó a Barclay cuánto calculaba que pesaba Trusdale, y Barclay contestó que le echaba unos sesenta y cinco kilos. House confeccionó un muñeco con sacos de arpilla llenos de piedras y lo pesó en la balanza de la posada hasta que el fiel quedó inmóvil en sesenta y cinco. A continuación ahorcó al muñeco mientras medio pueblo observaba entre la nieve acumulada. La prueba salió bien.

La noche previa a la ejecución, el tiempo se despejó. El sheriff Barclay dijo a Trusdale que podía comer lo que quisiera para cenar. Trusdale pidió carne y huevos, con patatas fritas empapadas en salsa. Barclay lo pagó de su propio bolsillo y se sentó tras su mesa a limpiarse las uñas y escuchar el acompasado tintineo del cuchillo y el tenedor de Trusdale en el plato de loza. Cuando el sonido se interrumpió, Barclay entró. Encontró a Trusdale sentado en el camastro. El plato estaba tan limpio que, dedujo Barclay, debía de haber lamido hasta la última gota de salsa, como un perro. Lloraba.

—Acaba de venirme una cosa a la cabeza —dijo Trusdale.

—¿Qué, Jim?

—Si me ahorcan mañana temprano, iré a la tumba con el filete y los huevos todavía en la tripa. No tendrán tiempo de hacer todo su camino.

Por un momento Barclay calló. Lo horrorizaba, más que esa imagen en sí, el hecho de que a Trusdale se le hubiese ocurrido semejante idea. Por fin dijo:

—Límpiate la nariz.

Trusdale se limpió.

—Ahora escúchame, Jim, porque esta es tu última oportunidad. Estuviste en ese bar a media tarde. A esa hora no hay allí mucha gente. ¿No es así?

—Supongo que sí.

—Entonces ¿quién te quitó el sombrero? Cierra los ojos. Rememora. Velo.

Trusdale cerró los ojos. Barclay esperó. Por fin Trusdale abrió los ojos, que tenía enrojecidos por el llanto.

—Ni siquiera recuerdo si lo llevaba puesto.

Barclay dejó escapar un suspiro.

—Dame el plato, y ojo con ese cuchillo.

Trusdale entregó el plato por entre los barrotes con el cuchillo y el tenedor colocados encima y dijo que de buena gana se tomaría una cerveza. Barclay se planteó la posibilidad y finalmente se puso su grueso abrigo y su sombrero vaquero y se acercó al Chuck-a-Luck, donde Dale Gerard le sirvió la cerveza en un pequeño cubo. El enterrador Hines apuraba en ese momento una copa de vino. Salió detrás de Barclay al viento y el frío.

—Mañana será un gran día —comentó Barclay—. Aquí no se ahorca a nadie

desde hace diez años, y con suerte no se ahorcará a nadie más hasta pasados otros diez. Para entonces ya no estaré en el cargo. Ojalá ya no lo estuviera.

Hines lo miró.

—Estás convencido de que no la mató él.

—Si no fue él —dijo Barclay—, el que lo hizo todavía ronda por ahí.

El ahorcamiento tenía lugar a las nueve de la mañana siguiente. Soplaba el viento y hacía un frío atroz, pero acudió a presenciarlo casi todo el pueblo. El pastor Ray Rowles se situó junto a John House en el cadalso. Los dos temblaban a pesar de los abrigos y las bufandas. Las hojas de la Biblia del pastor Rowles se agitaban. House llevaba prendido del cinturón un capuchón tejido a mano y teñido de negro, que se agitaba también.

Barclay guio a Trusdale, con las manos esposadas a la espalda, hasta el cadalso. Trusdale mantuvo el tipo hasta que llegó a la escalera. Allí empezó a resistirse y a llorar.

—No me hagan esto —dijo—. Por favor, no me hagan esto. Por favor, no me hagan daño. Por favor, no me maten.

Era fuerte para ser tan menudo, y Barclay hizo una señal a Dave Fisher para que se acercara a echarle una mano. Juntos, obligaron a Trusdale, que se retorcía y los rehuía y empujaba, a subir por los doce peldaños de madera. Una de las veces dio tal arremetida que estuvieron a punto de caer los tres, y algunos tendieron los brazos hacia ellos por si ocurría.

—¡Para ya y muere como un hombre! —exclamó alguien.

Cuando llegaron a la plataforma, Trusdale se quedó inmóvil por un momento, pero en cuanto oyó al pastor Rowles iniciar el Salmo 51 rompió a chillar. «Como una mujer cuando una tetra queda atrapada entre los rodillitos del escurridor», comentó alguien después en el Chuck-a-Luck.

—«Tenme piedad, oh Dios, según tu amor —leyó Rowles, alzando la voz para hacerse oír por encima del griterío del reo, que pedía que lo soltaran—, por tu inmensa ternura borra mi delito».

Cuando Trusdale vio que House soltaba el capuchón negro del cinturón, empezó a jadear como un perro. Cabeceó a uno y otro lado para esquivar el capuchón. Sacudía el pelo. House, pacientemente, permanecía atento a cada vaivén, como un hombre decidido a embridar a un caballo asustadizo.

—¡Déjenme ver las montañas! —bramó Trusdale. Hilos de mocos le colgaban de la nariz—. ¡Me portaré bien si me dejan ver las montañas una vez más!

Pero House le encasquetó el capuchón y se lo caló hasta los hombros trémulos. El pastor Rowles seguía con su salmodia, y Trusdale intentó apartarse de la trampilla. Barclay y Dave Fisher volvieron a colocarlo sobre ella a empujones.

Abajo alguien exclamó:

—¡Valor!

—Diga ya amén —instó Barclay al pastor Rowles—. Por Dios, diga amén.

—Amén —concluyó el pastor Rowles, y retrocedió al tiempo que cerraba la Biblia con un chasquido.

Barclay dirigió una seña a House con la cabeza. House accionó la palanca. El travesaño engrasado se retrajo y la trampilla cayó. También Trusdale. Se oyó el crujido cuando se le partió el cuello. Las piernas se le encogieron casi hasta el mentón y después quedó inerte. Unas gotas amarillas mancharon la nieve bajo sus pies.

—Listo, pedazo de cabrón —exclamó el padre de Rebecca Cline—. Has muerto meando como un perro en una boca de riego. Bienvenido al infierno.

Algunos aplaudieron.

Los espectadores permanecieron allí hasta que el cadáver de Trusdale, todavía con el capuchón negro, fue depositado en la misma carreta en la que había viajado al pueblo. Luego se dispersaron.

Barclay regresó al calabozo y se sentó en la celda que Trusdale había ocupado. Se quedó allí diez minutos. Hacía tanto frío que se le empañaba el aliento. Sabía qué estaba esperando, y finalmente llegó. Cogió el pequeño cubo que había contenido la última cerveza de Trusdale y vomitó. A continuación salió al despacho y avivó el fuego de la estufa.

Ocho horas más tarde allí seguía, intentando leer un libro, cuando entró Abel Hines y dijo:

—Tienes que venir a la funeraria, Otis. Quiero enseñarte una cosa.

—¿Qué?

—No. Es mejor que lo veas con tus propios ojos.

Fueron al Depósito de Cadáveres y Funeraria Hines. En la sala del fondo, Trusdale yacía desnudo en la mesa de preparación. Se percibía un olor a sustancias químicas y excrementos.

—Cuando mueren así, se lo hacen en el pantalón —explicó Hines—. Incluso hombres que lo afrontan con la cabeza en alto. No lo pueden evitar. El esfínter se afloja.

—¿Y?

—Acércate. Imagino que un hombre de tu oficio ha visto cosas peores que un pantalón cagado.

Estaba tirado en el suelo, prácticamente vuelto del revés. Algo brillaba entre la inmundicia. Barclay se inclinó y vio un dólar de plata. Tendió el brazo y lo extrajo de entre la mierda.

—No me lo explico —dijo Hines—. El hijo de puta estuvo encerrado casi un mes.

Había una silla en el rincón. Barclay se desplomó en ella tan pesadamente que se le escapó un resoplido.

—Debió de tragárselo la primera vez cuando vio acercarse los faroles. Y cada vez que salía, lo limpiaba y se lo tragaba otra vez.

Los dos hombres se miraron.

—Tú le creíste —dijo Hines por fin.

—Sí, tonto de mí.

—Quizá eso habla más de ti que de él.

—Insistió en que era inocente hasta el final. Seguramente repetirá lo mismo ante el trono de Dios.

—Sí —dijo Hines.

—No lo entiendo. Iba a morir ahorcado. De un modo u otro, iba a morir ahorcado. ¿Tú lo entiendes?

—Yo ni siquiera entiendo por qué sale el sol. ¿Qué vas a hacer con esa moneda? ¿Devolvérsela a los padres de la niña? Quizá no sea lo mejor, porque... —Hines se encogió de hombros.

Porque los Cline lo sabían desde el principio. En el pueblo todos lo sabían desde el principio. Él era el único que no lo sabía. Tonto de él.

—No sé qué voy a hacer con la moneda —dijo.

Una ráfaga de viento llevó hasta allí un cántico. Procedía de la iglesia. Era la doxología.

En recuerdo de Elmore Leonard

Escribo poesía desde que, a los doce años, me enamoré por primera vez (en séptimo curso). Desde entonces he escrito cientos de poemas, por lo general garabateados en papeles sueltos o en cuadernos a medio usar, y no he publicado más de cinco o seis. En su mayor parte los tengo guardados en diversos cajones, Dios sabe dónde, yo no. Existe una razón para ello: no soy gran cosa como poeta. Eso no es falsa modestia, es simplemente la verdad. Cuando alguna vez *consigo* componer un poema que me gusta, es sobre todo por azar.

El motivo por el que incluyo aquí este texto es que (al igual que el otro poema de esta colección) no es lírico sino narrativo. El primer borrador —perdido hace mucho tiempo, como el original del cuento que se convirtió en «Área 81»— lo escribí en la universidad, y en gran medida bajo la influencia de los monólogos dramáticos de Robert Browning, muy especialmente de «Mi duquesa muerta». (Otro poema de Browning, «Childe Roland a la Torre Oscura llegó», se convirtió en la base de una serie de libros que muchos de mis fieles lectores conocen bien). Si has leído a Browning, puede que oigas su voz más que la mía. Si no, no hay problema; se trata en esencia de un cuento, como cualquier otro, lo que significa que se creó para disfrutarlo más que para deconstruirlo.

Un amigo mío, Jimmy Smith, leyó ese primer borrador perdido en una Hora de Poesía un martes por la tarde de 1968 o 1969 en la Universidad de Maine, y fue bien acogido. ¿Cómo iba a ser de otro modo? Lo recitó con toda su alma, declamándolo a grito limpio. Y la gente se deja cautivar por una buena historia, esté compuesta en estrofas o en párrafos. Esta era bastante buena, y más aún gracias al formato, que me permitió despojarlo del fárrago de la prosa. En otoño de 2008 me acordé de la lectura de Jimmy y, como andaba entre dos proyectos, decidí tratar de recrear el poema. Este es el resultado. No sabría decir en qué medida se parece al original.

Jimmy, espero que sigas por ahí y te tropieces con esto. Aquel día causaste furor.

La iglesia de los huesos

Si quieres oírlo, invítame a otra copa.

(Bah, esto es bazofia, pero lo mismo da; ¿qué no lo es?)

*Éramos treinta y dos los que llegamos a aquel martirio verde,
después de treinta días en medio del verdor, solo tres salimos.*

Tres salimos del verdor, tres alcanzamos la cima,

Manning, Revois y yo. Y... ¿cómo decía aquel libro?

¿Aquel, el famoso? «Solo quedo yo para contarla».

Moriré en la cama por la bebida, como tantos hijos de perra víctimas de una obsesión.

*¿Lloro acaso la pérdida de Manning? ¡Y una mierda! Fue su dinero
el que nos llevó hasta allí, su voluntad la que nos impulsó a seguir, muerte a muerte.*

Pero ¿murió él en la cama? ¡No, ese no! ¡Yo me encargué de ello!

Ahora reza en aquella iglesia de huesos para siempre. ¡La vida es maravillosa!

(¿Qué bazofia es esta? Igual da, invítame a otra, eh. ¡Invítame a dos!

Hablaré a cambio de whisky; si callado

me prefieres, pasemos al champán.

La charla sale barata, el silencio sale caro, caro amigo.

¿Qué estaba diciendo?).

Veintinueve muertos en el camino, uno de ellos mujer.

Buenas tetas tenía, y el culo como una silla de montar inglesa.

La encontramos boca abajo una mañana,

tan fría como los restos de la fogata en que yacía,

una rubia ceniza de mejillas y garganta color humo.

No quemada; esa fogata debía de estar fría cuando ella cayó.

Habló durante todo el viaje y murió sin decir ni pío.

¿Qué hay mejor que ser humano? ¿Eso piensas?

¿No? Pues me cago en tus huevos, y en los de tu madre;

si ella hubiese tenido un par, habría sido un puto rey.

Antropóloga, ayayay, eso decía. No parecía

antropóloga cuando la sacamos de las

*cenizas con carbonilla en los pómulos y el blanco de los ojos
teñido de gris por el hollín. Aparte de eso, ni una sola marca.*

Según Dorrance, pudo ser una embolia,

y era él lo más parecido a un médico que teníamos,

ese cabronejo. ¡Por el amor de Dios, trae whisky,

que sin él la vida es un suplicio!

El verdor acababa con ellos día a día. A Carson un palo le traspasó la bota, y de eso murió. Se le hinchó el pie, y cuando cortamos el cuero de la bota, tenía los dedos negros

como la tinta de calamar que impulsaba el corazón de Manning.

Reston y Polgoy, de picaduras de arañas grandes como puños; a Ackerman lo mordió una serpiente caída de un árbol del que pendía como la estola de piel de una dama. Le inyectó su veneno en la nariz.

Que si le dolío, preguntas. Escucha esto:

¡se arrancó la napia de cuajo! ¡Como lo oyes! Se la arrancó como un melocotón podrido de una rama y murió escupiendo a trozos su propia cara moribunda. Perra vida, ya lo creo que sí; si no puedes reírte, más vale que te rías igualmente.

Maldita sea, así lo veo yo, y a eso me atengo; este no es un mundo triste a menos que estés cuerdo.

A ver, ¿por dónde iba?

Javier se cayó de un puente de tablas y cuando lo sacamos no podía respirar.

Dorrance intentó devolverle la vida con un beso y succionó de su garganta una sanguijuela tan grande como un tomate de invernadero. Se desprendió como un corcho de una botella y reventó entre ellos, salpicándolos de ese tinto gracias al que vivimos (porque en ese sentido todos somos alcohólicos, no sé si me explico),

y cuando el español murió entre delirios, Manning dijo, las sanguijuelas se le han metido en el cerebro. Por mi parte, no tengo opinión al respecto.

Yo solo sé que los ojos de Javy no paraban quietos; miraban aquí y allá incluso cuando llevaba frío ya una hora.

Ayayay, algo hambriento rondaba dentro de él, eso desde luego.

Y en todo momento los guacamayos chillaban a los monos y los monos chillaban a los guacamayos y tanto unos como otros chillaban al cielo azul que no veían, enterrado como estaba por el condenado verdor.

¿Esto es whisky o diarrea en un vaso?

Había una de esas chuponas en el pantalón del franchute...

¿te lo había dicho? Ya imaginarás de qué se alimentó esa, ¿no?

Después le tocó al propio Dorrance; para entonces

ya subíamos, pero estábamos aún en medio del verdor. Se cayó por un barranco, y oímos el crujido. Se partió el cuello, veintiséis años, prometido en matrimonio, caso cerrado.

Ayayay, ¿no es maravillosa la vida? La vida es una sanguijuela en la garganta, la vida es el barranco donde caemos, es una sopa y todos acabamos siendo verduras. ¿No es filosófico? Lo mismo da. Ya es tarde para contar los muertos, y estoy muy borracho. Al final llegamos allí. Dejémoslo en eso.

Subiendo por aquel sendero de montaña, salimos del sofocante verdor después de enterrar a Rostoy, Timmons, el texano —no recuerdo cómo se llamaba— y Dorrance y otros dos. Sucumbieron en su mayoría a unas fiebres que les abrasaban la piel y se la teñían de verde.

Al final solo quedábamos Manning, Revois y yo.

Conrajimos también las fiebres, pero las matamos antes de que nos mataran a nosotros.

Solo que yo en realidad nunca me he recuperado. Ahora el whisky es mi quinina, lo que tomo para los tembleques, así que invítame a otra antes de que olvide los buenos modales y te abra la puta garganta. Puede que incluso me beba lo que salga. Ándate, pues, con cuidado, hijo, y aviva el paso, maldito seas.

Llegamos a un camino, incluso Manning admitió que lo era, y con anchura para el paso de elefantes, si los buscadores de marfil no hubieran esquilmado las selvas y las llanuras que se extendían más allá cuando la gasolina costaba aún unos centavos.

Ascendía, ese camino, y ascendimos con él por losas de piedra ladeadas, desprendidas de la Madre Tierra hacia un millón de años; saltábamos de una a otra como ranas bajo el sol, Revois

ardiendo todavía por las fiebres. Y yo... ¡vaya si me sentía liviano!

Como gasa de algodoncillo en la brisa, así me sentía.

Lo vi todo. Tenía la cabeza clara como el agua clara, porque era tan joven entonces como horrendo hoy..., sí, veo cómo me miras, pero no hace falta que pongas esa cara, porque es tu propio futuro lo que ves a este lado de la mesa.

Nos elevamos por encima de los pájaros, y allí estaba la meta, una lengua de piedra erguida hacia el cielo.

Manning apretó a correr y corrimos detrás de él, Revois

a buen paso, para lo enfermo que estaba.

(Pero ya no estaría enfermo por mucho tiempo... ¡ja!).

Miramos abajo y vimos lo que vimos.

Manning enrojeció ante esa vista, ¿y cómo no?

Pues la codicia es también una fiebre.

Me agarró por el andrajo que antes fue mi camisa

*y me preguntó si aquello no era más que un sueño. Cuando contesté que veía
lo que él veía, se volvió hacia Revois.*

Pero antes de que Revois pudiera decir sí o no, oímos truenos

procedentes de la techumbre verde que habíamos dejado atrás,

como una tormenta del revés. O, digamos,

como si toda la tierra hubiese contraído las fiebres que nos acechaban

y tuviesen revueltas las tripas. Pregunté a Manning qué oía,

y Manning guardó silencio. Hipnotizado por aquella hendidura,

contemplaba, a través de cientos de metros de aire antiquísimo,

*la iglesia que se alzaba allí abajo: huesos y colmillos acumulados durante un millón
de años,*

un sepulcro blanqueado de eternidad, un vertedero erizado de púas,

como el que verías si el infierno ardiera hasta la mismísima escoria de su caldera.

Uno esperaba ver cadáveres empalados en las

antiquísimas espinas de aquella tumba soleada. Ninguno había,

pero los truenos se acercaban, elevándose desde la tierra

en lugar de descender desde el cielo. Las rocas temblaron

bajo nuestros talones cuando ellos surgieron de pronto del verdor

que se había llevado a tantos de los nuestros: Rostoy con su birimbao,

Dorrance que cantaba con él, la antropóloga

con el culo como una silla de montar inglesa, y otros veintiséis.

Llegaron, aquellos fantasmas descarnados, y se sacudieron la techumbre verde

de los pies, y vinieron en una temblorosa riada: una estampida

de elefantes surgidos del origen verde de los tiempos.

Entre ellos descollaban (cree lo que quieras)

mamuts de la era muerta en que el hombre

no existía, sus colmillos como sacacorchos y sus ojos

tan encendidos como los látigos de la congoja;

lianás envolvían sus patas arrugadas.

Uno apareció —¡sí!— con una flor prendida

en un pliegue del pecho como quien la luce en un ojal.

Revois profirió un alarido y se tapó los ojos con la mano.

Manning dijo: «No lo veo». (Parecía un hombre dando explicaciones a un puto

agente de tráfico).

*Los aparté, y los tres tropezamos y caímos
en una raja cerca del borde. Desde allí
los vimos avanzar: una marea contra la realidad,
ante la que uno deseaba la ceguera y se alegraba de ver.
Pasaron por delante de nosotros, sin aflojar el paso,
los de atrás arreando a los de delante,
y saltaron al vacío, anunciando a bombo y platillo su camino hacia el suicidio,
precipitándose sobre los huesos del olvido entre el polvo casi dos mil metros más
abajo.*

*Prosiguió durante horas, aquel interminable desfile de muerte por despeñamiento;
trompetas en descenso hasta el fondo, los metales de una orquesta,
desvaneciéndose. El polvo y el olor de sus excrementos
casi nos asfixiaron, y al final Revois enloqueció.*

*Se puso en pie, no sé si para huir despavorido
o si para unirse a ellos, pero a ellos se unió,
de cabeza, los tacones de las botas hacia el cielo,
destellando los clavos de las suelas.*

*Agitó un brazo. El otro... Uno de aquellos pies planos colosales
se lo arrancó del cuerpo, y el brazo lo siguió, saludando con
los dedos: «¡Adiós!» y «¡Adiós!» y «¡Hasta la vista, chicos!».
¡Ayayay!*

*Me asomé para verlo irse y fue un espectáculo digno de recordarse,
cómo giró en remolinos que quedaron suspendidos en el aire
cuando él desapareció, adquirieron después un color rosado y se desvanecieron por
fin*

arrastrados por una brisa que olía a claveles podridos.

Ahora sus huesos están con los otros, ¿y dónde está mi copa?

*Pero —¡escucha esto, pedazo de idiota!— allí los únicos huesos nuevos eran los
suyos.*

*¿Entiendes lo que te digo? Pues te lo repetiré, maldito seas:
los tuyos, pero no los otros.*

*Cuando los últimos gigantes pasaron delante de nosotros, allí abajo no había nada
más que la iglesia de huesos, que estaba tal como antes,
con una mancha roja, y eso era Revois.*

*Ya que aquello era una estampida de fantasmas o recuerdos,
¿y quién puede afirmar que lo uno y lo otro no son la misma cosa? Manning se
levantó
temblando, anunció que habíamos hecho fortuna (como si él
no tuviese ya la suya).*

«¿Y qué me dices de lo que acabas de ver?», pregunté.
«¿Traerías a otros a ver un lugar tan sagrado como este?
¡A la primera de cambio el mismísimo Papa estaría
meando su agua bendita desde el borde!». Pero Manning
solo cabeceaba, y sonreía, y alzaba las manos
sin una mota de polvo en ellas, pese a que no hacía ni un minuto nos asfixiaba la
polvareda,
y nos cubría de la cabeza a los pies.

Dijo que eran alucinaciones,
lo que vimos, causadas por las fiebres y el agua estancada.
Repití que habíamos hecho fortuna, y se rio.
El muy desgraciado, esa risa fue su perdición.
Vi que estaba loco —o lo estaba yo—, y uno de los dos
tenía que morir. Ya sabes quién de los dos fue,
porque aquí estoy yo, sentado ante ti, borracho, con el pelo que antes
era negro cayéndome sobre los ojos.

Dijo: «No te das cuenta, necio...».
Y no dijo nada más, porque el resto fue solo un grito.
¡A la mierda se fue!
¡Y a la mierda puede irse esa cara sonriente tuya!

No recuerdo cómo regresé; es un
sueño de color verde con rostros marrones en él,
luego un sueño de color azul con rostros blancos en él,
y ahora despierto por la noche en esta ciudad
donde ni un hombre de cada diez sueña con lo que
hay más allá de su vida, porque tienen cerrados
los ojos de soñar, como los tenía Manning,
hasta el final, cuando ni todas las cuentas bancarias del infierno
o de Suiza (puede que sea lo mismo) pudieron salvarlo.
Despierto con el hígado bramando, y a oscuras
oigo los plúmbeos tronidos de aquellos descomunales fantasmas elevarse
de la techumbre verde como una tormenta desencadenada para atormentar la tierra,
y huelo el polvo y los excrementos, y cuando la horda
surge bajo el cielo de su perdición, veo
los antiquísimos abanicos de sus orejas y los garfios de sus
colmillos; veo sus ojos y sus ojos y sus ojos.
En la vida hay algo más que esto; hay mapas dentro de tus mapas.

Sigue allí, la iglesia de huesos, y me gustaría

*volver y localizarla de nuevo, para poder arrojarme
desde el borde y poner fin a esta miserable comedia. Ahora aparta
tu cara ovina antes de que te la aparte yo.*

Ayayay, la realidad es un lugar inmundo donde no hay religión.

¡Invítame, pues, a una copa, maldito seas!

Brindaremos por esos elefantes que nunca existieron.

Para Jimmy Smith

La moral es un asunto escurridizo. Si de niño no lo sabía, lo descubrí en mi época universitaria. Estudié en la Universidad de Maine mediante un embrollado andamiaje financiero a base de pequeñas becas, préstamos estatales y trabajos de verano. Durante el año lectivo fregaba platos en West Commons. El dinero nunca se estiraba lo suficiente. Mi madre, soltera, era asistenta jefa en una institución psiquiátrica llamada Pineland Training Center y me enviaba doce dólares semanales, que me ayudaban un poco. Cuando mi madre murió, averigüé por una de sus hermanas que, para ello, renunciaba a su visita mensual a la peluquería y ahorraba en la cesta de la compra. Además se saltaba el almuerzo todos los martes y jueves.

Cuando me marché a vivir fuera del campus y lejos de West Commons, a veces complementaba mi dieta robando filetes o hamburguesas empaquetadas en el supermercado del barrio. Eso había que hacerlo los viernes, cuando más gente había. Una vez probé con un pollo, pero el jodido era muy grande para esconderlo debajo del abrigo.

Corrió la voz de que redactaba trabajos para estudiantes en apuros. Por este servicio aplicaba una escala variable. Si el estudiante sacaba un sobresaliente, la tarifa era veinte dólares. Cobraba diez dólares por un notable. Una nota de aprobado equivalía a una colada, y no había dinero por medio. Por un suspenso, prometía a mi cliente que le pagaría veinte dólares. Me aseguraba de no tener que pagar nunca, porque no podía permitírmelo. Y era astuto. (Me da vergüenza decirlo, pero es la verdad). No aceptaba un proyecto a menos que el estudiante necesitado pudiera facilitarme al menos un trabajo *hecho* por él, para poder copiar el estilo. Afortunadamente no necesité recurrir a eso muchas veces, pero cuando tuve que hacerlo —cuando estaba a dos velas y sencillamente no podía vivir sin una hamburguesa y unas patatas fritas en el Bear's Den de Memorial Union—, lo hice.

Más adelante, ya en tercero, descubrí que tenía un grupo sanguíneo muy poco común, A negativo, el mismo que aproximadamente un seis por ciento de la población. En Bangor había un ambulatorio que pagaba veinticinco dólares por medio litro de sangre A negativo. Me pareció un negocio redondo. Cada dos meses poco más o menos iba desde Orono por la Carretera 2 en mi destortalada ranchera (o en autostop cuando se averiaba, cosa que ocurría con frecuencia) y me remangaba. En aquellos años anteriores al sida había mucho menos papeleo, y cuando tu medio litro estaba en la bolsa, podías elegir entre un pequeño vaso de naranjada o un pequeño lingotazo de whisky. Siendo un alcohólico en ciernes ya por aquel entonces, optaba siempre por el whisky.

Mientras volvía a la universidad después de una de esas donaciones, me dije que si prostituirse es venderse por dinero, yo me prostituía. Escribir redacciones para lengua inglesa y trabajos de sociología de fin de trimestre también era prostituirse. Me había criado en un entorno metodista, tenía una clara noción del bien y del mal, pero ahí estaba: me prostituía, solo que vendía mi sangre y mis aptitudes para la escritura en lugar del culo.

Tomar conciencia de eso me llevó a plantearme ciertas cosas sobre la moral que aún me interesan. Es un concepto flexible, ¿no? Elástico como ningún otro. Pero si uno tira demasiado de cualquier cosa, se rompe. Ahora dono sangre en lugar de venderla, pero entonces pensaba y todavía me parece cierto: en determinadas circunstancias, cualquiera podría venderlo todo.

Y vivir para lamentarlo.

La moral

I

Chad supo que algo ocurría en cuanto entró. Nora ya estaba en casa. Trabajaba de once a cinco, seis días por semana. Por lo general, él llegaba del colegio a las cuatro y cenaba cuando ella aparecía, a eso de las seis.

Nora estaba sentada en la escalera de incendios, allí adonde él salía a fumar, y tenía unos papeles en las manos. Él lanzó una mirada al frigorífico y vio que el e-mail impreso no se hallaba bajo el imán que lo mantenía allí sujeto desde hacía casi cuatro meses.

—Eh, oye —dijo Nora—. Sal aquí. —Después de un breve silencio, añadió—: Trae el tabaco, si quieres.

Chad consumía solo un paquete por semana, pero no por eso ella aceptaba mejor su hábito. La salud era en parte la razón, pero una parte aún mayor de su rechazo se debía al gasto. Cada cigarrillo equivalía a cuarenta centavos que se iban en humo.

A él no le gustaba fumar delante de ella, ni siquiera al aire libre, pero sacó el paquete de ese momento del cajón de debajo del escurreplatos y se lo metió en el bolsillo. Algo en la expresión solemne de ella lo llevó a pensar que quizá lo necesitara.

Salió por la ventana y se sentó junto a ella. Se había puesto unos vaqueros y una blusa vieja, o sea que ya llevaba un rato en casa. Aquello era cada vez más anómalo.

Durante un tiempo contemplaron su pequeña porción de ciudad sin hablar. Chad le dio un beso y ella sonrió con aire ausente. Tenía en la mano el e-mail del agente; también tenía la carpeta con el rótulo ROJO Y NEGRO escrito en grandes mayúsculas. Una bromita de Chad no demasiado graciosa. La carpeta contenía toda la documentación relacionada con su situación económica —extractos de la cuenta corriente y la tarjeta de crédito, recibos de suministros, primas de seguros—, y la última línea estaba en rojo, no en negro. Por entonces ese era el pan de cada día para muchos estadounidenses, suponía él. Sencillamente los ingresos no alcanzaban. Dos años antes Nora y él hablaban de tener un hijo. Ya no. Ahora hablaban de cómo desentramparse y quizás levantar cabeza lo suficiente para abandonar la ciudad sin un puñado de acreedores pisándoles los talones. Trasladarse a Nueva Inglaterra. Pero todavía no. Allí al menos tenían trabajo.

—¿Cómo ha ido el colegio? —preguntó ella.

—Bien.

A decir verdad, ese trabajo era un chollo. Pero cuando Anita Biderman regresara al puesto una vez terminada su baja por maternidad, a saber qué le esperaría. Probablemente no otro empleo en el Centro de Enseñanza Público 321. Ocupaba un lugar alto en la lista de sustitutos, pero eso no significaba nada si todos los miembros

de la plantilla docente estaban presentes y en activo.

—Hoy has llegado pronto a casa —comentó él—. No me digas que Winnie ha muerto.

Ella pareció sobresaltarse, luego sonrió de nuevo. Pero llevaban juntos diez años, casados desde hacía seis, y Chad ya había visto antes esa sonrisa. Anunciaba problemas.

—¿Nora?

—Me ha mandado a casa antes de hora. Para pensar. Tengo mucho en qué pensar. Estoy... —Meneó la cabeza.

Chad la sujetó por el hombro y la obligó a volverse hacia él.

—Estás ¿qué? ¿Va todo bien con Winnie?

—Esa es una buena pregunta. Adelante, enciende uno. Se ha levantado la veda del tabaco.

—Dime qué pasa.

La habían despedido del hospital Congress Memorial hacía dos años durante una «reestructuración». Por fortuna para Chad & Nora S.A., había salido bien parada. Conseguir el empleo de enfermera a domicilio de un anciano había sido un golpe de suerte: un paciente, un pastor jubilado que se recuperaba de un ictus, treinta y seis horas semanales, una paga más que aceptable. Ella ganaba más que él, y con diferencia. Los dos sueldos, sumados, casi daban para ir tirando. Al menos hasta que Anita Biderman volviera.

—Primero hablemos de esto. —Nora sostuvo en alto el e-mail del agente—. ¿Hasta qué punto estás seguro?

—¿De qué? ¿De que puedo hacerlo? Bastante seguro. Casi del todo. Es decir, si dispusiera de tiempo. En cuanto al resto... —Se encogió de hombros—. Está ahí, por escrito, bien claro. Sin garantías.

Con la contratación en suspenso a todos los efectos en los colegios de la ciudad, las sustituciones eran lo mejor que Chad podía conseguir. Figuraba en todas las listas del sistema docente, pero no había ningún puesto a jornada completa en la enseñanza para cuarto o quinto curso en el futuro inmediato. Y aun cuando esa posibilidad se abriera, el salario no sería muy superior sino solo más estable... Como sustituto, a veces pasaba semanas en el dique seco.

Dos años atrás, el período de desempleo se prolongó tres meses y estuvieron a punto de perder el apartamento. Fue entonces cuando comenzaron los problemas con las tarjetas de crédito.

Por pura desesperación, y por la necesidad de llenar las horas vacías mientras Nora cuidaba del reverendo Winston, Chad había empezado a escribir un libro que había titulado: *Vivir con los animales: la vida de un maestro sustituto en cuatro colegios de la ciudad*. Las palabras no acudían con facilidad, y algunos días no acudían en absoluto, pero para cuando lo llamaron del St. Saviour para dar clases en segundo (el señor Cardelli se había roto una pierna en un accidente de tráfico), tenía

ya tres capítulos acabados. Nora recibía las páginas con una sonrisa de preocupación. Ninguna mujer quiere verse en la tesitura de decir al hombre de su vida que está perdiendo el tiempo.

No lo perdía. Sus historias sobre la vida de un maestro sustituto eran tiernas, graciosas y a menudo conmovedoras, mucho más interesantes que cualquiera de las cosas que ella le había oído contar durante las cenas o mientras yacían juntos en la cama.

La mayor parte de sus propuestas a los agentes no recibió respuesta. Unos cuantos tuvieron la gentileza de mandarle una nota de «Lo siento, pero lo tengo todo cubierto». Finalmente encontró a uno que por lo menos estaba dispuesto a echar un vistazo a las ochenta páginas que había conseguido arrancar a su viejo y renqueante portátil Dell.

El nombre del agente tenía ciertas resonancias circenses: Edward Ringling. Su respuesta a las páginas de Chad abundaban en elogios y escaseaban en promesas. «Tal vez podría conseguirle un contrato basado en esto y una sinopsis del resto — había escrito Ringling —, pero el anticipo sería muy bajo, probablemente muy inferior a sus actuales ingresos en la docencia, y podría verse en una situación económica peor que la de ahora; delirante, lo sé, pero hoy día el mercado anda de capa caída.

»Yo le sugiero que termine otros siete u ocho capítulos, o si es posible el libro entero. Eso me permitiría sacarlo a subasta y conseguirle un contrato mucho mejor».

Tenía sentido, supuso Chad, si supervisabas el mundo literario desde una confortable oficina de Manhattan. No tanto si te pasabas la vida de barrio en barrio, a salto de mata, dando clases una semana aquí y tres días allá, procurando no retrasarte en el pago de las facturas. La carta de Ringling había llegado en mayo. Ahora corría el mes de septiembre, y aunque Chad había tenido un verano relativamente bueno en lo que se refería a clases (*Dios protege a los simples*, pensaba a veces), no había añadido una sola página al manuscrito. No era pereza; dar clases, incluso cuando eran solo sustituciones, era como tener unos cables de arranque conectados a alguna parte esencial del cerebro. Estaba bien que los alumnos pudieran extraer energía eléctrica de esa parte, pero después era muy poco lo que quedaba. Muchas noches descubría que lo más creativo que podía hacer era leer unos cuantos capítulos de la última novela de Linwood Barclay.

Eso tal vez podría cambiar si pasara otros dos o tres meses sin trabajo... solo que vivir unos meses solo del salario de su mujer los llevaría a la ruina. Además, la ansiedad no era de gran ayuda a la hora de acometer esfuerzos literarios.

—¿Cuánto tardarías en acabarlo? —preguntó Nora—. Si escribieras a jornada completa.

Chad sacó el paquete de tabaco y encendió un cigarrillo. Sintió el poderoso impulso de dar una respuesta en exceso optimista, pero se contuvo. Ignoraba adónde quería ir a parar Nora, pero merecía la verdad.

—Ocho meses como mínimo. Más bien un año, seguramente.

—¿Y cuánto dinero crees que representaría si el señor Ringling organizara una subasta y la gente de verdad se interesara?

Ringling no había dado cifras, pero Chad se había documentado.

—El anticipo rondaría los cien mil, calculo.

Empezar de cero en Vermont, ese era el plan. De eso hablaban en la cama. Un pueblo pequeño, quizá en la zona de Northeast Kingdom. Ella podía buscar trabajo en el hospital local o conseguir otro paciente particular; él podía encontrar empleo en la docencia a jornada completa. O tal vez escribir otro libro.

—Nora, ¿a qué viene esto?

—Me da miedo decírtelo —contestó ella—, pero te lo diré. Sea un disparate o no, te lo diré, porque la cifra que Winnie ha dado estaba muy por encima de los cien mil. Solo una cosa: no voy a dejar mi empleo. Winnie ha dicho que podía conservarlo al margen de lo que decidamos, y *necesitamos* ese empleo.

Él cogió el cenicero de aluminio que guardaba encajado bajo el alféizar y apagó la colilla en él. Luego le cogió la mano.

—Cuéntamelo.

Chad la escuchó con asombro, pero no con incredulidad. En cierto modo deseó poder no creerla, pero le fue imposible.

Si le hubiesen preguntado antes de aquel día, Nora habría dicho que apenas conocía al reverendo George Winston y que él no sabía casi nada de ella. A la luz de su propuesta, Nora tomó conciencia de que en realidad ella le había contado muchas cosas. Le había hablado, para empezar, de sus penurias económicas. Para continuar, de la posibilidad de que, gracias al libro de Chad, acaso salieran de esa situación.

¿Y qué sabía ella en realidad de Winnie? Que había sido soltero toda su vida, que tres años después de jubilarse del servicio en la Segunda Iglesia Presbiteriana de Park Slope (en cuyo hoja parroquial figuraba aún como «pastor emérito») había sufrido un ictus como consecuencia del cual quedó parcialmente paralizado del lado derecho. Fue entonces cuando ella entró en su vida.

Ahora podía ir por su propio pie al cuarto de baño (y, en los días buenos, hasta su mecedora del porche delantero) con la ayuda de un aparato ortopédico de plástico que impedía que se le doblara la rodilla afectada. Y hablaba ya de manera inteligible, aunque en ocasiones padecía aún de lo que Nora llamaba «lengua adormilada». Nora había tenido experiencia previamente con víctimas de accidentes cerebrovasculares (esa era la razón por la que había obtenido el empleo), y valoraba enormemente lo mucho que él había evolucionado en poco tiempo.

Hasta el día de su descabellada propuesta, Nora no había caído nunca en la cuenta de que él tenía que ser rico..., aunque la casa donde vivía debería haber sido un indicio. Si algo había supuesto era que la casa era regalo de la parroquia y que la presencia remunerada de ella en su vida era más de lo mismo.

En el siglo anterior sus funciones se habrían descrito como «cuidados prácticos». Además de sus obligaciones clínicas, como darle sus pastillas y controlarle la tensión arterial, hacía las veces de fisioterapeuta. También era logopeda, masajista y, a veces —cuando él tenía alguna carta que escribir—, secretaria. Le hacía los recados y en ocasiones le leía. Tampoco se le caían los anillos por ocuparse de alguna que otra tarea doméstica los días que la señora Granger no iba. En esos días le preparaba sándwiches o tortillas para el almuerzo, y suponía que fue durante esos almuerzos cuando él le sonsacó los detalles de su vida, con tal cautela y despreocupación que ella ni se dio cuenta.

—Lo único que recuerdo haber dicho —explicó a Chad—, y probablemente solo porque él lo ha mencionado hoy, es que no vivíamos en la miseria absoluta, ni siquiera privados de toda comodidad..., que lo que me deprimía era el *temor* a que eso llegara a ocurrir.

Chad sonrió al oírla.

—A ti y a mí.

Esa mañana Winnie había rechazado tanto el baño con la esponja como el masaje. Le había pedido que, en lugar de eso, le pusiera el aparato y lo ayudara a ir a su despacho, que para él era una distancia relativamente larga, desde luego mucho mayor que la que los separaba de la mecedora del porche. Llegó hasta allí, pero cuando se dejó caer en la butaca detrás de su escritorio, tenía la cara roja y jadeaba. Ella le preparó un vaso de naranjada, no se dio mucha prisa para que él tuviera tiempo de recobrar el aliento. Cuando regresó, él se bebió medio vaso de un trago.

—Gracias, Nora. Ahora quiero hablar contigo. Muy seriamente.

Debió de percibir su recelo, porque sonrió y le quitó importancia con un gesto.

—No tiene nada que ver con tu trabajo. Lo conservarás en cualquier caso. Si túquieres. Si no, me encargaré de que tengas unas referencias inmejorables.

Era un detalle por su parte, pero no se encontraban muchos empleos como ese.

—Me está poniendo nerviosa, Winnie —dijo ella.

—Nora, ¿qué te parecería ganar doscientos mil dólares?

Ella lo miró boquiabierta. A ambos lados, altas estanterías repletas de libros elegantes los observaban con expresión ceñuda. Los ruidos de la calle llegaban amortiguados. Era como si estuvieran en otro país. Un país más tranquilo que Brooklyn.

—Si piensas que se trata de sexo, te aseguro que no. O al menos no lo creo; si uno mira bajo la superficie, y si uno ha leído a Freud, supongo que puede decirse que cualquier acto aberrante tiene un fundamento sexual. Personalmente, no sé qué decir. No estudio a Freud desde el seminario, e incluso entonces mi lectura fue superficial. Freud me resultaba ofensivo. Parecía afirmar que todo asomo de profundidad en la naturaleza humana era mera ilusión. Parecía decir: *Lo que consideráis un pozo artesiano es en realidad un charco*. Me permito discrepar. La naturaleza humana no tiene fondo. Es tan honda y misteriosa como la mente de Dios.

Nora se puso en pie.

—Con todos los respetos, no sé hasta qué punto creo en Dios. Y no sé hasta qué punto me interesa siquiera oír esa propuesta.

—Pero si no me escuchas, no te enterarás. Y nunca saldrás de dudas.

Nora se quedó mirándolo sin saber qué hacer o decir. Lo que pensó fue: *Ese escritorio detrás del que está sentado debe de haber costado miles*. Era la primera vez que pensaba realmente en él en relación con el dinero.

—Doscientos mil en efectivo es lo que ofrezco. Suficiente para pagar todas las facturas pendientes; suficiente para permitirle a tu marido terminar su libro; suficiente, quizás, para empezar una nueva vida..., ¿era en Vermont?

—Sí. —Pensando: *Si sabes eso, has estado escuchando con mucha más atención que yo.*

—Además, no es necesario que Hacienda se entere. —Tenía las facciones alargadas y el cabello blanco y lanoso. Un rostro ovino, había pensado siempre ella, hasta ese día—. Es lo bueno que tiene el dinero en efectivo, y si entra despacio en el movimiento de nuestras cuentas no causa problemas. Por otro lado, en cuanto el libro de tu marido se venda y os establezcáis en Nueva Inglaterra, no será necesario que volvamos a vernos. —Guardó silencio por un momento—. Aunque si decides no quedarte, dudo que mi próxima enfermera sea la mitad de competente de lo que has demostrado ser tú. Siéntate, por favor. A este paso va a darmel torticolis.

Ella hizo lo que le pedía. Fue la idea de los doscientos mil dólares en efectivo lo que la obligó a permanecer en el despacho. Descubrió que podía representárselo realmente: un sobre marrón acolchado a rebosar de billetes. O quizás hacían falta dos sobres para una cantidad así.

Supongo que dependerá del valor de los billetes, pensó.

—Déjame hablar un rato —dijo él—. En realidad hasta ahora apenas he hablado, ¿verdad? Sobre todo he escuchado. Ahora te toca escuchar a ti, Nora. ¿Estás dispuesta?

—Supongo. —Sentía curiosidad. Imaginaba que cualquiera la sentiría en su caso—. ¿A quién quiere que mate?

Era una broma, pero tan pronto como las palabras salieron de su boca temió que realmente se tratara de eso. Porque no sonaba a broma. Del mismo modo que los ojos en su alargado rostro ovino no parecían ya los ojos de una oveja.

Para su alivio, Winnie se echó a reír. Luego dijo:

—Nada de asesinatos, querida. No hará falta llegar tan lejos.

Entonces habló, como no había hablado nunca antes. Posiblemente con nadie.

—Me crie en el seno de una familia rica de Long Island; a mi padre le fueron bien las cosas en la bolsa. Era una familia religiosa, y cuando anuncié a mis padres que sentía la llamada al sacerdocio, no se armó el menor revuelo en cuanto al negocio

familiar. Muy al contrario, fue para ellos una gran satisfacción. Sobre todo para mi madre. Casi todas las madres se alegran, creo yo, cuando sus hijos descubren una vocación con uve mayúscula.

»Estudié en un seminario del norte del estado de Nueva York y luego me destinaron, como pastor adjunto, a una iglesia de Idaho. No me faltaba de nada. Los presbiterianos no hacen voto de pobreza, y mis padres procuraron que yo no tuviese que vivir como si lo hubiese hecho. Mi padre solo vivió cinco años más que mi madre, y cuando falleció, heredé mucho dinero, principalmente en bonos y acciones sólidas. A lo largo de los años he convertido en dinero una pequeña parte de eso, poco a poco. No por tener un colchón, ya que eso nunca lo he necesitado, sino para un posible capricho. Lo tengo en una caja de seguridad en un banco de Manhattan, y es ese dinero lo que te ofrezco, Nora. Puede que en realidad se acerque más a los doscientos cuarenta mil, pero no discutiremos por un dólar arriba o abajo, ¿verdad que no?

»Durante unos años, antes de volver a Brooklyn y a la Segunda Iglesia Presbiteriana, pasé un tiempo tierra adentro. Una vez aquí, después de cinco años como adjunto, me convertí en pastor titular. Serví como tal, de manera intachable hasta 2006. Mi vida de servicio no ha tenido nada de excepcional, lo digo sin orgullo ni vergüenza. He animado a mi parroquia a socorrer a los pobres, tanto los de países lejanos como los de esta comunidad. El centro de acogida de Alcohólicos Anónimos del barrio fue idea mía, y ha ayudado a cientos de adictos y alcohólicos que sufrían. Di consuelo a los enfermos y enterré a los muertos. Más jubilosamente, oficié en un millar de bodas como mínimo, e inauguré un fondo de ayudas para la educación gracias al cual han ido a la universidad muchos jóvenes que, de lo contrario, no habrían podido permitírselo. Una de nuestras becas ganó el Premio Nacional de Literatura en 1999.

»Y lo único que lamento es esto: en toda mi vida nunca he cometido ninguno de los pecados sobre los que en el transcurso de los años he prevenido a mis sucesivas greyes. No soy un hombre lujurioso, y como nunca me he casado, nunca he tenido la oportunidad de cometer adulterio. No soy glotón por naturaleza, y aunque me gustan las cosas bonitas, nunca he sido codicioso. ¿Por qué iba a serlo si mi padre me dejó quince millones de dólares? He trabajado con ahínco, he mantenido a raya el mal genio, no he envidiado a nadie, excepto quizá a la Madre Teresa, y poco me he enorgullecido de las posesiones o el cargo.

»No afirmo que esté *libre* de pecado. Ni mucho menos. Aquellos que pueden decir (y supongo que hay unos cuantos) que nunca han pecado de palabra u obra, difícilmente pueden decir que nunca han pecado de pensamiento, ¿no es así? La iglesia abarca todos los resquicios. Mostramos el cielo, y luego inculcamos a la gente que no existe la menor esperanza de alcanzarlo sin nuestra ayuda... porque nadie está libre de pecado, y el pecado se paga con la muerte.

»Supongo que hablando así parezco un hombre sin fe, pero, criado como me crie,

la falta de fe es para mí tan imposible como la levitación. Aun así, entiendo la naturaleza engañosa del acuerdo, y las trampas psicológicas a las que recurren los creyentes para asegurarse la prosperidad de esas creencias. El vistoso gorro del Papa no se lo confirió Dios, sino los hombres que pagaban un chantaje teológico.

»Veo tu nerviosismo, así que iré al grano. Deseo cometer un pecado importante antes de morir. Un pecado no de pensamiento o palabra, sino de obra. Es algo que me rondaba por la cabeza, me rondaba cada vez más, antes del ictus, pero lo consideré una fiebre pasajera. Ahora veo que no es pasajera, porque la idea ha estado más presente que nunca durante los tres últimos años. Pero, me pregunto, ¿puede cometer un gran pecado un viejo inmovilizado en una silla de ruedas? Seguramente muy grande no, al menos sin que lo descubran, y yo preferiría que no me descubrieran. Asuntos tan serios como el pecado y el perdón deberían quedar entre el hombre y Dios.

»Al oírte hablar del libro de tu marido y vuestra situación económica, se me ha ocurrido que podría pecar por poderes. De hecho, podría duplicar mi coeficiente de pecado, por así decirlo, convirtiéndote en mi cómplice.

Nora habló con la boca seca.

—Creo en las malas obras, Winnie, pero no creo en el pecado.

Él sonrió. Era una sonrisa benévola. También desagradable: labios de oveja, dientes de lobo.

—Eso me parece bien. Pero el pecado sí cree en ti.

—Entiendo que usted lo piense... pero entonces ¿por qué? ¡Eso es *perverso*!

Ensanchó la sonrisa.

—¡Sí! ¡Por eso! Quiero saber qué siento al hacer algo totalmente opuesto a mi naturaleza. Al necesitar el perdón por la obra y *no solo* por la obra. ¿Sabes cómo se duplica un pecado, Nora?

—No. No voy a la iglesia.

—El pecado se duplica cuando uno se dice a sí mismo: *Haré esto porque sé que una vez lo haya hecho puedo suplicar perdón*. Se dice que puede estar en misa y repicando. Quiero saber qué se siente cuando uno se hunde así en el pecado. No quiero vadear; quiero sumergirme hasta la cabeza.

—¡Y llevarme a mí con usted! —exclamó ella con auténtica indignación.

—Ah, pero tú no crees en el pecado, Nora. Acabas de decirlo. Desde tu punto de vista, lo único que yo quiero es que te ensucies un poco. Y te arriesgues a que te detengan, supongo, aunque el riesgo debería ser casi nulo. Por eso, te pagaré doscientos mil dólares. *Más* de doscientos mil.

Nora sintió un hormigueo en la cara y las manos, como si acabara de volver de un largo paseo en un día frío. No accedería, claro que no. Lo que haría sería salir de esa casa y respirar aire fresco. No dejaría el trabajo, o al menos no inmediatamente, porque lo necesitaba, pero sí saldría de allí. Y si Winnie la despedía por abandonar su puesto, allá él. Pero antes quería oír el resto. No reconocería para sí que se sentía

tentada, pero ¿sentía curiosidad? Sí, eso lo admitía.

—¿Qué quiere que haga?

Chad había encendido otro cigarrillo. Ella le hizo una seña con los dedos.

—Dame una calada de ese.

—Norrie, no fumas desde hace cinco...

—Dame una calada, he dicho.

Él le pasó el cigarrillo. Nora aspiró hondo y expulsó el humo entre toses. A continuación se lo contó.

Aquella noche yació en vela hasta altas horas, convencida de que él dormía, ¿y por qué no? La decisión estaba tomada. Diría a Winnie que no y que no volviera a mencionarlo. Una vez tomada la decisión, viene el sueño.

Sin embargo, no se sorprendió del todo cuando él se volvió y dijo:

—No puedo dejar de darle vueltas.

Tampoco Nora podía.

—Yo lo haría, ¿sabes? Por nosotros. Si...

Estaban cara a cara, a unos centímetros de distancia. Tan cerca que cada uno saboreaba el aliento del otro. Eran las dos de la madrugada.

Hora de la conspiración donde las haya, pensó ella.

—¿Si?

—Si no pensara que contaminaría nuestra vida. Ciertas manchas nunca se van.

—Es una pregunta irrelevante, Nor. Ya lo hemos decidido. Haces de Sarah Palin, y le dices gracias pero nada de gracias por ese puente a ninguna parte. Ya encontraré la manera de acabar el libro sin la extraña idea de subvención que tiene ese hombre.

—¿Cuándo? ¿En tu próxima excedencia no remunerada? Lo dudo.

—Está decidido. Es un viejo loco. Punto. —Se apartó de ella.

Se impuso el silencio. En el piso de arriba, la señora Reston —cuyo retrato aparecía en el diccionario junto a la palabra *insomnio*— se paseaba de aquí para allá. En algún sitio, quizá en lo más hondo y oscuro de Gowanus, ululó una sirena.

Pasaron quince minutos hasta que Chad habló a la mesilla de noche y el reloj digital, que ahora marcaba las **2.17**.

—Además, tendríamos que fiarnos de él en cuanto al dinero, y uno no puede fiarse de un hombre al que la única ambición que le queda en la vida es cometer un pecado.

—Pero yo **sí** confío en él —dijo ella—. Es en mí en quien no confío. Duérmete, Chad. Este asunto está zanjado.

—De acuerdo —respondió él—. Entendido.

El reloj marcaba las **2.26** cuando ella dijo:

—Podría hacerse. De eso estoy segura. Podría teñirme el pelo de otro color. Ponerme un sombrero. Gafas de sol, por supuesto. Lo cual implicaría que tendría que ser en un día despejado. Y tendría que haber una vía de huida.

—¿En serio estás...?

—¡No lo sé! ¡Doscientos mil dólares! Tendría que trabajar casi tres años para ganar ese dinero, y después de que el estado y los bancos metieran mano, no quedaría casi nada. Ya sabemos cómo funciona.

Nora guardó silencio por un momento, con la mirada fija en el techo sobre el que la señora Reston recorría kilómetros lentamente.

—¡Y el seguro! —prorrumpió ella—. ¿Sabes qué tenemos asegurado? ¡Nada!

—Tenemos un seguro.

—Bueno, *casi* nada. ¿Y si te atropellara un coche? ¿Y si a mí me saliera un quiste ovárico?

—La cobertura no está mal.

—Eso es lo que dice todo el mundo, ¡pero lo que sabe todo el mundo es que a la hora de la verdad, te joden! Con esto sí tendríamos seguridad. Eso es lo que me repito una y otra vez. *Tendríamos... seguridad!*

—Pero, al lado de esos doscientos mil dólares, mis expectativas económicas con el libro se quedan en poca cosa, ¿no te parece? ¿Por qué molestarse siquiera?

—Porque esto ocurriría una vez en la vida. Y el libro sería un asunto *limpio*.

—¿*Limpio*? ¿Crees que después de eso el libro seguiría siendo algo *limpio*? —Se dio la vuelta y se puso de cara a ella. Una parte de él se había endurecido, así que quizás parte de aquello sí tenía que ver con el sexo. Al menos por lo que atañía a ellos.

—¿Crees que alguna vez volveré a tener un trabajo como este con Winnie? —Estaba colérica, aunque no sabía si con él o consigo misma. Ni le importaba—. En diciembre cumpliré los treinta y seis. El día de mi cumpleaños me llevarás a cenar y al cabo de una semana recibiré mi verdadero regalo: un aviso de vencimiento de la última letra del coche.

—¿Me culpas por...?

—No. Ni siquiera culpo al sistema que nos tiene, a nosotros y a todos los que son como nosotros, con el agua al cuello. La culpa es contraproducente. Y le he dicho a Winnie la verdad: no creo en el pecado. Pero tampoco quiero ir a la cárcel. —Nota que se le llenan los ojos de lágrimas—. Tampoco quiero hacer daño a nadie. Y menos...

—No vas a hacerlo.

Chad hizo ademán de volverse, pero ella lo sujetó por el hombro.

—Si lo hicieramos..., si yo lo hiciera..., podríamos no hablar nunca de ello después. Ni una sola vez.

—No.

Ella alargó el brazo hacia él. En los matrimonios los tratos se cerraban con algo más que un apretón de manos. Los dos lo sabían.

El reloj marcaba las **2.58**, y Chad estaba a punto de quedarse dormido cuando ella dijo:

—¿Conoces a alguien que tenga una videocámara? Porque él quiere...

—Sí —contestó él—. Charlie Green.

Después, silencio. Salvo por la señora Reston, que iba de aquí para allá lentamente por encima de ellos. Nora —medio en sueños— imaginó a la señora Reston con un podómetro prendido de la cinturilla del pantalón del pijama. La señora Reston recorriendo pacientemente todos los kilómetros que la separaban del amanecer.

Nora se durmió.

Al día siguiente, en el despacho de Winnie.

—¿Y bien? —preguntó él.

Su madre nunca había frecuentado la iglesia, pero Nora iba de colonias con la parroquia todos los veranos, y se lo pasaba bien. Había juegos y canciones e historias contadas mediante un franelógrafo. Y en ese momento acudió a su cabeza una de aquellas historias. No la recordaba desde hacía años.

—¿No tendría que hacerle mucho daño a..., ya me entiende, a la persona... para conseguir el dinero? —dijo—. Quiero que eso quede muy claro.

—No, pero espero ver sangre. *Eso* tiene que quedar muy claro. Quiero que le pegues con el puño, pero un corte en un labio o una hemorragia nasal bastará.

En una de las historias de las colonias con la parroquia, el maestro adhería una montaña al franelógrafo. Luego añadía a Jesús y a un individuo con cuernos. El maestro explicaba que el diablo había llevado a Jesús a lo alto de la montaña y le había mostrado todas las ciudades de la tierra. *En esas ciudades puedes tenerlo todo*, decía el diablo. *Todos los tesoros. Lo único que has de hacer es postrarte y venerarme.* Pero Jesús no era hombre que se arrodillara así como así. Contestó: *Quítate de mi vista, Satanás.*

—¿Y bien? —volvió a preguntar él.

—Pecado —dijo ella en actitud pensativa—. Eso es lo que tiene en la cabeza.

—El pecado por el pecado. Planeado y ejecutado con toda intención. ¿Te resulta sugerente la idea?

—No —respondió ella, y alzó la vista hacia las estanterías que los observaban con expresión ceñuda.

Winnie dejó pasar un momento y finalmente preguntó por tercera vez:

—¿Y bien?

—Si me atrapan, ¿recibiré el dinero igualmente?

—Si cumples tu parte del acuerdo... y no me incriminas, claro está, lo recibirás, eso no lo dudes. E incluso si te atrapan, como mucho tendrías que cumplir la pena

en libertad condicional.

—Y someterme a un examen psiquiátrico por orden judicial —añadió ella—. Cosa que probablemente necesite por el mero hecho de plantearme esto.

—Si sigues por el camino por el que ahora vas, querida —dijo Winnie—, necesitarás un consejero matrimonial, como mínimo. En mis años de ministerio asesoré a muchas parejas, y si bien los problemas de dinero no eran siempre la raíz de sus males, sí lo eran en la mayoría de los casos. Y lo eran *exclusivamente*.

—Gracias por hacerme partícipe de su experiencia, Winnie.

Él no respondió.

—Está loco, y lo sabe.

Él siguió sin responder.

Nora mantuvo por un momento más la mirada en los libros. Eran en su mayor parte de religión. Finalmente posó los ojos en los de él.

—Si lo hago y me jode, se arrepentirá.

Él no exteriorizó la menor turbación ante ese vocabulario.

—Respetaré mi compromiso. De eso puedes estar segura.

—Ya habla casi perfectamente. Sin apenas un ceceo, salvo cuando está cansado.

Él se encogió de hombros.

—A fuerza de estar conmigo, tu oído se ha acostumbrado. Es como aprender a entender una nueva lengua, supongo.

Nora volvió a fijar la mirada en los libros. Uno de ellos se titulaba *El problema del bien y el mal*. Otro, *El fundamento de la moral*. Este era grueso. En el vestíbulo se oía el acompasado tic tac de un viejo reloj de péndulo. Por fin él repitió:

—¿Y bien?

—¿Plantearme una cosa así no es pecado suficiente para satisfacerte? Nos estás tentando a los dos, y los dos contemplamos la posibilidad de la tentación. ¿No basta con eso?

—Eso es solo pecado de pensamiento y de palabra. No satisfará mi curiosidad.

El tic tac del reloj seguía sonando. Sin volverse a mirar a Winnie, Nora advirtió:

—Si dice «¿Y bien?» una vez más, me marcho.

Él no dijo «¿Y bien?» ni ninguna otra cosa. Nora se miró las manos, que se retorcía sobre el regazo. Lo más horroroso de todo: parte de ella aún sentía curiosidad. No por lo que él deseaba —eso ya estaba claro como el agua—, sino por lo que deseaba ella.

Finalmente Nora alzó la vista y dio su respuesta.

—Excelente —dijo él.

Tomada la decisión, ninguno de los dos quería que la acción en sí flotara sobre su cabeza; proyectaba una sombra demasiado grande. Eligieron el Forest Park, en Queens. Chad pidió la videocámara a Charlee Green y aprendió a usarla. Fueron al

parque dos veces (en días lluviosos, cuando estaba prácticamente vacío), y Chad grabó la zona escogida. Durante ese período hubo mucho sexo: sexo nervioso, sexo a trompicones, como el de dos adolescentes en el asiento trasero de un coche, pero en general sexo satisfactorio. O al menos intenso. Nora advirtió que sus otros apetitos principales menguaban. En los diez días transcurridos entre su acuerdo y la mañana en que ella ejecutaría su parte del trato, perdió cuatro kilos. Chad dijo que empezaba a parecer otra vez una universitaria.

Un día soleado de principios de octubre Chad aparcó su viejo Ford en Jewel Avenue. A su lado, Nora, con el pelo teñido de rojo y suelto sobre los hombros, vestida con una falda larga y una fea blusa marrón, no se parecía en nada a la Nora de siempre. Llevaba gafas de sol y una gorra de los Mets. Se la veía relativamente serena, pero cuando él tendió la mano para tocarla, ella lo rehuyó.

—Nor, vam...

—¿Tienes dinero para el taxi?

—Sí.

—¿Y una bolsa donde guardar la videocámara?

—Sí, claro.

—Pues dame las llaves del coche. Nos veremos en casa.

—¿Seguro que podrás conducir? Porque la reacción a algo así...

—Estaré perfectamente. Dame las llaves. Espera aquí quince minutos. Si algo va mal..., si *presiento* siquiera que algo va mal..., volveré. Si no, ve al sitio que elegimos. ¿Lo recuerdas?

—¡Claro que lo recuerdo!

Nora sonrió, o al menos le enseñó los dientes y los hoyuelos.

—Esa es la actitud —dijo, y se marchó.

Fueron quince minutos insufriblemente largos, pero Chad esperó hasta el final. Pasaron chicos en ruidosas motos, todos con cascos achatados. Desfilaron mujeres a pares, muchas con bolsas de tiendas. Vio a una anciana cruzar trabajosamente la avenida y por un momento tuvo la irreal impresión de que era la señora Reston, pero salió de su error cuando pasó por delante de él. Era mucho mayor que la señora Reston. Cuando ya habían transcurrido casi los quince minutos, pensó —con suma cordura y racionalidad— que podía poner fin a aquello marchándose en el coche. En el parque, Nora miraría alrededor y no lo vería. Sería ella quien volvería en taxi a Brooklyn. Y cuando llegara a casa, daría las gracias a Chad. Diría: *Me has salvado de mí misma*.

¿Y después? Un mes libre. Sin sustituciones. Centraría todos sus recursos en terminar el libro. Se liaría la manta a la cabeza.

Pero se apeó y se encaminó hacia el parque con la videocámara de Charlie en la mano. En el bolsillo de la cazadora llevaba la bolsa de papel donde la guardaría

después. Verificó tres veces que el piloto verde estaba encendido. Menudo horror sería pasar por todo aquello y descubrir que no había puesto la cámara en marcha. O que no había retirado la tapa del objetivo.

Volvió a comprobar también esto último.

Nora estaba sentada en un banco del parque. Cuando lo vio, se apartó el pelo del lado izquierdo de la cara. Esa era la señal. Era el aviso para la acción.

A su espalda había una zona de juegos infantiles: columpios, un carrusel, subibajas, balancines de muelles en forma de caballo, esas cosas. A esa hora solo había unos cuantos niños jugando. Las madres, en un corillo en el extremo opuesto, charlaban y reían sin prestar mucha atención a los niños.

Nora se levantó del banco.

Doscientos mil dólares, pensó Chad, y se colocó la cámara ante el ojo. En cuanto la tuvo en marcha, se tranquilizó.

Lo filmó como un profesional.

II

Ya en su edificio, Chad corrió escalera arriba. Tenía la certeza de que Nora no estaría allí. La había visto salir huyendo, y las madres, congregadas en torno al niño elegido —varón, de unos cuatro años—, apenas se habían fijado en ella. Aun así, tenía la certeza de que no la encontraría allí y recibiría una llamada para avisarlo de que su mujer estaba en la comisaría, donde se había venido abajo y lo había contado todo, incluida la participación de él. Y, peor aún, la participación de Winnie, con lo que aquello no habría servido para nada.

Le temblaba la mano de tal modo que era incapaz de introducir la llave en el ojo de la cerradura; chocaba contra el embellecedor con un repiqueteo demencial, sin acercarse siquiera. Se disponía a dejar en el suelo la bolsa de papel (ya muy arrugada) con la videocámara para poder mantener firme la mano derecha con ayuda de la izquierda cuando la puerta se abrió.

Nora vestía unos vaqueros recortados y un top sin mangas, la ropa que antes llevaba bajo la falda larga y la blusa. El plan era que se cambiara en el coche, antes de ponerse en marcha. Aseguró que podría hacerlo en un santiamén, y por lo visto así había sido.

Chad la rodeó con los brazos y la estrechó con tal vehemencia que oyó el golpe de sus cuerpos; no precisamente un abrazo romántico.

Nora lo toleró por un momento y luego dijo:

—Entra. No te quedes en el rellano. —En cuanto la puerta al mundo exterior estuvo cerrada, añadió—: ¿Lo has grabado? Dime que sí. Llevo aquí casi media hora, paseándome como la señora Reston por las noches..., la señora Reston acelerada,

claro está..., preguntándome...

—Yo también estaba preocupado. —Chad se apartó el pelo de la frente, donde se notaba la piel enfebrecida—. Norrie, estaba *muerto* de miedo.

Ella le arrancó la bolsa de las manos, escrutó el interior y lanzó una mirada furibunda a Chad. Se había deshecho de las gafas de sol. Sus ojos azules abrasaban.

—*Dime que lo has grabado.*

—Sí. O sea, eso creo. *Por fuerza.* Todavía no lo he comprobado.

La mirada de Nora se encendió aún más. Chad pensó: *Cuidado, Nor, te van a arder los globos oculares si sigues así.*

—Más te vale. Más te vale. Cuando no estaba paseándose, estaba en el baño. No paró de tener *retortijones*...

Se acercó a la ventana y miró fuera. Chad se acercó a ella, temeroso de que supiera algo que él desconocía. Pero solo vio los habituales transeúntes de aquí para allá.

Nora se volvió de nuevo hacia él, y esta vez lo agarró por los brazos. Tenía las manos frías como el hielo.

—¿Cómo está? El niño. ¿Has visto si estaba bien?

—Está perfectamente —contestó Chad.

—¿Mientes? —Le gritaba a la cara—. ¡Ni se te ocurra! *¿Estaba bien?*

—Perfectamente. Se ha levantado incluso antes de que las madres llegaran hasta él. Berreaba, pero yo salí mucho peor parado cuando a la edad de ese niño un columpio me sacudió detrás de la cabeza. Tuvieron que llevarme a urgencias y me dieron cinco pun...

—Le he pegado mucho más fuerte de lo que pretendía. Temía que si reprimía el puñetazo..., si Winnie *veía* que lo reprimía..., no pagase. Y la *adrenalina*... ¡Dios santo! ¡Lo raro es que no le haya arrancado la cabeza al pobre niño! ¿Por qué lo he hecho? —Pero no lloraba, ni parecía sentir remordimientos. Parecía colérica—. ¿Por qué me lo has *permitido*?

—Yo no...

—¿*Seguro* que está bien? ¿De verdad lo has visto levantarse? Porque le he pegado mucho más fuerte de lo que... —Giró sobre los talones, se acercó a la pared, la golpeó con la frente y se volvió—. ¡He entrado en la zona de juegos y le he dado un puñetazo en plena boca a un niño de cuatro años! ¡Por *dinero*!

Chad tuvo un momento de inspiración.

—Creo que ha quedado grabado. El instante en que el niño se levanta, quiero decir. Lo verás con tus propios ojos.

Ella cruzó de nuevo la sala como un rayo.

—¡Ponlo en la tele! ¡Quiero verlo!

Chad conectó el cable VSS que Charlie le había dado. Luego, tras ciertas vacilaciones, reprodujo la cinta por el televisor. En efecto había captado el momento en que el niño se ponía en pie, justo antes de apagar la cámara y marcharse. El

pequeño parecía atónito, y por supuesto lloraba, pero por lo demás se lo veía bien. Le sangraban mucho los labios, pero la nariz solo un poco. Chad pensó que quizás la hemorragia de la nariz se debiera a la caída.

No peor que cualquier accidente menor en un parque, pensó. Todos los días se producen a miles.

—¿Lo ves? —preguntó—. Está bi...

—Ponlo otra vez.

Chad lo hizo. Y cuando ella le pidió que lo pusiera una tercera vez, y una cuarta, y una quinta, también lo hizo. Llegado un punto, tomó conciencia de que ella ya no miraba para ver levantarse al niño. Tampoco él. Lo miraban desplomarse. Y miraban el puñetazo. El puñetazo propinado por la pelirroja demente de las gafas de sol. La que se acercó y cumplió su misión y salió disparada como si tuviera alas en las zapatillas.

—Me parece que le he saltado un diente —comentó Nora.

Él se encogió de hombros.

—Buena noticia para el Ratoncito Pérez.

Después de ver el vídeo por quinta vez, ella dijo:

—Quiero quitarme el tinte rojo del pelo. Es horrible.

—Vale...

—Pero primero tómame en el dormitorio. No hables. Solo hazlo.

Ella le pidió una y otra vez que arremetiera con más fuerza, casi fustigándolo a golpes de cadera, como si pretendiera descabalgarlo. Pero no conseguía llegar.

—Pégame —dijo Nora.

Él obedeció. Había rebasado los límites de la racionalidad.

—Puedes hacerlo mejor. ¡Pégame, joder!

Él le pegó más fuerte. Le partió el labio inferior. Ella se embadurnó los dedos de sangre. Entonces se corrió.

—Enséñamelo —dijo Winnie.

Era al día siguiente. Estaban en el despacho de él.

—Enséñeme usted el dinero. —Una frase famosa. Solo que Nora no recordaba de dónde.

—En cuánto vea el vídeo.

La cámara seguía en la bolsa arrugada. Nora la sacó, junto con el cable. Winnie tenía un televisor pequeño en el despacho, y ella conectó el cable. Pulsó el botón de reproducción, y vieron a la mujer con la gorra de los Mets sentada en el banco del parque. Detrás de ella jugaban unos niños. Detrás de estos, las madres hablaban de bobadas de madres: envoltura corporal, obras de teatro que habían visto o iban a ver,

el coche nuevo, las próximas vacaciones. Bla bla bla.

La mujer se levantó del banco. La imagen se acercó a trompicones. Tembló un poco y enseguida se stabilizó.

Fue ahí donde Nora pulsó el botón de pausa. Eso había sido idea de Chad, y ella había estado de acuerdo. Confiaba en Winnie, pero solo hasta cierto punto.

—Quiero ver el dinero.

Winnie sacó una llave del bolsillo de la chaqueta de punto que llevaba. La utilizó para abrir el cajón central de su escritorio, pasándosela a la mano izquierda al ver que la derecha, parcialmente paralizada, no lo obedecía.

Resultó que no era un sobre. Era una caja de Federal Express de tamaño medio. Nora miró dentro y vio fajos de billetes de cien, cada uno sujeto con su goma elástica.

—Está todo ahí, más un extra —aseguró él.

—De acuerdo. Mire lo que ha comprado. Solo tiene que apretar el botón de reproducción. Yo esperaré en la cocina.

—¿No quieres verlo conmigo?

—No.

—¿Nora? Parece que tú misma has tenido un pequeño accidente. —Se tocó la comisura de los labios, el lado que todavía apuntaba un poco hacia abajo.

¿Había pensado Nora que tenía cara de oveja? Qué estúpida había sido. Qué *ciega* había estado. Tampoco era una cara de lobo, en realidad no. Era algo intermedio. Cara de perro, quizá. Esos perros que muerden y luego huyen.

—Tropecé con una puerta —mintió ella.

—Ya.

—De acuerdo, lo veré con usted —dijo Nora, y se sentó. Pulsó ella misma el botón.

Vieron el vídeo dos veces, en absoluto silencio. El tiempo de grabación era de unos treinta segundos. Eso equivalía a unos seiscientos sesenta dólares por segundo. Nora lo había calculado mientras Chad y ella veían las imágenes.

Después de la segunda vez, él apagó el aparato. Ella le enseñó cómo extraer la pequeña cinta.

—Esto es suyo. La cámara hay que devolvérsela a la persona que se la prestó a mi marido.

—Entiendo. —Le brillaban los ojos. Al parecer había obtenido realmente aquello por lo que había pagado. Aquello que quería. Increíble—. Encargaré a la señora Granger que me compre una cámara para verlo en futuras ocasiones. O quizás prefieras ocuparte tú de ese encargo.

—Yo no. Hemos acabado.

—Ah. —Él no pareció sorprenderse—. De acuerdo. Pero... si me permites una sugerencia..., quizás te convenga encontrar otro trabajo. Para que nadie se extrañe de que esas facturas empiezan a pagarse a un ritmo más rápido. Pienso solo en tu bienestar, querida.

—No lo dudo. —Ella desconectó el cable y lo metió en la bolsa junto con la cámara.

—Y yo no me marcharía a Vernon demasiado pronto.

—No necesito sus consejos. Me siento sucia, y usted es la razón.

—Supongo que sí. Pero no te detendrán ni se enterará nadie. —Tenía la comisura derecha de los labios hacia abajo, y levantó la izquierda en lo que podía haber sido una sonrisa. El resultado fue una sinuosa S bajo la nariz aguileña. Aquel día hablaba con gran claridad. Ella recordaría ese detalle, y cavilaría al respecto. Era como si lo que él llamaba «pecado» hubiera tenido efectos terapéuticos—. Por cierto, Nora... ¿siempre es malo sentirse sucio?

Ella no supo qué contestar. Lo cual, supuso, era un respuesta en sí mismo.

—Solo lo preguntó —aclaró él— porque la segunda vez que has pasado la cinta no he observado las imágenes sino a ti.

Ella agarró la bolsa con la videocámara de Charlie Green y se dirigió hacia la puerta.

—Que le vaya bien la vida, Winnie. La próxima vez contrate un psicoterapeuta además de una enfermera. Su padre le dejó dinero de sobra para pagar las dos cosas. Y cuide de esa cinta. Por el bien de ambos.

—En esas imágenes no se te puede identificar, querida. Y aunque se pudiera, ¿a quién iba a importarle? —Se encogió de hombros—. Al fin y al cabo, no es una violación ni un asesinato.

Nora se detuvo en el umbral de la puerta. Deseaba marcharse pero sentía curiosidad. Aún sentía curiosidad.

—Winnie, ¿cómo saldará esto con su Dios? ¿Cuánto tendrá que rezar?

Él se rio.

—Si un pecador empedernido como Simón Pedro llegó a fundar la Iglesia católica, espero no tener muchos problemas.

—Sí, pero ¿se guardó Simón Pedro la cinta para verla en las noches frías de invierno?

Este comentario por fin lo obligó a callar, y Nora salió antes de que pudiera recobrar el habla. Fue una pequeña victoria, pero Nora se regodeó en ella.

Al cabo de una semana él la telefoneó a su casa y le dijo que con mucho gusto la aceptaría de nuevo en el puesto, al menos hasta que Chad y ella se marcharan a Vermont. No había contratado a otra persona, ni la contrataría si existía alguna posibilidad de que ella cambiara de idea.

—Te echo de menos, Nora.

Ella calló.

Él bajó la voz.

—Veríamos la cinta otra vez. ¿No te gustaría? ¿No te gustaría verla otra vez, una por lo menos?

—No —contestó Nora, y colgó.

Se encaminó hacia la cocina para preparar un té, pero sintió un vahído. Se sentó en el rincón de la sala de estar y agachó la cabeza en las rodillas en alto. Aguardó a que se le pasara el mareo. Al final se le pasó.

Consiguió otro trabajo: cuidar de la señora Reston. Eran solo veinte horas semanales, y la paga no tenía ni comparación con la que antes recibía como empleada del reverendo Winston, pero el dinero no era ya un problema, y el desplazamiento hasta su lugar de trabajo era fácil: un tramo de escalera. Y lo mejor de todo: la señora Reston, que tenía diabetes y ligeros problemas cardíacos, era una cabeza hueca encantadora. Sin embargo a veces —sobre todo durante sus interminables monólogos en relación con su difunto marido— Nora sentía el impulso de alargar el brazo y abofetearla.

Chad siguió en la lista de sustitutos, pero redujo el número de horas. Cada fin de semana reservó seis de esas horas recién halladas a trabajar en *Vivir con los animales*, y el número de páginas empezó a crecer.

Un par de veces se preguntó si las páginas de los fines de semana eran tan buenas —tan vívidas— como el texto anterior a aquel día con la videocámara, y se dijo que esa duda surgía de una arraigada y falsa noción de castigo divino que tenía alojada en la cabeza. Como un grano de maíz entre dos muelas.

Doce días después del episodio en el parque, llamaron a la puerta del apartamento. Cuando Nora abrió, había allí un policía.

—¿Sí, agente? —preguntó.

—¿Es usted Nora Callahan?

Con serenidad, pensó: *Lo confesaré todo. Y cuando las autoridades hayan hecho conmigo lo que sea que hagan, me presentaré ante la madre de ese niño, le ofreceré la cara y diré: «Pégueme con toda su alma, mamá. Nos hará un favor a las dos».*

—Sí, soy la señora Callahan.

—Señora, estoy aquí a petición de la delegación Walt Whitman de la Biblioteca Pública de Brooklyn. Debería usted haber devuelto a la biblioteca cuatro libros hace dos meses, uno de ellos muy valioso. Un libro de arte, creo. Edición limitada.

Nora lo miró boquiabierta y de pronto rompió a reír.

—¿Es usted policía de la biblioteca?

El agente procuró mantener un semblante serio pero acabó riéndose también él.

—Hoy supongo que sí. ¿Tiene esos libros?

—Sí. Me había olvidado por completo. ¿Tendría inconveniente en acompañar a una dama a la biblioteca, agente... —consultó el nombre en la placa— Abromowitz?

—Encantado. Pero coja el talonario.

—Quizá acepten la Visa —dijo ella.

El policía sonrió.

—Probablemente —convino.

Aquella noche, en la cama.

—¡Pégame! —Como si no fuera hacer el amor lo que ella tenía en mente sino una horripilante partida de blackjack.

—No.

Ella estaba encima, lo cual le permitía abofetearlo más fácilmente. El sonido de la palma de su mano golpeando el rostro de Chad fue como la detonación de una escopeta de aire comprimido.

—¡Pégame, he dicho! ¡Pégam...!

Chad le devolvió la bofetada sin pensar. Ella empezó a llorar, pero su miembro se endureció debajo de ella. Bien.

—Ahora hazlo.

Él lo hizo. Fuera se activó la alarma de un coche.

Fueron a Vermont en enero. Viajaron en tren. Era un lugar encantador, como una postal. A unos treinta kilómetros de Montpelier vieron una casa que les gustó a los dos. Era la tercera que visitaban.

La agente inmobiliaria se llamaba Jody Enders. Era muy amable, pero lanzaba continuas miradas al ojo derecho de Nora. Finalmente, con una risita avergonzada, Nora dijo:

—Resbalé en una placa de hielo cuando subía a un taxi. Tendría que haberme visto la semana pasada. Parecía la mujer de un anuncio de esposas maltratadas.

—Apenas se ve —dijo Jody Enders. Tímidamente añadió—: Es usted muy guapa. Chad echó un brazo en torno a los hombros de Nora.

—Eso mismo pienso yo.

—¿A qué se dedica, señor Callahan?

—Soy escritor —contestó él.

Pagaron la fianza de la casa. En el acuerdo de préstamo, Nora marcó la opción FINANCIADO POR EL PROPIETARIO. En la casilla DETALLES, escribió simplemente: *Ahorros*.

Un día de febrero, mientras empaquetaban sus cosas para la mudanza, Chad fue a Manhattan para ver una película en el Angelika y cenar con su agente. Abromowitz, el policía, había dejado a Nora su tarjeta. Ella lo telefoneó. Él acudió, y follaron en el dormitorio casi vacío. Estuvo bien, pero habría estado mejor si ella hubiese podido convencerlo de que le pegara. Se lo pidió, pero él se negó.

—¿Qué clase de loca estás tú hecha? —preguntó él con ese tono de voz que adopta la gente cuando quiere decir *Es broma pero no del todo*.

—No lo sé —contestó Nora—. Aún estoy averiguándolo.

Programaron el traslado a Vermont para el 29 de febrero. El día anterior —el que habría sido el último del mes en un año no bisiesto— sonó el teléfono. Era la señora Granger, el ama de llaves del pastor emérito Winston. En cuanto Nora percibió la voz de la mujer, apenas un susurro, supo por qué llamaba, y su primer pensamiento fue: *¿Qué hiciste con la cinta, cabrón?*

—En la necrológica se dirá que ha sido un fallo renal —explicó la señora Granger con su susurro propio de anuncio mortuorio—, pero yo entré en su cuarto de baño. Todos los frascos de medicinas estaban fuera, y faltaban muchas pastillas. Me parece que se suicidó.

—No lo creo —dijo Nora. Empleó su tono de enfermera más sereno y seguro—. Lo más probable es que tomara más de la cuenta por confusión. Incluso es posible que tuviera otro ictus. Uno pequeño.

—¿De verdad lo piensa?

—Sí, sin duda —respondió Nora, y tuvo que contenerse para no preguntar a la señora Granger si había visto una videocámara nueva en algún sitio. Conectada al televisor de Winnie, muy posiblemente. Habría sido un disparate preguntárselo. Aun así, se abstuvo por muy poco.

—Me quedo más tranquila —afirmó la señora Granger.

—Me alegra —dijo Nora.

Esa noche, en la cama. Su última noche en Brooklyn.

—Deja de preocuparte —dijo Chad—. Si alguien encuentra esa cinta, lo más seguro es que ni siquiera la mire. Y si la mira, las probabilidades de que la relacione contigo son casi nulas. Además, el niño ya debe de haberse olvidado. Y la madre también.

—La madre estaba presente cuando una loca agredió a su hijo y se dio a la fuga —repuso Nora—. Créeme, no se ha olvidado.

—De acuerdo —dijo él con tal ecuanimidad que ella de buena gana le habría asestado un rodillazo en la entrepierna.

—Quizá debería pasarme por allí y ayudar a la señora Granger a poner la casa en orden.

Él la miró como si estuviera loca.

—A lo mejor deseo que sospechen de mí —comentó ella, y le dirigió una parca sonrisa. Lo que consideraba su sonrisa *incitadora*.

Chad la miró y le volvió la espalda.

—No hagas eso —dijo Nora—. Vamos, Chad.

—No —dijo él.

—¿Cómo que no? ¿Por qué?

—Porque sé qué piensas cuando lo hacemos.

Nora le pegó. Fue un potente pescozón.

—Tú no sabes una mierda.

Él se volvió y levantó el puño.

—No hagas eso, Nora.

—Adelante —dijo ella, ofreciéndole la cara—. Lo estás deseando.

Chad estuvo a punto de hacerlo. Ella vio contraerse sus músculos. Finalmente él bajó la mano y relajó los dedos.

—Ya no más.

Nora guardó silencio pero se dijo: *Eso es lo que tú te crees*.

Nora permaneció en vela con la mirada fija en el reloj digital. Hasta la **1.41** pensó: *Este matrimonio no va bien*. Luego, cuando la **1.41** se convirtió en **1.42**, pensó: *No, no es así. Este matrimonio está acabado*.

Pero duraría otros siete meses.

Nora nunca había creído que sería verdaderamente capaz de dejar atrás su vínculo con el reverendísimo George Winston, pero cuando se puso manos a la obra para dar forma a la nueva casa (se proponía cultivar un huerto, además de un jardín), había días en que no se acordaba de Winnie ni una sola vez. Los golpes en la cama habían terminado. O casi.

De pronto, un día de abril, recibió una postal suya. Quedó conmocionada. Llegó en un sobre del Servicio de Correos, porque en la postal no quedaba espacio para las sucesivas direcciones de reenvío del destinatario. Había estado en todas partes: Brooklyn, Maine y los Montpelier de Idaho e Indiana. No se explicaba por qué no le había llegado antes de que Chad y ella se marcharan de Nueva York, pero, teniendo en cuenta todas esas idas y venidas, lo asombroso era que al final le hubiese llegado. Llevaba fecha del día anterior a su muerte. Nora consultó la necrológica por internet para asegurarse de eso.

Quizá Freud sí tuviera algo de razón, después de todo, decía. ¿Cómo estás?

Bien, pensó Nora. *Estoy bien*.

En la casa tenían una estufa de leña en la cocina. Arrugó la postal, la echó dentro y la prendió con una cerilla. *Listo*.

Chad terminó *Vivir con los animales* en julio, tras un esprint final de nueve días en

que escribió las últimas cincuenta páginas. Se lo envió al agente. A eso siguieron e-mails y llamadas telefónicas. Chad comentó que Ringling parecía entusiasmado. Si era así, pensó Nora, debía de haberse reservado la mayor parte de ese entusiasmo para las llamadas telefónicas. Lo que ella vio en los dos e-mails podía calificarse de cauto optimismo como mucho.

En agosto, a petición de Ringling, Chad reescribió algunas partes. A ese respecto no soltó prenda, señal de que no iba especialmente bien. Pero perseveró. Nora casi ni se enteró. Estaba absorta en su jardín y su huerto.

En septiembre, Chad insistió en ir a Nueva York y pasearse por el despacho de Ringling mientras este telefoneaba a los siete editores a quienes había enviado el manuscrito con la esperanza de que alguno de ellos manifestase interés en entrevistarse con el autor. Nora se planteó visitar un bar de Montpelier y ligarse a alguien —podían ir a un Motel 6—, pero lo descartó. Se le antojó demasiado esfuerzo para muy poco beneficio. Optó por quedarse trabajando en el jardín.

Y menos mal. Chad regresó esa noche en lugar de pernoctar en Nueva York como tenía previsto. Estaba ebrio. Declaró además que era feliz. Habían cerrado un acuerdo de palabra sobre el libro con un buen editor. Dio el nombre del editor. A Nora no lo sonaba de nada.

—¿Cuánto? —preguntó ella.

—Eso en realidad da igual, nena. —*Eso* lo pronunció *esho*, y solo la llamaba *nena* cuando estaba borracho—. Les ha encantado el libro, y eso es lo que cuenta. —*Esho*.

Nora se dio cuenta de que cuando Chad estaba borracho hablaba un poco como Winnie en los primeros meses posteriores al ictus.

—¿Cuánto?

—Cuarenta mil dólares. —*Dolaresh*.

Nora soltó una carcajada.

—Probablemente yo gané eso antes de llegar desde el banco hasta los columpios. Lo calculé la primera vez que vimos...

No vio venir el golpe y en realidad no lo sintió. En su cabeza se produjo una especie de gran chasquido, solo eso. Al cabo de un momento yacía en el suelo de la cocina y respiraba por la boca. Tenía que respirar por la boca. Chad le había roto la nariz.

—¡Zorra! —gritó él, y se echó a llorar.

Nora se incorporó. La cocina pareció trazar un amplio círculo en torno a ella, como si se hallara en estado de embriaguez, antes de estabilizarse. En el linóleo había una salpicadura de sangre. Estaba atónita, dolorida, eufórica, abochornada y al borde de la risa.

Ese desde luego no lo he visto venir, pensó.

—Muy bien, échame a mí la culpa —dijo. Tenía la voz gangosa, distorsionada por la risa contenida—. Échame a mí la culpa y luego llora hasta que se te sequen esos ojillos de idiota.

Chad ladeó la cabeza como si no la hubiese oído, o no pudiera dar crédito a lo que había oído. Luego cerró el puño y echó atrás el brazo.

Ella alzó la cara, anteponiendo la nariz torcida. En el mentón se le formaba una perilla de sangre.

—Adelante —instó—. Es lo único que se te da medio bien.

—¿Con cuántos hombres te has acostado desde aquel día? ¡Dímelo!

—Acostado, con nadie. Follar, con una docena. —Era mentira, en realidad. Solo lo había hecho con el policía y con un electricista que había ido un día a la casa mientras Chad estaba en la ciudad—. Pega bien.

Él, en lugar de pegar, abrió el puño y dejó caer la mano a un lado.

—El libro habría salido bien de no ser por ti. —Sacudió la cabeza como para despejársela—. Eso no es exactamente así, pero ya sabes a qué me refiero.

—Estás borracho.

—Voy a dejarte y a escribir otro. Uno mejor.

—El día que los cerdos silben.

—Tú espera —dijo él, tan lacrimógenamente pueril como un niño recién derrotado en una pelea de patio de colegio—. Espera y verás.

—Estás borracho. Vete a la cama.

—Zorra venenosa.

Después de este desahogo, Chad se marchó a rastras a la cama con la cabeza gacha. Incluso *caminaba* como Winnie después del ictus.

Nora pensó en ir a urgencias por la nariz, pero, cansada como estaba, no se sentía con ánimos de inventarse una historia con el grado de veracidad necesario. En el fondo de su alma —su alma de *enfermera*— sabía que esa historia no existía. La calaría por convincente que fuese la historia. Para esas cosas el personal de urgencias era infalible.

Se taponó la nariz con algodones y tomó dos tylenol con codeína. Luego salió al huerto y se dedicó a arrancar la broza hasta que, con la oscuridad de la noche, ya no se veía. Cuando entró, Chad roncaba en la cama. Se había quitado la camisa, pero aún llevaba puesto el pantalón. Le pareció un cretino. Ante eso, le entraron ganas de llorar, pero se contuvo.

Chad la abandonó y regresó a Nueva York. A veces le enviaba un e-mail, y a veces ella le contestaba. No le pidió su mitad del dinero restante, y mejor así. No se lo habría dado. Había ganado ese dinero con su trabajo y seguía trabajando *con él*, ingresándolo en el banco poco a poco, pagando la casa. En sus e-mails, Chad contó que volvía a hacer sustituciones y escribía los fines de semana. Ella se creyó lo de las sustituciones pero no que escribía. En esos mensajes se percibía una lasitud y una falta de vitalidad que inducían a pensar que seguramente no le quedaba mucha energía a la hora de ponerse a escribir. Además, ella siempre había pensado que era

un hombre de un solo libro.

Se ocupó de la tramitación del divorcio ella misma. Encontró toda la información en internet. Era necesario que él firmara unos papeles, y él los firmó. Se los devolvió sin siquiera adjuntar una nota.

Corría el verano del año siguiente —un buen verano, ella trabajaba a jornada completa en el hospital local y su jardín era un caos absoluto— cuando, mientras echaba un vistazo en una librería de viejo, se tropezó con un mamotreto que había visto en el despacho de Winnie: *El fundamento de la moral*. Era un ejemplar bastante maltrecho, y pudo llevárselo por dos dólares, más impuestos.

Tardó todo lo que quedaba de verano y la mayor parte del invierno en leerlo de cabo a rabo. Al final la decepcionó. Contenía poco o nada que no supiera ya.

Para Jim Sprouse

Creo que la mayoría de la gente tiende a meditar más sobre Lo Que Vendrá a medida que envejece, y como me acerco ya a los setenta años, por ese lado cumple los requisitos. He abordado esta cuestión en varios de mis cuentos y al menos en una novela (*Revival*). No diré que la «haya resuelto», porque eso implicaría alguna conclusión, y en realidad ninguno de nosotros puede extraerla, que yo sepa. Nadie ha enviado un vídeo hecho con el móvil desde la tierra de la muerte. Existe la fe, por supuesto (y un auténtico mar de libros en torno a la idea de que «el cielo es real»), pero la fe es, por definición, creer sin pruebas.

En resumidas cuentas, hay solo dos opciones. O bien existe Algo, o no existe Nada. Si es esto último, caso cerrado. Si es lo primero, las posibilidades son innumerables, y el cielo, el infierno, el purgatorio y la reencarnación encabezan la Lista de Éxitos del Más Allá. O quizás uno encuentre allí lo que siempre ha creído que encontraría. Quizás el cerebro lleve integrado a nivel profundo un programa de salida que se pone en funcionamiento en el preciso instante en que todo lo demás deja de funcionar y nos preparamos para tomar ese último tren. Para mí, los relatos de experiencias cercanas a la muerte tienden a confirmar esta idea.

Lo que a mí me gustaría —creo— es tener la oportunidad de repasarlo todo de nuevo, como en una película inmersiva o algo así, para poder saborear los momentos buenos y las buenas decisiones, como cuando me casé con mi mujer o cuando decidimos tener ese tercer hijo. Naturalmente, también me vería obligado a lamentar las malas decisiones (he tomado no pocas), pero quién no desearía volver a experimentar aquel primer buen beso, o tener ocasión de relajarse y disfrutar realmente de la ceremonia nupcial, tan desdibujada a causa del nerviosismo.

Este cuento no trata de esa reposición —no exactamente—, pero reflexionar sobre esa posibilidad me llevó a escribir acerca del más allá de un hombre. La razón por la que la literatura fantástica sigue siendo un género vital y necesario es que nos permite hablar de esas cosas como no lo permite la literatura realista.

Más allá

William Andrews, banquero especialista en banca de inversión de Goldman Sachs, muere la tarde del 23 de septiembre de 2012. Es una muerte esperada; su mujer y sus hijos adultos están junto a su lecho. Esa noche, cuando ella por fin se permite quedarse un rato a solas, apartada de la continua riada de familiares y visitantes que han acudido a dar el pésame, Lin Andrews telefonea a su amiga más antigua, que todavía vive en Milwaukee. Fue Sally Freeman quien le presentó a Bill, y si alguien merece saber cómo han sido los últimos sesenta segundos de su matrimonio de treinta años, esa es Sally.

—Ha estado sin conocimiento la mayor parte de la última semana, por los fármacos, pero consciente al final. Tenía los ojos abiertos, y me ha visto. Ha sonreído. Le he cogido la mano y me ha dado un apretón. Me he inclinado y le he besado la mejilla. Cuando me he erguido, ya no estaba.

Lleva horas esperando para decir esto y, una vez dicho, rompe a llorar.

Es natural que haya supuesto que la sonrisa iba dirigida a ella, pero se equivoca. Mientras Bill mira a su mujer y a sus tres hijos ya mayores —le parecen de una estatura inverosímil, criaturas de una buena salud angélica que habitan en un mundo que él ya abandona—, siente que el dolor con el que ha convivido durante los últimos dieciocho meses abandona su cuerpo. Se derrama como la inmundicia de un orinal. Por eso sonríe.

Una vez desaparecido el dolor, es poco lo que queda. Siente el cuerpo tan liviano como una semilla de algodoncillo. Su mujer alarga el brazo desde su mundo alto y saludable y le coge la mano. Él se ha reservado una pizca de fuerza, que ahora destina a apretarle los dedos. Ella se inclina. Va a besarle.

Antes de que los labios de ella le toquen la piel, aparece un agujero en el centro de su visión. No es un agujero negro sino blanco. Se expande y disipa el único mundo que ha conocido desde 1956, cuando nació en el pequeño hospital del condado de Hemingford, Nebraska. Durante el último año Bill ha leído mucho sobre el tránsito de la vida a la muerte (en su ordenador, con la cautela de borrar siempre el historial de búsqueda para no preocupar a Lynn, que mantiene un optimismo permanente y poco realista), y si bien casi todo se le antoja una sarta de tonterías, el «fenómeno de la luz blanca», como se lo llama, es bastante verosímil. Para empezar, hay constancia de ello en todas las culturas. Por otro lado, tiene un asomo de credibilidad científica. Una teoría, según ha leído, postula que la luz blanca es resultado de la repentina interrupción de riego sanguíneo en el cerebro. Otra más elegante plantea que el cerebro realiza un último escaneo general en un esfuerzo para encontrar una experiencia comparable a la muerte.

O puede que se trate solo de un artificio pirotécnico final.

Sea cual sea la causa, Bill Andrews está experimentándolo ahora. La luz blanca disipa a su familia y la espaciosa habitación de la que los auxiliares de la funeraria pronto se llevarán su cuerpo exánime tapado con una sábana. En sus investigaciones se ha familiarizado con la sigla ECM, que significa experiencia cercana a la muerte. En muchas de estas experiencias la luz blanca se convierte en un túnel desde cuyo extremo hacen señas familiares ya fallecidos, o amigos, o ángeles, o Jesús o alguna otra deidad benévola.

Bill no cuenta con que lo espere un comité de bienvenida. Cuenta con que el artificio pirotécnico final, al desvanecerse, dé paso a la negrura del olvido, pero no es eso lo que ocurre. Cuando el resplandor se atenúa, no está en el cielo ni en el infierno. Está en un pasillo. Supone que acaso sea el purgatorio; un pasillo pintado de verde industrial y pavimentado de baldosas sucias y gastadas muy bien podría ser el purgatorio, pero solo si se prolongara eternamente. Este termina a seis o siete metros en una puerta con un rótulo en el que se lee ISAAC HARRIS, GERENTE.

Bill se queda inmóvil por un momento y hace inventario de sí mismo. Lleva el pijama con el que ha muerto (o al menos supone que ha muerto) y va descalzo, pero no observa la menor señal del cáncer que primero saboreó su cuerpo y después lo devoró hasta reducirlo a piel y esqueleto. Parece rondar de nuevo los ochenta y cinco kilos, que era su peso de pelea (con el abdomen un poco reblanecido, eso sí) antes de que lo invadiera el cáncer. Se palpa las nalgas y los riñones. Las escaras han desaparecido. Bien. Respira hondo y expulsa el aire sin toser. Mejor aún.

Avanza un poco por el pasillo. A su izquierda hay un extintor sobre el que se lee una pintada peculiar: *¡Mejor tarde que nunca!* A la derecha hay un tablón de anuncios. En este ve clavadas unas cuantas fotografías, de esas anticuadas con los bordes ondulados. Encima, una pancarta escrita a mano reza: *¡PICNIC DE LA EMPRESA, 1956! ¡QUÉ BIEN NOS LO PASAMOS!*

Bill examina las fotografías, en las que aparecen ejecutivos, secretarias, administrativos, y una pandilla de niños corretones manchados de helado. Hay hombres atendiendo una barbacoa (uno de ellos con el obligado gorro de chef en plan guasa), chicos y chicas lanzando herraduras, chicos y chicas jugando al vóleibol, chicos y chicas nadando en un lago. Los chicos llevan trajes de baño casi obsencamente cortos y ceñidos desde su perspectiva de hombre del siglo XXI, pero pocos de ellos son tripudos. *Tienen un físico de los años cincuenta*, piensa Bill. Las chicas llevan anticuados bañadores a lo Esther Williams, de esos con los que da la impresión de que las mujeres no tienen nalgas sino una prominencia lisa y sin hendidura en lo alto de los muslos. Se consumen perritos calientes. Se bebe cerveza. Parece que todos se lo pasan en grande.

En una de las fotos ve al padre de Richie Blankmore entregar a Annmarie Winkler una nube de gominola tostada. Eso es absurdo, porque el padre de Richie era camionero y en su vida fue a un picnic de empresa. Annmarie era una chica con la que salió en la universidad. En otra foto ve a Bobby Tisdale, un compañero de clase

también de esa época, a principios de los años setenta. Bobby, que se llamaba a sí mismo Tiz el Lince, murió de un infarto antes de cumplir los cuarenta. Probablemente estaba ya en el mundo en 1956, pero en el parvulario o en primero de primaria, no bebiendo cerveza a orillas de un lago, fuera cual fuese. En esa foto el Lince aparenta unos veinte años, que debía de ser la edad que tenía cuando Bill lo conoció. En una tercera fotografía, la madre de Eddie Scarponi golpea una pelota de vóleibol. Eddie era el mejor amigo de Bill cuando la familia se trasladó de Nebraska a Paramus, New Jersey, y Gina Scarponi —a quien una vez alcanzó a ver tomando el sol en el patio de su casa sin más ropa que unas bragas blancas transparentes— era una de las fantasías preferidas de Bill en su etapa de aprendiz de masturbador.

El hombre del gorro de guasa es Ronald Reagan.

Bill mira de cerca, casi apretando la nariz contra la foto en blanco y negro, y no hay duda. El cuadragésimo presidente de Estados Unidos da vuelta a unas hamburguesas en el picnic de la empresa.

Pero ¿qué empresa?

¿Y dónde está ahora Bill exactamente?

Su euforia por sentirse otra vez pleno y libre de dolor se desvanece. La sustituye una creciente sensación de desorientación y ansiedad. Ver a esas personas que conoce en las fotografías no tiene sentido, y el hecho de no conocer a la mayoría de ellas le proporciona un mínimo consuelo en el mejor de los casos. Vuelve la vista y ve una escalera que asciende hacia otra puerta. En esta, escrito en grandes letras rojas, se lee CERRADO. Eso no le deja más elección que el despacho del señor Isaac Harris. Bill se encamina hacia allí, vacila y llama a la puerta con los nudillos.

—Está abierto.

Bill entra. De pie junto a un escritorio abarrotado hay un individuo con un pantalón holgado de cintura alta sujetado con tirantes. Tiene el pelo castaño, pegado al cráneo, peinado con raya en medio. Lleva gafas sin montura. Las paredes están cubiertas de facturas y de fotos de chicas ligeras de ropa, lo que recuerda a Bill la compañía de transportes en la que trabajaba el padre de Richie Blankmore. Fue allí unas cuantas veces con Richie, y la oficina de logística ofrecía ese aspecto.

Según el calendario de la pared, es marzo de 1911, lo cual no tiene más sentido que 1956. A la derecha de Bill según entra, hay una puerta. A su izquierda, otra. No hay ventanas, pero un tubo de cristal sale del techo y pende sobre un contenedor de lavandería. El contenedor está lleno de un montón de hojas amarillas que parecen más facturas. O acaso sean circulares. En la silla colocada frente al escritorio se alza una pila de carpetas de medio metro de altura.

—Bill Anderson, ¿no? —El hombre va detrás del escritorio y se sienta. No le tiende la mano.

—Andrews.

—Eso. Y yo soy Harris. Aquí está otra vez, Andrews.

Después de las exhaustivas investigaciones de Bill sobre la muerte, de hecho ese

comentario tiene sentido. Y es un alivio. Siempre y cuando no tenga que retornar en forma de escarabajo pelotero o algo así.

—¿Es la reencarnación? ¿Se trata de eso?

Isaac Harris exhala un suspiro.

—Siempre pregunta lo mismo, y yo siempre le doy la misma respuesta: en realidad no.

—Estoy muerto, ¿no?

—¿Se siente muerto?

—No, pero he visto la luz blanca.

—Ah, sí, la famosa luz blanca. Estaba usted allí y ahora está aquí. Un momento, no cuelgue.

Harris revuelve los papeles de su mesa, no encuentra lo que busca y empieza a abrir cajones. De uno de ellos extrae unas cuantas carpetas más y elige una. La abre, pasa una o dos hojas y asiente con la cabeza.

—Solo para refrescarme un poco la memoria. Banca de inversión, a eso se dedica, ¿no?

—Sí.

—¿Mujer y tres hijos? ¿Dos varones, una chica?

—Correcto.

—Disculpe. Tengo unos doscientos peregrinos, cuesta no confundirse. Siempre me propongo ordenar estas carpetas de alguna manera, pero eso es trabajo para una secretaria, y como nunca me la han proporcionado...

—¿Quiénes?

—Ni idea. Todos los comunicados llegan a través del tubo. —Lo golpetea. El tubo se mece y vuelve a quedar inmóvil—. Funciona con aire comprimido. Es lo último.

Bill coge las carpetas colocadas en la silla del cliente y, enarcando las cejas, mira al hombre sentado al otro lado del escritorio.

—Déjelas en el suelo —dice Harris—. De momento habrá que conformarse con eso. Uno de estos días tengo que organizarme en serio. Si es que *hay* días. Probablemente los hay, y también noches, pero ¿quién puede saberlo con certeza? Aquí no tengo ventanas, como habrá advertido. Tampoco relojes.

Bill se sienta.

—¿Por qué me llama peregrino si no es una reencarnación?

Harris se retrepa y entrelaza las manos detrás de la nuca. Alza la vista en dirección al tubo neumático, que probablemente fue lo último en su día. Allá por 1911, pongamos, aunque Bill supone que quizás esos artilugios todavía se usaban en 1956.

Harris menea la cabeza y ahoga una risita, aunque no hay humor en ella.

—Si supiera lo *pesados* que llegan ustedes a ser. Según el expediente, esta es su decimoquinta visita.

—No he estado aquí en mi vida —dice Bill. Se detiene a pensar—. Solo que esto no es mi vida. ¿Verdad? Es mi más allá.

—En realidad, es el mío. El peregrino es usted, no yo. Usted y los demás sujetos que desfilan por aquí. Usted elegirá una puerta y saldrá. Yo me quedaré. Aquí no hay cuarto de baño porque ya no tengo que satisfacer esas necesidades. No hay dormitorio porque ya no tengo que dormir. Lo único que hago es estar aquí sentado y recibirlos a ustedes, los sujetos de paso. Entran, hacen las mismas preguntas, y yo doy las mismas respuestas. Ese es *mi* más allá. ¿Le parece interesante?

Bill, que conoce todos los entresijos teológicos gracias a su último proyecto de investigación, decide que en el pasillo sus sospechas andaban bien encaminadas.

—Habla usted del purgatorio.

—Ah, eso por descontado. Mi única duda es cuánto tiempo me quedaré. Me gustaría decirle que con el tiempo me volveré loco si no puedo seguir adelante, pero creo que para mí eso ya queda tan descartado como cagar o echar una siesta. Sé que mi nombre no le dice nada, pero ya hemos hablado antes de esto, no cada vez que usted se presenta, pero sí en varias ocasiones. —Agita un brazo con brío suficiente para que algunas de las facturas clavadas en la pared se agiten—. Esto es... o *era*, no sé qué tiempo es el correcto..., mi despacho terrenal.

—¿En 1911?

—Exacto. Le preguntaría si sabe qué es un chemisier, Bill, pero como sé que no lo sabe se lo diré yo: una blusa. A principios de siglo mi socio, Max Blanck, y yo teníamos un negocio que se llamaba Fábrica de Chemisier Triángulo. Un negocio lucrativo, pero las mujeres que trabajaban allí eran un latazo. Siempre andaban escabulléndose para fumar y, peor aún, para afanar cosas, que se metían en el bolso o debajo de la falda. Así que cerrábamos las puertas con llave para que no salieran durante sus turnos y las registrábamos al acabar. Para abreviar, un día la condenada fábrica se incendió. Max y yo logramos escapar subiendo a la azotea y bajando por la escalera de incendios. Muchas de las mujeres no tuvieron tanta suerte. Aunque, seamos frances: hay que admitir que las culpas estaban muy repartidas. Fumar dentro de la fábrica estaba estrictamente prohibido, pero muchas lo hacían de todos modos, y fue un cigarrillo la causa del incendio. Eso dijo el jefe de bomberos. Max y yo fuimos procesados por homicidio y absueltos.

Bill recuerda el extintor del pasillo con el *Mejor tarde que nunca* encima. Piensa: *Lo declararon culpable en la revisión de la causa, señor Harris, o no estaría aquí.*

—¿Cuántas mujeres murieron?

—Ciento cuarenta y seis —responde Harris—, y lo lamento por cada una de ellas, señor Anderson.

Bill no se molesta en rectificar el apellido. Hace veinte minutos agonizaba en su cama; ahora escucha fascinado esa vieja historia, que no ha oído nunca antes. Al menos que él recuerde.

—No mucho después de bajar Max y yo por la escalera de incendios, las mujeres

se abalanzaron sobre ella. La condenada no soportó el peso. Se vino abajo y arrastró a más de veinte hasta los adoquines, desde una altura de treinta metros. Murieron todas. Otras cuarenta se tiraron por las ventanas de las plantas octava y novena. Algunas envueltas en llamas. También murieron todas. Llegaron los bomberos con las redes de seguridad, pero las mujeres las traspasaron y reventaron contra el pavimento como bolsas de sangre. Un espectáculo horrendo, señor Anderson, horrendo. Otras saltaron por los fosos de los ascensores, pero la mayoría... sencillamente... se quemaron.

—Como el 11-S, con menos víctimas.

—Eso dice usted siempre.

—Y usted está aquí.

—Sí, por cierto. A veces me pregunto cuántos hombres hay sentados en despachos como este. También mujeres. Estoy seguro de que *hay* mujeres. Siempre he sido una persona de miras abiertas, y no veo ninguna razón para que las mujeres no puedan ocupar cargos ejecutivos de bajo nivel, y cumplir sus funciones admirablemente. Todos contestando las mismas preguntas y reenviando a los mismos peregrinos. Cabría pensar que la carga se aligera cada vez que uno de ustedes decide utilizar la puerta de la derecha en lugar de esa —señala a la izquierda—, pero no. *No*. Cae una cápsula por el tubo, *zum*, y se me asigna un nuevo sujeto en sustitución del anterior. A veces dos. —Se inclina hacia delante y con gran énfasis añade—: ¡Este es un trabajo de mierda, señor Anderson!

—Andrews —corrige Bill—. Oiga, lamento que se sienta así de mal, pero, por Dios, hombre, ¡asuma la responsabilidad de sus actos! ¡Ciento cuarenta y seis mujeres! Y fueron ustedes quienes *cerraron* las puertas.

Harris descarga un puñetazo en el escritorio.

—¡Nos estaban robando descaradamente! —Coge la carpeta y la blande en dirección a Bill—. ¡Y mire quién fue a hablar! ¡Ja! ¡Es muy fácil ver la paja en el ojo ajeno! ¡Goldman Sachs! ¡El fraude en la venta de obligaciones! ¡Miles de millones en beneficios, millones en impuestos! ¡Millones calculando *por lo bajo*! ¿Le suena la expresión *burbuja inmobiliaria*? Abusaron de la confianza de ¿cuántos clientes? ¿Cuántas personas perdieron los ahorros de toda su vida por culpa de la codicia y la estrechez de miras de ustedes?

Bill sabe bien de qué habla Harris, pero todas esas artimañas (bueno..., la mayoría) se fraguaban muy por encima de su nivel salarial. Él se sorprendió tanto como el que más cuando los excrementos empezaron a salpicar. Está tentado de decir que existe una gran diferencia entre arruinar a una persona y quemarla viva, pero ¿para qué escarbar en la herida? Además, seguramente habría quedado hipócrita por su parte.

—Dejémoslo —dice—. Si tiene información que yo necesito, ¿por qué no me la da? Explíqueme de qué va esto y lo dejaré en paz.

—No era yo quien fumaba —dice Harris en voz baja y reflexiva—. No fui yo quien dejó caer la cerilla.

—¿Señor Harris? —Bill siente claustrofobia. *Si tuviera que pasarme aquí la eternidad, me pegaría un tiro*, piensa. Solo que si lo que dice el señor Harris es cierto, no lo desearía, como no desearía ir al baño.

—Bien, de acuerdo. —Harris emite una sucesión de chasquidos con los labios, no exactamente una pedorreta—. Esto va de lo siguiente. Salga por la puerta de la izquierda, y vivirá otra vez su vida. De la A a la Z. Del principio al fin. Váyase por la de la derecha, y su vida se apagará. Puf. Como una vela en una corriente de aire.

En un primer momento Bill guarda silencio. Es incapaz de hablar y no sabe si puede dar crédito a sus oídos. Es demasiado bueno para ser verdad. Primero el pensamiento lo lleva a su hermano Mike, y el accidente ocurrido cuando Mike tenía ocho años. Después, a aquel ridículo hurto en una tienda cuando Bill tenía diecisiete. Una tontería por pura diversión, pero habría sido un obstáculo en sus planes universitarios si su padre no hubiese intervenido y hablado con la persona indicada. Aquello con Annmarie en la asociación de estudiantes..., eso todavía lo atormenta de vez en cuando, a pesar de los años transcurridos. Y lo peor de todo, por supuesto...

Harris sonríe, y no es una sonrisa en absoluto agradable.

—Sé en qué está pensando, porque lo he oído todo antes de su propia boca. Cuando su hermano y usted, de niños, estaban jugando a la pega con linterna y usted cerró de un portazo para que él no entrara en el dormitorio y por accidente le amputó la punta del meñique. Aquello del robo impulsivo en una tienda, el reloj, y que su padre movió los hilos para sacarlo del...

—Exacto, no quedó constancia. Excepto para él. Nunca me permitió olvidarlo.

—Y luego está lo de la chica en la asociación de estudiantes, aquella con la que usted salió. —Harris coge la carpeta—. Su nombre aparece aquí en algún sitio, imagino, hago lo posible por mantener los expedientes al día..., cuando los encuentro..., pero por qué no me refresca usted la memoria.

—Annmarie Winkler. —Bill nota el calor en las mejillas—. No fue una violación, no saque esa idea. Me rodeó con las piernas cuando me puse encima de ella, y si eso no es consentimiento, ya me dirá usted.

—¿También rodeó con las piernas a los otros dos que vinieron después?

No, está tentado de decir Bill, *pero al menos no le prendimos fuego*.

Y sin embargo...

A veces se disponía a dar un golpe corto en el green del séptimo hoyo, o estaba trabajando en su taller de marquetería, o hablando con su hija (ahora estudiante universitaria ella misma) sobre su tesis, y se preguntaba dónde pararía ahora Annmarie. A qué se dedicaría. Qué recuerda de aquella noche.

La sonrisa de Harris se ensancha hasta convertirse en la expresión de complicidad de una burda charla entre fanfarrones. Puede que ese sea un trabajo de mierda, pero está claro que se lo pasa bien con algunas cosas.

—Veo que esa es una pregunta que prefiere no contestar, así que ¿por qué no pasamos a otra cosa? Está pensando en todo aquello que cambiará durante su

próximo viaje en el carrusel cósmico. Esta vez no aplastará el dedo a su hermano con la puerta, ni intentará robar un reloj en las galerías Paramus...

—Fue en un centro comercial de New Jersey. Seguro que consta en su expediente. Harris sacude la carpeta como si espantara una mosca y continúa.

—La próxima vez se abstendrá de follarse a su acompañante semicomatoso, tendida en el sofá del sótano de la asociación estudiantil, y... ¡la más gorda!... pedirá hora para una colonoscopia en lugar de aplazarlo, porque ha decidido, corríjame si me equivoco, que la indignidad de que le metan a uno una cámara por el culo es relativamente mejor que morir de cáncer de colon.

—Varias veces he estado a punto de contar a Lynn lo de la asociación de estudiantes —dice Bill—. Nunca he reunido el valor.

—Pero si tuviera la oportunidad, lo arreglaría.

—Por supuesto..., si usted tuviera la oportunidad, ¿no dejaría abiertas las puertas de aquella fábrica?

—Claro que sí, pero no hay segundas oportunidades. Lamento decepcionarlo.

No parece lamentarlo. Harris parece cansado. Harris parece aburrido. Harris también parece miserablemente triunfal. Señala la puerta situada a la izquierda de Bill.

—Utilice esa, como ha hecho en todas las ocasiones anteriores, y empiece de nuevo: un bebé de tres kilos que abandona el útero de su madre en manos del médico. Lo meterán en un saco de dormir y lo llevarán a una granja del centro de Nebraska. Cuando su padre venda la granja en 1964, se trasladará a New Jersey. Allí le amputará la punta del meñique a su hermano jugando a la pega con linterna. Estudiará en el mismo instituto, elegirá las mismas asignaturas y sacará las mismas notas. Irá al Boston College, y cometerá la misma semiviolación en el sótano de la misma asociación de estudiantes. Observará a los dos mismos miembros de la asociación aprovecharse sexualmente de Annmarie Winkler, y aunque pensará que debería poner freno a lo que está ocurriendo, no reunirá la entereza moral necesaria para hacerlo. Tres años después conocerá a Lynn DeSalvo, y al cabo de dos años se casarán. Se dedicará a la misma profesión, tendrá los mismos amigos, experimentará la misma profunda desazón por algunas de las prácticas comerciales de su empresa... y guardará el mismo silencio. El mismo médico lo instará a someterse a una colonoscopia cuando cumpla los cincuenta, y usted prometerá... como hace siempre... que ya se ocupará de ese detalle. No lo hará, y como consecuencia de eso morirá del mismo cáncer.

Cuando Harris deja caer la carpeta en su escritorio abarrotado, su sonrisa es tan amplia que casi le llega a los lóbulos de las orejas.

—Luego vendrá aquí, y mantendremos esta misma conversación. Yo le aconsejaría que saliera por la otra puerta y acabara ya de una vez, pero naturalmente eso es decisión suya.

Bill ha escuchado ese breve sermón con creciente desánimo.

—¿No recordaré nada? ¿*Nada*?

—Nada lo que se dice nada, no —contesta Harris—. Puede que se haya fijado en las fotos del pasillo.

—El picnic de la empresa.

—Sí. Cada cliente que me visita ve imágenes del año de su nacimiento, y reconoce unas cuantas caras familiares en medio de todas las desconocidas. Cuando vuelva a vivir su vida, señor Anders..., en el supuesto de que decida eso..., tendrá una sensación de *déjà vu* cuando vea por primera vez a esa gente, una sensación de que lo ha vivido todo ya antes. Como, por supuesto, así habrá sido. Tendrá una sensación fugaz, casi una certidumbre, de que hay más, digamos, *profundidad* en su vida, y en la existencia en general, de la que creía. Pero eso pasará.

—Si es todo igual, sin posibilidad de mejora, ¿qué hacemos aquí?

Harris cierra el puño y golpea el extremo del tubo neumático que cuelga sobre el contenedor de lavandería; el tubo se balancea.

—¡*EL CLIENTE QUIERE SABER QUÉ HACEMOS AQUÍ! QUIERE SABER DE QUÉ VA ESTO!*!

Espera. No pasa nada. Entrelaza las manos sobre el escritorio.

—Cuando Job quiso saber eso, señor Anders, Dios preguntó a Job si estaba allí cuando él, Dios, creó el universo. Supongo que no considera eso una gran respuesta. Demos el asunto por zanjado, pues. ¿Qué quiere hacer? Elija una puerta.

Bill está pensando en el cáncer. El dolor del cáncer. Pasar otra vez por todo eso..., solo que no recordaría haber pasado antes por eso. Está ese detalle. En el supuesto de que Isaac Harris esté diciéndole la verdad.

—¿Ni un solo recuerdo? ¿Ni un solo cambio? ¿Está usted seguro? ¿Cómo puede estarlo?

—Porque la conversación es siempre la misma, señor Anderson. Cada vez, y con todos ustedes.

—¡*Me llamo Andrews!* —espeta, y ambos se sorprenden. Bajando la voz, añade—: Si me lo propongo, si me lo propongo de firme, seguro que retengo algo. Aunque sea solo lo que le pasó a Mike en el dedo. Y quizás bastara un cambio para... no sé...

Para llevar a Annmarie al cine y no a aquel puto fiestorro, ¿qué tal eso?

—Según una leyenda popular, todas las almas humanas, antes de nacer, conocen los secretos de la vida y la muerte y el universo. Pero, justo antes del nacimiento, un ángel se inclina, apoya el dedo en los labios del bebé y susurra «*Chis*». —Harris se toca el surco nasolabial—. Según esa leyenda, esta es la marca que deja el dedo del ángel. Todos los seres humanos la tienen.

—¿Ha visto alguna vez un ángel, señor Harris?

—No, pero una vez vi un camello. Fue en el zoo del Bronx. Escoja una puerta.

Bill, mientras reflexiona, recuerda un relato que tuvo que leer cuando cursaba segundo en el instituto: *La dama o el tigre?* Esta decisión no es ni remotamente tan difícil.

Debo retener solo una cosa, se dice a la vez que abre la puerta que lleva de

regreso a la vida. *Solo una cosa.*
Lo envuelve la luz blanca del retorno.

El médico, que se distanciará del Partido Republicano y votará por Adlai Stevenson en otoño (cosa de la que su mujer nunca debe enterarse), se inclina hacia delante doblando la cintura como un camarero que muestra una bandeja y vuelve a erguirse con un bebé desnudo sujetado por los tobillos. Le da un azote seco y empieza el llanto.

—Es niño, señora Andrews, y está sano —anuncia—. Parece que ronda los tres kilos. Enhorabuena.

La señora Andrews coge al bebé. Besa sus mejillas y su frente húmeda. Le pondrán William, por su abuelo paterno. Cuando llegue el siglo XXI, aún no habrá cumplido los cincuenta años. La idea da vértigo. En los brazos no solo sostiene una nueva vida sino un universo de posibilidades. Nada, piensa, podría ser más maravilloso.

En recuerdo de Surendra Patel

Ralph Vicinanza, un amigo íntimo que además vendía los derechos de mis libros para publicarlos en muchos países extranjeros, acostumbraba acudir a mí con ideas interesantes en el momento oportuno, es decir, cuando yo me encontraba entre dos proyectos. Apenas hablo a la gente de aquello en lo que estoy trabajando, así que él debía de tener un radar especial o algo por el estilo. Fue Ralph quien me sugirió que probara a escribir una novela por entregas a lo Charles Dickens, y esa semilla al final germinó en *La milla verde*.

Ralph me telefoneó no mucho después de terminar yo el primer borrador de *La historia de Lisey*, mientras dejaba reposar un poco el libro (traducción: no hacía nada). Me contó que Amazon se disponía a lanzar su Kindle de segunda generación, y los responsables de la empresa tenían la esperanza de que algún superescritor de éxito los ayudara en el apartado de relaciones públicas con un relato en el que el Kindle se utilizase como elemento de la trama. (Con el tiempo, esas obras de ficción y no ficción más bien largas empezaron a conocerse como Kindle Singles). Di las gracias a Ralph, pero le dije que no me interesaba, por dos razones. La primera es que nunca he sido capaz de escribir por encargo. La segunda es que no he vuelto a ceder mi nombre a una empresa comercial desde que hice un anuncio para American Express años ha. ¡Y, Dios mío, qué raro fue aquello! Vestido con esmoquin, posé en un ventoso castillo con un cuervo disecado en el brazo. Según me comentó un amigo, parecía un crupier obsesionado con los pájaros.

«Ralph —dije—, me gusta mi Kindle pero no tengo el menor interés en poner mi pluma al servicio de Amazon».

No obstante, la idea quedó en el aire, sobre todo porque siempre me han fascinado las nuevas tecnologías, en especial las que tienen que ver con la lectura y la escritura. Un día, no mucho después de la llamada de Ralph, concebí la idea en que se basa este cuento mientras daba mi paseo de las mañanas. La historia tenía demasiado gancho para no escribirla. Preferí no anunciárselo a Ralph, pero, una vez terminado el cuento, se lo envié y le dije que Kindle podía utilizarlo en su lanzamiento si quería. Incluso estuve presente en el acontecimiento y leí un fragmento.

Ciertos sectores de la comunidad literaria me pusieron como un trapo por considerar que me estaba vendiendo al otro bando, pero, en palabras de John Lee Hooker: «*That don't confront me none*». Por lo que a mí ataña, Amazon era solo otro mercado, y uno de los pocos que publicaría un relato de esta extensión. No hubo anticipo, pero sí hubo —y todavía hay— derechos por cada venta (o descarga, si se prefiere). Muy gustosamente ingreso esos cheques en mi cuenta; según un antiguo dicho, digno es el obrero de su jornal, y creo que es un dicho acertado. Yo escribo por pasión, pero la pasión no paga las facturas.

Hubo un beneficio adicional: un Kindle rosa producido en exclusiva. Eso a Ralph le encantó, y me alegro. Fue nuestro último trato verdaderamente bueno, porque mi amigo murió de repente mientras dormía hace cinco años. Caray, le echo de menos.

Esta versión del cuento ha sido revisada a fondo, pero verás que está firmemente

ambientada en una época en que estos dispositivos de lectura electrónica todavía eran nuevos. Parece que de eso hace ya mucho tiempo, ¿verdad? Y unos puntos de bonificación para los fans de Roland de Gilead que descubran alusiones a determinada Torre Oscura.

I. Experimentando con la nueva tecnología

Cuando los colegas de Wesley Smith le preguntaron —algunos con una ceja enarcada en actitud satírica— qué hacía con aquel chisme (lo llamaron «chisme»), respondió que estaba experimentando con la nueva tecnología. Eso no era cierto. Compró el Kindle por puro despecho.

Me pregunto si los analistas de mercado de Amazon contemplan siquiera esa motivación en particular al elaborar sus estudios para nuevos productos, pensó. Supuso que no. La idea le causó cierta satisfacción, pero no tanta como esperaba obtener de la sorpresa que se llevaría Ellen Silverman cuando lo viera con su nueva adquisición. Eso no había ocurrido aún, pero ocurriría. Aquel era un campus pequeño, al fin y al cabo, y tenía en su posesión ese nuevo juguete (lo llamó su «nuevo juguete», al menos inicialmente) desde hacía solo una semana.

Wesley era profesor auxiliar en el departamento de literatura inglesa del Moore College, en Moore, Kentucky. Como todos los profesores auxiliares de literatura inglesa, pensaba que dentro de él, en algún sitio, había una novela, y algún día la escribiría. El Moore College era de esas instituciones que la gente describía como «centro bastante bueno». Don Allman, el único amigo de Wesley en el departamento de literatura inglesa, explicaba qué quería decir eso.

«Un centro bastante bueno —decía Don— es uno del que nadie ha oído hablar más allá de un radio de cincuenta kilómetros a la redonda. La gente lo califica de “centro bastante bueno” porque no existe prueba alguna de lo contrario, y la mayoría de la gente es optimista, aunque no lo reconozca. La gente que se define como “realista” suele ser la más optimista».

—¿Hay que considerarte realista? —le preguntó Wesley una vez.

—Yo opino que el mundo está poblado mayoritariamente por tarados —respondió Don Allman—. Saca de ahí tus conclusiones.

Moore no era un buen centro, pero tampoco era malo. En la gran escala de la excelencia académica, ocupaba una posición solo un poco al sur de la mediocridad. La mayor parte de sus tres mil alumnos pagaban la matrícula y muchos de ellos encontraban trabajo después de graduarse, aunque pocos llegaban a obtener (o lo intentaban siquiera) un máster. Se bebía mucho, y por supuesto se organizaban fiestas, pero en la gran escala de las fiestas universitarias, Moore ocupaba una posición solo un poco al norte de la mediocridad. Había dado algunos políticos, pero todos de poca monta, incluso en lo que se refería a tejemanejes y malas artes. En 1978, un licenciado de Moore fue elegido para la Cámara de Representantes, pero murió de un infarto después de solo cuatro meses en el cargo. Su sustituto era licenciado por Baylor.

Los únicos signos de excepcionalidad del centro tenían que ver con su equipo de

fútbol de tercera división y su equipo de baloncesto femenino de tercera división. El equipo de fútbol (los Suricatos de Moore) era uno de los peores de Estados Unidos, y solo había ganado siete partidos en los últimos diez años. Se hablaba continuamente de la posibilidad de disolverlo. El actual entrenador era un drogadicto que se complacía en contar que había visto *El luchador* doce veces y siempre había llorado cuando Mickey Rourke decía a su hija, de la que estaba distanciado, que él era solo un viejo pedazo de carne.

El equipo de baloncesto femenino, en cambio, era excepcional en un sentido *positivo*, sobre todo si se tenía en cuenta que la mayoría de las jugadoras no pasaban del metro setenta y se preparaban para empleos como directoras de marketing, gerentes mayoristas o (con un poco de suerte) ayudantes personales de Hombres de Poder. La entrenadora era la exnovia de Wesley, ex desde hacía un mes. Ellen Silverman era la causa del despecho que lo había inducido a comprar el Kindle. Bueno... Ellen y aquel chico, Henderson, el alumno del curso de introducción a la literatura estadounidense moderna que impartía Wesley.

Don Allman también sostenía que el profesorado de Moore era mediocre. No deplorable, como el equipo de fútbol —eso al menos habría sido interesante—, pero mediocre sin lugar a dudas.

—¿Y tú y yo? —preguntó Wesley.

Se hallaban en el despacho que compartían. Si un alumno solicitaba una consulta, el profesor cuya atención no había sido requerida se marchaba. En los cuatrimestres de otoño y primavera, por lo general, eso no representaba un problema, ya que los estudiantes nunca consultaban hasta poco antes de los exámenes finales. Incluso entonces se presentaban solo los pelotilleros consumados, esos lameculos permanentes que lo eran ya en la primaria. Don Allman decía que a veces, en sus fantaseos, imaginaba a una voluptuosa alumna con una camiseta en la que se leía FOLLO A CAMBIO DE UN 10, pero eso nunca ocurrió.

—Tú y yo, ¿qué? —contestó Don—. Por Dios, colega, solo tienes que *vernos*.

—Habla por ti —dijo Wesley—. Yo voy a escribir una novela. —Aunque el mero hecho de decirlo lo deprimía. Casi todo lo deprimía desde que Ellen lo había plantado. Cuando no estaba deprimido, sentía despecho.

—¡Ya! ¡Y a mí el presidente Obama va a nombrarme nuevo Poeta Laureado! —exclamó Don Allman. A continuación señaló algo en el abarrotado escritorio de Wesley. El Kindle estaba en ese momento sobre *Sueños americanos*, el manual que utilizaba Wesley en su introducción a la literatura estadounidense—. ¿Qué tal te funciona ese aparatejo?

—Muy bien —contestó Wesley.

—¿Llegará a sustituir al libro?

—Jamás —respondió Wesley. Pero él mismo empezaba a preguntárselo.

—Pensaba que solo los hacían en blanco —comentó Don Allman.

Wesley miró a Don con la misma altivez con que lo habían mirado a él en la reunión de departamento en la que su Kindle había debutado en público.

—Nada se hace solo en blanco —dijo—. Esto es Estados Unidos.

Don Allman se detuvo a reflexionar al respecto y finalmente dijo:

—Me he enterado de que Ellen y tú habéis roto.

Wesley suspiró.

Ellen había sido su *otra* amiga, y amiga con derecho a roce, hasta hacía cuatro semanas. Ella no era del departamento de literatura inglesa, claro, pero a Wesley la sola idea de acostarse con alguien del departamento de literatura inglesa —aunque fuera Suzanne Montanaro, vagamente presentable— le producía escalofríos. Ellen, con su metro sesenta escaso, su talle esbelto, sus ojos azules y una melena corta de cabello negro y rizado, poseía un claro aspecto de duende. Tenía una figura explosiva y besaba como un derviche. (Wesley nunca había besado a un derviche, pero podía imaginárselo). Y en la cama su energía no mermaba.

En una ocasión, Wesley, falto de aliento, se tendió boca arriba y dijo:

—Nunca estaré a tu altura como amante.

—Si sigues infravalorándote así, no serás mi amante por mucho tiempo. Lo haces bien, Wes.

Pero él llegó a la conclusión de que no era así. Llegó a la conclusión de que era, digamos..., mediocre.

Aun así, no fueron sus aptitudes sexuales no precisamente atléticas lo que puso fin a la relación. Tampoco lo fue el hecho de que Ellen, vegana, comiera tofupavo por Acción de Gracias. Ni lo fue el hecho de que a veces en la cama, después de hacer el amor, ella hablara de «bloqueo y continuación», «pase y va», o de la incapacidad de Shawna Deeson para aprender lo que Ellen llamaba «la clásica verja de jardín».

En realidad, esos monólogos a veces inducían a Wesley a sumirse en el sueño más profundo, grato y reparador. Pensaba que eso se debía a la voz sosegada de Ellen, tan distinta de los alaridos de aliento con frecuencia blasfemos que lanzaba mientras hacían el amor. Esos alaridos sexuales se semejaban extrañamente a los que profería durante los partidos mientras corría arriba y abajo como una liebre por la línea de banda exhortando a sus chicas a «¡Pasar la bola!» y «¡Botar hacia la zona!». Wesley incluso había oído de vez en cuando en el dormitorio uno de sus habituales gritos desde la banda: «¡Métela!».

Formaban buena pareja, al menos a corto plazo; ella era hierro candente, recién salido de la fragua, y él —en su apartamento lleno de libros— era el agua en la que ella se enfriaba.

Los libros eran el problema. Eso, y el hecho de que él, en un arrebato, la hubiese llamado «pedazo de analfabeta». Jamás en la vida había insultado así a una mujer,

pero sorprendentemente Ellen le había despertado una ira cuya existencia él jamás había sospechado. Podía ser un profesor auxiliar mediocre, como Don Allman afirmaba, y la novela que llevaba dentro tal vez se quedara dentro (como una muela del juicio que nunca asoma, eludiendo así por lo menos la posibilidad de caries, infección y un caro —amén de doloroso— proceso odontológico), pero le apasionaban los libros. Los libros eran su talón de Aquiles.

Ella había llegado fuera de sus casillas, lo cual era normal, pero también en esencia disgustada, estado que él no reconoció porque nunca antes la había visto así. Además, estaba releyendo *Divergence*, de James Dickey, deleitándose de nuevo en lo bien que el autor había aprovechado su sensibilidad poética, entre otras cualidades, en la narrativa, y empezaba a adentrarse en las páginas finales, donde los desafortunados piragüistas intentan encubrir tanto lo que ellos han hecho como lo que les han hecho. Ignoraba que Ellen acababa de verse obligada a echar a Shawna Deeson del equipo, y que las dos habían discutido a grito limpio en el pabellón delante de todas las jugadoras —y del equipo de baloncesto masculino, que aguardaba su turno para ejercitarse sus mediocres jugadas—, y a continuación Shawna Deeson había salido y arrojado un pedrusco contra el parabrisas del Volvo de Ellen, acto que con toda seguridad le acarrearía una expulsión temporal. Ignoraba que Ellen en ese momento se sentía culpable, y mucho, porque «en teoría la adulta era ella».

Wesley oyó esa parte —«en teoría la adulta soy yo»— y dijo *Ajá* por quinta o sexta vez, que fue ya una vez más de la cuenta para Ellen Silverman. Esta le arrancó *Divergence* de las manos, lo lanzó a la otra punta del salón y pronunció las palabras que a él lo obsesionarían durante su solitario mes siguiente: «¿Por qué no lees en el ordenador, como todo el mundo?».

—¿De verdad dijo eso? —preguntó Don Allman, palabras que sacaron a Wesley de su estado de trance. De pronto tomó conciencia de que acababa de contárselo todo a su compañero de despacho. No era esa su intención, pero lo había hecho. Ya no había vuelta atrás.

—Eso dijo. Y yo contesté: «Eso es una primera edición que heredé de mi padre, pedazo de analfabeta».

Don Allman se quedó sin habla. Atónito, no podía más que mirarlo.

—Se marchó —prosiguió Wesley, apesadumbrado—. No la he visto ni he hablado con ella desde entonces.

—¿Ni siquiera la has llamado para disculparte?

Wesley lo había intentado, y había saltado el contestador. Se había planteado dejarse caer por la casa que Ellen tenía alquilada a la universidad, pero temió que le clavara un tenedor en la cara... o en alguna otra parte de su anatomía. Además, consideraba que él no era el único culpable de lo ocurrido. Ella ni siquiera le había dado una *oportunidad*. Por otra parte... en efecto era una analfabeta, o casi. Una vez, en la cama, le había dicho que el único libro que había leído por placer desde su llegada a Moore era *Aspira a lo más alto: el sistema de las doce reglas definitivas*

para triunfar en todo aquello que hagas, de Pat Summitt, entrenadora de las Lady Vols, el equipo de baloncesto de Tennessee. Veía la televisión (básicamente deportes), y cuando quería ahondar en alguna noticia, acudía al portal de internet *Drudge Report*. Ciertamente no era analfabeta en cuestiones informáticas. Elogiaba la red wifi del Moore College (que no era mediocre sino excepcional), y nunca iba a ningún sitio sin su portátil colgado al hombro. En la tapa tenía una foto de Tamika Catchings con una ceja partida y sangre en la cara, acompañada de la leyenda JUEGO COMO UNA CHICA.

Don Allman se quedó en silencio por un momento, golpeteándose el estrecho pecho con los dedos. Al otro lado de la ventana, las hojas de noviembre crepitaban en el patio de Moore. Finalmente dijo:

—¿El hecho de que Ellen te haya dejado tiene algo que ver con eso? —Señaló con el mentón el nuevo compañero electrónico de Wesley—. Sí, ¿verdad? Has decidido leer en el ordenador, como todo el mundo. Para... ¿qué? ¿Para volver a atraerla?

—No —dijo Wesley, porque no quería decir la verdad: en algún sentido que aún no entendía plenamente lo había hecho para desquitarse de ella. O reírse de ella. O algo—. Ni mucho menos. Solo estoy experimentando con la nueva tecnología.

—Ya —dijo Don Allman—. Y yo soy Robert Frost haciendo un alto en el bosque en una puta noche cubierta de nieve.

Wesley tenía el coche en el Aparcamiento A, pero decidió recorrer a pie los tres kilómetros que lo separaban de su piso, cosa que hacía a menudo cuando quería pensar. Con paso cansino, avanzó por Moore Avenue. Dejó atrás primero las asociaciones estudiantiles, luego los bloques de apartamentos que arrojaban desde todas las ventanas música rock y rap a todo volumen, y luego los bares y restaurantes de comida para llevar, que actuaban como sistema de soporte vital de todos los pequeños centros universitarios de Estados Unidos. Había también una librería especializada en libros de texto usados y éxitos del año anterior a mitad de precio. Ofrecía un aspecto polvoriento y decaído y con frecuencia estaba vacía.

Porque la gente estaba en casa leyendo en el ordenador, suponía Wesley.

El viento movía las hojas marrones en torno a sus pies. La cartera golpeteaba contra su rodilla. Contenía sus manuales, el libro que leía en esos momentos por placer (2666, de Roberto Bolaño), y una libreta de hermosas tapas marmoladas. Esto último había sido regalo de Ellen con ocasión de su cumpleaños.

«Para tus ideas sobre el libro», había dicho.

Eso fue en julio, cuando las cosas entre ellos todavía iban de perlas y tenían el campus prácticamente para ellos solos. La libreta en blanco tenía más de doscientas páginas, pero solo en la primera había plasmado algo con su letra grande y achatada.

En lo alto de la página (en mayúsculas) se leía: ¡IDEAS PARA LA NOVELA! Debajo de

eso: *un joven descubre que tanto su padre como su madre tienen aventuras*

Y

Un joven, ciego de nacimiento, es secuestrado por su abuelo demente que

Y

Un adolescente se enamora de la madre de su mejor amigo y

Debajo de esta aparecía la última idea, escrita poco después de que Ellen lanzara *Deliverance* a la otra punta del salón y saliera de su vida.

Un profesor auxiliar de un pequeño centro universitario, tímido pero entregado a su trabajo, y su novia, deportista pero en gran medida analfabeta, tienen una pelea después

Probablemente era la mejor idea —escribe de lo que conoces, en eso coincidían todos los expertos—, pero él no lo conseguía. Hablar con Don ya le había representado un gran esfuerzo. Y ni siquiera entonces había sido capaz de sinceridad total. No había admitido, por ejemplo, lo mucho que deseaba recuperarla.

Cuando se acercaba al piso de tres habitaciones que consideraba su hogar —lo que Don Allman a veces llamaba su «alegre nido de soltero»—, Wesley volvió a pensar en aquel chico, Henderson. ¿Se llamaba Richard o Robert? Wesley tenía un bloqueo con eso, no igual que el bloqueo que le impedía dar cuerpo a cualquiera de las fragmentarias declaraciones de objetivos para su novela, pero tampoco del todo ajeno. Sospechaba que todos esos bloqueos eran en esencia de carácter histérico, como si el cerebro detectara (o creyera detectar) una desagradable bestia interior y la encerrara en una celda con una puerta de acero. Podía oírla aporrear y saltar ahí dentro como un mapache rabioso que mordería a quien se le acercara, pero no podía verla.

El chico, Henderson, jugaba con el equipo de fútbol —de guardia nariz o base o algo por el estilo—, y si bien sobre el césped era una calamidad como todos los demás, era buen chico y un estudiante más que aceptable. Wesley le tenía simpatía. Así y todo, de buena gana le habría arrancado la cabeza cuando lo sorprendió en clase con lo que, supuso, era una agenda electrónica o un moderno teléfono móvil. Eso ocurrió poco después de que Ellen lo dejara. En esos primeros días posteriores a la ruptura, a menudo, sin darse cuenta, se le hacían las tres de la madrugada y allí seguía, en vela, extrayendo de la estantería algún consuelo literario: normalmente alguna de las aventuras de sus viejos amigos Jack Aubrey y Stephen Maturin, narradas por Patrick O'Brian. Y ni siquiera eso le había impedido recordar el vibrante portazo con que Ellen abandonó su vida, probablemente para siempre.

Así que estaba de un péssimo humor y más que predisposto a descomedirse cuando se acercó a Henderson y dijo:

—Guárdelo. Esto es una clase de literatura, no un chat por internet.

Henderson alzó la vista y le dirigió una sonrisa encantadora. No puso fin al péssimo humor de Wesley, pero sí disipó su cólera en el acto. Más que nada porque no era un hombre colérico por naturaleza. Por naturaleza era *depresivo*, suponía, quizá

incluso distímico. ¿Acaso no había sospechado siempre que Ellen Silverman era demasiado buena para él? ¿No había sabido, en el fondo de su alma, que aquel portazo lo esperaba desde el mismísimo comienzo, cuando él se pasó toda la velada charlando con ella en una soporífera fiesta del claustro? Ellen jugaba como una chica; él jugaba como un monigote. Ni siquiera era capaz de ponerse como una fiera ante un alumno que estaba haciendo el ganso con su ordenador de bolsillo (o Nintendo, o lo que fuera) en clase.

—Es la tarea asignada, señor Smith —contestó Henderson (tenía en la frente un enorme moretón violáceo de la última vez que había vestido la camiseta azul de los Suricatos)—. Es *El caso de Paul*. Mire.

El chico dio la vuelta al artefacto para que Wesley lo viera. Era una tablilla blanca plana, rectangular, de menos de un centímetro de grosor. En lo alto se leía **amazonkindle**, sobre el logo de la sonrisa que Wesley conocía bien; no era del todo analfabeto en cuestiones informáticas, y había encargado libros a Amazon muchas veces (aunque por norma visitaba antes la librería del pueblo, en parte por lástima; incluso el gato que se pasaba casi toda la vida adormilado en el alféizar parecía desnutrido).

Lo interesante de ese artefacto no era el logo en lo alto ni el diminuto teclado al pie. Era sobre todo la pantalla, y en la pantalla no aparecía un videojuego donde hombres y mujeres jóvenes de cuerpos hipertrofiados mataban zombis entre las ruinas de Nueva York, sino una página del relato de Willa Cather sobre el chico pobre con delirios destructivos.

Wesley tendió la mano pero de repente se contuvo.

—¿Puedo?

—Adelante —dijo Henderson, Richard o Robert—. No está nada mal. Se pueden descargar libros de la nada y se puede agrandar el cuerpo de la letra tanto como se quiera. Además, los libros salen más baratos porque no hay papel ni encuadernación.

Eso causó un ligero escalofrío a Wesley. Cayó en la cuenta de que casi todos los alumnos de su curso de introducción a la literatura estadounidense lo observaban. Wesley supuso que para ellos era difícil decidir si él, como persona de treinta y cinco años, era de la Vieja Escuela (como el caduco doctor Wence, que parecía un cocodrilo con traje y chaleco) o de la Nueva Escuela (como Suzanne Montanaro, quien se complacía en poner *Girlfriend* de Avril Lavigne durante su clase de introducción al teatro moderno). Wesley supuso que su reacción ante el Kindle de Henderson los ayudaría a ese respecto.

—Señor Henderson —dijo—, siempre habrá libros. Lo que significa que siempre habrá papel y encuadernación. Los libros son *objetos reales*. Los libros son *amigos*.

—Sí, pero... —replicó Henderson, su encantadora sonrisa se tornó un tanto pícara.

—¿Pero?

—También son ideas y emociones. Lo dijo usted en su primera clase.

—Bueno —respondió Wesley—, ahí me ha pillado. Pero los libros no son únicamente ideas. Los libros tienen olor, por ejemplo. Un olor que mejora con los años, que se vuelve más propicio a la nostalgia. ¿Tiene olor este artefacto suyo?

—No —admitió Henderson—. Lo cierto es que no. Pero al pasar las páginas... aquí, con este botón..., parece que giran, como en un libro de verdad, y se puede saltar a cualquier página que uno desee, y cuando está en reposo, muestra retratos de escritores famosos, y tiene autonomía, y...

—Es un ordenador —atajó Wesley—. Está leyendo en un ordenador.

Henderson había cogido de nuevo su Kindle.

—Sigue siendo *El caso de Paul*.

—¿No había oído hablar del Kindle, señor Smith? —preguntó Josie Quinn. Empleó el mismo tono que utilizaría un antropólogo benévolamente para preguntar a un miembro de la tribu de los kombai de Papúa Nueva Guinea si alguna vez había oído hablar de las estufas eléctricas y los zapatos con alzas.

—No —contestó él, no porque fuera verdad (había visto algo llamado Tienda Kindle cuando compraba libros en Amazon), sino porque, en resumidas cuentas, quizás prefería que se lo percibiese como elemento de la Vieja Escuela. La Nueva Escuela era en cierto modo... mediocre.

—Tiene que comprarse uno —sugirió Henderson.

—Quizás lo haga —contestó Wesley sin pensárselo siquiera, y la clase prorrumpió en un espontáneo aplauso. Por primera vez desde la marcha de Ellen sintió un leve júbilo. Porque los alumnos querían que él se comprara un artefacto lector de libros, y también porque el aplauso inducía a pensar que lo consideraban Vieja Escuela. Vieja Escuela *educable*.

No se planteó en serio la adquisición de un Kindle (si era de la Vieja Escuela, lo suyo eran los libros, estaba claro) hasta pasadas un par de semanas. Un día, mientras volvía a casa desde la universidad, imaginó que Ellen lo veía cruzar el patio parsimoniosamente con su Kindle y pulsar el botón PÁGINA SIGUIENTE.

Pero ¿qué haces?, preguntaría. Hablándole por fin.

Leyendo en el ordenador, diría él. *Como todo el mundo*.

¡Por despecho!

Pero, como tal vez habría dicho Henderson, ¿era eso malo? Se le ocurrió que el despecho era una especie de metadona para los amantes, y mejor que el síndrome de abstinencia.

Cuando llegó a casa, encendió su ordenador de sobremesa Dell (no tenía portátil y se enorgullecía de ello) y entró en la web de Amazon. Preveía que el aparato costaría unos cuatrocientos dólares, quizás más si existía un modelo Cadillac, y le sorprendió descubrir que era mucho más barato. Luego fue a la Tienda Kindle (de la que hasta entonces había prescindido tan airosamente) y constató que Henderson tenía razón: los libros eran baratísimos. Las novelas en tapa dura (*qué tapa, ja ja*) tenían precios inferiores a la mayoría de los libros encuadrados en rústica que había comprado

recientemente. Teniendo en cuenta lo que gastaba en libros, enseguida rentabilizaría el Kindle. En cuanto a la reacción de sus colegas —todas esas cejas enarcadas—, Wesley descubrió que le complacía la perspectiva. Lo que lo llevó a una interesante percepción de la naturaleza humana, o al menos la naturaleza humana del académico: a uno le gustaba que los alumnos lo percibieran como Vieja Escuela, y los colegas como Nueva Escuela.

Se imaginó su propia respuesta: *Estoy experimentando con la nueva tecnología.*

Le gustó cómo quedaba. Era Nueva Escuela de todas todas.

Y por supuesto pensaba con agrado en la reacción de Ellen. Ya no le dejaba mensajes en el contestador, y había empezado a eludir los lugares —The Pit Stop, Harry's Pizza— donde cabía la posibilidad de encontrársela, pero eso podía cambiar. Desde luego, *Estoy leyendo en el ordenador, como todo el mundo* era una frase excelente que no debía desperdiciar.

Bah, es insignificante, se reprendió, allí ante su ordenador, mientras miraba la imagen del Kindle. *Es un despecho tan insignificante que seguramente no envenenaría ni a un gatito recién nacido.*

¡Ciento! Pero ese era el único despecho del que era capaz. ¿Por qué no sucumbir a él?

Así que clicó en la casilla Comprar Kindle, y el aparato le llegó un día después, en una caja en la que aparecía el logo de la sonrisa y el rótulo ENVÍO 1 DÍA. Wesley no había marcado la opción «Envío 1 día», y se quejaría si ese cargo aparecía en el extracto de la MasterCard, pero sacó del envoltorio su nueva adquisición con auténtico placer, similar al placer que experimentaba al abrir una caja de libros, pero más intenso. Porque tenía la sensación de adentrarse en lo desconocido, supuso. No es que esperara que el Kindle sustituyera a los libros, o que fuera mucho más que una novedad pasajera, en realidad, algo que capturara su atención durante semanas o meses y después quedara olvidado en el estante de cachivaches de su sala de estar, acumulando polvo junto al cubo de Rubik.

No le chocó especialmente que su Kindle —a diferencia del de Henderson, que era blanco— fuese rosa.

No al principio.

II. Funciones Ur

Cuando Wesley regresó a su piso después de su conversación íntima con Don Allman, la luz indicadora de mensaje de su contestador parpadeaba. Dos mensajes. Pulsó el botón de reproducción, esperando oír a su madre quejarse de la artritis y dejar caer cáusticos comentarios sobre ciertos hijos que efectivamente telefoneaban a sus casas más de dos veces al mes. Seguiría la llamada automática del *Echo* de Moore

para recordarle —por décima vez— que su suscripción había caducado. Pero no era su madre ni era el periódico. Cuando oyó la voz de Ellen, se quedó inmóvil con el brazo tendido hacia una cerveza y allí inclinado, con una mano en el gélido resplandor de la nevera, escuchó.

«Hola, Wes —decía con un tono de inseguridad impropio de ella. Seguía un largo silencio, tan largo que Wesley se preguntó si ahí acababa el mensaje. De fondo se oían gritos reverberantes y los botes de las pelotas. Estaba en el pabellón, al menos en el momento de dejar el mensaje—. He estado pensando en nosotros. Pensando que quizás deberíamos intentarlo otra vez. Te echo de menos. —Y a continuación, como si lo hubiera visto echarse a correr hacia la puerta, añadía—: Pero todavía no. Necesito pensar un poco más sobre... eso que dijiste. —Un silencio—. Hice mal en tirar tu libro de esa manera, pero estaba alterada. —Otro silencio, casi tan largo como el que había seguido a su saludo inicial—. Este fin de semana hay un torneo de pretemporada en Lexington. Ya sabes, ese que llaman Bluegrass. Es muy importante. Quizás cuando vuelva, deberíamos hablar. Por favor, no me llames hasta entonces, porque tengo que concentrarme en las chicas. La defensa va fatal, y de hecho solo tengo una chica capaz de lanzar desde el perímetro, y..., no sé, probablemente esto es un gran error».

—No lo es —dijo Wesley al contestador. El corazón le bombeaba con fuerza. Seguía inclinado ante la nevera abierta, sintiendo emanaciones de aire frío en el rostro, que, por contraste, se notaba muy caliente—. Créeme, no lo es.

«El otro día comí con Suzanne Montanaro, y dice que llevas encima uno de esos aparatos electrónicos de lectura. A mí eso me pareció..., no sé, una señal de que deberíamos intentarlo otra vez. —Se rio, y a renglón seguido profirió tal grito que Wesley se sobresaltó—. ¡Persigue esa bola suelta! ¡O corres, o al banquillo! —A continuación—: Perdona. Tengo que dejarte. No me llames. Ya te llamaré yo. Un día u otro. Después del Bluegrass. Perdona por no haber contestado a tus llamadas pero... heriste mis sentimientos, Wes. Las entrenadoras también tenemos sentimientos, ¿sabes? Su...»

Un pitido la interrumpió. El tiempo de mensaje previsto se había agotado. Wesley pronunció la palabra que el editor no permitió usar a Norman Mailer en *Los desnudos y los muertos*.

Luego empezó el segundo mensaje, y Ellen volvió.

«Supongo que los profesores de literatura también tienen sentimientos. Según Suzanne, no estamos hechos el uno para el otro; según ella, tenemos intereses demasiado alejados. Pero... quizás haya un terreno intermedio. Ne... necesito pensarlo. No me llames. No estoy del todo preparada. Adiós».

Wesley cogió su cerveza. Sonreía. De pronto recordó el despecho que anidaba en su corazón desde hacía un mes y dejó de sonreír. Se acercó al calendario colgado en la pared y escribió TORNEO DE PRETEMPORADA sobre el sábado y el domingo. Se quedó inmóvil y luego trazó una línea a lo largo de los días laborables siguientes, una línea

sobre la que escribió ELLEN???

Hecho esto, se sentó en su butaca preferida, se bebió la cerveza e intentó leer 2666. Era un libro disparatado, pero tenía su interés.

Se preguntó si lo tendrían en la Tienda Kindle.

Esa noche, después de reproducir los mensajes de Ellen por tercera vez, Wesley volvió a su Dell y entró en la página web del departamento de deporte para consultar los detalles relativos al Torneo Invitacional de Pretemporada Bluegrass. Sabía que sería un error presentarse allí, y no tenía intención de hacerlo, pero sí quería saber contra quiénes jugaban las Suricatas, y cuándo regresaría Ellen.

Resultó que competían ocho equipos, siete de segunda división y solo uno de tercera: las Suricatas de Moore. Wesley se enorgulleció de Ellen al verlo, y una vez más se avergonzó de su despecho..., del que ella (¡por suerte para él!) nada sabía. Ellen en realidad pensaba, al parecer, que había comprado el Kindle con la idea de transmitirle un mensaje: *Quizá tengas razón, y quizás yo pueda cambiar. Quizás podamos los dos.* Supuso que si las cosas iban bien, a su debido tiempo él llegaría a convencerse de que en efecto así era.

En la página web vio que el equipo partiría con rumbo a Lexington en autobús a las doce del mediodía del viernes siguiente. Esa tarde se entrenarían en el Rupp Arena y jugarían su primer partido —contra las Bulldogs de la Universidad Estatal Truman, Indiana— el sábado por la mañana. Lo cual significaba que no tendría noticias de ella hasta el lunes siguiente como muy pronto.

La semana iba a hacérsele muy larga.

—Y —dijo a su ordenador (¡que sabía escuchar!)— puede que decida que prefiere no intentarlo otra vez. Tengo que estar preparado para eso.

Bueno, él sí podía intentarlo. Y también podía llamar a Suzanne Montanaro, ese mal bicho, y decirle sin pelos en la lengua que dejaría de hacer campaña contra él. ¿Por qué lo había hecho, ya de entrada? ¡Por Dios, era su colega!

Solo que si Wesley optaba por eso, tal vez Suzanne fuera derecha con el cuento a su amiga Ellen (¿amiga?, ¿quién iba a saberlo?, ¿quién iba siquiera a sospecharlo?). Sería mejor pasar por alto ese aspecto de la situación. Aunque, según parecía, el despecho no había abandonado por completo su corazón. Ahora lo dirigía contra la señorita Montanaro.

—Da igual —dijo a su ordenador—. George Herbert se equivocaba. Vivir bien no es la mejor venganza; amar bien lo es.

Se disponía ya a apagar el ordenador cuando recordó un comentario de Don Allman sobre el Kindle de Wesley: *Pensaba que solo los hacían en blanco.* Desde luego el de Henderson era blanco, pero —¿cómo era aquel dicho?— una golondrina no hace verano. Después de unos cuantos falsos inicios, Google (rebosante de información pero en esencia más tonto que un zapato) lo llevó a Webs de Fans de

Kindle. Encontró una que se llamaba Kindle Kandel. En lo alto aparecía una extraña fotografía de una mujer con indumentaria cuáquera que leía en su Kindle a la luz de una candela. (O posiblemente a la luz de una kandela). Ahí leyó varios posts —quejas, en su mayor parte— donde aludían al hecho de que el Kindle se hacía en un solo color, que un bloguero describía como «blanco vulgar y corriente propenso a acumular mugre». Debajo, una respuesta sugería al autor de la queja que, si se empeñaba en leer con los dedos sucios, comprara una funda a medida para su Kindle. «Del color que tú quieras —añadía—. ¡Madura y muestra un poco de creatividad!».

Wesley apagó el ordenador, entró en la cocina, cogió otra cerveza y sacó su propio Kindle de la cartera. Su Kindle rosa. Excepto por el color, era exactamente igual que los que mostraban en la página web Kindle Kandel.

—Kindle-Kandel, bliblibli-blablabla —dijo—. Será solo un defecto del plástico.

Quizá, pero ¿por qué se lo habían enviado mediante entrega exprés en un solo día cuando él no lo había especificado así? ¿Acaso porque alguien en la fábrica de Kindle quería deshacerse lo antes posible del mutante rosa? Eso era ridículo. Lo habrían desecharo. Una víctima más del control de calidad.

¿Podría utilizarse un Kindle para acceder a internet? No lo sabía, y recordó que el suyo tenía también otra rareza: carecía de manual de instrucciones. Pensó en volver con los miembros de Kindle-Kandel para consultar su duda sobre internet, pero descartó la idea. Al fin y al cabo, solo estaba tonteando, empezando a matar las horas entre ese momento y el lunes siguiente, cuando quizás tuviera otra vez noticias de Ellen.

—Te echo de menos, nena —dijo, y le sorprendió percibir un temblor en su voz. En efecto la echaba de menos. No se había dado cuenta de lo mucho que la añoraba hasta que oyó su voz. Había estado absorto en su propio ego herido. Por no hablar ya de su insignificante y pegajoso despecho.

Se inició en la pantalla titulada «Kindle de Wesley». Allí aparecía una lista con los libros comprados hasta ese momento: *Vía revolucionaria*, de Richard Yates, y *El viejo y el mar*, de Hemingway. El aparato llevaba precargado el *New Oxford American Dictionary*. Bastaba con empezar a escribir la palabra, y el Kindle la encontraba. Aquello era, pensó, el TiVo de los ratones de biblioteca.

Pero ¿se podía acceder a internet?

Pulsó Menú y se le ofrecieron diversas opciones. La primera (por supuesto) lo invitaba a COMPRAR EN LA TIENDA KINDLE. Pero casi al final incluía una opción que describía como EXPERIMENTAL. Eso parecía interesante. Desplazó el cursor hasta ahí, abrió, y leyó lo siguiente en lo alto de la pantalla: *Estamos trabajando en estos prototipos experimentales. ¿Los considera útiles?*

—Bueno, no lo sé —dijo Wesley—. ¿Qué son?

El primer prototipo resultó ser WEB BÁSICA. Así pues, la respuesta a su duda sobre internet era sí. Por lo visto, el Kindle estaba mucho más informatizado de lo que parecía a simple vista. Echó un vistazo a las otras opciones experimentales: descargas

musicales (gran hurra) y conversión de texto a voz (que podía resultar práctico si uno era ciego). Pulsó Página Siguiente para ver si quedaba algún otro prototipo experimental. Había uno más: Funciones Ur.

¿Qué demonios era eso? Ur, que él supiera, tenía solo dos significados: una ciudad del Antiguo Testamento y un prefijo que denotaba la idea de «primitivo» o «elemental». La pantalla no lo ayudó; si bien ofrecía explicaciones de las otras funciones experimentales, no había ninguna para eso. En fin, tenía una manera de averiguarlo. Marcó Funciones Ur y seleccionó la opción.

Apareció un nuevo menú. Constaba de tres elementos: Libros Ur, Archivo de Noticias Ur y Ur Local (en construcción).

—¿Eh? —dijo Wesley—. ¿Qué diantres...?

Marcó Libros Ur, colocó el dedo sobre Seleccionar, pero vaciló. De pronto se notó la piel fría, como cuando, al oír la voz grabada de Ellen, se quedó inmóvil con la mano tendida hacia la nevera para coger una cerveza. Más tarde pensaría: *Fue mi propia ur. Algo elemental y primitivo muy dentro de mí, que me decía que no apretara ese botón.*

Pero ¿acaso no era él un hombre moderno? ¿Un hombre que ahora leía en el ordenador?

Lo era. Lo era. Así que lo pulsó.

La pantalla se quedó en blanco y al cabo de un momento ¡BIENVENIDO A LIBROS UR! apareció en lo alto... ¡y en rojo! Los miembros de Kindle-Kandel estaban por detrás en la curva tecnológica, al parecer; sí *había* Kolor en el Kindle. Bajo el mensaje de bienvenida aparecía una ilustración: no un retrato de Charles Dickens o Eudora Welty, sino una gran torre negra. Tenía algo de amenazador. Debajo, también en rojo, se invitaba al lector a *Seleccionar autor* (*puede que su elección no esté disponible*). Y debajo de eso, un cursor parpadeante.

—Qué demonios —dijo Wesley a la sala vacía. Se humedeció los labios, repentinamente secos, y tecleó ERNEST HEMINGWAY.

En la pantalla se borró todo. La función, fuera cual fuese, aparentemente no estaba activada. Al cabo de unos diez segundos Wesley tendió la mano hacia el Kindle con la intención de apagarlo. Antes de que pudiera deslizar lateralmente el interruptor, la pantalla presentó por fin un nuevo mensaje:

BÚSQUEDA REALIZADA EN 10 438 721 URS
17 894 TÍTULOS DE ERNEST HEMINGWAY ENCONTRADOS
SI NO CONOCE EL TÍTULO, SELECCIONE UR
O VUELVA AL MENÚ DE FUNCIONES UR
LAS SELECCIONES DE SU ACTUAL UR NO
SE MOSTRARÁN

—Pero, por Dios, ¿*esto* qué es? —preguntó Wesley a la sala vacía.

Debajo del mensaje, el cursor parpadeaba. Por encima, en un cuerpo de letra pequeño (negro, no rojo), había otra instrucción: SOLO ENTRADA NUMÉRICA. SIN COMAS

Wesley sintió el poderoso y urgente deseo (*¡ur urgente!*) de apagar el Kindle rosa y meterlo en el cajón de los cubiertos. O dentro del congelador, junto con el helado y las cenas congeladas Stouffer's, quizá eso fuera incluso mejor. Optó, no obstante, por introducir su fecha de nacimiento en el minúsculo teclado. 1971974 serviría tanto como cualquier otro número, pensó. Volvió a vacilar y al cabo de un momento hincó la punta del dedo índice en Seleccionar. Esta vez, cuando la pantalla se quedó en blanco, tuvo que vencer el impulso de levantarse de la silla de cocina en la que estaba sentado y apartarse de la mesa. En su cabeza cobraba forma una delirante certidumbre: una mano —o tal vez una garra— iba a salir de la superficie gris de la pantalla del Kindle, cogerlo por el cuello y arrastrarlo hacia dentro. En adelante existiría eternamente en una grisura informatizada, flotando en torno a los microchips y entre los muchos mundos de Ur.

De repente la pantalla produjo letra, letra corriente y prosaica de toda la vida, y su temor supersticioso se desvaneció. Examinó con avidez la pantalla del Kindle (del tamaño de un libro de bolsillo pequeño), aunque ignoraba a qué venía esa avidez.

En lo alto constaba el nombre completo del autor —Ernest Miller Hemingway— y sus fechas de nacimiento y muerte. Seguía una larga lista de obras publicadas..., pero no era correcta. *Fiesta* salía... *Por quién doblan las campanas*..., los relatos... *El viejo y el mar*, por supuesto..., pero incluía también tres o cuatro títulos que Wesley no reconoció y, salvo por algún que otro texto menor, creía haber leído toda la considerable producción de Hemingway. Además...

Volvió a examinar las fechas y vio que la de la muerte era incorrecta. Hemingway había muerto el 2 de julio de 1961, de una herida de escopeta autoinfligida. Según la pantalla, en cambio, se había marchado a la gran biblioteca del cielo el 19 de agosto de 1964.

—La fecha de nacimiento también está mal —masculló Wesley. Deslizaba los dedos de la mano libre entre el pelo, al que daba nuevas formas exóticas—. Casi seguro. Debería ser 1899, no 1897.

Desplazó el cursor hasta uno de los títulos que desconocía: *Los perros de Cortland*. Eso era la delirante idea de una broma concebida por algún programador, tenía que serlo, pero *Los perros de Cortland* como mínimo sonaba a título de Hemingway. Wesley lo seleccionó.

La pantalla se quedó en blanco y al cabo de un momento mostró la cubierta de un libro. En la ilustración de la cubierta —en blanco y negro— dos perros ladraban alrededor de un espantapájaros. Al fondo se veía un cazador con un arma, sus hombros encorvados en actitud de cansancio o derrota (o lo uno y lo otro). El Cortland epónimo, probablemente.

En los bosques del norte de Michigan, James Cortland lidiá con la infidelidad de su mujer y su propia mortalidad. Cuando tres peligrosos delincuentes se presentan en la granja del viejo Cortland, el héroe más famoso de «Papa» se enfrenta a un atroz

dilema. Con esta su última novela, rica en incidentes y simbolismo, Hemingway obtuvo el premio Pulitzer poco antes de su muerte. 7,50 dólares.

Debajo de la imagen en miniatura, Kindle preguntaba: ¿COMPRAR ESTE LIBRO? S N.

—Chorradas —susurró Wesley a la vez que marcaba la S y pulsaba Seleccionar.

La pantalla quedó en blanco de nuevo y a continuación mostró un nuevo mensaje: *Con arreglo a todas las Leyes de la Paradoja aplicables, las novelas Ur no pueden divulgarse. ¿Está de acuerdo? S N.*

Sonriente —como correspondía a alguien que había captado la broma pero seguía el juego de todos modos—, Wesley seleccionó S. La pantalla quedó en blanco y después apareció nueva información.

¡GRACIAS, WESLEY!
HAS EFECTUADO EL PEDIDO DE TU NOVELA UR
EL IMPORTE, 7,50 DÓLARES, SE CARGARÁ EN TU TARJETA
RECUERDA QUE LAS NOVELAS UR TARDAN
MÁS EN DESCARGARSE
ENTRE 2-4 MINUTOS

Wesley volvió a la pantalla Kindle de Wesley. Allí seguían los mismos elementos —*Vía revolucionaria, El viejo y el mar, New Oxford American Dictionary*—, y estaba seguro de que eso no cambiaría. No existía ninguna novela de Hemingway titulada *Los perros de Cortland*, ni en este mundo ni en ningún otro. No obstante, se levantó y fue al teléfono. El timbre había sonado solo una vez cuando descolgaron.

—Don Allman. Y sí, soy un hombre errante de nacimiento —contestó su compañero de despacho en alusión a la canción de la Allman Brothers Band. Esta vez no se oían de fondo los sonidos reverberantes de un pabellón de deportes, sino solo el barbárico griterío de los tres hijos de Don, que parecían estar desmantelando la vivienda de los Allman tabla a tabla.

—Don, soy Weslie.

—¡Ah, Weslie! No nos vemos desde hace... ¡caramba, debe de hacer tres horas! —Desde algún lugar más recóndito en el manicomio donde, suponía Wesley, vivía Don con su familia, llegó algo parecido a un chillido mortal. Don Allman ni se inmutó—. Jason, no le tires eso a tu hermano. Sé buen trol y ve a ver *Bob Esponja*. —A continuación preguntó a Wesley—: ¿Necesitas algo de mí, Wes? ¿Algún consejo en cuanto a tu vida amorosa? ¿Recomendaciones para mejorar tu rendimiento sexual y tu vigor? ¿Un título para tu novela en curso?

—No tengo ninguna novela en curso, y tú lo sabes —replicó Wesley—. Pero sí quiero hablar de novelas. Conoces la *opera omnia* de Hemingway, ¿verdad?

—Me encanta cuando dices obscenidades.

—¿La conoces o no?

—Claro que sí. Pero no tan bien como tú, espero. Al fin y al cabo, tú eres el especialista en literatura estadounidense del siglo xx; yo me quedé en la época en que

los escritores llevaban peluca, tomaban rapé y decían cosas pintorescas como *pardiobre*. ¿Qué te ronda por la cabeza?

—Que tú sepas, ¿escribió Hemingway alguna obra narrativa sobre perros?

Don se detuvo a pensar mientras otro niño empezaba a chillar.

—Wes, ¿estás bien? Te noto un poco...

—Tu contéstame. ¿La escribió o no? —*Marque S o N*, pensó Wesley.

—Bien —dijo Don—. Por lo que puedo decir sin consultar mi fiel ordenador, no. Pero sí recuerdo que una vez afirmó que los partisanos de Batista mataron a palos a su chicho..., ¿qué te parece eso como factoide? Ya sabes, cuando estuvo en Cuba. Lo interpretó como señal de que Mary y él debían largarse por piernas a Florida, y así lo hicieron..., a toda mecha.

—No recordarás por casualidad el nombre de ese perro, ¿verdad?

—Creo que sí. Tendría que verificarlo en internet, pero me parece que se llamaba Negrita. Algo así. A mí me suena un tanto racista, pero ¿qué sé yo?

—Gracias, Don. —Wesley se notaba los labios adormecidos—. Hasta mañana.

—Wes, ¿seguro que estás...? ¡FRANKIE, DEJA ESO! ¡NO...! —Se oyó estrépito: algo se había roto—. Mierda. Creo que era de Delft. Tengo que dejarte, Wes. Hasta mañana.

—Bien.

Wesley regresó a la mesa de la cocina. Vio que en la página de contenido de su Kindle había aparecido un nuevo elemento. Una novela (o *algo*) titulado *Los perros de Cortland* se había descargado desde...

¿Dónde, exactamente? ¿Desde otro plano de realidad llamado Ur (o posiblemente UR) 1971974?

Wesley no tenía ya fuerzas para considerar esa idea absurda y descartarla. No obstante, sí tenía fuerzas para ir a la nevera y coger una cerveza. Que necesitaba. La abrió, se bebió la mitad de cinco largos tragos, eructó. Cuando se sentó, ya se encontraba un poco mejor. Marcó su nueva adquisición (7,50 dólares sería un precio francamente barato por un Hemingway sin descubrir, se dijo) y apareció la portadilla. La página siguiente contenía una dedicatoria: *A Sy, y a Mary, con cariño*. Después:

Capítulo 1

La vida de un hombre equivale a la de cinco perros, creía Cortland. El primero era aquel que te enseñaba. El segundo era aquel al que tú enseñabas. El tercero y el cuarto eran aquellos con los que trabajabas. El último era aquel que te sobrevivía. Ese era el perro del invierno. El perro del invierno de Cortland fue Negrita, pero él lo veía solo como el perro del espantapájaros...

Le subió líquido a la garganta. Corrió al fregadero, se inclinó e hizo el esfuerzo de

retener la cerveza. El gaznate se le apaciguó, y abrió el grifo, no ya para que el chorro se llevara un vómito por el desagüe, sino para ahuecar las manos y remojarse la piel sudorosa. Eso ya estaba mejor.

Después volvió al Kindle y se quedó mirándolo.

La vida de un hombre equivale a la de cinco perros, creía Cortland.

En algún lugar —en alguna universidad mucho más ambiciosa que Moore de Kentucky— existía un ordenador programado para leer libros e identificar a los escritores por sus tics y sus tacs estilísticos, que supuestamente eran tan únicos como las huellas dactilares o los copos de nieve. Wesley recordaba vagamente que ese programa de ordenador se había utilizado para identificar al autor de una novela seudónima titulada *Colores primarios*; el programa había analizado a millares de escritores en cuestión de horas o días y había dado con un columnista de una revista de noticias llamado Joe Klein que después admitió la paternidad literaria.

Wesley pensó que si introducía *Los perros de Cortland* en ese ordenador daría el nombre de Ernest Hemingway. En realidad no creía que necesitase un ordenador.

Alzó el Kindle entre sus manos, que ahora le temblaban de mala manera.

—¿Tú qué *eres*? —preguntó.

III. Wesley se niega a enloquecer

En una verdadera noche oscura del alma, había dicho Scott Fitzgerald, *siempre son las tres de la madrugada, día tras día.*

A las tres de la madrugada de aquel martes, Wesley yacía en vela. Se sentía afiebrado y se preguntaba si aquello no sería una crisis nerviosa. Se había obligado a apagar el Kindle rosa y a guardarlo otra vez en la cartera hacía una hora, pero su influencia sobre él seguía siendo tan poderosa como a las doce de la noche, cuando se hallaba aún abismado en el menú de Libros Ur.

Había buscado Ernest Hemingway en dos docenas de los casi diez millones y medio de Urs de Kindle, y había encontrado al menos veinte novelas cuya existencia desconocía. En uno de los Urs (casualmente el 2061949, que, una vez descompuesto, era la fecha de nacimiento de su madre), Hemingway era, al parecer, autor de novela negra. Wesley se había descargado el título *¡Es sangre, querida!*, que era, como vio, la clásica novelucha de género... pero escrita con unas frases entrecortadas y contundentes que habría reconocido en cualquier parte.

Frases de *Hemingway*.

E incluso como escritor de novela negra se había apartado lo suficiente de las guerras de bandas y las debutantes péridas y sanguinarias para escribir *Adiós a las armas*. Siempre escribía *Adiós a las armas*, por lo visto; otros títulos iban y venían, pero *Adiós a las armas* siempre estaba ahí, y *El viejo y el mar* estaba normalmente.

Probó con Faulkner.

Faulkner no salía ni una sola vez, en ninguna Ur.

Consultó en el menú corriente y encontró Faulkner en abundancia. Pero solo en esta realidad, aparentemente.

¿*Esta* realidad?

Era alucinante.

Consultó Roberto Bolaño, el autor de *2666*, y aunque esta no estaba disponible en el menú normal de Kindle, sí figuraba en varios submenús de Libros Ur. Lo mismo ocurría con otras novelas de Bolaño, incluido (en Ur 101) un libro con el pintoresco título *Marilyn se la chupa a Fidel*. Estuvo a punto de descargarse ese, pero cambió de idea. Tantos autores, tantos Urs, tan poco tiempo.

Una parte de su mente —remota y sin embargo francamente aterrorizada— insistía aún en que aquello era una enrevesada broma surgida de la imaginación de un programador chiflado. No obstante, las pruebas, que continuó acumulando conforme avanzaba la noche, indicaban lo contrario.

James Cain, por ejemplo. En una Ur que Wesley consultó, había muerto extraordinariamente joven, creando solo dos libros: *Anochecer* (uno nuevo) y *Mildred Pierce* (uno de los de siempre). Wesley habría dado por sentado que *El cartero siempre llama dos veces* era una constante en Cain —su *ur*-novela, por así decirlo—, pero no. Aunque consultó una docena de Urs en busca de Cain, encontró *El cartero* solo una vez. *Mildred Pierce*, en cambio, que de hecho él consideraba una obra de Cain muy menor, siempre estaba. Como *Adiós a las armas*.

Había consultado su propio nombre y descubierto lo que se temía: aunque los Urs racaneaban con los Wesley Smith (por lo visto uno era escritor de westerns, otro autor de novelas porno tales como *Fiesta en bragas en Pittsburgh*), ninguno parecía ser él. Por supuesto no podía estar seguro en un cien por cien, pero aparentemente se había tropezado con 10,4 millones de realidades alternativas, y él era un perdedor inédito en todas ellas.

Totalmente despierto en su cama, escuchando los ladridos de un perro solitario a lo lejos, Wesley empezó a temblar. En ese momento sus propias aspiraciones literarias se le antojaban algo muy secundario. Lo que importaba —lo que se cernía sobre su vida y su misma cordura— eran los tesoros ocultos dentro de ese delgado panel rosa de plástico. Pensó en todos los escritores cuyo fallecimiento había lamentado, desde Norman Mailer y Saul Bellow hasta Donald Westlake y Evan Hunter; Tánatos apagó sus voces mágicas, uno tras otro, y ya no hablaron más.

Pero ahora podían.

Podían hablarle a él.

Apartó la sábana. El Kindle lo llamaba, pero no con una voz humana. Sonaba como el latido de un corazón, el corazón delator de Poe, procedente no de debajo de las tablas del suelo sino del interior de su cartera, y...

¡Poe!

¡Dios bendito, no había consultado Poe!

Había dejado la cartera en el sitio de costumbre, junto a su butaca preferida. Apresuradamente fue hasta ella, la abrió, agarró el Kindle y lo conectó a la corriente (no quería arriesgarse a quedarse sin batería). Apresuradamente fue a LIBROS UR, tecleó el nombre de Poe, y en su primer intento encontró un Ur —2555676— donde Poe había vivido hasta 1875 en lugar de morir en 1849 a los cuarenta años. ¡Y esa versión de Poe había escrito novelas! ¡Seis! Con el corazón rebosante de avidez, Wesley deslizó la mirada sobre los títulos.

Una se titulaba *La casa de la vergüenza, o el precio de la degradación*. Wesley se la descargó —costaba solo 4,95 dólares— y leyó hasta el amanecer. Entonces apagó el Kindle rosa, apoyó la cabeza en los brazos y durmió durante dos horas sentado a la mesa de la cocina.

También soñó. Sin imágenes; solo palabras. ¡Títulos! Interminables hileras de títulos, muchos de ellos de obras maestras sin descubrir. Tantos títulos como estrellas en el firmamento.

Sobrellevó el martes y el miércoles —mal que bien—, pero durante la clase de introducción a la literatura estadounidense del jueves, la falta de sueño y la sobreexcitación le pasaron factura. Por no hablar de que su percepción de la realidad era cada vez más tenue. Hacia la mitad de su clase titulada Mississippi (que solía impartir con gran contundencia), donde planteaba que Hemingway estaba río abajo con respecto a Twain, y que casi toda la narrativa estadounidense del siglo xx estaba río abajo con respecto a Hemingway, cayó en la cuenta de que acababa de decir a sus alumnos que Papa nunca había escrito una gran historia sobre perros, pero si hubiese vivido más tiempo, sin duda lo habría hecho.

—Algo más sustancioso que *Una pareja de tres* —dijo, y se echó a reír con inquietante buen humor.

Dio la espalda a la pizarra y vio que veintidós pares de ojos lo miraban con diversos grados de preocupación, desconcierto y jocosidad. Oyó un murmullo, bajo, pero tan claro como los latidos del corazón del viejo a oídos del narrador loco de Poe: «Smithy está perdiendo la chaveta».

Smithy no estaba perdiendo la chaveta, aún no, pero no cabía duda de que corría el *peligro* de perderla.

Me niego, pensó. Me niego, me niego. Y advirtió, para su propio horror, que estaba pronunciando esas palabras en susurros.

Henderson, que se sentaba en la primera fila, lo había oído.

—¿Señor Smith? —Una vacilación—. ¿Se encuentra bien?

—Sí —contestó él—. No. Debo de haber pillado algún virus o algo. —*El escarabajo dorado de Poe*, pensó, y a duras penas consiguió reprimir una carcajada de loco—. Se acabó la clase. Venga, márchense.

Y mientras los alumnos se encaminaban atropelladamente hacia la puerta, tuvo la presencia de ánimo suficiente para añadir:

—¡La semana que viene Raymond Carver! ¡No se olviden! *Tres rosas amarillas!*

Y pensó: *¿Qué más habrá de Raymond Carver en los mundos de Ur? ¿Hay uno de esos mundos —o una docena, o un millar— en el que dejó de fumar, vivió hasta los setenta y escribió otros cinco o seis libros?*

Sentado tras su mesa, tendió la mano hacia la cartera que contenía el Kindle rosa, pero la retiró. Volvió a tenderla, se interrumpió de nuevo y gimió. Era como una droga. O una obsesión sexual. Al venirle esa idea a la cabeza, se acordó de Ellen Silverman, cosa que no ocurría desde que descubrió los menús ocultos del Kindle. Por primera vez desde la ruptura, Ellen había desaparecido por completo de su cabeza.

Irónico, ¿no? Ahora estoy leyendo en el ordenador, Ellen, y no puedo parar.

—Me niego a pasar el resto del día con la vista clavada en eso —dijo—, y me niego a enloquecer. Me niego a tener la vista clavada, y me niego a enloquecer. A tener la vista clavada o a enloquecer. Me niego a las dos cosas. Me...

¡Pero el Kindle rosa estaba ya en su mano! ¡Lo había sacado a la vez que negaba su poder sobre él! ¿Cuándo lo había hecho? ¿Y de verdad se proponía quedarse sentado en esa aula vacía, suspirando por ese objeto?

—¿Señor Smith?

La voz lo sobresaltó de tal modo que el Kindle se le cayó en la mesa. Lo agarró en el acto y lo examinó, horrorizado por si se había roto, pero estaba intacto. Gracias a Dios.

—No quería asustarlo.

Era Henderson, en el umbral, con cara de preocupación. Eso no sorprendió mucho a Wesley. *Si yo me viera a mí mismo ahora, probablemente también me preocuparía.*

—Ah, no me has asustado —dijo Wesley. Esta mentira manifiesta se le antojó graciosa, y casi ahogó una risita. Se tapó la boca con la mano para contenerla.

—¿Qué le pasa? —Henderson avanzó un paso—. Creo que sí ha pillado algo, y no un simple virus. Oiga, tiene muy mal aspecto. ¿Ha recibido una mala noticia o algo así?

Wesley estuvo en un tris de decirle que se metiera en sus asuntos, que nadie le había dado vela en ese entierro, que se comprara un bosque y se perdiera, pero de pronto la parte horrorizada de él, hasta ese momento encogida en el rincón más recóndito de su cerebro, la que insistía en que el Kindle rosa era una broma pesada o la treta inicial de un elaborado timo, decidió dejar de esconderse y empezar a actuar.

Si de verdad te niegas a enloquecer, más vale que hagas algo al respecto, dijo esa parte. *¿Cómo lo ves?*

—¿Cuál es su nombre de pila, señor Henderson? Se me ha borrado de la cabeza por completo.

El chico sonrió. Una sonrisa afable, pero la preocupación seguía en sus ojos.

—Robert, señor. Robbie.

—Bien, Robbie, puedes llamarme Wes. Y quiero enseñarte una cosa. O no verás nada, en cuyo caso yo tengo alucinaciones, y muy probablemente padezco una crisis nerviosa, o verás algo que te dejará pasmado. Ven a mi despacho, ¿quieres?

Henderson intentó hacer alguna que otra pregunta mientras cruzaban el mediocre patio de Moore. Wesley las evitó, pero se alegraba de que Robbie Henderson hubiese vuelto, y era un alivio para él que la parte horrorizada de su mente hubiera tomado la iniciativa y se hubiera hecho oír. Se sentía mejor en cuanto al Kindle —*más seguro*— que en ningún otro momento desde el hallazgo de los menús ocultos. En un cuento, Robbie Henderson no vería nada y el protagonista concluiría que estaba perdiendo la razón. O la había perdido ya. Wesley casi albergaba esa esperanza, porque...

Porque quiero que sea una alucinación. Si lo es, y si con ayuda de este joven, logro reconocerla como tal, seguramente conseguiré evitar la locura. Y me niego a enloquecer.

—Está susurrando, señor Smith —observó Robbie—. Wes, quiero decir.

—Perdona.

—Me da usted un poco de miedo.

—También a mí me doy un poco de miedo.

En el despacho, Don Allman, con los auriculares puestos, corregía unos trabajos y cantaba sobre Jeremiah, la rana toro, en una voz que rebasaba los límites de lo inarmónico y entraba en el territorio inexplorado de lo verdaderamente execrable. Apagó su iPod al ver a Wesley.

—Pensaba que tenías clase.

—La he suspendido. Te presento a Robert Henderson, uno de mis alumnos de literatura estadounidense.

—Robbie —dijo Henderson, y tendió la mano.

—Hola, Robbie. Soy Don Allman. Uno de los hermanos Allman menos conocidos. Toco una miserable tuba.

Robbie rio educadamente y estrechó la mano a Don Allman. Hasta ese momento Wesley tenía pensado pedir a Don que saliera, en la idea de que le bastaba un solo testigo para constatar su desmoronamiento mental. Pero tal vez se trataba de uno de esos infrecuentes casos en que cuantos más fueran, más reirían.

—¿Necesitáis un poco de intimidad? —preguntó Don.

—No —contestó Wesley—. Quédate. Quiero enseñaros una cosa. Y si vosotros no veis nada y yo veo algo, gustosamente ingresaré en el Centro Psiquiátrico del Estado. —Abrió la cartera.

—¡Uau! —exclamó Robbie—. ¡Un Kindle rosa! ¡Me encanta! ¡Es el primero que veo!

—Ahora voy a enseñarte otra cosa que nunca has visto —dijo Wesley—. O creo que voy a enseñártelo.

Conectó el Kindle a la corriente y lo encendió.

Lo que convenció a Don Allman fue las *Obras completas de William Shakespeare* de Ur 17000. Tras descargar el libro a petición de Don —porque en ese Ur en particular Shakespeare había muerto no en 1616 sino en 1620—, los tres hombres descubrieron dos nuevas obras de teatro. Una se titulaba *Dos damas de Hampshire*, una comedia que aparentemente se había escrito poco después de *Julio César*. La otra era la tragedia *Un negro en Londres*, escrita en 1619. Wesley abrió esta y (con cierta renuencia) entregó el Kindle a Don.

Por lo regular, Don Allman era un hombre rubicundo y sonriente, pero conforme pasaba las páginas de los actos I y II de *Un negro en Londres*, fue perdiendo la sonrisa y el color. Al cabo de veinte minutos, durante los cuales Wesley y Robbie lo observaron inmóviles y en silencio, de pronto devolvió el Kindle a Wesley. Lo empujó con las yemas de los dedos, como si no quisiera ni tocarlo.

—¿Y bien? —preguntó Wesley—. ¿Cuál es el veredicto?

—Podría ser una imitación —respondió Don—, pero, claro está, siempre ha habido estudiosos que sostienen que las obras de Shakespeare no las escribió Shakespeare. Hay quienes defienden que son de Christopher Marlowe..., Francis Bacon..., incluso el conde de Derby...

—Ya, y James Frey escribió *Macbeth* —apuntó Wesley—. Pero ¿tú qué opinas?

—Opino que esto podría ser un auténtico Willie —declaró Don. Parecía al borde del llanto. O de la risa. O de lo uno y lo otro—. Me parece demasiado elaborado para ser una broma. Y si es un engaño, no entiendo en qué consiste. —Tendió un dedo hacia el Kindle, lo tocó ligeramente y retiró la mano—. Tendría que estudiar las dos obras detenidamente, con textos de referencia a mano, para ser más concluyente, pero... tiene la misma *cadencia*.

Robbie Henderson, resultó, había leído casi todas las novelas de misterio y de suspense de John D. MacDonald. En la lista de obras de MacDonald que figuraban en el Ur 2171753 encontró diecisiete novelas en lo que se describía como «la serie de Dave Higgins». Todos los títulos contenían el nombre de algún color.

—Eso del color coincide —comentó Robbie—, pero los títulos están todos mal. Y el personaje de la serie de John D. se llama Travis McGee, no Dave Higgins.

Wesley descargó una novela titulada *El lamento azul*, cargando a su tarjeta de crédito otros 4,50 dólares, y deslizó el Kindle hacia Robbie en cuanto el libro se descargó en la creciente biblioteca que era el Kindle de Wesley. Mientras Robbie leía, primero desde el principio y después saltando de aquí para allá, Don salió a por tres cafés. Antes de acomodarse detrás de su escritorio, colgó en la puerta el cartel, poco utilizado, REUNIÓN EN CURSO. NO MOLESTAR.

Robbie alzó la vista, casi tan pálido como Don después de echar un vistazo a la obra jamás escrita de Shakespeare sobre el príncipe africano que llega encadenado a

Londres.

—Esto se parece mucho a una novela de Travis McGee titulada *El gris de la culpabilidad* —dijo—. Solo que Travis McGee vive en Fort Lauderdale, y este tal Higgins vive en Sarasota. McGee tiene un amigo que se llama Meyer, y Higgins tiene una amiga que se llama Sarah... —Se inclinó sobre el Kindle por un momento—. Sarah Mayer. —Miró a Wesley con unos ojos demasiado blancos en torno a los iris—. Dios santo, ¿y hay *diez millones* de estos... estos otros mundos?

—Diez millones cuatrocientos mil y pico, según el menú de LIBROS UR —especificó Wesley—. Diría que explorar incluso un solo autor íntegramente requeriría más años de los que a ti te quedan de vida, Robbie.

—Podría morirme hoy —dijo Robbie Henderson en voz baja—. Después de ver esto, podría darme un puto infarto. —De repente cogió el vaso de plástico y se bebió casi todo el contenido, pese a que el café aún humeaba.

Wesley, en cambio, volvía a sentirse casi el mismo de siempre. Pero, una vez eliminado el miedo a la locura, lo asaltó un sinfín de preguntas. Solo una parecía del todo pertinente.

—¿Y ahora qué hago?

—Para empezar —respondió Don—, esto tiene que ser un secreto absoluto entre nosotros tres. —Se volvió hacia Robbie—. ¿Sabes guardar un secreto? Di que no y tendré que matarte.

—Sé guardar un secreto. Pero ¿y la gente que te lo ha mandado, Wes? ¿Saben *ellos* guardar un secreto? ¿Lo guardarán?

—¿Cómo voy yo a saberlo si no sé quiénes son?

—¿Qué tarjeta de crédito utilizaste al encargar esta cosita de color rosa?

—La MasterCard. Es la única que uso últimamente.

Robbie señaló el ordenador del departamento de literatura que Wesley y Don compartían.

—Entra en internet y mira en tu cuenta, ¿quieres? Si esos... esos libros Ur... han venido de Amazon, me sorprenderé mucho.

—¿De dónde podrían venir, si no? —preguntó Wesley—. Este es su aparato, ellos venden los libros que se descargan en él. Además, me llegó en una caja de Amazon. Tenía el emblema de la sonrisa.

—¿Y venden su aparato en rosa fosforescente? —preguntó Robbie.

—Pues... no.

—Tío, consulta los cargos de tu tarjeta de crédito.

Wesley tamborileaba en la almohadilla de Súper Ratón de Don mientras el PC obsoleto de su despacho meditaba. De pronto se enderezó en la silla y empezó a leer.

—¿Y bien? —preguntó Don—. Informa.

—Según esto —dijo Wesley—, mi última compra pagada con MasterCard fue

una chaqueta de Men's Wearhouse. Hace una semana. No consta ningún libro descargado.

—¿Ni siquiera los que encargaste por la vía normal? ¿*El viejo y el mar* y *Vía revolucionaria*?

—No.

—¿Y el Kindle? —preguntó Robbie.

Wesley desplazó la pantalla hacia arriba.

—Nada... nada... nad... un momento, aquí... —Se inclinó hasta casi tocar el monitor con la nariz—. Vaya. Mira por dónde.

—¿Qué? —dijeron Don y Robbie al unísono.

—Según esto, se rechazó la compra. Dice: «Número de tarjeta de crédito incorrecto». —Se detuvo a pensar—. Podría ser. Siempre ando invirtiendo dos dígitos, a veces incluso cuando tengo la condenada tarjeta justo al lado del teclado. Soy un poco disléxico.

—Pero el pedido se trató igualmente —comentó Don, pensativo—. De algún modo... *alguien* lo recibió. En alguna *parte*. ¿En qué Ur dice el Kindle que estamos? Recuérdamelo.

Wesley regresó a la pantalla correspondiente y volvió a leer el número: 117586.

—Solo que para marcar eso como opción, se omite el punto.

—Me juego algo a que ese es el Ur del que ha salido este Kindle —dijo Don—. En *ese* Ur, el número de MasterCard que diste es el correcto para un Wesley Smith que existe allí.

—¿Cuáles son las probabilidades de que ocurra una cosa así? —preguntó Robbie.

—No lo sé —respondió Don—, pero seguramente incluso mayores que una entre 10,4 millones.

Wesley abrió la boca para decir algo, y lo interrumpió una andanada de golpes en la puerta. Los tres se sobresaltaron. Don Allman incluso dejó escapar un gritito.

—¿Quién es? —preguntó Wesley, que agarró el Kindle y lo estrechó contra el pecho en actitud protectora.

—El conserje —contestó la voz al otro lado de la puerta—. ¿No tienen intención de irse a casa? Son casi las siete y tengo que echar la llave al edificio.

IV. Archivo de noticias

No habían terminado, no podían terminar. Todavía no. Wesley en particular ardía en deseos de seguir adelante. A pesar de que no había dormido más de tres horas seguidas desde hacía días, se sentía totalmente despierto, rebosante de energía. Robbie y él fueron a su piso mientras Don iba a casa a ayudar a su mujer a acostar a los niños. Después se reuniría con ellos en casa de Wesley para una prolongada

sesión táctica. Wesley dijo que encargaría comida.

—Buena idea —convino Don—, pero, ojo, la comida china Ur no sabe igual, y ten en cuenta lo que dicen de la comida china alemana: al cabo de una hora te entra hambre de poder.

Para su asombro, Wesley descubrió que hasta podía reír.

—O sea que el piso de un profesor auxiliar de literatura es así —comentó Robbie echando una ojeada alrededor—. Tío, qué montón de libros, cómo mola.

—Veamos —dijo Wesley—: yo presto libros, pero solo a quienes los devuelven. No lo olvides.

—No lo olvidaré. Mis padres nunca han sido grandes lectores, ¿sabes? Unas cuantas revistas, algunos libros de dietética, uno o dos de autoayuda... y para de contar. Yo habría podido seguir sus pasos, de no ser por ti. Me habría machacado los sesos en el campo de fútbol, ya me entiendes, sin ninguna perspectiva salvo quizá dar clases de educación física en el condado de Giles. En Tennessee. Yuuuju.

Eso conmovió a Wesley. Posiblemente debido a sus muchos vaivenes emocionales de los últimos tiempos.

—Gracias, pero recuerda que un sonoro yuuuju no tiene nada de malo. Eso también forma parte de quien eres. Las dos partes son igual de válidas.

Se acordó de Ellen, que le arrancó *Deliverance* de las manos y lo lanzó a la otra punta del salón. ¿Y por qué? ¿Porque detestaba los libros? No, porque él no la había escuchado cuando ella lo necesitaba. ¿No había sido Fritz Leiber, el gran autor de ciencia ficción y literatura fantástica, quien había dicho que los libros eran «la querida del estudiioso»? Y cuando Ellen lo necesitó, ¿no estaba él en los brazos de su otra amante, la que nada exigía (aparte de cierto vocabulario) y siempre lo aceptaba?

—Wes, ¿qué eran esas otras opciones del menú de FUNCIONES UR?

Al principio Wesley no supo a qué se refería el chico. Luego recordó que efectivamente había otro par de opciones. En su obsesión con el submenú LIBROS, se había olvidado de los otros dos.

—Bueno, vamos a verlo —dijo, y encendió el Kindle.

Cada vez que lo hacía, esperaba que el menú EXPERIMENTAL o el menú FUNCIONES UR hubiese desaparecido —una de esas cosas que podía ocurrir en un episodio de *Dimensión desconocida*—, pero allí seguían.

—Archivo de Noticias Ur y Local Ur —leyó Robbie—. Ah. Local Ur está en construcción. Mejor andémonos con cuidado, las multas de tráfico se duplican.

—¿Cómo?

—Déjalo, tonterías mías. Probemos con el archivo de noticias.

Wesley lo seleccionó. La pantalla quedó en blanco. Al cabo de un momento apareció un mensaje.

*¡BIENVENIDO AL ARCHIVO DE NOTICIAS!
EN ESTE MOMENTO SOLO ESTÁ DISPONIBLE
EL NEW YORK TIMES
EL PRECIO ES DE 1 DÓLAR/4 DESCARGAS
10 DÓLARES/50 DESCARGAS
100 DÓLARES/800 DESCARGAS
SELECCIONA CON EL CURSOR.
EL IMPORTE SE CARGARÁ EN TU TARJETA*

Wesley miró a Robbie, que se encogió de hombros.

—No puedo decirte qué hacer, pero si los cargos no llegasen a *mi* tarjeta de crédito, al menos en este mundo, yo me gastaría los cien.

Wesley pensó que no le faltaba razón; no obstante, se preguntó qué opinaría el otro Wesley (si lo había) cuando consultara su siguiente extracto de MasterCard. Marcó la opción 100 dólares/800 y pulsó Seleccionar. Esta vez no salió la advertencia sobre las Leyes de la Paradoja. El nuevo mensaje solo lo invitaba a ELEGIR FECHA Y UR. UTILIZAR LOS CAMPOS CORRESPONDIENTES.

—Hazlo tú —dijo, y empujó el Kindle por encima de la mesa de la cocina hacia Robert. Eso resultaba cada vez más fácil de hacer, y se alegró. La obsesión de conservar el Kindle en sus manos era una complicación que no necesitaba, por comprensible que fuera.

Robbie pensó un momento y luego introdujo la fecha *21 de enero de 2009*. En el campo Ur seleccionó 1000000.

—Ur un millón —dijo—. ¿Por qué no?

Y pulsó el botón.

La pantalla quedó en blanco y a continuación mostró un mensaje en el que se leía ¡DISFRUTA DE TU ELECCIÓN! Al cabo de un momento salió la primera plana de *The New York Times*. Inclinados sobre la pantalla, leyeron en silencio hasta que alguien llamó a la puerta.

—Será Don —dijo Wesley—. Voy a abrirlle.

Robbie Henderson no contestó. Seguía absorto.

—Hace frío ahí fuera —comentó Don al entrar—. Y con el viento que sopla van a caer todas las hojas de los... —Examinó el semblante de Wesley—. ¿Qué pasa? O debería decir, ¿y ahora qué pasa?

—Ven a verlo —dijo Wesley.

Don entró en el despacho-salón revestido de libros, donde Robbie seguía inclinado sobre el Kindle. El chico alzó la vista y volvió la pantalla para dejar ver a Don. Aparecían recuadros en blanco allí donde deberían haber estado las fotos, cada uno con el mensaje *Imagen no disponible*, pero el titular se veía grande y claro: **AHORA LE TOCA A ELLA**. Y debajo el subtítulo: **Hillary Clinton presta juramento, asume el puesto de Presidente número cuarenta y cuatro**.

—Parece que por fin lo consiguió —comentó Wesley—. Al menos en Ur 1000000.

—Y mira a quién sucede —dijo Robbie, y señaló el nombre. Era Albert Arnold Gore.

Al cabo de una hora, cuando sonó el timbre, no se sobresaltaron sino que más bien miraron alrededor como hombres arrancados de un sueño. Wesley bajó y pagó al repartidor, que había llegado con una pizza de Harry's bien cargada y un paquete de seis pepsis. Comieron sentados a la mesa de la cocina, inclinados sobre el Kindle. Wesley dio buena cuenta de tres porciones, un récord personal, sin ser consciente de lo que comía.

No agotaron las ochocientas descargas —ni remotamente—, pero en las cuatro horas siguientes leyeron por encima noticias de diversos Urs hasta que les dolió la cabeza. Wesley tenía la sensación de que le dolía la *mente*. Por los semblantes casi idénticos que veía en los otros dos —mejillas pálidas, ojos ávidos en cuencas violáceas, cabello desgreñado—, supuso que no era el único. Contemplar una realidad alternativa habría sido ya sobrado desafío; allí había más de diez millones, y aunque en su mayor parte se parecían, ninguna era exactamente igual.

La toma de posesión del cuadragésimo cuarto presidente de Estados Unidos era solo un ejemplo, pero un ejemplo poderoso. Lo consultaron en dos docenas de Urs distintos antes de cansarse y pasar a otra cosa. Diecisiete primeras planas del 21 de enero de 2009 anunciaban al acceso a la presidencia de Hillary Clinton. En catorce de ellas, Bill Richardson, de Nuevo México, era su vicepresidente. En dos, lo era Joe Biden. En una lo era un senador a quien ninguno de ellos conocía: Linwood Speck, de New Jersey.

—Él siempre rechaza la vicepresidencia cuando otro gana el primer puesto —comentó Don.

—¿Quién la rechaza siempre? —preguntó Robbie—. ¿Obama?

—Sí. Siempre se lo proponen y siempre lo rechaza.

—Muy propio de él —observó Wesley—. Y aunque las circunstancias cambian, las pautas de comportamiento, según parece, no.

—Eso no lo sabemos con certeza —dijo Don—. Disponemos de una muestra minúscula en medio de... de... —Dejó escapar una risa apagada—. Ya me entendéis, de todo eso. Esos muchísimos mundos de Ur.

Barack Obama había salido electo en seis Urs. Mitt Romney había salido electo en uno, con John McCain como compañero de campaña. En ese Ur, Romney pugnaba con Obama, que había accedido a la candidatura tras la muerte de Hillary en un accidente de helicóptero durante la última etapa de la campaña.

No vieron una sola mención a Sarah Palin. A Wesley no le sorprendió. Pensó que si llegaban a encontrarla, sería más por suerte que por probabilidades, y no solo porque Mitt Romney apareciese más a menudo como candidato republicano que John McCain. Palin siempre había sido una intrusa, una opción con pocas posibilidades,

aquella que no entraba en las expectativas de nadie.

Robbie quiso ver los resultados de los Red Sox. A Wesley le parecía que era una pérdida de tiempo, pero Don se puso del lado del chico, así que Wesley accedió. Los dos consultaron las secciones deportivas de octubre en diez Urs distintos, introduciendo fechas entre 1918 y 2009.

—Esto es deprimente —declaró Robbie al décimo intento.

Don Allman coincidió.

—¿Por qué? —preguntó Wesley—. Ganan la serie muchas veces.

—Lo que significa que no hay Maldición —dijo Don—. Lo que resulta un tanto aburrido.

—¿Qué maldición? —quiso saber Wesley, confuso, porque no conocía la superstición que pesaba sobre el equipo desde la venta de Babe Ruth.

Don abrió la boca para explicárselo pero exhaló un suspiro.

—Dejémoslo —dijo—. Nos llevaría demasiado tiempo, y además no lo entenderías.

—Veamos el lado positivo —intervino Robbie—. Los Bombers siempre están ahí, así que no todo depende de la suerte.

—Ya —dijo Don pesarosamente—. Putos Yankees. El complejo militar-industrial del mundo del deporte.

—Perdón. ¿Quiere alguien la última porción?

Don y Wes negaron con la cabeza. Robbie la engulló y dijo:

—Mirad en uno más. Mirad el Ur 1241989. Es mi fecha de nacimiento. Nos dará suerte.

Solo que ocurrió todo lo contrario. Cuando Wesley seleccionó el Ur y añadió una fecha —20 de enero de 1973—, no del todo al azar, lo que salió en lugar de DISFRUTA DE TU ELECCIÓN fue esto: **EN ESTE UR NO HAY TIMES A PARTIR DEL 19 DE NOVIEMBRE DE 1962**.

Wesley se llevó la mano a la boca.

—Dios bendito.

—¿Qué? —preguntó Robbie—. ¿Qué pasa?

—Creo que ya lo sé —dijo Don. Intentó coger el Kindle rosa.

Wesley, que supuso que se había quedado pálido (pero probablemente no tanto como se sentía por dentro), apoyó una mano en la de Don.

—No. Creo que no podré soportarlo.

—Soportar ¿qué? —preguntó Robbie casi a voz en grito.

—¿No dais la crisis de los misiles cubana en historia estadounidense del siglo xx?

—preguntó Don—. ¿O es que aún no habéis llegado?

—¿Qué crisis de los misiles? ¿Tenía algo que ver Castro?

Don miraba a Wesley.

—En realidad yo tampoco quiero verlo —dijo—, pero esta noche no dormiré si no me aseguro.

—Vale —accedió Wesley, y pensó, no por primera vez, que la curiosidad, y no la ira, era la verdadera perdición del espíritu humano—. Pero tendrás que hacerlo tú. A mí me tiemblan demasiado las manos.

Don introdujo en las casillas 19 DE NOVIEMBRE DE 1962. El Kindle le dijo que disfrutara de su elección, pero él no disfrutó. Ninguno de los tres. Los titulares eran enormes y descarnados:

EL RECUENTO DE VÍCTIMAS MORTALES
EN NUEVA YORK SUPERA LOS 6 MILLONES
MANHATTAN DIEZMADO POR LA RADIACIÓN
SE DICE QUE RUSIA HA SIDO BORRADA DEL MAPA
PÉRDIDAS «INCALCULABLES» EN
EUROPA Y ASIA
CHINA LANZA 40 MISILES
BALÍSTICOS INTERCONTINUALES

—Apágalo —pidió Robbie con voz débil y angustiada—. Como en la letra de esa canción: no quiero ver nada más.

—Mirad el lado positivo, los dos —dijo Don—. Según parece, esquivamos la bala en la mayoría de los Urs, incluido este. —Pero no habló con voz del todo firme.

—Robbie tiene razón —afirmó Wesley. Había descubierto que el último número de *The New York Times* en el Ur 1241989 tenía solo tres páginas, y todos los artículos hablaban de muerte—. Apágalo. Ojalá no hubiera visto un Kindle en mi vida.

—Ya es tarde para eso —dijo Robbie. Y qué razón tenía.

Bajaron juntos y se quedaron en la acera frente al edificio de Wesley. Main Street estaba casi vacía. El viento, cada vez más fuerte, ululaba en torno a los edificios y agitaba ruidosamente las hojas caídas de finales de noviembre. Tres estudiantes borrachos regresaban a trompicones hacia Fraternity Row cantando lo que acaso fuera *Paradise City*.

—No soy quien para decirte qué debes hacer..., el aparato es tuyo..., pero si fuese mío, me desharía de él —dijo Don—. Te absorberá.

Wesley pensó en decirle que ya lo había absorbido, pero se lo calló.

—Ya hablaremos mañana.

—No —contestó Don—. Voy a llevar a mi mujer y a mis hijos a Frankfort para pasar un magnífico fin de semana de tres días en casa de mis suegros. Suzy Montanaro me sustituirá en mis clases. Y después del pequeño seminario de esta noche, me alegra de marcharme. ¿Robbie? ¿Te dejo en algún sitio?

—Gracias, pero no hace falta. Comparto un piso con otros dos chicos a dos manzanas de aquí, en esta misma calle. Encima del Susan and Nan's Place.

—¿No es una zona un poco ruidosa? —preguntó Wesley. Susan and Nan's era la cafetería del barrio, y abría a las seis de la mañana siete días por semana.

—La mayoría de los días duermo de un tirón. —Robbie exhibió una sonrisa—. Además, en lo que se refiere al alquiler, el precio es razonable.

—Me alegro por ti. Buenas noches, chicos. —Don se encaminó hacia su Tercel, pero de pronto se volvió—. Pienso dar un beso a mis hijos antes de acostarme. Quizá eso me ayude a conciliar el sueño. Esa última noticia... —Meneó la cabeza—. Podría haber prescindido. No te ofendas, Robbie, pero métete el día de tu nacimiento por el culo.

Observaron alejarse las luces de posición, y Robbie comentó pensativo:

—Nadie me había dicho nunca que me metiera el día de mi nacimiento por el culo. Esta es la primera vez.

—Seguro que no pretendía que te lo tomaras de manera personal. Y probablemente tiene razón en lo del Kindle, ¿sabes? Es fascinante, *demasiado* fascinante, pero no tiene ninguna utilidad práctica.

Robbie se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos.

—¿Consideras que el acceso a miles de novelas sin descubrir de grandes maestros del oficio no tiene ninguna utilidad? Por Dios, ¿qué profesor de literatura estás tú hecho?

Wesley no encontró respuesta. Sobre todo porque sabía que, por tarde que fuese, casi con toda seguridad seguiría leyendo *Los perros de Cortland* antes de acostarse.

—Además —prosiguió Robbie—, tal vez sí tenga *alguna* utilidad. Podrías copiar uno de esos libros y mandárselo a un editor, ¿no se te ha ocurrido? Ya me entiendes, con tu propia firma. Convertirte en la siguiente gran figura. Te presentarían como heredero de Vonnegut o Roth o a saber quién.

Era una idea sugerente, y más si Wesley se paraba a pensar en los inútiles garabatos que llevaba en la cartera. Pero movió la cabeza en un gesto de negación.

—Posiblemente eso sería una violación de las Leyes de la Paradoja..., sean lo que sean. Y, más importante aún, me corroería como el ácido. De dentro afuera. —Vaciló. No quería dar una imagen de mojigatería, pero sí deseaba expresar lo que consideraba la verdadera razón para no hacer algo así—. Me avergonzaría.

El chico sonrió.

—Eres buen tío, Wes.

Caminaban en dirección al piso de Robbie, las hojas revoloteaban en torno a sus pies, la luna flotaba en cuarto creciente entre las nubes impulsadas por el viento.

—¿Tú crees?

—Sí. Y lo mismo piensa la entrenadora Silverman.

Wesley, sorprendido, se detuvo.

—¿Qué sabes tú de mí y la entrenadora Silverman?

—¿A nivel personal? Nada de nada. Pero, como imagino que sabes, Josie está en el equipo. Josie Quinn, la de clase, la conoces, ¿no?

—Claro que conozco a Josie. —Era la que había hablado como una antropóloga benévolamente mientras comentaban el asunto del Kindle. Y sí, sabía que era una Suricata,

aunque una de las suplentes, que por lo general jugaba solo si iban ganando de paliza.

—Dice Josey que la entrenadora está muy triste desde vuestra ruptura. Malhumorada, además. Las obliga a correr continuamente, y echó a una chica del equipo.

—Expulsó a esa chica, Deeson, antes de que rompiéramos. —Pensando: *En cierto modo ese fue el motivo de la ruptura*—. Mmm... ¿Todo el equipo sabe lo nuestro?

Robbie Henderson lo miró como si lo tomara por loco.

—Si lo sabe Josie, lo saben todas.

—¿Cómo se han enterado? —Ellen no podía habérselo contado: poner al equipo al corriente de la vida amorosa de uno no era propio de un entrenador.

—¿Cómo se enteran las mujeres de todo? —preguntó Robbie—. Sencillamente se enteran.

—¿Sois pareja, Josie Quinn y tú, Robbie?

—Todo apunta en esa dirección. Buenas noches, Wes. Mañana dormiré hasta tarde, los viernes no tengo clase, pero si te pasas por Susan and Nan's a la hora de comer, sube y llama a mi puerta.

—Puede que lo haga —contestó Wesley—. Buenas noches, Robbie. Gracias por ser uno de los Tres Chiflados.

—Diría que el placer ha sido mío, pero tendría que pensármelo.

Al volver, Wesley, en lugar de leer el ur-Hemingway, guardó el Kindle en la cartera. A continuación sacó la libreta prácticamente en blanco y acarició con los dedos la bonita tapa. *Para tus ideas sobre el libro*, había dicho Ellen, y seguro que era un regalo caro. Era una lástima desperdiciarlo.

Aún podría escribir un libro, pensó. *Que no lo haya escrito en ninguno de esos otros Urs no significa que no vaya a hacerlo aquí*.

Era cierto. Podía llegar a ser el Sarah Palin de las letras estadounidenses. Porque a veces las opciones con pocas posibilidades se hacían realidad.

Para bien y para mal.

Se desnudó, se lavó los dientes y después telefoneó al departamento de literatura y dejó un mensaje a la secretaria para que anulase su única clase de la mañana.

—Gracias, Marilyn. Perdona que te endilgue esto, pero creo que estoy pillando la gripe. —Añadió una tos poco convincente y colgó.

Pensó que yacería insomne durante horas pensando en todos esos otros mundos, pero en la oscuridad le parecían tan irreales como los actores en una pantalla de cine. Allí arriba se los veía grandes —a menudo también guapos—; aun así, no dejaban de ser solo sombras formadas por efecto de la luz. Quizá los mundos Ur también eran así.

Lo que parecía real a esa hora, ya bien entrada la noche, era el sonido del viento, el hermoso sonido del viento que traía historias de Tennessee, por donde había

pasado antes esa tarde. Arrullado por él, Wesley concilió el sueño y durmió profunda y largamente. No soñó, y cuando despertó, el sol inundaba su habitación. Por primera vez desde su época de estudiante había dormido casi hasta las once de la mañana.

V. Ur Local (en construcción)

Se dio una larga ducha de agua caliente, se afeitó, se vistió y decidió pasarse por el Susan and Nan's para un desayuno tardío o un almuerzo temprano, lo que fuese más apetecible en el menú. En cuanto a Robbie, Wesley decidió dejarlo dormir. Esa tarde iría a entrenar con los demás desventurados jugadores del equipo de fútbol; sin duda se merecía unas horas más de sueño. Se le ocurrió que si ocupaba una mesa junto a la vidriera, tal vez viera pasar el autobús del departamento de deporte con las chicas de camino al Torneo Invitacional Bluegrass, a ciento treinta kilómetros de allí. Las saludaría con la mano. Quizá Ellen no lo viera, pero las saludaría de todos modos.

Cogió la cartera sin siquiera pensarlo.

Pidió el revoltijo sexy de Susan (cebollas, pimientos, mozzarella), acompañado de bacon, más café y zumo. Para cuando la joven camarera le sirvió la comida, ya había sacado el Kindle y leía *Los perros de Cortland*. Era Hemingway, sin lugar a dudas, y la trama era magnífica.

—Un Kindle, ¿no? —preguntó la camarera—. A mí me regalaron uno por Navidad, y me encanta. Estoy leyéndome todos los libros de Jodi Picoult.

—Ah, seguramente no serán todos —comentó Wesley.

—¿Cómo?

—A estas alturas seguramente ya habrá publicado otro. Solo quería decir eso.

—¡Y James Patterson ya habrá escrito uno desde que se ha levantado esta mañana! —exclamó ella, y soltó una risotada.

Wesley había pulsado Menú Principal mientras hablaban, deseoso de esconder la Ur-novela de Hemingway. ¿Porque se sentía culpable de lo que leía? ¿Porque la camarera tal vez echara un vistazo y empezara a gritar *Eso no es un auténtico Hemingway*? Absurdo. Pero por el mero hecho de tener ese Kindle rosa se sentía un poco como un malhechor. No era su aparato, al fin y al cabo, y el material que se había descargado en realidad tampoco era suyo, porque no era él quien lo pagaba.

Tal vez no lo paga nadie, pensó, pero no lo creyó. Se dijo que una de las verdades universales de la vida era que, tarde o temprano, siempre pagaba alguien.

El revoltijo no tenía nada de sexy pero sabía bien. En lugar de volver con Cortland y su perro de invierno, accedió al menú UR. La única función en la que no había curioseado era Ur Local. Que estaba *en construcción*. ¿Qué había dicho Robbie

al respecto la noche pasada? *Mejor andémonos con cuidado, las multas de tráfico se duplican.* El chico era ingenioso, y podía llegar a serlo incluso más si no se machacaba los sesos en esos ridículos partidos de fútbol de la tercera división. Wesley, sonriente, marcó UR LOCAL y pulsó Seleccionar. Salió el siguiente mensaje:

¿ACCEDER A LA ACTUAL FUENTE DE UR LOCAL? S N

Wesley seleccionó S. El Kindle se lo pensó un poco más y por fin mostró un nuevo mensaje:

LA ACTUAL FUENTE DE UR LOCAL ES EL *ECHO*
DE MOORE ¿ACCEDER? S N

Wesley se detuvo a pensar lo mientras comía una loncha de bacon. El *Echo* era un periodicucho especializado en subastas domésticas, deportes locales y política municipal. Los vecinos del pueblo lo hojeaban por esas cosas, supuso, pero sobre todo compraban el diario por las necrológicas y la crónica de sucesos. A todo el mundo le complacía saber qué vecinos habían muerto o ido a la cárcel. Indagar en el Moore, Kentucky, de 10,4 millones de Urs se presentaba como una perspectiva un tanto aburrida, pero ¿por qué no? ¿Acaso no estaba matando el tiempo, alargando el desayuno, para ver pasar el autobús de las jugadoras?

—Triste pero cierto —dijo, y marcó la S.

Apareció algo similar a un mensaje que había visto antes. *Ur Local está amparado por todas las Leyes de la Paradoja aplicables. ¿Estás de acuerdo? S N.*

Eso sí era extraño. El archivo de *The New York Times* no estaba amparado por esas Leyes de la Paradoja, fueran lo que fuesen, ¿y sí lo estaba su periodicucho local? No tenía sentido, pero parecía inocuo. Wesley se encogió de hombros y seleccionó S.

¡BIENVENIDO AL PREARCHIVO DEL *ECHO*!
EL PRECIO ES 40 DÓLARES/4 DESCARGAS
350 DÓLARES/10 DESCARGAS
2500 DÓLARES/100 DESCARGAS

Wesley dejó el tenedor en el plato y miró la pantalla con el entrecejo fruncido. El periódico local no solo estaba amparado por las Leyes de la Paradoja, sino que además era muchísimo más caro. ¿Por qué? ¿Y qué demonios era un «prearchivo»? A Wesley eso se le antojó una paradoja en sí mismo. O un oxímoron.

—Bueno, está en construcción —dijo—. Las multas de tráfico se duplican, y también los gastos de descarga. Esa es la explicación. Además, no lo pago yo.

No, pero como persistía la idea de que acaso algún día se viera obligado a pagar (¡algún día cercano!), se conformó con la opción intermedia. La siguiente pantalla era similar a la del archivo del *Times*, sin ser del todo idéntica; solo le pedía que seleccionara una fecha. A él eso le parecía un archivo de hemeroteca vulgar y

corriente, de los que podían encontrarse en microfilm en la biblioteca local. En tal caso, ¿a qué venía un coste tan exorbitante?

Se encogió de hombros, introdujo *5 de julio de 2008*, y pulsó Seleccionar. El Kindle respondió de inmediato, con este mensaje:

SOLO FECHAS FUTURAS
HOY ES 20 DE NOVIEMBRE DE 2009

Por un momento no lo entendió. Después sí, y de repente el mundo adquirió un brillo máximo, como si un ser sobrenatural hubiese manipulado el reóstato que controlaba la luz del día. Y todos los ruidos de la cafetería —el tintineo de los tenedores, el entrechocar de los platos, el uniforme murmullo de las conversaciones — le resultaron en exceso estridentes.

—Dios mío —susurró—. No me extraña que sea tan caro.

Aquello era demasiado. Más que demasiado. Hizo ademán de apagar el Kindle y de pronto oyó vítores y griterío procedentes de la calle. Alzó la vista y vio un autobús amarillo con el rótulo DEPARTAMENTO DE DEPORTE, MOORE COLLEGE en el costado. Las animadoras y las jugadoras, asomadas a las ventanillas abiertas, saludaban y reían y decían a voz en cuello cosas como «*¡Adelante, Suricatas!*» y «*¡Somos las número uno!*». Una de las jóvenes blandía un enorme dedo de goma espuma que representaba el Número 1. Los transeúntes de Main Street sonreían y las saludaban a su vez.

Wesley levantó también la mano y les dirigió un lánguido saludo. El conductor tocó la bocina. Detrás del autobús ondeaba un trozo de sábana donde se leía, pintado con espray, LAS SURICATAS ARRASARÁN EN EL RUPP. Wesley tomó conciencia de que la clientela de la cafetería prorrumpía en aplausos. Todo eso parecía estar sucediendo en otro mundo. Otro Ur.

Cuando el autobús se perdió de vista, Wesley volvió a fijar la mirada en el Kindle rosa. Decidió que, después de todo, sí quería utilizar al menos una de sus diez descargas. Los lugareños no tenían mucho interés en el estudiantado en su conjunto —el habitual conflicto población-universidad—, pero adoraban a las Suricatas, porque todo el mundo adoraba a los ganadores. Los resultados del torneo, por más que fuera de pretemporada, aparecerían en la primera plana del *Echo* del lunes. Si ganaban, Wesley podía hacer a Ellen un regalo por la victoria, y si perdían podía hacerle un obsequio a modo de consuelo.

—Quedo bien tanto en un caso como en el otro —dijo, e introdujo la fecha del lunes: 23 de noviembre de 2009.

El Kindle se lo pensó durante largo rato y por fin mostró la primera plana del periódico.

La fecha se correspondía con el lunes.

El titular era enorme y negro.

Wesley derramó el café y, de un tirón, apartó el Kindle del peligro a la vez que el líquido tibio le empapaba la entrepierna.

Un cuarto de hora más tarde se paseaba por la sala de estar del piso de Robbie Henderson mientras este —que ya se había levantado cuando Wesley empezó a aporrear la puerta pero aún llevaba puestos la camiseta y el calzón de baloncesto con los que dormía— miraba atentamente la pantalla del Kindle.

—Tenemos que avisar a alguien —dijo Wesley. Se golpeaba la palma de una mano con el puño de la otra, tan fuerte que se le enrojeció la piel—. Tenemos que avisar a la policía. ¡No, espera! ¡Al pabellón! ¡Avisemos al Rupp Arena y dejémosle un mensaje para que ella me llame lo antes posible! ¡No, eso no sirve! ¡Demasiado lento! La llamaré yo ahora. Eso es lo que...

—Tranquilo, señor Smith... digo, Wes.

—¿Cómo quieras que me tranquilice? ¿No ves *eso*? ¿Estás ciego?

—No, pero cálmate de todos modos. Perdona que te lo diga, pero se te está yendo la olla y la gente en ese estado no piensa productivamente.

—Pero...

—Respira hondo. Recuerda que, según esto, disponemos de casi sesenta horas.

—Para ti es muy fácil decirlo. Tu chica no irá en ese autobús cuando emprenda el viaje de vuelta a... —Se interrumpió, porque eso no era así. Josie Quinn formaba parte del equipo y, según Robbie, había algo entre Josie y él.

—Lo siento —se disculpó—. He visto el titular y me ha entrado el pánico. He subido aquí directamente, ni siquiera he pagado el desayuno. Sé que doy la impresión de haberme meado encima, y desde luego poco me ha faltado. Menos mal que no están tus compañeros de piso.

—También a mí me ha entrado el pánico —admitió Robbie, y por un momento observaron la pantalla en silencio. Según el Kindle de Wesley, la edición del lunes del *Echo* tendría una orla negra en torno a la primera plana, además del titular en negro en lo alto. Ese titular rezaba:

ENTRENADORA Y SIETE ALUMNAS MUERTAS EN
FATÍDICO ACCIDENTE DE AUTOBÚS;
OTRAS NUEVE EN ESTADO CRÍTICO

La noticia en sí no era siquiera una noticia, sino solo una nota. Aun en su zozobra, Wesley supo por qué. El accidente había ocurrido..., no, *ocurriría* poco antes de las 21 horas del domingo. Demasiado tarde para informar de los detalles, aunque probablemente si encendían el ordenador de Robbie y entraban en internet...

¿En qué estaba pensando? Internet no vaticinaba el futuro; eso solo lo hacía el Kindle rosa.

Le temblaban tanto las manos que era incapaz de teclear «24 de noviembre». Deslizó el Kindle hacia Robbie.

—Hazlo tú.

Robbie lo consiguió, aunque necesitó dos intentos. En la edición del martes del *Echo* la noticia aparecía con más detalle, pero el titular era aún peor:

**EL BALANCE DE VÍCTIMAS MORTALES ASCIENDE A DIEZ
EL PUEBLO Y LA UNIVERSIDAD ESTÁN DE LUTO**

—¿Menciona a Josie...? —empezó Wesley.

—Sí —dijo Robbie—. Sobrevive al accidente, muere el lunes. Dios mío.

Según Antonia Burrell, conocida como «Toni», una de las animadoras de las Suricatas, y una de las afortunadas que sobrevivió al fatídico accidente de autobús del domingo por la noche con solo cortes y magulladuras, la celebración seguía en marcha, el trofeo del Bluegrass pasaba aún de mano en mano. «Estábamos cantando “We are the Champions” por enésima vez», declaró desde el hospital de Bowling Green, adonde se trasladó a la mayoría de las supervivientes. «La entrenadora se volvió para pedirnos que no armáramos tanto follón, y fue entonces cuando ocurrió».

Según el capitán Moses Arden, de la policía del Estado, el autobús viajaba por la Estatal 139, la carretera de Princeton, y se hallaba a unos tres kilómetros al oeste de Cadiz cuando un todoterreno conducido por Candy Rymer, de Montgomery, lo embistió. «La señora Rymer viajaba a gran velocidad en dirección oeste por la Autovía 80», declaró el capitán Arden, «y colisionó con el autobús en el cruce».

Según parece, el conductor del autobús, Herver Arison, 58, de Moore, vio el vehículo de la señora Rymer en el último momento e intentó girar. Ese viraje, unido al impacto, impulsó el autobús a la cuneta, donde volcó y estalló.

El artículo seguía, pero ninguno de los dos quiso leerlo.

—Bien —dijo Robbie—. Pensemos. En primer lugar, ¿podemos estar seguros de que es verdad?

—Quizá no —dijo Wesley—. Pero, Robbie..., ¿podemos correr el riesgo?

—No —contestó Robbie—. No, supongo que no. Claro que no. Pero, Wes, si llamamos a la policía, no nos creerán. Ya lo sabes.

—¡Les enseñaremos el Kindle! ¡Les enseñaremos el artículo! —Pero el propio Wesley percibió su falta de convicción—. Bueno, a ver qué te parece esto otro. Se lo diré a Ellen. Incluso si no me cree, tal vez acceda a aplazar un cuarto de hora la salida del autobús, o a cambiar la ruta que ese tal Allison se propone tomar.

Robbie reflexionó.

—Sí. Vale la pena intentarlo.

Wesley sacó el teléfono de la cartera. Robbie, otra vez absorto en la noticia, pulsó Página Siguiente para acceder al resto.

El teléfono sonó dos veces..., tres..., cuatro.

Wesley se disponía a dejar su mensaje en el buzón de voz cuando Ellen contestó.

—Wesley, ahora no puedo hablar contigo. Pensaba que habrías entendido que...

—Ellen, escucha...

—... Pero si recibiste mi mensaje, sabes que *vamos* a hablar.

Wesley oía de fondo el bullicio de las chicas exaltadas —Josie estaría entre ellas — y música a todo volumen.

—Sí, recibí el mensaje, pero tenemos que hablar aho...

—¡No! —atajó Ellen—. No tenemos que hablar. Este fin de semana no voy a atender tus llamadas, no voy a escuchar tus mensajes. —Suavizó el tono de voz—. Y cari... cada mensaje que me dejes complicará más las cosas. Para nosotros dos, quiero decir.

—Ellen, no entien...

—Adiós, Wes. Hablaremos la semana que viene. ¿Nos deseas suerte?

—¡Ellen, por favor!

—Interpretaré eso por un sí —dijo ella—. ¿Y sabes qué? Me parece que todavía te quiero, pese a lo zoquete que eres.

Dicho esto, colgó.

Con el dedo en alto sobre Rellamada, se obligó a no pulsarlo. No serviría de nada. Ellen estaba en plan se-hace-a-mi-manera-o-no-se-hace. Era demencial, pero así estaban las cosas.

—Solo hablará conmigo según sus planes. Lo que no entiende es que después del domingo por la noche quizá ya no haya planes. Tendrás que llamar a la señorita Quinn. —En su estado, fue incapaz de recordar el nombre de pila de la chica.

—Josie pensará que es una broma mía —contestó Robbie—. Con semejante historia, *cualquier* chica pensaría que era broma. —Seguía atento a la pantalla del Kindle—. ¿Quieres saber una cosa? La mujer que provocó el accidente... que lo *provocará*... sale casi ilesa. Me juego la matrícula del próximo cuatrimestre a que iba como una puñetera cuba.

Wesley apenas lo oyó.

—Dile a Josie que es importante que Ellen acepte mi llamada. Tiene que decirle que no quiero hablar de lo nuestro. Decirle que es una emer...

—Tío —dijo Robbie—, afloja la marcha y escucha. ¿Me escuchas?

Wesley asintió con la cabeza, pero lo que oyó con más claridad fueron los sonoros latidos de su corazón.

—Primero, Josie pensaría *igualmente* que es una broma mía. Segundo, podría pensar que es una broma de nosotros dos. Tercero, en cualquier caso dudo mucho que se lo dijera a la entrenadora Silverman, teniendo en cuenta el mal genio que gasta de un tiempo a esta parte..., y en los viajes previos a un partido, según Josie, se pone aún peor. —Robbie suspiró—. Tienes que hacerte una idea de cómo es Josie. Es

encantadora, es lista, es de lo más sexy, pero también es tímida como un ratoncito. En cierto modo eso es lo que me gusta de ella.

—Eso habla muy bien de ti, supongo, Robbie, pero perdóname si ahora mismo me importa un carajo. Me has dicho lo que no dará resultado. ¿Se te ocurre algo que sí pueda darlo?

—Ese es el cuarto punto. Con un poco de suerte, no tendremos que contarle esto a nadie. Lo cual sería lo mejor, ya que nadie nos creería.

—Esclarece.

—¿Eh?

—Dime qué te ronda por la cabeza.

—Primero tenemos que utilizar otra de tus descargas del *Echo*.

Robbie introdujo el 25 de noviembre de 2009. Había muerto otra chica, una animadora que había sufrido graves quemaduras en la explosión, con lo que el recuento de víctimas se elevaba a once. Aunque el *Echo* no lo expresaba abiertamente, con toda probabilidad morirían más antes de que acabara la semana.

Robbie se limitó a echar un vistazo por encima a esa noticia. Lo que buscaba era una nota en un recuadro hacia la mitad inferior de la primera página:

CANDACE RYMER IMPUTADA POR HOMICIDIO
MÚLTIPLE EN ACCIDENTE DE TRÁFICO.

En medio de la nota se veía un cuadrado gris; la fotografía, supuso Wesley, solo que, al parecer, el Kindle rosa no podía reproducir fotografías de prensa. Pero daba igual, porque ya tenían la solución. No era el autobús lo que debían parar, sino a la mujer que iba a chocar contra el autobús.

Candace Rymer era el cuarto punto.

VI. Candy Rymer

A las cinco de una tarde gris de domingo —mientras las Suricatas cortaban las redes de las canastas en un lugar del estado no muy lejano—, Wesley Smith y Robbie Henderson, sentados en el modesto Chevrolet Malibú de Wesley, observaban la puerta de un bar a pie de carretera en Eddyville, a treinta y cinco kilómetros al norte de Cadiz. El aparcamiento era de tierra manchada de grasa y estaba prácticamente vacío. Casi con toda seguridad dentro del Broken Windmill había un televisor, pero Wesley suponía que los borrachines exigentes preferían empinar el codo y ver el fútbol en casa. No hacía falta entrar en el local para saber que era un barucho de mala muerte. El primer sitio donde se había parado Candy Rymer era malo, pero ese segundo era peor.

Enfrente había aparcado un Ford Explorer, un tanto ladeado, obstruyendo lo que parecía la salida de incendios. Mugriento y abollado, tenía dos adhesivos en el parachoques. MI HIJO ES ESTUDIANTE DE HONOR EN EL CORRECCIONAL DEL ESTADO, rezaba uno. El otro era aún más revelador: ECHO EL FRENO POR UN JACK DANIELS.

—Quizá deberíamos hacerlo aquí mismo —propuso Robbie—. Mientras ella está dentro privando y viendo jugar a los Titans.

Era una idea tentadora, pero Wesley negó con la cabeza.

—Esperaremos. Aún le queda una parada por hacer. Hopson, ¿recuerdas?

—Eso está a bastantes kilómetros de aquí.

—Exacto —dijo Wesley—. Pero tenemos tiempo de sobra, y vamos a dejarlo pasar.

—¿Por qué?

—Porque lo que nos proponemos es cambiar el futuro. O intentarlo, por lo menos. No sabemos si eso es muy difícil o no. Cuanto más esperemos, más probabilidades tendremos.

—Wesley, esa es una borracha de aúpa. Estaba ya borracha al salir de aquel primer antro de Central City, y lo estará mucho más cuando salga de este otro tugurio, aquí en el culo del mundo. No me la imagino llevando el coche a reparar a tiempo para el encuentro con el autobús de las chicas a setenta kilómetros de aquí. *¿Y si nosotros tenemos una avería mientras la seguimos hasta su última parada?*

Wesley no había contemplado esa posibilidad. Ahora sí se la planteó.

—La intuición me dice que esperemos, pero si tienes la coronada de que debemos hacerlo ahora, lo hacemos.

Robbie se irguió.

—Demasiado tarde. Ahí viene Miss América.

Candy Rymer salió del Broken Windmill en una especie de slalom. Se le cayó el bolso, se agachó a recogerlo, casi se desplomó encima, maldijo, lo cogió, se rio y luego siguió hacia donde tenía aparcado el Explorer al tiempo que sacaba las llaves. Su rostro hinchado no ocultaba del todo los vestigios de lo que en su día debieron de ser unas facciones agraciadas. El cabello, rubio en lo alto y negro en las raíces, pendía junto a las mejillas en lacios rizos. Su vientre dilataba la cinturilla elástica del vaquero por debajo del dobladillo de lo que debía de ser un blusón de Kmart.

Subió a su maltrecho todoterreno, logró encender el motor (a juzgar por el sonido necesitaba desesperadamente una puesta a punto) y se abalanzó contra la puerta de la salida de incendios. Se oyó un crujido. A continuación se encendieron las luces de marcha atrás y retrocedió tan deprisa que durante un momento escalofriante Wesley pensó que iba a chocar contra su Malibu, inutilizarlo y dejarlos sin vehículo mientras ella se alejaba hacia su cita en Samarra. Pero se detuvo a tiempo y se incorporó a la carretera sin pararse a mirar el tráfico. Poco después Wesley la seguía mientras ella circulaba en dirección este hacia Hopson. Y hacia el cruce al que el autobús de las Suricatas llegaría al cabo de cuatro horas.

Pese a la atrocidad que esa mujer estaba a punto de cometer, Wesley no podía evitar sentir cierta lástima por ella, y tenía la impresión de que a Robbie le pasaba lo mismo. El artículo de seguimiento que habían leído en el *Echo*, en lo que se refería a ella, describía una situación tan habitual como sórdida.

Candace Rymer, conocida como Candy, cuarenta y un años, divorciada. Tres hijos, ahora bajo la custodia del padre. Durante los diez o doce últimos años de su vida había entrado y salido de cuatro centros de desintoxicación, poco más o menos uno cada tres años. Según un conocido suyo (por lo visto, no tenía amigos), había acudido a Alcohólicos Anónimos, por probar, y había decidido que eso no era para ella. Demasiada beatería. La habían detenido por conducir bajo los efectos del alcohol cinco o seis veces. En las dos últimas le habían retirado el carnet, pero en ambos casos se lo habían devuelto, la segunda vez por petición especial. Necesitaba el permiso de conducir para llegar a su trabajo en la fábrica de fertilizantes de Bainbridge, explicó al juez Wellenby. Lo que no le dijo era que había perdido el empleo hacía seis meses..., y nadie lo comprobó. Candy Rymer era una bomba etílica que estallaría tarde o temprano, y faltaba ya muy poco para la explosión.

En el periódico no se mencionaba su dirección en Montgomery, pero no hacía falta. En lo que Wesley consideraba una muestra bastante brillante de periodismo de investigación (y más para el *Echo*), el reportero había reconstruido la última juerga de Candy, desde The Pot O'Gold de Central City hasta The Broken Windmill, en Eddyville, y después hasta el Banty's Bar, en Hopson. Allí el camarero intentaría quitarle las llaves. En vano. Candy le haría un corte de mangas y se marcharía gritando por encima del hombro: «¡No pienso volver a poner los pies en este antro!». Eso ocurriría a las siete. El periodista exponía la hipótesis de que Candy debía de haber parado a echarse una breve siesta, posiblemente en la Estatal 124, antes de atajar la Autovía 80. En la propia 80, un poco más allá, haría su última parada. Una parada atroz.

Bastó que Robbie le metiera la idea en la cabeza para que Wesley no dejara de pensar que su Chevrolet, hasta entonces siempre fiable, se moriría y rodaría hasta detenerse en el arcén de la calzada de dos carriles, víctima de un fallo de batería o de las Leyes de la Paradoja. Las luces de posición del vehículo de Candy Rymer se perderían de vista, y ellos dos dedicarían las horas siguientes a hacer llamadas desesperadas pero inútiles (eso en el supuesto de que sus teléfonos funcionaran en aquel rincón perdido del medio sur) y maldecirse por no utilizar el vehículo allá en Eddyville, cuando tenían la posibilidad.

Pero el Malibu circulaba con la misma fluidez que siempre, sin borboteos ni fallos técnicos. Wesley se mantenía a unos quinientos metros por detrás del Explorer

de Candy.

—Tío, va dando bandazos —comentó Robbie—. A lo mejor acaba en la cuneta antes de llegar al siguiente bar y nos ahorra rajarle los neumáticos.

—Según el *Echo*, eso no ocurre.

—Sí, pero ya sabemos que el futuro no está labrado en piedra, ¿verdad? Quizá este sea otro Ur, o algo así.

Wesley tenía la certeza de que en Ur Local las cosas no eran así, pero calló. En todo caso ya era demasiado tarde.

Candy Rymer llegó al Banty's sin salirse a la cuneta ni chocar con ningún vehículo que circulara en sentido contrario, aunque bien podría haber sucedido tanto lo uno como lo otro; Dios sabía que había estado a punto en no pocas ocasiones. Cuando uno de los coches la esquivó con un viraje y luego pasó junto al Malibu de Wesley, Robbie dijo:

—Eso es una familia. La madre, el padre y tres niños pequeños haciendo el tonto en la parte de atrás.

Fue entonces cuando Wesley dejó de sentir lástima por Rymer y empezó a indignarse. Era una emoción limpia y caliente ante la que su anterior despecho hacia Ellen palidecía en comparación.

—Esa zorra —dijo. Se le veían los nudillos blancos sobre el volante—. Esa zorra alcohólica, todo le importa una mierda. La mataré si es la única manera de detenerla.

—Yo te ayudaré —se ofreció Robbie, y a continuación cerró la boca tan firmemente que sus labios casi desaparecieron.

No tuvieron que matarla, y las Leyes de la Paradoja no les impidieron actuar, como tampoco las leyes contra el consumo de alcohol al volante impidieron a Candy Rymer llevar a cabo su gira por los abrevaderos más infames del sur de Kentucky.

El aparcamiento del Banty's estaba pavimentado, pero el cemento combado semejaba lo que queda después de un bombardeo israelí en Gaza. En lo alto, un gallo de neón se apagaba y encendía con un chisporroteo. De una de sus garras colgaba una damajuana de aguardiente con el símbolo xxx, de triple destilación, estampado a un lado.

El Explorer de la Rymer estaba aparcado casi debajo de la fabulosa ave, y bajo su intermitente resplandor anaranjado, Wesley rajó los neumáticos delanteros del vetusto todoterreno con un cuchillo de trinchar del que se había provisto con ese fin. En cuanto percibió el silbido del aire, lo invadió un súbito alivio, tan intenso que en un primer momento, incapaz de levantarse, se quedó postrado de rodillas, como un hombre orando. Solo lamentó no haberlo hecho antes, en The Broken Windmill.

—Ahora me toca a mí —dijo Robbie, y al cabo de un momento el Explorer quedó aún más inmovilizado, después de pincharle el chico las ruedas traseras.

Luego se oyó otro silbido. Para mayor seguridad, había agujereado también la de

repuesto. Para entonces Wesley estaba ya en pie.

—Aparquemos a la vuelta de la esquina —propuso Robbie—. Creo que es mejor que la tengamos vigilada.

—Yo voy a hacer mucho más que eso —anunció Wesley.

—Tranqui, colega. ¿Qué planeas?

—Ya no planeo. Esa fase ha quedado atrás. —Pero el temblor que recorría su cuerpo por efecto de la ira indicaba otra cosa.

Según el *Echo*, había llamado «antro» al Banty's en el momento de despedirse, pero esa, por lo visto, era la versión aligerada del periódico para consumo familiar. Lo que en realidad había espetado por encima del hombro era: «¡No pienso volver a poner los pies en este pozo de mierda!». Solo que para entonces estaba tan borracha que la obscenidad salió de sus labios en un confuso balbuceo: «poso'erda».

Robbie, fascinado al ver cómo se desplegaba la noticia ante sus ojos, no hizo el menor esfuerzo para sujetar a Wesley cuando este enfiló hacia ella. Sí exclamó «¡Espera!», pero Wesley no esperó. Agarró a la mujer y empezó a zarandearla.

Candy Rymer se quedó boquiabierta; las llaves se le cayeron al cemento agrietado.

—¡Suéltame, cabrón!

Wesley no la soltó. La abofeteó con tal fuerza que le partió el labio inferior y luego le cruzó la cara de un revés.

—¡*Espabila!* —gritó a la mujer, ahora asustada, a un palmo de su cara—. ¡*Espabila, zorra, pedazo de inútil!* ¡*Resuelve tu vida y deja de joder a los demás!* ¡*Vas a matar a alguien!* ¿*Es que no te das cuenta?* ¡*Vas a MATAR a alguien, joder!*

La abofeteó por tercera vez, y el guantazo sonó como el estampido de una pistola. Ella retrocedió tambaleante hasta topar con la fachada lateral del edificio, llorando y con las manos en alto para protegerse la cara. Un hilillo de sangre le descendía por la barbilla. Sus sombras, convertidas en grúas pórtico alargadas por la luz del gallo de neón, aparecían y desaparecían.

Levantó la mano para abofetearla por cuarta vez —mejor abofetearla que estrangularla, que era lo que en realidad deseaba—, pero Robbie lo agarró desde atrás y lo apartó por la fuerza.

—¡Para! ¡Para, tío, joder! ¡Ya basta!

El camarero y un par de clientes con expresión embobada se habían asomado a la puerta y miraban atónitos. Candy Rymer se había deslizado por la pared hasta quedar sentada en el suelo. Lloraba histéricamente, con las manos en el rostro, ya un tanto hinchado.

—¿Por qué me odia todo el mundo? —preguntó entre sollozos—. ¿Por qué todo el mundo es tan malo?

Wesley la miró con desgana, desahogada ya la ira. La sustituyó cierta

desesperanza. Uno diría que un conductor ebrio que provocaba la muerte de once personas como mínimo tenía que ser malvado, pero ahí no había maldad. Solo una alcohólica llorosa sentada en el cemento agrietado e invadido por la mala hierba del aparcamiento de un bar de carretera rural. Una mujer que, si la luz intermitente del vacilante neón no mentía, se había orinado encima.

—Puedes acceder a la persona, pero no puedes acceder a la maldad —dijo Wesley. Su voz parecía surgir de otra parte—. La maldad siempre sobrevive. Se va volando como un pájaro culigordo y se posa en otra persona. Eso es lo horroroso, ¿no crees? Lo verdaderamente horroroso.

—Sí, no lo dudo, muy filosófico, pero vámonos. Antes de que se fijen en ti más de la cuenta, o en la matrícula de tu coche.

Robbie lo llevaba de regreso al Malibu. Wesley se dejó arrastrar con la docilidad de un niño. Temblaba.

—La maldad siempre sobrevive, Robbie. En todos los Urs. Recuérdalo.

—Claro, sin duda. Dame las llaves. Ya conduzco yo.

—¡Eh! —exclamó alguien a su espalda—. ¿Por qué demonios le ha pegado a esa mujer? ¡Ella a usted no le ha hecho nada! ¡Vuelva aquí!

Robbie obligó a Wesley a entrar en el Malibu de un empujón, rodeó el coche por delante, se sentó al volante a toda prisa y se alejaron rápidamente. Pisó el pedal a fondo hasta que el gallo vacilante desapareció; entonces aflojó.

—¿Y ahora qué?

Wesley se pasó la mano por los ojos.

—Lamento haber hecho eso —dijo—. Y a la vez no. ¿Me entiendes?

—Sí —contestó Robbie—. Claro. Ha sido por la entrenadora Silverman. Y también por Josie. —Sonrió—. Mi ratoncito.

Wesley sonrió también.

—¿Adónde vamos? ¿A casa?

—Todavía no —contestó Wesley.

Estacionaron en el linde de un maizal cercano al cruce de la Estatal 139 con la Autovía 80, a tres kilómetros al oeste de Cadiz. Llegaron con tiempo de sobra, y Wesley aprovechó el rato para encender el Kindle rosa. Cuando intentó acceder a Ur Local, se encontró con un mensaje que en cierto modo no lo sorprendió: ESTE SERVICIO YA NO ESTÁ DISPONIBLE.

—Mejor así, probablemente —dijo.

Robbie se volvió hacia él.

—¿Qué dices?

—Nada. Da igual. —Metió el Kindle de nuevo en la cartera.

—¿Wes?

—¿Qué, Robbie?

—¿Hemos violado las Leyes de la Paradoja?

—Indudablemente —respondió Wes.

A las nueve menos cinco oyeron bocinazos y vieron luces. Salieron del Malibu y se quedaron delante, esperando. Wesley observó que Robbie tenía los puños apretados y se alegró de no ser el único que aún temía que Candy Rymer pudiera aparecer.

Unos faros coronaron el monte más cercano. Era el autobús, seguido de una docena de automóviles ocupados por seguidores de las Suricatas, todos tocando el claxon demencialmente y emitiendo ráfagas con las luces largas. Cuando el autobús pasó a su lado, Wesley oyó unas dulces voces femeninas cantar «*We are the Champions*» y sintió un escalofrío que le subió por la espalda y le erizó el vello de la nuca.

Alzó la mano y saludó.

Junto a él, Robbie hizo lo mismo. Luego, sonriente, se volvió hacia Wesley.

—¿Qué dices, profe? ¿Quieres unirte al desfile?

Wesley le dio una palmada en el hombro.

—Me parece una idea estupenda.

Cuando hubo pasado el último coche, Robbie se incorporó a la fila. Al igual que los demás, tocó el claxon e hizo ráfagas con las luces del Malibu hasta llegar a Moore.

A Wesley no le importó.

VII. La Policía de la Paradoja

Cuando Robbie se apeó frente al Susan and Nan's (en cuya vidriera habían escrito con jabón LAS SURICATAS SON LAS REINAS), Wesley dijo:

—Espera un momento.

Rodeó el coche por delante y abrazó al chico.

—Has estado bien.

Robbie sonrió.

—¿Significa eso que este cuatrimestre me regalarás un diez?

—No, solo te daré un consejo. Deja el fútbol. Con eso no harás carrera, y tu cabeza merece algo mejor.

—Tomo nota —dijo Robbie, lo cual no indicaba conformidad, como los dos sabían—. ¿Nos vemos en clase?

—El martes —respondió Wesley. Pero quince minutos después tenía razones para preguntarse si volvería a verse con *alguien*. Alguna vez.

Había un coche en el espacio donde solía dejar el Malibu cuando no lo dejaba en el aparcamiento A de la universidad. Wesley podría haber aparcado detrás, pero optó por la acera de enfrente. Algo en aquel coche lo inquietó. Era un Cadillac, y daba la impresión de que, al resplandor de la farola de sodio bajo la que se encontraba, brillaba más de la cuenta. La pintura roja casi parecía anunciar a gritos: *¡Estoy aquí! ¿Te gusto?*

A Wesley no le gustaba. Como tampoco le gustaron los cristales tintados de las ventanillas ni los tapacubos enormes a lo gángster con sus emblemas dorados de Cadillac. Parecía el coche de un narcotraficante. En el supuesto, claro está, de que el traficante en cuestión casualmente fuese también un maníaco suicida.

¿Y por qué me viene esa idea a la cabeza?

—El estrés del día, es solo eso —dijo mientras cruzaba la calle vacía notando el golpeteo de la cartera contra la pierna. Se inclinó. No había nadie dentro del coche. O al menos eso creyó. Con las ventanas oscurecidas era difícil tener la total certeza.

Es la Policía de la Paradoja. Han venido a por mí.

Esta idea debería haberle parecido una ridiculez en el mejor de los casos y una fantasía paranoide en el peor, pero no le pareció ni lo uno ni lo otro. Y si se detenía a pensar en todo lo que había ocurrido, quizá de paranoia no tuviera nada.

Wesley tendió una mano, tocó la puerta del coche y la retiró con un respingo. Al tacto, la puerta semejaba metal, pero estaba caliente. Y en apariencia *palpitaba*. Como si el coche, metálico o no, estuviera vivo.

Corre.

El pensamiento lo asaltó con tal fuerza que, advirtió, formó la palabra con los labios, pero sabía que echar a correr no era una opción. Si lo intentaba, el hombre o los hombres a quienes pertenecía aquel abominable coche rojo lo encontrarían. Ese era un hecho tan elemental que iba en contra de toda lógica. *Eludía* toda lógica. Así pues, en lugar de correr, sacó la llave, abrió la puerta de la calle y subió a su piso, despacio, porque tenía el corazón acelerado y las piernas amenazaban con fallarle.

La puerta del 2B estaba abierta, y la luz se proyectaba en el rellano formando un largo rectángulo.

—Ah, ya está aquí —dijo una voz no del todo humana—. Pase, Wesley de Kentucky.

Eran dos. Uno era joven y el otro era viejo. El viejo estaba sentado en el sofá, donde Wesley y Ellen Silverman tiempo atrás se sedujeron el uno al otro para su mutuo placer (no, éxtasis). El joven estaba sentado en la butaca preferida de Wesley, aquella en la que siempre acababa cuando la noche se alargaba, con los restos de una sabrosa tarta de queso, un libro interesante y la luz de la lámpara de pie graduada en su justo

punto. Los dos vestían abrigos largos de color mostaza, de esos que llaman guardapolvos, y Wesley comprendió, sin saber cómo lo había comprendido, que los abrigos estaban vivos. También comprendió que los hombres que los llevaban puestos no eran en absoluto hombres. Sus rostros *se alteraban* sin cesar, y lo que se hallaba bajo la piel tenía algo de reptil. O de ave. O lo uno y lo otro.

En las solapas, donde los representantes de la ley en las películas del Oeste habrían exhibido una placa, ellos lucían botones con un ojo rojo. Wesley pensó que también estos tenían vida. Los ojos lo observaban.

—¿Cómo han sabido que he sido yo?

—Lo hemos oido —contestó el de mayor edad, y lo más espantoso fue esto: no sonó a broma.

—¿Qué quieren?

—Ya sabe por qué hemos venido —dijo el joven.

El de mayor edad no volvió a hablar hasta el final de la visita. Escuchar a uno solo de ellos era ya bastante desagradable. Era como escuchar a un hombre que tenía la laringe repleta de grillos.

—Supongo que sí —contestó Wesley. Mantenía la voz firme, al menos de momento—. He incumplido las Leyes de la Paradoja. —Rezó por que no supieran nada de Robbie, y pensó que posiblemente no sabían nada; al fin y al cabo, el Kindle estaba registrado a nombre de Wesley Smith.

—Usted no tiene ni idea de lo que ha hecho —dijo el hombre del abrigo amarillo en tono pensativo—. La Torre tiembla; los mundos se estremecen en sus cursos. La rosa siente un escalofrío, como en invierno.

Muy poético, pero no muy esclarecedor.

—¿Qué Torre? ¿Qué rosa? —Wesley sintió que el sudor le brotaba en la frente pese a que le gustaba mantener el piso fresco. *Es por ellos*, pensó. *Estos muchachos van que queman*.

—Da igual —dijo el visitante de menor edad—. Explíquese, Wesley de Kentucky. Y hágalo bien, si quiere volver a ver la luz del sol.

Por un momento Wesley fue incapaz. Un solo pensamiento ocupaba su cabeza: *Me están juzgando*. Enseguida lo apartó de su mente. A este respecto le resultó útil el retorno de la ira, una pálida imitación de lo que había sentido por Candy Rymer, pero bastante real.

—Iba a morir gente. Casi una docena de personas. Quizá más. Puede que eso a individuos como ustedes no les importe mucho, pero a mí sí, sobre todo porque casualmente una de ellas era la mujer de la que estoy enamorado. Y todo porque una borracha se abandona a la autocompasión y no hace frente a sus problemas. Y... —Estuvo a punto de decir *Y nosotros*, pero se corrigió justo a tiempo—. Y ni siquiera le hice daño. Le di algún que otro bofetón, pero no pude contenerme.

—Ustedes *nunca* pueden contenerse —contestó la voz semejante a un zumbido del ser que se había acomodado en su butaca preferida, que ya nunca volvería a ser su

butaca preferida—. El escaso control de los impulsos representa el noventa por ciento de su problema. ¿Se le ha pasado alguna vez por la cabeza, Wesley de Kentucky, que las Leyes de la Paradoja tienen una razón de ser?

—Yo no...

El ser bajó la voz.

—Claro que usted no. Sabemos que usted no. Estamos aquí porque usted *no*. No se le ha pasado por la cabeza que una de las personas de ese autobús podía convertirse en un asesino en serie, alguien que podía matar a docenas de personas, incluido un niño que de otro modo habría crecido y, ya de adulto, habría descubierto un tratamiento para el cáncer o el alzhéimer. No se le ha pasado por la cabeza que una de esas jóvenes podía traer al mundo al próximo Hitler o Stalin, un monstruo humano que podría llegar a matar a *millones* de congéneres suyos en este plano de la Torre. ¡No se le ha pasado por la cabeza que estaba entrometiéndose en asuntos que no están al alcance de su comprensión!

No, no se había detenido a pensar ni remotamente en todas esas posibilidades. Era Ellen su mayor preocupación. Del mismo modo que era Josie Quinn la mayor preocupación de Robbie. Y la preocupación de ambos eran ellas dos y todas las demás. Chicas gritando, su piel convirtiéndose en sebo y desprendiéndose de los huesos, muriendo quizá de la peor de las maneras que Dios reserva a sus sufrientes.

—¿Eso ocurre? —susurró.

—Nosotros no *sabemos* qué ocurre —dijo el ser del abrigo amarillo—. Precisamente esa es la cuestión. El programa experimental al que usted accedió estúpidamente ve el futuro con claridad de aquí a seis meses... en los límites de una restringida zona geográfica, claro. Pasados los seis meses, la visión predictiva se enturbia. Pasado un año, todo es oscuridad. Como ve, pues, no sabemos *qué* pueden haber hecho usted y su joven amigo. Y puesto que no lo sabemos, es imposible reparar el daño, si hay daño.

Su joven amigo. Sí conocían la existencia de Robbie Henderson. A Wesley se le cayó el alma a los pies.

—¿Existe alguna forma de poder que controla todo esto? Sí, ¿verdad que sí? Cuando accedí a los Libros Ur por primera vez, vi una torre.

—Todo está al servicio de la Torre —dijo el hombre-ser del guardapolvo amarillo, y se tocó el siniestro botón del abrigo con cierta veneración.

—Y entonces ¿cómo sabe que yo no estoy también a su servicio?

Los dos callaron. Se limitaron a fijar en él sus ojos negros de aves de rapiña.

—Sepan que yo no lo encargué. Mi intención... Yo encargué un Kindle, eso es cierto, pero no encargué el que recibí. Sencillamente llegó.

Siguió un largo silencio, y Wesley entendió que su vida se tambaleaba dentro de ese silencio. Al menos, la vida tal como él la conocía. Acaso después viniera alguna forma de existencia si esas dos criaturas se lo llevaban en su abominable coche rojo, pero sería una existencia oscura, una existencia privada de libertad probablemente, y

suponía que no conservaría la cordura por mucho tiempo.

—Creemos que se produjo un error en el envío —admitió por fin el joven.

—Pero no lo saben con certeza, ¿verdad? Porque no saben de dónde ha salido. Ni quién lo envía.

Más silencio. A continuación el mayor de los dos repitió:

—Todas las cosas están al servicio de la Torre. —Se puso en pie y le tendió la mano. Esta resplandeció trémulamente y se convirtió en garra. Resplandeció trémulamente otra vez y se convirtió en mano—. Démelo, Wesley de Kentucky.

Wesley de Kentucky no necesitó que se lo pidieran dos veces, pese a que las manos le temblaban de tal modo que forcejeó torpemente con las hebillas de la cartera durante lo que se le antojaron horas. Al final los resortes se abrieron, y tendió el Kindle rosa al mayor de los dos. La criatura miró el aparato con una avidez delirante que despertó en Wesley deseos de gritar.

—Creo que ya no funciona, en todo...

La criatura lo agarró. Por un instante Wesley rozó su piel y entendió que la carne de esa criatura tenía sus propios pensamientos. Pensamientos ululantes que discurrían por sus propios circuitos incognoscibles. Esta vez sí gritó..., o al menos lo intentó. Lo que en realidad salió de su garganta fue un gemido grave y ahogado.

Se encaminaron hacia la puerta, acompañados de los repulsivos sonidos líquidos y apagados del dobladillo de sus abrigos. El de mayor edad salió, con el Kindle rosa todavía en sus manos-garras. El otro se detuvo un momento para volverse a mirar a Wesley.

—Se le concede una licencia. ¿Se hace cargo de lo afortunado que es?

—Sí —musitó Wesley.

—Pues dé las gracias.

—Gracias.

Se marchó sin mediar más palabra.

No pudo obligarse a sentarse en el sofá, ni en la butaca que antes consideraba —en los tiempos anteriores a Ellen— su mejor amigo en el mundo. Se tumbó en la cama y cruzó los brazos sobre el pecho en un esfuerzo para aplacar los temblores que lo sacudían. Dejó la luz encendida porque no tenía sentido apagarla. Tenía la certeza de que no conseguiría conciliar el sueño en semanas. Quizá nunca. Empezaría a adormecerse y de pronto vería aquellos ojos negros y voraces y oiría aquella voz decir: *¿Se hace cargo de lo afortunado que es?*

No, desde luego dormir quedaba descartado.

Y en ese punto se interrumpió su conciencia.

VIII. El futuro por delante

Wesley durmió hasta que el tintineo de caja de música del Canon en re mayor de Pachelbel lo despertó a las nueve de la mañana siguiente. Si soñó (con Kindles de color rosa, mujeres borrachas en aparcamientos de bares de carretera, o hampones con abrigos amarillos), no lo recordaba. Lo único que sabía era que alguien lo llamaba al teléfono móvil, y acaso fuera alguien con quien ardía en deseos de hablar.

Entró corriendo en la sala de estar, pero el timbre cesó antes de que sacara el teléfono de la cartera. Lo abrió y leyó TIENE UN NUEVO MENSAJE. Accedió a él.

«Eh, colega —saludó la voz de Don Allman—. Mejor será que eches un vistazo al periódico de la mañana».

Solo eso.

Ya no estaba suscrito al *Echo*, pero la anciana señora Ridpath, la vecina de abajo, sí lo recibía. Bajó los peldaños de dos en dos, y allí estaba el diario, asomando de su buzón. Tendió la mano para cogerlo, pero vaciló. ¿Y si ese sueño tan profundo no había sido natural? ¿Y si de algún modo lo habían anestesiado para trasladarlo a otro Ur, uno donde al final el accidente sí se había producido? ¿Y si Don lo había llamado para prepararlo? ¿Y si desplegaba el periódico y veía la orla negra que representaba un crespón fúnebre en el mundo de la prensa?

—Por favor —susurró, sin saber muy bien si imploraba a Dios o a aquella misteriosa torre oscura—. Por favor, permite que esto sea aún mi Ur.

Cogió el diario con la mano agarrotada y lo desplegó. Allí estaba la orla, en efecto, encuadrando toda la primera plana, pero no era negra sino azul.

El azul de las *Suricatas*.

La foto era la más grande que había visto jamás en el *Echo*; abarcaba media página, bajo el titular ¡LAS SURICATAS SE HACEN CON EL BLUEGRASS, Y TIENEN TODO EL FUTURO POR DELANTE! El equipo aparecía apiñado en el parquet del Rupp Arena. Tres de ellas sostenían en alto un resplandeciente trofeo plateado. Otra —era Josie—, subida a una escalera de mano, agitaba una red por encima de la cabeza.

De pie frente a su equipo, vestida con la remilgada indumentaria de los días de partido —pantalón y americana azules—, estaba Ellen Silverman. Sonreía y mostraba un cartel escrito a mano en el que se leía TE QUIERO, WESLEY.

Wesley alzó las manos, una todavía con el periódico, y lanzó un alarido. Dos niños que pasaban por la otra acera volvieron la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó uno de ellos levantando la voz.

—¡Soy un hincha! —contestó Wesley, y volvió a subir a toda prisa. Tenía que hacer una llamada.

En recuerdo de Ralph Vicinanza

El 26 de julio de 2009, una mujer llamada Diane Schuler abandonó el camping de caravanas de Hunter Lake en Parksville, Nueva York, al volante de su Ford Windstar de 2003. Viajaban a bordo cinco pasajeros: su hijo de cinco años, su hija de dos y tres sobrinas. Se la veía bien —la última persona que la había visto en el camping jura que estaba despejada y que el aliento no le olía a alcohol—, e igualmente bien al cabo de una hora, cuando paró para que los niños comieran en un Mickey D's. Sin embargo, no mucho después alguien la vio vomitar en el arcén de la carretera. Telefoneó a su hermano y le dijo que no se encontraba bien. A continuación tomó la autovía de Taconic y condujo en sentido contrario a la marcha a lo largo de casi tres kilómetros, ajena a los bocinazos, las manos en alto y las ráfagas de luces largas de quienes la esquivaban. Al final, chocó frontalmente con un todoterreno y murieron ella, todos los pasajeros menos uno (su hijo varón sobrevivió) y los tres ocupantes del todoterreno, tres hombres.

Según los informes toxicológicos, Schuler estaba procesando el equivalente a diez copas en el momento de la colisión, más una gran cantidad de marihuana. Su marido declaró que no era bebedora, pero los informes toxicológicos no mienten. Al igual que Candy Rymer, el personaje del cuento anterior, Diane Schuler iba como una cuba. ¿De verdad Daniel Schuler no sabía, después de al menos cinco años de matrimonio y un período de noviazgo, que su mujer bebía en secreto? Eso es en efecto posible. Los consumidores de ciertas sustancias pueden llegar a ser extraordinariamente arteros y ocultar sus adicciones durante mucho tiempo. Lo hacen por necesidad y por desesperación.

¿Qué ocurrió exactamente en aquel coche? ¿Cómo se emborrachó tan deprisa y cuándo fumó la droga? ¿En qué estaba pensando cuando desoyó a los conductores que la prevenían de que iba en sentido contrario? ¿Fue un accidente motivado por la bebida y la droga, un suicidio-homicidio, o una extraña combinación de ambas cosas? Solo mediante la ficción pueden plantearse respuestas a estas preguntas. Solo mediante la ficción podemos concebir lo inconcebible, y quizás dar conclusión en cierto modo a una historia. Este cuento es mi esfuerzo para conseguir eso.

Y a propósito, Herman Wouk todavía vive. Leyó una versión de este cuento cuando se publicó en *The Atlantic* y me escribió una amable nota. Incluso me invitó a visitarlo. Como admirador desde hacía mucho tiempo, me hizo mucha ilusión. Él va ya para cien años, y yo tengo sesenta y siete. Si vivo lo suficiente, quizás acepte la invitación.

Herman Wouk todavía vive

Extraído del *Press-Herald* de Portland (Maine), 19 de septiembre de 2010.

9 VÍCTIMAS MORTALES EN UN GRAVE ACCIDENTE EN LA I-95 Duelo espontáneo en el lugar del hecho

Ray Dugan

Menos de seis horas después de que un vehículo sufriera un accidente que costó la vida a dos adultos y siete niños, todos menores de diez años, en la localidad de Fairfield, el duelo ha empezado ya. Ramilletes de flores silvestres en latas y en termos de café circundan la tierra calcinada; en la zona de picnic del área de servicio contigua, en el kilómetro 175, se han colocado nueve cruces en fila. En el lugar donde se hallaron los cadáveres de los dos niños más pequeños se ha erigido un letrero anónimo, palabras pintadas con espray en una sábana. Reza: AQUÍ SE REÚNEN ÁNGELES.

I. BRENTA GANA 2700 DÓLARES A LA LOTERÍA Y SE RESISTE A SU PRIMER IMPULSO

En lugar de salir a comprar una botella de Orange Driver para celebrarlo, Brenda salda la deuda de su MasterCard, cuyo límite había excedido desde hacía una eternidad. Después telefonea a Hertz y hace una pregunta. Después telefonea a su amiga Jasmine, que vive en North Berwick, y le cuenta lo de la lotería. Jasmine lanza un chillido y dice:

—¡Chica, eres rica!

Ojalá. Brenda explica que ha saldado la deuda de la tarjeta de crédito para así poder alquilar un Chevrolet Express si le apetece. Es un monovolumen de nueve plazas, o eso le ha dicho la chica de Hertz.

—Podríamos meter ahí a todos los niños e ir a Mars Hill. Vemos a tus padres y los míos. Lucimos a los nietos. Sacamos un poco más de pasta a la familia. ¿Qué te parece?

Jasmine no lo ve claro. En la chabola con pretensiones de Mars Hill que sus padres llaman hogar no hay espacio para todos, y ella no se quedaría allí aunque lo hubiera. Detesta a sus padres. Y tiene buenas razones, como Brenda bien sabe; fue el propio padre de Jazzy quien la estrenó, una semana después de cumplir ella los quince años. Su madre sabía lo que pasaba y no hizo nada. Cuando Jaz acudió a ella con lágrimas en los ojos, su madre dijo: «No tienes de qué preocuparte, le cortaron

las bolas».

Jaz se casó con Mitch Robicheau para escapar de ellos, y ahora, tres hombres, cuatro niños y ocho años después, está sola. Y vive de las ayudas sociales, aunque trabaja diecisésis horas semanales en el Roll Around, entregando patines y dando cambio para la sala de juegos, donde las máquinas solo aceptan unas fichas especiales. Le dejan llevar a sus dos hijos pequeños. Delight duerme en la oficina y Truth, su niño de tres años, va de aquí para allá por la sala de juegos sujetándose el pañal. No se mete en muchas complicaciones, pero el año pasado pilló piojos y tuvieron que raparlo entre las dos. Vaya si berreó.

—Quedan seiscientos después de saldar la deuda de la tarjeta de crédito —dice Brenda—. Bueno, cuatrocientos si contamos el alquiler del coche, aunque ya se verá, porque eso puedo cargarlo a la MasterCard. Podríamos alojarnos en el Red Roof, ver la HBO. Es gratis. Podemos comprar comida para llevar a un paso de allí en esa misma calle, y los niños pueden bañarse en la piscina. ¿Qué dices?

Detrás de ella estalla un griterío. Brenda levanta la voz y ordena: «*;Freddy, deja de provocar a tu hermana y devuélveselo!*». Y entonces, vaya por Dios, con semejante alboroto se despierta el bebé. Eso o Freedom se ha ensuciado el pañal y se ha despertado sola. Freedom *siempre* se ensucia el pañal. Brenda tiene la impresión de que Free ha venido a este mundo sin más cometido que fabricar caca. En eso ha salido a su padre.

—Supongo... —dice Jasmine, alargando ese *supongo* al equivalente a cuatro sílabas. Quizá cinco.

—¡Venga, chica, ánimate! ¡Un viaje por carretera! ¡Apúntate! Vamos en autobús hasta el Jetport y allí alquilamos el monovolumen. Son quinientos kilómetros, podemos estar allí en cuatro horas. La chica dice que los críos pueden ver películas en el DVD. *La sirenita* y todas esas tan buenas.

—Quizá podría sacarle a mi madre parte de esa indemnización estatal antes de que vuele —comenta Jasmine, pensativa.

Su hermano Tommy murió hace un año, en Afganistán. Víctima de un artefacto explosivo improvisado. Su madre y su padre se embolsaron ochenta mil dólares por eso. Su madre prometió darle una parte, pero se lo dijo por teléfono cuando el viejo no la oía. Desde luego no hay que descartar que ya haya volado. Probablemente así sea. Le consta que el viejo que se follaba niñas de quince años dedicó algo de esa suma a comprarse una moto Yamaha, aunque Jasmine no entiende para qué quiere una cosa así a su edad. Y le consta que las cosas como el dinero de una indemnización son básicamente espejismos. Eso lo saben bien las dos. Cada vez que uno ve algo de un color vivo, alguien enciende la máquina de la lluvia, y eso de color vivo siempre destiñe.

—Vamos —insiste Brenda. Se ha enamorado de la idea de meter en un monovolumen a todos los niños y a su mejor (su única) amiga del instituto, que acabó viviendo en el pueblo de al lado. Dos mujeres solas, siete críos entre las dos,

demasiados hombres lamentables en el retrovisor, pero a veces todavía se lo pasan bien un rato.

Oye un ruido sordo. Freddy empieza a berrear. Glory le ha sacudido en el ojo con un muñeco de acción.

—*¡Glory, para ya con eso o te vas a enterar!* —vocifera Brenda.

—*¡No me devuelve mi Supernena!* —chilla Glory, y también ella se echa a llorar.

Ahora lloran todos, Freddy, Glory y Freedom, y por un momento un velo gris empaña la visión de Brenda. Últimamente ha visto con frecuencia ese velo gris. Ahí están, en un piso de tres habitaciones de una segunda planta, sin ningún hombre en su vida (Tim, el último, se largó hace seis meses), viviendo prácticamente de fideos y Pepsi y ese helado barato que venden en Walmart, sin aire acondicionado, sin televisión por cable; antes tenía empleo en una tienda, Quick-Flash, pero la empresa quebró y ahora la tienda es un On the Run y el encargado ha contratado a un chico para que haga el trabajo de Brenda porque los chicanos soportan jornadas de doce o catorce horas. El chico lleva un pañuelo en la cabeza y un bigotito repulsivo, y nunca ha estado embarazado. La misión en la vida del chico es dejar embarazadas a las *chicas*. Se prendan de ese bigotito y de pronto, pumba, la raya de ese artilugio que venden en las farmacias, la prueba, se pone de color azul, y ahí va otro, tal como el anterior.

Brenda tiene experiencia personal en eso de ahí-va-otro. A la gente le dice que sabe quién es el padre de Freddy, pero en realidad no lo sabe. En sucesivas noches de borrachera *todos* le parecían bien. Además, vamos, ¿cómo va a buscar trabajo? Tiene esos *niños*. ¿Qué va a hacer? ¿Dejar a Freddy ocupándose de Glory y llevarse a Freedom a las puñeteras entrevistas de trabajo? Claro, *eso* seguro que da resultado. ¿Y qué trabajos hay por ahí, como no sea hacer de camarera en el autoservicio de un Mickey D's o un Booger King? En Portland hay un par de clubes de striptease, pero para ese tipo de trabajo no aceptan a gordas como ella.

Se recuerda que le ha tocado la lotería. Se recuerda que esta noche podrían pasarla en dos habitaciones con aire acondicionado en el Red Roof... ¡incluso en tres! ¿Por qué no? ¡Las cosas están cambiando!

—*¿Brennie?* —Jaz ahora parece aún más vacilante—. *¿Esto va en serio?*

—Sí —contesta Brenda—. Vamos, chica, tengo crédito. Según la de Hertz, el monovolumen es rojo. —Baja la voz y añade—: Tu color de la suerte.

—*¿Has saldado la deuda de la tarjeta por internet?* *¿Cómo lo has hecho?*

El mes pasado Freddy y Glory, en una pelea, tiraron de la cama el portátil de Brenda, que cayó al suelo y se rompió.

—He utilizado el de la biblioteca. —Lo pronuncia *birloteca*, como aprendió a decir de niña en Mars Hill—. He tenido que esperar un rato para acceder, pero ha valido la pena. Es gratis. Bueno, ¿qué dices?

—Quizá podríamos comprar una botella de Allen's —propone Jaz. Le encanta ese licor de café, Allen's, cuando puede permitírselo. De hecho, le encanta todo cuando

puede permitírselo.

—Claro —responde Brenda—. Y una botella de Orange Driver para mí. Pero no beberé si he de conducir, Jaz. Tengo que conservar el carnet. Prácticamente es lo único que me queda.

—¿De verdad puedes sacarles algo de dinero a tus viejos?

Brenda se dice que podrá en cuanto sus padres vean a los niños, eso en el supuesto de que los niños, mediante soborno (o intimidación), accedan a portarse bien.

—Pero ni una sola palabra sobre la lotería —advierte.

—Claro —contesta Jasmine—. Nací de noche pero no anoche.

Se ríen del chiste, viejo pero bueno.

—Bueno, ¿qué piensas?

—Tendré que ir a buscar a Eddie y Rose Ellen al colegio antes de la hora de salida...

—Ya ves tú qué problema —dice Brenda—. Venga, chica, decídete ya.

Después de un largo silencio al otro lado de la línea Jasmine dice:

—¡Hagámonos a la carretera!

—¡Hagámonos a la carretera! —exclama también Brenda.

A continuación entonan esa frase mientras los tres niños berrean en el piso de Brenda en Sanford y al menos uno (quizá dos) berrea en el piso de Jasmine en North Berwick. Estas son las gordas que nadie quiere ver cuando están en la calle, con las que ningún hombre quiere ligar en los bares a menos que sea por la noche ya tarde y la ebriedad sea el estado dominante y no haya nadie mejor a la vista. Lo que piensan los hombres cuando están borrachos —tanto Brenda como Jasmine lo saben— es que unos muslos voluminosos son mejor que nada. Especialmente a la hora de cierre. Estudiaron juntas en el instituto de Mars Hill, y ahora viven en la zona sur del estado y se ayudan mutuamente cuando pueden. Son las gordas a quienes nadie quiere ver, tienen una caterva de hijos entre las dos, y están entonando *hagámonos a la carretera, hagámonos a la carretera* como un par de animadoras tontas.

Una mañana de septiembre, ya calurosa a las ocho y media, así es como ocurren las cosas. Nunca ha sido diferente.

II. ASÍ PUES, ESOS DOS VIEJOS POETAS QUE EN OTRO TIEMPO FUERON AMANTES EN PARÍS DISFRUTAN DE UN PICNIC CERCA DE LOS LAVABOS

Phil Henreid tiene ya setenta y ocho años, y Pauline Enslin, setenta y cinco. Los dos son flacos. Los dos llevan gafas. Su cabello, canoso y ralo, se agita con la brisa. Se han detenido en un área de servicio de la I-95, cerca de Fairfield, a unos treinta y cinco kilómetros al norte de Augusta. El edificio del área de servicio es de tablones

rústicos, y los lavabos contiguos son de ladrillo. Los lavabos tienen buena pinta. Son lo *último* en lavabos, diría uno. No huelen. Phil, que vive en Maine y conoce bien esta área de servicio, dos meses atrás jamás habría propuesto hacer un picnic ahí. En verano aumenta el tráfico en la interestatal por los veraneantes de fuera del estado, y las autoridades de la autopista instalan una hilera de sanitarios portátiles. Con eso, este agradable espacio verde apesta como el infierno en Nochevieja. Pero ahora los cubículos se han almacenado en algún sitio y el área de servicio resulta acogedora.

Pauline extiende un mantel a cuadros sobre la mesa de picnic marcada con iniciales que hay a la sombra de un viejo roble y lo ancla con una cesta de mimbre para que la tenue brisa cálida no lo levante. De la cesta saca sándwiches, ensalada de patata, rodajas de melón y dos porciones de tarta de crema de coco. También ha llevado té rojo en una botella grande. Dentro tintinean alegremente los cubitos.

—Si estuviéramos en París, tomariámos vino —dice Phil.

—En París nunca nos esperaban otros ciento cincuenta kilómetros por autopista —contesta ella—. El té está frío y recién hecho. Tendrás que conformarte.

—No era una queja —aclara él, y apoya una mano hinchada por la artritis sobre la de ella (también hinchada, pero un poco menos)—. Esto es un festín, querida.

Asoman sonrisas a sus rostros gastados. Si bien Phil se ha casado tres veces (y ha dejado cinco hijos desperdigados a su paso) y Pauline se ha casado dos veces (sin hijos, pero con amantes de ambos sexos a docenas), todavía es mucho lo que queda entre ellos. Mucho más que una chispa. Phil está sorprendido y a la vez no lo está. A su edad —tardía pero no en las últimas—, uno coge lo que puede y se alegra de conseguirlo. Van de camino a un recital de poesía en la sede de la Universidad de Maine en Orono, y aunque la remuneración por su aparición juntos no es gran cosa, sí es suficiente. Como Phil tiene cuenta de gastos, en un derroche ha alquilado un Cadillac en la oficina de Hertz del Jetport de Portland, adonde ella ha llegado en avión y él ha ido a recogerla. Pauline se ha burlado al ver el Cadillac, ha dicho que siempre supo que era un hippy de pega, pero ha sido un comentario amable. Él no era hippy, pero sí un auténtico iconoclasta, único en su especie, y ella lo sabe. Como él sabe que los huesos osteoporósicos de ella han disfrutado del viaje.

Ahora, un picnic. Esta noche cenarán de catering, algún comistrojo misterioso y tibio bañado en salsa provisto por el comedor de una de las residencias universitarias. Tal vez pollo, tal vez pescado, siempre es difícil saberlo. Pauline la llama comida beige. La comida de los poetas visitantes siempre es beige, y en todo caso no la servirán hasta las ocho. Acompañada de algún vino blanco amarillento barato creado aparentemente para perforar las tripas de empedernidos bebedores semijubilados como ellos. El picnic es más apetitoso, y el té frío no está nada mal. Phil incluso concibe la fantasía de llevarla de la mano hasta la hierba alta que hay detrás de los lavabos en cuanto hayan acabado de comer, como en la vieja canción de Van Morrison, y...

Ah, pero no. Los ancianos poetas cuyo impulso sexual se ha quedado atascado

permanentemente en primera no deberían exponerse al ridículo en una cita clandestina de esas características. En especial poetas de larga, rica y variada experiencia, que ahora saben que cada vez hay grandes posibilidades de que el resultado sea insatisfactorio, y cada vez puede muy bien ser la última. Además, piensa Phil, *ya he tenido dos infartos. A saber cómo estará ella.*

Pauline piensa: *No después de los sándwiches y la ensalada de patata, por no hablar ya de la tarta de crema. Pero quizá sí esta noche. No puede descartarse.* Le sonríe y saca el último objeto de la canasta. Es un ejemplar de *The New York Times*, comprado en la misma tienda de Augusta donde ha adquirido el resto de los elementos del picnic, el mantel a cuadros y la botella de té frío incluidos. Como en los viejos tiempos, lanzan una moneda para ver quién se queda con la sección de Arte y Ocio. En los viejos tiempos, Phil —que ganó el Premio Nacional de Literatura por *Elefantes en llamas* en 1970— siempre pedía cruz y ganaba muchas más veces de las que le correspondían por cálculo de probabilidades. Hoy pide cara... y vuelve a ganar.

—¡Vaya, qué insolente! —exclama ella, y se la entrega.

Comen. Leen el periódico dividido. En cierto momento ella lo mira por encima de un trozo de patata ensartado en el tenedor y dice:

—Todavía te quiero, viejo farsante.

Phil sonríe. El viento agita su cabello, ahora vaporoso como las semillas de diente de león. Su cuero cabelludo brilla translúcido entre el pelo. No es ya el joven que en otro tiempo salía de parranda por Brooklyn, de hombros anchos como un estibador (e igual de malhablado), pero Pauline todavía ve la sombra de aquel hombre, tan rebosante de rabia, desesperación e hilaridad.

—Pues yo también te quiero, Paulie —dice él.

—Somos un par de viejos carcamales —afirma ella, y prorrumpre en carcajadas. En su día mantuvo relaciones sexuales con un rey y una estrella de cine prácticamente al mismo tiempo en un balcón mientras en el gramófono sonaba «*Maggie May*», Rod Stewart cantando en francés. Ahora la mujer que *The New York Times* describió antaño como la poetisa viva más importante de Estados Unidos vive en un piso de un edificio sin ascensor en Queens—. Participando en lecturas de poesía en pueblos perdidos a cambio de unos honorarios indecentes y comiendo al aire libre en áreas de descanso.

—No somos viejos —asegura él—; somos jóvenes, *bébé*.

—¿De qué demonios hablas?

—Fíjate en esto —dice él, y le ofrece la primera página de la sección de Arte. Ella la coge y ve una fotografía. Es un hombre reseco con un sombrero de paja y una sonrisa.

Wouk, ya nonagenario, publica su nuevo libro

Para cuando cumplen los noventa y cinco años, si es que llegan, la mayoría de los escritores se han retirado hace mucho. No así Herman Wouk, autor de novelas tan famosas como *El motín del Caine* (1951) y *Marjorie Morningstar: una muchacha de nuestro tiempo* (1955). Muchos de aquellos que lo recuerdan de cuando presentaba en televisión las miniseries basadas en sus extensas novelas sobre la Segunda Guerra Mundial, *Vientos de guerra* (1971) y *Tormentas de guerra* (1978), viven ahora de la seguridad social ellos mismos como jubilados, beneficio al que Wouk accedió en 1980.

Sin embargo, Wouk no está acabado. Publicó una novela sorpresa, *A Hole in Texas*, bien acogida por la crítica, un año antes de cumplir los noventa años, y prevé publicar otro libro, un ensayo, titulado *The Language God Talks*, «La lengua en la que habla Dios», este mismo año. ¿Será esa su última palabra?

«No estoy en situación de hablar de ese tema, sea lo uno o lo otro», declaró Wouk con una sonrisa. «Las ideas no se detienen solo porque uno se haga viejo. El cuerpo se debilita, pero las palabras nunca». Cuando se le preguntó por su

Sigue en página 19

Mientras ella observa esa cara vieja y arrugada bajo el sombrero de paja garbosamente ladeado, Pauline siente en los ojos el repentino escozor de las lágrimas.

—«El cuerpo se debilita, pero las palabras nunca» —repite ella—. Eso es precioso.

—¿Has leído algo suyo? —pregunta Phil.

—*Marjorie Morningstar*, en mi juventud. Es un irritante canto a la virginidad, pero me atrapó a mi pesar. ¿Y tú?

—Probé con *El chico de la ciudad*, pero no pude acabarlo. Aun así... ahí lo tienes, todavía en la brecha. Y, por increíble que parezca, tiene edad suficiente para ser nuestro padre. —Phil pliega el periódico y lo echa a la cesta del picnic. Abajo, el tráfico fluido de la autopista discurre bajo un cielo de septiembre salpicado de nubes altas de buen tiempo—. Antes de volver a la carretera, ¿quieres que hagamos un intercambio? ¿Como en los viejos tiempos?

Ella se detiene a pensarlo, luego asiente con la cabeza. Han pasado muchos años desde que escuchó a otra persona leer uno de sus propios poemas, y la experiencia siempre le resulta un tanto desalentadora —algo así como una experiencia extracorporal—, pero ¿por qué no? Tienen el área de servicio para ellos solos.

—En honor de Herman Wouk, que sigue en la brecha. Llevo la carpeta de trabajo en el bolsillo delantero de mi bolsa de viaje.

—¿Te fías de que revuelva tus cosas?

Ella le dirige su sonrisa sesgada de antaño y se despereza bajo el sol con los ojos cerrados. Deleitándose con el calor. Pronto los días serán más fríos, pero ahora hace calor.

—Puedes revolver todo lo que quieras, Philip. —Abre un ojo en un guiño a la inversa que resulta cómicamente seductor—. Explórame tanto como quieras.

—Te tomo la palabra —dice él, y vuelve al Cadillac que ha alquilado.

Poetas en un Cadillac, piensa ella. *La definición misma de lo absurdo*. Por un momento contempla pasar los coches a toda velocidad. A continuación coge el periódico y observa nuevamente el rostro estrecho y risueño del viejo escritor. Todavía vivo. Quizá en ese momento mirando el alto cielo azul de septiembre, con su cuaderno abierto en la mesa de un patio y un vaso de Perrier a mano (o vino, si el estómago todavía se lo tolera).

Si existe Dios, piensa Pauline Enslin, *a veces puede llegar a ser muy generosa*.

Espera a que Phil regrese con su carpeta de trabajo y una de esas libretas de papel lineado que él prefiere para componer sus textos. Jugarán a los intercambios. Quizá esta noche jueguen a otras cosas. Una vez más se dice que eso no puede descartarse.

III. SENTADA AL VOLANTE DEL MONOVOLUMEN CHEVROLET EXPRESS, BRENDÁ SE SIENTE COMO EN LA CABINA DE UN CAZA

Todo es digital. Hay una radio por satélite y una pantalla de GPS. Cuando echa marcha atrás, el GPS se convierte en un monitor de televisión para ver lo que uno tiene detrás. En el salpicadero todo brilla, ese característico olor a coche nuevo impregna el interior, y cómo no va a ser así: al fin y al cabo, el cuentakilómetros marca solo mil trescientos. Nunca en la vida ha conducido un automóvil con tan poco kilometraje. Pulsando botones en la consola de control, puede verse la velocidad media, el consumo de combustible en kilómetros por litro, y cuántos litros quedan en el depósito. El motor apenas se oye. Los asientos delanteros son idénticos, envolventes, con la tapicería de color hueso imitación piel. Las sacudidas casi ni se notan.

En la parte de atrás dispone de una pantalla de televisor abatible con DVD incorporado. No pueden ver *La Sirenita* porque Truth, el niño de tres años de Jasmine, en algún momento ha untado el disco de mantequilla de cacahuete, pero se conforman con *Shrek*, pese a que todos la han visto millones de veces. ¡La gracia está en verla mientras viajan! ¡En coche! Freedom duerme en su sillita entre Freddy y Glory; Delight, el bebé de seis meses de Jasmine, duerme en el regazo de Jaz, pero los otros cinco van apretujados en los dos asientos traseros, mirando la pantalla como en trance. Están boquiabiertos. Eddie, de Jasmine, se hurga la nariz, y la hermana mayor de Eddie, Rose Ellen, tiene un hilillo de baba en la afilada y pequeña barbilla,

pero al menos por una vez están callados y no se pegan. Están hipnotizados.

Brenda debería estar contenta. Los niños guardan silencio; la carretera se extiende ante ella como una pista de aeropuerto; va al volante de un flamante monovolumen, y el tráfico es fluido en cuanto salen de Portland. El velocímetro digital indica ciento diez, y esta maravilla no ha resollado siquiera. Así y todo, el velo gris ha empezado a envolverla otra vez.

A fin de cuentas, el monovolumen no es suyo. Tendrá que devolverlo. Un gasto absurdo, en realidad, porque ¿qué los espera al final de ese viaje? Mars Hill. El puto Mars Hill. La comida del Round Up, donde trabajaba de camarera cuando estudiaba en el instituto y aún conservaba la silueta. Hamburguesas y patatas fritas con envoltorio de plástico. Los niños chapoteando en la piscina antes y quizá después. Como mínimo uno de ellos se hará daño y berreará. Quizá más de uno. Glory se quejará de que el agua está demasiado fría aunque no lo esté. Glory siempre se queja. Se quejará toda su vida. Brenda detesta ese gimoteo y se complace en decir a Glory que lo ha heredado de su padre..., pero lo cierto es que la niña lo ha heredado de ambas partes. La pobre. Pobres todos ellos, a decir verdad. Y los años se extienden ante ellos, una marcha bajo un sol que nunca se pone.

Mira a su derecha con la esperanza de que Jasmine diga algo gracioso y la anime, y para su consternación ve que Jaz está llorando. Unas lágrimas silenciosas resbalan desde sus ojos y resplandecen en sus mejillas. En su regazo, el bebé, Delight, duerme todavía con un dedo en la boca. Es el dedo que usa de chupete, y lo tiene llagado en el lado interior. Antes Jaz la abofeteaba de lo lindo cuando veía que se lo metía en la boca, pero ¿de qué sirve abofetear a una niña que solo tiene seis meses? Es como abofetear a una puerta. Pero a veces lo haces. A veces no puedes evitarlo. A veces no quieres evitarlo. La propia Brenda lo ha hecho.

—¿Qué te pasa, chica? —pregunta Brenda.

—Nada. No te preocupes por mí, tú estate atenta a la carretera.

Detrás de ellas, Asno dice algo gracioso a Shrek y algunos de los niños se ríen. Aunque no Glory, que cabecea.

—Vamos, Jaz. Cuéntamelo. Soy tu amiga.

—*Nada*, ya te lo he dicho.

Jasmine se inclina sobre el bebé dormido. Tiene a sus pies, en el suelo, la sillita de Delight. En esta, sobre una pila de pañales, está la botella de Allen's que han parado a comprar en South Portland, antes de acceder a la autopista. Jaz solo ha tomado un par de sorbos, pero ahora echa dos largos tragos y la tapa otra vez. Las lágrimas corren aún por sus mejillas.

—Nada. Todo. Lo digas como lo digas, se reduce a lo mismo, así lo veo yo.

—¿Es por Tommy? ¿Es por tu hermano?

Jaz deja escapar una risotada colérica.

—No me darán ni un centavo de ese dinero, ¿a quién quiero engañar? Mi madre le echará la culpa a mi padre porque para ella es lo más fácil, pero ella piensa lo

mismo. Además, ya habrá volado la mayor parte. Y tú ¿qué? ¿Te dará algo tu familia?
—Sí, eso creo.

Bueno. Ya. Probablemente. Unos cuarenta dólares. Comida, lo que quepa en una bolsa y media. Dos bolsas si utiliza los cupones de *La guía de Uncle Henry's Swap*. Solo de pensar en hojear esa revistucha gratuita —la Biblia de los pobres— y mancharse los dedos de tinta, el velo gris se vuelve más tupido. Hace una tarde hermosa, más propia del verano que de septiembre, pero un mundo en el que una ha de depender de *Uncle Henry's* es un mundo gris. Brenda piensa: *¿Cómo hemos acabado con todos estos niños? ¿Acaso no fue ayer cuando le permití a Mike Higgins meterme mano al fondo del taller de metalistería?*

—Afortunada tú —dice Jasmine, y se sorbe las lágrimas—. Mis viejos tendrán tres juguetes de gasolina nuevos en el patio y luego se las darán de pobres. ¿Y sabes qué dirá mi padre de los niños? «No les dejes tocar nada», eso dirá.

—Quizá haya cambiado —comenta Brenda—. Quizá sea mejor que antes.

—Nunca cambiará ni mejorará —asegura Jasmine.

Rose Ellen, medio adormilada, intenta apoyar la cabeza en el hombro de su hermano Eddie y él le da un puñetazo en el brazo. Ella se lo frota y empieza a lloriquear, pero enseguida está otra vez atenta a *Shrek*. Todavía le cae la baba por la barbillia. Brenda piensa que así parece idiota, y si no lo es, poco le falta.

—No sé qué decir —contesta Brenda—. Nos lo pasaremos bien igualmente. ¡El Red Roof, chica! ¡Con piscina!

—Sí, y algún fulano aporreando la pared a la una de la madrugada para que haga callar a mi niña. Como si yo quisiera tener despierta a Dee en plena noche porque todos esos puñeteros dientes le están saliendo a la vez.

Da otro tiento a la botella de licor de café y se la ofrece a Brenda. Esta sabe que no le conviene aceptarla para no arriesgarse a perder el carnet, pero no hay policía a la vista, y si lo perdiera, ¿de qué tendría que privarse, en realidad? El coche era de Tim, se lo llevó cuando se fue, y en todo caso estaba medio muerto, un supercarraca especial, lleno de retoques de masilla y sujetado con alambres. No perdería gran cosa. Además, está ese velo gris. Acepta la botella y la empina. Solo un sorbito, pero el licor está templado y le resulta agradable, un haz de sol oscuro, así que toma otro.

—Van a cerrar el Roll Around a final de mes —dice Jasmine, y coge otra vez la botella.

—¡No me digas, Jazzy!

—Sí te digo. —Fija la mirada al frente, en la carretera que se despliega ante ellas—. Al final Jack se ha arruinado. Se veía venir desde hacía un año. Se acabaron, pues, *esos* noventa por semana. —Bebe. Delight se revuelve en su regazo y se duerme de nuevo con el dedo chupete en la boca. Donde, piensa Brenda, algún chico como Mike Higgins querrá meterla no dentro de muchos años. *Y probablemente ella se lo permitirá. Eso hice yo. Eso hizo también Jaz. Así son las cosas.*

A su espalda ahora es la Princesa Fiona quien dice algo gracioso, pero ningún

niño se ríe. Están cada vez más apagados, incluso Eddie y Freddy, dos nombres de chiste de telecomedia.

—El mundo es gris —dice Brenda. No sabía que iba a pronunciar esas palabras hasta que las ha oído salir de sus labios.

Jasmine la mira, sorprendida.

—Y que lo digas. Ahora has dado en el clavo.

—Trae aquí esa botella —pide Brenda.

Jasmine se la entrega. Brenda bebe un poco más y la devuelve.

—Vale, con eso ya tengo bastante.

Jasmine le dirige su sonrisa sesgada de siempre, la que Brenda recuerda de las horas de estudio en el instituto los viernes por la tarde. Queda rara bajo sus mejillas húmedas y sus ojos inyectados en sangre.

—¿Seguro?

Brenda no contesta, pero pisa un poco más el acelerador. Ahora el velocímetro marca 130.

IV. «TÚ PRIMERO», DICE PAULINE

De repente se siente cohibida. Teme oír sus propias palabras salir de la boca de Phil, convencida de que quedarán muy sonoras y sin embargo falsas, como un trueno sin lluvia. Pero ha olvidado la diferencia entre la voz pública de Phil —declamatoria y un poco engolada, como la voz de un abogado de película en la escena de la exposición final ante el jurado— y la que utiliza cuando está en compañía de un par de amigos (y todavía no ha bebido nada). Es una voz más suave y amable, y a ella le complace oír su poema salir de su boca. No, no solo le complace. Lo agradece. En sus labios suena mejor de lo que es.

*Sombras estampadas en la carretera
en forma de besos de carmín negro.*

*Nieve descompuesta en campos de labranza,
como vestidos de novia abandonados.*

La bruma, al levantarse, se torna polvo de oro.

Las nubes, efervescentes, se disgregan en raídas trenzas.

¡El sol irrumpie entre ellas!

*Durante cinco segundos podría ser verano,
y yo tener diecisiete años y flores
en el delantal de mi vestido.*

Phil deja la hoja. Pauline lo mira, con un amago de sonrisa pero inquieta. Él mueve la cabeza en un gesto de asentimiento.

—No está mal, querida —dice Phil—. Nada mal. Ahora tú.

Pauline abre la libreta de espiral de Phil, localiza lo que parece el último poema y ojea cuatro o cinco borradores garabateados. Sabe cómo trabaja él y sigue adelante hasta llegar a una versión ya no casi ilegible sino escrita con letra de imprenta pequeña y pulcra. Se lo enseña. Phil asiente y se vuelve hacia la autopista. Todo esto es muy bonito, pero pronto tendrán que marcharse. No les conviene llegar tarde.

Ve acercarse un monovolumen de color rojo vivo. Va a gran velocidad.

Ella empieza.

V. BRENDÁ VE UNA CORNUCOPIA REBOSANTE DE FRUTA PODRIDA

Sí, piensa, *con eso ya voy servida. Acción de gracias para tontos.*

Freddy se hará soldado y combatirá en el extranjero, como hizo Tommy, el hermano de Jasmine. Los hijos de Jazzy, Eddie y Truth, harán lo mismo. Tendrán coches potentes cuando vuelvan a casa, si es que vuelven, en el supuesto de que dentro de veinte años quede gasolina. ¿Y las niñas? Saldrán con chicos. Perderán la virginidad mientras en el televisor emiten algún programa concurso. Se lo creerán cuando los chicos les digan que se retirarán a tiempo. Tendrán niños y freirán carne en sartenes y engordarán, igual que ella y Jaz. Fumarán un poco de hierba y comerán mucho helado, del barato, el de Walmart. Aunque quizás no Rose Ellen. A Rose le pasa algo. Seguirá teniendo baba en su pequeña y afilada barbilla cuando esté en octavo, tal como ahora. Entre esos siete críos engendrarán diecisiete, y los diecisiete engendrarán setenta, y los setenta engendrarán doscientos. Se imagina un desfile de idiotas andrajosos avanzando hacia el futuro, algunos con vaqueros que por detrás dejan a la vista la ropa interior, algunos con camisetas de grupos de heavy-metal, algunas con uniformes de camarera manchados de salsa, algunas con leggings de Kmart que llevan pequeñas etiquetas con el rótulo HECHO EN PARAGUAY cosido en las costuras de amplios fondillos. Se imagina la montaña de juguetes de Fisher-Price que tendrán y que luego venderán en subastas callejeras (que es donde los adquirieron ellos en su día). Comprarán los productos que vean por televisión y se endeudarán con las entidades emisoras de las tarjetas de crédito, como hizo ella... y como volverá a hacer, porque la lotería fue pura chiripa, y ella lo sabe. Peor que chiripa, en realidad: fue una broma. La vida es un tapacubos oxidado tirado en una cuneta, y la vida sigue. Nunca más se sentirá como si fuera en la cabina de un caza. Esto es lo máximo que va a conseguir. No hay yates para nadie, y ninguna cámara está rodando su vida; esto es la realidad, no un reality show.

Shrek ha terminado y todos los niños están dormidos, incluso Eddie. Rose Ellen ha vuelto a apoyar la cabeza en el hombro de Eddie. Ronca como una vieja. Tiene marcas rojas en los brazos porque a veces no puede parar de rascarse.

Jasmine enrosca el tapón de la botella de Allen's y la deja de nuevo en la sillita, a sus pies. Con voz baja dice:

—Cuando tenía cinco años, creía en los unicornios.

—Yo también —dice Brenda—. Me pregunto a qué velocidad llega este cabronazo.

Jasmine fija la mirada en la carretera. Pasan como una exhalación por delante de un indicador azul donde se lee ÁREA DE SERVICIO 2 KM. No ve tráfico en dirección norte; tienen los dos carriles para ellas solas.

—Averigüémoslo —propone Jaz.

Los números del velocímetro pasan de ciento treinta a ciento cuarenta. Luego a ciento cuarenta y cinco. Aún queda cierta holgura entre el acelerador y el suelo. Todos los niños duermen.

Ahí está el área de servicio, acercándose rápidamente. Brenda solo ve un coche en el aparcamiento. Parece de lujo, un Lincoln o quizás un Cadillac. *Podría haber alquilado uno de esos*, piensa. *Tenía dinero suficiente pero demasiados niños. No habrían cabido todos.* La historia de su vida, de hecho.

Aparta la mirada de la carretera. Mira a su vieja amiga del instituto, que ha acabado viviendo en el pueblo de al lado. Jaz está mirándola a ella. El monovolumen, ahora casi a ciento setenta kilómetros por hora, empieza a desviarse.

Jasmine mueve la cabeza en un leve gesto de asentimiento y a continuación coge a Dee y la acuna contra sus grandes pechos. Dee tiene todavía el dedo en la boca.

Brenda asiente también. Acto seguido pisa más a fondo, buscando el suelo alfombrado del monovolumen. Ahí está, apoya el acelerador suavemente en él.

VI. «PARA, PAULIE, PARA»

Phil alarga el brazo y le sujetá el hombro con su mano huesuda, sobresaltándola. Ella aparta la vista del poema (es bastante más largo que el de ella, pero ya ha llegado más o menos a la última docena de versos) y lo ve mirar hacia la autopista. Tiene la boca abierta y, detrás de las gafas, los ojos parecen salirse de las órbitas hasta casi tocar las lentes. Ella sigue su mirada a tiempo de ver un monovolumen rojo pasar limpiamente del carril derecho de la autopista al arcén y, una vez en el arcén, cruzar la vía de acceso al área de servicio. No se desvía por ella. Va a demasiada velocidad para desviarse. Atraviesa la vía de acceso, como mínimo a ciento cincuenta, y arremete contra la pendiente justo por debajo de ellos, donde choca con un árbol. Phil oye un estruendoso y atonal estampido y ruido de cristales rotos. El parabrisas se desintegra; guijarros de cristal destellan por un momento bajo el sol, y ella piensa —sacrílegamente—: *Hermoso*.

El árbol parte el monovolumen en dos secciones desiguales. Algo —Phil Henreid no quiere creer que es un niño— vuela a considerable altura por el aire y va a parar a

la hierba. Al cabo de un instante el depósito de gasolina del vehículo empieza a arder, y Pauline grita.

Phil se pone en pie, salta por encima de la cerca de estacas como el joven que fue en otro tiempo y corre pendiente abajo. Últimamente nunca tiene muy lejos del pensamiento su corazón maltrecho, pero mientras corre hacia los fragmentos en llamas del monovolumen ni se acuerda de eso.

Las sombras de las nubes se deslizan por el campo, estampando besos de sombra en el heno y la hierba triguera. Las flores silvestres mueven la cabeza en asentimiento.

Phil se detiene a veinte metros de los restos incendiados y siente que el calor le abrasa la cara. Ve lo que ya sabía que vería —ningún superviviente—, pero no imaginaba que pudiera haber tantos no supervivientes. Ve sangre en la hierba triguera y los tréboles. Ve los cristales de una luz de posición dispersos, como un huerto de fresas. Ve un brazo seccionado prendido de un arbusto. Entre las llamas ve una sillita de bebé fundida. Ve zapatos.

Pauline se acerca a él. Le falta el aliento. Lo único que tiene más agitado que la mirada es el pelo.

—No mires —dice él.

—¿A qué huele? Phil, ¿a qué huele?

—A gasolina y a caucho quemados —explica él, aunque probablemente no sea ese el olor al que ella se refiere—. No mires. Vuelve al coche y... ¿tienes móvil?

—Sí, claro que tengo...

—Vuelve y telefonea al 911. No mires esto. No te conviene verlo.

Tampoco a él le conviene verlo, pero no puede apartar la vista. *¿Cuántos son?* Ve los cuerpos de por lo menos tres niños y un adulto, probablemente una mujer, pero no está seguro. Sin embargo hay tantos zapatos... y ve un estuche de DVD con personajes de dibujos animados en la carátula...

—¿Y si no puedo comunicarme? —pregunta ella.

Él señala el humo. Luego los tres o cuatro coches que ya están deteniéndose.

—Poco importa —dice él—, pero inténtalo.

Pauline se dispone a marcharse pero de pronto se da la vuelta. Está llorando.

—Phil... ¿cuántos hay?

—No lo sé. Muchos. Cinco o seis. Ve, Paulie. Algunos quizá aún estén vivos.

—Sabes que no —dice ella entre sollozos—. Ese maldito artefacto iba como un rayo.

Empieza a ascender penosamente por la cuesta. A medio camino del aparcamiento del área de servicio (ya se detienen más coches), se le pasa por la cabeza una idea horrenda y se vuelve a mirar atrás, convencida de que verá a su viejo amigo y amante tendido también él en la hierba. Quizá inconsciente, quizás muerto de un último infarto fulminante. Pero Phil está de pie, y circunda con cautela la mitad izquierda en llamas del monovolumen. Ante la mirada de Pauline, se quita la elegante

americana de sport con coderas. Se arrodilla y cubre algo con ella. Bien una persona pequeña, bien parte de una persona grande. Luego reanuda su círculo.

Pauline, mientras sube por la pendiente, piensa que los esfuerzos que los dos han dedicado a lo largo de toda la vida para crear belleza con las palabras han sido una ilusión. O eso, o una broma a unos niños que egoístamente se han negado a crecer. Sí, tal vez sea eso. *Los niños estúpidos y egoístas como ellos*, piensa, *merecen ser objeto de burla*.

Cuando llega arriba, ya sin aliento, ve las páginas de Arte y Ocio de *The New York Times* agitarse plácidamente en la hierba, movidas por una suave brisa, y piensa: *Da igual. Herman Wouk todavía vive y está escribiendo un libro sobre la lengua de Dios. Herman Wouk cree que el cuerpo se debilita, pero las palabras nunca*. Eso sí *está bien, ¿no?*

Un hombre y una mujer se acercan a toda prisa. La mujer alza su propio teléfono móvil y toma una foto. Pauline Enslin observa la escena sin apenas sorprenderse. Supone que después la mujer se la enseñará a sus amigos. Luego tomarán unas copas y comerán y hablarán de la gracia de Dios y de que todo ocurre por una razón. La gracia de Dios es un concepto que no está nada mal. Permanece intacto siempre y cuando no sea uno el afectado.

—¿Qué ha pasado? —le grita el hombre a la cara—. ¿Qué demonios ha pasado?

Más abajo, el protagonista de lo que está pasando es ahora un poeta viejo y flaco. Se ha quitado la camisa para cubrir otro cadáver. Las costillas se le marcan bajo la piel blanca. Se arrodilla y extienda la camisa. Alza los brazos al cielo, los baja y se rodea la cabeza con ellos.

Pauline también es poeta y, como tal, se siente capaz de contestar al hombre en la lengua en la que habla Dios.

—¿Y usted qué coño cree que ha pasado? —dice.

Para Owen King y Herman Wouk

De dónde sacas tus ideas y *De dónde salió esta idea* son preguntas distintas. La primera no tiene respuesta, así que me la tomo a broma y digo que las saco de una pequeña Tienda de Ideas Usadas de Utica. La segunda tiene respuesta *a veces*, pero en un sorprendente número de casos no la tiene, porque los relatos son como los sueños. Todo se ve exquisitamente claro mientras el proceso está en marcha, pero cuando el relato se termina, solo quedan vestigios desdibujados. A veces pienso que un libro de cuentos es en realidad una especie de diario onírico, una manera de capturar imágenes subconscientes antes de que se desvanezcan. Este es un ejemplo que viene al caso. No recuerdo de dónde saqué la idea de «No anda fina», ni cuánto tiempo me llevó escribirlo, ni siquiera dónde lo escribí.

Lo que sí recuerdo es que es uno de los escasos cuentos que he escrito en los que el final estaba claro, razón por la cual el cuento debía construirse cuidadosamente para llegar hasta él. Sé que algunos escritores prefieren trabajar con el final a la vista (John Irving me dijo una vez que él empieza a escribir una novela por la última frase), pero a mí eso no me convence. En general, prefiero que el final se resuelva por sí solo, en la idea de que si yo no sé cómo acabarán las cosas, tampoco lo sabrá el lector. Por suerte para mí, este es uno de esos cuentos en los que está bien que el lector vaya un paso por delante del narrador.

No anda fina

Hace ya una semana que tengo este mal sueño, pero debe de ser uno de los lúcidos, porque siempre soy capaz de echar marcha atrás antes de que se convierta en pesadilla. Solo que esta vez parece haberme seguido, porque Ellen y yo no estamos solos. Hay algo debajo de la cama. Lo oigo masticar.

¿Sabes lo que se siente cuando tienes miedo de verdad? Claro que sí. A fin de cuentas, es una sensación bastante universal. Es como si se te parara el corazón, se te seca la boca, se te enfriá la piel y se te pone carne de gallina por todo el cuerpo. Las ruedas dentadas de tu cabeza, en lugar de engranar, giran vertiginosamente. Casi grito, en serio. Pienso: *Es esa cosa que no quiero mirar. Es esa cosa que está en el asiento junto a la ventana.*

Entonces veo el ventilador del techo, las aspas que giran en su velocidad más lenta. Veo penetrar un resquicio de luz del amanecer entre las cortinas corridas. Veo la algodonosa pelusa gris del cabello de Ellen al otro lado de la cama. Estoy aquí en el Upper East Side, en una cuarta planta, y todo va bien. El sueño era solo un sueño. En cuanto a eso que hay debajo de la cama...

De pronto aparto las sábanas y me arrodillo en el suelo, como un hombre que se dispone a rezar. Pero en lugar de eso levanto el volante y escruto debajo de la cama. Al principio solo veo un contorno oscuro. Luego ese contorno vuelve la cabeza y dos ojos brillantes se posan en mí. Es Lady. No debería estar ahí debajo, y supongo que ella lo sabe (no es fácil adivinar qué sabe un perro y qué no), pero debo de haberme dejado la puerta abierta al venir a acostarme. O quizás el pestillo no ha encajado del todo, y ella ha empujado la puerta con el hocico. Debe de haber traído consigo uno de sus juguetes de la cesta del pasillo. Menos mal que no ha sido el hueso azul o la rata roja. Esos chirrían, y con toda seguridad habrían despertado a Ellen. Y Ellen necesita descansar. Desde hace un tiempo no anda fina.

—Lady —susurro—. Sal de ahí.

Ella se queda mirándome. Tiene ya sus años y le flaquean las patas, pero no es tonta. Está debajo del lado de Ellen, donde no puedo llegar a ella. Si levanto la voz, tendrá que venir, pero ella sabe (estoy casi seguro de que lo sabe) que eso no voy a hacerlo, porque si levanto la voz, sin duda despertaré a Ellen.

Como para demostrarlo, Lady vuelve la cabeza y reinicia su masticación.

Bueno, eso puedo resolverlo. Vivo con Lady desde hace trece años, casi la mitad de mi vida de casado. Hay tres cosas que la inducen a ponerse en pie. Una es el tintineo de la correa y la palabra «¡Ascensor!». Otra es el golpe de su plato contra el suelo. La tercera...

Me levanto y recorro el corto pasillo hasta la cocina. Saco del armario la bolsa de galletas para perro, asegurándome de que el envoltorio cruja. No tengo que esperar mucho para oír los pasos amortiguados de un cocker. Al cabo de cinco segundos, la tengo ahí. Ni siquiera se molesta en traer su juguete.

Le muestro una de las pequeñas galletas en forma de zanahoria y la lanzo al salón. En eso hay cierta maldad, quizá, pero a la muy gorda no le viene mal el ejercicio. Persigue la chuche. Me quedo el tiempo suficiente para poner en marcha la cafetera y a continuación regreso al dormitorio. Me aseguro de cerrar bien la puerta.

Ellen todavía duerme, y levantarse antes que ella tiene una ventaja: no hace falta despertador. Lo apago. La dejaré dormir un poco más. Es una infección bronquial. Al principio me asustó un poco, pero ya está mejorando.

Entro en el cuarto de baño e inauguro oficialmente el día lavándome los dientes (he leído que por la mañana la boca de una persona está todo lo libre de gérmenes que puede estar, pero es difícil desprenderse de los hábitos aprendidos en la infancia). Enciendo la ducha, espero a que el agua salga bien caliente y entro.

La ducha es el sitio donde mejor pienso, y esta mañana pienso en el sueño. Lo he tenido cinco noches consecutivas. (Pero, en fin, ¿quién las cuenta?). En este sueño no ocurre nada realmente espantoso, pero en cierto modo eso es lo peor. Porque sé —con total y absoluta certeza— que algo espantoso *ocurrirá*. Si yo lo permito.

Viajo en un avión, en clase business. Ocupo un asiento junto al pasillo, que es donde prefiero estar porque así no he de apretujarme para pasar por delante de nadie si necesito ir al baño. Tengo la bandeja bajada. En ella hay una bolsa de cacahuates y una bebida a base de naranja que parece un vodka sunrise, cóctel que no he pedido nunca en mi vida real. El vuelo transcurre sin incidencias. Si hay nubes, volamos por encima. La luz del sol baña la cabina. Alguien ocupa el asiento contiguo a la ventanilla, y sé que si miro a ese hombre (o a esa mujer, o posiblemente a *esa cosa*), veré algo que convierta mi mal sueño en una pesadilla. Si miro a la cara a mi compañero de asiento, puede que pierda la cabeza. Podría partírseme como un huevo y acaso se derramara de dentro un aluvión de oscuridad sanguinolenta.

Me enjuago rápidamente el cabello jabonoso, salgo de la ducha, me seco. Tengo la ropa plegada en una silla en el dormitorio. Me la llevo, junto con los zapatos, a la cocina, en la que ahora huele ya a café. Un aroma agradable. Lady está hecha un ovillo junto a la estufa, mirándome con expresión de reproche.

—No me mires mal —digo, y señalo con la cabeza la puerta cerrada del dormitorio—. Ya conoces las reglas.

Apoya el hocico entre las patas y finge dormir, pero yo sé que sigue mirándome.

Elijo el zumo de arándanos mientras espero a que se haga el café. Hay zumo de naranja, que suele ser mi bebida matutina, pero no me apetece. Se parece demasiado a la bebida del sueño, supongo. Tomo el café en el salón con la CNN en silencio, limitándome a leer las noticias de la cinta que se desliza al pie de la pantalla, que en realidad es lo único que uno necesita. Después apago el televisor y tomo un tazón de All-Bran. Las ocho menos cuarto. Decido que si, cuando saque a Lady, veo que hace buen tiempo, prescindiré del taxi e iré al trabajo a pie.

En efecto, hace buen tiempo, un día primaveral, ya con asomos de verano y un resplandor en todas las cosas. Carlo, el conserje, está bajo el toldo y habla por el móvil.

—Sí —dice—. Sí, finalmente me puse en contacto con ella. Dice que adelante, que no hay problema siempre y cuando yo esté presente. No se fía de nadie, y no la culpo. Tiene muchas cosas de valor en el piso. ¿Cuándo vienes? ¿A las tres? ¿No puede ser un poco antes? —Me saluda con la mano enguantada cuando paso por delante de él con Lady camino de la esquina.

Hemos convertido esto en una ciencia, Lady y yo. Lo hace casi en el mismo sitio cada día, y yo actúo prestamente con la bolsa de la caca. Cuando regreso, Carlo se agacha para darle una palmada. Lady le devuelve el saludo con un meneo de cola de lo más cautivador, pero Carlo no le da ninguna chuche. Sabe que está a dieta. Supuestamente.

—Por fin conseguí ponerme en contacto con la señora Warshawski —me explica Carlo. La señora Warshawski vive en el 5.^º C, pero solo en teoría. Lleva ya ausente un par de meses—. Estaba en Viena.

—Así que en Viena —digo.

—Me dio el visto bueno en cuanto a los exterminadores. Se quedó horrorizada cuando se lo dije. Usted es el único vecino de las plantas tercera, cuarta y quinta que no se ha quejado. Los demás... —Menea la cabeza y deja escapar un uf.

—Yo me crie en un pueblo industrial de Connecticut. Aquello prácticamente acabó con mis senos nasales. Huelo el café, el perfume de Ellie si se pone en abundancia, y poco más.

—En este caso probablemente sea una bendición. ¿Cómo se encuentra la señora Franklin? ¿Aún no anda fina?

—Tardará unos días en estar en condiciones de volver al trabajo, pero se encuentra muchísimo mejor. Me ha tenido un poco asustado.

—Y a mí. Un día la señora Franklin estaba saliendo..., bajo la lluvia, cómo no...

—Muy propio de El —comento—. Nada la detiene. Si considera que tiene que ir a algún sitio, va.

—... Y me dije: «Eso parece un estertor más que una tos». —Alza la mano enguantada en un gesto de *alto ahí*—. No es que de verdad pensara...

—Ya entiendo —digo—. Iba camino de convertirse en una tos digna de hospitalización, eso desde luego. Pero al final conseguí llevarla al médico, y ahora... va derecha a la recuperación.

—Bien. Bien. —Y volviendo a lo que realmente tiene en la cabeza, dice—: A la señora Warshawski le dio mucho asco cuando se lo conté. Dije que seguramente encontraríamos comida pasada en la nevera, pero me consta que es algo peor. Lo mismo piensan todos los demás vecinos de esas plantas, los que tienen el olfato intacto. —Mueve la cabeza en un lúgubre y parco gesto de asentimiento—. Ahí dentro van a encontrar una rata muerta, delo por hecho. La comida apesta, pero no de

esa manera. Solo las criaturas muertas apestan así. Es una rata, no lo dude, o quizá un par. La señora W. probablemente puso raticida y no quiere reconocerlo. —Se inclina para dar otra palmada a Lady—. Tú lo hueles, ¿verdad, chica? Seguro que sí.

En torno a la cafetera hay un despliegue de notas de color morado. Llevo a la mesa de la cocina el taco del que proceden y escribo otra.

Ellen: Lady ya ha paseado. El café ya está listo. Si te sientes bien y te apetece ir al parque, ¡ve! Pero no muy lejos. No te conviene excederte ahora que por fin estás recuperándote. Carlo ha vuelto a contarme que él «huele a rata». Supongo que eso mismo les pasa a todos los vecinos cercanos al 5.º C. Por suerte para nosotros tú tienes la nariz tapada y yo estoy «nasalmente discapacitado». ¡Ja ja! Si oyés gente en el rellano, son los exterminadores. Carlo los acompañará, así que no te preocunes. Voy a pie al trabajo. Necesito pensar un poco más sobre el último fármaco prodigioso para el hombre. Ojalá nos hubieran consultado antes de ponerle ese nombre. Recuerda: NO TE EXCEDAS. Te quiero, te quiero.

Plasmo cinco o seis x para mayor énfasis y firmo con una B dentro de un corazón. A continuación la añado a las otras notas colocadas alrededor de la cafetera. Lleno el cuenco de agua de Lady antes de marcharme.

Son unas veinte manzanas poco más o menos, y no pienso sobre el último fármaco prodigioso para el hombre. Pienso en los exterminadores que vendrán a las tres. Antes, si pueden.

Los sueños han interrumpido mi ciclo de descanso, supongo, porque casi me quedo dormido durante la reunión de la mañana en la sala de juntas. Pero me despejo rápidamente cuando Pete Wendell enseña el boceto de un póster para la nueva campaña de Petrov Excellent. Lo he visto ya, en el ordenador de su despacho, mientras él le daba vueltas al asunto la semana pasada, y al volver a verlo, sé de dónde proviene al menos un elemento de mi sueño.

—Petrov Excellent Vodka —dice Aura McLean. Sus magníficos pechos suben y bajan por efecto de un teatral suspiro—. Si ese nombre es un ejemplo del nuevo capitalismo ruso, está muerto ya de salida. —Las carcajadas más entusiastas ante el comentario proceden de los hombres de menor edad, a quienes les gustaría ver la larga melena rubia de Aura esparcida sobre una almohada junto a ellos—. Sin ánimo de offenderte, Pete. Dejando de lado lo de Petrov Excellent, la composición es magnífica.

—No me ofendo —asegura Pete con una sonrisa animosa—. Hacemos lo que podemos.

El boceto muestra a una pareja brindando en un balcón mientras el sol se pone más allá de un puerto lleno de yates lujosos. Debajo se lee: PUESTA DE SOL. EL

MOMENTO PERFECTO PARA UN VODKA SUNRISE.

Discuten un poco la posición idónea para la botella de Petrov —¿derecha?, ¿izquierda?, ¿debajo?—, y Frank Bernstein sugiere añadir la receta para prolongar el tiempo de visionado de la página, sobre todo en la publicidad por internet y las revistas como *Playboy* y *Esquire*. Desconecto y me pongo a pensar en la bebida que hay en la bandeja de mi avión en el sueño, hasta que caigo en la cuenta de que George Slattery se dirige a mí. Consigo reproducir mentalmente la pregunta, y mejor así. Uno no le pide a George que repita lo que ha dicho.

—En realidad estoy en las mismas que Pete —digo—. El cliente eligió el nombre, yo hago lo que puedo.

Se oyen unas risas afables. Han circulado muchos chistes sobre el fármaco más reciente de los laboratorios farmacéuticos Vonnell.

—Puede que tenga algo que mostraros el lunes —anuncio. No miro exactamente a George, pero él sabe por dónde van los tiros—. A mediados de la semana que viene con toda seguridad. Quiero dar una oportunidad a Billy para ver qué es capaz de hacer.

Billy Ederle es nuestra última incorporación, y lleva a cabo su período de prueba como mi ayudante. Todavía no se lo invita a las reuniones matutinas, pero me cae bien. Cae bien a todo el mundo en Andrews-Slattery. Es inteligente, es entusiasta, y seguramente empezará a afeitarse dentro de un par de años.

George se queda pensando.

—La verdad es que esperaba ver hoy un enfoque. Aunque fuera el bosquejo.

Silencio. Los presentes se examinan las uñas. Es lo más parecido a una reprimenda en público a lo que George llega, y quizá me la merezco. Esta no ha sido mi mejor semana, y endosarle el muerto al chico no queda bien. Tampoco yo me siento bien por ello.

—Vale —dice George por fin, y se percibe el alivio en la sala. Es como un suave soplo de aire, que enseguida desaparece. Nadie desea ser testigo de un rapapolvo en la sala de juntas una soleada mañana de viernes, y por descontado yo no quiero recibirla. Tengo otras muchas cosas en la cabeza.

George huele a rata, pienso.

—¿Qué tal está Ellen? —pregunta.

—Mejor —contesto—. Gracias por tu interés.

Siguen unas cuantas presentaciones más. Después se da por concluida la reunión. Gracias a Dios.

Estoy casi traspuesto cuando Billy entra en mi despacho veinte minutos después. Atento a eso: *Estoy* traspuesto. Me yergo enseguida con la esperanza de que el chico piense que me ha sorprendido absorto en mis pensamientos. En todo caso, nervioso como está, seguramente no se da cuenta. En una mano sostiene una cartulina. Pienso

que no desentonaría nada en el instituto de Podunk, colgando un cartelón para anunciar el baile del viernes por la noche.

—¿Cómo ha ido la reunión? —pregunta.

—Ha ido bien.

—¿Ha salido el tema?

—Ya sabes que sí. ¿Qué me traes, Billy?

El chico respira hondo y da la vuelta a su cartulina para que yo la vea. A la izquierda aparece un frasco de Viagra, de tamaño real, o tan cercano que no se nota la diferencia. A la derecha —el lado fuerte del anuncio, como todos saben en el mundo de la publicidad— hay un frasco de nuestro producto, pero mucho más grande. Debajo se lee el eslogan: ¡PO-TENS, DIEZ VECES MÁS EFICAZ QUE VIAGRA!

Mientras observo el bosquejo, Billy me observa a mí y su sonrisa esperanzada comienza a desvanecerse.

—No te gusta.

—No es cuestión de si me gusta o no me gusta. En este negocio nunca se trata de eso. Se trata de qué funciona y qué no. Esto no funciona.

Ahora pone cara de enfurruñado. Si George Slattery viera esa expresión, le leería la cartilla. Yo no lo haré, aunque tal vez él tenga la impresión de que sí porque es mi trabajo enseñarle. A pesar de todo lo que me ronda por la cabeza, intentaré hacerlo. Porque adoro esta profesión. Se la respeta poco, pero yo la adoro igualmente. Además, puedo oír a Ellen decir: No lo sueltes, chico. En cuanto le hincas el diente a algo, manténlo ahí. Semejante determinación puede asustar un poco.

—Siéntate, Billy.

Se sienta.

—Y bórrate ese mohín de los labios. Pareces un niño a quien acaba de caérsele el chupete al váter.

Hace el esfuerzo. Cosa que aprecio en él. El chico se esmera, y si quiere trabajar en la agencia Andrews-Slattery, más le vale. Aunque también tiene que ofrecer resultados, por supuesto.

—El lado bueno es que no voy a apartarte del trabajo, sobre todo porque tú no tienes la culpa de que los laboratorios farmacéuticos Vonnell nos hayan endilgado un nombre que suena a complejo multivitamínico. Pero nosotros vamos a sacarle peras al olmo. En publicidad la tarea consiste en eso siete de cada diez veces. Quizá ocho. Así que presta atención.

El chico consigue esbozar una parca sonrisa.

—¿He de tomar apuntes?

—No te pases de listo. En primer lugar, cuando anuncias un fármaco, nunca muestras un frasco. El logo, por supuesto. La pastilla en sí, a veces. Depende. ¿Sabes por qué muestra Pfizer la pastilla de Viagra? Porque es azul. A los consumidores les gusta el azul. La forma también ayuda. Los consumidores tienen una reacción muy positiva a la forma del comprimido de Viagra. Pero la gente *nunca quiere ver el*

frasco en el que viene el fármaco. Los frascos farmacéuticos nos llevan a pensar en la enfermedad. ¿Entendido?

—Entonces ¿quizá una pastilla pequeña de Viagra y una pastilla grande Po-TENS? ¿En lugar de los frascos? —Alza las manos y encuadra un eslogan invisible—. «Po-TENS, diez veces más grande, diez veces mejor». ¿Lo pillas?

—Sí, Billy. Lo pillo. La Administración de Alimentos y Medicamentos lo pillaría también y no va a gustarles. De hecho, podrían obligarnos a retirar de la circulación anuncios con un eslogan como ese, lo cual nos costaría un pico. Además de un buen cliente.

—¿Por qué? —Su voz es casi un lamento.

—Porque ni es diez veces más grande, ni es diez veces mejor. Viagra, Cialis, Levitra, Po-TENS, todas tienen más o menos la misma eficacia en lo que se refiere a la erección. Investiga un poco, chaval. Tampoco te vendría mal un curso de reciclaje en derecho publicitario. ¿Quieres decir que las magdalenas Fanfarria saben diez veces mejor que las magdalenas Fachenda? Adelante, no hay problema: el sabor es un juicio subjetivo. En cambio, lo que te la pone más tiesa, y más rato...

—Vale —dice el chico con voz apagada.

—He aquí la otra mitad. «Diez veces más» lo que sea... en lo que se refiere a la disfunción erétil... es poco convincente. Pasó de moda más o menos en la misma época que los anuncios dos C en una C.

Billy parece en la inopia.

—Así se llamaba en los años cincuenta a los anuncios televisivos de detergentes en el mundo de la publicidad. Quiere decir dos coños en una cocina.

—¿En serio?

—Claro. He aquí una idea con la que he estado jugueteando. —Hago una anotación en un taco y por un momento me acuerdo de todas esas notas esparcidas alrededor de la cafetera allá en mi querido 5.^º B..., ¿por qué siguen ahí?

—¿Por qué no me lo dices y listos? —pregunta el chico a mil kilómetros de distancia.

—Porque la publicidad no es un medio oral. Nunca te fíes de un anuncio cuando se lee en voz alta. Escríbelo y enséñaselo a alguien. Enséñaselo a tu mejor amigo. O a tu... ya sabes, a tu mujer.

—¿Te encuentras bien, Brad?

—Perfectamente. ¿Por qué lo dices?

—No sé, por un momento te he notado raro.

—Mientras no se me note raro cuando haga la presentación el lunes. A ver... ¿qué te dice esto?

Doy la vuelta al taco y le enseño lo que he escrito en mayúsculas: PO-TENS... PARA LOS HOMBRES QUE VAN DE DUROS.

—¡Parece un chiste verde! —protesta él.

—Veo que lo has entendido, pero lo he escrito en mayúsculas. Lo imagino en una

fuente poco visible, en cursiva. O quizá en un cuerpo muy pequeño, entre paréntesis. Como un secreto. —Añado los paréntesis, aunque con el texto en caja alta no quedan bien. Pero quedarán bien. Sencillamente lo sé, porque puedo verlo—. Ahora, partiendo de eso, pensemos en una foto de un hombre grande y fornido. Con unos vaqueros de cintura baja que dejen ver la parte superior del calzoncillo. Y una camiseta sin mangas, pongamos. Imagínalo con un poco de grasa y suciedad en las bolas.

—¿Las bolas?

—Los bíceps. Y aparece al lado de un coche potente con el capó levantado. ¿Sigue pareciéndote un chiste verde?

—No... no lo sé.

—Yo tampoco, no con toda seguridad, pero la intuición me dice que tendrá garra. Pero todavía no. El eslogan aún no sirve, en eso tienes razón, y ha de servir, porque será la base de los anuncios para la televisión e internet. Así que juega con la idea. Consigue que sirva. Pero recuerda la palabra clave...

De repente, así sin más, sé de dónde ha salido el resto de ese condenado sueño. Todo cobra sentido.

—¿Brad?

—La palabra clave es «duro» —digo—. Porque para un hombre..., cuando algo no le funciona, sea la polla, un plan, la vida, es duro. No quiere rendirse. Recuerda cómo eran las cosas antes, y quiere que vuelvan a ser iguales.

Sí, pienso. Sin duda es así.

Billy hace una mueca.

—No sabría decir.

Consigo esbozar una sonrisa. La noto tremadamente pesada, como si me colgaran lastres de las comisuras de los labios. De repente es como si estuviera otra vez en el mal sueño. Porque hay algo cerca de mí que no quiero mirar. Solo que esto no es un sueño lúcido del que puedo escapar.

Esto es realidad lúcida.

Cuando Billy se marcha, voy al váter. Son las diez, en la oficina casi todos han ido ya a por el café de la mañana. Y siguen tomándolo en nuestra pequeña sala de descanso. Me bajo el pantalón por si alguien entra y casualmente mira por debajo de la puerta; así no pensará que soy raro. Pero la única razón por la que he venido aquí es para pensar un rato.

Cuatro años después de incorporarme a Andrews-Slattery, me cayó en el escritorio el anuncio del analgésico Fasprin. A lo largo de los años me han llegado algunos especiales, algunos éxitos, y ese fue el primero. Sucedió deprisa. Abrí la caja con la muestra, saqué el frasco, y la base de la campaña —lo que a veces los publicistas llaman el meollo— se me ocurrió al instante. Mareé la perdiz un poco, por

supuesto —no conviene que parezca *demasiado* fácil—, y luego hice unos bosquejos. Ellen me ayudó. Eso fue justo después de enterarse de que no podría tener hijos. Por algo relacionado con un medicamento que le habían administrado de niña para tratarle una fiebre reumatoide. Se quedó muy deprimida. Ayudarme con los bosquejos para Fasprin le permitió apartar la cabeza de eso, y se dedicó a ello en cuerpo y alma.

Por entonces dirigía la agencia Al Peterson, y fue a él a quien le llevé los bosquejos. Recuerdo que me quedé sentado en la silla de tortura, delante de su escritorio, con el corazón en un puño mientras él examinaba lentamente los bosquejos en los que habíamos trabajado. Cuando por fin los dejó y levantó su vieja cabeza lanuda para mirarme, el silencio pareció prolongarse durante al menos una hora. Después dijo: «Son buenos, Bradley. Más que buenos, magníficos. Nos reuniremos con el cliente mañana por la tarde. Ocúpate tú de la presentación».

Me ocupé yo de la presentación, y cuando el vicepresidente de Dugan Drug vio la ilustración de la joven obrera remangada, con el frasco de Fasprin asomando de la manga, quedó encantada. La campaña situó a Fasprin entre los grandes —Bayer, Anacin, Bufferin—, y a finales de año nos ocupábamos de todos los anuncios de la cuenta de Dugan. ¿Facturación? Siete cifras. Y no siete cifras bajas.

Con la bonificación, llevé a Ellen a Nassau diez días. Salimos del aeropuerto Kennedy, una mañana que llovía a mares, y todavía recuerdo cómo se rio y exclamó «Bésame, guapo» cuando el avión atravesó las nubes y la cabina se llenó de sol. La besé, y la pareja sentada al otro lado del pasillo —volábamos en clase business— aplaudió.

Eso fue lo mejor. Lo peor llegó media hora después, cuando me volví hacia ella y por un momento pensé que había muerto. Fue por cómo dormía, con la cabeza ladeada sobre el hombro, la boca abierta y el pelo erizado en dirección a la ventanilla. Ellen era joven, los dos lo éramos, pero la muerte súbita era una siniestra posibilidad en su caso.

—Antes llamaban a esto suyo «esterilidad», señora Franklin —explicó el médico cuando nos dio la mala noticia—, pero en este caso su incapacidad para concebir podría tener un lado positivo. El embarazo somete al corazón a un gran sobreesfuerzo, y debido a una enfermedad mal tratada cuando usted era niña, no tiene el corazón fuerte. Si llegara a concebir, pasaría en cama los últimos cuatro meses del embarazo, y aun entonces el resultado sería incierto.

Ellen no estaba embarazada cuando iniciamos aquel viaje, y en su último chequeo todo había salido bien, pero el ascenso hasta la altitud de crucero había sido muy brusco... y daba la impresión de que había dejado de respirar.

Finalmente abrió los ojos. Volví a relajarme en mi asiento del pasillo dejando escapar un largo y trémulo suspiro.

Ella me miró desconcertada.

—¿Qué pasa?

—Nada. Es por cómo dormías, solo eso.

Ella se limpió la barbilla.

—Dios mío, ¿he babeado?

—No. —Me eché a reír—. Pero por un momento parecía que estabas... en fin, muerta.

Ellen también rio.

—Y si lo hubiera estado, habrías enviado el cadáver de regreso a Nueva York, supongo, y te habrías liado con una bahameña.

—No —dije—. Te habría llevado a ti igualmente.

—¿Qué?

—Porque me habría negado a aceptarlo. No lo habría aceptado por nada del mundo.

—Al cabo de unos días tendrías que aceptarlo. Empezaría a oler mal.

Ellen sonreía. Seguía considerándolo un juego porque en realidad no había entendido de qué quería prevenirla el médico aquel día. Como suele decirse, no había llegado hasta el fondo del asunto. Además, no era consciente de su aspecto en ese momento: las mejillas de una palidez invernal bajo el resplandor del sol, los párpados ensombrecidos, la boca abierta. Pero yo la había visto, y había llegado hasta el fondo del asunto. Ella *era* mi corazón, y yo cuido bien lo que tengo ahí. Nadie me lo arrebata.

—No —dije—. Te mantendría viva.

—¿En serio? ¿Cómo? ¿Nigromancia?

—Negándome a rendirme. Y utilizando el activo más valioso de un publicista.

—¿Y cuál es, señor Fasprin?

—La imaginación. ¿Y ahora podemos hablar de algo más agradable?

La llamada que estaba esperando llega a eso de las tres y media. No es Carlo. Es Berk Ostrow, el encargado de mantenimiento del edificio. Quiere saber a qué hora estaré en casa, porque la rata que todo el mundo huele no está en el 5.^o C, está en nuestro piso. Dice Ostrow que los exterminadores tienen que marcharse a las cuatro para ocuparse de otro encargo, pero eso no es lo importante. Lo importante es resolver el problema que hay allí y, por cierto, según dice Carlo, nadie ha visto a su mujer desde hace una semana. Solo lo han visto a usted y al perro.

Explico lo de mi deficiente sentido del olfato y la bronquitis de Ellen. En su actual estado, digo, no se enteraría de que las cortinas estaban en llamas hasta que se activara el detector de humo. Estoy seguro de que Lady lo huele, le digo, pero para un perro el hedor a rata descompuesta probablemente sea como el aroma de Chanel N.^o 5.

—Todo eso lo entiendo, señor Franklin, pero necesito entrar de todos modos para ver qué pasa. Y habrá que volver a llamar a los exterminadores. Me parece que seguramente la factura le caerá a usted, y va a ser bastante alta. Podría entrar yo

mismo con la llave maestra, pero me sentiría más cómodo si estuviera usted...

—Sí, también yo me sentiría más cómodo. Por no hablar ya de mi mujer.

—He intentado llamarla, pero no coge el teléfono.

Ahora percibo recelo en su voz. Le he ofrecido explicaciones para todo, eso es algo que se da bien a los publicistas, pero el efecto convincente dura solo sesenta segundos o así. Por eso uno sigue oyendo los mismos anuncios y eslóganes una y otra vez: Basta con un toquecito. Ahorre tiempo, ahorre dinero. Pepsi para quienes piensan como jóvenes. Me encanta. El desayuno de los campeones. Es como clavar un clavo. Clavarlo hasta el fondo.

—Debe de haber dejado el teléfono en silencio. Además, con esa medicación que le han dado, tiene el sueño muy profundo.

—¿A qué hora llegará a casa, señor Franklin? Yo puedo quedarme hasta las siete; a partir de esa hora solo está aquí Alfredo. —El tono despectivo de su voz parece indicar que más me valdría tratar con cualquier tipejo raro de la calle que con Alfredo.

Nunca, pienso. Nunca llegaré a casa. De hecho, ya de entrada nunca he estado allí. Ellen y yo nos lo pasamos tan bien en las Bahamas que nos mudamos a Cable Beach, y yo encontré trabajo en una pequeña agencia de Nassau. Anuncio cruceros especiales («¡El viaje es el destino!»), gangas en aparatos estéreo («¡Además de oírlo mejor, óigalo más barato!»), e inauguraciones de supermercados («¡Ahorre bajo las palmeras!»). Todo esto de Nueva York ha sido solo un sueño lúcido, un sueño del que puedo escapar en cualquier momento.

—¿Señor Franklin? ¿Sigue usted ahí?

—Claro. Estaba pensando. Tengo una reunión a la que no puedo faltar bajo ningún concepto, pero ¿por qué no sube a verme al piso a eso de las seis?

—¿Y por qué no quedamos en el vestíbulo, señor Franklin? Así subimos juntos.

—En otras palabras: *No voy a darle ventaja, señor Genio de la Publicidad que a lo mejor ha matado a su mujer*.

Me planteo preguntarle cómo cree que podría adelantarme a él, llegar al piso y deshacerme del cadáver de El..., porque eso es lo que está pensando. Quizá no sea el asesinato lo que ronda en el primer plano de su cabeza, pero tampoco anda muy por debajo de la superficie. «Marido asesina a su mujer» es un tema con gancho para Lifetime Channel. Quizá piensa que yo utilizaría el ascensor de servicio y encajonaría el cadáver en el trastero. ¿O acaso que lo echaría a la tolva de la incineradora? Incinéreselo usted mismo.

—El vestíbulo me parece perfecto —digo—. A las seis. Menos cuarto, si consigo llegar.

Cuelgo y me encamino hacia los ascensores. Para acceder a ellos tengo que pasar por delante de la sala de descanso. Billy Ederle, apoyado en el marco de la puerta, se toma un Nozzy. Es un refresco francamente deplorable, pero es el único que expende la máquina. El fabricante es cliente nuestro.

—¿Adónde vas?

—A casa. Ha llamado Ellen. No se encuentra bien.

—¿No te llevas el maletín?

—No. —No preveo necesitar el maletín por un tiempo. De hecho, puede que nunca vuelva a necesitarlo.

—Estoy trabajando en la nueva orientación de Po-TENS. Creo que va a ser todo un éxito.

—No lo dudo —digo, y es verdad. Billy Ederle pronto ascenderá, y me alegra por él—. Ando con prisa.

—Claro, lo entiendo. —Tiene veinticuatro años y no entiende nada—. Dale recuerdos de mi parte.

En Andrews-Slattery tomamos cinco o seis becarios al año; así empezó Billy Ederle. Casi todos son excelentes, y al principio Fred Willits también lo parecía. Lo acogí bajo mi tutela, y por eso recayó en mí la responsabilidad de despedirlo —supongo que podría decirse así, aunque en realidad los becarios no tienen un «contrato» propiamente dicho— cuando se descubrió que era cleptómano y había decidido que nuestro cuarto de material era su coto privado de caza. A saber de cuántas cosas se apropió antes de que Maria Ellington lo sorprendiera una tarde cargando su maletín de paquetes y paquetes de folios. Resultó que también era un poco psicópata. Se puso como una fiera cuando le dije que debía marcharse. Pete Wendell avisó a seguridad mientras el chico me gritaba en el vestíbulo y hubo que echarlo por la fuerza.

Por lo visto, el bueno de Freddy tenía mucho más que decir, porque empezó a rondar cerca de mi edificio y a ponerme verde cuando llegaba a casa. Sin embargo se mantenía a distancia, y según la policía solo ejercía su derecho a la libertad de expresión. Pero no era su boca lo que yo temía. Pensaba que tal vez había afanado un cúter o un cortaplumas, además de cartuchos de impresora y unos cincuenta paquetes de papel de fotocopiadora. Fue entonces cuando le pedí a Carlo que me diera una llave de la entrada de servicio y empecé a acceder al edificio por allí. Todo eso ocurrió en otoño de ese año, septiembre u octubre. El joven señor Willits desistió y se llevó sus conflictos a otra parte cuando los días ya eran más fríos, pero Carlo nunca me pidió que le devolviera la llave, y yo nunca se la di. Imagino que los dos nos olvidamos.

Por eso, en lugar de dar al taxista mi dirección, le pido que me deje en la manzana siguiente. Le pago, con una generosa propina —bah, es solo dinero—, y recorro el callejón de servicio. Paso un momento de apuro cuando me encuentro con que la llave no funciona, pero insisto un poco y gira. En el ascensor de servicio cuelgan de las paredes unos protectores acolchados marrones en previsión de alguna mudanza. Una imagen premonitoria de la celda acolchada donde me meterán, pienso, pero eso ciertamente es puro melodrama. Quizá tenga que ausentarme de la agencia por un

tiempo, y lo que he hecho es sin duda motivo para rescindir el contrato de alquiler, pero...

—¿Qué he hecho, exactamente?

Es más, ¿qué he estado haciendo durante toda la última semana?

—Manteniéndola viva —digo cuando el ascensor se detiene en el cuarto piso—. Porque no resistía la idea de que estuviera muerta.

No está muerta, me digo; simplemente no anda fina. Es un pésimo eslogan, pero en la última semana me ha venido bien, y en el mundo de la publicidad solo cuenta el corto plazo.

Entro. Noto el aire quieto y cálido, pero no huelo nada.

Así que me digo, da igual, y en el mundo de la publicidad también cuenta la imaginación.

—Cielo, ya estoy en casa —anuncio—. ¿Estás despierta? ¿Te encuentras mejor?

Supongo que esta mañana, antes de salir, me he olvidado de cerrar la puerta del dormitorio, porque Lady sale parsimoniosamente. Se relame. Me dirige una mirada de culpabilidad y entra en el salón con el rabo entre las patas. No me mira.

—¿Cielo? ¿El?

Entro en el dormitorio. Sigo sin ver nada de ella, excepto el pelo algodonoso y el contorno del cuerpo bajo el edredón. El edredón está un poco arrugado, y deduzco, pues, que se ha levantado —aunque haya sido solo para tomar un café— y ha vuelto a acostarse. Fue el viernes pasado cuando llegué a casa y Ellen no respiraba, y desde entonces ha dormido mucho.

Rodeo la cama hasta su lado y veo que le cuelga la mano. No queda mucho de ella, más que huesos y jirones de carne. La contemplo, y pienso que hay dos formas de verlo. Según se mire, probablemente mi perra —la perra de Ellen, en realidad, porque Lady siempre ha querido más a Ellen— tenga que ser sacrificada. Aunque también podría interpretarse que Lady se ha preocupado y ha intentado despertarla. Vamos, Ellie, quiero ir al parque. Vamos, Ellie, juguemos con mis juguetes.

Meto la mano roída bajo la sábana. Así no se enfriará. Luego aparto unas moscas. No recuerdo haber visto moscas antes en el piso. Probablemente han oido esa rata muerta de la que hablaba Carlo.

—¿Te acuerdas de Billy Ederle? —pregunto—. Le he proporcionado un enfoque para el anuncio de Po-TENS, y creo que va a sacarle partido.

Ninguna reacción por parte de Ellen.

—No puedes estar muerta —digo—. Eso es inaceptable.

Ninguna reacción por parte de Ellen.

—¿Quieres un café? —Echo un vistazo a mi reloj—. ¿Algo de comer? Tenemos caldo de pollo. De ese que viene en bolsas, pero caliente no sabe mal. —Caliente no sabe mal, ese sí sería un eslogan lamentable—. ¿Qué dices, El?

No dice nada.

—Bien —digo—. Me parece bien. ¿Te acuerdas de cuando fuimos a las Bahamas,

cielo? ¿Cuando fuimos a hacer snorkeling y tuviste que dejarlo porque estabas llorando? Y cuando te pregunté por qué, dijiste: «Por lo hermoso que es todo».

Ahora soy yo quien llora.

—¿Seguro que no quieres levantarte y pasear un poco? Abriré las ventanas y dejaré entrar un poco de aire fresco.

Ninguna reacción por parte de Ellen.

Suspiro. Acaricio ese pelo algodonoso.

—Muy bien —digo—. ¿Por qué no duermes un par de horas más? Yo me quedaré sentado aquí a tu lado.

Y eso es exactamente lo que hago.

Para Joe Hill

Sí, va de béisbol, pero démosle una oportunidad, ¿vale? No hace falta ser marinero para que a uno le gusten las novelas de Patrick O'Brian, ni hace falta ser jockey —ni siquiera apostador— para que a uno le gusten las novelas de misterio de Dick Francis. Esos relatos cobran vida en los personajes y los incidentes, y confío en que aquí encuentres una vida similar. La idea de este cuento la concebí después de ver un partido de la fase final donde una mala decisión arbitral acabó casi en un disturbio en el Turner Field de Atlanta. Los hinchas lanzaron al terreno de juego vasos, gorras, pancartas, banderines y botellas de cerveza. Cuando un árbitro recibió un botellazo en la cabeza (la botella, de whisky, de medio litro, para entonces ya estaba vacía, por supuesto), los equipos fueron retirados del campo hasta que se restableció el orden. Los comentaristas de televisión se lamentaron de la falta de deportividad, como si tales exhibiciones de repulsa e indignación no se produjeran en los estadios de Estados Unidos desde hacía cien años o más.

Siempre me ha gustado el béisbol, y quería escribir sobre este deporte tal como era en una época en que condenas así de enérgicas, acompañadas de declaraciones como «¡Mata al árbitro!» y «¡Cómprale un perro lazillo!», se consideraban una parte válida del juego. Una época en que el béisbol era un deporte casi tan cosa de hombres como el fútbol, cuando los jugadores se deslizaban hacia la segunda base con los tacos por delante, y las colisiones en el plato no solo no estaban prohibidas sino que eran lo que se esperaba. Esos eran tiempos en que la anulación de una decisión arbitral basada en la repetición de la jugada por televisión se habría considerado un horror, ya que la palabra del árbitro era la ley. Quería utilizar el lenguaje de esos primeros jugadores para evocar la textura y el color del deporte en Estados Unidos a mediados de siglo. Quería ver si era capaz de crear algo mítico y —a su manera horrenda— también un tanto cómico.

Además, tuve ocasión de incluirme a mí mismo en el relato, y eso me encantó. (Al fin y al cabo, mi primer trabajo remunerado como escritor fue como periodista de deportes para el *Enterprise* de Lisbon). Mis hijos llaman a esas cosas «metaficción». Yo lo considero simple diversión, y espero que este cuento sea eso: diversión de la de antes, con la última frase tomada de una gran película que se titula *Grupo salvaje*.

Y cuidado con el filo de la hoja, Lector Constante. Al fin y al cabo, esto es un cuento de Stephen King.

Billy bloqueo

¿William Blakely?

Ah, válgame Dios, se refiere a Billy Bloqueo. Hacía años que nadie me preguntaba por él. Aunque, claro, aquí nadie me pregunta gran cosa, excepto si me apetece apuntarme a la Noche de la Polka en el Salón de la Orden de los Caballeros de Pitias del centro o a algo que llaman «bolera virtual». Eso se hace aquí mismo, en la sala común. Le daré un consejo, señor King —no me lo ha pedido, pero se lo daré igualmente—: no se haga viejo, y si se hace viejo, no permita que su familia lo meta en un hotel para zombis como este.

Es raro, eso de hacerse viejo. Cuando eres joven, la gente siempre quiere oír lo que cuentas, sobre todo si has andado metido en el béisbol profesional. Pero cuando eres joven no tienes tiempo para contar nada. Ahora tengo todo el tiempo del mundo, y parece que a nadie le interesan los viejos tiempos. Pero a mí todavía me gusta acordarme de esa época. Así que le hablaré de Billy Blakely, cómo no. Una historia tremenda, desde luego que sí, pero esas son las más largas.

El béisbol era distinto por aquel entonces. Recordará que Billy Bloqueo jugó para los Titans solo diez años después de romper Jackie Robinson la barrera del color, y los Titans ya han desaparecido. Dudo mucho que New Jersey vuelva a tener equipo en las grandes ligas, no con dos potentes clubes en Nueva York, al otro lado del río. Pero en aquellos tiempos era un equipazo —éramos un equipazo—, y jugábamos nuestros partidos en un mundo distinto.

El reglamento era el mismo. Eso no cambia. Y los pequeños rituales también eran muy parecidos. Ah, no se habría permitido a nadie llevar la gorra ladeada, o doblar la visera, y había que llevar el pelo limpio y bien peinado (hay que ver cómo lo llevan ahora esos payasos, por Dios), pero algunos jugadores todavía se santiguaban antes de ocupar el cajón de bateo, o escarbaban en la tierra con la punta del bate antes de colocarse en posición. Nadie quería pisar la línea de base, se consideraba que era lo que peor suerte daba.

Era un partido *en casa*, ¿vale? Había empezado a venir la televisión, pero solo los fines de semana. Teníamos una buena audiencia, porque los partidos se ponían en la WNJ, y en Nueva York todo el mundo podía verlos. Algunas de esas retransmisiones eran de lo más cómicas. En comparación con cómo se televisan hoy día los partidos, aquello era cosa de aficionados. La radio lo hacía mejor, más profesional, pero también era a nivel local, claro. No había retransmisiones vía satélite, porque no había satélites. Los rusos mandaron el primero a la atmósfera durante la serie mundial entre Yanks y Braves de ese año. Si la memoria no me engaña, ese día no había partido, pero quizás me equivoque. Lo que sí recuerdo es que ese año los Titans quedaron fuera de la competición muy pronto. Plantamos cara durante un tiempo, en parte gracias a Billy Bloqueo, pero ya sabe cómo acabó eso. Esa es la razón por la que ha venido, ¿no?

Pero esto es a lo que yo voy: como el deporte tenía menos peso a nivel nacional, los jugadores no eran nada del otro mundo. No estoy diciendo que no hubiera estrellas —tipos como Aaron, Burdette, Williams, Kaline y, cómo no, Mickey Mantle—, pero en su mayoría no eran tan conocidos de costa a costa como jugadores posteriores de la fama de Alex Rodríguez o Barry Bonds (un par de zánganos y drogadictos, si quiere saber mi opinión). ¿Y los demás? Se lo resumiré en una sola palabra: machacas. Por entonces el salario medio era de quince mil, menos de lo que gana hoy día un profesor de instituto en su primer año.

Machacas, ¿lo entiende? Así lo dijo George Will en aquel libro suyo. Solo que él lo dijo como si se tratara de algo bueno. Yo no tengo nada claro que lo fuese si eras un campocorto de treinta años, tenías mujer y tres hijos, y quizás te quedaban otros siete años por delante antes de retirarte. Diez si tenías suerte y las lesiones te respetaban. Carl Furillo acabó de instalador de ascensores en las Torres Gemelas y pluriempleado como vigilante nocturno, ¿lo sabía? Dígame, ¿lo sabía? ¿Y cree que ese tal Will lo sabía, o solo se olvidó de mencionarlo?

La cosa iba así: si uno tenía aptitudes y era capaz de hacer el trabajo incluso con resaca, jugaba. Si no era capaz, puerta. Así de sencillo. Así de brutal. Y eso me lleva a nuestro panorama en cuestión de cácheres aquella primavera.

Estábamos en buena forma en el stage de pretemporada, que para los Titans fue en Sarasota. Nuestro cácher titular era Johnny Goodkind. Quizás no lo recuerde. Si lo recuerda, probablemente sea por cómo acabó. Tuvo cuatro años buenos, bateó por encima de .300, se enfundó el peto en casi todos los partidos. Sabía manejar a los pícheres, no les aguantaba chorraditas. Los chicos acataban siempre sus señales. Bateó cerca de los .350 esa primavera, con casi una docena de cuadrangulares, uno con un golpe tan profundo y lejano como no he visto otro en el estadio Ed Smith, donde la bola no corría bien. Dejó sin parabrisas el Chevrolet de algún que otro periodista... ¡Ja!

Pero también era un gran bebedor, y dos días antes de que el equipo tuviera que salir rumbo al norte e iniciar la temporada en casa, atropelló a una mujer en Pineapple Street y la dejó seca, más muerta que un mochuelo. O que mi abuelo. Como se diga. Luego el muy cretino intentó darse a la fuga. Pero había un coche patrulla de la oficina del sheriff aparcado en la esquina de Orange, y los agentes lo vieron todo. Tampoco quedaron muchas dudas sobre el estado de Johnny. Cuando lo sacaron del coche, olía como una destilería y apenas se tenía en pie. Uno de los agentes se agachó para esposarle los tobillos, y Johnny le potó en la cabeza. La carrera de Johnny Goodkind en el béisbol se había acabado antes de que se secara el vomito. Ni siquiera Babe habría podido volver a pisar un terreno de juego después de atropellar a un ama de casa que había salido a hacer la compra esa mañana. Supongo que terminó haciendo señales para el equipo de la cárcel de Raiford. Si es que lo había.

Su suplente era Frank Faraday. No lo hacía mal detrás del plato, pero al bate era un merengue. Rondaba los setenta kilos. No hacía bulto, y eso era un riesgo para él.

En aquellos tiempos se jugaba duro, señor King; te daban caña, y ahí te jodas.

Pero Faraday era lo que teníamos. Recuerdo que DiPunno ya anunciaba que no duraría mucho, pero ni siquiera Jersey Joe sabía lo poco que duraría.

Faraday estaba detrás del plato cuando jugamos nuestro último partido de exhibición de aquel año. Contra los Reds, fue. Era una situación propicia para un toque de sacrificio. Don Hoak al bate. En la tercera, una mole... Ted Kluszewski, creo que era. Hoak le pega y la manda hacia Jerry Rugg, que ese día era nuestro pícher. Klew, la mole, enfila hacia el plato, ciento veinticinco kilos de masa polaca. Y ahí está Faraday, flaco como una caña, con un pie plantado en el pentágono. Aquello tenía que acabar mal. Rugg se la pasa a Faraday. Faraday se vuelve dispuesto a tocar al corredor rival. No pude ni mirar.

Aquel alfeñique consiguió eliminarlo, eso hay que reconocérselo, solo que fue una eliminación en un partido de pretemporada, tan importante en los planes del universo como un pedo silencioso en medio de un vendaval. Y ahí se terminó la carrera de Frank Faraday en el béisbol. Un brazo roto, una pierna rota, commoción cerebral... ese fue el balance. No sé qué fue de él. Hasta donde yo sé, lo mismo acabó limpiando parabrisas a cambio de la voluntad en una gasolinera de Esso en Tucumcari.

En resumidas cuentas, perdimos a nuestros dos cácheres en cuestión de cuarenta y ocho horas y tuvimos que marcharnos al norte sin nadie a quien poner detrás del plato, como no fuera Ganzie Burgess, que había pasado de cácher a pícher no mucho después de la guerra de Corea. Esa temporada el Gran Ganz tenía treinta y nueve tacos y solo servía para dar descanso a algún titular hacia la mitad del partido, pero lanzaba una bola de nudillos endiablada y era astuto como Satanás, así que Joe DiPunno por nada del mundo iba a arriesgarse a poner aquellos viejos huesos detrás del plato. Dijo que antes prefería ponerme a mí. Supe que lo decía en broma —yo era un simple entrenador de tercera base y tenía tales distensiones inguinales que las pelotas prácticamente se me bamboleaban entre las rodillas—, pero me entró un escalofrío solo de pensarlo.

Lo que Joe hizo fue llamar a Newark, a la sede del club, y decirle a la directiva: «Necesito un jugador capaz de atrapar una bola rápida de Hank Masters y una curva de Danny Doo sin caerse de culo. Por mí como si juega para los Testículos de Toro de Tremont, pero aseguraos de que tiene guante y de que esté en el Swamp a tiempo para el himno nacional. Luego buscadme un cácher de verdad. Eso si queréis tener una mínima opción de competir por algo esta temporada, claro está». Colgó y encendió lo que probablemente era su decimoctavo cigarrillo de ese día.

Ay, la vida del mánager, ¿no? Un cácher acusado de homicidio; otro en el hospital, envuelto en tal cantidad de vendas que parecía Boris Karloff en *La momia*; pícheres que no se afeitaban aún o que estaban a punto de vivir de una pensión; a saber quién iba a vestirse el peto y acuclillarse detrás del plato en la jornada inaugural.

Ese año viajamos al norte en avión en lugar de coger el tren; aun así, aquello se parecía más a un tren a punto de estrellarse. Entretanto, Kerwin McCaslin, que era el director técnico de los Titans, cogió el teléfono y nos encontró un cácher con el que empezar la temporada: William Blakely, a quien pronto se lo conocería como Billy Bloqueo. Ahora no me acuerdo de qué liga menor venía, si la Doble A o la Triple A, pero puede usted consultarla en el ordenador, porque sí conozco el nombre de su anterior equipo: los Maiceros de Davenport. Vinieron de allí unos cuantos jugadores durante mis siete años con los Titans, y los parroquianos siempre les preguntaban qué tal les iban las cosas por allí cuando jugaban para los Majaderos. O a veces los llamaban los Mariconzuelos. El humor en el mundo del béisbol no se distingue por su sutileza.

Aquel año iniciamos la temporada contra los Red Sox. A mediados de abril. Por entonces el béisbol empezaba más tarde y seguía un calendario más sensato. Yo llegué al estadio con tiempo de sobra —antes de que Dios se levantara de la cama, a decir verdad—, y en el aparcamiento de los jugadores encontré a un joven sentado en el parachoques de una vieja furgoneta Ford. La matrícula, de Iowa, colgaba del parachoques trasero sujetada con alambre. Nick, el vigilante de la entrada, lo dejó pasar cuando el chico le enseñó una carta de la directiva y el carnet de conducir.

—Tú debes de ser Bill Blakely —dijo, y le estrechó la mano—. Encantado de conocerte.

—Lo mismo digo —contestó él—. He traído mi equipo, pero lo tengo bastante estropeado.

—Ah, en eso creo que aquí estarás bien cubierto, socio —dijo, y le soltó la mano. Tenía una tiritita en torno al dedo corazón, justo por debajo del nudillo medio—. ¿Te has cortado afeitándote? —pregunté señalándola.

—Sí, me he cortado afeitándome —respondió.

Yo no habría sabido decir si esa era su manera de demostrar que entendía el chiste, o si le preocupaba tanto cagarla que pensó que era mejor dar la razón a todo lo que dijese cualquiera, al menos de entrada. Más tarde me di cuenta de que no era ni lo uno ni lo otro; sencillamente tenía el hábito de repetir lo que uno le decía. Me acostumbré a eso, incluso llegó a gustarme, en cierto modo.

—¿Es usted el mánager? —preguntó—. ¿El señor DiPunno?

—No —contesté—, soy George Grantham. Los chicos me llaman Granny. Soy el entrenador de tercera base. También soy el utilero. —No mentía; esas eran mis dos ocupaciones. Ya le he dicho que por entonces el béisbol tenía menos peso—. Yo te equiparé, no te preocupes. Todo material nuevo.

—Todo material nuevo —repitió él—. Excepto el guante. Necesito el guante de Billy, el de toda la vida, ya me entiende. Billy Junior y yo hemos recorrido mucho camino juntos.

—Bueno, por mí no hay inconveniente. —Y entramos en el estadio, el Viejo Swampy, como lo llamaban los periodistas de deportes por aquel entonces.

Dudé si asignarle o no el número 19, porque era el del pobre Faraday, pero el uniforme le quedaba bien, no parecía un pijama, y se lo di. Mientras se vestía, dije:

—¿No estás cansado? No debes de haber parado ni una sola vez en todo el viaje. ¿No te enviaron un poco de dinero para venir en avión?

—No estoy cansado —respondió—. Puede que me envíaran algo de dinero para el avión, pero yo no lo vi. ¿Podemos ir a echar un vistazo al campo?

Contesté que sí, y lo guie por el túnel y cruzamos la caseta. Se acercó hasta el pentágono por la línea de fuera enfundado en el uniforme de Faraday, resplandeciente el 19 azul bajo el sol de la mañana (eran solo las ocho, los cuidadores del terreno de juego acababan de empezar lo que sería una larga jornada de trabajo).

Ojalá pudiera expresar lo que sentí al verlo dar ese paseo, señor King, pero las palabras son lo suyo, no lo mío. Lo único que sé es que, de espaldas, se daba un aire a Faraday. Era diez años más joven, claro está... pero por detrás la edad no se nota mucho, excepto a veces por la manera de andar. Además, era delgado como Faraday, y delgado es como conviene que sean el campocorto y el segunda base, no el cácher. Los cácheres deben tener la complejión de una boca de riego, como la tenía Johnny Goodkind. Ese tipo parecía una fractura de costillas y una perforación de pulmón en ciernes.

No obstante, era más robusto que Frank Faraday; de trasero amplio y muslos gruesos. Era delgado de cintura para arriba, pero, viéndolo por detrás y a lo lejos, pensé que parecía lo que probablemente era: un campesino de vacaciones en el pintoresco Newark.

Se acercó al plato y se volvió para mirar hacia el centro. Era rubio, como corresponde a un campesino, y le caía un rizo sobre la frente. Se lo apartó y se quedó allí parado asimilándolo todo: el silencio, las gradas vacías donde esa tarde se sentarían cincuenta mil espectadores, los banderines ondeando ya en las barandillas movidos por la brisa matutina, los postes de fuera recién pintados de azul oscuro, los cuidadores empezando a regar. Era una vista imponente, siempre lo he pensado, e imaginé lo que pasaba por la cabeza de ese chico, que probablemente la semana anterior estaba en casa tirando de las ubres de las vacas y esperando a que los Majaderos comenzaran a jugar a mediados de mayo.

Pensé: *El pobre por fin está haciéndose una idea. Cuando mire hacia aquí, veré pánico en sus ojos. Puede que tenga que amarrarlo en el vestuario para que no se suba de un salto a esa vieja furgoneta suya y se vaya por donde ha venido de vuelta al culo del mundo.*

Pero cuando me miró, no asomaba el menor pánico a sus ojos. Ni siquiera nerviosismo, cosa que, diría yo, siente todo jugador la jornada inaugural. No, se lo veía totalmente sereno allí de pie detrás del plato con sus Levi's y su cazadora ligera de popelina.

—Sí —dice, como quien confirma algo de lo que ya estaba casi seguro desde el principio—. Billy puede batear aquí.

—Bien —digo. No se me ocurre nada más que decir.

—Bien —repitié él. Luego, se lo juro, va y dice—: ¿Cree que esos hombres necesitan ayuda con las mangueras?

Me eché a reír. Se advertía en él algo extraño, algo anormal, algo que ponía nerviosa a la gente..., pero ese algo también despertaba cierto cariño. Era una especie de ternura. Algo que lo llevaba a uno a desear sentir simpatía por él pese a la sensación de que no estaba del todo presente. Joe DiPunno supo en el acto que le flojeaba la cabeza. Algunos jugadores también lo notaron, pero les cayó bien igualmente. Era como si, al hablarle, te volviera el sonido de tu propia voz. Como un eco en una cueva.

—Billy —dijo—, cuidar el terreno de juego no es tu trabajo. Tu trabajo es vestirte el peto y atrapar los lanzamientos de Danny Dusen esta tarde.

—Danny Doo —dijo.

—Exacto. Veintiséis el año pasado, debería haber ganado el premio Cy Young, pero no lo ganó. Porque no le cae bien a la prensa. Sigue con la mosca detrás de la oreja por eso. Y acuérdate de lo que te digo: si te rechaza una señal, ni se te ocurra repetírsela. No a menos que quieras que después del partido te cambie la morrera de sitio y te la ponga donde ahora tienes el culo, claro está. Danny Doo está a cuatro partidos de las doscientas victorias, y va a ser un verdadero cabrón hasta que las consiga.

—Hasta que las consiga. —Asintió con la cabeza.

—Exacto.

—Si me rechaza una señal, le hago otra distinta.

—Sí.

—¿Lanza el cambio de velocidad?

—¿Mea un perro en una boca de riego? Doo ha ganado ciento noventa y seis partidos. Eso no se consigue sin cambio de velocidad.

—No sin cambio de velocidad —dice—. Vale.

—Y no te hagas daño ahí en el campo. Hasta que la directiva contrate a alguien, eres lo único que tenemos.

—Lo soy —dice—. Lo pillo.

—Eso espero.

Para entonces empezaban ya a llegar otros jugadores, y yo tenía mil cosas que hacer. Más tarde vi al chico en el despacho de Jersey Joe firmando lo que fuese que había que firmar. Kerwin McCaslin se cernía sobre él como un buitre sobre un animal atropellado en una carretera, señalándole dónde debía plasmar el autógrafo. El pobre, que probablemente no había dormido más de seis horas en las últimas sesenta, estaba allí comprometiéndose a dar cinco años de su vida. Después lo vi con Dusen, analizando la alineación del Boston. El Doo era quien hablaba, y el chico quien escuchaba. Ni siquiera hacía preguntas, por lo que vi, lo cual ya estaba bien. Si el chico hubiese dado a conocer lo que tenía en la cabeza, probablemente Danny se la

habría arrancado de un mordisco.

Más o menos una hora antes del partido, entré en el despacho de Joe para consultar la alineación. Había asignado al chico el octavo turno de bateo, cosa que no me sorprendió. Por encima de nuestra cabeza se oía ya el murmullo del público y el roce de los pies en las tablas. La jornada inaugural los seguidores siempre se presentan con tiempo de sobra. Al oírlo, sentí un hormigueo en el estómago, como siempre, y noté que Jersey Joe sentía lo mismo. Su cenicero estaba ya a rebosar.

—No es tan grande como yo esperaba —comentó a la vez que golpeteaba con el dedo el nombre de Blakely en el cartel de la alineación—. Dios nos asista si se lo cepillan.

—¿McCaslin no ha encontrado a nadie más?

—A lo mejor. Habló con la mujer de Hubie Rattner, pero Hubie se ha marchado de pesca a algún sitio en Termómetro Rectal, Wisconsin. Ilocalizable hasta la semana que viene.

—Hubie Rattner tiene cuarenta y tres años, calculando por lo bajo.

—¿Te crees que no lo sé? Pero los pobres no pueden elegir. Y sé franco conmigo: ¿cuánto crees que va a durar ese chaval en la máxima categoría?

—Ah, menos que un caramelo en la puerta de un colegio, seguramente —contesto—, pero tiene algo que Faraday no tenía.

—¿Qué, si puede saberse?

—No sabría decirte. Pero si lo hubieses visto de pie detrás del plato, con la mirada fija en el centro del campo, quizás te quedarías más tranquilo. Era como si estuviera pensando: «Tampoco es para tanto».

—Ya se enterará de si es para tanto o no la primera vez que Ike Delock le lance una a la nariz —dijo Joe, y encendió un cigarrillo. Dio una calada y rompió a toser—. Tengo que dejar estos Luckies. Y eso que no dan tos, según el anuncio, joder que no. Te apuesto veinte pavos a que la primera puta bola curva de Danny Doo le pasa a ese chico entre las piernas. Danny perderá los papeles... ya sabes cómo se pone cuando alguien le jode los planes... y el Boston nos dará un baño.

—No es que seas la alegría de la huerta, eh —digo.

Tendió la mano.

—Veinte pavos. Apuesta.

Como me constaba que eso lo proponía para romper el maleficio, le estreché la mano. Esos fueron veinte que me embolsé, porque la leyenda de Billy Bloqueo empezó aquel mismo día.

No puede decirse que dirigiera bien el encuentro, porque no lo dirigió él. De eso se encargó el Doo. Pero el primer lanzamiento —a Frank Malzone— fue en efecto una bola curva, y el chico la atrapó sin mayor problema. Pero no solo eso. Salió fuera por el pelo de un coño, y nunca he visto a un cácher rescatar la pelota tan deprisa, ni siquiera a Yogi. El árbitro señaló el primer strike, y el baño se lo dimos nosotros a ellos, al menos hasta que Williams anotó una carrera con las bases vacías en la quinta

entrada. Eso se repitió en la sexta, cuando Ben Vincent mandó una fuera del campo. Luego, en la séptima, teníamos un corredor en la segunda —Barbarino era, creo—, con dos jugadores eliminados y el chico nuevo en el cajón. Era su tercer turno al bate. En el primer turno se quedó fuera por strikes sin hacer más que ver pasar la bola; en el segundo se quedó fuera abanicando la bola. Esa vez Delock lo engañó de lo lindo, lo hizo quedar como un tonto, y el chico oyó el único abucheo que recibió con el uniforme de los Titans.

El chico se sitúa en el cajón, y yo eché una ojeada a Joe. Lo vi sentado más allá del dispensador de agua, mirándose los zapatos y meneando la cabeza. Incluso si el chico conseguía una base por bolas, después le tocaba al Doo ocupar el cajón, y el Doo no era capaz ni de pegarle a una bola de softball lenta con una raqueta de tenis. Como bateador era una puta mierda.

No alargaré el suspense; esto no es un comic de deportes para niños. Aunque quien dijo que a veces la vida imita al arte tenía razón, y eso pasó aquel día. El marcador estaba tres a dos. Entonces Delock lanzó la recta descendente que tanto había engañado al chico la primera vez, y vaya si el chico no estuvo a punto de pringar de nuevo. Solo que al final fue Ike Delock quien pringó. El chico se la sacó de los mismísimos pies tal como hacía Ellie Howard y la coló en la brecha entre jardineros. Hice una señal al corredor para que avanzara, y otra vez llevábamos ventaja, dos bases cargadas.

En las gradas todo el mundo estaba de pie, desgañitándose, pero dio la impresión de que el chico ni lo oía. Se limitó a colocarse allí en la segunda, sacudiéndose el polvo del fondillo del pantalón. No siguió allí mucho rato, porque el Doo quedó fuera al tercer lanzamiento y, como siempre hacía cuando lo eliminaban por strikes, tiró el bate al suelo.

Así que quizás, de hecho, sí sea un comic de deportes, como el que probablemente leía usted en el instituto durante la hora de estudio después de dejar el libro de historia. Principio de la novena, y el Doo se enfrenta a los primeros de la alineación. Elimina a Malzone, y una cuarta parte del público se pone en pie. Elimina a Klaus, y la mitad del público se pone en pie. Entonces sale Williams, el viejo Teddy Ballgame. El Doo le pega en la cadera, cero bolas malas y dos strikes, y al final flojea y le da la base por bolas. El chico se encamina hacia el montículo, y Doo, con señas, le indica que se aleje: tú a lo tuyo, chaval. Y el chaval eso hace. ¿Qué remedio? El tipo que está en el montículo es uno de los mejores pícheres en el mundo del béisbol y el tipo que está detrás del plato tal vez esa primavera, para mantenerse en forma, andaba haciendo partidillos detrás del establo al final de la jornada después de tirar de las ubres bobinas.

¡Primer lanzamiento, maldita sea! Williams sale a todo correr hacia la segunda. La bola estaba en la tierra, difícil de manejar, pero el chico, aun así, se sacó de la manga un tiro de áupa. Casi alcanzó a Teddy, pero, como usted sabe, el «casi» solo cuenta en el juego de la herradura. Ahora está de pie todo el mundo, gritando. El Doo

abronca al chico —como si fuera culpa suya y no un lanzamiento de mierda—, y mientras Doo está diciéndole al chico que es un cagón de tres al cuarto, Williams pide tiempo muerto. Se ha hecho daño en la rodilla al deslizarse y chocar contra la almohadilla, cosa que no debería sorprender a nadie; bateaba de perlas, pero recorriendo bases era un paquete. Nadie se explica por qué robó la base ese día. Desde luego no planeaban un bateo y corrido, no con dos eliminados y el resultado del partido en el aire.

Así que Billy Anderson sustituye a Teddy, y Dick Gernert, con un porcentaje de *slugging* de .425 o algo por el estilo, se sitúa en el cajón de bateo. El público se pone a cien, la bandera ondea, los envoltorios de los frankfurts se arremolinan aquí y allá, las mujeres lloran, los hombres piden a gritos a Jersey Joe que retire al Doo y ponga a Stew Rankin, que era lo que hoy día la gente llamaría pícher de cierre, aunque por entonces se lo conocía sencillamente como especialista en relevos cortos.

Pero Joe cruzó los dedos y siguió con Dusen.

El marcador estaba en tres y dos, ¿vale? Anderson se pone en marcha nada más lanzarse la bola, ¿vale? Porque corre como el viento y el tipo que está detrás del plato es un novato en su primer partido. Gernert, un fortachón, le pega justo por debajo a una bola curva y la devuelve mal, no la marra pero la devuelve mal. La manda poco más allá del montículo del pícher, fuera del alcance del Doo por poco. Pero este se le echa encima como un gato. Anderson rodea ya la tercera, y el Doo, de rodillas, la pasa hacia el plato. Aquello era una puta *bala*.

Ya sé lo que está pensando, señor King, pero se equivoca de pleno. Ni se me pasó por la cabeza que nuestro nuevo cácher, el novato, fuera a acabar hecho fosfatina como Faraday y disfrutar de una bonita carrera de un solo partido en las grandes ligas. Para empezar, Billy Anderson no era un alce como el Gran Klew; era más bien un bailarín de ballet. Por otro lado..., bueno..., el chico era *mejor* que Faraday. Creo que eso ya lo intuí nada más verlo sentado en el parachoques de aquella carraca de furgoneta, en la que llevaba su equipo estropeado.

El lanzamiento de Dusen fue a baja altura, pero lo clavó. El chico atrapó la bola entre las piernas y giró en redondo. Vi que tenía *solo el guante*. Tuve el tiempo justo de pensar que eso era un error de novato, que se olvidaba del viejo dicho, *los principiantes, las dos manos*, que iba caérsele la bola con la embestida de Anderson, y que tendríamos que tratar de ganar el partido en la segunda mitad de la entrada. Pero de pronto el chico agachó el hombro izquierdo como un liniero en fútbol. No presté atención a su mano libre, porque tenía la mirada fija en ese guante de cácher extendido, como todo el mundo en el Old Swampy ese día. No vi, pues, qué ocurrió exactamente, ni yo ni nadie.

Lo que vi fue esto: el chico plantó el guante en el pecho de Anderson cuando este estaba aún a tres pasos largos del pentágono. Luego Anderson chocó contra el hombro agachado del chico. Voló por encima de ese hombro y fue a parar detrás del cajón del bateador zurdo. El árbitro levantó el puño para indicar *eliminado*. De pronto

Anderson empezó a gritar y se agarró el tobillo. Lo oí desde mi cajón de entrenador de tercera base, así que, como imaginará, debió de ser un señor grito, porque aquellos hinchas de la jornada inaugural rugían como un huracán de fuerza diez. Vi que la vuelta de la pernera izquierda del pantalón de Anderson se teñía de rojo y la sangre corría entre sus dedos.

¿Puedo tomar un vaso de agua? Basta con que me sirva un poco de esa jarra de plástico, si es tan amable. En las habitaciones solo nos dejan tener jarras de plástico, ¿sabe?; en el hotel de los zombis no se permiten las jarras de cristal.

Ah, esto ya está mejor. Hacía mucho tiempo que no hablaba tanto, y aún tengo mucho que contar. ¿Se aburre ya? ¿No? Bien. Yo tampoco. Me lo estoy pasando como nunca, con historia tremenda o sin ella.

Billy Anderson no volvió a jugar hasta el 58, y el 58 fue su último año: el Boston lo dio de baja a mitad de temporada, y no pudo jugar de cácher con nadie más. Porque había perdido la velocidad, y de hecho la velocidad era lo único que podía vender. Los médicos aseguraron que quedaría como nuevo, que en el tendón de Aquiles tenía solo un corte pequeño, no de parte a parte, pero había además un esguince, e imagino que eso lo remató. El béisbol es un deporte blando, ¿sabe? La gente no se da cuenta. Y solo los cácheres se lesionan en colisiones contra el plato.

Después del partido, Danny Doo coge al chico por banda en la ducha y, a grito limpio, le dice:

—¡Novato, esta noche te invito a una copa! ¡Qué una! ¡A diez te invito! —Y a continuación hace su mayor elogio—: *¡Para eso que has hecho ahí hay que tenerlos cuadrados!*

—Diez copas porque los tengo cuadrados —dice el chico, y el Doo se ríe y le da una palmada en la espalda como si fuera lo más gracioso que ha oído en la vida.

Pero de pronto entra a toda prisa Pinky Higgins. Ese año entrenaba a los Red Sox, lo cual era un trabajo ingrato; a medida que avanzó el verano del 57 las cosas fueron de mal en peor para Pinky y los Sox. Furioso, mascaba tabaco con tal intensidad y tal velocidad que el jugo le resbalaba por las comisuras de los labios y le caía en el uniforme. Dijo que el chico había herido intencionadamente a Anderson en el tobillo al chocar los dos junto al plato. Dijo que Blakely debía de habérselo hecho con las uñas, y que tendrían que sancionarlo. Eso tenía su gracia viniendo de un hombre cuyo lema era: «¡Los tacos en alto y a matar!».

Yo estaba allí sentado, en el despacho de Joe, tomándome una cerveza, así que DiPunno y yo aguantamos juntos la bronca de Pinky. Pensé que a ese fulano le faltaba un tornillo, y supe por la expresión de Joe que no era el único en pensarlo.

Joe dejó acabar a Pinky y dijo:

—Yo no estaba atento al pie de Anderson. Estaba atento a Blakely, para ver si conseguía aguantar la bola y tocar al corredor. Cosa que ha hecho.

—Hazlo venir —exige Pinky, colérico—. Quiero decírselo a la cara.

—Sé razonable, Pink —contesta Joe—. ¿Estaría yo en tu despacho con un berrinche si el herido hubiese sido Blakely?

—¡No ha sido con los tacos! —vocifera Pinky—. ¡Los tacos son parte del juego! ¡Pero arañar como... *una niña en un partido de fútbol*... eso no lo es! ¡Y Anderson lleva siete años jugando! ¡Tiene una familia que mantener!

—¿Y qué me estás diciendo? ¿Que mi cácher le ha abierto un tajo en el tobillo a tu corredor suplente a la vez que lo eliminaba y lo hacía volar por encima del hombro, joder, no nos olvidemos, y que lo ha hecho con las uñas?

—Eso dice Anderson —responde Pinky—. Anderson dice que lo ha notado.

—A lo mejor Blakely también le ha distendido el tobillo con las uñas. ¿Es eso?

—No —admite Pinky. A esas alturas está rojo como un tomate, y no solo por el cabreo. Sabía a qué sonaba todo aquello—. Dice que eso ha sido cuando ha caído.

—Con la venia de la sala —intervengo—, pero ¿*las uñas*? Eso es una chorrada.

—Quiero ver las manos de ese chico —insiste Pinky—. Maldita sea, si no me las enseña, presentaré una queja.

Pensé que Joe iba a mandarlo a la mierda, pero no fue así. Se volvió hacia mí.

—Dile al chico que venga. Dile que tiene que enseñarle las uñas al señor Higgins, tal como se las enseñó a su maestra en primero de primaria después del juramento de lealtad.

Fui en busca del chico. Él me acompañó por propia voluntad, pese a que solo lo cubría una toalla, y no se la sujetó al enseñar las uñas. Las tenía cortas, limpias, ninguna rota ni doblada. Tampoco tenía ampollas de sangre, como las que quizá aparecerían si uno realmente las clavara en alguien y arañara. Un detalle sí noté, aunque no le di mayor importancia en ese momento: la tiritita había desaparecido del dedo corazón, y no vi ninguna cicatriz allí donde antes la tenía, sino solo piel limpia, rosada, después de la ducha.

—¿Satisfecho? —preguntó Joe a Pinky—. ¿O quieres mirarle detrás de las orejas por si tiene mugre?

—Vete a la mierda —contesta Pinky. Se levantó, se encaminó a zancadas hacia la puerta, escupió el taco de tabaco en la papelera (*ploff*) y se dio la vuelta—. Mi chico dice que tu chico le ha herido. Dice que lo ha notado. Y mi chico no miente.

—¡Tu chico, con el resultado del partido en el aire, ha querido hacerse el héroe en vez de parar en la tercera y dar una oportunidad a Piersall! Te diría que el palomino que lleva en el calzoncillo es chocolate si así pudiera escurrir el bullo. Tú sabes de sobra lo que ha pasado, y yo también. A Anderson se le han liado los pies y se ha herido con sus propios tacos al caer. Y ahora márchate.

—Alguien pagará por esto, DiPunno.

—¿Ah, sí? Bueno, mañana jugamos a la misma hora. Llegad temprano, cuando

las palomitas de maíz están calientes y la cerveza todavía está fría.

Pinky se fue, arrancando ya otro trozo de tabaco de mascar. Joe tamborileó con los dedos junto al cenicero y luego preguntó al chico:

—Ahora, entre nosotros, ¿le has hecho algo a Anderson? Dime la verdad.

—No. —Sin la menor vacilación—. No le he hecho nada a Anderson. Es la verdad.

—Vale —dijo Joe, y se puso en pie—. Siempre es agradable quedarse de charla después de un partido, pero creo que voy a marcharme a casa y follarme a mi mujer en el sofá. Siempre se me empina cuando ganamos en la jornada inaugural. —Dio una palmada en el hombro al nuevo cácher—. Chico, has jugado como se supone que hay que jugar. Bien hecho.

Se marchó. El chico se ciñó la toalla a la cintura y se dispuso a volver al vestuario. Yo comenté:

—Veo que ese corte del afeitado está mucho mejor.

Paró en seco en el umbral de la puerta, y aunque estaba de espaldas a mí, supe que sí había hecho algo allí en el campo. La verdad se adivinaba en su pose. No sé cómo explicarlo mejor, pero... lo supe.

—¿Qué? —Como si no me hubiera entendido, ¿sabe?

—El corte del afeitado en el dedo.

—Ah, *ese* corte del afeitado. Sí, mucho mejor.

Y se va tranquilamente... aunque, patán como era, lo más seguro es que ni supiera adónde iba.

Bueno, segundo partido de la temporada. Dandy Sisler en el montículo para el Boston, y cuando nuestro nuevo cácher apenas se ha instalado en el cajón de bateo, Sisler le tira una bola rápida a la cabeza. Si hubiera atinado, le habría saltado los putos ojos, pero él echa atrás la cabeza —no se agacha ni nada por el estilo— y acto seguido vuelve a poner el bate en posición, así sin más, y se queda mirando a Sisler como si dijera: *Vamos, amigo, repítelo siquieres*.

El público, fuera de sí, entona: *¡EXPULSIÓN! ¡EXPULSIÓN! ¡EXPULSIÓN!* El árbitro no lo expulsó pero sí lo amonestó, y se oyeron vítores. Eché un vistazo y vi a Pinky en la caseta del Boston, paseándose de aquí para allá con los brazos cruzados tan firmemente que parecía esforzarse en no estallar.

Sisler dio dos vueltas alrededor del montículo, empapándose del amor de los hinchas —no vea, querían arrastrarlo y descuartizarlo—, y se acercó a la bolsa de colofonia. Luego rechazó dos o tres señales de su cácher. Se lo tomo con calma, ¿entiende?, para que se asimilara. El chico allí seguía, tan tranquilo, con el bate a punto, más cómodo que su abuela repantigada en el sofá de la sala de estar. Y Dandy Dave lanza una bola semirrápida, en pleno centro. El chico le pega y la manda a las gradas del lado izquierdo. Tidings ocupaba una base, y con eso nos pusimos dos a cero. Me juego lo que sea a que en Nueva York la gente oyó el ruido del Swampy cuando el chico anotó esa carrera.

Pensé que estaría sonriendo cuando llegara a la tercera, pero se lo veía más serio que un juez. Entre dientes murmura: «Lo he hecho, Billy; le he dado una lección a ese paletó y lo he hecho».

El Doo fue el primero en abrazarlo en la caseta y, bailando con él, lo empujó contra el soporte de los bates. Además, lo ayudó a recoger los palos caídos, cosa que no era propia de Danny Dusen, quien normalmente se consideraba por encima de esas pequeñeces.

Después de derrotar al Boston dos veces y cabrear a Pinky Higgins, viajamos a Washington y allí ganamos los tres encuentros. El chico, al bate, consiguió bases en los tres y anotó su segunda carrera, pero, amigo, el estadio Griffith era un sitio deprimente para jugar; uno podría haber ametrallado a una rata en la grada de detrás del plato sin miedo a herir a ningún seguidor. Ese año los puñeteros Senators acabaron los últimos de la tabla, cuarenta juegos de diferencia con respecto al primero. Joder, para echarse a llorar.

En el segundo partido en que el Doo salió allí de titular, el chico ocupó su puesto tras el plato; era su quinto encuentro con el uniforme de un equipo de las grandes ligas, y no lograron un juego sin hits por muy poco. Pete Runnels les aguó la fiesta en la novena: hizo un hit de dos bases con uno eliminado. Después de eso el chico se acercó al montículo, y esa vez Danny no lo echó. Comentaron un poco la jugada, y a continuación el Doo, intencionadamente, dio una base por bolas al bateador, Lou Berberet (¿ve cómo se repite todo?). Con eso salió al cajón Bob Usher, y en su turno consiguieron la doble eliminación más dulce imaginable, y de paso el partido.

Aquella noche el Doo y el chico salieron a celebrar la victoria número ciento noventa y ocho de Dusen. Cuando al día siguiente vi a nuestro muchacho nuevo, tenía una resaca de las buenas, pero la sobrellevaba con la misma serenidad que había demostrado ante el tiro de Dave Sisler a la cabeza. Yo empezaba a pensar que teníamos en las manos a todo un jugador de grandes ligas y que finalmente no sería necesario traer a Hubie Rattner. Ni a nadie.

—Danny y tú os estáis haciendo muy amigos, parece —le digo.

—Amigos —confirma él, frotándose las sienes—. El Doo y yo somos amigos. Dice que Billy es su amuleto de la suerte.

—Eso dice, ¿eh?

—Sí. Dice que si nos mantenemos unidos, ganará veinticinco y tendrán que darle el Cy Young aunque la prensa lo odie a muerte.

—¿En serio?

—Sí señor, en serio. ¿Granny?

—¿Qué?

Me observaba con aquella mirada suya, sus ojos azules muy abiertos: visión perfecta, que lo veía todo y no entendía casi nada. Para entonces yo ya sabía que era semianalfabeto y la única película que había visto era *Bambi*. Contó que fue a verla con los otros niños de Ottershow o Outershaw, o como se llame, y supuse que

hablaba del colegio. Acerca de eso yo estaba en lo cierto y a la vez equivocado, pero en realidad no es eso lo importante. Lo importante es que sabía jugar al béisbol —instintivamente, diría yo—, pero por lo demás era una pizarra sin nada escrito.

—¿Puede explicarme otra vez qué es un Cy Young?

Así era él, imagínese.

Viajamos a Baltimore para jugar tres partidos antes de volver a casa. En aquella ciudad, que no está del todo al sur ni del todo al norte, se jugaba el típico béisbol de primavera; el primer día hacía un frío que se le habrían congelado las bolas a un mono de latón, el segundo día hacía un calor de mil demonios, el tercero caía una llovizna que parecía hielo líquido. Al chico le traía sin cuidado; consiguió hits en los tres partidos, y con eso eran ya ocho consecutivos. Además atajó el paso a otro corredor ante el plato. Perdimos el partido, pero aquel fue un bloqueo impresionante. Gus Triandos fue la víctima, creo. Embistió al chico de cabeza en las rodillas, y allí se quedó tirado, como aturdido, a un metro del pentágono. El chico le tocó la nuca con la misma delicadeza que una madre aplicándole pomada a su querido bebé en una quemadura solar.

Apareció una foto de esa eliminación en el *Evening News* de Newark, y en el pie se leía *Billy Blakely, alias Bloqueo, evita otra carrera*. Era un buen apodo, y prendió entre los aficionados. Por aquel entonces no eran tan efusivos —en el año 57 nadie se habría presentado en el estadio de los Yankees con un gorro de cocinero para dar apoyo a Garry Sheffield, o no lo creo—, pero cuando jugamos nuestro primer partido ya de vuelta en el Old Swampy unos cuantos hinchas vinieron con señales de tráfico de color naranja en las que ponía DESVÍO y CARRETERA CORTADA.

Las señales podrían haber sido flor de un día si dos jugadores de los Indians no hubieran quedado eliminados ante el plato en nuestro primer encuentro en casa. Fue un partido en el que lanzó Danny Dusen, dicho sea de paso. Esas dos eliminaciones fueron el resultado de grandes lanzamientos más que de grandes bloqueos, pero el novato se llevó los honores igualmente, y en cierto modo los merecía. Los otros jugadores empezaban a confiar en él, ¿entiende? Además, querían verlo eliminar a un rival. Los jugadores de béisbol también son hinchas, y cuando alguien está en racha, incluso los más duros de corazón procuran ayudar.

Dusen consiguió aquel día su victoria número ciento noventa y nueve. Ah, y el chico logró tres hits en cuatro turnos, incluido un cuadrangular, así que no le sorprenda que, en nuestro segundo partido contra el Cleveland, se presentaran aún más seguidores con aquellas señales de tráfico.

En el tercero, algún fulano emprendedor las vendía en Titan Esplanade, enormes rombos de cartón de color naranja con letras negras: CARRETERA CORTADA POR ORDEN DE BILLY BLOQUEO. Algunos hinchas las levantaban cuando Billy empuñaba el bate, y todos las sostenían en alto cuando el otro equipo tenía un corredor en la tercera. Para cuando los Yankees vinieron a la ciudad —era a finales de abril—, todo el estadio se vestía de naranja cada vez que los Bombers tenían un corredor en la tercera, cosa que

ocurrió a menudo en esa serie.

Porque los Yankees nos dieron una paliza de muerte y se hicieron con el primer puesto en la clasificación. El chico no tuvo la culpa; consiguió bases en todos los partidos y eliminó al muy torpe de Bill Skowron de una tocada en un corre-corre entre el plato y la tercera. Skowron era un alce, del tamaño del Gran Klew, e intentó arrollar al chico, pero fue Skowron quien acabó con el culo en el suelo, y el chico quedó a horcajadas sobre él con una rodilla a cada lado. La foto de esa jugada, en el periódico, parecía el final de un combate de lucha libre en el que por una vez, para variar, Pretty Tony Baba se imponía a Gorgeous George. La gente se superó a sí misma agitando aquellas señales de CARRETERA CORTADA. Daba la impresión de que a nadie le importara que los Titans hubieran perdido; los aficionados se marcharon a casa contentos porque habían visto a nuestro cácher tumbar a Skowron, el Alce Poderoso.

Después vi al chico sentado en el banco frente a las duchas, desnudo. Tenía un moretón enorme a un lado del pecho, pero le traía sin cuidado, al parecer. No era un llorica. Era tan tonto que ni sentía dolor, dijeron algunos más tarde; tonto y chiflado. Pero en mis tiempos conocí a muchos jugadores tontos, y por tontos que fueran se quejaban igual cuando se hacían daño.

—¿Qué te parecen todas esas señales, chico? —pregunté, pensando que eso lo animaría, si es que necesitaba animarse.

—¿Qué señales? —dice, y en su cara de perplejidad vi que no bromeaba ni mucho menos. Así era Billy Bloqueo, para que lo sepa. Se habría plantado frente a un tráiler si el fulano sentado al volante lo condujera por la línea de la tercera base con intención de anotar, pero por lo demás no se enteraba de nada.

Jugamos una serie de dos partidos con el Detroit antes de echarnos otra vez a la carretera, y perdimos los dos. En el segundo Danny Doo ocupó su puesto en el montículo, y no pudo culpar al chico de cómo se desarrollaron las cosas; el árbitro lo mandó al banquillo en la tercera entrada. Sentado en la caseta, se quejó del frío (no hacía frío), de Harrington, por el globo que no había logrado atrapar en el lado derecho del campo (Harrington habría necesitado zancos para alcanzar esa bola), y de los errores del árbitro, el hijo de puta de Wenders. A este respecto quizás tuviera algo de razón. Hi Wenders no le tenía al Doo más aprecio que la prensa, nunca se lo tuvo; lo había expulsado en dos partidos el año anterior. Pero ese día yo no vi ningún error arbitral, y me encontraba a menos de treinta metros.

El chico consiguió bases en los dos partidos, incluidos una carrera y un triple. Dusen tampoco la emprendió con él, lo que habría sido su comportamiento habitual. Quería que sus compañeros entendieran que había una gran estrella en los Titans, y que no eran ellos. Pero el chico le caía bien; de verdad parecía pensar que era su amuleto de la suerte. Y él le caía bien al chico. Después del partido se fueron de bares, tomaron unas mil copas y visitaron un burdel para celebrar la primera derrota del Doo esa temporada, y al día siguiente se presentaron pálidos y temblorosos para

el viaje a Kansas City.

—Anoche el chico echó un polvo —me confió el Doo mientras viajábamos al aeropuerto en el autobús del equipo—. Creo que fue el primero. Esa es la buena noticia. La mala es que dudo mucho que se acuerde.

Fue un vuelo con muchas turbulencias; por aquel entonces casi todos lo eran. Auténticas tartanas con hélices. Lo raro es que no nos matáramos todos igual que Buddy Holly y el puto Big Bopper. El chico se pasó casi todo el viaje vomitando en el váter al fondo del avión, mientras justo al lado de la puerta un grupo jugaba al backgammon y le lanzaba las pullas de costumbre: *¿Aún te queda algo dentro?* *¿Quieres tenedor y cuchillo para cortar eso un poco?* Al día siguiente el chico va y consigue bases en sus cinco turnos en el Estadio Municipal, lo que incluye dos cuadrangulares.

Hizo también otra de esas jugadas por las que se ganó el apodo de Billy Bloqueo; para entonces podría haber pedido la patente. La víctima fue Cletus Boyer. Billy Bloqueo volvió a echar el hombro izquierdo abajo, y el señor Boyer se llevó un revolcón, cayó de espaldas en el cajón del bateador zurdo. Sin embargo se observaron algunas diferencias. El novato utilizó las dos manos para la tocada, y la cosa no acabó en herida sangrante en el tobillo ni en esguince en el tendón de Aquiles. Boyer se levantó sin más y regresó a la caseta sacudiéndose el polvo del pantalón y meneando la cabeza como si no acabara de saber dónde estaba. Ah, y perdimos el partido a pesar de los cinco hits del chico. Once a diez, quedamos, o algo así. Ese día Ganzie Burgess no atinó con la bola de nudillos; los Athletics sacaron buen provecho de ello.

Ganamos el siguiente partido, y perdimos por los pelos el último día. El chico consiguió bases en los dos partidos, con lo que sus hits ascendían a dieciséis. Más nueve eliminaciones en el plato. ¡Nueve en dieciséis partidos! Eso podría ser un récord. Si saliera en los libros, claro está.

Fuimos a Chicago para otra serie de tres, y el chico consiguió bases también en esos partidos, sumando diecinueve hits en total. Pero perdimos los tres, como lo oye. Después del último, Jersey Joe me miró y dijo:

—No me trago eso del amuleto de la suerte. Para mí que Blakely es *gafe*.

—Eso no es justo, y tú lo sabes —dije—. Al principio íbamos bien, y ahora hemos entrado en una mala racha. Pasará.

—Puede ser —contesta él—. ¿Dusen sigue intentando que el chico aprenda a beber?

—Sí. Se han marchado al Loop con otros.

—Pero volverán juntos —dice Joe—. No lo entiendo. A estas alturas Dusen debería odiar a ese chico. Doo lleva aquí cinco años y conozco su modus operandi.

También yo lo conocía. Cuando el Doo perdía, tenía que cargarle las culpas a otro, como al haragán de Johnny Harrington o a aquel cazurro de árbitro, Hi Wenders. El chico ya había superado su fase de prueba, pero Danny seguía dándole palmadas en la espalda y prometiéndole que saldría elegido puñetero Novato del Año. Desde

luego ese día el Doo no podía echarle al chico la culpa de la derrota. En la quinta entrada de su última obra maestra, Danny lanzó y la bola devuelta fue a parar a la valla: un tiro alto, abierto y precioso. Con eso los otros anotaron una. Y él se pone hecho una fiera, pierde los papeles, y acto seguido regala dos bases por bolas. Luego Nellie Fox consiguió un doble. Después de eso el Doo se recompuso, pero para entonces ya era tarde; había pringado y era imposible remontar.

Las cosas nos fueron un poco mejor en Detroit, nos llevamos dos de tres. El chico consiguió bases en los tres partidos e hizo otro de esos asombrosos bloqueos suyos en el plato. Luego volvimos en avión a casa. Para entonces el chico de los Majaderos de Davenport era el no va más en la Liga Americana. Se habló de que haría un anuncio para Gillette.

—Ese es un anuncio que me gustaría ver —dijo Si Barbarino—. Me encanta la comedia.

—Entonces debe de gustarte mirarte en el espejo —comentó Critter Hayward.

—Muy gracioso —responde Si—. Lo que quiero decir es que al chico aún no le sale la barba.

El anuncio no llegó a hacerse, claro está. La carrera de Billy Bloqueo como jugador de béisbol casi había terminado.

Teníamos tres partidos programados con los White Sox, pero el primero fue un desastre. Hi Wenders, el viejo amigo del Doo, era el jefe del equipo arbitral, y me comunicó la noticia él personalmente. Yo había llegado al Swamp temprano porque los baúles con nuestros uniformes de los desplazamientos habían acabado en Ildewild por error, y quería asegurarme de que nos los reenviaban. No los necesitaríamos hasta pasada una semana, pero yo nunca me quedaba tranquilo hasta que esas cosas se resolvían.

Wenders estaba sentado en un pequeño taburete frente a la sala de árbitros, leyendo un libro de bolsillo en cuya portada aparecía una rubia con lencería elegante.

—¿Esa es tu mujer, Hi? —pregunto.

—Mi novia —dice—. Vete a casa, Granny. Según el parte, a las tres va a llover a cántaros. Yo solo estoy esperando a que lleguen DiPunno y López para cancelar el partido.

—Vale —digo—. Gracias.

Me dispuse a marcharme, y él me llamó.

—Granny, ¿ese niño prodigo vuestro anda bien de la cabeza? Porque habla solo cuando está detrás del plato. Susurra. Joder, no para.

—No es una lumbre, pero tampoco está loco, si es eso lo que quieras decir —respondí. En eso me equivocaba, pero ¿quién iba a saberlo?—. ¿Y qué dice?

—La única vez que arbitré detrás de él, el segundo partido contra el Boston, no oí gran cosa, pero sé que habla de sí mismo. En..., no sé, como en tercera persona. Dice, por ejemplo: «Puedo hacerlo, Billy». Y una vez, cuando se le escapó un rebote atrás que habría sido el tercer strike, va y dice: «Lo siento, Billy».

—Bueno, ¿y qué? Yo, hasta los cinco años, tuve un amigo invisible al que llamaba Sheriff Pete. El Sheriff Pete y yo tiroteamos muchos pueblos mineros juntos.

—Sí, pero Blakely ya no tiene cinco años. A no ser que los tenga aquí. —Wenders se toca un lado de su duro cráneo.

—Va camino de tener un cinco como primera cifra en su promedio de bateo dentro de poco —digo—. A mí eso es lo único que me interesa. Además, es una fiera en el bloqueo. Eso tienes que reconocerlo.

—Lo reconozco —admite Wenders—. Ese soplapolas no tiene miedo. Otro indicio de que le falla algo en la cabeza.

No estaba dispuesto a seguir escuchando a un árbitro hablar mal de uno de mis jugadores, así que cambié de tema y le pregunté —en broma pero no del todo en broma— si al día siguiente iba a ser justo y claro en su arbitraje, pese a que el pícher sería su preferido, el Doo.

—Siempre soy justo en mi arbitraje —contesta—. Dusen, el muy capullo, se lo tiene muy creído, y ya hasta tiene elegido un sitio en el Salón de la Fama. Hace cien cosas mal y no asume la responsabilidad ni una sola vez, y además, el hijo de puta, es un follonero, pero bien sabe que no le conviene meterse conmigo, porque no pienso tolerárselo. Dicho lo cual, mi arbitraje será imparcial, como siempre. Me cuesta creer que me lo preguntes.

Y a mí me cuesta creer que tú estés ahí sentado rascándote el culo y llamando a nuestro cácher poco menos que idiota de nacimiento, pensé, pero eso has hecho.

Esa noche llevé a mi mujer a cenar y nos lo pasamos en grande. Bailamos al son de la orquesta de Lester Lannon, si no recuerdo mal. Después, en el taxi, nos pusimos un poco románticos. Dormimos bien. A partir de aquel día ya no volví a dormir bien durante un tiempo; muchas pesadillas.

Danny Dusen cogió la bola en lo que supuestamente era la segunda media jornada de un partido de dos días, pero el mundo tal como se aplicaba a los Titans se había ido ya al garete; solo que nosotros aún no lo sabíamos. Nadie lo sabía excepto Joe DiPunno. Para cuando anocheció, teníamos ya muy claro que esa temporada íbamos a pringar de lo lindo, porque nuestros primeros veintidós partidos casi con toda seguridad se borrarían de los archivos, junto con toda clase de reconocimiento oficial a Billy Blakely, alias Bloqueo.

Llegué tarde por culpa del tráfico, pero supuse que no tenía importancia, porque el lío de los uniformes ya se había resuelto. La mayoría de los chicos estaban ya allí, vistiéndose o jugando al póquer o sencillamente de palique y fumando. Dusen y el chico ocupaban un par de sillas plegables en el rincón junto a la máquina de tabaco; el chico, con el pantalón del uniforme; Dusen, con nada más que el suspensorio, no era un espectáculo muy bonito. Fui a por un paquete de Winston y escuché. Quien más hablaba era Danny.

—Ese puto Wenders me odia a muerte —comenta.

—Te odia a muerte —dice el chico, y añade—: El puto cabrón.

—Vaya si lo es. ¿Tú crees que va a querer ser el árbitro colocado detrás del plato cuando yo llegué a mi victoria número doscientos?

—¿No? —dice el chico.

—¡Claro que no! Pero yo pienso ganar hoy solo por tocarle las pelotas. Y tú tienes que ayudarme, Bill. ¿Vale?

—Vale. Claro. Bill va a ayudar.

—Vigilará el plato como un verdadero hijo de puta.

—¿Eso hará? ¿Lo vigilará como un hijo de...?

—Acabo de decir que lo vigilará. Así que tú recupera cualquier bola que parezca que se sale de la zona muy pero que muy rápido.

—Rápido como un rayo.

—Tú eres mi amuleto de la suerte, Billy, muchacho.

Y el chico, serio como un predicador en un funeral de altos vuelos, dijo:

—Soy tu amuleto de la suerte.

—Sí. Ahora atiende...

Fue gracioso y espeluznante al mismo tiempo. El Doo estuvo *intenso*: inclinado hacia delante, con un brillo en los ojos mientras hablaba. El Doo era muy competitivo, ¿entiende? Quería ganar tal como quería ganar Bob Gibson. Al igual que Gibby, para conseguirlo habría hecho cualquier cosa de la que pudiera quedar impune. Y se la estaba colando de lleno al chico.

Estuve a punto de decir algo, porque quería romper esa conexión. Ahora, hablando del asunto con usted, creo que quizás mi subconsciente ya había atado cabos. Quizás eso sea una chorrada, pero no lo creo.

El caso es que los dejé a lo suyo, cogí mis pitillos y me marché. Demonios, en cualquier caso, si hubiese abierto la boca, Dusen me habría dicho que me la tapara con un calcetín. No le gustaba que lo interrumpieran cuando se daba pisto delante de un admirador, y aunque quizás otro día a mí eso me habría traído al pairo, uno tiende a dejar en paz a un tipo cuando le corresponde a él pisar la goma delante de cuarenta mil personas que le pagan el salario.

Me acerqué al despacho de Joe para coger el cartel con la alineación, pero encontré la puerta del despacho cerrada y las persianas bajadas, cosa casi inaudita un día de partido. Pero las lamas no estaban del todo cerradas, así que eché un vistazo. Joe tenía el auricular del teléfono pegado a la oreja y los ojos tapados con la mano libre. Llamé al cristal con los nudillos. Se sobresaltó tanto que estuvo a punto de caerse de la silla y se volvió a mirar. Dicen que en el béisbol nadie llora, pero él sin duda lloraba. Esa fue la primera y única vez que lo vi llorar. Estaba pálido y tenía el pelo alborotado, el poco pelo que le quedaba.

Con una un gesto me indicó que me marchara y continuó hablando por teléfono. Crucé el vestuario en dirección al despacho del equipo técnico, que en realidad era el cuarto del material. A medio camino me detuve. La reunión entre el gran pícher y el cacher había terminado, y el chico se ponía la camisa del uniforme, la que lucía el

enorme 19 azul. Y vi que volvía a llevar la tirita en el dedo corazón de la mano derecha.

Me acerqué y apoyé una mano en su hombro. Me sonrió. El chico tenía una sonrisa verdaderamente encantadora cuando la desplegaba.

—Hola, Granny —dice. Pero su sonrisa empezó a desvanecerse cuando vio que yo no se la devolvía.

—¿Estás preparado para jugar? —pregunté.

—Claro.

—Bien. Pero quiero decirte algo antes de que saltes al campo. El Doo es un pícher de mil demonios, pero como ser humano nunca pasará de las ligas menores. Pisaría incluso la espalda rota de su abuela por conseguir una victoria, y tú le importas mucho menos que su abuela.

—¡Soy su amuleto de la suerte! —exclama el chico, indignado.

—Puede ser —contesto—, pero yo no hablo de eso. Existe una cosa que se conoce como salir *demasiado* caliente al terreno de juego. Un poco está bien, pero si te pasas de la raya, puedes acabar quemándote.

—No lo pillo.

—Si te quemaras y no quedaran de ti más que las cenizas, el Doo se buscaría un amuleto nuevo.

—¡No deberías hablar así! ¡Él y yo somos amigos!

—También yo soy tu amigo. Más importante todavía, soy uno de los entrenadores de este equipo. Soy responsable de tu bienestar, y hablaré como me dé la gana, y más a un novato. Y tú me escucharás. ¿Estás escuchándome?

—Estoy escuchando.

No me cabe duda de que escuchaba, pero no me miraba; había bajado la vista, y asomaban a sus tersas mejillas de muchacho dos rosas rojas de hosquedad.

—No sé qué escondes debajo de la tirita ni quiero saberlo. Lo único que sé es que vi esa tirita en el primer partido que jugaste con nosotros, y alguien acabó herido. Desde entonces no la he vuelto a ver, y no quiero verla hoy. Porque si te pillaran, te pillarían a ti, por más que haya sido el Doo quien te lo ha metido en la cabeza.

—Acabo de cortarme —dice él, muy hosco.

—Ya. Te has cortado afeitándote los nudillos. Pero no quiero ver esa tirita en tu dedo cuando salgas al campo. Estoy velando por tus intereses.

¿Habría dicho eso si no hubiese visto a Joe llorando de lo alterado que estaba? Quiero creer que sí. Quiero creer que también estaba velando por los intereses del béisbol, que adoraba antes y adoro ahora. La bolera virtual no le llega a la suela de los zapatos, créame.

Me marché sin darle tiempo a decir nada más. Y no volví la vista atrás. En parte porque no quería ver lo que había debajo de la tirita, pero sobre todo porque Joe estaba en la puerta de su despacho y me hacía señas para que me acercase. No juraré que tenía más canas en el pelo, pero tampoco juraré que no las tenía.

Entré en el despacho y cerré la puerta. Me vino a la cabeza una idea espantosa. Tenía cierto sentido, dada la expresión de su cara.

—Por Dios, Joe, ¿tiene que ver con tu mujer? ¿O con los niños? ¿Le ha pasado algo a alguno de tus hijos?

Dio un respingo y parpadeó como si hubiese reventado una bolsa de papel junto a su oído.

—Jessie y los niños están bien. Pero, George..., *Dios mío*. No puedo creerlo. Qué lío tan tremendo. —Y se llevó las bases de las palmas de las manos a los ojos. Salió de él un sonido, pero no era un sollozo. Era una carcajada. Joder, la carcajada más siniestra que he oído en la vida.

—¿Qué pasa? ¿Quién te ha llamado?

—Tengo que pensar —dice... pero no a mí. Hablaba para sí—. Tengo que decidir cómo voy a... —Se apartó las manos de los ojos y volvió a parecer un poco más el de siempre—. Hoy diriges tú el equipo, Granny.

—¿Yo? ¡Imposible! ¡El Doo se subiría por las paredes! Va otra vez a por su victoria número doscientos, y...

—Todo eso no tiene importancia, ¿no te das cuenta? Ya no.

—¿Qué...?

—Tú cállate y prepara la alineación. En cuanto a ese chico... —Se detuvo a pensar y al cabo de un momento meneó la cabeza—. Bah, déjalo jugar, ¿por qué no? Mierda, que batee el quinto. En todo caso iba a subirlo de posición.

—Claro que va a jugar —dijo—. Si no, ¿quién iba a hacer de cácher con Danny?

—¡A la mierda Danny Dusen! —exclama.

—Capi... Joey... dime qué ha pasado.

—No —contesta—. Primero tengo que pensármelo bien. Lo qué voy a decir a los chicos. ¡Y a los periodistas! —Se dio una palmada en la frente, como si esa parte acabara de ocurrírsele—. ¡Esos gilipollas tan bien educados y bien pagados! ¡Mierda! —Luego, hablando otra vez para sí—: Pero dejemos que los chicos jueguen su partido. Eso se lo merecen. Quizá también el novato. ¡Demonios, tal como está bateando, igual hasta consigue una escalera! —Se rio un poco más y se llevó las manos a la cabeza para obligarse a parar.

—No lo entiendo.

—Ya lo entenderás. Venga, sal de aquí. Decide la alineación que quieras. Elige los nombres por sorteo, ¿por qué no? Da igual. Pero no te olvides de avisar al jefe del equipo arbitral de que hoy diriges tú el cotarro. Imagino que será Wenders.

Recorrió el pasillo hasta la sala arbitral como en medio de un sueño y dije a Wenders que yo me ocuparía de la alineación y dirigiría el equipo desde el cajón de la tercera base. Me preguntó qué le pasaba a Joe, y dije que estaba enfermo. Como seguramente así era.

Ese fue el primer partido en el que actué como mánager hasta que me fichó el Athletics en el 63, y fue un partido corto, porque, como seguramente usted ya sabrá si

ha hecho sus indagaciones, Hi Wenders me expulsó en la sexta. En todo caso apenas recuerdo nada. Tenía tantas cosas en la cabeza que me sentía como en un sueño. Pero sí conservé la sensatez suficiente para hacer una cosa, y fue echar un vistazo a la mano derecha del chico antes de que saliera al terreno del juego. No llevaba tiritas en el dedo corazón, ni tenía ningún corte. Ni siquiera sentí alivio. Seguía viendo los ojos enrojecidos y la boca desencajada de Joe DiPunno.

Ese fue el último buen partido de Danny Doo, y nunca consiguió su victoria número doscientos. Intentó volver en el año 58, pero no hubo manera. Insistió en que ya no veía doble, y quizás fuera verdad, pero apenas lograba ya lanzar la bola más allá del plato. Danny no ocuparía ningún lugar en el Salón de la Fama. Joe tuvo razón desde el principio: ese chico era gafe, un puto príncipe vudú o algo así.

Pero esa tarde el Doo jugó como yo nunca lo había visto jugar: sus bolas rápidas eran como rayos, sus bolas curvas restallaban como látigos. Durante las cuatro primeras entradas los rivales ni la vieron. Señores, abanique y al banquillo, gracias por participar. Eliminó a seis por strikes, y los demás quedaron fuera con batazos cortos dentro del diamante. El único problema fue que Kinder estuvo casi a la misma altura. Habíamos conseguido solo un triste hit, un doble con dos eliminados a cargo de Harrington en la segunda mitad de la tercera entrada.

Llegamos a la primera mitad de la quinta, ¿vale? El primer bateador queda eliminado fácilmente. Lo sigue Walt Dropo. Le pega y la manda al fondo del jardín izquierdo, a la esquina, y echa a volar como un murciélago salido del infierno. Los espectadores vieron a Harry Keene perseguir aún la bola mientras Dropo corría ya hacia la segunda, y entendieron que el asunto tendría que resolverse dentro del campo. El público empezó a canturrear. Al principio eran solo unas cuantas voces, luego se sumaron otras. Sonaban cada vez más graves y fuertes. Me recorrió un escalofrío desde el culo hasta la nuca.

—¡Blo-QUEO! ¡Blo-QUEO! ¡Blo-QUEO!

Las señales de color naranja empezaron a aparecer. La gente, en pie, las sostenían por encima de la cabeza. No las movían como de costumbre, sino que solo las mantenían en alto. Nunca he visto nada semejante.

—¡Blo-QUEO! ¡Blo-QUEO! ¡Blo-QUEO!

Al principio pensé que no tenía más posibilidades que una bola de nieve en el infierno; para entonces Dropo avanzaba ya a toda mecha hacia la tercera y aún nadie podía tocarlo. Pero Keene se abalanzó sobre la bola e hizo un pase perfecto a Barbarino en la zona del campocorto. El novato, entretanto, permanece inmóvil junto al plato, orientado hacia la tercera base, con el guante extendido, ofreciéndose como blanco, y Si se la pone en el hueco mismo.

El público canturrea. Dropo se desliza con los tacos en alto. Al chico le importa un carajo; se arrodilla y se echa sobre ellos. Hi Wenders estaba donde tenía que estar —por una vez—, atento a la jugada. Se levanta una nube de polvo... y de ella asoma el pulgar de Wenders.

—Eeee... ¡ELIMINADO!

Señor King, los seguidores enloquecieron. Walt Dropo también. Se levantó y brincó como un niño con un ataque de epilepsia intentando a la vez bailar un puto hully gully. No se lo podía creer.

El chico tenía rasguños hasta medio antebrazo izquierdo, nada grave, solo sangre y sudor, pero lo suficiente para que el viejo Bony Dadier —era nuestro masajista— saliera y le colocara una tiritita. Así que el chico acabó finalmente con su tiritita, solo que esta legítima. Los seguidores permanecieron en pie durante toda la consulta médica, agitando sus señales de CARRETERA CORTADA y entonando ¡Blo-QUEO! ¡Blo-QUEO! como si nunca fueran a cansarse.

El chico parecía no darse ni cuenta. Estaba en otro planeta. Se comportó así durante todo el tiempo que jugó con los Titans. Se colocó la careta, volvió a situarse detrás del plato y se puso en cuclillas. Como si nada. Salió a batear Bubba Philips, la mandó hacia la primera base, y Lathrop la atrapó. Con eso terminó la primera mitad de la quinta entrada.

Cuando el chico salió a batear en la segunda mitad y quedó eliminado por strikes, el público igualmente se puso en pie y lo ovacionó. Esa vez sí se dio cuenta, y se tocó la gorra cuando regresaba a la caseta. Solo lo hizo esa vez. No por soberbia sino porque... en fin, ya se lo he dicho. Eso del otro planeta.

Bueno, primera mitad de la sexta. Ya han pasado cincuenta años y todavía me sonrojo cuando me acuerdo. Kinder ocupa el cajón en primer lugar y manda una bola fácil directa a la tercera base. Como corresponde a un pícher. Eliminado. A continuación sale Luis Aparicio, Little Louie. El Doo arma el brazo y dispara. Aparicio le pega y la envía fuera, alta y lenta, por detrás del plato, en el lado de la tercera base. Ese era mi lado, y lo vi todo. El chico se quita la careta y corre hacia la bola, la cabeza atrás y el guante extendido. Wenders lo siguió, pero no tan cerca como debería. No creía que el chico tuviera la menor oportunidad. Fue un arbitraje de pena.

El chico deja atrás el césped y llega a la tierra batida, junto al murete que separa el campo de la grada. El cuello estirado. La vista en alto. Las veintitantas personas que ocupaban los asientos de primera y segunda fila también miraban hacia arriba, en su mayoría alargando los brazos. Eso es algo de los hinchas que nunca he entendido y nunca entenderé. ¡Es solo una puta *bola* de béisbol, por el amor de Dios! Un objeto que por entonces se vendía a setenta y cinco centavos. Pero cuando los hinchas ven una a su alcance en el estadio se convierten en putos monstruos codiciosos. Ni se les ocurre contenerse y dejar que el hombre que intenta atraparla —el hombre de su propio equipo, y en un partido muy reñido— haga su trabajo.

Lo vi todo, se lo aseguro. Lo vi claramente. Aquel globo de un kilómetro de altura bajó en nuestro lado del murete. El chico iba a atraparla. De pronto un cretino de brazos largos con una de aquellas camisetas de los Titans que vendían en el Esplanade tendió la mano y tocó la bola lo justo para que rebotara en el borde del guante del chico y cayera al suelo.

Yo tenía tan claro que Wenders mandaría fuera a Aparicio —fue una evidente obstrucción del juego— que al principio no pude dar crédito a mis ojos cuando indicó al chico que volviera a situarse detrás del plato y a Aparicio que se colocara en el cajón. Cuando caí en la cuenta, eché a correr por la línea agitando los brazos. El público empezó a jalearme y a abuchear a Wenders, lo cual no es manera de hacer amigos e influir en la gente cuando se pone en duda una decisión arbitral, pero yo, furioso como estaba, ni me lo planteé. No me habría parado ni aunque el Mahatma Gandhi hubiera salido al campo en cueros y me hubiera instado a hacer las paces.

—*¡Obstrucción!* —exclamé—. *¡Claro como el agua, claro como la nariz que tienes en la cara!*

—Estaba en la grada, o sea que es bola de nadie —explica Wenders—. Vuélvete a tu nido y sigamos con el espectáculo.

El chico no le dio importancia; estaba hablando con su amigo Doo. Eso me pareció bien. No me importó que a él no le importara. Lo único que yo quería en ese momento era abrirle un culo nuevo a Hi Wenders. Por norma, no soy discutidor —en todos los años que entrené en primera, solo me expulsaron dos veces—, pero aquel día Billy Martin habría parecido un pacifista a mi lado.

—*¡Tú no lo has visto, Hi! ¡Estabas demasiado lejos para seguir la jugada! ¡No has visto un carajo!*

—No estaba lejos y sí lo he visto todo. Ahora vuelve a tu sitio, Granny. Hablo en serio.

—*Si no has visto a ese hijo de puta de los brazos largos...* —(en ese punto una mujer sentada en la segunda fila le tapó los oídos a su hijo pequeño con las manos y apretó los labios en un qué-hombre-tan-maleducado)—, *ese hijo de puta de los brazos largos, tender la mano y tocar la bola, es porque estabas demasiado lejos!* ¡Por Dios!

El hombre de la camiseta niega con la cabeza —¿quién?, ¡yo no!—, pero a la vez exhibe una amplia sonrisa abochornada de soplapolillas. Wenders la vio, sabía lo que significaba, y desvió la mirada.

—Eso es lo único que voy a concederos —me dice. Y con la voz razonable que indica que uno está a un paso de beberse una Rhinegold en el vestuario, añade—: Ya has dicho lo que tenías que decir. Ahora puedes cerrar el pico o escuchar el resto del partido por la radio. Tú eliges.

Volví al cajón. Aparicio retrocedió con una amplia sonrisa de comemierda en la cara. Él lo sabía, claro que lo sabía, y le sacó el máximo provecho. Ese fulano nunca consiguió muchas carreras, pero cuando el Doo lanzó un cambio de velocidad que no cambió de velocidad, Little Louie la mandó muy arriba, en un arco muy amplio, bien colocada hacia lo más hondo del campo. Nosy Norton jugaba en el centro, y ni siquiera se dio la vuelta.

Aparicio recorrió las bases, sereno como el *Queen Mary* al atracar, mientras el público vociferaba, denigraba a sus parientes, y vertía odio sobre la cabeza de Hi

Wenders. Wenders no oyó nada, que es la principal virtud de un árbitro. Se limitó a sacar otra bola del bolsillo de la chaqueta e inspeccionarla en busca de algún posible defecto. Cuando lo vi hacer eso, perdí la cabeza por completo. Corré hacia el plato y empecé a agitar los puños ante su cara.

—¡Ahí tienes tu carrera, cazarro de mierda! —exclamé—. ¡Vago de mierda, tan vago que eres incapaz de seguir una bola de fuera, y ahora ahí tienes tu carrera impulsada! ¡Métetela por el culo! ¡A lo mejor encuentras ahí las gafas!

Al público le encantó. A Hi Wenders, no tanto. Me señaló con el dedo, hizo un gesto con el pulgar por encima del hombro y se apartó. El público lo abucheó y agitó las señales de CARRETERA CORTADA, algunos lanzaron al campo botellas, vasos y frankfurts a medio comer. Aquello era un circo.

—¡No te marches, cabronazo, hijo de puta, culogordo, ciego, vago! —exclamé, y fui tras él.

Alguien de nuestra caseta me agarró antes de que yo agarrara a Wenders, como quería. Había perdido la cabeza por completo.

El público entonaba: «¡MATA AL ÁRBITRO! ¡MATA AL ÁRBITRO! ¡MATA AL ÁRBITRO!». Nunca lo olvidaré, porque lo entonaron tal como antes habían entonado:

«¡Blo-QUEO! ¡Blo-QUEO!».

—Si tu madre estuviera aquí, te bajaría ese pantalón azul y te daría unos buenos azotes en el culo, cazarro, que estás más ciego que un murciélago! —exclamé mientras me arrastraban a la caseta.

Ganzie Burgess, nuestro experto en lanzar bolas de nudillos, dirigió al equipo durante las tres últimas entradas de aquel espectáculo de terror. Además, actuó como pícher en las dos últimas. Eso también podría usted encontrarlo en los archivos. Si es que existe algún archivo de esa primavera perdida.

Lo último que vi en el campo fue a Danny Dusen y Billy Bloqueo en el césped entre el plato y el montículo. El chico llevaba la careta bajo el brazo. El Doo le susurraba al oído.

El chico escuchaba —siempre escuchaba cuando el Doo hablaba—, pero miraba al público, cuarenta mil seguidores en pie, hombres, mujeres y niños, todos vociferando: «¡MATA AL ÁRBITRO! ¡MATA AL ÁRBITRO! ¡MATA AL ÁRBITRO!».

En el túnel entre la caseta y el vestuario, a medio camino, había un cubo lleno de pelotas. Le di un puntapié y las bolas rodaron en todas direcciones. Si hubiera pisado una de ellas y me hubiera caído de culo, habría sido el final perfecto para una puta tarde perfecta en el estadio.

Joe estaba en el vestuario, sentado en un banco frente a las duchas. Para entonces aparentaba no solo cincuenta años sino setenta. Lo acompañaban otros tres hombres. Dos eran policías uniformados, el otro vestía traje, pero bastaba echar un vistazo al duro rosbif que tenía por cara para saber que también era poli.

—¿Se ha acabado el partido antes de tiempo? —me preguntó ese individuo en particular. Estaba sentado en una silla plegable con sus amplios muslos de poli

separados y la tela del pantalón de sirsaca muy tirante. Los policías uniformados ocupaban uno de los bancos situados frente a las taquillas.

—Para mí sí —contesté. Mi ira era tal todavía que ni siquiera me inmuté al ver allí a los policías. Dirigiéndome a Joe, dije—: El puto Wenders me ha expulsado. Lo siento, capi, pero era un caso claro de obstrucción y ese vago, ese hijo de puta...

—Da igual —atajó Joe—. Este partido no va a contar. No creo que ninguno de nuestros partidos cuente. Kerwin apelará a la comisión, por supuesto, pero...

—¿De qué estás hablando? —pregunté.

Joe suspiró. Luego miró al hombre trajeado.

—Explíqueselo usted, inspector Lombardazzi —dijo—. Yo no me veo con ánimos.

—¿Necesita saberlo? —preguntó Lombardazzi.

Me miraba como si fuera un bicho que no había visto nunca antes. Era una mirada que yo no necesitaba, pero mantuve la boca cerrada. Porque sabía que tres policías, uno de ellos inspector, no se presentaban en el vestuario de un equipo de béisbol de las grandes ligas si no era por un asunto muy serio.

—Si quiere que él contenga a los otros jugadores el tiempo suficiente para que ustedes se llevan de aquí a Blakely, creo que es mejor que lo pongan sobre antecedentes —dice Joe.

Por encima de nosotros se oyó un grito del público, seguido de un gemido, seguido de unos vítores. Ninguno de nosotros prestó atención a lo que resultó ser el final de la carrera de béisbol de Danny Dusen. El grito se produjo cuando lo alcanzó en plena frente la bola después de un batazo directo de Larry Doby. El gemido se produjo cuando se desplomó en el montículo como un púgil noqueado. Y los vítores se produjeron cuando logró ponerse en pie y, con señas, indicó que no era nada. Cosa que no era cierta, pero siguió lanzando hasta el final de la sexta, y también en la séptima. Tampoco se abstuvo de correr. Ganzie lo obligó a abandonar el terreno de juego antes de la octava cuando vio que no caminaba recto. En todo momento Danny insistió en que se encontraba perfectamente, en que el enorme huevo de oca morado que estaba formándose sobre su ceja izquierda no era nada, en que había recibido golpes peores, y el chico repetía lo mismo: no es nada, no es nada. El Hombrecillo del Eco. Nosotros, en el vestuario, no sabíamos nada de eso, como Dusen no sabía que tal vez se hubiera llevado pelotazos peores en su vida pero era la primera vez que su cerebro tenía un escape.

—No se llama Blakely —dice Lombardazzi—. Se llama Eugene Katsanis.

—Katz... ¿qué? ¿Dónde está Blakely, pues?

—William Blakely está muerto. Desde hace un mes. Sus padres también.

Me quedé boquiabierto.

—Pero ¿de qué está hablando?

Y entonces me contó lo que usted sin duda ya sabe, señor King, pero quizás yo pueda llenar algunas lagunas. Los Blakely vivían en Clarence, Iowa, una amplia finca

a una hora en coche de Davenport. Un sitio muy bien situado para los padres, porque podían ir a la mayoría de los partidos de su hijo en la liga menor. Blakely tenía una granja próspera, trescientas hectáreas. Uno de sus peones era casi un niño. Se llamaba Gene Katsanis, un huérfano que se había criado en un asilo cristiano, en Ottershaw. No era labrador, y no estaba bien de la cabeza, pero sí era un jugador de béisbol de mil demonios.

Katsanis y Blakely jugaron uno contra el otro en un par de equipos parroquiales y juntos en el equipo local de la liga juvenil que ganó el torneo estatal los tres años que ellos dos jugaron juntos, y en una ocasión llegó a las semifinales a nivel nacional. Blakely fue al instituto y también triunfó en ese equipo, pero Katsanis no estaba hecho para los estudios. Lo suyo era dar de comer a los cerdos y jugar al béisbol, aunque en principio no se esperaba que fuera a ser tan bueno como Billy Blakely. Eso no se le pasó por la cabeza a nadie. Hasta que ocurrió, claro.

El padre de Blakely lo contrató porque el chico trabajaba por poco dinero, sin duda, pero sobre todo porque poseía talento natural suficiente para mantener a Billy en forma. Por veinticinco dólares semanales, Blakely hijo tenía a su disposición un jugador de campo y un pícher para sus prácticas de bateo. El viejo tenía a su disposición a alguien que le ordeñaba las vacas y recogía la bosta con una pala. No era un mal apañío, al menos para ellos dos.

Lo que usted ha encontrado en sus investigaciones probablemente se decanta a favor de la familia Blakely, ¿me equivoco? Porque vivían en esa zona desde hacía cuatro generaciones, porque eran granjeros ricos, y porque Katsanis no era más que un muchacho salido de la tutela estatal que llegó a la vida dentro de una caja de cartón abandonada en la escalinata de una iglesia y tenía más de un tornillo flojo. ¿Y eso por qué era? ¿Porque nació tonto o porque se llevaba palizas de muerte tres o cuatro veces por semana en aquel orfanato antes de tener edad suficiente y corpulencia suficiente para defenderse? Me consta que muchas de las palizas se las llevaba porque tenía la costumbre de hablar solo. Eso salió luego en los periódicos.

Katsanis y Billy siguieron entrenando con igual intensidad después de entrar Billy en la cantera de los Titans —fuera de temporada, ya me entiende, posiblemente lanzando y bateando en el establo cuando fuera se acumulaba demasiada nieve—, pero Katsanis fue expulsado del equipo del pueblo, y no se le permitió ir a las sesiones de entrenamiento de los Majaderos durante la segunda temporada de Billy con ellos. Durante la primera se había permitido a Katsanis participar en algunas de las sesiones, e incluso en algunos partidillos, si les faltaba un jugador. Por aquel entonces era todo muy informal, manga por hombro, no como ahora que las compañías de seguros ponen el grito en el cielo si un jugador de las grandes ligas coge siquiera un bate sin ponerse un casco.

Lo que yo creo que ocurrió —corríjame con toda libertad si su información es otra— es que Katsanis, al margen de los otros problemas que pudiera tener, siguió creciendo y madurando como beisbolista. Blakely no. Eso se ve a menudo. Dos

chicos que en el instituto parecen el puto Babe Ruth. La misma estatura, el mismo peso, la misma velocidad, vista de lince. Pero uno de ellos es capaz de jugar en el siguiente nivel... y en el siguiente... y en el siguiente..., mientras que el otro empieza a rezagarse. De esto me enteré más tarde: Billy Blakely no empezó como cácher. Lo desplazaron desde el centro del campo cuando el chico que hacía de cácher se rompió el brazo. Y un cambio como ese de hecho no es buena señal. Es como si el entrenador mandara un mensaje: «Lo harás... pero solo hasta que aparezca alguien mejor».

Me parece que Blakely se puso celoso, me parece que su viejo se puso celoso, y me parece que quizá también la madre. Puede que sobre todo la madre, porque las madres de deportistas pueden llegar a ser auténticas fieras salvajes. Me parece que a lo mejor movieron algún que otro hilo para evitar que Katsanis jugara a nivel local y participara en los entrenamientos de los Mariconzuelos. Podrían haberlo hecho, porque eran una familia pudiente y arraigada de Iowa, y Gene Katsanis era un don nadie criado en un orfanato, seguramente un infierno en la tierra.

Me parece que quizá Billy se burló del chico más de la cuenta y se pasó de la raya un poco más de lo que debía. O acaso lo hicieran el padre o la madre. A lo mejor era por su manera de ordeñar las vacas, o a lo mejor no retiró la bosta del todo bien en tal o cual ocasión, pero me juego lo que sea a que el problema de fondo era el béisbol y la pura y simple envidia. El monstruo de ojos verdes. Que yo sepa, el mánager de los Majaderos bien podría haber dicho a Blakely que lo mandaría al equipo B, en Clearwater, y cuando tienes solo veinte años, bajar un peldaño, en un momento en que supuestamente deberías estar subiendo en la escalera, es una clarísima señal de que tu carrera en el béisbol profesional va a ser corta.

Pero comoquiera que fuese, alguien —*quiénquiera* que fuese— cometió un grave error. El chico podía ser un encanto cuando se lo trataba bien, eso todos lo sabíamos, pero no andaba bien de la cabeza. Y podía ser peligroso. Yo eso lo sabía incluso antes de que apareciera la policía, por lo que había ocurrido en aquel primer partido de la temporada: lo del tobillo de Billy Anderson.

—El sheriff del condado encontró a los tres Blakely en el establo —explicó Lombardazzi—. Katsanis los degolló. Según el sheriff, al parecer utilizó una cuchilla de afeitar.

Me quedé mirándolo boquiabierto.

—Lo que debió de suceder es lo siguiente —dijo Joe con tono pesaroso—. Kerwin McCaslin dio voces en busca de un cácher de refuerzo cuando nuestros jugadores se lesionaron en Florida, y el mánager de los Maiceros dijo que tenía un chico que podía cubrir el puesto durante tres o cuatro semanas, suponiendo que no necesitáramos a alguien con un gran promedio de bateo. Porque, dijo, eso no se le daba bien.

—Pero sí se le da bien —digo.

—Porque no es Blakely —contesta Lombardazzi—. Por entonces Blakely y sus

padres debían ya de llevar muertos un par de días, como mínimo. El chico, Katsanis, se quedó en la casa, él solo. Y no tenía sueltos *todos* los tornillos. Le quedaba sensatez suficiente para saber que debía atender el teléfono cuando sonaba. Contestó a la llamada del mánager y dijo que sí, claro, que Billy iría encantado a New Jersey. Y antes de irse, en el papel de Billy, lo comunicó a los vecinos y a la tienda de alimentación. Les dijo que los Blakely se habían marchado por una emergencia familiar, y él se ocupaba de todo. Bastante listo para un chiflado, ¿no les parece?

—No es un chiflado —le dije.

—Bueno, degolló a las personas que lo habían acogido y le habían dado trabajo, y mató a todas las vacas para que los vecinos no las oyeron mugir por las noches pidiendo que las ordeñaran, pero piense lo que quiera. Me consta que el fiscal estará de acuerdo con usted, porque quiere ver a Katsanis colgado de la soga. Así es como lo hacen en Iowa, ¿sabe?

Me volví hacia Joe.

—¿Cómo ha podido ocurrir una cosa así?

—Porque era bueno —respondió Joe—. Y porque quería jugar al béisbol.

El chico tenía la documentación de Billy Blakely, y en aquellos tiempos los carnets con foto eran algo desconocido. Además, los dos chicos se parecían bastante: ojos azules, pelo oscuro, metro ochenta. Pero, sobre todo, sí... ocurrió porque el chico era bueno. Y quería jugar al béisbol.

—Tan bueno como para jugar casi un mes con los profesionales —dijo Lombardazzi, y se oyeron vítores por encima de nuestra cabeza. Billy Bloqueo acababa de conseguir su último hit en las grandes ligas: un cuadrangular—. Y anteayer el proveedor del gas acudió a la granja de los Blakely. Otros habían estado allí antes, pero leyeron la nota que Katsanis había dejado en la puerta y se marcharon. No así el hombre del gas. Llenó los depósitos colocados detrás del establo, y los cadáveres estaban en el establo: los de las vacas y los de los Blakely. Por fin había llegado el calor, y los olió. Lo que viene a ser el final de la historia. Ahora, su mánager aquí presente quiere que se lo detenga con el menor alboroto posible, y con el menor peligro posible para los otros jugadores del equipo. Yo no tengo inconveniente. Así que su trabajo es...

—Tu trabajo es retener al resto de los chicos en la caseta —interviene Jersey Joe—. Haz que Blakely... Katsanis... venga aquí abajo él solo. Ya se habrá ido cuando los demás lleguen al vestuario. Entonces intentaremos buscar algún remedio a esta cagada.

—¿Y qué demonios les digo?

—Reunión de equipo. Helado gratis. Me da igual. Tú entretenlos durante cinco minutos.

Digo a Lombardazzi:

—¿Nadie dio la voz? ¿*Nadie*? ¿Está diciendo que nadie oyó los informativos de la radio, que nadie intentó llamar a Blakely padre para darle la enhorabuena por el

éxito de su hijo en las grandes ligas?

—Imagino que quizá uno o dos lo intentaran —concedió Lombardazzi—. La gente de Iowa en efecto viene a la gran ciudad de vez en cuando, según me han dicho, e imagino que algunos de los que visitaron Nueva York oyeron alguna retransmisión de los Titans o leyeron al respecto en los diarios...

—Yo prefiero a los Yankees —interviene uno de los agentes uniformados.

—Si quiero saber tu opinión, ya te lo haré saber —dijo Lombardazzi—. Hasta entonces, punto en boca.

Miré a Joe con una sensación de náusea. Padecer un mal arbitraje y ser expulsado del campo en mi primer día como mánager me parecía ya el menor de mis problemas.

—Hazlo venir solo —insistió Joe—. Me da igual cómo. Los jugadores no deben ver esto. —Se detuvo a pensar y añadió—: Y el chico no debe *ver* que ellos lo ven. Al margen de lo que haya hecho.

Por si tiene alguna importancia —y sé que no la tiene—, perdimos aquel partido por dos a uno. Fueron tres carreras con las bases vacías. Minnie Minoso bateó la bola de Ganzie que le valdría la victoria a su equipo en la primera mitad de la novena. El chico fue el último eliminado. La pifió la primera vez que empuñó el bate como Titan; la pifió la última. El béisbol es un deporte de centímetros, pero es también un deporte de equilibrio.

Tampoco es que a nuestros hombres les preocupara mucho el partido. Cuando subí allí, formaban un corrillo alrededor del Doo, que estaba sentado en el banquillo y les aseguraba que se encontraba bien, maldita sea, solo un poco aturdido. Pero no tenía buen aspecto, y nuestro médico, si es que merecía tal nombre, estaba muy serio. Quería mandar a Danny al hospital general de Newark para que le hicieran una radiografía.

—Y un carajo —dice Doo—, solo necesito un par de minutos. Estoy bien, os lo aseguro. Por Dios, doc, déme un respiro.

—Blakely —dijo—, baja al vestuario. El señor DiPunno quiere verte.

—¿El entrenador DiPunno quiere verme? ¿En el vestuario? ¿Para qué?

—Por algo relacionado con el premio al Novato del Mes —contesté. Me vino a la cabeza así sin más. Por aquel entonces eso no existía, pero el chico no lo sabía.

El chico mira a Danny Doo, y el Doo le indica con un gesto que vaya.

—Ve, chico, sal de aquí. Has hecho un buen partido. No ha sido tu culpa. Sigues dando suerte, y a la mierda quien diga lo contrario. —A continuación añade—: Marchaos todos de aquí. Dejadme espacio para respirar.

—Quietos, un momento —digo—. Joe quiere verlo solo. Para felicitarlo sin nadie delante, supongo. Chico, no te quedes de brazos cruzados. Tú... —Tú *lárgate* era como me proponía terminar la frase, pero no tuve que hacerlo. Blakely o Katsanis ya se había ido.

Ya sabe lo que pasó después.

Si el chico hubiera ido derecho por el túnel hasta la sala de árbitros, le habrían

echado el guante porque el vestuario estaba en el camino. En lugar de eso, atajó por nuestro trastero, donde guardábamos el equipaje y teníamos también un par de mesas de masaje y una bañera de hidromasaje. Nunca sabremos con seguridad por qué lo hizo, pero me parece que el chico sospechaba algo. Demonios, tenía que saber que a la larga se le caería el mundo encima; si estaba loco, era a la manera de un zorro. Comoquiera que fuese, salió por el lado opuesto del vestuario, se acercó a la sala de árbitros y llamó a la puerta. A esas alturas, tenía ya en el dedo corazón el chisme, para la treta que probablemente aprendió en el asilo cristiano de Ottershaw. Probablemente se lo enseñó alguno de los niños mayores, eso es lo que yo pienso.

Chaval, si no quieres que te den una paliza detrás de otra, agénciate uno de estos.

Al final resultó que no volvió a dejarlo en su taquilla, sino que sencillamente se lo metió en el bolsillo. Y después del partido no se molestó en ponerse la tirita, lo cual me indica que él sabía que ya no tenía nada que esconder.

Llama a la puerta de la sala de árbitros y dice: «Telegrama urgente para el señor Hi Wenders». Loco a la manera de un zorro, ¿lo ve? No sé qué habría pasado si le hubiese abierto otro de los árbitros del equipo, pero abrió el propio Wenders, y me juego lo que sea a que su vida había terminado antes de que se diera cuenta de que aquel no era un mensajero de Western Union.

Llevaba una hoja de afeitar, ¿entiende? O un trozo. Cuando no la necesitaba, la replegaba dentro de una pequeña banda de hojalata, semejante a uno de esos anillos que improvisan los niños con cualquier cosa. Solo que cuando cerraba el puño derecho y apretaba la banda con la base del pulgar, asomaba esa pequeña porción de hoja. Wenders abrió la puerta, y Katsanis se la deslizó por el cuello y lo degolló. Cuando vi el charco de sangre después de llevárselo la policía esposado —Dios mío, vaya un charco—, solo pude pensar en aquellas cuarenta mil personas gritando *MATA AL ÁRBITRO* tal como habían gritado *Blo-QUEO*. Nadie lo dice en serio, pero el chico eso no lo sabía. Sobre todo después de que el Doo hubiera vertido tanto veneno en sus oídos acerca de que Wenders iba a por ellos *dos*.

Cuando los polis salieron corriendo del vestuario, Billy Bloqueo estaba allí tan tranquilo, con la pechera del uniforme blanco manchada de sangre, y Wenders tendido a sus pies. No se resistió ni intentó herir a nadie cuando los agentes de uniforme lo sujetaron. No, sencillamente se quedó inmóvil susurrando para sí. «Me lo he cargado, Doo. Billy se lo ha cargado. Ya no arbitrará mal nunca más».

Ahí termina la historia, señor King..., al menos la parte que yo conozco. Por lo que se refiere a los Titans, podría usted consultarla, como decía el viejo Casey: todos aquellos partidos anulados, y todos los encuentros dobles que tuvimos que jugar después para compensarlos. Que acabamos con el viejo Hubie Rattner en cuclillas detrás del plato, y que bateó con un porcentaje de .185..., muy por debajo de lo que ahora llaman la Línea Mendoza. Que diagnosticaron a Danny Dusen una lesión

llamada «derrame intracraneal» y tuvo que quedarse en el banquillo el resto de la temporada. Que intentó volver en 1958..., eso fue triste. Cinco salidas. En tres de ellas no consiguió hacer llegar la bola al plato. En las otras dos..., ¿recuerda el último partido de la fase final entre los Red Sox y los Yankees en 2004? ¿Que empezó jugando Kevin Brown para los Yankees, y los Sox hicieron seis condenadas carreras con él en el montículo en las dos primeras entradas? Así fue como lanzó Danny Doo en el 58 cuando realmente consiguió hacer llegar la bola al plato. No tenía *nada*. Y aun así, después de todo eso, nos las arreglamos para terminar por delante de los Senators y los Athletics. Solo que Jersey Joe DiPunno tuvo un infarto durante la serie mundial de aquel año. Quizá fuera el mismo día que los rusos lanzaron el *Sputnik*. Lo sacaron del Estadio del Condado en camilla. Vivió cinco años más, pero fue una sombra de sí mismo, y naturalmente nunca volvió a entrenar.

Dijo que el chico era gafe, y él mismo no sabía la razón que tenía. Señor King, aquel chico era un *agujero negro* en cuestiones de suerte.

También para él. Estoy seguro de que ya sabe cómo terminó la historia..., que lo llevaron a la cárcel del condado de Essex y lo retuvieron allí con miras a la extradición. Que se tragó una pastilla de jabón y murió asfixiado. No se me ocurre una manera peor de irse de este mundo. Aquella temporada fue una pesadilla, desde luego, y sin embargo, al contársela a usted, he recordado algunos buenos momentos. Sobre todo, pienso, cuando el Old Swampy se vestía de color naranja al levantar los seguidores sus carteles: CARRETERA CORTADA POR ORDEN DE BILLY BLOQUEO. Sí, me juego algo a que el fulano a quien se le ocurrió eso se forró. Pero sepa que la gente que los compró hizo una buena compra. Cuando se ponían en pie con esos carteles en alto, formaban parte de algo más grande que ellos mismos. Eso puede ser mala cosa —basta pensar en toda la gente que acudía a ver a Hitler en sus concentraciones—, pero en este otro caso era una buena cosa. El *béisbol* es una buena cosa. Siempre lo ha sido, siempre lo será.

Blo-QUEO, Blo-QUEO, Blo-QUEO.

Aún siento escalofríos cuando me acuerdo. Aún resuena en mi cabeza. Ese chico era auténtico, loco o no, gafe o no.

Señor King, me parece que ya no tengo nada más que decir. ¿Le basta con eso? Bien. Me alegro. Vuelva cuando quiera, pero no en miércoles por la tarde; ese es el día de la condenada bolera virtual, y uno no puede oír ni lo que piensa. ¿Qué tal si viene en sábado? Algunos de nosotros vemos siempre el Partido de la Semana. Nos dejan tomar un par de cervezas, y animamos como chiflados. No es como en los viejos tiempos, pero no está mal.

*Para Flip Thompson,
Amigo y cácher del instituto*

Uno de mis alter ego en las primeras novelas —creo que fue Ben Mears en *El misterio de Salem's Lot*— dice que no conviene hablar de un relato que uno se propone escribir. «Es como meterlo en un suelo de tierra», así lo expresa él. Sin embargo a veces, sobre todo cuando me dejo llevar por el entusiasmo, me resulta difícil seguir mi propio consejo. Eso me pasó con «Pimpollo».

Cuando esbocé la idea a grandes rasgos a un amigo, me escuchó atentamente y después movió la cabeza en un gesto de negación. «Dudo mucho que tengas algo nuevo que decir sobre el sida, Steve». Guardó silencio por un momento y añadió: «Y sobre todo siendo heterosexual».

No. Y no. Y sobre todo: *no*.

Detesto el supuesto de que uno no puede escribir sobre algo por el hecho de no haberlo experimentado, y no solo porque eso presupone un límite a la imaginación humana, que es en esencia ilimitada. Es que además da a entender que ciertos esfuerzos de identificación son imposibles. Me niego a aceptarlo porque lleva a la conclusión de que el verdadero cambio no está a nuestro alcance, como tampoco lo está la empatía. Las pruebas demuestran la falsedad de esa idea. Los cambios se producen, así sin más, como la mierda. Si los ingleses y los irlandeses pueden hacer las paces, uno tiene que creer que existe la posibilidad de que algún día los judíos y los palestinos resuelvan su conflicto. Los cambios solo se producen como resultado de un arduo trabajo, creo que en eso todos estaríamos de acuerdo, pero el arduo trabajo no basta. Se requiere también un vigoroso esfuerzo de imaginación: ¿qué se siente realmente cuando uno está en la piel de otro hombre o mujer?

Ah, y en todo caso no pretendía escribir un cuento sobre el sida o el hecho de ser gay, eso era solo el contexto para el encuadre. Pretendía escribir sobre la fuerza bruta del impulso sexual humano. Esa fuerza, en mi opinión, domina a las personas de cualquier inclinación, sobre todo en la juventud. En algún punto —en la noche correcta o incorrecta, en un buen lugar o en uno malo— el deseo surge y no es posible negarlo. La cautela se esfuma. El pensamiento racional cesa. El riesgo ya no importa.

Sobre eso pretendía escribir.

Pimpollo

I

Dave Calhoun estaba ayudando a Olga Glukhov a construir la Torre Eiffel. Llevaban con eso ya seis mañanas, seis mañanas desde *muy temprano*, en la sala común del centro residencial tutelado Lakeview. Allí rara vez estaban solos; los ancianos madrugaran. La pantalla plana gigante situada al fondo empezaba a emitir a todo tren la acostumbrada bazofia tonificante de Fox News a las cinco y media, y unos cuantos residentes la miraban boquiabiertos.

—Ah —dijo Olga—. Esta es una que estaba buscando.

Encajó un trozo de viga en un hueco de la mitad inferior de la obra maestra de Gustave Eiffel, construida —según el texto al dorso de la caja— con metal de desecho.

Dave oyó acercarse desde atrás el golpeteo de un bastón y saludó al recién llegado sin volver la cabeza.

—Buenos días, Ollie. Te has levantado temprano.

A Dave, en su juventud, le habría costado creer que uno podía identificar a alguien únicamente por el sonido de su bastón, pero en su juventud jamás se le había pasado por la cabeza que terminaría sus días en un lugar donde tantas personas se valían de ellos.

—Buenos días tengas —contestó Ollie Franklin—. Y tú también, Olga.

Ella alzó la vista por un instante y volvió a concentrarse en el puzzle, de mil piezas, según la caja, en su mayoría colocadas ya en su sitio correspondiente.

—¡Qué lata con las dichosas vigas! Las veo flotar delante de mí cada vez que cierro los ojos. Me parece que voy a fumarme un pitillo para despertarme los pulmones.

En principio el tabaco estaba prohibido en Lakeview, pero a Olga y otros pocos fumadores empedernidos se les permitía escabullirse por la cocina al muelle de carga y descarga, donde había un cubo de basura. Se levantó, se tambaleó, maldijo en ruso o polaco, recobró el equilibrio y se marchó arrastrando los pies. De pronto se detuvo y, con el entrecejo fruncido, se volvió a mirar a Dave.

—Déjame unas cuantas, Bob. ¿Me lo prometes?

Él alzó la mano, con la palma al frente.

—Lo juro por Dios.

Satisfecha, Olga siguió adelante, hurgando en el bolsillo de su deforme vestido de andar por casa en busca de los pitillos y el encendedor Bic.

Ollie enarcó las cejas.

—¿Desde cuándo eres Bob?

—Era su marido. Acuérdate. Vino aquí con ella, murió hace dos años.

—Ah. Sí, exacto. Y ahora empieza a desvariuar. Qué mal.

Dave se encogió de hombros.

—Cumplirá los noventa en otoño, si llega. Tiene derecho a alguna tuerca suelta. Y fíjate en esto. —Señaló el puzzle, que abarcaba toda una mesa de juego—. Lo ha hecho casi todo ella. Yo soy solo su ayudante.

Ollie, que había sido diseñador gráfico en lo que él llamaba su vida real, contempló el puzzle casi acabado con actitud sombría.

—*La Tour Eiffel*. ¿Sabías que hubo protestas entre los artistas cuando se estaba construyendo?

—No, pero no me extraña. Franceses.

—El novelista Léon Bloy la describió como una farola verdaderamente trágica.

Calhoun miró el puzzle, vio lo que había querido decir Bloy y se rio. En efecto parecía una farola. Más o menos.

—Otro artista o escritor, no recuerdo quién, afirmó que la mejor vista de París se disfrutaba desde la Torre Eiffel porque era la única vista de París que no incluía la Torre Eiffel. —Ollie se inclinó más, con una mano aferrada al bastón y la otra en los riñones, como para que no se le desarmaran. Desplazó los ojos del puzzle a las piezas restantes dispersas, acaso un centenar en total, y después nuevamente al puzzle—. Houston, puede que aquí tengáis un problema.

Dave ya había empezado a sospecharlo.

—Si estás en lo cierto, va a aguardarle el día a Olga.

—Ella debería haber contado con ello. ¿Cuántas veces crees que se habrá montado y vuelto a desmontar esta versión de la Torre Eiffel? Los viejos son tan descuidados como los adolescentes. —Se irguió—. ¿Me acompañarías al jardín? Tengo que darte una cosa. Además de decirte una cosa.

Dave examinó a Ollie.

—¿Te encuentras bien?

El otro prefirió no contestar.

—Salmos. Hace una mañana preciosa. Empieza a haber una temperatura muy agradable.

Ollie encabezó la marcha hacia el jardín, acompañado de aquel rítmico golpeteo tan familiar, un-dos-tres, y dio los buenos días a alguien con un gesto al pasar junto al círculo de televidentes, todos con su café. Dave lo siguió muy gustosamente, pero un tanto intrigado.

II

Lakeview era una construcción en forma de U, y de la sala común partían los dos brazos extendidos donde se hallaban las «suites residenciales tuteladas», cada una de las cuales se componía de una sala de estar, un dormitorio, y uno de esos cuartos de baño equipados con agarraderos y taburete en la ducha. Esas suites no eran baratas.

Pese a que muchos de los residentes en rigor eran ya incontinentes (Dave había empezado a padecer sus propios accidentes nocturnos no mucho después de cumplir los ochenta y tres, y ahora tenía cajas de protectores absorbentes en el estante superior de su armario), no era de esos sitios que olían a orina y lejía. Las habitaciones también estaban equipadas con televisión vía satélite, había un bufé de tentempiés en cada ala, y dos veces al mes se organizaban catas de vinos. En conjunto, pensaba Dave, era un sitio bastante aceptable para pasar tus últimos días.

El jardín que se extendía entre las dos alas de la residencia estaba exuberante —casi orgásmico— a principios del verano. Las veredas discurrían tortuosamente y se oía el murmullo de un surtidor central. Las flores crecían por todas partes, pero de un modo plácido y bien cuidado. Aquí y allá había interfonos, con los que el paseante que de pronto se quedaba sin aliento o perdía la sensibilidad en las piernas podía llamar para pedir ayuda. Un rato más tarde abundarían los paseantes, cuando quienes aún no se habían levantado (o quienes estaban en la sala común, hartos ya de Fox News) salieran a disfrutar del día antes de que apretara el calor, pero por el momento Dave y Ollie lo tenían para ellos solos.

En cuanto cruzaron la puerta de dos hojas y bajaron por la escalinata desde el amplio patio embaldosado (ambos con sumo cuidado), Ollie se detuvo y empezó a rebuscar en el bolsillo de la holgada chaqueta de pata de gallo que llevaba. Sacó un reloj de bolsillo de plata con una gruesa leontina de plata. Se lo tendió a Dave.

—Quiero que te quedes esto. Fue de mi bisabuelo. A juzgar por el grabado en la cara interior de la tapa, lo compró o se lo regalaron en 1890.

Dave contempló el reloj sonriente y horrorizado; oscilaba en el extremo de la leontina, colgando de la mano un tanto paralizada de Ollie Franklin, como el amuleto de un hipnotizador.

—No puedo aceptarlo.

Pacientemente, como quien da indicaciones a un niño, Ollie dijo:

—Puedes si yo te lo doy. Y te he visto admirarlo muchas pero que muchas veces.

—¡Es una reliquia familiar!

—Ciertamente, y se lo quedará mi hermano si lo encuentra entre mis efectos personales cuando yo muera. Como va a ocurrir, y pronto. Quizá esta noche. Con toda seguridad en los próximos días.

Dave no supo qué decir.

Todavía con el mismo tono paciente, Ollie añadió:

—Mi hermano, Tom, no vale lo que costaría la pólvora necesaria para mandarlo a Des Moines. A él nunca se lo he dicho, sería una crueldad, pero a ti te lo he dicho muchas veces. ¿O no?

—Bueno..., sí.

—Le he dado mi apoyo para superar tres negocios fallidos y dos matrimonios fallidos. Creo que también *eso* te lo he contado muchas veces. ¿O no?

—Sí, pero...

—A mí me fue bien, e invertí bien —dijo Ollie, y reanudó la marcha con aquel peculiar repique del bastón, su código personal: *toc, toc-toc, toc, toc-toc-toc*—. Pertenezco a ese infame Uno Por Ciento tan denigrado por los jóvenes liberales. Por poco, eso sí, pero suficiente para haber vivido aquí cómodamente durante los tres últimos años a la vez que seguía sirviéndole a mi hermano menor de red de seguridad. Ya no tengo que prestar ese servicio a su hija, gracias a Dios; según parece, Martha se gana la vida por sí sola. Lo cual es un alivio. He hecho testamento, todo como Dios manda, y he actuado como debía. He cumplido con la familia. Como no tengo mujer ni hijos, eso implica dejárselo todo a Tom. Excepto esto. Esto es para ti. Has sido un buen amigo para mí, así que ten la bondad de aceptarlo.

Dave reflexionó, decidió que bien podía devolverlo una vez la premonición de muerte de su amigo hubiera pasado, y cogió el reloj. Pulsó el resorte para abrir la tapa y admiró la esfera de cristal. Las seis y veintidós..., la hora exacta, que él supiera. El segundero avanzaba enérgicamente en su propio circulito, justo por encima del 6 caligráfico.

—Se ha limpiado varias veces, pero solo ha necesitado una reparación —dijo Ollie a la vez que proseguía su lento deambular—. En el año 1923, según mi abuelo, cuando a mi padre se le cayó en el pozo de la vieja granja de Hemingford Home. ¿Te lo imaginas? Más de ciento veinte años, y solo una reparación. ¿Cuántos seres humanos en este mundo pueden afirmar algo así? ¿Una docena? ¿Quizá solo seis? Tú tienes dos hijos varones y una hija, ¿no?

—Así es —contestó Dave.

Desde hacía un año su amigo ofrecía un aspecto cada vez más frágil, y su pelo no era más que unos cuantos mechones finos como los de un bebé en un cuero cabelludo salpicado de manchas, pero la cabeza le funcionaba un poco mejor que a Olga. O que a mí, admitió para sí.

—El reloj no consta en mi testamento, pero debería aparecer en el tuyo. No dudo que quieras a todos tus hijos por igual, eres de esa clase de hombres, pero otra cosa son las simpatías, ¿no? Déjaselo al que te caiga más simpático.

Ese sería Peter, pensó Dave, y sonrió.

O devolviéndole la sonrisa o adivinando el pensamiento que esa sonrisa ocultaba, Ollie separó los labios dejando a la vista los dientes que le quedaban y movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Vamos a sentarnos, estoy derregado. Hoy día no necesito mucho para estarlo.

Se sentaron en uno de los bancos, y Dave intentó devolver el reloj. Ollie le apartó las manos en un exagerado gesto de rechazo lo bastante cómico para arrancar una risa a Dave, pese a darse cuenta de que aquel era un asunto serio. Más serio desde luego que la pérdida de unas cuantas piezas de un puzzle.

El olor de las flores era intenso, celestial. Cuando Dave Calhoun pensaba en la muerte —ya no muy lejana—, la perspectiva que más lamentaba era la pérdida del mundo sensorial y todos sus lujos corrientes. Ver el canalillo de una mujer que lleva

un escote bañera. El sonido de Cozy Cole a toda mecha en la batería en «*Topsy, Part Two*». El sabor de la tarta de limón con una nube de merengue encima. El olor de las flores cuyo nombre él desconocía, pese a que su mujer las habría distinguido todas.

—Ollie, puede que mueras esta semana; bien sabe Dios que aquí todos tenemos un pie en la tumba y el otro en una piel de plátano. Pero es imposible que lo sepas con total seguridad. Ignoro si has tenido un sueño o si te has cruzado con un gato negro, o cualquier otra cosa, pero las premoniciones son una chorrrada.

—No solo he tenido una premonición —dijo Ollie—. La he visto. He visto a Pimpollo. Lo he visto varias veces en las últimas dos semanas. Cada vez más cerca. Muy pronto recibiré una visita en la habitación, y ese será el final. No importa. De hecho, lo espero con impaciencia. La vida es algo magnífico. Pero si se alarga mucho, se desgasta antes de acabarse.

—¿Pimpollo? —preguntó Calhoun—. ¿Quién demonios es ese Pimpollo?

—En realidad no es él —respondió Ollie, como si no lo hubiera oído—. Lo sé. Es una *representación* de él. Una recapitulación de un tiempo y un lugar, si quieres. Aunque hubo un Pimpollo *real*. Así es como mis amigos y yo lo llamamos aquella noche en el Highpockets. Nunca supe su nombre verdadero.

—No te sigo.

—Oye, tú sabes que soy gay, ¿no?

Dave sonrió.

—Bueno, me parece que tus tiempos de ligues terminaron antes de conocernos, pero me hacía una idea, sí.

—¿Por el pañuelo de seda al cuello?

Por cómo andas, pensó Dave. Incluso con bastón. Por cómo te pasas los dedos por lo que te queda de pelo y luego te miras en el espejo. Por cómo pones los ojos en blanco ante las mujeres de ese reality show, *Real Housewives*. Incluso por los dibujos de naturalezas muertas que hay en tu habitación, que forman una especie de cronología de tu declive. En otro tiempo debiste de ser muy bueno, pero ahora te tiemblan las manos. Tienes razón: se desgasta antes de acabarse.

—Entre otras cosas —dijo Dave.

—¿Has oído decir alguna vez a alguien que no fue a tal o cual aventura militar estadounidense... Vietnam, Irak, Afganistán... porque ya era demasiado mayor?

—Claro. Aunque lo que suelen decir es que eran demasiado jóvenes.

—El sida fue una guerra. —Ollie se miraba las manos nudosas, de las que escapaba ya el talento—. Y yo no era aún demasiado mayor para todo aquello, porque nadie lo es cuando la guerra se libra en el territorio natal de uno, ¿no te parece?

—Supongo que en eso tienes razón,

—Nací en 1930. Cuando el sida se observó y describió clínicamente por primera vez en Estados Unidos, yo tenía cincuenta y dos años. Vivía en Nueva York y trabajaba por mi cuenta para varias agencias publicitarias. Mis amigos y yo todavía íbamos a los clubes del Village de vez en cuando. No al Stonewall, un antro dirigido

por la mafia, sino a otros. Una noche me encontraba frente al Peter Pepper's, en Christopher Street, compartiendo un canuto con un amigo, y entraron unos cuantos jóvenes. Hombres guapos con pantalones acampanados muy ceñidos y aquellas camisas que por entonces, al parecer, llevaban todos, esas con hombros anchos y cintura estrecha. Botas de ante y con tacones altos laminados.

—Pimpollos —aventuró Dave.

—Supongo, pero no *el* pimpollo. Y mi mejor amigo..., Noah Freemont se llamaba, murió precisamente el año pasado, fui al funeral..., se volvió hacia mí y dijo: «Ya ni siquiera nos ven, ¿verdad?». Le di la razón. Te veían si tenías dinero, pero nosotros éramos demasiado... dignos para eso, por así decirlo. Pagar por eso resultaba degradante, aunque algunos lo hacíamos de vez en cuando. Sin embargo a finales de los cincuenta, cuando llegué a Nueva York por primera vez...

Se encogió de hombros y miró a lo lejos.

—Cuando llegaste a Nueva York por primera vez... —animó Dave.

—Estoy pensando en cómo expresarlo. A finales de los cincuenta, cuando las mujeres suspiraban aún por Rock Hudson y Liberace, cuando la homosexualidad era el amor que no osaba pronunciar su nombre en lugar de ser un amor que nunca calla, yo tenía el impulso sexual en su punto máximo. En ese sentido..., hay otros, estoy seguro, muchos otros..., los gays y los heterosexuales son iguales. Leí en algún sitio que los hombres, cuando están en presencia de otra persona atractiva, piensan en el sexo cada veinte segundos más o menos. Pero cuando un hombre ronda los veinte años piensa en el sexo *continuamente*, tanto si está en presencia de una persona atractiva como si no.

—Se te empina cuando sopla el viento —dijo Dave.

Estaba pensando en su primer empleo, como mozo de gasolinera, y en una pelirroja a la que casualmente vio apearse del asiento del acompañante de la furgoneta de su novio. Se le arremangó la falda y dejó a la vista unas sencillas bragas de algodón blancas durante un solo segundo, dos a lo sumo. Sin embargo él había revivido ese momento en su cabeza una y otra vez mientras se masturbaba, y aunque por entonces contaba solo diecisésis años, conservaba aún un recuerdo vivo y claro. Dudaba que le hubiese ocurrido lo mismo en caso de ver esa escena a los cincuenta años. A esas alturas había visto ya no poca ropa interior femenina.

—Algunos columnistas conservadores llamaban al sida la plaga de los gays, y con cierto regodeo mal disimulado. Sí fue una plaga, pero allá por el año 1986 poco más o menos la comunidad gay lo tenía bastante claro. Entendíamos cuáles eran las dos medidas preventivas más básicas: nada de sexo sin protección y nada de agujas compartidas. Pero los jóvenes se creen inmortales, y como decía mi abuela cuando había bebido una copa de más, una polla tiesa no tiene conciencia. Eso resulta especialmente cierto cuando el dueño de esa polla está borracho, colocado, y en las garras de la atracción sexual.

Ollie exhaló un suspiro, se encogió de hombros.

—Se corrían riesgos. Se cometían errores. Incluso después de comprenderse bien los vectores de transmisión, murieron decenas de miles de gays. La gente solo empieza a hacerse cargo de la magnitud de esa tragedia ahora que muchos entienden que los gays no eligen su orientación sexual. Grandes poetas, grandes músicos, grandes matemáticos y científicos... sabe Dios cuántos murieron antes de que su talento pudiera florecer. Murieron en las cloacas, en pisos sin agua caliente, en hospitales, en asilos de indigentes, todo porque se arriesgaron una noche en que la música estaba alta, el vino corría, y las cápsulas de nitrito amílico hacían su efecto. ¿Por elección? Todavía quedan muchos que dicen que sí, pero eso es absurdo. El impulso es demasiado intenso. Demasiado *primario*. Si yo hubiese nacido veinte años más tarde, tal vez hubiese sido una de las bajas. También mi amigo Noah. Pero él murió de un infarto en la cama, y yo moriré de... lo que sea. Porque a los cincuenta hay menos tentaciones sexuales a las que resistirse, e incluso cuando la tentación es fuerte, a veces el cerebro logra imponerse a la polla, al menos el tiempo necesario para coger un condón. No digo que no muriesen de sida muchos hombres de mi edad. Sí murieron: no hay peor necio que un necio viejo, ¿no? Algunos eran amigos míos. Pero fueron menos que los jóvenes que abarrotaban cada noche las salas de fiesta.

»Mi propia camarilla... Noah, Henry Reed, John Rubin, Frank Diamond... a veces salían solo para observar a esos jóvenes realizar sus danzas de apareamiento. No babeábamos, pero mirábamos. No nos diferenciábamos mucho de los heteros de mediana edad, jugadores de golf, que iban al Hooters una vez por semana solo para ver inclinarse a las camareras. Esa clase de comportamiento puede ser un tanto patético, pero no tiene nada de antinatural. ¿O discrepas?

Dave negó con la cabeza.

—Una noche, éramos cuatro o cinco, nos dejamos caer en uno de esos clubes, el Highpockets. Creo que casi habíamos decidido dar la noche por terminada cuando entró cierto chico, él solo. Se parecía un poco a David Bowie. Era alto, llevaba un pantalón corto de ciclista, blanco, muy ajustado, y una camiseta azul con las mangas recortadas. Melena rubia, tupé, gracioso y sexy al mismo tiempo. Mucho color, natural, no colorete, en las mejillas, junto con una pizca de purpurina plateada. Unos labios muy carnosos y bien delineados. Todas las miradas se posaron en él. Noah me cogió del brazo y dijo: «Es él. Ese es el Pimpollo. Daría mil dólares por llevármelo a casa».

»Me eché a reír y dije que el chico no se vendería por mil dólares. A esa edad, y así de guapo, lo único que quería era despertar admiración y deseo. También disfrutar de un sexo magnífico y lo más a menudo posible. Y cuando uno tiene veintidós años, eso es muy a menudo.

»Enseguida se incorporó a un grupo de hombres guapos, aunque ninguno tanto como él, y todos se reían y bebían y bailaban lo que fuese que estuviese de moda en aquellos tiempos. Ni uno solo lanzaba una mirada al cuarteto de hombres de mediana edad que bebía vino en una mesa alejada de la pista de baile. Hombres de mediana

edad a quienes les faltaban cinco o diez años para renunciar al esfuerzo de aparentar menos años de los que tenían. ¿Por qué iba a mirarnos con todos aquellos jóvenes adorables compitiendo por su atención?

»Y Frank Diamond dijo: “Dentro de un año habrá muerto. Ya veremos lo guapo que está entonces”. Solo que no se limitó a decirlo; de hecho, lo escupió. Como si eso fuese un extraño..., no sé..., premio de *consolación*.

Ollie, que había sobrevivido a la época del armario profundo para vivir en otra en que el matrimonio gay era legal en casi todos los estados, encogió una vez más sus delgados hombros. Como para decir que había corrido mucha agua bajo el puente desde entonces.

—Así que ese era nuestro Pimpollo, un compendio de todo lo que era hermoso y deseable, e inalcanzable. No volví a verlo hasta hace dos semanas. No en el Highpockets, no en el Peter Pepper's ni en el Tall Glass, ni en ninguno de los otros clubes a los que yo iba..., aunque empecé a frecuentar menos esos locales a medida que avanzaba la llamada Era Reagan. A finales de los años ochenta, ir a los clubes gays era demasiado raro. Era como asistir al baile de disfraces del cuento de Poe sobre la muerte roja. Ya sabes: «¡Vamos, gente! Démosle a tope, tomemos otra copa de champán y pasemos de todos esos que caen como moscas». En eso no había ninguna diversión a menos que uno tuviera veintidós años y siguiera bajo la impresión de que era inmune a todo.

—Debió de ser difícil.

Ollie levantó la mano no unida al bastón y la meneó en un gesto de *comme ci, comme ça*.

—Sí y no. Fue lo que los alcohólicos en fase de recuperación llaman vivir según las condiciones impuestas por la vida.

Dave se planteó dar por acabada la conversación, pero decidió que no podía. Ese regalo, el reloj, lo consternaba.

—Escucha a tu tío Dave, Ollie. En pocas palabras: *no has visto a ese chico*. Tal vez hayas visto a alguien que se le parecía un poco, pero si tu Pimpollo tenía por entonces veintidós años, ahora también él pasaría de los cincuenta. Es decir, si eludió el sida. Sencillamente el cerebro te ha engañado.

—Mi *anciano* cerebro —dijo Ollie con una sonrisa—. Mi cerebro camino de la *senilidad*.

—Yo no he hablado de senilidad. No es tu caso. Pero sí tienes el cerebro de un anciano.

—Sin duda, pero era él. Lo era. La primera vez que lo vi, fue en Maryland Avenue, junto al camino de entrada. Unos días después descansaba en los peldaños del porche, ante la puerta principal, fumando un cigarrillo con aroma a clavo. Hace dos días estaba sentado en un banco frente a la recepción. Vestido aún con aquella camiseta azul sin mangas y aquellos deslumbrantes pantalones cortos blancos. El tráfico debería haberse parado, y sin embargo nadie lo vio. Excepto yo, claro.

Me niego a seguirle la corriente, pensó Dave. Se merece algo mejor.

—Estás alucinando, amigo mío.

Ollie no se inmutó.

—Hace un momento estaba en la sala común, viendo la tele con los demás madrugadores. Lo he saludado con la mano y él me ha devuelto el saludo. —En el rostro de Ollie se dibujó una sonrisa asombrosamente juvenil—. Además, me ha guiñado el ojo.

—¿Pantalón blanco de ciclista? ¿Camiseta sin mangas? ¿Veintidós años y guapo? Por muy hetero que sea yo, creo que me habría fijado en eso.

—Ha venido a por mí, por eso soy el único que lo ve. Como queda demostrado.

—Se levantó con visible esfuerzo—. ¿Volvemos? Ya estoy listo para el café.

Se encaminaron hacia el patio, donde subirían los peldaños con el mismo cuidado con que los habían descendido. En otro tiempo vivieron en la Era Reagan; ahora vivían en la Era de las Caderas de Cristal.

Cuando llegaron al suelo embaldosado que se extendía frente a la zona común, los dos se detuvieron a recuperar el aliento. Cuando Dave lo recobró, dijo:

—¿Qué hemos aprendido hoy, pues, alumnos? Que la personificación de la muerte no es un esqueleto a lomos de un caballo claro con una guadaña al hombro, sino un guaperas discotequero con purpurina en las mejillas.

—Supongo que cada persona ve un avatar distinto —comentó Ollie con poca convicción—. Según he leído, casi todo el mundo, cuando está a las puertas de la muerte, ve a su madre.

—Ollie, la mayoría no ve a *nadie*. Y tú no estás en peligro mor...

—Pero mi madre murió poco después de mi nacimiento, así que ni siquiera la reconocería.

Reanudó la marcha hacia la puerta de dos hojas, pero Dave lo agarró del brazo.

—Me quedaré el reloj hasta la fiesta de Halloween, ¿qué te parece? Cuatro meses. Y le daré cuerda religiosamente. Si por esas fechas sigues todavía por aquí, te lo devolveré. ¿Trato hecho?

Ollie desplegó una sonrisa radiante.

—Hecho. Vamos a ver qué tal le va a Olga con La Tour Eiffel, ¿quieres?

Olga estaba de nuevo sentada a la mesa de juego, concentrada en el puzzle. No tenía una expresión feliz.

—Te he dejado las tres últimas piezas, Dave. —Feliz o no, al menos volvía a tener clara su identidad—. Aun así, quedarán cuatro huecos. Después de una semana de trabajo, eso es muy decepcionante.

—Estas cosas pasan, Olga —dijo Dave al tiempo que se sentaba. Colocó las piezas restantes en su sitio con la misma cara de satisfacción que ponía de niño los días lluviosos en las colonias de verano. Donde, de pronto cayó en la cuenta, la sala común se parecía mucho a esa. La vida era un estante corto provisto de topes para libros en los extremos.

—Pues sí —contestó ella, contemplando el hueco de las cuatro piezas ausentes—. Desde luego que sí. Vaya si pasan, Bob. Vaya si pasan.

—Olga, soy Dave.

Ella se volvió hacia él con expresión ceñuda.

—Eso he dicho.

No tenía sentido discutir, ni tenía sentido tratar de convencerla de que novecientos noventa y seis sobre mil era una buena puntuación. *Le faltan diez años para cumplir los cien y todavía cree que merece la perfección*, pensó Dave. *Algunas personas ciertamente se aferran a sus ilusiones con gran tenacidad*.

Alzó la vista y vio a Ollie salir del cuarto de manualidades, no mayor que un armario, contiguo a la sala común. Sostenía una hoja de papel de seda y un bolígrafo. Se acercó a la mesa y extendió el papel de seda sobre el puzzle.

—Eh, eh ¿qué haces? —preguntó Olga.

—Por una vez en la vida un poco de paciencia, cariño. Ya verás.

Ella avanzó el labio inferior en un puchero infantil.

—No, me voy a fumar. Si quieres desmontar el condenado rompecabezas, adelante. Guárdalo otra vez en la caja o tíralo al suelo, tú mismo. Tal como está no sirve de nada.

Se marchó con tal arrogancia como la artritis le permitió. Ollie se dejó caer en el asiento de ella con un suspiro de alivio.

—Mucho mejor así. Hoy día estar inclinado me resulta un martirio.

Calcó los contornos de dos de las piezas faltantes, que casualmente eran contiguas, y luego desplazó la hoja para dibujar las otras dos.

Dave lo observó con interés.

—¿Eso dará resultado?

—Sí, claro —contestó Ollie—. En el cuarto del correo hay unas cuantas cajas de cartón de FedEx. Me apropiaré de una. Recortaré y dibujaré un poco. Tu no permitas que Olga, en una rabieta, desmonte el condenado puzzle antes de que yo vuelva.

—Si quieres alguna foto..., ya sabes, para comparar, iré a por el iPhone.

—No me hace falta. —Ollie se tocó la frente con el dedo, muy serio—. Yo tengo aquí mi cámara. Es una vieja Brownie, no un smartphone, pero todavía funciona bastante bien.

III

Olga seguía enfurruñada cuando regresó del muelle de carga y descarga, y en efecto quería desmontar el rompecabezas no del todo completo, pero Dave consiguió distraerla agitando el tablero de cribbage ante su cara. Jugaron tres partidas. Dave perdió las tres, y la última por paliza. Olga no siempre sabía bien quién era él, y había días en que creía estar otra vez en Atlanta, viviendo en la pensión de una tía suya,

pero cuando se trataba del cribbage, jamás se le escapaba una escalera doble o una suma de quince con dos naipes.

Además tiene mucha suerte, pensó Dave, no sin resentimiento. ¿Quién acaba con veinte puntos de ventaja en la puñetera caja?

A eso de las once y cuarto (el noticario de la Fox había dado paso a Drew Carey, que voceaba premios en *El precio justo*) Ollie Franklin apareció de nuevo y se encaminó hacia el tablero de cribbage. Se lo veía casi rumboso con el rostro recién afeitado y una camiseta de manga corta impecable.

—Eh, Olga. Tengo una cosa para ti, querida mía.

—¿Querida? Qué voy a ser yo tu querida —replicó Olga. Asomó a su mirada un leve destello de maldad y humor—. Así me hunda en mierda de oso hasta el cuello si alguna vez en la vida *tuviste* una querida.

—Ingratitud, tienes nombre de mujer —dijo Ollie sin rencor—. Abre la mano.

Cuando ella tendió la palma, él le dio cuatro piezas de rompecabezas recién confeccionadas.

Ella las observó con recelo.

—¿Qué es esto?

—Las piezas que faltaban.

—Las piezas que faltaban ¿de qué?

—Del puzzle que estabais haciendo Dave y tú. ¿Te acuerdas del puzzle?

Dave casi oyó el repiqueteo bajo la rizada nube del cabello blanco de Olga a medida que los viejos relés y bancos de memoria corroídos cobraban vida.

—Claro que sí. Pero estas no encajarán.

—Prueba a ver —la instó Ollie.

Dave se adelantó a Olga y las cogió. A él le parecían perfectas. Una mostraba una porción de vigas entrelazadas; las dos contiguas formaban parte de una nube rosa en el horizonte; la cuarta contenía la frente y la boina garbosamente ladeada de un pequeño *boulevardier* que podría haber estado paseando por la place Vendôme. Era francamente asombroso, pensó. A sus ochenta y cinco años, Ollie conservaba intacta su destreza. Dave devolvió las piezas a Olga, que las colocó una tras otra. Todas encajaban a la perfección.

—*Voilà* —dijo Dave, y estrechó la mano a Ollie—. *Tout finit.* Magnífico.

Olga permanecía inclinada sobre el puzzle, tan cerca que lo rozaba con la nariz.

—Esta pieza, la de las vigas, no coincide del todo con las que hay alrededor.

—Eso me parece un poco ingrato incluso tratándose de ti, Olga —comentó Dave.

Olga dejó escapar un sonido hosco. Por encima de su cabeza, Ollie enarcó las cejas.

Dave le devolvió el gesto.

—Come con nosotros.

—Puede que me salte el almuerzo —contestó Ollie—. Estoy extenuado después de nuestro paseo y de mi último triunfo artístico. —Se inclinó para examinar el puzzle

y dejó escapar un suspiro—. No, no coinciden. Pero casi.

—Casi solo sirve en el juego de la herradura —dijo Olga—. *Querido.*

Ollie se dirigió lentamente hacia la puerta que daba al Ala de la Hoja Perenne, con el bastón marcando su inconfundible ritmo un-dos-tres. No se presentó a la hora del almuerzo, y la enfermera del turno de día, al ver que tampoco aparecía a la hora de la cena, fue a ver cómo estaba y lo encontró tendido en su cama, sobre la colcha, las diestras manos entrelazadas encima del pecho. Al parecer, había muerto como vivió, plácidamente y sin alboroto.

Esa noche Dave tanteó la puerta de la suite de su difunto amigo y la encontró abierta. Se sentó en la cama sin sábanas con el reloj de bolsillo de plata en la palma de la mano, la tapa abierta para ver el segundero girar en el pequeño círculo por encima del 6. Observó las pertenencias de Ollie —los libros en el estante, los cuadernos de dibujo en el escritorio, varias ilustraciones pegadas con cinta adhesiva a las paredes— y se preguntó quién se lo llevaría todo. El inútil del hermano, supuso. Rebuscó el nombre en su memoria y se acordó: Tom. Y la sobrina era Martha.

En la cama había un retrato al carbón de un joven apuesto con un alto tupé y purpurina en las mejillas. Exhibía una sonrisa en sus labios carnosos. Era leve pero invitadora.

IV

El verano llegó a su plenitud y empezó a decaer. Los autobuses escolares bajaban por Maryland Avenue. Olga Glukhov entró en declive; confundía a Dave con su difunto marido cada vez con mayor frecuencia. Conservaba sus aptitudes para el cribbage, pero empezaba a perder el inglés. Aunque tanto el hijo mayor como la hija de Dave vivían cerca de allí, en las afueras, era Peter quien iba a verlo con más frecuencia; hacía el viaje en coche desde la granja del condado de Hemingford, a cien kilómetros, y a menudo llevaba a su padre a cenar.

Llegó Halloween. El personal adornó la sala común con guirnaldas de colores naranja y negro. Los ocupantes del centro residencial tutelado Lakeview celebraron Todos los Santos con sidra, tarta de calabaza y —los pocos cuyos dientes les permitían aún afrontar el desafío— bolas de palomitas de maíz. Muchos pasaron la velada disfrazados, lo cual llevó a Dave Calhoun a evocar algo que su viejo amigo había comentado durante su última conversación: a finales de los ochenta ir a los clubes gays venía a ser como asistir al baile de disfraces del cuento de Poe sobre la muerte roja. A su modo de ver, Lakeview también era una especie de club, y a veces era gay, pero había un inconveniente: uno no podía marcharse a menos que tuviera parientes dispuestos a acogerlo. Peter y su mujer habrían hecho eso por Dave si él se lo hubiera pedido, le habrían cedido la habitación que antes ocupaba su hijo Jerome, pero Peter y Alicia empezaban a reacomodarse a su nueva vida, y él no estaba

dispuesto a convertirse en una carga.

Un día cálido de primeros de noviembre salió al patio embaldosado y se sentó en uno de los bancos. Más allá, las veredas del jardín resultaban invitadoras bajo la luz del sol, pero no se atrevía ya a bajar por los peldaños. Podía caerse, lo cual no convenía. Acaso no fuera capaz de volver a subir sin ayuda, lo cual sería humillante.

Advirtió la presencia de una joven junto al surtidor. Llevaba uno de esos vestidos largos hasta los tobillos con volantes en el cuello que hoy día solo se veían en las películas antiguas en blanco y negro que pasaban por la TCM. Tenía el cabello de un rojo reluciente. Le sonrió. Y lo saludó con la mano.

Vaya, mira por dónde, pensó Dave. ¿No te vi yo poco después de la Segunda Guerra Mundial cuando salías de la furgoneta de tu novio en la gasolinera de Humble Oil en Omaha?

La guapa pelirroja, como si hubiese oído este pensamiento, le guiñó el ojo y se recogió un poco el dobladillo del vestido, enseñándole las rodillas.

Hola, Pimpollo, pensó Dave, y a continuación: Aquella otra vez fuiste mucho más allá. Se rio al recordarlo.

Ella rio a su vez. Dave lo vio pero no lo oyó, pese a lo cerca que estaba la joven y a que él conservaba un oído fino. Después ella se situó detrás del surtidor... y ya no volvió a mostrarse. Sin embargo Dave tenía razones para creer que aparecería de nuevo. Había vislumbrado en ella la fuerza vital, nada más y nada menos. El corazón fuerte y palpitante de la belleza y el deseo. En la siguiente ocasión ella se acercaría más.

V

A la semana siguiente, Peter fue a la ciudad y salieron a cenar a un sitio agradable no muy lejos de allí. Dave comió bien y tomó dos copas de vino, que lo animaron considerablemente. Una vez acabada la cena, sacó el reloj de plata de Ollie del bolsillo interior de su chaqueta, enrolló la gruesa leontina alrededor y lo empujó hacia su hijo por encima del mantel.

—¿Qué es esto? —preguntó Peter.

—Fue un regalo de un amigo —respondió Dave—. Me lo dio poco antes de fallecer. Quiero que te lo quedes tú.

Peter hizo ademán de devolverlo.

—No puedo quedármelo, papá. Es demasiado bonito.

—En realidad, me harías un favor. Por la artritis. Me cuesta mucho darle cuerda, y pronto me será imposible. Ese condenado chisme tiene al menos ciento veinte años, y un reloj que ha aguantado tanto tiempo merece seguir funcionando mientras dure. Así que acéptalo, por favor.

—Bueno, si lo planteas así... —Peter cogió el reloj y se lo metió en el bolsillo—.

Gracias, papá. Es precioso.

En la mesa contigua —tan cerca que Dave podría haber alargado el brazo y tocarla— se hallaba sentada la pelirroja. No tenía comida ante sí, pero nadie parecía darse cuenta. A esa distancia Dave vio que era más que guapa; era a todas luces una belleza. Desde luego, más hermosa que aquella muchacha que se apeó de la furgoneta de su novio con la falda momentáneamente remangada hasta el regazo, pero ¿qué tenía eso de raro? Esas revisiones, como el nacimiento y la muerte, eran el curso habitual de los acontecimientos. El trabajo de la memoria no consistía solo en recordar el pasado sino también en darle lustre.

Esta vez la pelirroja se recogió la falda un poco más, dejando a la vista su largo y blanco muslo por un segundo. Quizá incluso dos. Y le guiñó el ojo.

Dave se lo guiñó también.

Peter se volvió a mirar en esa dirección y solo vio una mesa vacía preparada para cuatro con el letrero RESERVADA. Miró de nuevo a su padre con las cejas enarcadas.

Dave sonrió.

—Tenía algo en el ojo. Ya se me ha ido. ¿Por qué no pides la cuenta? Estoy cansado y me apetece volver.

En recuerdo de Michael McDowell

Corre un dicho: «Si recuerdas los sesenta, es que no estuviste allí». Una tontería absoluta, y este caso lo ilustra. Tommy no era su verdadero nombre, y no fue él quien murió, pero por lo demás así ocurrió en aquellos tiempos en que todos pensábamos que viviríamos eternamente y cambiaríamos el mundo.

Tommy

*Tommy murió en 1969.
Era un hippy con leucemia.
Vaya mierda, tío.*

*Después del funeral, la recepción en el centro Newman.
Así lo llamó la familia: recepción.
Mi amigo Phil dijo: «¿No es eso lo que organizan después de una puta boda?»*

*Los colegas fueron a la recepción, todos ellos.
Darryl se puso su capa.
Se sirvieron sándwiches, y zumo de uva en vasos de papel.
Mi amigo Phil dijo: «¿Qué es esta mierda de uva?».
Contesté que era Za-Rex. Lo conocía, expliqué, de tomarlo en la HJM.
«¿Y eso qué mierda es?», preguntó Phil.
«La Hermandad Juvenil Metodista», respondí.
«Fui allí durante diez años, y una vez hice
un franelograma del arca de Noé».
«Al carajo tu arca», dijo Phil.
«Y al carajo los animales que iban en ella».
Phil: un joven de opiniones firmes.*

*Después de la recepción, los padres de Tommy se marcharon a casa.
Imagino que lloraron y lloraron.
Los colegas nos fuimos al 110 de North Main.
Pusimos el estéreo a tope. Encontré unos discos de los Grateful Dead.
Yo detestaba a los Dead. De Jerry García yo solía decir:
«¡Me alegraré cuando esté muerto!»
(Resultó que no me alegré).
En fin, a Tommy le gustaban.
(Y también, vaya por Dios, Kenny Rogers).
Fumamos porros liados en papel Zig-Zag.
Fumamos Winston y Pall Mall.
Bebimos cerveza y comimos huevos revueltos.*

*Charlando de Tommy, largamos y largamos.
Estuvo todo muy bien.
Y cuando se presentaron los del Club Wilde-Stein —los ocho—, los dejamos pasar.*

Porque Tommy era gay y a veces se ponía la capa de Darryl.

Todos coincidimos en que sus viejos habían hecho lo correcto con él.

Tommy dejó escrito lo que quería y se lo concedieron casi todo.

Allí tendido en su nuevo apartamento, vestía sus mejores galas.

Su vaquero acampanado y su camiseta desteñida.

(Se la tiñó así, con nudos, la colega Melissa, la grandullona.

No sé qué fue de ella.

Un día estaba allí, y de pronto cogió esa carretera perdida y desapareció.

Yo la relaciono con la nieve fundida.

La calle mayor de Orono, mojada, cegaba de tanto como resplandecía.

Eso ocurrió el invierno en que los Lemon Pipers sacaron «Green Tambourine»).

Tommy llevaba el pelo bien lavado, largo hasta los hombros.

¡Tío, qué limpio lo tenía!

Seguro que se lo lavaron en la funeraria.

Lucía su cinta en el pelo,

con el símbolo de la paz bordado en seda blanca.

«Estaba como un pincel», dijo Phil, ya un poco borracho.

(Phil siempre se emborrachaba).

Jerry García cantaba «Truckin», una canción tirando a estúpida.

«¡Puto Tommy!», exclamó Phil. «¡Brindo por el muy hijo de puta!».

Brindamos por el muy hijo de puta.

«No llevaba su pin especial», comentó Indian Scontras.

Indian era del club Wilde-Stein.

Por aquel entonces se sabía todos los bailes.

Hoy día vende seguros en Brewer.

«Dijo a su madre que quería que lo enterraran con su pin.

Eso es una putada».

Expliqué: «Su madre se lo puso debajo del chaleco. Yo lo vi».

Era un chaleco de cuero con botones de plata.

Tommy lo compró en la Feria de la Libertad.

Yo estaba con él aquel día. Había un arcoíris y

por un altavoz Canned Heat cantaba «Let's Work Together».

aquí estoy y marica soy se leía en el pin que su madre puso debajo del chaleco.

«Tendría que haberlo dejado donde estaba», afirmó Indian Scontras.

«Tommy era orgulloso. Era un marica muy orgulloso».

Indian Scontras lloraba.

*Ahora vende seguros de vida y tiene tres hijas.
Al final resultó no ser tan gay, pero
vender pólizas es una mariconada, en mi opinión.
«Era su madre», dije, «y le besaba los araños cuando era niño».
«¿Y eso qué tiene que ver?», preguntó Indian Scontras.*

*«¡Puto Tommy!», exclamó Phil, y sostuvo en alto su cerveza.
«¡Brindemos por el hijo de puta!».
Brindamos por el hijo de puta.*

*De eso hace cuarenta años.
Esta noche me pregunta cuántos hippies murieron en aquellos pocos años
luminosos.*

*Debieron de ser unos cuantos. Son solo estadísticas, tío.
Y no hablo solo de
¡¡LA GUERRA!!
Estaban también los accidentes de tráfico.
Las sobredosis.
Más la bebida.
las reyertas en los bares
algún que otro suicidio
y no olvidemos la leucemia.*

*Los sospechosos habituales, no digo más.
¿A cuántos enterraron con sus trapos de hippy?
Esa pregunta me viene a la cabeza entre los susurros de la noche.
Debieron de ser unos cuantos, aunque
fue una fiebre pasajera, la época hippy.
Su Feria de la Libertad está ahora bajo tierra,
donde todavía llevan sus pantalones acampanados y sus cintas en el pelo
y se acumula moho en las mangas de sus camisas sicodélicas.*

*En esas habitaciones estrechas el pelo está ya quebradizo, pero todavía largo.
El barbero no se lo ha tocado en cuarenta años.
Las canas no lo han escarchado.
¿Y qué hay de aquellos que se fueron bajo tierra
con pancartas en las que se leía NO VAMOS A LUCHAR, DE ESO NI HABLAR?
¿Y qué hay del chico muerto en un accidente de tráfico que enterraron con
una pegatina de McCarthy
en la tapa del ataúd?
¿Y qué hay de la chica con estrellas en la frente?*

(Se le habrán desprendido, supongo, de la piel seca como pergamino).

Esos son los soldados del amor que nunca vendieron seguros.

Esos son los entusiastas de la moda que nunca pasaron de moda.

A veces, por la noche, pienso en los hippies dormidos bajo tierra.

Vaya esto por Tommy.

Brindemos por el hijo de puta.

Para D. F.

En 1999, mientras paseaba cerca de mi casa, me atropelló una camioneta. Iba a unos sesenta y cinco por hora, y debería haber muerto a causa de esa embestida. Supongo que debí de hacer alguna torpe maniobra de evasión en el último momento, aunque no lo recuerdo. Lo que sí recuerdo es las secuelas. Un hecho que duró dos o tres segundos en la cuneta de una carretera rural de Maine tuvo como consecuencia dos o tres años de fisioterapia y lenta rehabilitación. Durante esos largos meses que dediqué a recuperar cierta movilidad en la pierna derecha y después a reaprender a caminar, tuve mucho tiempo para reflexionar sobre lo que algunos filósofos han llamado «el problema del dolor».

Este cuento trata de eso, y lo escribí años después, cuando lo peor de mi dolor había remitido y se reducía ya a un sordo y uniforme murmullo. Como otros varios cuentos de este libro, «El diosecillo verde del sufrimiento» es un intento de pasar página. Pero, al igual que *todos* los cuentos de este libro, su objetivo principal es entretenér. Si bien las experiencias vitales son la base de todos los cuentos, no me dedico a la narrativa confesional.

El diosecillo verde del sufrimiento

—Tuve un accidente —explicó Newsome.

Katherine MacDonald, sentada junto a la cama acoplando una de cuatro unidades TENS al descarnado muslo de Newsome justo por debajo del pantalón de baloncesto que ahora siempre llevaba, no alzó la mirada. Mantuvo el rostro cautamente inexpresivo. Ella era un mueble humano en aquel amplio dormitorio donde ahora transcurría la mayor parte de su vida laboral, y así lo prefería. Por lo general, atraer la atención del señor Newsome no convenía, como bien sabían todos sus empleados. Pero no por ello dejaba de pensar.

Ahora cuéntele que en realidad fue usted el causante del accidente. Porque piensa que asumir la responsabilidad lo hace quedar como un héroe.

—En realidad —dijo Newsome—, yo fui el causante del accidente. No aprietas tanto, Kat, por favor.

Ella podría haber señalado, tal como hacía al principio, que las unidades TENS perdían eficacia si no se apretaban en torno a los nervios dañados cuyo dolor supuestamente debían aliviar, pero aprendió deprisa. Aflojó la tira de velcro un poco a la vez que seguía pensando.

El piloto le dijo que había tormentas eléctricas en la zona de Omaha.

—El piloto me dijo que había tormentas eléctricas en esa parte del mundo — prosiguió Newsome.

Los dos hombres escuchaban con atención. Jensen ya lo había oído todo antes, naturalmente, pero uno siempre escuchaba con atención cuando el hombre que hablaba era el sexto más rico no solo de Estados Unidos sino del mundo. Tres de los otros cinco megarricos eran individuos de tez morena que vestían túnica y se desplazaban de aquí para allá por países desérticos en Mercedes-Benz blindados.

Pero yo le dije que para mí era imprescindible llegar a esa reunión.

—Pero yo le dije que para mí era imprescindible llegar a esa reunión.

El hombre sentado junto al ayudante personal de Newsome era el que le interesaba a ella, en un sentido antropológico. Se llamaba Rideout. Era alto y delgado, de unos sesenta años, y vestía un sencillo pantalón gris y una camisa blanca abrochada hasta el descarnado cuello, enrojecido por exceso de celo en el afeitado. Kat supuso que había querido rasurarse a fondo antes de reunirse con el sexto hombre más rico del mundo. Debajo de su silla tenía el único objeto que había llevado a esa reunión, una fiamborra larga y negra cuya tapa curva estaba concebida para contener un termo. Una fiamborra de obrero, pese a que, según él, era pastor. Hasta ese momento el señor Rideout no había despegado los labios, pero Kat no necesitaba los oídos para saber qué clase de hombre era. El tufo a charlatán que despedía era aún más intenso que el olor de su aftershave. Después de quince años como enfermera especializada en pacientes con dolor, había conocido a no pocos de esos. Al menos aquel no llevaba encima cristales curativos.

Ahora hábleles de la revelación, pensó Kat mientras desplazaba el taburete al otro lado de la cama. Tenía ruedas, pero a Newsome no le gustaba el sonido que emitía cuando lo hacía rodar. A otro paciente tal vez le habría dicho que cargar con el taburete no constaba en su contrato, pero cuando cobraba cinco de los grandes a la semana por lo que en esencia se reducía a cuidados humanos elementales, te reservabas tus comentarios mordaces. Tampoco le decías al paciente que vaciar y lavar las cuñas no constaba en el contrato. Aunque últimamente su docilidad silenciosa empezaba a debilitarse un poco. Lo notaba. Como la tela de una camisa que se ha lavado y usado demasiadas veces.

Newsome hablaba básicamente al individuo con aspecto de campesino de visita en la ciudad.

—Cuando estaba tendido en la pista de aterrizaje bajo la lluvia, entre los restos en llamas de un avión valorado en catorce millones de dólares, con la mayor parte de la ropa arrancada del cuerpo..., eso es lo que ocurre cuando uno impacta contra el asfalto y rueda quince o veinte metros..., tuve una revelación.

En realidad dos, pensó Kat mientras ceñía una segunda unidad TENS en torno a su otra pierna fofa, consumida y surcada de cicatrices.

—En realidad dos revelaciones —dijo Newsome—. Una, que estar vivo era algo extraordinario, aunque era consciente, incluso antes de que el dolor que ha sido mi compañero permanente en los últimos dos años empezara a asomar a través del shock, de que estaba herido de gravedad. La segunda fue que la mayoría de la gente, incluida la persona que yo era antes, utiliza la palabra «imprescindible» muy alegremente. En la existencia humana solo hay dos cosas imprescindibles. Una es la propia vida; la otra es no sufrir dolor. ¿Coincide conmigo, reverendo Rideout? —Y antes de que Rideout pudiera mostrar su conformidad (porque obviamente no cabía otra posibilidad), Newsome, con su voz de viejo irascible y autoritario, exclamó—: ¡No aprietas tanto, Kat! ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—Lo siento —musitó ella, y aflojó la tira.

Melissa, el ama de llaves, esbelta con su blusa blanca y un pantalón blanco de talle alto, entró con café en una bandeja. Jensen aceptó una taza, junto con dos sobres de edulcorante. El otro, el supuesto reverendo de tres al cuarto, se limitó a mover la cabeza en un gesto de negación. Quizá el termo de su fiambra contuviera algún tipo de café sagrado.

A Kat no le ofrecieron nada. Cuando tomaba café, lo tomaba en la cocina con el resto del servicio. O en el cenador de verano..., solo que no era verano. Era noviembre, y la lluvia impulsada por el viento azotaba las ventanas.

—¿Quiere que lo encienda ahora, señor Newsome, o prefiere que me marche?

Kat no quería marcharse. Había escuchado la historia completa ya muchas veces —la importante reunión en Omaha, el accidente, Andrew Newsome saliendo disparado del avión en llamas, los huesos rotos, fractura de columna y cadera dislocada, los veinticuatro meses que siguieron de padecimientos sin alivio—, y la

aburria. Pero Rideout tenía su interés. Sin duda lo seguirían otros charlatanes, ahora que todas las fuentes de alivio fiables se habían agotado, pero Rideout era el primero, y Kat deseaba observar cómo se las ingeniaría aquel individuo con aspecto de campesino para conseguir que Andy Newsome se desprendiera de un buen pellizco de su dinero. O para intentarlo. La estupidez no era lo que había permitido a Newsome amasar fortuna, pero desde luego no era el mismo hombre de antes, por muy real que fuera su dolor. En cuanto a eso, Kat tenía sus propias opiniones, pero ese era el mejor empleo que había tenido jamás. Al menos en términos económicos. Y si Newsome quería seguir sufriendo, ¿no era esa su elección?

—Adelante, encanto, enciéndeme. —Newsome la miró enarcando las cejas en un gesto insinuante. En otro tiempo la lascivia acaso hubiera sido genuina (Kat pensó que tal vez Melissa tuviera información al respecto), pero ahora eran solo un par de cejas greñudas activadas por memoria muscular.

Kat enchufó los cables a la unidad de control y accionó el interruptor. Debidamente conectadas, las unidades TENS habrían enviado una débil descarga eléctrica a los músculos de Newsome, terapia que parecía tener ciertos efectos benéficos..., aunque nadie sabía exactamente por qué, o si eran de tipo placebo. Fuera como fuese, esa noche no servirían a Newsome. Tan poco apretadas como estaban, las descargas no eran muy superiores a los calambres de un artículo de broma eléctrico.

—¿Me...?

—¡Quédate! —dijo—. ¡Terapia!

El señor herido en combate ordena, y yo obedezco.

Se agachó para sacar su cofre de las delicias de debajo de la cama. Estaba lleno de utensilios que muchos de sus clientes consideraban instrumentos de tortura. Jensen y Rideout no le prestaron atención. Siguieron mirando a Newsome, quien quizá hubiera recibido revelaciones que habían cambiado sus prioridades y su visión de la vida (o quizá no), pero todavía disfrutaba siendo el centro de atención.

Les contó que había despertado en una jaula de metal y malla. Tenía las dos piernas y un brazo en soportes conocidos como «fijadores externos» para inmovilizar las articulaciones, previamente reparadas con «unos cien» tornillos de acero (en realidad, diecisiete; Kat había visto la radiografía). Los fijadores estaban anclados en fémures, tibias, peronés, húmeros, radios y cúbitos astillados. Una especie de faja revestía su espalda desde la cadera hasta la nuca. Habló de noches de insomnio que parecían prolongarse no durante horas, sino durante años. Habló de dolores de cabeza opresivos. Les contó que el mero hecho de mover los dedos de los pies le causaba punzadas que le llegaban hasta la mandíbula, y del intenso sufrimiento que atenazaba sus piernas cuando los médicos insistían en que las moviera, con fijadores y todo, para que no perdieran completamente su función. Les habló de las úlceras de decúbito y de sus esfuerzos para contener aullidos de dolor e indignación cuando las enfermeras intentaban ponerlo de costado para limpiarle las llagas.

—Me han operado una docena de veces en los dos últimos años —explicó con algo así como lúgubre orgullo.

En realidad, como Kat sabía, habían sido cinco las intervenciones, dos de ellas para retirarle los fijadores externos cuando los huesos hubieron soldado. Eso era todo, a menos que se contara también la intervención mínima para recolocar los dedos rotos. En tal caso podía decirse que fueron seis, pero ella no consideraba que las actuaciones quirúrgicas que requerían solo anestesia local fueran «operaciones». Si ese fuera el caso, ella misma se habría sometido a diez o doce, la mayor parte mientras escuchaba el hilo musical en la butaca del dentista.

Ahora llegamos a las falsas promesas, pensó al tiempo que colocaba una almohadilla de gel en la corva de la pierna derecha de Newsome y entrelazaba las manos en torno a los músculos de debajo del muslo derecho, colgantes como bolsas de agua caliente. *Eso es lo que viene a continuación*.

—Los médicos me prometieron que el dolor disminuiría —dijo Newsome. Mantenía la mirada fija en Rideout—. Que en cuestión de seis semanas solo necesitaría los sedantes antes y después de las sesiones de fisioterapia con la Reina del Dolor aquí presente. Que volvería a caminar en el verano del año 2010. El verano *pasado*. —Guardó silencio para mayor efecto retórico—. Reverendo Rideout, esas fueron falsas promesas. Apenas tengo flexión en las rodillas, y el dolor de las caderas y la espalda es indescriptible. Los médicos... ¡eh! ¡Ay! ¡Para, Kat, para!

Le había levantado la pierna derecha hasta un ángulo de diez grados, quizás un poco más. Ni siquiera lo suficiente para colocar debajo el cojín.

—¡Bájamela! ¡Bájamela, maldita sea!

Kat soltó suavemente la rodilla, y la pierna volvió a posarse en la cama de hospital. Diez grados. Acaso doce. Hip, hip, hurra. A veces conseguía llegar hasta los quince —y la pierna izquierda, que tenía un poco mejor, hasta los veinte grados de flexión— antes de empezar a berrear como un niño miedica al ver una aguja hipodérmica. Los médicos culpables de las falsas promesas no habían sido culpables de publicidad engañosa; lo habían prevenido en cuanto al futuro dolor. Kat había estado presente como espectadora muda en varias de esas consultas. Le habían dicho que viviría inmerso en el dolor antes de que esos tendones cruciales, acortados por el accidente e inmovilizados por los fijadores, se estiraran y recobraran la flexibilidad. Padecería mucho antes de que pudiera doblar las rodillas en un ángulo de noventa grados. Es decir, antes de que pudiera sentarse en una silla o al volante de un coche. Lo mismo podía decirse de la espalda y el cuello. El camino a la recuperación atravesaba la Tierra del Dolor, así de simple.

Esas eran promesas veraces que Andrew Newsome había preferido no oír. Tenía la firme creencia —nunca expresada a las claras, sin circunloquios, pero sin duda era una de las estrellas por las que se guiaba— de que el sexto hombre más rico del mundo no debería haber visitado la Tierra del Dolor bajo ninguna circunstancia, sino solo la Costa del Sol de la Recuperación Plena. Culpar a los médicos fue lo siguiente,

tal como el día sigue a la noche. Y naturalmente culpó también al destino. En teoría esas cosas no les ocurrían a los hombres como él.

Melissa regresó con galletas en una bandeja. Newsome, airado, alzó la mano —retorcida y surcada de cicatrices a causa del accidente— y la echó.

—Nadie está de humor para pastas, Lissa.

Esa era otra cosa que Kat MacDonald había descubierto sobre los ricachos privilegiados que habían acumulado recursos a niveles inconcebibles para las personas comunes: hablaban muy seguros de sí mismos en nombre de todos los presentes.

Melissa ofreció su parca sonrisa de Mona Lisa y a continuación dio media vuelta (casi con una pируeta) y salió de la habitación. *Deslizándose*. Debía de tener por lo menos cuarenta y cinco años, pero aparentaba menos edad. No era sexy, nada tan vulgar como eso. Más bien poseía cierto glamour de reina de hielo que a Kat le recordaba a Ingrid Bergman. Gélida o no, Kat suponía que los hombres se preguntaban qué tal quedaría ese cabello castaño sin horquillas y alborotado. Qué tal le quedaría ese carmín rojo coral corrido en los dientes y una mejilla. Kat, que se consideraba regordeta, se decía al menos una vez al día que no envidiaba esa cara tersa y distante. Ni ese trasero prieto en forma de corazón.

Kat volvió al otro lado de la cama y se preparó para levantar la pierna izquierda de Newsome hasta que le ordenara otra vez a gritos que parara, maldita sea, ¿o acaso quería matarlo? *Si fuera usted otro paciente, se las cantaría claras*, pensó. *Le diría que dejara de buscar atajos, porque no los hay. Ni siquiera para el sexto hombre más rico del mundo. Yo lo ayudaría si me lo permitiera, pero mientras siga buscando una manera de escapar de esa cama mediante el dinero, estará solo.*

Colocó la almohadilla debajo de la rodilla. Agarró las bolsas colgantes de carne que a esas alturas ya deberían haber estado endureciéndose. Empezó a flexionar la pierna. Esperó a que él la obligara a parar de un grito. Y ella obedecería. Porque cinco mil dólares semanales ascendían a un bonito cuarto de millón al año. ¿Sabía él que parte de lo que estaba comprando era su complicidad en los fracasados intentos de mejorar? ¿Cómo no iba a saberlo?

Ahora hábleles de los médicos. Ginebra, Londres, Madrid, Ciudad de México.

—Me han visto médicos de todo el mundo —dijo a Rideout. El reverendo, que aún no había pronunciado una sola palabra, seguía inmóvil, con la papada, enrojecida por el intenso afeitado, colgándole sobre el cuello de la camisa de predicador rústico abotonada hasta el último botón. Calzaba unas botas de faena enormes de color amarillo. El tacón de una de ellas casi rozaba la fiambra negra—. Las teleconferencias habrían sido la solución más fácil, dado mi estado, pero eso no sirve en casos como el mío, claro. Así que he ido a verlos en persona, a pesar del dolor que me causa. Hemos estado en todas partes, ¿o no, Kat?

—Y que lo diga —confirmó ella a la vez que seguía doblándole la pierna muy lentamente. Pierna con la que a esas alturas él ya debería haber estado andando, a no

ser por esa actitud infantil suya con respecto al dolor. Actitud de niño malcriado. Con muletas, sí, pero andando. Y al cabo de un año habría podido prescindir de las muletas. En cambio él, pasado un año, continuaría ahí, en esa cama de hospital de tecnología punta que costaba doscientos mil dólares. Y ella seguiría con él. Embolsándose todavía su dinero, su unto. ¿Con cuánto se conformaría? ¿Dos millones? Eso era lo que ella se decía ahora, pero no hacía mucho pensaba que se conformaría con medio millón, y después se había fijado nuevas metas. El dinero tenía eso.

—Hemos visitado a especialistas en México, Ginebra, Londres, Roma, París... ¿dónde más, Kat?

—Viena —apuntó ella—. Y San Francisco, por supuesto.

Newsome dejó escapar un resoplido.

—Ese en particular me dijo que estaba fabricándome mi propio dolor. Histeria de conversión, aclaró. Para ahorrarme el arduo trabajo de la rehabilitación. Pero era paqui. Y marica. Un paqui marica, ¿qué le parece la combinación? —Soltó una ronca y corta risotada y acto seguido escrutó a Rideout—. No ofendo sus oídos, ¿eh, reverendo?

Rideout movió la cabeza de lado a lado en un gesto de negación. Dos veces. Muy despacio.

—Bien, bien. Para, Kat, ya basta.

—Un poco más —insistió ella en tono persuasivo.

—Para, he dicho. Ese es el máximo que soporto.

Ella extendió poco a poco la pierna y empezó a manipularle el brazo izquierdo. Eso sí se lo permitió. A menudo contaba que se había roto los dos brazos, pero no era verdad. En el izquierdo solo había sufrido una torcedura. Además, contaba que tenía suerte de no estar en una silla de ruedas, pero la cama de hospital, con todos los extras habidos y por haber, inducía firmemente a pensar que esa era una suerte a la que no se proponía sacar rendimiento en un futuro cercano. Esa cama de hospital con todos los extras *era su silla de ruedas*. Había viajado en ella por todo el mundo.

Dolor neuropático. Es un gran misterio. Quizá irresoluble. Los fármacos ya no surten efecto.

—Según la opinión generalizada, padezco dolor neuropático.

Y cobardía.

—Es un gran misterio.

También una buena excusa.

—Quizá irresoluble.

Sobre todo si uno no se esfuerza.

—Los fármacos ya no surten efecto y los médicos ya no pueden ayudarme. Por eso lo he hecho venir, reverendo Rideout. Sus referencias en cuestiones de... esto... sanación... son muy sólidas.

Rideout se puso en pie. Kat no se había dado cuenta de lo alto que era. Su sombra

se proyectó en la pared a su espalda, aún más alta. Casi hasta el techo. Mantenía los ojos, muy hundidos en las cuencas, fijos en Newsome con actitud solemne. Poseía carisma, de eso no cabía duda. A Kat no la sorprendió, los charlatanes de este mundo no podían arreglárselas sin eso, pero ella no había percibido lo grande o poderoso que era ese carisma hasta que él se levantó y se cernió sobre ellos. De hecho, Jensen se vio obligado a alargar el cuello para abarcarlo con la mirada. Hubo un movimiento en la periferia de la visión de Kat. Miró y vio a Melissa en el umbral. Ahora, pues, estaban todos allí, excepto Tonya, la cocinera.

Fuera, el viento arreció con un aullido. Los cristales de las ventanas vibraron.

—Yo no curo —declaró Rideout.

Era de Arkansas, creía Kat, o al menos ahí lo había recogido el último Gulfstream IV de Newsome, pero carecía de acento. Y hablaba sin inflexiones.

—¿No? —Newsome pareció decepcionado. Malhumorado. Tal vez, pensó Kat, un poco asustado—. Envié a un equipo de investigadores y me aseguraron que en muchos casos...

—Yo expulso.

Newsome alzó las greñudas cejas.

—¿Cómo dice?

Rideout se acercó a la cama y se quedó allí parado, con sus manos de largos dedos entrelazadas relajadamente a la altura de la entrepierna. Sus ojos hundidos miraban sombríos al hombre en la cama.

—Extermino la plaga en el cuerpo lastimado del que se alimenta, tal como un exterminador eliminaría las termitas que devoran una casa.

Ahora sí lo he oído absolutamente todo, pensó Kat. Pero Newsome estaba fascinado. *Como un niño observando a un trilero experto en la esquina de una calle*, pensó ella.

—Está usted poseído.

—Sí —dijo Newsome—. Esa sensación tengo. Sobre todo por la noche. Las noches se me hacen... muy largas.

—Todo hombre o toda mujer que padece dolor está poseído, ciertamente, pero en casos desafortunados, usted es un ejemplo, el problema es más profundo. La posesión no es algo transitorio sino un estado permanente. Un estado que se agrava. Los médicos no lo creen, porque son hombres de ciencia. Pero *usted* sí lo cree, ¿verdad? Porque es usted quien lo padece.

—No le quepa duda —musitó Newsome.

Kat, sentada junto a él en su taburete, tuvo que hacer un soberano esfuerzo para no alzar la vista al techo.

—En esos casos desafortunados, el dolor abre la puerta a un dios demoníaco. Es pequeño pero peligroso. Se ceba en una clase especial de dolor producido solo por determinadas personas.

Genial, pensó Kat, *a Newsome le va a encantar esto*.

—En cuanto el dios encuentra su vía de acceso, el dolor se convierte en sufrimiento. Se alimentará hasta consumirlo a usted por completo. Entonces, caballero, lo desechará y pasará a otro.

Kat, para su propia sorpresa, dijo:

—¿Y qué dios es ese? Desde luego no aquel sobre el que usted predica. Ese es el Dios del amor. O eso me ensañaron a mí en la infancia.

Jensen la miró con expresión ceñuda y un gesto de desaprobación. Esperaba sin duda un exabrupto del jefe... pero en las comisuras de los labios de Newsome se dibujó una leve sonrisa.

—¿Qué dice usted a eso, reverendo?

—Digo que existen muchos dioses. El hecho de que nuestro Señor, el Dios de los Ejércitos, reine sobre todos ellos, y el Día del Juicio Final los *aniquile* a todos, no cambia esa circunstancia. Esos dioses menores tuvieron adoradores en la antigüedad y los tienen en los tiempos modernos. Esos dioses tienen poderes, y nuestro Dios a veces les permite ejercer esos poderes.

A modo de prueba, pensó Kat.

—A modo de prueba de nuestra fortaleza y nuestra fe. —Entonces Rideout se volvió hacia Newsome y dijo algo que la sorprendió—: Usted es un hombre de mucha fortaleza y poca fe.

Newsome, aunque poco acostumbrado a recibir críticas, sonrió.

—Fe cristiana no tengo mucha, eso es cierto, pero sí tengo fe en mí mismo. También tengo fe en el dinero. ¿Cuánto quiere?

Rideout le devolvió la sonrisa, exhibiendo unos dientes que eran poco más que diminutas lápidas erosionadas. Si alguna vez había visitado a un dentista, hacía ya muchas lunas de eso. Además, mascaba tabaco. El padre de Kat, que había muerto de cáncer bucal, tenía esos mismos dientes descoloridos.

—¿Cuánto pagaría usted, caballero, por librarse del dolor?

—Diez millones de dólares —contestó Newsome sin pensárselo dos veces.

Kat oyó a Melissa ahogar una exclamación.

—Pero no he llegado a mi actual posición por chuparme el dedo. Si hace usted lo que sea que haga..., expulsar, exterminar, exorcizar, llámelo como quiera, el dinero es suyo. Contante y sonante, si no le importa pasar aquí la noche. Falle, y no sacará nada. Salvo su primer y único viaje de ida y vuelta en jet privado. Eso no se lo cobraré. Al fin y al cabo, he sido yo quien se ha puesto en contacto con *usted*.

—No.

Rideout lo dijo sin levantar la voz, allí junto a la cama, tan cerca de Kat que ella olía la naftalina en la que había tenido guardado su pantalón de vestir (tal vez el único, a menos que dispusiera de otro para predicar). Le llegaba también el olor de un jabón fuerte.

—¿No? —Newsome parecía francamente sorprendido—. ¿Ha dicho que no? —Enseguida sonrió otra vez. En esta ocasión se trataba de la sonrisa hermética y un

tanto desagradable que esbozaba al hablar de negocios por teléfono—. Entiendo. Ahora viene la triquiñuela. Me decepciona, reverendo Rideout. Ciertamente esperaba que diera usted la talla. —Se volvió hacia Kat, y ella, en reacción, retrocedió un poco —. Tú, naturalmente, piensas que he perdido la razón. Pero no te he enseñado los informes de los investigadores. ¿Verdad que no?

—No —contestó ella.

—No hay triquiñuela —dijo Rideout—. No practico una expulsión desde hace cinco años. ¿Le han informado de eso sus investigadores?

Newsome calló. Observaba a aquel hombre enjuto e imponentemente alto con cierta desazón.

—¿Eso es porque ha perdido usted sus poderes? —preguntó Jensen—. Sí es así, ¿por qué ha venido?

—Se trata de un poder de Dios, caballero, no mío, y no lo he perdido. Pero una expulsión requiere gran energía y gran fortaleza. Hace cinco años sufrí un grave infarto poco después de practicar una expulsión a una joven que había sufrido un espantoso accidente de coche. Salimos adelante, ella y yo, pero el cardiólogo al que consulté en Jonesboro me dijo que si volvía a realizar un esfuerzo así, podría sufrir otro infarto. Este fatal.

Newsome se llevó una mano nudosa a un lado de la boca —no sin esfuerzo— y habló a Kat y Melissa en un cómico susurro teatral.

—Creo que quiere veinte millones.

—Lo que quiero, caballero, son setecientos cincuenta mil dólares.

Newsome se quedó mirándolo. Fue Melissa quien preguntó:

—¿Por qué?

—Soy pastor de una iglesia en Titusville. La Iglesia de la Santa Fe, se llama. Solo que ya no hay iglesia. En mi parte del mundo hubo sequía en verano. Se produjo un incendio en el bosque, provocado por unos campistas borrachos. Ahora mi iglesia es un suelo de cemento y unas pocas vigas carbonizadas. Mis feligreses y yo hemos estado celebrando el culto en una gasolinera abandonada de la autopista de Jonesboro. No es un lugar muy satisfactorio en los meses de invierno, y en nuestra parroquia no hay ninguna vivienda con espacio suficiente para todos. Somos muchos pero pobres.

Kat escuchaba con interés. En lo que se refería a invenciones de timadores, esa era excelente. Tenía todos los elementos para despertar compasión.

Jensen, quien todavía poseía el cuerpo de un deportista universitario y la cabeza de un máster en administración de empresas salido de Harvard, formuló la pregunta obvia.

—¿Y el seguro?

Rideout volvió a cabecear con toda parsimonia: izquierda, derecha, izquierda, derecha, otra vez al centro. Seguía erguido cuan alto era junto a la cama de alta tecnología de Newsome como un ángel de la guardia en versión rústica.

—Confiamos en Dios.

—Quizá les habrían ido mejor las cosas de haber confiado en la compañía Allstate —comentó Melissa.

Newsome sonreía. Kat advirtió por la rigidez de su cuerpo que estaba muy incómodo —hacía ya media hora que debería haberse tomado las pastillas—, pero pasaba por alto el dolor porque sentía interés. El hecho de que fuese *capaz* de pasarlo por alto era algo que ella sabía desde hacía tiempo. Podía controlar el dolor si se lo proponía. Tenía recursos. Kat había pensado que esa situación la irritaba, pero de pronto descubrió, incitada probablemente por la aparición de ese charlatán de Arkansas, que en realidad estaba furiosa. Aquello era un *despilfarro*.

—He consultado con un constructor de la zona; no es miembro de mi grey, sino un hombre de excelente reputación que ha hecho reformas para mí en el pasado y ofrece un precio justo. Según me ha dicho, reconstruir la iglesia costará aproximadamente setecientos cincuenta mil dólares.

Ajá, pensó Kat.

—Lógicamente, no disponemos de esos recursos económicos. Pero, ni una semana después de mi conversación con el señor Kiernan, llegó su carta, junto con el DVD. Que vi con gran interés, dicho sea de paso.

Eso me lo creo, pensó Kat. *Sobre todo la parte en que el médico de San Francisco dice que el dolor asociado a sus lesiones puede aliviarse mucho mediante la fisioterapia. Fisioterapia severa.*

Era cierto que en el DVD otros diez o doce médicos se declaraban desorientados, pero, a juicio de Kat, el doctor Dilawar era el único con agallas suficientes para hablar claro. A Kat la había sorprendido que Newsome accediese a enviar el disco sin excluir esa entrevista, pero el sexto hombre más rico del mundo, desde el accidente, patinaba un poco.

—¿Me pagará lo que necesito para reconstruir mi iglesia?

Newsome lo escrutó. Tenía gotitas de sudor por debajo del nacimiento del pelo en retroceso. Kat no tardaría en darle sus pastillas, las pidiera o no. El dolor era ciertamente real, no lo fingía ni mucho menos, era simple...

—¿Accedería usted a no pedir más? Hablo de un acuerdo entre caballeros; no hace falta que firmemos nada.

—Sí. —Rideout lo dijo sin vacilar.

—Aunque si consigue usted quitarme el dolor, *expulsar* el dolor, muy posiblemente haga una contribución de cierta cuantía. Una cuantía *considerable*. Lo que ustedes llaman una donación.

—Eso ya es asunto suyo, caballero. ¿Empezamos?

—No dejes para mañana lo que puedes hacer hoy. ¿Quiere que salgan todos?

Rideout volvió a negar con la cabeza: de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, otra vez al centro.

—Necesitaré ayuda.

Los magos siempre necesitan ayuda, pensó Kat. Forma parte del espectáculo.

Fuera, el viento aulló, se apaciguó y volvió a levantarse. Las luces parpadearon. Detrás de la casa, el generador (también de alta tecnología) cobró vida y se detuvo.

Rideout se sentó en el borde de la cama.

—El señor... Jensen, creo que se llama, parece fuerte y ágil.

—Es lo uno y lo otro —aseguró Newsome—. Jugaba al fútbol en la universidad. De corredor, en la delantera. No ha perdido facultades desde entonces.

—Bueno..., alguna que otra —dijo Jensen.

Rideout se inclinó hacia Newsome. Sus ojos, oscuros y hundidos, examinaron con mirada grave el rostro surcado de cicatrices del multimillonario.

—Contésteme a una pregunta, caballero. ¿De qué color es su dolor?

—Verde —contestó Newsome. Observaba al predicador fascinado—. Mi dolor es verde.

Rideout asintió con la cabeza: arriba, abajo, arriba, abajo, otra vez al centro. Sin perder el contacto visual. Kat tenía la certeza de que habría asentido con esa misma expresión seria de confirmación si Newsome hubiera dicho que su dolor era azul, o tan morado como el legendario devorador de personas de la canción. Con una mezcla de consternación y sincero humor, pensó: *Ahora yo sí podría perder la paciencia. De verdad que podría. Sería la rabieta más cara de mi vida, pero aun así... podría.*

—¿Y dónde está?

—Por todas partes. —Era casi un gemido.

Melissa, mirando a Jensen con preocupación, dio un paso al frente. Él, advirtió Kat, movió la cabeza en un parco gesto de negación y le indicó que retrocediera hasta la puerta.

—Sí, le gusta dar esa impresión —comentó Rideout—, pero es un embustero. Cierre los ojos y concéntrese. Busque el dolor. Busque más allá de sus falsos gritos, pase por alto la vil ventriloquía, y localícelo. Puede hacerlo. *Debe* hacerlo, si queremos obtener buenos resultados.

Newsome cerró los ojos. Por un espacio de noventa segundos no se oyó más sonido que el del viento y la lluvia que azotaba las ventanas como puñados de grava fina. Kat llevaba uno de esos relojes antiguos de cuerda, regalo de su padre cuando, hacía ya muchos años, se graduó en la escuela de enfermería, y al amainar el viento reinaba en la habitación un silencio tal que oía su altisonante tic tac. Y oía también otra cosa, en el otro extremo de la casa: la voz de la anciana Tonya Marsden, que cantaba con voz arrulladora mientras ponía en orden la cocina al final de una jornada más. «*Froggy went a-courtin and he did ride, uh-huh*».

Finalmente Newsome dijo:

—En el pecho. En la parte alta del pecho. O en la base de la garganta, debajo de la tráquea.

—¿Lo ve? ¡Concéntrese!

Unas arrugas verticales se dibujaron en la frente de Newsome. Las cicatrices de

las heridas abiertas en la piel en el accidente traspasaban sinuosamente aquellos surcos de concentración.

—Lo veo. Palpita al ritmo de mi corazón. —Torció los labios en una mueca de aversión—. Es repugnante.

Rideout se inclinó.

—¿Es una bola? Lo es, ¿no? Una bola verde.

—Sí. ¡Sí! ¡Una bola verde y pequeña que respira!

Igual que esa pelota de tenis que sin duda lleva usted escondida en la manga o en esa fiamborra enorme, reve, pensó Kat.

Y como si ella lo controlara con la mente (en lugar de haber deducido sin más cuál sería la siguiente escena en esa ridícula farsa), Rideout dijo:

—Señor Jensen, debajo de la silla donde yo estaba sentado hay una fiamborra. Cójala, ábrala y colóquese a mi lado. De momento no es necesario que haga nada más. Solo...

Kat MacDonald emitió un chasquito. Fue un chasquito que oyó realmente en su cabeza. Sonó como cuando Roger Miller chasca los dedos al principio de «King of the Road».

Se acercó a Rideout y lo apartó con el hombro. Fue fácil. Él era más alto, pero ella llevaba casi media vida volteando y levantando pacientes, y era más fuerte.

—Abra los ojos, Andy. Ábralos ya. Míreme.

Newsome, sobresaltado, obedeció. Melissa y Jensen (este ahora con la fiamborra en las manos) parecían alarmados. Uno de los hechos asumidos de la vida laboral de ambos —y de la propia Kat, al menos hasta ese momento— era que uno no daba órdenes al jefe. El jefe se las daba a uno. Y por descontado uno no lo sobresaltaba.

Pero Kat estaba ya hasta la coronilla. Veinte minutos más tarde tal vez avanzara lentamente tras los haces de sus faros por carreteras tormentosas hasta el único motel de las inmediaciones, pero la traía sin cuidado. Sencillamente no podía seguir con aquello ni un segundo más.

—Esto es una patraña, Andy —afirmó—. ¿Me oye? Una patraña.

—Creo que será mejor que no sigas —advirtió Newsome, asomando ya una sonrisa a sus labios; tenía varias sonrisas, y esa no era de las buenas—. Es decir, si quieres conservar el empleo. En Vermont hay otras muchas enfermeras especializadas en terapia del dolor.

Quizá Kat se hubiese interrumpido en ese punto, pero Rideout dijo:

—Déjela hablar.

Fue la delicadeza de su tono lo que empujó a Kat al vacío.

Se inclinó al frente, invadiendo el espacio de Rideout, y las palabras brotaron en un aluvión.

—En los últimos dieciséis meses, desde que su aparato respiratorio mejoró lo suficiente para permitir una fisioterapia digna de consideración, lo he visto tendido en esta maldita cama tan cara insultando a su propio cuerpo. Me pone enferma. ¿Sabe lo

afortunado que es de estar vivo cuando todas las demás personas que viajaban en aquel avión murieron? ¿Sabe hasta qué punto fue un milagro que no se le seccionara la columna vertebral o se le aplastara el cráneo y el cerebro quedara dañado, o que su cuerpo ardiera... no, se *cociera*, se cociera como una manzana... de la cabeza a los pies? Habría vivido cuatro días, quizás incluso dos semanas, en medio de un sufrimiento atroz. En lugar de eso salió despedido limpiamente. No es un vegetal. No es un tetrapléjico, por más que haya decidido actuar como tal. Se niega a hacer el trabajo. Busca un camino más fácil. Quiere salir de esta situación mediante el dinero. Si muriera y fuera al infierno, lo primero que haría sería intentar untarle la mano a Satanás.

Jensen y Melissa la miraban horrorizados. Newsome se había quedado boquiabierto. Si alguna vez alguien le había hablado así, hacía mucho tiempo. Solo Rideout parecía tranquilo. Ahora era *él* quien sonreía. Tal como sonreiría un padre a un hijo díscolo de cuatro años. Eso sacó a Kat de sus casillas.

—A estas alturas ya podría estar usted andando. Bien sabe Dios que he intentado hacérselo entender, y bien sabe Dios que le he explicado, una y otra vez, qué trabajo se requeriría para arrancarlo de esa cama y ponerlo otra vez en pie. El doctor Dilawar, el de San Francisco, tuvo el valor de decírselo, fue el único, y usted lo recompensó llamándolo maricón.

—*Era maricón* —dijo Newsome. Había cerrado los puños cubiertos de cicatrices.

—Le duele, sí. Claro que le duele. Pero es un dolor controlable. Yo lo he visto controlado, no una vez sino muchas. Pero no por un rico que se cree con derecho a saltarse el duro trabajo y las lágrimas necesarias para llegar a mejorar. Usted se niega. También eso lo he visto, y sé qué viene a continuación. Acuden los charlatanes y los timadores, tal como acuden las sanguijuelas cuando un hombre con un corte en una pierna vadea una charca de agua estancada. A veces los charlatanes traen pomadas mágicas. A veces traen píldoras mágicas. Los curanderos llegan pregonando a bombo y platillo el poder de Dios, tal como ha hecho este. Por lo general, los incautos experimentan un alivio parcial. ¿Cómo no iba a ser así, cuando la mitad del dolor está en su cabeza, inventado por una mente perezosa que solo entiende que mejorar es doloroso?

Adoptó una voz de tiple trémula e infantil y se inclinó aún más hacia él.

—¡Papá, me hace *daaaño*! Pero el alivio nunca dura mucho, porque no hay tono muscular, los tendones siguen distendidos, los huesos no se han robustecido lo suficiente para sostener peso. Y cuando consigue que ese individuo se ponga al teléfono para decirle que el dolor ha vuelto, si es que lo consigue, ¿sabe qué le dice? Que le ha faltado fe. Si utilizara el cerebro tal como lo utilizó en sus fábricas y sus diversas inversiones, sabría que no tiene ninguna pelotita de tenis viva en la base de la garganta. Joder, Andy, ya es muy mayor para creer en Papá Noel.

Tonya había entrado en la habitación y, de pie junto a Melissa, con un paño de cocina colgando de una mano, contemplaba la escena con los ojos muy abiertos.

—Estás despedida —dijo Newsome, casi afablemente.

—Sí —dijo Kat—. Claro que sí. Aunque debo añadir que hace casi un año que no me sentía tan bien.

—Si la despide —intervino Rideout—, tendré que marcharme.

Newsome desvió la mirada hacia el reverendo. Tenía el entrecejo fruncido en una expresión de perplejidad. Empezó a frotarse las caderas y los muslos, como siempre hacía cuando se le pasaba la hora de la medicación para el dolor.

—Esta mujer necesita ser educada, alabado sea el Santo Nombre del Señor. —Rideout se inclinó hacia Newsome con las manos entrelazadas detrás de la espalda. A Kat le recordó una ilustración de Ichabod Crane, el maestro del cuento de Washington Irving, que había visto en una ocasión—. Ella ha expresado su parecer. ¿Expreso yo el mío?

Newsome sudaba más copiosamente, pero a la vez sonreía.

—Toda suya. Hágalo trizas. Creo que esto me apetece oírlo.

Kat se volvió hacia Rideout. Aquellos ojos oscuros y hundidos eran inquietantes, pero ella no evitó su mirada.

—La verdad es que a mí también.

Rideout —las manos todavía entrelazadas a la espalda, el apagado brillo del cuero cabelludo rosado entre el cabello ralo, el semblante solemne y alargado— la examinó. Al cabo de un momento dijo:

—Usted nunca ha sufrido, ¿verdad qué no?

Kat sintió el impulso de encogerse, o apartar la vista, o lo uno y lo otro. Se contuvo.

—A los once años me caí de un árbol y me rompí un brazo.

Rideout formó un círculo con sus labios finos y dejó escapar un silbido: una nota desafinada, casi atonal.

—Se rompió un *brazo* a los *once* años. Sí, eso debió de ser insoportable.

Kat se ruborizó. Lo notó y se maldijo por ello, pero no pudo evitarlo.

—Menosprécieme cuanto quiera. He dicho lo que he dicho basándome en años de experiencia con pacientes que sufrían dolores. Es una opinión *clínica*.

Ahora me contará que ha estado expulsando demonios, o diosecillos verdes, o lo que sea, desde que iba en pañales.

Pero no fue así.

—No lo dudo —contestó él en tono apaciguador—. Como tampoco dudo que es usted competente en lo suyo. No dudo que ha visto a no pocos farsantes e impostores. Conoce a esa gente. Y yo conozco a la gente como usted, señorita, porque la he visto muchas veces antes. Por lo general, no son tan agraciados como usted —por fin un rastro de acento: «agraciados»—, pero su actitud condescendiente para con un dolor que nunca han sentido en sus propias carnes, un dolor que ni siquiera imaginan, es siempre la misma. Trabajan en las habitaciones de los enfermos, trabajan con pacientes que experimentan malestar en distintos grados, desde un ligero dolor hasta

el sufrimiento más profundo y atroz. Y al cabo de un tiempo todo empieza a parecerles exagerado o directamente falso, ¿no es así?

—Ni mucho menos —repuso Kat. ¿Qué le pasaba a su voz? De pronto le salía más débil.

—¿No? Cuando les flexiona las piernas y ellos gritan a los quince grados, o incluso a los diez, ¿no piensa usted, primero en lo más hondo de su cabeza, luego cada vez más en la superficie, que están abandonándose a la pereza? ¿Negándose a hacer el trabajo difícil? ¿Quizá incluso mendigando compasión? Cuando entra en la habitación y ellos palidecen, ¿no piensa usted: «Vaya, ahora tengo que vérmelas otra vez con este pedazo de holgazán»? Usted, que en otro tiempo, por el amor de Dios, se cayó de un árbol y se rompió un *brazo*, ¿no siente cada vez más rechazo cuando le ruegan que los tienda otra vez en la cama y les dé más morfina o lo que sea?

—Eso es muy injusto —dijo Kat, pero ahora su voz era poco más que un susurro.

—Hubo un tiempo, cuando usted empezaba en esto, en que reconocía el sufrimiento en cuanto lo veía —prosiguió Rideout—. Hubo un tiempo en que usted hubiera creído lo que va a ver dentro de un momento, porque en el fondo de su alma usted sabía que ahí había un intruso maligno. Quiero que se quede aquí para poder refrescarle la memoria... y el sentido de la compasión que ha perdido a lo largo del camino.

—Algunos de mis pacientes sí *son* quejicas —adujo Kat, y fijó una mirada desafiante en Newsome—. Imagino que eso parece cruel, pero a veces la verdad *es* cruel. Algunos sí se fingen enfermos. Si no lo sabe, está ciego. O es tonto. No creo que sea su caso.

Él le dirigió una leve inclinación, como si ella acabara de halagarlo, como en cierto modo así había sido.

—Claro que lo sé. Pero ahora usted, en un rincón secreto de su alma, cree que *todos* se fingen enfermos. Como un soldado que ha pasado demasiado tiempo en el frente, es ya inmune a todo. El señor Newsome está invadido, se lo aseguro. *Infestado*. Dentro de él hay un demonio tan poderoso que se ha convertido en un dios, y quiero que usted lo vea cuando salga. Mejorará las cosas para usted considerablemente, creo. Sin duda cambiará su perspectiva acerca del dolor.

—¿Y si decido marcharme?

Rideout sonrió.

—Aquí nadie la retendrá, señorita enfermera. Al igual que todas las criaturas del Señor, posee usted libre albedrío. No pediré a los demás que la detengan, ni la detendré yo. Pero no creo que sea usted cobarde; solo se ha encallecido. Endurecido.

—Es usted un farsante —dijo Kat, colérica, al borde del llanto.

—No —contestó Rideout, hablando una vez más con delicadeza—. Cuando salgamos de esta habitación, con o sin usted, el señor Newsome se habrá librado del sufrimiento que se ha cebado en él. Todavía sentirá dolor, pero, una vez desaparecido el sufrimiento, será capaz de hacer frente al simple dolor. Quizá incluso con su ayuda,

señorita, en cuanto usted haya recibido la necesaria lección de humildad. ¿Todavía tiene intención de marcharse?

—Me quedaré —respondió Kat. Al instante añadió—: Deme la fiambra.

—Pero... —empezó a decir Jensen.

—Désela —indicó Rideout—. Permítale inspeccionarla, no faltaría más. Pero basta ya de charla. Si debo hacerlo, hay que empezar ya.

Jensen entregó a Kat la fiambra negra y alargada. Kat la abrió. Allí donde la mujer de un obrero tal vez habría puesto los bocadillos de su marido y un pequeño tupper con fruta vio una botella de cristal de boca ancha, vacía. Bajo la tapa abovedada había un aerosol, sostenido mediante una abrazadera de alambre concebida para sujetar un termo. No contenía nada más. Kat se volvió hacia Rideout. Él asintió. Ella sacó el aerosol y, desconcertada, miró la etiqueta.

—¿Gas pimienta?

—Gas pimienta —confirmó Rideout—. Ignoro si en Vermont es legal..., probablemente no, creo, pero en el sitio de donde yo vengo lo venden en casi todas las ferreterías. —Se volvió hacia Tonya—. ¿Usted es...?

—Tonya Marsden. Soy la cocinera del señor Newsome.

—Encantado de conocerla, señora. Necesito una cosa más antes de empezar. ¿Tiene un palo o algo así? ¿Un bate de béisbol, quizá?

Tonya negó con la cabeza. Sopló otra ráfaga de viento; una vez más las luces parpadearon y en el cobertizo de detrás de la casa el generador cobró vida por un momento con un sonido semejante a un eructo.

—¿Y una escoba?

—Ah, sí, eso sí.

—Tráigala, por favor.

Tonya salió. Salvo por el viento, reinaba el silencio. Kat buscó algo que decir pero no lo encontró. Diminutas gotas de sudor transparente resbalaban por las chupadas mejillas de Newsome, marcadas también por las cicatrices del accidente. Había rodado y rodado por la pista mientras los restos del Gulfstream ardían bajo la lluvia detrás de él.

Yo nunca he dicho que no le doliera. Solo que habría podido controlar el dolor si hubiese reunido la mitad de la voluntad que demostró durante los años dedicados a construir su imperio.

Pero ¿y si se equivocaba?

Incluso si me equivoco, eso no significa que dentro de él haya una especie de pelota de tenis viva, chupándole el dolor como un vampiro chupa la sangre.

No había vampiros, ni dioses del sufrimiento..., pero cuando el viento embistió con fuerza suficiente para que los huesos de la gran casa se estremecieran, tales ideas resultaron casi verosímiles.

Tonya regresó con una escoba que, a juzgar por su aspecto, nunca había empujado un montón de polvo a una pala. Las cerdas eran de nailon de vivo color azul. El palo,

más o menos de un metro veinte, era de madera pintada. Tonya la sostenía con recelo.

—¿Esto es lo que quería?

—Creo que me servirá —contestó Rideout, aunque Kat tuvo la impresión de que no lo decía del todo convencido. Se le ocurrió que acaso Newsome no fuera el único en esa habitación que últimamente patinaba—. Creo que mejor será que se la dé a nuestra escéptica enfermera. No se ofenda, señora Marsden, pero las personas más jóvenes tienen mejores reflejos.

En absoluto ofendida —más bien aliviada, de hecho—, Tonya tendió la escoba. Melissa la cogió y se la entregó a Kat.

—¿Qué se supone que tengo que hacer con esto? —preguntó Kat—. ¿Montarme en ella?

Rideout sonrió, dejando brevemente a la vista las clavijas manchadas y erosionadas que tenía por dientes.

—Lo sabrá cuando llegue el momento, si es que alguna vez ha estado en una habitación con un murciélago o un mapache. Pero recuerde: las cerdas por delante. Luego el palo.

—Para liquidarlo, supongo. Luego lo pondrá usted en el frasco de especímenes.

—Exactamente.

—¿Para poder ponerlo en un estante junto con sus demás dioses muertos?

Rideout no respondió a eso.

—Dele el aerosol al señor Jensen, por favor.

Kat obedeció.

—¿Y yo qué hago? —preguntó Melissa.

—Mirar. Y rezar, si es que sabe. Tanto por mí como por el señor Newsome. Para que mi corazón conserve las fuerzas.

Kat, que ya se venía venir un infarto simulado, calló. Se limitó a apartarse de la cama, sujetando el palo de la escoba con las dos manos. Rideout se sentó junto a Newsome con una mueca. Sus rodillas emitieron crujidos semejantes a detonaciones de pistola.

—Escúcheme, señor Jensen.

—¿Sí?

—Tendrá usted tiempo, el demonio estará aturdido, pero aun así actúe rápido. Tan rápido como lo era usted en el campo de fútbol, ¿entendido?

—¿Quiere que lo gasee?

Rideout exhibió una vez más su parca sonrisa, pero Kat pensó que de verdad parecía enfermo.

—No se trata de gasearlo..., eso es ilegal incluso en el sitio de donde yo vengo, pero ciertamente ha captado usted la idea. Ahora me gustaría que guardaran silencio, por favor.

—Espere un momento. —Kat apoyó la escoba en la cama y deslizó las manos primero por el brazo izquierdo de Rideout y luego por el derecho. Palpó solo la

sencilla tela de algodón y, debajo, la carne magra.

—No tengo nada escondido en la manga, señorita Kat, se lo prometo.

—Dese *prisa* —dijo Newsome—. La cosa va mal. Siempre va mal, pero cuando hay tormenta empeora, maldita sea.

—Calle —ordenó Rideout—. Callen todos.

Callaron. Rideout cerró los ojos. Movió los labios en silencio. Pasaron veinte segundos en el reloj de Kat, luego treinta. Tenía las manos húmedas de sudor. Se las secó primero una y luego la otra en el jersey y volvió a empuñar la escoba. *Parecemos personas reunidas en torno al lecho de un difunto*, pensó.

Fuera, el viento gruñía en los canalones.

Rideout abrió los ojos y se inclinó hacia Newsome.

—Señor, dentro de este hombre hay un intruso maligno. Un intruso que se ceba en su carne y en sus huesos. Ayúdame a expulsarlo, tal como tu Hijo expulsó los demonios del hombre poseído de Gadara. Ayúdame a hablar con el diosecillo verde del sufrimiento que habita en Andrew Newsome utilizando tu voz imperiosa.

Se inclinó más. Cerró los largos dedos de una mano hinchada por la artritis en torno a la base de la garganta de Newsome, como si se propusiera estrangularlo. Se inclinó todavía más e insertó los dedos anular e índice en la boca del multimillonario. Los dobló y tiró de la mandíbula hacia abajo.

—Sal —dijo. Había hablado de una voz imperiosa, pero la suya era suave. Aterciopelada. Casi tentadora. Al oírla, Kat sintió que se le erizaba el vello de la espalda y los brazos—. Sal en nombre de Jesús. Sal en nombre de todos los santos y mártires. Sal en nombre de Dios, que te dio permiso para entrar y que ahora te ordena que salgas. Sal a la luz. Renuncia a la gula y sal.

No ocurrió nada.

—Sal en nombre de Jesús. Sal en nombre de los santos y los mártires. —Flexionó un poco la mano, y la respiración de Newsome empezó a tornarse ronca—. No, no te vayas más al fondo. No puedes esconderte, pequeño ser malévolos. Sal a la luz. Jesús te lo ordena. Los santos y los mártires te lo ordenan. Dios te ordena que dejes de cebarte en este hombre y salgas.

Kat notó la presión de una mano fría en la parte superior del brazo y casi gritó. Era Melissa. Tenía los ojos como platos, la boca abierta. En el oído de Kat, el susurro del ama de llaves sonó áspero como el papel de lija.

—*Mira*.

Un bulto semejante al bocio había aparecido en la garganta de Newsome, justo por encima de la mano, ahora más laxa, de Rideout. Comenzó a desplazarse lentamente hacia la boca. Kat nunca en la vida había visto nada semejante.

—Muy bien —casi arrulló Rideout. El sudor le corría por la cara; el cuello de la camisa se veía oscuro y reblandecido—. Sal. Sal a la luz. Ya te has alimentado, pequeña criatura de la oscuridad.

El viento se levantó con un ululato. La lluvia, ya casi granizo, azotaba las

ventanas como metralleta. Las luces parpadearon y la casa crujío.

—El Dios que te permitió entrar te ordena que salgas. Jesús te ordena que salgas. Todos los santos y mártires...

Soltó la boca de Newsome y retiró la mano igual que un hombre que ha tocado algo caliente. Pero Newsome mantuvo la boca abierta. Más aún: su boca empezó a ensancharse, primero en una mueca de asombro y luego en un grito insonoro. Los ojos se le quedaron en blanco y los pies empezaron a temblarle. Se le escapó la orina y la sábana se oscureció en torno a su entrepierna tanto como el cuello sudoroso de la camisa de Rideout.

—Pare —dijo Kat, e hizo ademán de avanzar—. Va a darle un ataque. Tiene que pa...

Jensen la obligó a retroceder de un tirón. Ella dio media vuelta y vio que el rostro de él, normalmente rubicundo, estaba blanco como una servilleta de hilo.

A Newsome le caía la mandíbula hasta el esternón. La mitad inferior de su cara había desaparecido en un descomunal bostezo. Kat oyó crujir sus tendones temporomandibulares como crujían los tendones de una rodilla durante una sesión energética de fisioterapia: un sonido semejante al de un gozne sucio. Las luces de la habitación se apagaron y se encendieron, volvieron a apagarse y encenderse.

—¡Sal! —exclamó Rideout—. ¡Sal!

En la oscuridad por detrás de los dientes de Newsome surgió algo semejante a una vejiga. Palpitaba.

Se oyó un estallido ensordecedor, y la ventana del otro lado de la habitación se hizo añicos. Las tazas de café cayeron al suelo y se rompieron. De pronto había en la habitación con ellos una rama. Las luces se apagaron. El generador arrancó de nuevo. Esta vez el sonido no fue un eructo sino un rugido estable. Cuando volvió la luz, Rideout yacía en la cama sobre Newsome, con los brazos abiertos y el rostro en la mancha húmeda de la sábana. Algo rezumaba de la boca abierta de Newsome, y sus dientes trazaban surcos en ese cuerpo informe, erizado de gruesas púas verdes.

No es una pelota de tenis, pensó Kat. Sino más bien una de esas bolas Koosh con las que juegan los niños.

Tonya lo vio y huyó por el pasillo con la cabeza agachada y las manos entrelazadas detrás de la nuca, tapándose los oídos con los antebrazos.

La criatura verde rodó por el pecho de Newsome.

—¡*El gas!* —gritó Kat a Jensen—. ¡Échale el gas antes de que escape!

Sí. Luego lo meterían en el frasco de especímenes y enroscarían fuerte la tapa. *Muy fuerte.*

Jensen tenía los ojos muy abiertos y vidriosos. Parecía un sonámbulo. El viento soplabía a través de la habitación. Le alborotaba el pelo. Un cuadro se descolgó de la pared. Jensen extendió súbitamente la mano con que sostenía el bote de gas pimienta y accionó el botón de plástico. Se oyó un silbido, y Jensen, chillando, se puso en pie de un salto. Intentó dar media vuelta, probablemente para huir tras los pasos de

Tonya, pero tropezó y cayó de rodillas. Pese a que Kat, en su estupefacción, era incapaz de moverse —siquiera una mano—, parte de su cerebro debía seguir en funcionamiento, porque supo qué había ocurrido. Jensen tenía el aerosol vuelto del revés, y en lugar de rociar con gas pimienta a aquella criatura, que ahora resbalaba por el cabello del reverendo Rideout, allí inconsciente, se había rociado a sí mismo.

—¡*No dejéis que me atrape!* —exclamó Jensen. Cegado, empezó a alejarse a gatas de la cama—. ¡*No veo, no dejéis que me atrape!*

Soplaban rachas de viento. Las hojas muertas se desprendían de la rama del árbol que había traspasado la ventana y se arremolinaban en la habitación. La criatura verde cayó de la nuca arrugada y curtida de Rideout y fue a parar al suelo. Sintiéndose como una mujer bajo el agua, Kat le lanzó un escobazo con el extremo de cerdas. Falló. La criatura desapareció bajo la cama, no rodando sino reptando.

Jensen chocó de cabeza contra la pared junto a la puerta.

—¿*Dónde estoy?* ¡*No veo!*

Newsome, incorporado en la cama, parecía perplejo.

—¿*Qué está pasando?* ¿*Qué ha ocurrido?* —apartó bruscamente de sí la cabeza de Rideout. El reverendo, desmadejado, resbaló de la cama al suelo.

Melissa se agachó junto a él.

—¡*No hagas eso!* —advirtió Kat a voz en cuello, pero ya era tarde.

No supo si la criatura era un dios o solo una extraña variedad de sanguijuela, pero era rápida. Salió como una flecha de debajo de la cama, rodó por el hombro de Rideout, saltó a la mano de Melissa y le subió por el brazo. Melissa intentó sacudírsela pero no pudo. *Alguna sustancia pegajosa en esas púas pequeñas y rechonchas*, dijo la parte del cerebro de Kat que aún funcionaba a la parte —la parte mucho mayor— que todavía no funcionaba. *Como el adherente en las patas de una mosca.*

Melissa había visto por dónde había salido la criatura y, a pesar del pánico, tuvo la sensatez de taparse la boca con las dos manos. El ser corrió por su cuello y su mejilla y se colocó sobre el ojo izquierdo. El viento aulló, y Melissa aulló con él. Era el grito de una mujer ahogándose en un tipo de dolor que los gráficos de uno a diez de los hospitales son incapaces de describir. El sufrimiento de Melissa superaba ampliamente el cien, equivalente al de alguien a quien se cuece vivo. Retrocedió a trompicones, hincando los dedos en la criatura adherida a su ojo. Esta ahora palpitaba más deprisa, y Kat oyó un sonido grave y líquido cuando la criatura empezó a cebarse de nuevo. Era un sonido viscoso.

Le da igual comerse a uno o a otro, pensó Kat. Se dio cuenta de que ella misma estaba avanzando hacia la otra mujer, que no dejaba de gritar y agitar los brazos.

—¡*Quédate quieta!* ¡*Melissa, quédate QUIETA!*

Melissa no hizo caso. Siguió retrocediendo. Tropezó con la rama que había irrumpido en la habitación y cayó de espaldas. Kat hincó una rodilla en el suelo junto a ella y golpeó limpiamente el rostro de Melissa con el palo de la escoba. Golpeó a la

criatura que se cebaba en el ojo de Melissa.

Se oyó un chasquido, y de pronto la criatura resbaló inerte por la mejilla del ama de llaves, dejando a su paso una estela húmeda y gelatinosa. Avanzó por el suelo salpicado de hojas con la intención de esconderse bajo la rama tal como se había escondido antes bajo la cama. Kat se levantó de un salto y la pisó. Notó cómo reventaba bajo su robusta zapatilla New Balance. Una sustancia verde salió disparada en ambas direcciones, como si hubiese pisado un globo lleno de mocos.

Kat se arrodilló de nuevo, esta vez con las dos rodillas, y cogió a Melissa entre sus brazos. Al principio Melissa forcejeó, y Kat sintió que un puño le rozaba la oreja. Finalmente Melissa, con respiración ronca, cejó.

—¿Se ha ido? Kat, ¿se ha ido?

—Me encuentro mejor —dijo Newsome con visible asombro desde detrás de ellas, en otro mundo.

—Sí, se ha ido —respondió Kat. Examinó el rostro de Melissa. El ojo donde el ser se había posado estaba inyectado en sangre, pero por lo demás parecía bien—. ¿Ves?

—Sí. Borroso, pero cada vez mejor. Kat..., el dolor... era como el fin del mundo.

—¡Necesito que alguien me enjuague los ojos! —vociferó Jensen, al parecer indignado.

—Enjuágatelos tú mismo —contestó Newsome alegremente—. Tienes dos piernas sanas, ¿no? Creo que yo también podré en cuanto Kat me las ponga en marcha. Que alguien eche un vistazo a Rideout. Igual está muerto, el pobre hijo de puta.

Melissa miraba fijamente a Kat, un ojo azul, el otro rojo y lagrimoso.

—El dolor... Kat, no te imaginas qué dolor.

—Sí —respondió Kat—. En realidad, sí. Ahora.

Dejó a Melissa sentada junto a la rama y se acercó a Rideout. Le buscó el pulso y no encontró nada, ni siquiera el temblor vacilante de un corazón que aún se esfuerza. El dolor de Rideout, por lo visto, había terminado.

El generador se apagó.

—Joder —dijo Newsome, todavía animado—. Pagué setenta mil dólares por ese trasto japonés, vaya mierda.

—¡Necesito que alguien me enjuague los ojos! —bramó Jensen—. ¡Kat!

Kat abrió la boca para contestar, pero guardó silencio. En la nueva oscuridad, algo había reptado al dorso de su mano.

Para Russ Dorr

Las apariciones en público no me entusiasman. En esas circunstancias siempre me siento como un impostor. No es que sea un solitario, aunque lo soy, al menos en cierta medida; puedo viajar solo en coche desde Maine hasta Florida y sentirme totalmente a gusto. Tampoco se trata de miedo escénico, aunque esa sensación todavía me asalta cuando me presento ante dos o tres mil personas. Esa es una situación anormal para la mayoría de los escritores. Estamos más acostumbrados a aparecer ante grupos muy entregados de treinta o cuarenta personas en una biblioteca. La sensación de ser la persona indebida en el lugar indebido se deriva principalmente de saber que aquel —o aquello— que el público ha ido a ver no estará presente. La parte de mí que crea las historias existe solo en soledad. El que aparece en público para contar anécdotas y responder preguntas es un mal sucedáneo del creador de historias.

En noviembre de 2013 me llevaban en coche a mi última aparición en París, en Le Grand Rex, con un aforo de dos mil ochocientas personas. Estaba nervioso y me sentía fuera de lugar. Viajaba en el asiento trasero de un gran todoterreno. Las calles eran estrechas y el tráfico denso. Llevaba mi pequeño fajo de hojas —unos cuantos comentarios, una breve lectura— en una carpeta en el regazo. En un semáforo nos detuvimos junto a un autobús, los dos enormes vehículos tan cerca el uno del otro que casi se tocaban. Miré hacia una de las ventanillas del autobús y vi a una mujer vestida con un traje de chaqueta, posiblemente volvía del trabajo a casa. Por un momento deseé estar sentado junto a ella, camino de casa yo también, listo para una cena ligera seguida de un par de horas de lectura en un cómodo sillón con buena luz, y no a bordo de un coche camino de un teatro con las localidades agotadas y lleno de admiradores cuyo idioma yo no hablaba.

Tal vez *la femme* percibió mi mirada. Lo más probable es que se aburriera con su periódico. En cualquier caso, levantó la cabeza y se volvió hacia mí, a uno o dos metros de distancia. Nuestras miradas se cruzaron. Lo que yo imaginé ver en sus ojos fue un melancólico deseo de estar en el lujoso todoterreno, yendo a algún sitio donde habría luces y risas y entretenimiento en lugar de volver a su casa, donde no la esperaba más que una frugal cena, quizás extraída del congelador y calentada, seguida del noticiario de la noche y las mismas comedias de siempre. Si hubiésemos intercambiado nuestros lugares, tal vez los dos habríamos sido más felices.

Después volvió a concentrarse en su periódico, y yo en mi carpeta. El autobús se marchó en un sentido, el todoterreno en el otro. Pero por un momento estuvimos tan cerca que pudimos escrutar nuestros respectivos mundos. Se me ocurrió este cuento, y cuando regresé de mi gira en el extranjero, me senté y lo escribí de un tirón.

Ese autobús es otro mundo

La madre de Wilson, que no era la alegría de la huerta, solía decir: «Cuando las cosas empiezan a torcerse, siguen torciéndose hasta que hay lágrimas».

Consciente de ello, como de todas las manifestaciones de sabiduría popular que había aprendido a las faldas de su madre («Una naranja es oro por la mañana y plomo por la noche», esa era otra de las perlas de su madre), Wilson tenía la cautela de proveerse de un seguro de viaje —que él consideraba un «parachoques»— antes de ocasiones que eran especialmente importantes, y en su vida adulta ninguna ocasión había sido tan importante como esa visita a Nueva York, donde presentaría su portafolio a los mandamases de Market Forward.

MF era una de las principales agencias de publicidad en la era de internet. La agencia de Wilson, Southland Concepts, era una empresa de un solo empleado con sede en Birmingham. Oportunidades como esa no se presentaban dos veces, y por tanto un parachoques resultaba vital. Por eso llegó al aeropuerto de Birmingham-Shuttlesworth a las cuatro de la madrugada para un vuelo sin escalas que despegaba a las seis. Aterrizaría en LaGuardia a las nueve y veinte. La reunión —en realidad una prueba— estaba programada a las dos y media. Un parachoques de cinco horas le parecía un seguro de viaje más que suficiente.

Al principio todo fue bien. El auxiliar de vuelo, tras consultarla con sus superiores y recibir su aprobación, autorizó a Wilson a guardar su portafolio en el portaequipaje de primera clase, pese a que el propio Wilson viajaba en clase turista. En tales cuestiones, la clave estaba en solicitarlo con tiempo, antes de que la gente empezara a agobiarse. La gente agobiada no quería ni oír hablar de lo importante que era el portafolio de un pasajero, o de que acaso fuera su billete al futuro.

Tuvo que facturar una maleta, porque si resultaba que quedaba finalista para hacerse con la cuenta de Siglo Verde (y era una posibilidad, porque de hecho se hallaba muy bien situado), acaso pasara diez días en Nueva York. Desconocía cuánto tiempo se prolongaría el proceso de criba, y no quería mandar su ropa a la lavandería del hotel, como tampoco quería encargar las comidas al servicio de habitaciones. Los extras de los hoteles eran caros en todas las grandes ciudades, y exorbitantemente caros en la Gran Manzana.

Las cosas no se torcieron hasta que el avión, que despegó puntualmente, llegó a Nueva York. Allí, como consecuencia de un atasco de tráfico aéreo, ocupó su posición en la cola y, subiendo y bajando en aire gris, voló en círculo por encima de ese punto de destino que los pilotos, con toda la razón, consideraban un vertedero. Se oyeron chistes no especialmente graciosos y francas quejas, pero Wilson permaneció sereno. Disponía de su seguro de viaje; el parachoques era holgado.

El avión aterrizó a las diez y media, con poco más de una hora de retraso. Wilson fue a la cinta de recogida de equipaje, donde su maleta no apareció. Y no apareció. Finalmente solo quedaban él y un viejo barbudo con boina negra, y en la

cinta solo faltaban por recoger un par de raquetas de nieve y una planta enorme con las hojas mustias, desmejorada por el viaje.

—No es posible —dijo Wilson al viejo—. Era un vuelo sin escalas.

El viejo se encogió de hombros.

—Han debido de etiquetarlas mal en Birmingham. Nuestros bártulos bien podrían ir de camino a Honolulu, que sepamos. Yo voy a pasarme por la ventanilla de Equipaje Extraviado. ¿Quiere acompañarme?

Wilson lo acompañó, acordándose del dicho de su madre. Y dando gracias a Dios por conservar el portafolio.

Tenía el impreso de Equipaje Extraviado a medio llenar cuando alguien habló desde atrás.

—¿Esto es de alguno de ustedes, caballeros?

Wilson se volvió y vio su maleta de cuadros escoceses, al parecer húmeda.

—Se ha caído de la parte de atrás del remolque —explicó el encargado de equipajes a la vez que cotejaba el comprobante de facturación grapado a la carpetilla del billete de Wilson con el de la maleta—. A veces pasa. Debería coger un impreso de reclamación por si hay algo roto.

—¿Dónde está la mía? —pregunto el viejo de la boina.

—En eso no puedo ayudarle —contestó el encargado—. Pero al final casi siempre las encontramos.

—Sí —dijo el viejo—, pero todavía no es el final.

Para cuando Wilson salió de la terminal con su maleta, su portafolio y su bolsa de mano, eran casi las once y media. Entretanto habían llegado varios vuelos más, y la cola de los taxis era larga.

Tengo un parachoques, se dijo para apaciguarlo. Tres horas es tiempo de sobra. Además, estoy debajo del tejadillo, protegido de la lluvia. Valora el lado positivo de las cosas y relájate.

Ensayó su presentación a medida que avanzaba lentamente, representándose cada una de las enormes fichas de su portafolio y recordándose que debía conservar la calma. Arrollar con su encanto y apartar de su mente el gran cambio que aquello podía representar en su suerte tan pronto como entrara por la puerta del 245 de Park Avenue.

Siglo Verde era una compañía petrolífera multinacional, y ese nombre, ecológicamente optimista, se había convertido en un lastre cuando uno de sus pozos submarinos reventó no muy lejos de Gulf Shores, Alabama. El vertido no había sido tan catastrófico como el que siguió al desastre del *Deepwater Horizon*, pero sí bastante grave. ¡Y vaya con el dichoso nombre! Los humoristas de los programas nocturnos se lo habían pasado en grande a su costa. (Letterman: «¿Qué es verde y negro y tiene mierda por todas partes?»). La quejumbrosa primera respuesta en público del presidente de Siglo Verde —«Tenemos que ir en busca del petróleo allí donde esté, cabría pensar que eso la gente lo entiende»— no había ayudado; una

caricatura aparecida en internet en la que un pozo de petróleo asomaba del culo del presidente con su declaración escrita al pie se había vuelto viral.

El equipo de relaciones públicas de Siglo Verde acudió a Market Forward, su agencia desde hacía mucho tiempo, con lo que consideraban una idea brillante. Querían subcontratar la campaña para el control de daños a una pequeña agencia de publicidad sureña, y utilizar a su favor el hecho de no recurrir a sus lumbreras neoyorquinas de siempre para aplacar a los americanos. Les preocupaban especialmente las opiniones de aquellos americanos que vivían al sur de la Línea Mason-Dixon, o Mamón-Dixon, como seguramente la llamaban esos lumbreras neoyorquinas en sus elegantes cócteles.

La cola del taxi avanzaba lentamente. Wilson consultó su reloj. Las doce menos cinco.

No hay por qué preocuparse, se dijo, pero ya no las tenía todas consigo.

Finalmente subió a un taxi de la compañía Jolly Dingle a las doce y veinte. Detestaba la idea de entrar a rastras con su gastada y húmeda maleta en un bloque de oficinas de alto standing de Manhattan —qué provinciano quedaría eso—, pero empezaba a pensar que quizá tuviera que prescindir de pasar por el hotel a dejarla.

El taxi era un monovolumen de intenso color amarillo. El taxista era un sij que habitaba bajo un enorme turbante de color naranja. Fotografías enmarcadas en metacrilato de su mujer y sus hijos pendían oscilantes del espejo retrovisor. En la radio tenía puesta la 1010 WINS, y los chirriantes acordes de xilófono de su sintonía sonaban cada cuatro minutos aproximadamente.

—Hoy tráfico fatal —dijo el sij mientras avanzaban lentamente hacia la salida del aeropuerto. Ahí parecían terminar sus dotes para la conversación—. Tráfico fatal, fatal.

La lluvia arreció mientras viajaban a paso de caracol hacia Manhattan. Wilson tenía la sensación de que su parachoques se adelgazaba a cada pausa y sacudida de aquel movimiento peristáltico hacia delante. Faltaba media hora para su presentación, solo media hora. ¿Le guardarían el turno si llegaba tarde? Dirían: «Amigos, de las catorce pequeñas agencias del sur que sometemos hoy a prueba para saltar al gran escenario —ha nacido una estrella y todo eso— solo una tiene en su historial experiencia demostrada con empresas que han sufrido percances medioambientales, y esa es Southland Concepts. Por tanto, no excluyamos al señor James Wilson únicamente porque llega un poco tarde».

Tal vez dijeran eso, pero teniéndolo todo en cuenta, pensó Wilson, no era probable. En esencia querían poner fin a todos esos chistes de los programas nocturnos cuanto antes. Por lo tanto, la presentación era importantísima, pero naturalmente cualquier capullo tiene una presentación. (Esa era una de las perlas de sabiduría de su padre). Tenía que llegar a tiempo.

La una y cuarto. Cuando las cosas empiezan a torcerse, siguen torciéndose, pensó. No quería pensarlo, pero lo pensó. Hasta que hay lágrimas.

Cuando se acercaban al túnel de Midtown, se inclinó hacia delante y pidió al sij una estimación sobre la hora de llegada. El turbante naranja se movió pesarosamente de lado a lado.

—No puedo decir, señor. Tráfico fatal, fatal.

—¿Media hora?

Siguió un largo silencio, y finalmente el sij respondió:

—Quizá.

Esa palabra tranquilizadora cuidadosamente elegida bastó para que Wilson comprendiera que su situación era entre crítica y desesperada.

Puedo dejar la puñetera maleta en la recepción de Market Forward, pensó. Al menos así no tendré que entrarla a rastras en la sala de reuniones.

Se inclinó hacia delante y dijo:

—Olvidémonos del hotel. Lléveme al dos cuatro cinco de Park.

El túnel era la pesadilla de un claustrofóbico: arranca y para, arranca y para. En sentido contrario, el tráfico que cruzaba la ciudad por la calle Treinta y cuatro no era más fluido. El taxi monovolumen tenía la altura necesaria para que Wilson viera los desalentadores obstáculos que tenía por delante. Pero cuando llegaron a Madison empezó a relajarse un poco. Llegaría justo, mucho más justo de lo que era su deseo, pero no haría falta que hiciese una humillante llamada para anunciar que iba a retrasarse un poquito. Prescindir del hotel había sido la decisión correcta.

Solo que en ese momento se toparon con una cañería de agua rota, y las vallas, y el sij tuvo que dar un rodeo.

—Peor que cuando viene Obama —comentó a la vez que la 1010 WINS prometía a Wilson que si les concedía veintidós minutos le darían el mundo. El xilófono repiqueteó como unos dientes sueltos.

No quiero el mundo, pensó. Solo quiero llegar al 245 de Park antes de las dos y cuarto. A las dos y veinte como mucho.

El Jolly Dingle finalmente regresó a Madison. Aceleró casi hasta la calle Treinta y seis y de pronto paró en seco. Wilson se imaginó a un comentarista de deportes diciendo al público, en la retransmisión de un partido de fútbol, que si bien la carrera había sido vertiginosa, el avance en el juego era desdeñable. El limpiaparabrisas golpeteaba con un ruido sordo. Un periodista hablaba de cigarrillos electrónicos. A continuación pusieron un anuncio de colchones Sleepy's.

Wilson pensó: Tranquilo. Desde aquí puedo ir a pie, si es necesario. Once manzanas, nada más. Solo que llovía, y tendría que llevar a rastras la puñetera maleta.

Un autobús de la compañía Peter Pan llegó junto al taxi y se detuvo con un resoplido de frenos neumáticos. Wilson, a la altura a la que se encontraba, veía el interior del autobús a través de la ventanilla. A un metro y medio o dos metros de él, no más, una mujer atractiva leía una revista. A su lado, en el asiento del pasillo, un hombre con gabardina negra rebuscaba en el maletín que sostenía en equilibrio sobre las rodillas.

El sij dio un bocinazo y levantó las manos, con las palmas hacia fuera, como quien dice: *Ya ve lo que me ha hecho el mundo.*

Wilson observó a la mujer atractiva tocarse las comisuras de los labios, verificando quizá la capacidad de permanencia de su carmín. El hombre del asiento contiguo revolvía ahora en el bolsillo interior de la tapa del maletín. Sacó un pañuelo negro, se lo llevó a la nariz, lo olfateó.

¿Por qué hacía eso?, se preguntó Wilson. ¿Es el perfume de su esposa o el aroma de su talco?

Por primera vez desde que subió a bordo del avión en Birmingham, se olvidó de Siglo Verde y Market Forward y de la drástica mejora de sus circunstancias que podía producirse si la reunión, para la que ya faltaba menos de media hora, iba bien. En ese momento estaba fascinado —más que fascinado, arrobado— por los dedos con los que la mujer se palpaba delicadamente y por el hombre con el pañuelo en la nariz. Lo asaltó la impresión de que tenía ante sus ojos otro mundo. Sí. Ese autobús era otro mundo. Ese hombre y esa mujer se dirigían a sus propios compromisos, sin duda unidos estos también a globos de esperanza. Tenían recibos que pagar. Tenían hermanas y hermanos y ciertos juguetes de la infancia que no olvidaban. Tal vez la mujer se había sometido a un aborto en su época universitaria. El hombre acaso tuviera un anillo para el pene. Quizá tuvieran mascotas, y en tal caso las mascotas tendrían nombre.

Wilson concibió una momentánea imagen —difusa y apenas formada pero tremenda— de una galaxia mecánica donde los distintos engranajes realizaban misteriosos movimientos, quizá con alguna finalidad kármica, quizá sin razón alguna. Aquí se hallaba el mundo del taxi Jolly Dingle, y a un metro y medio estaba el mundo del autobús de la compañía Peter Pan. Los separaban solo un metro y medio y dos capas de cristal. Wilson consideró con asombro este hecho evidente.

—Vaya tráfico —dijo el sij—. Peor que cuando Obama, se lo aseguro.

El hombre se apartó el pañuelo negro de la nariz. Lo sostuvo en una mano y se metió la otra en el bolsillo de la gabardina. La mujer del asiento de la ventanilla del autobús hojeaba su revista. El hombre se volvió hacia ella. Wilson vio moverse sus labios. La mujer levantó la cabeza con los ojos muy abiertos, al parecer sorprendida. El hombre se inclinó hacia ella, como para confiarle un secreto. Wilson no advirtió que el objeto que el hombre había sacado del bolsillo de la gabardina era una navaja hasta que la utilizó para seccionar la garganta a la mujer.

Ella abrió los ojos. Separó los labios. Se llevó una mano al cuello. El hombre de la gabardina, con la mano que empuñaba la navaja, le apartó la mano con delicadeza pero con firmeza. Al mismo tiempo colocó el pañuelo negro en la garganta de la mujer y lo mantuvo ahí. A continuación le dio un beso en la sien y, al mismo tiempo, miró por entre su pelo. Vio a Wilson, y desplegó los labios en una sonrisa tan amplia que dejó a la vista dos hileras de dientes pequeños y uniformes. Movió la cabeza en dirección a Wilson como diciendo o *Que pase usted un buen día*, o *Ahora tenemos un*

secreto. Una gota de sangre manchaba la ventanilla de la mujer. Se hinchó y resbaló por el cristal. Sosteniendo todavía el pañuelo en la garganta de la mujer, el hombre de la gabardina introdujo un dedo en la boca exánime de ella. Al hacerlo, sonreía aún a Wilson.

—¡Por fin! —exclamó el sij, y el taxi Jolly Dingle se puso en movimiento.

—¿Ha visto eso? —preguntó Wilson con voz atonal, sin expresar sorpresa—. Ese hombre, el hombre del autobús. El que va con la mujer.

—¿Cómo dice? —preguntó el sij.

El semáforo de la esquina se puso en ámbar, y el sij se lo saltó, ajeno a la sinfonía de bocinazos que se oyó cuando cambió de carril. El autobús de Peter Pan quedó atrás. Delante se alzó Grand Central bajo la lluvia, semejante a una penitenciaría.

Solo cuando el taxi estaba de nuevo en marcha, Wilson se acordó del teléfono móvil. Lo sacó del bolsillo del abrigo y lo miró. Si hubiese sido más ágil de mente (habilidad que en la familia había correspondido íntegramente a su hermano, según su madre), habría podido tomar una foto al hombre de la gabardina. Ya era tarde para eso, pero no era tarde para telefonear el 911. Como es lógico, no podía hacer una llamada así anónimamente; su nombre y su número aparecerían en alguna pantalla oficial en cuanto aceptaran la llamada. Se la devolverían para cerciorarse de que no se trataba de un bromista matando el rato una tarde lluviosa en Nueva York. Luego solicitarían información, que él tendría que proporcionar —ineludiblemente— en la comisaría más cercana. Querrían oír su declaración varias veces. Lo que no querrían oír era su presentación.

La presentación se titulaba «Concédanos tres años y lo demostraremos». Wilson pensó en cómo deberían desarrollarse las cosas. Empezaría diciendo a los responsables de relaciones públicas y los ejecutivos allí reunidos que el vertido debía afrontarse abiertamente. Era un hecho manifiesto: los voluntarios todavía lavaban aves impregnadas de petróleo con detergente Dawn. No era posible esconderlo debajo de la alfombra. Pero, diría, la expiación no tiene por qué ser fea y a veces la verdad puede ser hermosa. La gente desea creer en ustedes, diría. Al fin y al cabo los necesitan. Los necesitan para llegar desde el Punto A al Punto B, y eso los predispone a no querer verse como cómplices de la profanación del medio ambiente. En ese punto abriría su portafolio y enseñaría la primera ficha: una foto de un chico y una chica de pie en una playa immaculada, de espaldas a la cámara, contemplando un agua tan azul que casi hacía daño a la vista. LA ENERGÍA Y LA BELLEZA **PUEDEN IR DE LA MANO**, rezaba el texto. CONCÉDANNOS TRES AÑOS Y LO DEMOSTRAREMOS.

Telefonear al 911 era tan sencillo que hasta un niño podía hacerlo. De hecho, los niños lo hacían. Cuando un intruso entraba en casa. Cuando la hermanita se caía por la escalera. O si papá estaba moliendo a palos a mamá.

A continuación venía el *Storyboard* para la propuesta del spot, que se emitiría en todos los estados con litoral en el golfo, centrándose en los noticiarios locales y las cadenas por cable con programación las veinticuatro horas, como la FOX y la MSNBC.

Mediante fotografías a intervalos, una playa sucia e impregnada de petróleo volvería a verse limpia. «Tenemos la responsabilidad de rectificar nuestros errores —diría el narrador (con un ligerísimo dejo sureño)—. Así es como trabajamos y como tratamos a nuestros vecinos. Concédannos tres años y lo demostraremos».

A continuación los anuncios en prensa. Los anuncios en radio. Y en la fase dos...

—¿Oiga? ¿Qué ha dicho?

Podría telefonear, pensó Wilson, pero probablemente ese individuo ya se habrá bajado del autobús y marchado mucho antes de que la policía llegue. ¿Probablemente? Casi seguro.

Se volvió para mirar atrás. A esas alturas el autobús quedaba ya muy lejos. Quizá, pensó, la mujer ha gritado. Quizá los otros pasajeros se han abalanzado ya sobre el individuo, de la misma manera que los pasajeros se abalanzaron sobre el «terrorista del zapato» cuando descubrieron qué tramaba.

Pensó entonces en cómo le había sonreído el hombre de la gabardina. También en cómo había metido el dedo en la boca exánime de la mujer.

Wilson pensó: Hablando de bromas, quizá no ha sido lo que yo he creído que era. Podía tratarse de un gag. Uno que representaban continuamente. Una de esas escenas para provocar una reacción en la gente.

Cuanto más lo pensaba, más posible le parecía. Los hombres degollaban en callejones y en series de televisión, no en autobuses de Peter Pan en plena mañana. En cuanto a él, había concebido una buena campaña. Era el hombre adecuado, en el lugar adecuado, en el momento adecuado, y uno rara vez tenía más de una oportunidad en este mundo. Ese no era uno de los dichos de su madre, pero era un hecho.

—¿Oiga?

—Déjeme en el próximo semáforo —indicó Wilson—. Iré a pie desde ahí.

Para Hesh Kestin

De niño vi muchas películas de terror (seguramente ya lo habrás adivinado). Yo era un blanco fácil, y me moría de miedo casi con todas. La sala estaba a oscuras, las imágenes eran mucho más grandes que yo, el sonido era tan potente que seguía asustándome incluso cuando cerraba los ojos. En televisión, el cociente de miedo solía ser menor. Los anuncios interrumpían el ritmo de la acción, y a veces las partes peores se cortaban para evitarle complejos a cualquier chaval que pudiera estar viendo la película (por desgracia, ya era demasiado tarde para mí; había visto a la muerta salir de la bañera en *Las diabólicas*). Como último recurso, siempre podía ir a la cocina, coger una cerveza de raíces Hires de la nevera y quedarme allí hasta que la música aterradora diera paso a las exclamaciones de algún vendedor local: «¡Coches, coches, coches! ¡Crédito automático! ¡Vendemos a CUALQUIERA!».

Con todo, una película que vi por televisión sí cumplió su cometido. Al menos durante la primera hora de sus setenta y siete minutos de duración; el desenlace lo echó todo a perder, y aún hoy deseo que alguien haga un remake y lleve hasta las últimas consecuencias su espeluznante premisa. Quizá esa película tenga el mejor título del cine de terror de todos los tiempos: *Entierro a los vivos*.

Estaba pensando en esa película cuando escribí este cuento.

Necros

Que sea claro, y que sea directo.

Ese era el evangelio según Vern Higgins, el decano de periodismo de la Universidad de Rhode Island, donde yo me titulé. Muchas de las cosas que oí en la facultad me entraron por un oído y me salieron por el otro, pero no eso, porque el profesor Higgins lo repitió a machamartillo. Sostenía que la gente, para iniciar el proceso de comprensión, necesitaba claridad y concisión.

Vuestro verdadero cometido como periodistas, decía en sus clases, es proporcionar a los lectores los datos que les permitan tomar decisiones y seguir adelante. Así que dejaos de florituras. Dejados de cursiladas y grandilocuencias. Empezad por el principio, desarrollad limpiamente la parte central, de modo que las circunstancias de cada suceso lleven al suceso siguiente de manera lógica, y acabad por el final. Lo cual en periodismo, insistía Higgins, es siempre el final *de momento*. Y nada de holgazanería: no caigáis en eso de «a juicio de algunos» o «la opinión generalizada es». Cada dato con su fuente, esa es la norma. Luego escribidlo todo llanamente, sin adornos, en estado puro. La retórica corresponde a las páginas de opinión.

Dudo que alguien crea lo que voy a contar a continuación, y mi trayectoria en *Neon Circus* tuvo poco que ver con escribir bien, pero aquí me propongo hacerlo lo mejor posible: las circunstancias de cada suceso llevarán al suceso siguiente. Principio, parte central y final.

El final de momento, al menos.

El buen periodismo siempre empieza por las cinco preguntas fundamentales: quién, qué, cuándo, dónde, y por qué, si podéis averiguarlo. En mi caso, el porqué tiene su miga.

El quién, en cambio, es muy fácil; vuestro narrador no precisamente audaz se llama Michael Anderson. Yo tenía veintisiete años en la época en que se produjeron estos hechos. Me licencié en periodismo por la URI. Después de la universidad, viví dos años con mis padres en Brooklyn y trabajé para una de esas publicaciones gratuitas dirigidas a consumidores, reescribiendo noticias de agencias de prensa para poner algo entre los anuncios y los cupones. Mantuve mi currículum (que no era gran cosa) en circulación, pero no me quiso ningún periódico de Nueva York, Connecticut o New Jersey. Eso no sorprendió del todo ni a mis padres ni a mí, pero no porque mis notas fueran mediocres (no lo eran), ni porque los recortes de mi carpeta —sobre todo artículos del periódico estudiantil de la URI, *The Good 5 Cent Cigar*— estuviesen mal escritos (un par de ellos ganaron premios), sino porque los periódicos no contrataban a nadie. Muy al contrario.

(Si el profesor Higgins viera todos estos paréntesis, me mataría).

Mis padres empezaron a animarme —con mucha mucha delicadeza— a que empezara a buscar trabajo en otra línea.

—En algún campo afín —decía mi padre en su tono de voz más diplomático—. Quizá la publicidad.

—La publicidad no tiene nada que ver con la noticia —contestaba yo—. La publicidad es la antinoticia.

Pero vi por dónde iban los tiros: mi padre ya me veía yendo a su nevera a por un tentempié en plena noche a los cuarenta años. Un holgazán de lujo.

A mi pesar, empecé a elaborar una lista de posibles agencias de publicidad que acaso estuvieran dispuestas a contratar a un joven redactor con aptitudes pero sin experiencia. De pronto, la noche anterior al día en que planeaba empezar a enviar copias de mi currículum a las agencias de esa lista, tuve una idea tonta. A veces —a menudo—, por la noche, me quedo en vela pensando en lo distinta que habría sido mi vida si esa idea no se me hubiera pasado por la cabeza.

Por aquel entonces *Neon Circus* era una de mis páginas web preferidas. Si uno había desarrollado el gusto por el sarcasmo y el *shadenfreude*, la conocía: *TMZ* con mejores redactores. Básicamente cubría la «movida de los famosos» local, con alguna que otra visita de prospección a los más pestilentes recovecos de la política de Nueva York y New Jersey. Si tuviera que resumir su visión del mundo, os enseñaría una foto que publicamos unos seis meses después de empezar a trabajar yo allí. Mostraba a Rod Peterson (a quien en *Circus* siempre llamaban «el Barry Manilow de su generación») frente a Pacha. Su pareja aparece doblada por la cintura, vomitando en la alcantarilla. Él tiene una sonrisa de bobalicón en la cara y una mano apoyada en la espalda de ella. Pie de foto: ROT PETERSON, EL BARRY MANILOW DE SU GENERACIÓN, EXPLORA EL LOWER EAST SIDE DE NUEVA YORK.

Circus es en esencia una revista electrónica, con muchas secciones a las que se accede con un simple clic: EL PASEO DE LA VERGÜENZA DE LOS FAMOSOS, CONSUMO VIL, OJALÁ NO LO HUBIERA VISTO, EL PEOR PROGRAMA DE TELEVISIÓN DE LA SEMANA, QUIÉN ESCRIBE ESTA MIERDA. Hay más, pero ya os hacéis una idea. Aquella noche, con una pila de currículums a punto para enviar a las agencias en las que en realidad no quería trabajar, acudí a *Neon Circus* en busca de un poco de comida basura tonificante, y en la portada descubrí que un joven actor de primera línea, Jack Briggs, había muerto de sobredosis. Aparecía una foto suya saliendo tambaleante de uno de los locales de moda del centro la semana anterior, el típico mal gusto propio de *Neon Circus*, pero el artículo que la acompañaba era sorprendentemente directo y nada propio de *Circus*. Fue entonces cuando me asaltó la inspiración. Investigué un poco en internet, picando aquí y allá, y a continuación escribí una necrológica rápida y malintencionada.

Jack Briggs, conocido por su espantosa interpretación en Holy Rollers el año pasado en el papel de estantería parlante enamorada de Jennifer Lawrence, fue hallado muerto en la habitación de su hotel rodeado de algunas de sus golosinas en polvo preferidas. Se incorpora al Club de los 27, al que también pertenecen

consumidores de sustancias tan célebres como Robert Johnson, Jimi Hendrix, Janis Joplin, Kurt Cobain y Amy Winehouse. Briggs llegó a rastras al mundo de la interpretación en 2005, cuando...

Bueno, ya veis por dónde va la cosa. Pueril, irrespetuoso, claramente malintencionado. Si aquella noche hubiese obrado como una persona seria, quizá habría tirado a la basura la necrológica acabada, porque parecía exceder en sarcasmo incluso a lo que era la tónica habitual de *Neon Circus* y adentrarse en la crueldad pura y dura. Pero, como al fin y al cabo solo estaba tonteando (desde entonces me pregunto cuántas carreras habrán empezado tonteando), lo envié.

Al cabo de dos días —internet lo acelera todo— recibí un e-mail de una tal Jeroma Whitfield en el que me decía que no solo querían publicarlo, sino que además querían hablar de la posibilidad de que escribiera más para ellos con ese mismo tono malintencionado. ¿Podía ir a verlos para hablarlo durante el almuerzo?

Resultó que la corbata y la americana sport que me puse pecaban por mucho de exceso de elegancia. En la redacción de *Circus*, en la Tercera Avenida, se congregaban hombres y mujeres que más bien parecían chicos y chicas, todos corriendo de aquí para allá con camisetas de grupos de rock. Un par de mujeres iban en pantalón corto, y vi a un tipo con un mono de carpintero y un rotulador ensartado en una cresta a lo mohawk. Este dirigía la sección de deportes, como más tarde supe, y era el responsable de una memorable crónica titulada LOS GIANTS VUELVEN A CAGARLA EN LA ZONA. Supongo que no debería haberme sorprendido. Eso era (y es) el periodismo en la Era de internet, y por cada persona presente en la redacción aquel día, había otros cinco o seis colaboradores trabajando desde casa. Por sueldos de miseria, de más está añadirlo.

He oído contar que en una época dorada, en el pasado brumoso y mítico de Nueva York, los directores de periódico almorzaban en lugares como el Four Seasons, el Cirque y el Russian Tea Room. Es posible, pero mi almuerzo de aquel día fue en el caótico despacho de Jeroma Whitfield. Consistió en sándwiches de supermercado y refresco de vainilla Dr. Brown. Jeroma era un vejestorio para lo que corría en *Circus* (poco más de cuarenta años), y su avasalladora aspereza me inspiró rechazo desde el principio, pero quería contratarme para escribir una necrológica por semana, y eso la convirtió en una diosa. Incluso tenía un título para la nueva columna: Hablando mal de los muertos.

¿Me veía capaz de hacerlo? Sí.

¿Lo haría por calderilla? Sí. Al menos de entrada.

Cuando la columna se convirtió en la página más visitada de *Neon Circus* y mi nombre se asoció a ella, exigí más pasta, en parte porque deseaba instalarme en mi propio apartamento en la ciudad y en parte porque estaba harto de recibir un sueldo de currinche por escribir sin ayuda de nadie la sección que más beneficios en publicidad generaba.

Aquella primera negociación fue un éxito moderado, probablemente porque

planteé mis exigencias a modo de tanteo, y porque eran exigencias de una humildad casi risible. Cuatro meses después, cuando empezaron a circular rumores de que una gran empresa iba a comprarnos por una buena suma de dinero, visité el despacho de Jeroma y le pedí un aumento mayor, esta vez con una actitud mucho menos humilde.

—Lo siento, Mike —dijo—. Usando las memorables palabras de Hall y Oates, eso no puedo aceptarlo, eso no. Coge un caramelo.

En el caótico escritorio de Jeroma, en lugar preferente, había un gran cuenco de cristal rebosante de caramelos de eucalipto con sabor a mentol. Los envoltorios contenían frases para invitar al optimismo. *Oigamos vuestro grito de guerra*, se leía en uno. Otro aconsejaba (el gramático que llevo dentro siente escalofríos al reproducir esto): *Convierte el puedo hacerlo en puedo lo hice*.

—No, gracias. Dame una oportunidad de planteártelo antes de decir que no.

Expuse ordenadamente mis argumentos; digamos que intenté convertir el puedo hacerlo en puedo lo hice. En resumidas cuentas, la cuestión era que, a mi juicio, merecía un sueldo más acorde con los beneficios generados por Hablando mal de los muertos. Sobre todo si *Neon Circus* iba a ser adquirida por un gran grupo.

Cuando por fin callé, desenvolvió un caramelo, se lo lanzó entre los labios de color ciruela y dijo:

—¡Vale! ¡Estupendo! Si ya te has desahogado, quizás quieras trabajar en lo de Bump DeVoe. No tiene desperdicio.

En efecto, no tenía desperdicio. Bump, cantante principal de los Mapaches, había resultado muerto a tiros por su novia cuando intentaba entrar furtivamente por la ventana del dormitorio de la casa de ella en los Hamptons, probablemente para gastarle una broma. Ella lo había confundido con un ladrón. Lo que hacía de la historia un bocado succulento era el arma que había utilizado: un regalo de cumpleaños del mismísimo Bump, ahora el miembro más reciente del Club de los 27 y, como guitarrista, quizás de talento comparable al de Brian Jones.

—Así que no vas a contestarme siquiera —dije—. Tan poco respeto me tienes.

Jeroma se inclinó al frente y esbozó una parca sonrisa, lo justo para mostrar las puntas de sus diminutos dientes blancos. Percibí olor a mentol. O eucalipto. O las dos cosas.

—Te seré franca, si no te importa. Para ser una persona que todavía vive con sus padres en Brooklyn, tienes un concepto extremadamente hinchado de tu importancia en el universo. ¿Te crees el único capaz de mearse en las tumbas de gilipollas descerebrados que van de juerga en juerga hasta la muerte? Piénsatelo mejor. Tengo a media docena de colaboradores capaces de eso, y seguramente presentarían material más gracioso que el tuyo.

—¿Por qué no me marcho, pues, y así tú puedes averiguar si eso es verdad? —Yo estaba que me subía por las paredes.

Jeroma sonrió e hizo castañetear su caramelo de eucalipto contra los dientes.

—Tú mismo. Pero si te vas, Hablando mal de los muertos no se va contigo. El

título es mío, y se queda aquí, en *Circus*. Desde luego puedes presentar referencias, y no seré yo quien las desmienta. Esa es, pues, la alternativa, chaval. Puedes volver a tu ordenador y darle por el saco a Bump, o puedes pedir una entrevista de trabajo en el *New York Post*. Seguro que te contratan. Acabarás escribiendo sátiras de mierda en la página seis, y sin firma. Si eso te mola, allá tú.

—Escribiré la necro. Pero tenemos que reconsiderar este asunto, Jerri.

—No en *mi* turno, eso ni hablar. Y no me llames Jerri. Ya sabes que no me gusta.

Me levanté para marcharme. Me ardía la cara. Probablemente parecía una señal de stop.

—Y coge un caramelo —repitió—. ¡Qué uno! Coge dos. Dan mucho consuelo.

Lancé una mirada de desdén al cuenco y, conteniendo (por poco) el impulso pueril de dar un portazo, salí.

Si os estáis imaginando una bulliciosa sala de redacción como la que se ve detrás de Wolf Blitzer en la CNN, o en esa película antigua que trata de cuando Woodward y Bernstein sacaron a la luz los trapos sucios de Nixon, quitáoslo de la cabeza. Como he dicho, la mayoría de los redactores de *Circus* trabajan desde casa. Nuestro pequeño semillero de noticias (si queréis ennoblecer lo que *Circus* hace llamándolo noticias) es poco más o menos del tamaño de una caravana de ancho doble. Ahí dentro hay veinte pupitres encajonados, de cara a una hilera de televisores en silencio adosados a una pared. Los pupitres están equipados con portátiles maltrechos, cada uno provisto de un cómico adhesivo en el que se lee: RESPETAD ESTOS APARATOS, POR FAVOR.

Esa mañana aquello estaba casi vacío. Me senté en la última fila, junto a la pared, delante de un póster que mostraba una cena de Acción de Gracias en la taza de un váter. Debajo de esta encantadora imagen aparecía la leyenda: CAGA DONDE COMES, POR FAVOR. Encendí el portátil, saqué de mi cartera el material impreso en relación con la breve y adocenada carrera de Bump DeVoe y lo hojeé mientras el cacharro arrancaba. Abrí Word y tecleé NECRO DE BUMP DeVOE en la casilla correspondiente; luego me quedé allí con la mirada fija en el documento en blanco. Me pagaban por mofarme en la cara de la muerte para lectores de veintitantos años que consideran que la muerte afecta siempre al prójimo, pero no es fácil ser gracioso cuando uno está cabreado.

—¿Tienes problemas para empezar?

Era Katie Curran, una rubia alta y esbelta por quien yo sentía un intenso deseo que casi con toda seguridad no era correspondido. Siempre me trataba con amabilidad, y era de una gentileza indefectible. Reía mis chistes. Esas circunstancias rara vez denotan deseo. ¿Me sorprendía que así fuera? En absoluto. Ella era sexy; yo no. Soy, para ser sincero, exactamente ese friki del que se burlan en todas las películas de adolescentes. Hasta mi tercer mes de trabajo en *Circus*, tuve incluso el perfecto

accesorio del friki: unas gafas remendadas con esparadrapo.

—Un poco —contesté. Olí su perfume. A alguna fruta. Peras frescas, quizá. Algo fresco en todo caso.

Se sentó en el pupitre contiguo, un prodigo de piernas largas con vaqueros descoloridos.

—Cuando a mí me pasa eso, escribo tres veces seguidas, muy deprisa: *El zorro marrón y rápido saltó sobre el perro holgazán*. Eso abre las compuertas de la creatividad. —Extendió los brazos para demostrarme cómo se abrían las compuertas, y de paso me ofreció una sobrecogedora visión de unos pechos ceñidamente enfundados en un top sin mangas negro.

—No creo que eso sirva en este caso —dije.

Katie escribía su propia columna, no tan popular como Hablando mal de los muertos, pero también muy leída; tenía medio millón de seguidores en Twitter. (La modestia me impide decir cuántos tenía yo por aquel entonces, pero os animo a pensar en números de siete cifras; no os equivocaréis). La suya se llamaba Pillarse un pedo con Katie. La idea consistía en salir a beber con famosos a los que todavía no les habíamos faltado al respeto —e incluso algunos a los que sí se lo habíamos faltado se prestaban, imaginaos— y entrevistarlos a medida que se emborrachaban. Era asombroso lo que salía, y Katie lo registraba todo en su monísimo iPhone rosa.

En principio ella también se emborrachaba, pero tenía la habilidad de dejar invariablemente tres cuartos de copa cuando se marchaba de un local para ir a otro. Los famosos casi nunca se daban cuenta. En lo que se fijaban era en el óvalo perfecto de su rostro, su mata de pelo trigueño y sus grandes ojos grises, que siempre transmitían el mismo mensaje: Caray, qué interesante eres. Iban derechos al matadero pese a que Katie había puesto fin de hecho a media docena de carreras desde su incorporación a la plantilla de *Circus* unos dieciocho meses antes de subir yo a bordo. Su entrevista más famosa era a un humorista para todos los públicos que opinó de Michael Jackson: «Ese tonto del culo aspirante a blanco está mejor muerto».

—Supongo que te ha negado el aumento, ¿eh? —Katie señaló hacia el despacho de Jeroma con el mentón.

—¿Cómo sabes que he ido a pedirle un aumento? ¿Te lo he dicho yo? —Hechizado por aquellas brumosas esferas, podría haberle dicho cualquier cosa.

—No, pero todo el mundo lo sabía, y todo el mundo sabía que ella se negaría. Si accediera, se lo pedirían todos los demás. Negándoselo al que más lo merece, nos calla la boca a todos.

Al que más lo merece. Eso me provocó un ligero escalofrío de placer. Sobre todo por venir de Katie.

—Entonces ¿vas a quedarte?

—De momento —respondí. Hablando por la comisura de los labios. A Bogart siempre le daba resultado en las películas antiguas, pero Katie se levantó y se sacudió una hebra inexistente del top en el abdomen cautivadoramente liso.

- Tengo un artículo que escribir. Vic Albini. Dios, cómo empinaba.
- El héroe de la movida gay —comenté.
- Flash informativo: no es gay. —Me dirigió una misteriosa sonrisa y se alejó dejándose allí sumido en la duda. Pero en realidad sin desear saberlo.

Permanecí inmóvil durante diez minutos frente al documento en blanco de Bump DeVoe, hice una salida en falso, la borré y permanecí inmóvil otros diez minutos. Sentía los ojos de Jeroma en mí y sabía que esbozaba una sonrisa burlona, aunque fuera para sus adentros. Me era imposible trabajar con esa mirada fija en mí aun si solo me lo estaba imaginando. Decidí marcharme a casa y escribir allí el texto sobre DeVoe. A lo mejor se me ocurría algo en el metro, que para mí era siempre un buen sitio donde pensar. Hice ademán de cerrar el portátil, y fue entonces cuando volvió a venirme la inspiración, igual que la noche en que concebí la nota sobre Jack Briggs partiendo camino de ese gran bufé del cielo para la flor y nata de su profesión. Decidí que dejaría el empleo, y al carajo las consecuencias, pero no me marcharía en silencio.

Descarté el documento en blanco de DeVoe y creé uno nuevo que titulé NECRO DE JEROMA WHITFIELD. Lo escribí de corrido. Doscientas palabras emponzoñadas que vertí en la pantalla mediante mis dedos.

Jeroma Whitfield, conocida como Jerri entre sus amigos (según la información obtenida, tuvo un par en preescolar), ha muerto hoy a las...

Consulté el reloj.

... 10.40 h. Según sus compañeros de trabajo presentes en el lugar del hecho, se ha asfixiado con su propia bilis. Pese a graduarse suma cum laude en Vassar, Jerri pasó los últimos tres años de su vida haciendo la calle en la Tercera Avenida, donde supervisaba a un grupo de poco más o menos veinticinco galeotes, todos con más talento que ella. Deja marido, a quien el personal de Neon Circus conoce como el Sapo Castrado, y un hijo, un cabronzuelo de lo más feo a quien el personal llama afectuosamente Pol Pot. Todos sus compañeros de trabajo coinciden en que Jerri, si bien carecía del menor asomo de talento, poseía una personalidad autoritaria y despiadada que compensaba sobradamente esa carencia. Se sabe que su voz estridente provocaba derrames cerebrales, y su falta de sentido del humor era legendaria. Sapo y Pot piden a sus conocidos que, en lugar de expresar su regocijo por su fallecimiento enviando flores, manden caramelos de eucalipto a los niños hambrientos de África. Se celebrará un oficio fúnebre en las

oficinas de Neon Circus, donde los jubilosos supervivientes pueden intercambiar preciados recuerdos y cantar juntos: «Ding Dong, la bruja ha muerto».

Al empezar esta diatriba, mi intención era imprimir una docena de copias, pegarlas con celo por todas partes —incluidos los cuartos de baño y los dos ascensores— y a continuación decir «adiós para siempre, no me gustaría estar en tu pellejo» tanto a las oficinas de *Neon Circus* como a la Reina del Caramelo contra la Tos. Tal vez incluso lo habría hecho de no haber releído lo que acababa de escribir y descubierto que no tenía gracia. No tenía la más mínima gracia. Era obra de un niño con una rabieta. Lo que me llevó a preguntarme si *todas* mis necros habían sido tan poco graciosas y estúpidas como esa.

Por primera vez (quizá no lo creáis, pero os juro que es verdad) se me ocurrió pensar que Bump DeVoe había sido una *persona real*, y que en algún sitio podía haber gente llorando su desaparición. Lo mismo podía decirse seguramente de Jack Briggs... y de Frank Ford (de quien yo había dicho que se distinguía por «agarrarse el paquete en *Tonight Show*»)... y de Trevor Wills, un astro de la telerrealidad que se suicidó después de que lo fotografiaran en la cama con su cuñado. *Circus* colgó alegramente online esas fotos, añadiendo solo una banda negra para cubrir las partes pudendas del cuñado (las de Wills estaban a buen recaudo, y probablemente ya adivinaréis dónde las tenía).

También se me ocurrió pensar que estaba dedicando los años más fecundos de mi vida desde el punto de vista creativo a un mal trabajo. Un trabajo vergonzoso, de hecho, palabra que a Jeroma Whitfield nunca se le habría pasado por la cabeza en ningún contexto.

En lugar de imprimir el documento, lo cerré, lo arrastré a la papelera y apagué el portátil. Pensé en regresar con paso enérgico al despacho de Jeroma y decirle que no estaba dispuesto a seguir escribiendo textos que serían el equivalente, en un niño pequeño, a lanzar caca contra la pared, pero una parte cauta de mi cerebro —el agente de tráfico que la mayoría de nosotros tenemos ahí— me aconsejó que esperara. Que me lo pensara dos veces y me asegurara plenamente.

Veinticuatro horas, dictaminó el agente de tráfico. Vete al cine esta tarde y luego consúltalo con la almohada. Si por la mañana piensas lo mismo, ve con Dios, hijo mío.

—¿Ya te marchas? —preguntó Katie frente a su portátil, y por primera vez desde mi primer día allí no paré en seco ante la mirada de aquellos grandes ojos grises. Me limité a dirigirle un saludo y salir.

Asistía a la primera sesión de *¿Teléfono Rojo?*, volamos hacia Moscú en el Film Forum cuando mi móvil empezó a vibrar. Como la sala, no más grande que una

habitación, estaba vacía excepto por mí, dos borrachos que roncaban, y un par de adolescentes que hacían ruidos de aspiradora en la última fila, me arriesgué a echar un vistazo a la pantalla del móvil y vi un mensaje de Katie Curran: **¡Deja lo que estés haciendo y llámame AHORA MISMO!**

Salí al vestíbulo sin lamentarlo mucho (aunque siempre me ha gustado ver a Slim Pickens descender a lomos de la bomba) y la llamé. No sería una exageración decir que las tres primeras palabras que salieron de su boca cambiaron mi vida.

—Jeroma ha muerto.

—¿Qué? —casi grité.

La vendedora de palomitas de maíz, sobresaltada, alzó la mirada por encima de su revista.

—¡Ha muerto, Mike! ¡Muerto! Se ha atragantado con uno de esos malditos caramelos de eucalipto que siempre andaba chupando.

Ha muerto a las 10.40 h, había escrito yo. Se ha asfixiado con su propia bilis.

Sin duda una simple coincidencia, pero más maléfica imposible. Dios había convertido a Jeroma Whitfield de puedo hacerlo en puedo lo hice.

—¿Mike? ¿Estás ahí?

—Sí.

—Jeroma no tenía segundo al mando. Eres consciente, ¿no?

—Ajá. —En ese momento me acordé de cuando me ofreció un caramelo, y cuando hizo castañetear el suyo contra los dientes.

—Así que asumo la responsabilidad de convocar una reunión del personal mañana a las diez. Alguien tiene que hacerlo. ¿Vendrás?

—No lo sé. Quizá no. —Me dirigía hacia la puerta de Houston Street. Antes de salir, me acordé de que me había dejado la cartera junto a la butaca y regresé a por ella, mesándome el cabello con la mano libre. La vendedora de palomitas me observaba ya con manifiesto recelo—. Esta mañana prácticamente había tomado la decisión de dejar el trabajo.

—Lo sabía. Te lo he visto en la cara cuando te ibas.

En otras circunstancias la idea de que Katie me mirara a la cara podría haber conseguido que se me trabara la lengua, pero no en ese momento.

—¿Ha muerto en el despacho?

—Sí. Eran ya casi las dos. Quedábamos cuatro en la redacción. En realidad, no estábamos trabajando; intercambiábamos anécdotas y rumores para pasar el rato. Ya sabes, lo de siempre.

Sí, lo sabía. Esas sesiones de cotilleo en la redacción eran una de las razones por las que iba a la oficina en lugar de quedarme trabajando en casa, en Brooklyn. Además de por la oportunidad de recrear la mirada en Katie, claro está.

—Tenía la puerta cerrada pero las persianas abiertas. —Como casi siempre. A menos que estuviera reunida con alguien a quien consideraba importante, Jeroma prefería tener vigilados a los vasallos—. He sospechado que ocurría algo cuando

Pinky ha dicho: «¿Qué le pasa a la jefa? Se ha puesto a bailar estilo Gangnam».

»Así que he mirado y, en efecto, se sacudía en su silla, agarrándose el cuello. De pronto se ha caído de la silla, y solo se le veían los pies, agitándose. Roberta ha preguntado qué debíamos hacer. Yo ni siquiera me he molestado en contestarle.

Irrumpieron en el despacho. Roberta Hill y Chin Pak Soo la levantaron por las axilas. Katie se situó detrás de ella y le aplicó la maniobra Heimlich. Pinky se quedó en la puerta haciendo aspavientos. El primer fuerte envite sobre el diafragma no sirvió de nada. Katie gritó a Pinky que telefoneara al 911 y lo intentó de nuevo. Al segundo envite uno de aquellos caramelos de eucalipto salió volando hasta el otro extremo del despacho. Jeroma respiró hondo una vez, abrió los ojos y pronunció sus últimas palabras (y muy apropiadas, en mi humilde opinión): «¿Qué coño?». A renglón seguido empezó a temblar otra vez toda ella y dejó de respirar. Chin le practicó la respiración artificial hasta que llegaron los auxiliares médicos, pero nada de nada.

—He mirado la hora en su reloj de pared cuando ha dejado de respirar —explicó Katie—. Ya sabes, ese artefacto retro espantoso, el de Huckleberry Hound. He pensado..., no sé, supongo que he pensado que quizá alguien me preguntara la hora de la muerte, como en *Ley y orden*. Qué cosas tan absurdas se le pasan a uno por la cabeza en momentos así. Eran las tres menos diez. No hace ni una hora, pero parece que hubiera pasado más tiempo.

—Entonces es posible que se haya asfixiado con el caramelo para la tos a las dos cuarenta —dijo. No a las *diez* cuarenta sino a las *dos* cuarenta. Sabía que era solo otra coincidencia, como el hecho de que *Lincoln* y *Kennedy* tengan el mismo número de letras; y el minuto cuarenta se produce veinticuatro veces al día. Aun así, no me gustó.

—Supongo, pero no veo qué importancia tiene eso. —Katie parecía molesta—. ¿Vendrás mañana o no? Mike, ven, te lo ruego. Te necesito.

¡Ser necesitado por Katie Curran! ¡Ay, ay, ay!

—Vale. Pero ¿puedes hacerme un favor?

—Supongo.

—Me he olvidado de vaciar la papelera del ordenador que estaba usando. El del fondo, junto al póster de la cena de Acción de Gracias. ¿Puedes vaciarla tú?

Esta petición no tuvo para mí sentido racional ni siquiera entonces. Solo quería que aquella necrológica de mal gusto desapareciera.

—Estás mal de la cabeza —dijo ella—, pero si me juras por tu madre que mañana a las diez estarás aquí, lo haré. Escucha, Mike, esto es una oportunidad para nosotros. Podríamos acabar siendo los dueños de una mina de oro en vez de solo trabajar en ella.

—Ahí me tendrás.

Estaba presente casi todo el mundo, excepto los colaboradores que trabajaban entre gente primitiva en los rincones más sombríos de Connecticut y New Jersey. Se presentó incluso Irving Ramstein, un individuo diminuto y rastnero que escribía una columna humorística titulada (no lo entiendo, así que no me lo preguntéis) Pollos Políticamente Incorrectos. Katie presidió la reunión con aplomo, anunciándonos que el espectáculo continuaría.

—Es lo que Jeroma habría deseado —dijo Pinky.

—A quién le importa un carajo qué habría deseado Jeroma —replicó Georgina Bukowski—. Yo solo quiero seguir recibiendo la paga. Además de un trozo del pastel, si existe una remota posibilidad.

Otros varios se sumaron a esa proclama —*;Pastel! ;Pastel! ;Un trozo del pastel!*— hasta que el vocerío era tal que la redacción parecía un motín en el comedor de una vieja película de presidiarios. Katie dejó que el alboroto siguiera su curso y finalmente los hizo callar.

—¿Cómo pudo morir asfixiada? —preguntó Chin—. La pastilla de goma salió.

—No era una pastilla de goma —corrigió Roberta—. Era uno de esos apestosos caramelos contra la tos que siempre estaba chupando. De cacalíptico.

—Fuera lo que fuese, salió volando cuando Kates le dio el abrazo de la vida. Todos lo vimos.

—Yo no —dijo Pinky—. Estaba al teléfono. Y me tenían en *espera*, joder.

Katie contó que había interrogado a uno de los auxiliares médicos —sin duda recurriendo a sus ojos grandes y grises para mayor efecto—, y este le había dicho que el episodio de asfixia tal vez hubiera desencadenado un infarto. Y aquí, en mi esfuerzo por atenerme a los dictados del profesor Higgins y mantener una exposición clara y directa de todos los hechos pertinentes, daré un salto en el tiempo para informar de que la autopsia practicada a nuestra Querida Líder demostró que ese había sido el caso. Si *Neon Circus* hubiese dado la noticia de la muerte de Jeroma, probablemente el titular habría sido LA PATATA DE LA MANDAMÁS HACE PUM.

Esa reunión fue larga y ruidosa. Haciendo ya gala de las aptitudes que la convertían en la aspirante natural a calzarse los zapatos Jimmy Choo de Jeroma, Katie les permitió dar rienda suelta a sus sentimientos (manifestados básicamente en forma de risotadas delirantes y semihistéricas) antes de decirles que volvieran al trabajo, porque el tiempo, la marea e internet no esperan a ningún hombre. Ni a ninguna mujer. Dijo que hablaría con los principales inversores de *Circus* antes de terminar la semana, y a continuación me invitó a entrar en el despacho de Jeroma.

—¿Preparando el terreno? —pregunté cuando se cerró la puerta—. ¿O el despacho, en este caso?

Me miró con lo que acaso fuera una expresión dolida. O tal vez simple sorpresa.

—¿Crees que quiero este trabajo? Yo soy *columnista*, Mike, igual que tú.

—Pero lo harías bien. Yo lo sé, y ellos también. —Señalé con la cabeza aquello que a duras penas podía llamarse sala de redacción, donde en ese momento todos andaban tecleando con dos dedos en los ordenadores o puestos al teléfono—. En cuanto a mí, soy solo el escritor de necros graciosas. O lo era. He decidido pasar a ser emérito.

—Creo entender por qué te sientes así. —Extrajo un papel del bolsillo de atrás del vaquero y lo desplegó. Supe qué era antes de que me lo entregara—. La curiosidad forma parte de este oficio, así que he echado un vistazo a tu papelera antes de vaciarla. Y he encontrado esto.

Cogí la hoja, volví a plegarla sin mirarla (no deseaba siquiera ver el texto impreso y menos aún releerlo) y me lo guardé en el bolsillo.

—¿Ya la has vaciado?

—Sí, y esa es la única copia en papel. —Se apartó el pelo de la cara y me miró. Tal vez no fuera la cara por la que se hicieron a la mar un millar de barcos, pero ciertamente podrían haberse hecho a la mar varias docenas, incluido uno o dos destructores—. Sabía que me lo preguntarías. Después de trabajar contigo durante un año y medio, entiendo que la paranoia forma parte de tu personalidad.

—Gracias.

—Sin ánimo de ofender. En Nueva York la paranoia es una táctica de supervivencia. Pero no es razón para abandonar lo que podría convertirse en un trabajo mucho más lucrativo en el futuro inmediato. Incluso tú debes de saber que una coincidencia rara, y reconozco que esta es bastante rara, es solo una coincidencia. Mike, necesito que sigas a bordo.

No *necesitamos* sino *necesito*. Había dicho que no preparaba el terreno; a mí me daba la impresión de que sí.

—No lo entiendes. Dudo mucho que fuera capaz de seguir haciéndolo aún si quisiera. Al menos con gracia. Todo sería... —Busqué la palabra y di con una de mi infancia—. Una caca.

Katie frunció el entrecejo en actitud pensativa.

—Quizá podría ocuparse Penny.

Penny Langston era una de esas colaboradoras residentes en entornos más sombríos, contratada por Jeroma a sugerencia de Katie. Yo tenía la vaga noción de que las dos se habían conocido en la universidad. Si era así, no podrían haber sido más distintas. Penny rara vez aparecía por la redacción, y cuando venía llevaba una vieja gorra de béisbol que nunca abandonaba su cabeza y tenía una sonrisa macabra que rara vez abandonaba su rostro. Frank Jessup, el de la sección deportiva con la cresta a lo mohawk, se complacía en decir que Penny siempre parecía a dos grados de estrés de perder la chaveta.

—Pero nunca sería tan graciosa como tú —prosiguió Katie—. Si no quieres escribir necrológicas, ¿qué te gustaría hacer? En el supuesto de que te quedes en *Circus*, y rezo para que así sea.

—Reseñas, quizá. Podrían quedarme graciosas, creo.

—¿Críticas feroces? —preguntó en un tono mínimamente esperanzado.

—Bueno..., sí. Es probable. Algunas. —Se me daba bien el sarcasmo, al fin y al cabo, y pensé que en cuestiones de sarcasmo seguramente podía superar a Joe Queenan por puntos, quizá incluso por goleada. Y al menos sería arremeter contra personas vivas que podían defenderse.

Apoyó las manos en mis hombros, se puso de puntillas y me plantó un tierno beso en la comisura de los labios. Si cierro los ojos, todavía hoy siento ese beso. Me miró con aquellos ojos grandes y grises, el mar en una mañana encapotada. Estoy seguro de que el profesor Higgins pondría cara de desaprobación ante esa observación, pero los hombres de tercera clase como yo rara vez recibían un beso de chicas de primera clase como ella.

—Piensa en la posibilidad de seguir con las necros, ¿vale? —Sus manos todavía en mis hombros. Su tenue aroma en mi nariz. Su busto a menos de tres centímetros de mi pecho, tan cerca que cuando respiró hondo, nuestros torsos se rozaron. También eso lo siento todavía hoy—. Esto no solo nos atañe a ti y a mí. Las próximas seis semanas van a ser críticas para la web y la plantilla. Así que *piénsalo*, ¿quieres? Incluso un mes más de necros nos iría bien. Daría tiempo a Penny, o a algún otro, a cogerle el tranquillo, con tu orientación. Y, oye, quizá no muera nadie interesante.

Solo que siempre moría alguien, y los dos lo sabíamos.

Probablemente le contesté que me lo pensaría. No me acuerdo. En realidad lo que estaba pensando era en darle un morreo allí mismo en el despacho de Jeroma, y al carajo si alguien nos veía desde la sala de redacción. Pero no lo hice. Fuera de las comedias románticas, los hombres como yo casi nunca hacen esas cosas. Dejé caer algún comentario y debí de marcharme, porque poco después tomé conciencia de que estaba en la calle. Me sentía noqueado.

Una cosa sí recuerdo: cuando llegué a una papelera en la esquina de la Tercera Avenida con la calle Cincuenta, rompé en pedazos la necro de broma que ya no era broma y la tiré.

Esa noche disfruté de una cena relativamente agradable con mis padres, me retiré a mi habitación —la misma a la que me iba enfurruñado los días que perdía mi equipo de la liga juvenil, nada más deprimente— y me senté ante mi escritorio. La manera más fácil de aliviar mi malestar, pensé, era escribir otra necro de una persona viva. ¿No dicen que hay que volver a subir al caballo de inmediato cuando te ha tirado? ¿O encaramarse de inmediato a lo alto del trampolín después de caer en plancha al intentar un salto de carpa? Lo único que necesitaba hacer era demostrar lo que ya sabía: vivimos en un mundo racional. Clavar agujas en muñecos de vudú no mata a nadie. Escribir el nombre de tu enemigo en un papel y quemarlo mientras recitas el padrenuestro del revés no mata a nadie. Las necrológicas en broma tampoco matan a

nadie.

No obstante, tuve la precaución de elaborar una lista de candidatos compuesta solo por gente sabidamente mala, como Faheem Darzi, que había reivindicado el atentado con bomba en un autobús en Miami, y Kenneth Wanderly, un electricista condenado por cuatro casos de violación con asesinato en Oklahoma. Consideré que Wanderly era la mejor opción en mi breve lista de siete nombres, y me disponía a pergeñar algo cuando me acordé de Peter Stefano, un cabrón despreciable donde los hubiera.

Stefano era productor de discos, y estranguló a su novia por negarse a grabar una canción que él había compuesto. Ahora cumplía condena en una cárcel de seguridad media cuando debería haber estado en un centro de detención clandestino en Arabia Saudí alimentándose de cucarachas, bebiendo su propia orina y escuchando a Anthrax a todo volumen a altas horas de la madrugada. (Es solo mi humilde opinión, claro está). La mujer a quien asesinó era Andi McCoy, casualmente una de mis cantantes preferidas de todos los tiempos. Si me hubiese dedicado a escribir necros en broma cuando ella murió, jamás habría escrito la suya; la idea de que su voz vibrante, fácilmente comparable a la de Joan Baez en su juventud, pudiera haber sido acallada por aquel idiota de talante autoritario seguía enfureciéndome cinco años después. Dios concede esas magníficas cuerdas vocales solo a unos cuantos elegidos, y Stefano había destruido las de McCoy en un arranque de despecho inducido por las drogas.

Abrí mi portátil, escribí NECRO DE PETER STEFANO en la casilla correspondiente y bajé el cursor hasta el principio del documento en blanco. Una vez más las palabras brotaron sin interrupción, como agua de una tubería rota.

Peter Stefano, productor discográfico sin talento y negrero, fue hallado muerto en su celda de la penitenciaría estatal de Gowanda ayer por la mañana, y todos exclamamos hurra. Aunque no se ha difundido la causa oficial de la muerte, una fuente de la prisión declaró: «Según parece, su glándula del odio anal reventó, propagándose así por todo su cuerpo el veneno del ojo del culo. Para el lego, digamos que sufrió una reacción alérgica a su propia mierda miserable».

Si bien Stefano pisó el cuello a muchos grupos y solistas, destaca especialmente por arruinar las carreras de los Grenadiers, los Playful Mammals, Joe Dean (que se suicidó cuando Stefano se negó a renegociar su contrato) y, por supuesto, Andi McCoy. No contento con echar por tierra su carrera, Stefano la estranguló con el cable de una lámpara en pleno colocón de metanfetaminas. Deja tres ex esposas agradecidas, cinco ex socios y dos compañías discográficas que consiguió no llevar a la quiebra.

Seguía en ese tono a lo largo de otras cien palabras poco más o menos, y no fue

uno de mis esfuerzos más afortunados (obviamente). Me dio igual, porque me pareció lo apropiado. No solo porque Peter Stefano era un mal hombre. Me pareció lo apropiado como *escritor*, pese a que era mala prosa y parte de mí sabía que aquello no estaba bien. Puede dar la impresión de que esto es desviarse del tema, pero creo (en realidad lo sé) que esto es el eje de esta historia. Escribir es difícil, ¿vale? Al menos lo es para mí. Y sí, ya sé que la mayoría de los machacas hablan de lo duro que es su trabajo, sean carniceros, panaderos, fabricantes de candelabros o escritores de necrológicas. Pero a veces el trabajo no es duro. A veces es llevadero. Cuando pasa eso, uno se siente como cuando está en la bolera, ve rodar la bola exactamente por la trayectoria correcta, y sabe que va a hacer un pleno.

Matar a Stefano en mi ordenador se me antojó como hacer un pleno.

Esa noche dormí como un niño. Tal vez en parte se debiera a que tenía la sensación de haber hecho algo para expresar mi propia rabia y consternación por esa pobre chica asesinada, el estúpido derroche de semejante talento. Pero tuve la misma sensación cuando escribía la necro de Jeroma Whitfield, y ella solo se negó a concederme un aumento de sueldo. Sobre todo era por el hecho de escribir en sí mismo. Sentía el poder, y sentir el poder era satisfactorio.

Al día siguiente, durante el desayuno, mi primera parada informática no fue *Neon Circus* sino el *Huffington Post*. Casi siempre lo era. Nunca me molestaba en visitar la sección de famosos ni las fotos de escotes sugerentes (para ser fracos, *Circus* hacía esas dos cosas mucho mejor), pero las noticias de cabecera del *Huffpo* son siempre escuetas, concisas y de rabiosa actualidad. El primer artículo trataba de un gobernador del Tea Party que había hecho unas declaraciones que el *Huffpo* consideraba previsiblemente escandalosas. Con el siguiente, la taza de café se detuvo a medio camino de mis labios. Además, se me cortó la respiración. El titular rezaba

PETER STEFANO ASESINADO DURANTE UN ALTERCADO EN LA BIBLIOTECA.

Dejé el café sin probar —cuidadosamente, muy cuidadosamente, sin derramar una gota— y leí la noticia. Stefano y el preso de confianza encargado de la biblioteca habían discutido porque en el sistema de sonido se oía música de Andi McCoy. Stefano dijo al bibliotecario que dejara de provocarlo y «quitara esa mierda». El preso de confianza se negó, aduciendo que él no provocaba a nadie, sino que había cogido el CD al azar. La discusión subió de tono. Fue entonces cuando alguien se acercó a Stefano por detrás y puso fin a su vida con un pincho carcelario.

Por lo que pude deducir, lo habían asesinado aproximadamente en el momento en que yo acababa de escribir su necro. Miré mi café. Levanté la taza y tomé un sorbo. Estaba frío. Corré al fregadero y vomité. A continuación telefoneé a Katie y le dije que no acudiría a la reunión pero que me gustaría quedar con ella más tarde.

—Dijiste que vendrías —contestó ella—. ¡Estás faltando a tu promesa!

—Por una buena razón. Quedemos a tomar un café esta tarde y te lo explicaré.

Al cabo de un silencio, ella dijo:

—Ha vuelto a pasar. —No era una pregunta.

Lo admití. Le conté que había preparado una lista de «tipos que merecen la muerte», y de pronto me accordé de Stefano.

—Así que escribí su necro, solo para demostrarme que yo no tenía nada que ver con la muerte de Jeroma. Terminé más o menos a la misma hora a la que lo apuñalaron en la biblioteca. Te llevaré el texto impreso, con el registro horario, si quieres verlo.

—No necesito ver el registro horario; acepto tu palabra. Quedemos, pero no a tomar un café. Ven a mi casa. Y trae la necrológica.

—Si crees que vas a colgarla on-line...

—No, por Dios, ¿estás loco? Solo quiero verla con mis propios ojos.

—De acuerdo. —Más que de acuerdo. Su casa—. Pero ¿Katie?

—Sí?

—No puedes contárselo a nadie.

—Claro que no. ¿Por quién me tomas?

Por una persona de ojos hermosos, piernas largas y pechos perfectos, pensé a la vez que colgaba. Debería haber sabido que estaba metiéndome en un lío, pero no pensaba con claridad. Pensaba en el cálido beso en la comisura de los labios. Quería otro, y no en la comisura. Más lo que viniera después.

Katie vivía en un ordenado piso de tres habitaciones en el West Side. Salió a recibirmé a la puerta, vestida con pantalón corto y una blusa diáfana, un atuendo decididamente inapropiado para el trabajo. Me rodeó con los brazos y dijo:

—Dios mío, Mike, que *mala* pinta tienes. Lo siento mucho.

La abracé. Me abrazó. Busqué sus labios, como dicen en las comedias románticas, y apreté los míos contra los suyos. Después de unos cinco segundos poco más o menos —interminables e insuficientes— se apartó y me miró con aquellos ojos grandes y grises.

—Tenemos *mucho* de que hablar. —Sonrió—. Pero podemos hablar de ello más tarde.

Lo que siguió fue lo que los frikis como yo rara vez experimentan, y cuando lo experimentan suele haber un motivo ulterior. Aunque de entrada los frikis como yo no pensamos en las consecuencias. De entrada, somos como cualquier otro hombre de este mundo: la cabeza grande se va de paseo, la cabeza pequeña se impone.

Sentados en la cama.

Bebiendo vino en lugar de café.

—Esto es algo que vi en el periódico el año pasado, o el anterior —dijo ella—.

Un tipo de algún estado de tierra adentro, no sé cuál, Iowa, Nebraska..., compra un número de lotería al salir del trabajo, uno de esos en los que hay que rascar, y gana cien mil dólares. A la semana siguiente compra un número del Powerball y gana ciento cuarenta millones.

—¿Cuál es tu razonamiento? —Veía su razonamiento, y me daba igual. La sábana había resbalado y dejaba a la vista sus pechos, tan firmes y perfectos como yo había imaginado.

—Dos veces *todavía* puede ser una coincidencia. Quiero que lo hagas otra vez.

—No creo que sea sensato. —Incluso a mí me sonó poco convincente. Tenía al alcance de la mano una chica guapa íntegramente para mí, pero de pronto no estaba pensando en la chica guapa. Pensaba en una bola que avanzaba por la pista de una bolera, en la trayectoria correcta, y en mi sensación mientras la observaba, consciente de que transcurridos dos segundos los bolos saldrían despedidos en todas direcciones.

Se volvió de costado y me miró con expresión seria.

—Si esto está ocurriendo de verdad, Mike, es todo un *acontecimiento*. El mayor acontecimiento de la historia. ¡El poder sobre la vida y la muerte!

—Si estás pensando en utilizarlo en la web...

Katie movió la cabeza en un vehemente gesto de negación.

—Nadie se lo creería. Aun si alguien se lo creyera, ¿cómo iba a beneficiarse *Circus*? ¿Organizando una encuesta? ¿Pidiendo a los lectores que mandaran nombres de tipos malos que merecían el hachazo?

En eso se equivocaba. La gente participaría de muy buena gana en Vota por la Muerte 2016. Sería más sonado que *Operación Triunfo*.

Entrelazó los brazos en torno a mi cuello.

—¿Quién más aparecía en tu lista de víctimas antes de pensar en Stefano?

Hice una mueca.

—Preferiría que no la llamasases así.

—Como quieras, pero dímelo.

Empecé a enumerar los nombres, pero cuando llegué a Kenneth Wanderly, me detuve. Ahora aquellos ojos grises no solo parecían un cielo encapotado; parecían un cielo tormentoso.

—¡Ese! ¡Escribe esa necrológica! Yo consultaré la información de fondo en Google, para que quede redonda, y...

A regañadientes, me desprendí de sus brazos.

—¿Para qué molestarse, Katie? Ya está en el pasillo de la muerte. Dejemos que el estado se ocupe de él.

—¡Pero no se ocupará! —Se levantó de la cama de un salto y empezó a pasearse de aquí para allá. Era una visión hipnótica, de más está decirlo. Aquellas largas piernas, ay, ay, ay—. ¡No se ocupará! ¡En Oklahoma no se han cargado a nadie desde la pifia en aquella ejecución de hace dos años! Kenneth Wanderly violó y mató a cuatro chicas..., las *torturó* hasta matarlas, y ahí seguirá, comiéndose todavía la

empanada de carne del estado cuando tenga sesenta y cinco años. Hasta que se muera durmiendo.

Regresó a la cama y se puso de rodillas.

—¡Hazlo por mí, Mike! ¡Te lo ruego!

—¿Por qué es tan importante para ti ese hombre?

Toda expresión de vida abandonó su rostro. Se sentó sobre los talones y bajó la cabeza; el cabello formó una cortina ante su cara. Permaneció así quizá durante diez segundos, y cuando volvió a mirarme, su belleza no había desaparecido, pero sí se veía empañada. *Marcada*. Eso no se debía solo a las lágrimas que corrían por sus mejillas; se debía a que tenía la boca desencajada por la vergüenza.

—Porque yo sé lo que es eso. Me violaron cuando estudiaba en la universidad. Una noche después de una fiesta en una fraternidad estudiantil. Te pediría que escribieras la necrológica de ese, pero no llegué a verlo. —Tomó aire con un trémulo suspiro—. Se me acercó por detrás. Estuve boca abajo todo el tiempo. Pero Wanderly me servirá de sobra como sucedáneo.

Aparté la sábana.

—Enciende el ordenador.

Kenneth Wanderly, el violador cobarde y calvo, a quien solo se le empinaba cuando tenía atada a su presa, ahorró a los contribuyentes un puñado de dólares suicidándose en su celda del pasillo de la muerte de la penitenciaría estatal de Oklahoma a primeras horas de esta mañana. Los celadores han hallado a Wanderly (cuya fotografía aparece junto a «pedazo de mierda inútil» en el Urban Dictionary) ahorcado con una soga improvisada, hecha con su propio pantalón. El director de la prisión, George Stockett, ha decretado inmediatamente una cena especial de celebración en el comedor general mañana por la noche, seguida de un baile. A la pregunta de si el Pantalón del Suicidio se enmarcará y se colocará junto con otros trofeos de la penitenciaría, el director Stockett se ha negado a contestar, pero ha guiñado el ojo a los periodistas reunidos en la apresurada rueda de prensa.

Wanderly, una enfermedad disfrazada de neonato, vino al mundo el 27 de octubre de 1972 en Danbury, Connecticut...

¡Otro texto bodriástico de Michael Anderson!

La peor de mis necros para Hablando mal de los muertos era más graciosa y más cáustica (si no lo creéis, comprobadlo vosotros mismos), pero eso daba igual. Una vez más las palabras salieron a borbotones, y con esa misma sensación de poder perfectamente equilibrado. En un momento dado, en algún rincón recóndito de mi mente, tomé conciencia de que eso se asemejaba más a arrojar una lanza que a impulsar una bola en una bolera. Una lanza con la punta bien afilada. También Katie lo percibió. Sentada junto a mí, crepitaba como electricidad estática en un cepillo

para el pelo.

La siguiente parte es difícil de escribir, porque me lleva a pensar que dentro de todos nosotros anida un pequeño Ken Wanderly, pero, como no hay manera de contar la verdad si no es contándola, hela aquí: nos puso cachondos. En cuanto acabé, la envolví en un brusco abrazo, muy poco propio de un friki, y la lleve en volandas a la cama. Katie entrelazó los tobillos por detrás de mis riñones y las manos en mi nuca. Creo que ese segundo asalto tal vez durara cincuenta segundo largos, pero los dos nos corrimos. Y a gusto. A veces la gente da asco.

Ken Wanderly era un monstruo, ¿vale? Eso no es opinión mía exclusivamente; él mismo utilizó esa palabra para describirse cuando lo confesó todo en un baldío esfuerzo para eludir la pena de muerte. Podría aducir eso como excusa para lo que hice —lo que *hicimos*—, excepto por un detalle.

Escribir su necrológica fue incluso mejor que el sexo que vino después.

Me llevó a desear repetirlo.

Cuando desperté a la mañana siguiente, Katie estaba sentada en el sofá con su portátil. Me miró con expresión solemne y dio unas palmadas al cojín a su lado. Me senté y leí el titular del *Neon Circus* en la pantalla: OTRO CHICO MALO MUERDE EL POLVO, «KEN EL DEPRAVADO» SE SUICIDA EN SU CELDA. Solo que no se ahorcó. Había entrado a escondidas una pastilla de jabón —no se sabía cómo, porque en principio los reclusos solo tenían acceso a jabón líquido— y se la había encajado en la garganta.

—Dios santo —dije—. Qué muerte tan horrorosa.

—¡Bien! —Katie levantó las manos, cerró los puños y los agitó junto a las sienes—. ¡Excelente!

Había cosas que yo no deseaba preguntarle. La primera en la lista era si se había acostado conmigo exclusivamente para convencerme de que matara a un sucedáneo óptimo de su violador. Pero planteaos lo siguiente (yo me lo planteé): ¿habría servido de algo preguntarlo? Podría haberme dado una respuesta totalmente sincera, y aun así yo quizás no la habría creído. En circunstancias como esas, la relación tal vez no esté del todo envenenada, pero seguramente es de lo más enfermiza.

—No voy a hacerlo más —anuncié.

—De acuerdo, lo entiendo. —(No lo entendía).

—Así que no me lo pidas.

—No lo haré. —(Lo hizo).

—Y no puedes contárselo a nadie jamás.

—Ya he dicho que no lo contaría. —(Ya lo había contado).

Creo que una parte de mí sabía ya que esa conversación era un esfuerzo inútil, pero dije que vale y lo dejé correr.

—Mike, no es que quiera darte prisa, pero tengo un millón de cosas que hacer,

y...

—No te preocupes, colega. Ya me las piro.

En realidad *quería* marcharme. Quería caminar unos veinticinco kilómetros sin rumbo y pensar en el futuro inmediato.

En la puerta me agarró y me besó con fuerza.

—No te vayas enfadado.

—No lo estoy. —No sabía en qué estado me iba.

—Y ni se te ocurra abandonar tu puesto. Te necesito. He decidido que Penny no sería la adecuada para Hablando mal de los muertos, pero entiendo plenamente que necesites un descanso. He pensado que quizá... ¿Georgina?

—Quizá —dije. Pensé que Georgina era la peor redactora de la plantilla, pero en realidad ya no me importaba. Lo único que me importaba en aquel momento era no ver otra necrológica, y menos aún escribirla.

—En cuanto a ti, haz todas las reseñas malévolas que quieras. Jeroma ya no está para negarse, ¿no es así?

—Así es.

Me dio una sacudida.

—No lo digas así, mono de imitación. Muestra un poco de entusiasmo. El proverbial empuje de *Neon Circus*. Y dime que te quedarás. —Bajó la voz—. Podemos celebrar nuestras propias reuniones. *Privadas*. —Me vio bajar la mirada y dirigirla a la pechera de su bata. Complacida, se rio. Luego me dio un empujón—. Ahora vete. Lárgate de aquí volando.

Pasó una semana, y cuando uno trabaja para una web como *Neon Circus*, cada semana dura tres meses. Los famosos se emborrachan, los famosos van a rehabilitación, las famosas salen de limusinas sin bragas, los famosos se pasan la noche bailando, los famosos se casan, los famosos se divorcian, los famosos «se toman un descanso de la pareja». Un famoso se cayó a su piscina y se ahogó. Georgina escribió una necrológica sin ninguna gracia, y enseguida se recibieron incontables mensajes por Twitter y correo electrónico preguntando *Dónde está Mike*. En otro tiempo eso me habría halagado.

No visité el piso de Katie porque estaba muy ocupada para besuecos. De hecho, no se dejaba ver mucho. Tenía «reuniones», un par en Nueva York y otra en Chicago. En su ausencia, acabé de algún modo al frente de la redacción. No fui nominado, no hice campaña, no fui elegido. Sencillamente ocurrió. Mi consuelo era que con toda probabilidad las aguas volverían a su cauce cuando Katie regresara.

No me apetecía pasar mucho tiempo en el despacho de Jeroma (se me antojaba hechizado), pero, aparte de nuestro cuarto de baño unisex, era el único sitio donde podía reunirme con relativa privacidad con elementos del personal angustiados. Y el personal *siempre* estaba angustiado. La prensa digital sigue siendo prensa, y todo

empleado de una publicación es un manojo de complejos y neurosis a la antigua usanza. Jeroma los habría mandado a freír espárragos (pero, eh, coge un caramelo). Yo no podía hacer eso. Cuando empezaba a sentir que perdía la cordura, me recordaba que pronto volvería a ocupar mi habitual asiento junto a la pared y escribiría reseñas mordaces. Un interno más en el manicomio.

La única auténtica decisión que, según recuerdo, tomé aquella semana tuvo que ver con la silla de Jeroma. Me era del todo imposible acomodar el culo donde tenía ella el suyo cuando se asfixió con el Fatídico Caramelo para la Tos. La arrastré hasta la sala de redacción y entré la que consideraba «mi» silla, la del pupitre situado junto al póster de Acción de Gracias donde se leía: CAGA DONDE COMES, POR FAVOR. Era mucho más incómoda, pero al menos no me parecía hechizada. Además, tampoco escribía demasiado.

El viernes a media tarde Katie entró con andar majestuoso en la redacción; lucía un vestido resplandeciente, largo hasta las rodillas, que era la antítesis de sus habituales vaqueros y tops. El pelo le caía en elaborados bucles de peluquería. A mí me pareció..., bueno, una versión de Jeroma en más guapa. Acudió a mi memoria un recuerdo fugaz de *Rebelión en la granja* de Orwell, y el modo en que el cántico «cuatro patas bien, dos mal» se había convertido en «cuatro patas bien, dos mejor».

Katie nos reunió y anunció que la empresa Pyramid Media, de Chicago, iba a adquirirnos y habría aumentos de sueldo —módicos— para todos. Esto arrancó fervorosos aplausos. Cuando se apagaron, Katie añadió que Georgina Bukowski asumiría definitivamente la columna Hablando mal de los muertos, y que Mike Anderson era nuestro nuevo krítico kultural.

—Lo que significa —añadió— que desplegará las alas y volará sobre el paisaje cagándose donde le venga en gana.

Más fervorosos aplausos. Me levanté e hice una reverencia procurando dar una imagen alegre y diabólica. En ese sentido, yo estaba bateando con un promedio de .500. No conocía la alegría desde la muerte repentina de Jeroma, pero sí me sentía como el diablo.

—¡Ahora volved todos al trabajo! ¡Escribid algo para la eternidad! —Separó sus labios relucientes en una sonrisa—. Mike, ¿podemos hablar en privado?

En privado quería decir en el despacho de Jeroma (todos pensábamos en él en esos términos). Katie arrugó la frente cuando vio aquella silla detrás del escritorio.

—¿Qué hace ahí ese trasto espantoso?

—No me gustaba la idea de sentarme en el sitio de Jeroma —contesté—. Traeré la otra siquieres.

—Sí quiero. Pero *antes*... —Se acercó a mí, pero vio que las persianas estaban en alto y que nos observaban atentamente. Se conformó con apoyar una mano en mi pecho—. ¿Puedes venir a casa esta noche?

—Cómo no. —Aunque no me entusiasmaba tanto la perspectiva como quizá imaginéis. Cuando la cabeza pequeña no estaba al mando, habían seguido consolidándose mis dudas sobre las motivaciones de Katie. Y, debo admitir, me resultó un tanto inquietante que mostrara tal interés en tener otra vez en el despacho la silla de Jeroma.

Bajando la voz, pese a que estábamos solos, dijo:

—Supongo que no has escrito ninguna otra... —Sus labios relucientes formaron la palabra *necro*.

—Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza.

Eso era una mentira descarada. Escribir necros era lo primero que me venía a la cabeza cada mañana y lo último en que pensaba por la noche. La forma en que fluían las palabras. Y la sensación que la acompañaba: una bola rodando por la trayectoria adecuada en una bolera, un golpe de siete metros derecho al hoyo, una lanza clavándose exactamente allí donde había puesto el ojo. Diana, en pleno centro.

—¿Qué más has estado escribiendo? ¿Ya tienes alguna reseña? Me he enterado de que la Paramount va a sacar la última película de Jack Briggs y, según he oído, es aún peor que *Holy Rollers*. Eso *tiene* que ser tentador.

—No se puede decir que haya estado escribiendo —dijo—. He estado haciendo de *negro*. De negro para todos los demás. Pero no estoy hecho para redactor jefe. Ese es tu trabajo, Katie.

Esta vez ella no protestó.

Más tarde ese día alcé la vista desde la última fila, donde intentaba (y no conseguía) escribir una reseña sobre un CD, y la vi en el despacho, inclinada sobre su portátil. Movía los labios, y al principio pensé que debía de estar hablando por teléfono simultáneamente, pero no se veía ningún teléfono. Me asaltó la idea —casi con toda seguridad absurda, pero extrañamente difícil de abandonar— de que había encontrado un último alijo de caramelos de eucalipto en el cajón superior y estaba chupando uno.

Llegué a su piso poco antes de las siete, cargado de bolsas de comida china del Fun Joy. Esa noche ella no llevaba pantalón corto ni blusa diáfana; vestía un jersey y un pantalón caqui holgado. Además, no estaba sola. Sentada en un extremo del sofá (más bien en cuclillas, en realidad), se hallaba Penny Langston. Había prescindido de la gorra de béisbol, pero aquella extraña sonrisa suya, la que parecía decir *tócame y te mato*, seguía presente y bien activa.

Katie me dio un beso en la mejilla.

—He invitado también a Penny.

Eso saltaba a la vista, pero dije:

—Hola, Pens.

—Hola, Mike. —Voz floja de ratoncillo y sin el menor contacto visual, pero hizo

un animoso esfuerzo para que la sonrisa le quedara un poco menos espeluznante.

Volví a mirar a Katie. Enarqué las cejas.

—Dije que no había contado a nadie lo que eres capaz de hacer —comentó ella—. Eso..., digamos, no era del todo verdad.

—Y, digamos, yo ya lo sabía. —Dejé las bolsas blancas manchadas de grasa en la mesita de centro. Se me había ido el apetito, y pese al nombre del restaurante, Fun Joy, no esperaba gran diversión en los siguientes minutos—. ¿Vas a decirme a qué viene esto antes de que te acuse de incumplir tu promesa solemne y me largue?

—No te vayas. Por favor. Escúchame. Penny trabaja en *Neon Circus* porque convencí a Jeroma de que la contratara. La conocí cuando ella aún vivía aquí en la ciudad. Las dos formábamos parte de un grupo, ¿verdad, Pens?

—Sí —respondió Penny con su vocecilla de ratón. Se miraba las manos, entrelazadas tan fuertemente sobre el regazo que se le veían los nudillos blancos—. El Grupo del Santo Nombre de María.

—¿Qué es eso exactamente, para que yo lo entienda? —Como si de verdad hiciera falta preguntarlo. A veces cuando las piezas encajan, uno hasta cree oír el clic.

—Apoyo a mujeres violadas —respondió Katie—. Yo no llegué a ver a mi violador, pero Penny sí vio al suyo. ¿Verdad, Pens?

—Sí. Muchas veces. —Ahora Penny me miraba, y su voz cobraba potencia a cada palabra. Al final, casi gritaba y las lágrimas le bañaban las mejillas—. Fue mi tío. Yo tenía nueve años. Mi hermana tenía once. A ella también la violó. Dice Katie que puedes matar con las necrológicas. Quiero que escribas la suya.

No voy a reproducir lo que me contó, allí sentada en el sofá con Katie a su lado, que la tenía cogida de una mano e iba poniéndole sucesivos Kleenex en la otra. A menos que viváis en uno de los siete lugares de este país que carecen aún de recepción multimedia, ya habréis oído esa historia antes. Lo único que necesitáis saber es que los padres de Penny murieron en un accidente de tráfico, y ella y su hermana fueron enviadas a la casa del tío Amos y la tía Claudia. La tía Claudia se negó a oír cualquier queja contra su marido. El resto podéis imaginarlo vosotros mismos.

Yo deseaba hacerlo. Porque aquello era horrendo, ciertamente. Porque los individuos como el tío Amos debían pagar por cebarse en los más débiles y vulnerables, desde luego. Porque Katie quería que yo lo hiciera, por descontado. Pero en última instancia lo que más pesó fue el vestido tristemente bonito que Penny llevaba. Y los zapatos. Y la pizca de maquillaje aplicado de manera inexperta. Por primera vez en muchos años, quizás por primera vez desde que el tío Amos inició las visitas nocturnas a su habitación, diciéndole siempre que era «nuestro secretito», había intentado arreglarse para un ser humano del sexo opuesto. Digamos que me partió el corazón. Katie había quedado marcada por la violación, pero lo había superado. Algunas chicas y mujeres lo consiguen. Muchas no.

Cuando terminó, pregunté:

—¿Juras por Dios que tu tío de verdad hizo eso?

—Sí. Una vez y otra y otra más. Cuando teníamos ya edad para quedar embarazadas, nos obligaba a darnos la vuelta y lo hacía por... —No terminó la frase

—. Además, estoy segura de que Jessie y yo no éramos las únicas.

—Y nunca lo han pillado.

Movió la cabeza en un gesto de negación tan vehemente que se le agitaron los bucles húmedos.

—Vale. —Saqué el iPad de la cartera—. Pero tendrás que hablarme de él.

—Puedo hacer algo mejor.

Desprendió su mano de la de Katie y cogió el bolso más feo que he visto en la vida fuera de los escaparates de las tiendas de segunda mano de organizaciones benéficas. De él sacó una hoja de papel arrugada, tan manchada de sudor que se la veía mustia y semitransparente. Penny había escrito en ella a lápiz. Su letra curva semejaba la de un niño. Encabezaba el texto el título: AMOS CULLEN LANGFORD: SU NECROLÓGICA.

Este hombre, si es que puede llamárselo así, se dedicaba a violar niñas siempre que se le presentaba la ocasión. Murió lenta y dolorosamente de muchos cánceres en partes blandas del cuerpo. Durante la última semana le manaba pus de los ojos. Tenía sesenta y tres años y en sus últimas horas, cuando suplicaba que le administraran más morfina, sus gritos resonaban en la casa...

Había más. Mucho más. Su letra era la de un niño, pero el vocabulario era atroz, y en ese texto se había esmerado como en ninguno de los que había escrito para *Neon Circus*.

—No sé si esto dará resultado —dije a la vez que intentaba devolvérselo—. Creo que tengo que escribirla yo mismo.

—No se pierde nada con intentarlo, ¿no? —terció Katie.

Supuse que no. Mirando a Penny a la cara, dije:

—Yo ni he visto a ese individuo, y túquieres que lo mate.

—Sí —contestó ella, y ahora me miraba fijamente a los ojos—. Eso quiero.

—Estás decidida.

Ella asintió.

Me senté en el pequeño escritorio de Katie, coloqué la diatriba mortuoria escrita del puño y letra de Penny junto al iPad, abrí un documento en blanco e inicié la transcripción. Supe de inmediato que sí surtiría efecto. La sensación de poder era más intensa que nunca. La sensación de *apuntar*. Dejé de consultar la hoja después de la segunda frase y me limité a aporrear el teclado de la pantalla, incluyendo los puntos

principales. Acabé con la siguiente exhortación: *Se advierte a los asistentes al funeral —nadie podría llamarlos dolientes dadas las inefables predilecciones del señor Langston— que no envíen flores, pero se los anima a escupir sobre el ataúd.*

Las dos mujeres me miraban con los ojos muy abiertos.

—¿Dará resultado? —preguntó Penny, y ella misma ofreció la respuesta—. Sí. Lo he sentido.

—Quizá ya lo ha dado. —Dirigí mi atención a Katie—. Pídeme que vuelva a hacer esto, Kates, y me sentiré tentado de escribir tu necrológica.

Trató de sonreír, pero vi que se había asustado. No era esa mi intención (o al menos no lo creo), así que le cogí la mano. Se sobresaltó, hizo ademán de retirarla, pero al final me lo permitió. Tenía la piel fría y pegajosa.

—Es broma. Una broma de mal gusto, pero hablo en serio. Esto tiene que acabar.

—Sí —contestó ella, y tragó saliva ruidosamente: un *glup* de dibujos animados—. Por supuesto.

—Y nada de contarlo. A nadie. Nunca.

Asintieron de nuevo. Hice ademán de levantarme, y Penny se abalanzó sobre mí, empujándome contra la silla con tal ímpetu que estuvimos a punto de caer los dos al suelo. Su abrazo no fue afectuoso; fue más bien el agarrón de una mujer que se ahoga e intenta aferrarse a su rescatador. Estaba húmeda de sudor.

—Gracias —susurró con voz ronca—. Gracias, Mike.

Me fui sin decirle que no había de qué. Estaba impaciente por marcharme de allí. Ignoro si se comieron lo que llevé, pero lo dudo. Sí, sí, Fun Joy, allí diversión, ni en pintura.

Esa noche no dormí, y lo que me mantuvo en vela no fue pensar en Amos Langford. Tenía otras cosas de qué preocuparme.

Una era el eterno problema de la adicción. Me había ido del piso de Katie decidido a no utilizar nunca más ese terrible poder, pero era una promesa que ya me había hecho antes, y no estaba seguro de poder cumplirla, porque cada vez que escribía una «necro de un vivo», el impulso de repetirlo se intensificaba. Era como la heroína. Consúmela una o dos veces, y quizás puedas dejarlo. Sin embargo al cabo de un tiempo necesitas tomarla. Tal vez yo no había llegado aún a ese punto, pero me hallaba al borde del precipicio y lo sabía. Lo que había dicho a Katie era la verdad pura y dura: aquello tenía que acabar mientras yo aún pudiera dejarlo. En el supuesto de que no fuese ya demasiado tarde.

Mi otra preocupación no era tan lúgubre, pero tampoco era cosa de risa. En el metro, de regreso a Brooklyn, había acudido a mi mente un dicho de Benjamin Franklin que venía muy al caso: *Dos pueden mantener un secreto si uno de ellos está muerto.* Este lo conocíamos tres personas, y como yo no tenía intención de asesinar a Katie y a Penny por medio de necrológicas, ellas tenían en sus manos un secreto

francamente delicado.

Lo guardarían durante un tiempo, de eso estaba seguro. Penny tendría especial interés en ello si por la mañana recibía una llamada para informarla de que su querido tío Amos la había diñado. Pero ese tabú se debilitaría con el paso del tiempo. Se añadía además otro factor. Ambas eran no solo redactoras, sino redactoras de *Neon Circus*, lo que significaba que descubrir el pastel era lo suyo. Descubrir el pastel tal vez no fuera tan adictivo como matar a gente mediante necros, pero ejercía una potente atracción, como yo bien sabía. Tarde o temprano habría un bar, y demasiadas copas, y entonces...

¿Quieres escuchar una cosa verdaderamente delirante? Pero tienes que prometerme no contárselo a nadie.

Me imaginé a mí mismo sentado en la sala de redacción junto al póster de Acción de Gracias, ocupado en mi última reseña mordaz. Frank Jessup se acerca, se sienta y me pregunta si alguna vez me he planteado escribir la necrológica de Bashar al-Assad, el dictador sirio de cabeza pequeña, o —¡eh, mejor aún!— esa bola de sebo coreana, Kim Jong-un. A saber si un día Jessup no me pediría que liquidara al nuevo director técnico de los Knicks.

Traté de convencerme de que esto último era absurdo, y no lo logré. El chico de los deportes con su cresta a lo mohawk era un fervoroso hincha de los Knicks.

Existía una posibilidad aún más horrorosa (esta la concebí a eso de las tres de la madrugada). ¿Y si mi talento llegaba a oídos del funcionario gubernamental indebido? Parecía poco probable, pero ¿no había yo leído en algún sitio que el gobierno había experimentado con el LSD y el control mental en sujetos incautos allá por los años cincuenta? Una gente capaz de eso tal vez fuera capaz de todo. ¿Y si algún individuo de la Agencia de Seguridad Nacional se presentaba en *Circus* o allí en Brooklyn, en casa de mis padres, y yo terminaba haciendo un viaje solo de ida en jet privado a alguna base del Gobierno donde me instalarían en un apartamento privado (lujoso pero con guardias en la puerta) y me darían una lista de cabecillas de Al Qaeda o el Isis, junto con expedientes que me permitieran redactar necrológicas con todo lujo de detalle? A mi lado, los drones equipados con misiles quedarían obsoletos.

¿Demencial? Sí. Pero a las cuatro de la madrugada todo parece posible.

A eso de las cinco, justo cuando se filtraba en mi habitación la primera luz del día, sin proponérmelo me pregunté una vez más cómo había desarrollado ese talento no deseado ya de buen comienzo. Y cuánto hacía que lo poseía. Era imposible saberlo, ya que, por norma, la gente no escribe necrológicas de personas vivas. Eso no lo hacen ni siquiera en *The New York Times*, donde solo acumulan la información necesaria para tenerla a mano cuando muere alguien famoso. Tal vez había tenido esa facultad toda la vida, y si no hubiese escrito aquella lamentable broma de mal gusto sobre Jeroma, nunca lo habría descubierto. Pensé en cómo había acabado escribiendo para *Neon Circus*: mediante una necrológica no solicitada. De una persona ya muerta,

cierto, pero una necro es una necro. Y el talento solo quiere una cosa, ¿entendéis? Quiere salir. Quiere ponerse un esmoquin y bailar claqué por todo el escenario.

Con esa idea en la cabeza, me venció el sueño.

El teléfono me despertó a las doce menos cuarto del mediodía. Era Katie, y estaba alterada.

—Tienes que venir a la oficina —dijo—. Ahora mismo.

Me incorporé en la cama.

—¿Qué pasa?

—Te lo diré cuando llegues, pero sí voy a decirte algo ahora. No puedes volver a hacerlo.

—Obvio —dije—. Creo que eso ya te lo había dicho yo a ti. Y en más de una ocasión.

Si me oyó, hizo oídos sordos, limitándose a seguir atropelladamente.

—*Nunca más en la vida*. Aunque se tratara de Hitler, no podrías hacerlo. Si tu padre tuviera una navaja en la garganta de tu madre, no podrías hacerlo.

Cortó la comunicación sin darme opción a preguntar nada. No entendí por qué no manteníamos esa reunión de Código Rojo en su piso, que ofrecía mucha más intimidad que la hacinada redacción de *Neon Circus*, y solo se me ocurrió una explicación: Katie no quería quedarse a solas conmigo. Yo era un tío peligroso. Había hecho lo que ella y la otra superviviente a una violación habían querido, pero eso no cambiaba las cosas.

Ahora era un tío peligroso.

Me saludó con una sonrisa y un abrazo en atención a los pocos empleados presentes, que se trincaban sus Red Bulls posteriores al almuerzo y bregaban apáticamente ante sus portátiles, pero ese día las persianas del despacho estaban bajadas, y la sonrisa desapareció en cuanto nos hallamos detrás de ellas.

—Estoy muerta de miedo —dijo—. O sea, ya lo estaba anoche, pero mientras tú lo *hacías*...

—Digamos que uno se siente bien. Sí, ya lo sé.

—Pero ahora estoy mucho más asustada. Me vienen a la cabeza una y otra vez esos artefactos con muelles tensados que se aprietan para fortalecer las manos y los antebrazos.

—¿De qué me hablas?

No me lo dijo. No en ese momento.

—He tenido que empezar por el medio, por el hijo de Ken Wanderly, y seguir luego en una dirección y en la otra...

—¿Ken el Depravado tenía un *hijo*?

—Un hijo varón, sí. Deja de interrumpirme. He tenido que empezar por el medio, porque el artículo sobre el hijo es el primero con el que me he tropezado. Esta mañana salía en el *Times* una «notificación de defunción». Por una vez han escarbado en las webs. En el *Huffpo* o el *Daily Beast* van a rodar cabezas, porque ocurrió hace ya un tiempo. Supongo que la familia decidió esperar hasta después del entierro para dar la noticia.

—Katie...

—Calla y escucha. —Ella se inclinó—. *Hay daños colaterales*. Y la cosa va a peor.

—No...

Me tapó la boca con la palma de la mano.

—Cállate. De una puta. Vez.

Me callé. Apartó la mano.

—Jeroma Whitfield fue el punto de partida. Hasta donde he podido saber mediante Google, ella es la única en el mundo. *Era*, quiero decir. Pero hay montones de hombres que se llaman *Jerome* Whitfield, así que, gracias a Dios, fue la primera, o eso podría haberse sentido atraído por algunos de ellos. Algunos, como mínimo. Los más cercanos.

—¿Eso?

Me miró como si yo fuera idiota.

—El poder. Tu segunda... —Se interrumpió, creo que porque la palabra que acudió espontáneamente a su cabeza era *víctima*—. Tu segundo sujeto fue Peter Stefano. Tampoco es el nombre más corriente del mundo, pero no es absolutamente raro. Y ahora fíjate en esto.

Cogió unas cuantas hojas de su escritorio. Desprendió la primera del clip que las sujetaba y me la entregó. En ella aparecían tres necrológicas, todas de periódicos menores, uno de Pennsylvania, otro de Ohio y otro del norte del estado de Nueva York. El Peter Stefano de Pennsylvania había muerto de un infarto. El de Ohio se había caído de una escalera de mano. El de Nueva York, de Woodstock, había sufrido un derrame cerebral. Todos habían muerto el mismo día que el productor discográfico demente cuyo nombre compartían.

Me desplomé en la silla.

—No puede ser.

—Lo es. Lo bueno es que he descubierto más de veinte Peter Stefano a lo largo y ancho de Estados Unidos, y están bien. Creo que se debe a que todos viven más lejos de la penitenciaría de Gowanda. Eso era la zona cero. La metralla se dispersó desde ahí.

La miré atónito.

—El siguiente fue Ken el Depravado. Otro nombre poco común, gracias a Dios. Hay un buen puñado de Wanderlys en Wisconsin y Minnesota, pero supongo que eso era demasiado lejos. Solo que...

Me dio la segunda hoja. La encabezaba la noticia del *Times*: MUERE EL HIJO DEL ASESINO EN SERIE. Según la esposa, Ken Wanderly hijo se disparó accidentalmente mientras limpiaba una pistola, pero la nota señalaba que el «accidente» había ocurrido menos de doce horas después de la muerte de su padre. La posibilidad de que acaso se tratase de un suicidio quedaba al arbitrio del lector.

—Yo no creo que fuera un suicidio —dijo Katie. Por debajo del maquillaje se la veía muy pálida—. Tampoco creo que fuera lo que se dice un accidente. *La clave está en los nombres*, Mike. Te das cuenta, ¿no? Y eso no distingue sutilezas ortográficas, lo cual lo agrava aún más.

La necro (empezaba a aborrecer esa palabra) que seguía a la nota sobre el hijo de Ken el Depravado era de un tal Kenneth Wanderlee, de Paramus, New Jersey. Al igual que Peter Stefano de Pennsylvania (un inocente que probablemente nunca había matado nada más que el tiempo), Wanderlee de Paramus había muerto de un infarto.

Como Jeroma.

Yo tenía la respiración acelerada y sudaba copiosamente. Se me habían encogido las bolas hasta quedar reducidas poco más o menos al tamaño de huesos de melocotón. Me sentía al borde del desmayo, y también del vómito, pero logré contener lo uno y lo otro. Aunque más tarde sí vomité, y no poco, lo cual se prolongó durante una semana o más. Perdí cinco kilos. (Dije a mi madre, muy preocupada, que era la gripe).

—Y esto es ya el colmo —dijo Katie, y me entregó la última hoja. Aparecían diecisiete Amos Langford. El grupo más amplio estaba en la zona de Nueva York-New Jersey-Connecticut, pero también había muerto uno en Baltimore, otro en Virginia, y dos habían estirado la pata en Virginia Occidental. En Florida había tres.

—No —susurré.

—Sí —dijo ella—. Este segundo, el de Amityville, es el tío malvado de Penny. Da gracias de que Amos es también un nombre no muy corriente. Si se hubiese llamado James o William, podría haber cientos de Langford muertos. Quizá no miles, porque el efecto no llega más allá del Medio Oeste, pero Florida está a mil quinientos kilómetros, que es más de la distancia que alcanza cualquier señal de radio AM, al menos de día.

Las hojas me resbalaron de la mano y, meciéndose en el aire, cayeron al suelo.

—¿Ahora entiendes a qué me refería con lo de esos artefactos, esos tensores que la gente usa para fortalecer las manos y los brazos? Al principio quizás solo puedes juntar las empuñaduras una o dos veces. Pero si sigues ejercitándote, los músculos se hacen cada vez más fuertes. Eso es lo que está pasándote a ti. Estoy segura. Cada vez que escribes una necro de una persona viva, el poder es mayor y llega más lejos.

—Fue idea tuya —susurré—. Idea tuya, maldita sea.

Pero Katie no estaba dispuesta a aceptarlo.

—Yo no te dije que escribieras la necrológica de Jeroma. Eso fue idea tuya.

—Fue un capricho —protesté—. Una *cagada*, por Dios. ¡Yo no sabía qué iba a

ocurrir!

Solo que quizá eso no era verdad. Reviví mi primer orgasmo, en la bañera, con la ayuda de un poco de espumoso jabón Ivory. Yo no sabía qué hacía cuando bajé la mano y me la agarré... Solo lo sabía cierta parte de mí, una parte profunda e intuitiva. Hay otro viejo dicho, que no es de Benjamin Franklin: *Cuando el discípulo esté listo, aparecerá el maestro*. A veces llevamos el maestro dentro.

—Wanderly fue idea tuya —señalé—. También lo fue Amos el Rastrero de Medianoche. Y entonces tú sabías qué iba a pasar.

Se sentó en el borde del escritorio —ahora su escritorio— y me miró a la cara, cosa que no debió de ser fácil.

—Eso es verdad. Pero, Mike..., yo no sabía que iba a *propagarse*.

—Yo tampoco.

—Y es muy adictivo. Yo estaba a tu lado cuando lo hiciste y fue como respirar crac indirectamente.

—Puedo parar —dije.

Eso esperaba. Eso esperaba.

—¿Estás seguro?

—Bastante. Ahora tengo una pregunta para ti. ¿Puedes mantener la boca cerrada a este respecto? ¿Durante el resto de tu vida, pongamos?

Tuvo la gentileza de detenerse a pensarla. Por fin asintió con la cabeza.

—Tengo que hacerlo. Quizá esto de *Circus* sea una buena oportunidad para mí, y no quiero echarla a perder antes de consolidarme.

En otras palabras, solo se preocupaba de sí misma, ¿y qué cabía esperar? Es posible que Katie no estuviera chupando un caramelo de eucalipto de Jeroma, tal vez me había equivocado en eso, pero ocupaba la silla de Jeroma, tras el escritorio de Jeroma. Por no hablar ya de ese nuevo peinado con ondas de mírame y no me toques. Como tal vez habrían dicho los cerdos de Orwell, vaqueros bien, vestido nuevo mejor.

—¿Y qué hay de Penny?

Katie guardó silencio.

—Porque mi impresión de Penny..., la impresión que todo el mundo tiene de Penny, a decir verdad, es que le patina el embrague.

A Katie se le encendió la mirada.

—¿Te sorprende? Tuvo una infancia muy traumática, por si no lo pillaste. Una infancia de *pesadilla*.

—Me hago cargo, porque ahora yo estoy viviendo mi propia pesadilla. Así que ahórrate la empatía de grupo de apoyo. Yo solo quiero saber si mantendrá la boca cerrada. Para siempre, pongamos. ¿Lo hará?

Siguió un larguísimo silencio. Por fin Katie dijo:

—Ahora que su tío ha muerto, quizá deje de ir a las reuniones de supervivientes de violaciones.

—¿Y si no?

—Supongo que... en algún momento... si se tropezara con alguna mujer en un estado especialmente crítico, podría decirle que conoce a un hombre que quizás la ayudara a pasar página. No lo hará este mes, ni probablemente este año, pero...

No terminó. Nos miramos. Tuve la certeza de que me leyó el pensamiento en los ojos: había una manera segura, infalible, de cerrarle la boca a Penny.

—No —dijo Katie—. Ni se te ocurra, y no solo porque ella se merece su vida y cualquier cosa buena que pueda ocurrirle en el futuro. No sería solo ella.

Basándose en sus investigaciones, tenía razón a ese respecto. Penny Langston tampoco era un nombre supercorriente, pero Estados Unidos tenía más de trescientos millones de habitantes y algunas de las Penny o Penelope Langston que allí vivían serían las ganadoras de una lotería muy mala en caso de que yo decidiera encender mi portátil o iPad y escribir una nueva necro. Además, estaba el efecto «aproximación». El poder se había llevado a un Wanderlee además de un Wanderly. ¿Y si decidía llevarse a las Petula Langston? ¿Las Patsy Langford? ¿Las Penny Langley?

Además, estaba mi propia situación. Tal vez solo bastaba una necro más para que Michael Anderson sucumbiera totalmente a ese zumbido de alto voltaje. Solo de pensar en ello sentía deseos de hacerlo, porque así desaparecerían, aunque fuera solo pasajeramente, esos sentimientos de horror y consternación. Me imaginé a mí mismo escribiendo una necrológica de John Smith o Jill Jones para animarme, y las bolas se me contrajeron aún más ante la perspectiva de la carnicería en masa que se produciría.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Katie.

—Ya pensaré en algo —dije.

Así lo hice.

Esa noche abrí el atlas de carreteras de Estados Unidos publicado por Rand McNally, cerré los ojos y dejé caer el dedo. Por esa razón ahora vivo en Laramie, Wyoming, donde soy pintor de brocha gorda. Pintor de brocha gorda *principalmente*. En realidad tengo varios empleos, como tanta gente de las pequeñas ciudades del interior, lo que yo antes llamaba, con el desenfadado desdén de un neoyorquino, «tierra adentro». También trabajo a tiempo parcial para una empresa de jardinería, cortando césped, rastrillando hojas y plantando arbustos. En invierno retiro la nieve de los caminos de acceso y adecento los senderos de la estación de esquí Snowy Range. No soy rico pero me las apuesto. De hecho, un poco mejor que en Nueva York. Reíos tanto como queráis de la tierra adentro, pero vivir aquí sale mucho más barato, y pasan días enteros sin que nadie me haga un corte de mangas.

Mis padres no entienden por qué lo abandoné todo, y mi padre no se esfuerza en disimular su decepción; a veces habla de mi «estilo de vida a lo Peter Pan», y dice que lo lamentaré cuando cumpla los cuarenta y empiece a verme canas en el pelo. Mi

madre está igual de desconcertada, pero no lo desaprueba tanto. A ella nunca le gustó *Neon Circus*; pensaba que era un deplorable derroche de mis «aptitudes para la escritura». Probablemente tenía razón tanto en lo uno como en lo otro, pero hoy día uso esas aptitudes básicamente para hacer la lista de la compra. En cuanto a mi pelo, vi los primeros mechones grises incluso antes de marcharme de la ciudad, y no había cumplido aún los treinta.

Sin embargo, todavía sueño con escribir, y esos no son sueños agradables. En uno de ellos estoy sentado delante del portátil pese a que ya no tengo portátil. Estoy escribiendo una necrológica, y no puedo parar. En ese sueño tampoco quiero parar, porque la sensación de poder es más fuerte que nunca. Llego hasta *Una noticia triste, anoche murieron todas las personas del mundo que se llamaban John* y entonces despierto, a veces en el suelo, a veces gritando enredado entre las sábanas. En un par de ocasiones es raro que no haya despertado a los vecinos.

Nunca dejé mi corazón en San Francisco, pero sí dejé el portátil en mi querido Brooklyn. De todos modos, no pude renunciar a mi iPad (hablando de adicciones). No lo utilizo para enviar e-mails; cuando quiero ponerme en contacto con alguien, telefono. Si no es urgente, recurro a esa vetusta institución conocida como Servicio de Correos de Estados Unidos. Os sorprendería comprobar lo fácil que es recuperar el hábito de escribir cartas y postales.

No obstante, me gusta mi iPad. Tengo en él muchos juegos, además del sonido del viento que me ayuda a conciliar el sueño por la noche y la alarma que me despierta por la mañana. Tengo montones de música almacenada, unos cuantos audiolibros, muchas películas. Cuando nada de eso me entretiene, navego por internet. Ahí hay infinitas posibilidades para llenar el tiempo, como probablemente ya sabéis, y en Laramie el tiempo puede pasar despacio cuando no trabajo. Sobre todo en invierno.

A veces visito la web de *Neon Circus*, solo por los viejos tiempos. Katie hace un buen trabajo como directora —mucho mejor que Jeroma, que en realidad no poseía una gran visión—, y la web se mantiene alrededor del número cinco en la lista de sitios de internet más visitados. A veces incluso está uno o dos puntos por encima del *Drudge Report*; en general, permanece al acecho justo por debajo. Abunda la publicidad, así que a ese respecto les va bien.

La sucesora de Jeroma todavía escribe sus entrevistas Pillarse un pedo con Katie. Frank Jessup cubre aún la información deportiva; su artículo no del todo en broma sobre el deseo de ver una Liga de Fútbol Todo Esteroides recibió atención nacional y le valió una aparición en la ESPN, con cresta mohawk y todo. Georgina Bukowski escribió cinco o seis necrológicas de Hablando mal de los muertos sin ninguna gracia, y después Katie liquidó la columna y la sustituyó por Apuestas sobre la muerte de famosos, donde los lectores ganaban premios por predecir qué celebridades morirían

en los siguientes doce meses. Ahí Penny Langston actúa como maestra de ceremonias, y cada semana aparece una nueva foto de su cabeza sonriente en lo alto de un esqueleto bailando. Es la sección más popular de *Circus*, y cada semana los comentarios posteriores ocupan páginas y páginas. A la gente le gusta leer sobre la muerte, y le gusta escribir sobre ella.

Quién mejor que yo para saberlo.

Muy bien, esa es la historia. No espero que la creáis, ni tenéis que creerla; al fin y al cabo, esto es Estados Unidos. He intentado exponerla ordenadamente de todos modos. Tal como me enseñaron a exponer un suceso en mis clases de periodismo: sin florituras, ni cursiladas ni grandilocuencias. He procurado ser claro y directo. El principio lleva a la parte central, la parte central lleva al final. Vieja escuela, ¿entendéis? Cada cosa en su sitio. Y si el final os resulta un poco insustancial, podéis recordar el planteamiento del profesor Higgins. Solía decir que, en periodismo, siempre es el final de momento, y en la vida real el único punto final está en la sección de necrológicas.

Para Stewart O'Nan

He aquí una anécdota demasiado buena para no compartirla, y hace ya años que la cuento en mis apariciones en público. En casa es mi mujer quien se encarga de casi toda la compra —dice que, de lo contrario, nunca tendríamos verdura—, pero a veces me manda a por algo que se necesita con urgencia. Así que una tarde estaba yo en el supermercado del barrio con la misión de encontrar pilas y una sartén no adherente. Mientras deambulaba por el pasillo de artículos del hogar, después de detenerme a coger otros artículos de máxima necesidad (bollos de canela y patatas fritas), una mujer dobló por el extremo montada en uno de esos carritos motorizados. Era la arquetípica jubilada que se instala en Florida a pasar el invierno, de unos ochenta años, con una permanente perfecta, y de piel tan curtida y bronceada como un zapato cordobés. Me miró, desvió la mirada, y volvió a fijar los ojos en mí.

—Yo le conozco —dijo—. Usted es Stephen King. Escribe esas historias de miedo. No pasa nada, hay gente a la que le gustan, pero a mí no. A mí me gustan las historias edificantes, como aquella que se titulaba *Cadena perpetua*.

—Esa también la escribí yo —contesté.

—No, no la escribió usted —respondió ella, y se marchó.

La cuestión es que uno escribe unas cuantas historias de miedo y pasa a ser como la chica que vive en el camping de caravanas en la periferia del pueblo: se labra una reputación. Por mí no hay problema: pago las facturas y sigo divirtiéndome. Pueden llamarle cualquier cosa, como suele decirse, siempre y cuando no me llamen tarde para la cena. Pero el término «género» tiene poco interés para mí. Sí, me gustan las historias de terror. También me encantan las de misterio, las de suspense, las del mar, las novelas literarias y la poesía..., por mencionar solo unas pocas. También me gusta leer y escribir historias que me parecen graciosas, y eso no debería sorprender a nadie, porque el humor y el terror son hermanos siameses.

Hace no mucho oí a un hombre hablar de una carrera armamentística de fuegos artificiales en un lago de Maine, y se me ocurrió este cuento. Y por favor no lo veas como «color local», ¿vale? Ese es otro género por el que no estoy interesado.

Fuegos artificiales en estado de ebriedad

Declaración del señor Alden McCausland

Departamento de policía del condado de Castle

Declaración tomada por el jefe de policía, Andrew Clutterbuck

Agente responsable de la detención, Ardelle Benoit, también presente

11.15 – 13.20 h

5 de julio de 2015

Sí, podría decirse que mi madre y yo, después de la muerte de mi padre, íbamos mucho al campo a beber y a relajarnos. No lo prohíbe ninguna ley, ¿verdad que no? Si uno no se sienta al volante, claro está, y eso nunca lo hicimos. Además, podíamos permitírnoslo porque para entonces éramos lo que diríamos ricos ociosos. Nunca lo habríamos imaginado, siendo mi padre carpintero toda su vida. Se presentaba como «carpintero especializado», y mi madre siempre añadía: «Más entonado que especializado». Ese era su chistecito.

Mi madre trabajaba en la floristería Royce, en Castle Street, pero a jornada completa solo en noviembre y diciembre; tenía mano para aquellos adornos navideños, vaya si la tenía, y los arreglos florales funerarios tampoco se le daban nada mal. Ella misma se ocupó de la corona de mi padre, ¿lo sabíais? Llevaba una bonita cinta amarilla que decía: CUÁNTO TE QUISIMOS. Casi bíblico, ¿no os parece? La gente lloró al verla, incluso aquellos a los que mi padre les debía dinero.

Cuando acabé el instituto, empecé a trabajar en el taller mecánico de Sonny, equilibrando ruedas, cambiando el aceite y arreglando pinchazos. Antiguamente también llenaba los depósitos, pero ahora hay autoservicio, claro. También vendía un poco de hierba, bien está que lo admita. De eso hace muchos años, así que dudo que podáis presentar cargos, pero en los ochenta la venta al por mayor sin costes de transporte era un buen negocio, sobre todo en estas tierras. Siempre tenía calderilla de sobra para salir de juerga los viernes y los sábados por la noche. Me gusta la compañía de las mujeres, pero me he mantenido alejado del altar, al menos hasta la fecha. Supongo que si alguna ambición tengo, una sería ver el Gran Cañón, otra quedarme soltero de por vida, como dicen. Así menos problemas. Además, tengo que atender a mi madre. Ya sabéis lo que dicen, el mejor amigo de un chico es su...

Iré al grano, Ardelle, si eso es lo que quieras, pero tendrás que dejarme que lo haga a mi manera. Contaré la historia de pe a pa, y si alguien debe hacerse cargo, esa eres tú. Cuando íbamos juntos al cole, no callabas ni a tiros. La lengua te colgaba y te iba de un lado a otro, decía siempre la señorita Fitch. ¿Te acuerdas de ella? En cuarto. ¡Menudo personaje, para partirse de risa! ¿Te acuerdas de aquella vez que le pusiste un chicle en la puntera del zapato? ¡Ja!

¿Por dónde iba? Las salidas al campo, ¿no? Al lago Abenaki.

No es más que una cabaña de tres habitaciones con una pizca de playa y un

embarcadero viejo. Mi padre la compró en el 91, creo, cuando se embolsó un dinero extra con algún trabajo. Eso no bastó para pagar la entrada, pero cuando yo añadí los ingresos de mis remedios herbales, sí fue posible abonarla. Aunque aquel es un sitio bastante cutre, eso lo reconozco. Mi madre lo llamaba Hondonada de los Mosquitos, y nunca invertimos ni una moneda en arreglarla, pero mi padre se mantuvo bastante al día con los pagos. Cuando él no llegaba, mi madre y yo echábamos un cable. Ella despoticaba por tener que desprenderse del dinero de las flores, pero no mucho; le gustó ir allí desde el principio, a pesar de los bichos, las goteras y demás. Nos sentábamos en el porche, comíamos de picnic y veíamos pasar la vida. Ni siquiera entonces mi madre rechazaba unas latas de cerveza o una botella de licor de café, aunque en aquellos tiempos limitaba la bebida básicamente a los fines de semana.

La cabaña se acabó de pagar a principios de siglo, ¿y cómo no? Estaba en la orilla del lago próxima al pueblo —la orilla oeste—, y ya sabéis los dos cómo es aquello, todo juncos y bajíos, con mucho laurel. La orilla este es más bonita, con esas casas grandes de los veraneantes, e imagino que ellos miraban a través del lago las casuchas de nuestra orilla, todo chozas y cabañas y caravanas, y se decían que era una lástima cómo tenían que vivir los lugareños, sin siquiera una pista de tenis. Podían pensar lo que les viniera en gana. Por lo que a nosotros se refería, éramos tan buenos como el que más. Mi padre pescaba a veces desde la punta de nuestro embarcadero, y mi madre preparaba lo que él atrapaba en la cocina de leña, y a partir de 2001 (quizá 2002) tuvimos agua corriente y ya no había que salir corriendo al excusado en plena noche. Tan buenos como el que más.

Pensamos que dispondríamos de algo más de dinero para reformas en cuanto la cabaña estuviese pagada, pero luego pareció que nunca nos llegaba para eso; no nos explicábamos cómo desaparecía, porque por aquel entonces los bancos concedían muchos créditos a la gente que quería construir, y mi padre tenía trabajo continuo. Cuando murió de un infarto mientras trabajaba en Harlow, eso fue en 2002, mi madre y yo creímos que estábamos a dos velas. «Pero nos las arreglaremos —dijo ella—, y si se gastaba el dinero extra en putas, no quiero saberlo». Añadió que tendríamos que vender la cabaña de Abenaki, si es que encontrábamos a alguien tan mal de la cabeza como para comprarla.

—Empezaremos a enseñarla la primavera del año que viene —propuso—, antes de que incuben las moscas negras. ¿Te parece bien, Alden?

Contesté que sí, e incluso empecé a arreglarla. Llegué hasta a cambiar las tejas y sustituir las tablas más podridas del porche, y fue entonces cuando tuvimos nuestro primer golpe de suerte.

Mi madre recibió una llamada de una compañía de seguros de Portland y se enteró de por qué nunca parecía haber dinero extra una vez pagadas la cabaña y la hectárea de terreno. Nada de putas; mi padre había estado metiendo el dinero extra en un seguro de vida. Quizá tuvo lo que llaman una premonición. Cosas más raras se ven en el mundo a diario, como las lluvias de ranas o el gato con dos cabezas que vi en la

feria del condado de Castle —tuve pesadillas con eso, en serio— o ese monstruo del lago Ness. Fuera como fuese, nos cayeron del cielo setenta y cinco mil dólares con los que no contábamos y fueron a parar a nuestra cuenta del Key Bank.

Ese fue el Golpe de Suerte Numero Uno. Dos años después de esa llamada, dos años casi exactos, llegó el Golpe de Suerte Numero Dos. Mi madre tenía por costumbre comprar un billete de lotería de cinco dólares una vez por semana después de hacer la compra en el supermercado Normie. Lo había hecho durante años y nunca había ganado más de veinte dólares. Y un día, en 2004, el 27 de abajo coincidió con el 27 de arriba en un billete de la gorda de Maine, y Virgen santa, descubrió que esa coincidencia valía doscientos cincuenta mil dólares. «Pensé que iba a mearme encima», dijo. Pusieron su foto en el escaparate del supermercado. Quizá lo recordéis, la tuvieron allí dos meses por lo menos.

¡Un bonito cuarto de millón! Mejor dicho, ciento veinte mil después de pagar los impuestos, aun así... Invertimos en Sunny Oil porque mi madre dijo que el petróleo sería siempre una buena inversión, al menos hasta que desapareciera, y por entonces también nosotros habríamos desaparecido. En eso tuve que darle la razón, y la cosa salió bien. Esos fueron años de alto rendimiento en la bolsa, como quizás recordéis, y fue entonces cuando empezó nuestra vida de ocio.

Fue también cuando nos dimos en serio a la bebida. A veces bebíamos en la casa del pueblo, pero solo de cuando en cuando. Ya sabéis lo mucho que les gusta el chismorreo a los vecinos. Solo cuando prácticamente nos habíamos instalado en la Hondonada de los Mosquitos empezamos a pegarle de lo lindo. Mi madre dejó la floristería para siempre en 2009, y yo dije adiós muy buenas a eso de poner parches a los neumáticos y sustituir silenciadores al cabo de un año poco más o menos. A partir de ese momento no teníamos ya grandes razones para vivir en el pueblo, al menos hasta que llegara el frío; en el lago no hay caldera, ¿sabéis? Hacia 2012, cuando empezaron nuestros problemas con esos italianinis del otro lado del lago, nos marchábamos allí a mediados de mayo y nos quedábamos hasta Acción de Gracias o algo así.

Mi madre aumentó un poco de peso —se puso en los setenta, kilo arriba, kilo abajo—, y supongo que eso se debía en gran parte al licor de café; no llaman a esa bebida Fat ass in a glass porque sí. Pero ella decía que nunca había sido una Miss América, ni siquiera una Miss Maine. «Soy de esas chicas monas», le gustaba decir. Lo que al doctor Stone le gustaba decir, al menos hasta que mi madre dejó de visitarlo, era que lo que iba a ser si no dejaba de beber Allen's es una de esas chicas que mueren jóvenes.

—Eres un infarto en ciernes, Hallie —advirtió el médico—. O una cirrosis. Tienes ya diabetes tipo dos, ¿no te basta con eso? Te lo diré en pocas palabras: te conviene, primero, hacer una cura de desintoxicación y, luego, acudir a Alcohólicos Anónimos.

—¡Uf! —dijo mi madre cuando volvió—. Después de semejante rapapolvo,

necesito una copa. ¿Y tú, Alden?

Respondí que no me vendría mal, así que llevamos las sillas al final del embarcadero, como hacíamos muy a menudo, y pillamos una cogorza de padre y muy señor mío mientras contemplábamos la puesta de sol. Tan buenos como el que más, y mejores que muchos. Y oíd lo que os digo: todos nos morimos de algo, ¿es o no es? Los médicos a veces se olvidan de eso, pero mi madre lo sabía.

—Puede que ese hijo de puta macrobiótico tenga razón —dijo mientras volvíamos, tambaleantes, a la cabaña... Serían las diez, más o menos, y nos habían devorado los mosquitos a pesar del repelente con que nos habíamos rociado—. Pero al menos cuando me vaya sabré que he vivido. Además, no fumo, el tabaco es lo peor, como todo el mundo sabe. Sin fumar debería tener mecha aún para un tiempo, pero ¿qué será de ti después, Alden? ¿Qué vas a hacer cuando yo me muera y se acabe el dinero?

—No lo sé —contesté—, pero desde luego me gustaría ver el Gran Cañón.

Se echó a reír, me dio un codazo en las costillas y dijo:

—Ese es mi chico. Con esa actitud, nunca tendrás úlceras de estómago. Y ahora a dormir.

Eso hicimos, y nos despertamos hacia las diez del día siguiente y a eso de las doce empezamos a medicarnos para la resaca a base de cerveza Muddy Rudder. Yo no me preocupaba por mi madre tanto como el médico; pensaba que, divirtiéndose como se divertía, no podía morirse. Al final, vivió más que el doctor Stone, que murió una noche atropellado por un conductor borracho en el puente de Pigeon. A eso podría llamarse ironía o tragedia, o sencillamente es una de esas cosas de la vida. Lo que es yo, no soy filósofo. Eso sí, me alegré de que el médico no estuviera en ese momento con su familia. Y ojalá tuviera los pagos del seguro al día.

Bien, esos son los antecedentes. Ahora entremos en materia.

Los Massimo. Y aquella puta trompeta, y perdón por el vocabulario.

Yo lo llamo la Carrera Armamentista del Cuatro de Julio, y aunque en realidad no estuvo en plena marcha hasta 2013, en realidad empezó el año anterior. Los Massimo tenían la casa justo enfrente de la nuestra, una mansión blanca con columnas y un jardín que llegaba hasta su playa, que era de pura arena blanca, y no de grava como la nuestra. Aquella casa debía de tener diez o doce habitaciones. Veinte o más si contamos la casita de invitados. Lo llamaban Campamento Doce Pinos, por los abetos que rodeaban la casa principal y en cierto modo la envolvían.

¡Campamento! Jesús de mi alma, aquello era una mansión. Y sí, tenían pista de tenis. También de bádminton, y un espacio al lado para jugar a la herradura. Aparecían casi a finales de junio, y se quedaban hasta primeros de septiembre, en que cerraban el puto caserón. Un sitio de ese tamaño y lo dejaban vacío nueve meses de cada doce. No me lo podía creer. En cambio mi madre sí se lo creía. Decía que nosotros éramos «ricos por azar», pero los Massimo eran ricos de verdad.

—Solo que esas son ganancias ilícitas, Alden —decía ella—, y no hablo de una

plantación de hierba de mil metros cuadrados. Todo el mundo sabe que Paul Massimo tiene CONTACTOS. Siempre lo decía así, en mayúsculas.

Supuestamente el dinero salía de Construcciones Massimo. Lo consulté en internet y parecía lo más legal del mundo, pero eran italianos, y Construcciones Massimo tenía su sede en Providence, Rhode Island, y vosotros sois policías, así que podéis atar cabos. Como siempre dice mi madre, cuando sumas dos y dos, nunca sale cinco.

Cuando estaban allí, usaban todas las habitaciones de la gran casa blanca, eso sí os lo puedo decir. Y también las de la «casita de huéspedes». Mi madre los miraba al otro lado del lago y brindaba por ellos con su cerveza, una Sombrero o una Muddy Rudder, y decía que los Massimo salían más baratos la docena.

Sabían divertirse, eso lo reconozco. Organizaban barbacoas y batallas con pistolas de agua, y los adolescentes iban de aquí para allá en motos náuticas..., debían de tener media docena de esas máquinas, de colores tan vistosos que hacían daño a la vista si las mirabas demasiado rato. A última hora del día jugaban al fútbol, y normalmente había Massimos de sobra para formar dos equipos reglamentarios de once jugadores cada uno. Al final, cuando ya era tan de noche que no se veía el balón, cantaban. Por cómo berreaban, a menudo en italiano, se notaba que también ellos disfrutaban de una copa o de tres.

Uno tenía una trompeta, y acompañaba a los cantantes, todo el rato ua-ua-ua; vamos, como para echarse a llorar.

—Dizzy Gillespie no es —decía mi madre—. Alguien debería untar esa trompeta con aceite de oliva y metérsela por el culo. Podría tocar *Dios bendiga América* a pedos.

A eso de las once sonaba el Toque de Silencio y con eso daban el día por terminado. Dudo que los vecinos se hubieran quejado aunque el canto y los bocinazos de esa trompeta hubiesen seguido hasta las tres de la mañana; la mayoría de la gente en nuestra orilla del lago pensaba que ese hombre era el Tony Soprano de la vida real.

Al llegar el Cuatro de Julio de ese año —hablo de 2012—, yo tenía unas cuantas bengalas, dos o tres cajas de petardos y un par de truenos. Se los compré a Pop Anderson en Anderson's Cheery Flea Mart, al pie de la carretera de Oxford. No es que esté chivándome, eh. No a menos que seáis tontos de remate, y me consta que ninguno de los dos lo sois. Demonios, todo el mundo sabía que podían comprarse petardos en el Cheery Flea. Pero Pop solo vendía cosas pequeñas, porque por entonces los fuegos artificiales estaban prohibidos.

En fin, a lo que vamos. Allí estaban todos aquellos Massimo al otro lado del lago, corriendo, jugando al fútbol y al tenis, y haciéndose el calzón chino, los pequeños remando cerca de la orilla, los mayores zambulléndose desde su plataforma flotante. Mi madre y yo estábamos al final del embarcadero, sentados en las hamacas, tan tranquilos, con nuestros suministros patrióticos al lado. Cuando oscureció, le di una bengala, la encendí y luego encendí la mía con la suya. Las agitamos en la penumbra,

y pronto los niños de la otra orilla las vieron y empezaron a pedir las suyas a gritos. Los dos Massimo mayores las repartieron, y los niños nos devolvieron el saludo. Sus bengalas eran más grandes que las nuestras, y duraban más, y las puntas, tratadas con alguna sustancia química, producían distintos colores, mientras que las nuestras eran solo amarillas y blancas.

El italianini de la trompeta tocó —ua-ua—, como diciendo: «Así son las bengalas de verdad».

—Muy bien —dijo mi madre—. Puede que sus bengalas sean más grandes, pero echemos unos petardos, a ver qué les parece eso.

Los encendimos uno por uno y los lanzamos de forma que estallaran y brillaran antes de caer al lago. Los niños de Doce Pinos lo vieron y empezaron a reclamar otra vez los suyos a gritos. Así que algunos hombres de la familia Massimo entraron en la casa y volvieron con una caja. Estaba llena de petardos. Pronto los niños mayores fueron encendiéndolos, un paquete detrás de otro. Debían de tener doscientos paquetes en total, y estallaban como fuego de ametralladora, con lo que los nuestros quedaban bastante sosos.

Uaa-uaa, sonaba la trompeta, como diciendo: «Intentadlo otra vez».

—Vaya, vaya, monada —dijo mi madre—. Dame uno de esos truenos que te estabas guardando, Alden.

—De acuerdo —contesté—, pero ve con cuidado, mamá. Has tomado unas cuantas, y puede que mañana quieras verte todos los dedos en la mano.

—Tú dame uno y no te hagas el listo —insistió ella—. No nací ayer, y no me gusta cómo suena esa trompeta. Me juego lo que sea a que de estos no tienen, porque Pop no vende a los forasteros. Les ve la matrícula y dice que se le han acabado.

Le di uno y se lo encendí con mi Bic. La mecha chisporroteó, y mi madre lo lanzó por el aire a gran altura. Explotó con un destello tan intenso que nos dolieron los ojos y la detonación resonó por todo el lago. Encendí el otro y lo tiré como Roger Clemens. ¡Pum!

—Ahí tenéis —dice mi madre—. Ahora ya saben quién manda aquí.

Pero entonces Paul Massimo y sus dos hijos mayores avanzaron hasta el extremo de su embarcadero. Uno de ellos —un joven grande y guapo con una camiseta de rugby— llevaba la puñetera trompeta colgada al cinto en una especie de funda. Nos saludaron con la mano, y luego el padre dio algo a cada uno de los hijos. Estiraron los brazos para poder encender las mechas. Los lanzaron por encima del lago, y... ¡Dios Santo! ¡Aquellos no fueron un pum sino un buuum! Dos buuums, sonoros como dinamita, y con grandes destellos blancos.

—Eso no son truenos —comenté—. Son M-80.

—¿De dónde han sacado eso? —preguntó mi madre—. Eso no lo vende Pop.

Nos miramos y no hizo falta que lo dijéramos: Rhode Island. Seguramente en Rhode Island se conseguía de todo. Al menos si uno se llamaba Massimo.

El padre les entregó otros dos y los encendió. Luego se encendió uno también él.

Tres buuums, y el ruido fue tal que debió de asustar a todos los peces del Abenaki hasta el extremo norte, no me cabe duda. A continuación, Paul nos saludó con la mano, y el chaval de la trompeta sacó su instrumento de la funda como si fuera un revólver y dio tres largos trompetazos: uaaaa... uaaaa... uaaaa..., como diciendo: «Lo sentimos, yanquis muertos de hambre, a ver si tenéis más suerte el año que viene».

Tampoco podíamos hacer nada al respecto. Teníamos otro paquete de petardos, pero habrían quedado más bien ridículos después de aquellos M-80. Y en la otra orilla del lago aquella panda de italianinis aplaudían y jaleaban, y las chicas, con sus biquinis, brincaban. Poco después empezaron a cantar *Dios bendiga América*.

Mi madre me miró y yo miré a mi madre. Meneó la cabeza, y yo meneé la mía. Luego ella dijo:

—El año que viene.

—Sí —asentí—. El año que viene.

Levantó su vaso —esa noche, si no recuerdo mal, bebíamos Bucket Lucks— y yo levanté el mío. Brindamos por la victoria en 2013. Y así empezó la Carrera Armamentista del Cuatro de Julio. Pienso que sobre todo fue por la puta trompeta.

Perdón por el vocabulario.

En junio del año siguiente acudí a Pop Anderson y le expliqué mi situación; le dije que, en mi opinión, el honor de nosotros los de la orilla oeste debía salvaguardarse.

—En fin, Alden —dijo—, no sé qué tiene que ver con el honor quemar un puñado de pólvora, pero el negocio es el negocio, y si vuelves más o menos dentro de una semana, puede que tenga algo para ti.

Eso hice. Me llevó a su despacho y dejó una caja en la mesa. Tenía un montón de caracteres chinos.

—Este es un material que por norma no vendo —dijo—, pero tu madre y yo nos conocemos desde el colegio, donde me ayudaba con la ortografía y las tablas de multiplicar al lado de la estufa de leña. Te he traído unos artefactos muy potentes que llaman M-120, y no hay nada mucho más potente en cuestión de ruido a menos que quieras ponerte a lanzar cartuchos de dinamita. Incluye además una docena de estos otros. —Sacó un cilindro ensartado en lo alto de una varilla roja.

—Eso parece un cohete de botella —comenté—, solo que más grande.

—Ajajá, podríamos decir que este es el modelo de gama alta —dijo—. Los llaman «peonías chinas». Llegan el doble de alto y una vez arriba explotan con un destello de mil demonios..., rojo, morado, amarillo. Ponlos en una botella de coca-cola o de cerveza, igual que los cohetes corrientes, y apártate mucho, porque las mechas echarán chispas por todas partes cuando despeguen. Ten una toalla a mano para no provocar un incendio en la maleza.

—Vaya, fenomenal —comenté—. No tocarán la trompeta cuando vean esto.

—Te vendo la caja entera por treinta pavos —dijo Pop—. Sé que es caro, pero

también he añadido unos cuantos petardos y algunos surtidores. Estos puedes ponerlos en trozos de madera y hacerlos flotar. Una preciosidad, eso son.

—No se hable más —contesté—. Sería barato al doble de ese precio.

—Alden —dijo—, no te conviene hablarle así a un hombre que se dedica a este negocio.

Me lo llevé todo a la cabaña, y mi madre estaba tan entusiasmada que quiso encender un M-120 y una peonia china de inmediato. Yo rara vez le paraba los pies —habría sido muy capaz de pisotearme— pero esa vez sí lo hice.

—Si les das una mínima oportunidad a esos Massimo, se presentarán aquí con algo mejor —advertí.

Se detuvo a pensarlo. Luego me dio un beso en la mejilla y dijo:

—Oye, Alden, para no haber casi ni acabado el instituto tienes la cabeza sobre los hombros.

Así que llegó el glorioso Cuatro de Julio de 2013. El clan de los Massimo se había reunido al completo en Doce Pinos, como de costumbre, debían de ser veinticinco o más, y mi madre y yo estábamos en el extremo de nuestro embarcadero, sentados en las hamacas. Teníamos la caja con la mercancía entre los dos, más una buena jarra de Orange Driver.

Pronto Paul Massimo fue hasta el extremo de su embarcadero con su propia caja de mercancía, que era un poco más grande que la nuestra, pero eso no me preocupó. Como ya sabéis, en la lucha no es el tamaño del perro lo que cuenta, sino las ganas de lucha del perro. Lo acompañaban sus dos hijos mayores. Nos saludaron, y les devolvimos el saludo. Oscureció y mi madre y yo empezamos a tirar petardos, esta vez no de uno en uno, sino de paquete en paquete. Los niños pequeños hicieron lo propio en su orilla, y cuando se cansaron de eso, encendieron sus grandes bengalas y las hicieron girar. El de la trompeta tocó un par de veces su instrumento, como afinando.

Un grupo de los más jóvenes la oyeron y salieron al embarcadero de Doce Pinos. Después de cruzar unas palabras, Paul y sus hijos mayores entregaron a cada uno de los pequeños una bola gris grande que reconocí: eran M-80. El sonido llega muy bien de un lado a otro del lago, sobre todo cuando no hay brisa, y oí a Paul decir a los críos que llevaran cuidado y mostrarles cómo tenían que arrojarlos al lago. Acto seguido Massimo los encendió.

Tres de los niños los lanzaron en una trayectoria alta, amplia y perfecta, como había que hacerlo, pero el menor —no pasaría de siete años— se lió como el puñetero Nolan Ryan y lo echó allí mismo, en el embarcadero, entre sus pies. Rebotó, y le habría volado la nariz si Paul no hubiese tirado de él para apartarlo. Algunas mujeres gritaron, pero a Massimo y sus hijos les faltó poco para revolcarse de risa. Deduzco que debían de haberse tomado no pocos tragos. Seguramente de vino, que es lo que les gusta beber a esos italianinis.

—Vale —dijo mi madre—, dejémonos ya de tonterías. Vamos a darles una

lección antes de que ese, el alto, empiece a graznar con la condenada trompeta.

Así que saqué un par de M-120, que eran negros y se parecían a las bombas que a veces se ven en los dibujos animados de antes, las que usa el villano para volar vías de tren y minas de oro y demás.

—Lleva cuidado, mamá —dije—. Si tardas más de la cuenta en tirar uno de estos, no solo perderás los dedos.

—No te preocupes por mí —respondió ella—. Démosles una lección a esos comedores de espaguetis.

Así que los encendí y los tiramos, ¡y capum! ¡Uno después del otro! Suficiente para hacer temblar las ventanas hasta Waterford, juraría. Don Trompetero se quedó inmóvil con el instrumento a medio camino de los labios. Algunos niños se echaron a llorar. Todas las mujeres corrieron hasta la playa para ver qué pasaba, si eran terroristas o qué.

—¡Se han enterado! —exclamó mi madre, y brindó por Don Trompetero, allí de pie con su instrumento en la mano y el pulgar en el culo. No literalmente, ya me entendéis; es una manera de hablar.

Paul Massimo y sus dos hijos volvieron al extremo del embarcadero, y se apiñaron como los jugadores de béisbol cuando las bases están llenas. Luego regresaron a la casa juntos. Pensé que lo habían dado por terminado, y mi madre estaba convencida de que así era. Encendí, pues, nuestros volcanes, solo para celebrarlo. Había recortado recuadros de espuma de poliestireno de un embalaje que encontré en el balde al fondo de la cabaña, y ahí los clavamos para echarlos al agua. Para entonces, el cielo tenía ese color morado intenso que precede a la oscuridad total, una maravilla, con el lucero vespertino allí en lo alto y todos los demás a punto de asomar. Ni día ni noche, y siempre el momento más bonito que hay, o esa es mi opinión. Y allí estaban los volcanes..., que eran mucho más que bonitos. Eran hermosos, allí flotando, rojos y verdes, fundiéndose y debilitándose como la llama de una vela, reflejados en el agua.

Volvía a reinar el silencio, un silencio tal que se oían las detonaciones de los fuegos artificiales que empezaban a encender en la zona de Bridgeton, además de las ranas que croaban otra vez en la orilla. Las ranas pensaron que todo el ruido y el alboroto habían terminado por esa noche. Qué equivocadas estaban, porque justo entonces Paul y sus dos hijos mayores volvieron a su embarcadero y nos miraron. Paul tenía en la mano algo casi tan grande como una pelota de softball, y el hijo mayor sin trompeta —lo que, en mi opinión, lo convertía en el más listo de los dos— lo encendió. Massimo, sin pérdida de tiempo, lo lanzó desde abajo, muy por encima del agua, y antes de que pudiera avisar a mi madre de que se tapara los oídos, estalló. Dios bendito, el destello pareció borrar todo el cielo, y el estampido fue tan sonoro como el de un obús de artillería. Esta vez no solo fueron las mujeres y las chicas de la familia Massimo quienes acudieron a ver, sino casi todos los presentes en el condenado lago. Y aunque probablemente la mitad de ellos se mearon encima cuando

estalló aquel cabrón, ¡aplaudían! ¿Os lo podéis creer?

Mi madre y yo nos miramos porque sabíamos qué venía a continuación, y en efecto así fue: el Capitán Trompeta levantó su puto instrumento y lo tocó en dirección a nosotros, una nota larga: ¡uuuuuu!

Todos los Massimo se rieron y aplaudieron un poco más, como todo el mundo a ambas orillas del lago. Fue humillante. Os hacéis cargo, ¿no? ¿Andy? ¿Ardelle? Nos había superado en poder explosivo una panda de forasteros italianos de Rhode Island. No es que no me guste un plato de espaguetis de vez en cuando, pero ¿todos los días? ¡Anda ya!

—Muy bien, estupendo —dijo mi madre a la vez que cuadraba los hombros—. Quizá los tuyos suenan más fuerte que los nuestros, pero aún tenemos esas peonias chinas. A ver qué les parecen.

Pero en su cara vi que sospechaba que también ahí podían aventajarnos.

Coloqué una docena de latas de cerveza y refrescos en el extremo de nuestro embarcadero e introduje una peonia en cada una. Los hombres de la familia Massimo nos observaban desde el otro lado, y de pronto el que no se consideraba capaz de tocar la trompeta volvió corriendo a la casa en busca de más munición.

Entretanto deslicé el encendedor de mecha en mecha, ordenadamente, y las peonias chinas despegaron una detrás de otra, sin un solo fallo. Eran de lo más bonitas, aunque no duraban mucho. Todos los colores del arcoíris, como Pop había prometido. Se oyeron exclamaciones —algunas procedentes de los Massimo, eso hay que reconocerlo— y entonces el joven que se había ido corriendo regresó con otra caja.

Resultó que estaba llena de artefactos pirotécnicos que eran como nuestras peonias chinas pero más grandes. Cada uno tenía su propia pequeña plataforma de lanzamiento de cartón. Lo veíamos porque para entonces había luces en el extremo del embarcadero de los Massimo, eran algo así como antorchas eléctricas. Paul encendió aquellos cohetes, y vaya si subieron, y formaron estrellas doradas en el cielo el doble de grandes y de brillantes que las nuestras. Centellearon y, al descender, tabletearon como ametralladoras. Todo el mundo aplaudió aún más, y naturalmente mi madre y yo hicimos lo mismo, o habríamos dado una imagen de poca deportividad. Y sonó la trompeta: uaaaaaaaaa-uaaaaaaaaa-uaaaaaaaaa.

Más tarde, después de tirar toda nuestra mierda, mi madre se paseó por la cocina con su camisón y sus zapatillas de tartán, casi echando humo por las orejas.

—¿De dónde han sacado un armamento como ese? —preguntó, pero era lo que uno llama pregunta retrópica, y no me dio tiempo a contestar—. De sus amigos malhechores de Rhode Island, de ahí lo han sacado. Porque él tiene CONTACTOS. ¡Y es una de esas personas que tienen que ganar siempre! ¡Se ve con solo mirarlo!

Más o menos como tú, mamá, pensé, pero no lo dije. A veces el silencio es oro, y nunca tanto como cuando tu madre va cargada de licor de café Allen's y está más furiosa que una gallina mojada.

—Y aborrezco esa puñetera trompeta. La aborrezco con toda mi alma.

En eso podía darle la razón, y se la di.

Me cogió del brazo y derramó su última copa de la noche en la pechera de mi camisa.

—¡El año que viene! —dijo—. ¡El año que viene les enseñaremos quién manda aquí! Alden, prométeme que en 2014 haremos callar esa trompeta.

Le prometí que lo intentaríamos, era lo más que podíamos hacer. Paul Massimo tenía todos sus recursos en Rhode Island, ¿y qué tenía yo?, a Pop Anderson, el dueño de un mercadillo a pie de carretera junto a una zapatería de saldos.

Aun así, fui a verlo al día siguiente y le expliqué qué había ocurrido. Él me escuchó con atención y tuvo la gentileza de no reírse, si bien contrajo los labios alguna que otra vez. Puestos a espelucar, admitiré que tenía su lado gracioso —al menos lo tenía hasta anoche—, pero no tanto cuando uno estaba bajo la presión de Hallie McCausland.

—Sí, me imagino que eso debió de sacar de sus casillas a tu madre —dijo Pop—. Siempre perdía los papeles cuando alguien le buscaba las cosquillas, pero, Alden, no son más que fuegos artificiales, por Dios. Cuando se le pase la borrachera, se dará cuenta.

—Lo dudo mucho —contesté, no quise añadir que a mi madre en realidad ya nunca se le pasaba la borrachera. Sencillamente saltaba de alegre a encogorizada, a dormida, a resacosa, y vuelta empezar. Tampoco es que yo lo llevara mucho mejor que ella—. Entiéndelo, no son tanto los fuegos artificiales como esa trompeta. Si mi madre pudiera hacer callar a esa puta trompeta el Cuatro de Julio, creo que se daría por contenta.

—En fin, no puedo ayudaros —dijo Pop—. Corren por ahí a la venta muchos artefactos pirotécnicos, pero yo no los sirvo. No quiero perder la licencia de vendedor, eso por un lado. Por otro, tampoco quiero que alguien vaya a hacerse daño. Explosivos en manos de borrachos es llamar al mal tiempo. Pero si de verdad estás decidido, acércate a Indian Island y habla con un fulano de allí. Un indio penobscot grandote que se llama Howard Gamache. Es el indio más grande de Maine, el puñetero, puede que de todo el mundo. Va en una Harley-Davidson y tiene plumas tatuadas en las mejillas. Es lo que podríamos llamar una persona con contactos.

¡Una persona con contactos! ¡Eso era precisamente lo que necesitábamos! Di las gracias a Pop y anoté en mi cuaderno el nombre, *Howard Gamache*, y en abril del año siguiente me presenté en el condado de Penobscot con quinientos dólares contantes y sonantes en la guantera de la furgo.

Localicé al señor Gamache en el bar del hotel Harvest, en Oldtown, y era tan grande como me habían anunciado: dos metros de alto, diría, y le calculé unos ciento sesenta kilos de peso. Escuchó mi triste historia, y después de invitarlo a una jarra de Bud, que apuró en menos de diez minutos, dijo:

—En fin, señor McCausland, demos un paseíto usted y yo hasta mi wigwam y

hablemos del tema con más detalle.

Montaba una Harley Softail, que es una carroza enorme y potente, pero con él encima aquel armatoste parecía una de esas motillas que montan los payasos en el circo. Las nalgas le colgaban hasta las alforjas, vaya si le colgaban. Su wigwam resultó ser un agradable bungalow de dos plantas con piscina en la parte de atrás para los niños, ya que tenía una caterva.

No, Ardelle, la moto y la piscina no tienen especial importancia en la historia, pero si quieres oírla, tendrás que aceptarla a mi manera. Y a mí me parece interesante. Incluso tenía un equipo de cine en el sótano. La Virgen, me entraron ganas de mudarme allí con él.

Guardaba la pirotecnia en el garaje, debajo de una lona, todo almacenado en cajas de embalaje, y había material de lo más imponente.

—Si lo pillan con eso —advirtió—, usted nunca ha oído hablar de Howard Gamache. ¿De acuerdo?

Dije que sí y, como me pareció un tipo bastante honrado que no iba a engañarme —al menos no demasiado—, le pregunté qué podía comprarse con quinientos dólares. Acabé quedándome sobre todo pasteles, que son bloques de cohetes con una sola mecha. Los enciendes, y salen disparados a docenas. Tres de los pasteles se llamaban Piromonos; otros dos se llamaban Declaración de Independencia; uno se llamaba Psico-Deliko y despedía enormes ráfagas de luz semejantes a flores; y había otro que era el extraespecial. A ese ya llegaremos.

—¿Cree que este material hará callar a esos italianinis? —le pregunté.

—Y tanto —contestó Howard—. Pero como persona que prefiere que lo llamen nativo americano en lugar de pielroja o Tomahawk Tom, no me gustan mucho los términos despectivos como italianinis, negratas, moracos o chicanos. Son americanos, como usted y como yo, y no hay necesidad de denigrarlos.

—Entiendo —dije—, y lo tendré muy en cuenta, pero esos Massimo me cabrean igualmente, y si eso lo ofende, por mí como si se opera.

—Comprendido, y me identifico plenamente con su estado emocional. Pero permítame que le dé un consejo, rostro pálido: en el viaje de regreso a casa, respete el límite de velocidad. No le conviene que lo pillen con esa mierda en la furgoneta.

Cuando mi madre vio lo que había comprado, agitó los puños por encima de la cabeza y luego sirvió un par de Dirty Hubcaps para celebrarlo.

—¡Cuando se las vean con estos, van a alucinar pepinos! —exclamó—. ¡Quizá incluso calabazas! ¡Ya lo verás!

Pero las cosas no salieron así. Supongo que ya lo sabéis, ¿no?

Llegado el Cuatro de Julio del año pasado, el lago Abenaki estaba hasta los topes. Veréis, había corrido la palabra de que los Yanquis McCausland y los Italianinis Massimo competían por la cinta azul en los fuegos artificiales. Debía de haber seiscientas personas en nuestra orilla del lago. No tantas en la otra, pero un buen montón, desde luego, más que nunca antes. Todos los Massimo al este del Mississippi

debían de estar allí reunidos para el enfrentamiento de 2014. Esa vez pasamos ya de menudencias como los petardos y los truenos y esperamos a que fuera noche entrada para poder tirar las cosas grandes. Mi madre y yo teníamos unas cuantas cajas con caracteres chinos apiladas en el embarcadero, pero ellos también. En la orilla este había una hilera de pequeños Massimo con bengalas; parecían estrellas caídas a la tierra, eso parecían. A veces pienso que con las bengalas basta, y esta mañana desde luego lamento que no nos contentáramos con ellas.

Paul Massimo nos saludó con los brazos y le devolvimos el saludo. El idiota de la trompeta tocó una nota larga: ¡uuuuuuu! Paul me señaló, como diciendo usted primero, caballero, así que eché un Piromono. Iluminó el cielo, y todo el mundo dejó escapar un aaaaah. Acto seguido, uno de los hijos de Massimo disparó algo parecido, solo que brillaba más y duraba un poco más. El público lanzó un ooooh, y sonó la puta trompeta.

—Déjate de Puromonos o como se llamen —dijo mi madre—. Suéltales la Declaración de Independencia. Así aprenderán.

Obedecí, y fue algo magnífico, pero los condenados Massimo también lo superaron. Superaron todo lo que lanzamos, y cada vez que el suyo era más brillante y sonoro, aquel gilipollas tocaba la trompeta. Mi madre y yo nos cabreábamos de mala manera; demonios, aquello habría cabreado al mismísimo Papa. El público disfrutó aquella noche de un espectáculo de fuegos artificiales como la copa de un pino, probablemente a la altura del que ofrecen en Portland, y seguro que se fueron contentos a casa, pero en el embarcadero de la Hondonada de los Mosquitos no había la menor alegría, eso os lo aseguro. A mi madre normalmente se la ve feliz cuando está como una cuba, pero aquella noche no. Para entonces ya había oscurecido del todo, habían salido todas las estrellas, y una bruma de pólvora flotaba sobre el lago. Nos quedaba el último y más potente.

—Tíralo —dijo mi madre—, y a ver si lo igualan. Bien podría ser. Pero si ese toca la puñetera trompeta una vez más, me estallará la cabeza.

El último —el extraespecial— se llamaba Fantasma de la Furia, y Howard Gamache respondía por él. «Una cosa hermosa —me dijo—, y totalmente ilegal. Apártese después de encenderlo, señor McCausland, porque sale a chorro».

La condenada mecha era gruesa como tu muñeca. La encendí y me aparté. Durante unos segundos después de arder por completo la mecha, no pasó nada, y pensé que había fallado.

—Vaya por Dios, eso sí es dejar preñada a la perra de la familia —dijo mi madre—. Ahora tocará la trompeta del carajo.

Pero antes de que pudiera hacerlo, el Fantasma de la Furia despegó. Primero fue solo un surtidor de chispas blancas, pero luego se elevó y adquirió un color rosado. Empezó a desprender cohete que estallaban en forma de estrella. Para entonces el surtidor de chispas sobre el extremo de nuestro embarcadero estaba al menos a cuatro metros de altura y despedía un intenso brillo rojo. Dejó ir aún más cohetes, derechos

hasta el cielo, y detonaron con la misma potencia que una escuadra de aviones a reacción rompiendo la barrera del sonido. Mi madre se tapó los oídos, pero se tronchaba de risa. El surtidor se apagó y luego borboteó una última vez —como un viejo en un burdel, dijo mi madre—, y lanzó al cielo una espectacular flor roja y amarilla.

Se produjo un momento de silencio —por la impresión, imaginaos—, y de pronto todos los presentes en el lago empezaron a aplaudir como locos. Algunos que estaban en sus autocaravanas dieron bocinazos, que se oyeron muy débiles después de tantas explosiones. Los Massimo también aplaudían, lo cual demostró su deportividad, y eso me impresionó, porque ya sabéis que esa no suele ser una cualidad propia de la gente que siempre tiene que ganar. El de la trompeta ni sacó el maldito instrumento de la funda.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó mi madre—. ¡Alden, dale un beso a tu madre!

Se lo di, y cuando miré hacia la otra orilla del lago, vi a Paul Massimo allí de pie en el extremo de su embarcadero, a la luz de aquellas antorchas eléctricas suyas. Levantó un dedo como para decir: «Esperad y veréis». Tuve un mal presentimiento, algo en la boca del estómago.

El hijo sin trompeta —el que, a mi juicio, acaso tuviera una pizca de sensatez— colocó una lanzadera, despacio y con actitud reverente, como un monaguillo sacando la Sagrada Forma. En ella se hallaba el puto cohete más grande que he visto en la vida, como no sea en Cabo Cañaveral por televisión. Paul hincó una rodilla en el suelo y acercó el encendedor a la mecha. En cuanto empezó a chisporrotear, agarró a sus dos hijos y abandonaron el embarcadero a todo correr.

Aquello no dio respiro, como nuestro Fantasma de la Furia. El hijoputa despegó como el Apollo 19, dejando una estela de fuego azul que luego pasó a morado y después a rojo. Al cabo de un segundo las estrellas desaparecieron, borradas por un gigantesco pájaro en llamas que cubrió el lago casi de punta a punta. Resplandeció allí por un momento y después estalló. Y que me zurzan si no salieron de esa explosión pájaros pequeños, volando en todas direcciones.

El público enloqueció. Los hijos mayores abrazaban a su padre, le daban palmadas en la espalda, reían.

—Entremos, Alden —dijo mi madre, y yo nunca la había visto tan triste desde la muerte de mi padre—. Nos han vencido.

—El año que viene les ganaremos —aseguré, y le di unas palmaditas en el hombro.

—No —contestó ella—, los Massimo siempre irán un paso por delante. Son esa clase de gente, gente con CONTACTOS. Nosotros somos un par de desdichados que viven de un golpe de suerte, y supongo que tendremos que conformarnos con eso.

Cuando subíamos los peldaños de nuestra cabañita de tres al cuarto, llegó un último trompetazo desde la elegante mansión de la otra orilla: ¡uuuuuuuuu! Me dio

dolor de cabeza, vaya si me lo dio.

Howard Gamache me dijo que ese último artefacto pirotécnico se llamaba Gallo del Destino. Dijo que lo había visto en YouTube, pero siempre con gente hablando en chino de fondo.

—Cómo consiguió entrarlo en el país ese caballero, el tal Massimo, es para mí un misterio —dijo Howard.

Esa conversación tuvo lugar un mes más tarde, hacia finales del verano pasado, cuando por fin yo hice acopio de ambición suficiente para viajar en coche hasta su wigwam de dos plantas en Indian Island y contarle lo ocurrido: que les plantamos cara pero, aun así, al final nos quedamos cortos.

—Para mí no es ningún misterio —contesté—. Probablemente sus amigos de China lo añadieron al paquete a modo de extra con el último cargamento de opio. Ya me entiende, un detalle para darles las gracias por hacer negocios con ellos. ¿Tiene algo que supere a eso? Mi madre se ha quedado muy deprimida, señor Gamache. No quiere competir el año que viene, pero yo he pensado que si hubiera algo..., ya me entiende, él no va más que supere a todos los no va más..., estaría dispuesto a pagar mil dólares. Valdría la pena solo por ver sonreír a mi madre la noche del Cuatro de Julio.

Howard se sentó en los peldaños de la parte de atrás con las rodillas descollando junto a las orejas como un par de peñascos —Dios, qué hombre tan poderoso— y reflexionó. Se sumió en sus cavilaciones. Evaluó las posibilidades. Finalmente dijo:

—He oído rumores.

—Rumores ¿sobre qué?

—Sobre cierta cosa especial que se llama Encuentros en la Cuarta Fase —respondió—. A través de un individuo con el que mantengo correspondencia sobre el asunto de las diversiones con pólvora. Su nombre nativo es Sendero Resplandeciente, pero se lo conoce más que nada como Johnny Parker. Es un indio cayuga, y vive cerca de Albany, Nueva York. Podría darle su dirección de correo electrónico, pero no le contestará a menos que yo le escriba primero y le diga que es usted de fiar.

—¿Lo hará? —pregunté.

—Por supuesto —respondió él—, pero primero debe pagar un wampum considerable, rostro pálido. Cincuenta pavos bastarán.

El dinero pasó de mi manita a su manaza, envió un e-mail a Sendero Resplandeciente, más conocido como Johnny Parker, y cuando regresé al lago y le envié yo mismo un e-mail, me contestó de inmediato. Pero no quería hablar de lo que él llamaba CE4 salvo en persona, afirmando que las autoridades leían todos los e-mails de los nativos americanos por norma. No se lo discutí; seguro que esos capullos leen los e-mails de todo el mundo. Así que quedamos en vernos y a primeros de octubre del año pasado me acerqué por allá.

Mi madre, como es lógico, quiso saber qué clase de encargo me llevaba tan lejos, hasta el norte del estado de Nueva York, y no me molesté en inventarme una historia,

porque siempre me cala y me ha calado desde que yo no levantaba del suelo más allá de la rodilla de un collie. Negó con la cabeza, sin más.

—Ve si así vas a quedarte más contento —dijo—. Pero ya sabes que ellos responderán con algo aún más grande, y nosotros nos quedaremos escuchando a ese italianini, ese soplapollas, tocar la trompeta.

—Bueno, puede ser —dije—, pero, según el señor Sendero Resplandeciente, ese es el artefacto pirotécnico que pondrá fin a todos los artefactos pirotécnicos.

Como ya sabéis, no mentía.

Disfruté de un buen viaje, y resultó que Sendero Resplandeciente, más conocido como Johnny Parker, era un tipo simpático. Tenía su wigwam en Green Island, donde las casas son casi tan grandes como la mansión Doce Pinos de los Massimo, y su mujer preparó una enchilada de chuparse los dedos. Me comí tres con aquella salsa verde picante y me entró cagalera en el camino de regreso, pero como eso no forma parte de la historia y veo que Ardelle vuelve a impacientarse, lo omito. Lo único que digo es que doy gracias a Dios por las toallitas de papel.

—El CE4 sería un encargo especial —explicó Johnny—. Los chinos fabrican solo tres o cuatro al año, en Mongolia Exterior o algún sitio así, donde hay nieve nueve meses al año y se cría a los niños expresamente con lobeznos. Esos artefactos explosivos suelen enviarse a Toronto. Supongo que yo podría encargar uno y traerlo personalmente desde Canadá, aunque tendría usted que pagarme la gasolina y el tiempo, y si me descubrieran, probablemente iría a parar a Leavenworth acusado de terrorismo.

—Dios santo, no querría meterlo en semejante complicación —dije.

—Bueno, quizá exagero un poco —contestó—, pero el CE4 es un dispositivo pirotécnico de mil demonios. Nunca ha habido nada igual. No podría devolverle el dinero si su amigo de la otra orilla del lago casualmente tuviera algo superior, pero sí le devolvería mis ganancias en el trato. Así de seguro estoy.

—Además —intervino Cindy Parker, señora de Sendero Resplandeciente—, a Johnny le gusta la aventura. ¿Le apetece otra enchilada, señor McCausland?

La rechacé, y menos mal, porque si no, a saber si no habría estallado en algún lugar de Vermont. Y ya de vuelta, casi me olvidé de todo ese asunto durante un tiempo. Un día, poco después de Año Nuevo —ya nos acercamos, Ardelle, ¿no te alegras?— recibí una llamada de Johnny.

—Si quiere aquel artículo del que hablamos en otoño —anunció—, lo tengo, pero le costará dos mil.

Tomé aire.

—Eso es un poco excesivo.

—No puedo discutírselo, pero véalo de esta manera: ustedes los blancos se apropiaron de Manhattan por veinticuatro pavos, y desde entonces buscamos la ocasión de resarcirnos. —Se echó a reír y añadió—: Ahora hablando en serio, si no lo quiere, no hay problema. Quizá a su colega de la otra orilla del lago le interese.

—Ni se le ocurra —dije.

Ante eso se rio aún con más ganas.

—Debo decirle que este artefacto es desde luego imponente. He vendido muchos dispositivos pirotécnicos a lo largo de los años, y nunca he visto nada ni remotamente parecido.

—¿Cómo es? —pregunté—. ¿Qué es?

—Tiene que verlo con sus propios ojos —respondió—. No tengo intención de enviarle una foto por internet. Además, no parece gran cosa hasta que... esto... se usa. Si quiere pasarse por aquí, le enseñaré un vídeo.

—Ahí me tendrá —dije, y dos o tres días más tarde allí me tuvo, sobrio, afeitado y bien peinado.

Ahora escuchadme, los dos. No voy a disculparme por lo que hice —y podéis dejar a mi madre fuera de esto, fui yo quien consiguió el maldito artefacto, y fui yo quien lo encendió—, pero os diré que el CE4 que vi en ese vídeo que Johnny me puso y el que yo encendí anoche no eran el mismo. El del vídeo era mucho más pequeño. Incluso comenté el tamaño de la caja del mío cuando Johnny y yo la cargamos en la furgoneta.

—Desde luego deben de haber metido ahí dentro mucho material de embalaje —observé.

—Querrían asegurarse de que no pasara nada en el transporte, supongo —respondió Johnny.

Tampoco él lo sabía, ¿entendéis? Cindy Parker, señora de Sendero Resplandeciente, me preguntó si no quería al menos abrir la caja y echar un vistazo, comprobar que era la mercancía prevista, pero estaba bien cerrada con clavos, y yo prefería volver con luz de día, porque ya no veo tan bien como antes. Pero como hoy he venido aquí decidido a sincerarme, debo deciros que eso no era verdad. La noche es mi hora de beber, y no quería perdérmela. Esa es la verdad. Ya sé que ser así tiene algo de triste, y sé que tengo que hacer algo al respecto. Supongo que si acabo en la cárcel, tendrá la oportunidad, ¿no?

Mi madre y yo desclavamos la caja al día siguiente y echamos un vistazo a lo que habíamos comprado. Eso fue en la casa del pueblo, ya sabéis, porque hablamos de enero y hacía un frío del copón. Contenía un poco de material de embalaje, desde luego, periódicos chinos de algún tipo, pero ni mucho menos tanto como yo preveía. El CE4 media probablemente algo más de medio metro cuadrado, y parecía un paquete envuelto con papel marrón, solo que el papel estaba como aceitoso, y era tan tupido que parecía más bien lona. La mecha asomaba por debajo.

—¿Crees que de verdad ascenderá? —preguntó mi madre.

—Bueno —dije—, si el nuestro no sube, ¿qué es lo peor que puede pasar?

—Tendremos dos mil pavos menos —comentó mi madre—, pero eso no es lo peor. Lo peor sería que ascendiera un metro y cayera al lago en medio de un chisporroteo. Seguido por el trompetazo de ese joven italiano que se parece a Ben

Afflict.

Lo dejamos en el garaje, y allí se quedó hasta mediados de mayo, cuando nos lo llevamos al lago. Este año no compramos ningún otro artículo pirotécnico, ni a Pop Anderson, ni a Howard Gamache. Lo apostamos todo a una carta. Era el CE4 o nada.

Bien, por fin llegamos a anoche. Cuatro de Julio de 2015, nunca se había visto nada igual en el lago Abenaki, y espero que no vuelva a verse. Sabíamos que había sido un verano muy seco, claro que lo sabíamos, pero eso ni se nos pasó por la cabeza. ¿Por qué habría de pasársenos? Íbamos a tirarlo sobre el lago, ¿o no? ¿Qué podría haber más seguro?

Ahí estaban todos los Massimo, divirtiéndose: ponían su música y se entretenían con sus juegos y asaban salchichas en unas cinco parrillas distintas y nadaban cerca de la playa y se lanzaban desde la plataforma flotante. Todos los demás estaban también allí, a ambas orillas del lago. Había gente incluso en los extremos norte y sur, donde el terreno es pantanoso. Venían a ver el capítulo de este año de la Gran Carrera Armamentista del Cuatro de Julio, italianinis contra yanquis.

Oscureció, y finalmente asomó el lucero vespertino, como siempre, y aquellas antorchas eléctricas en el extremo del embarcadero de Massimo se encendieron como un par de focos. Paul Massimo, pavoneándose, lo recorrió con sus dos hijos mayores, uno a cada lado, ¡y que me parta un rayo si no iban vestidos como para una fiesta elegante en un club de campo! El padre con esmoquin, los hijos con chaqueta blanca y flor roja en la solapa, el que se parecía a Ben Afflict, con la trompeta a baja altura, junto a la cadera, como un pistolero.

Eché una ojeada alrededor y vi que en el lago se congregaba más gente que nunca. Debía de haber un millar de personas por lo menos. Habían venido esperando un espectáculo, y los Massimo se habían vestido para ofrecérselo, en tanto que mi madre llevaba su habitual vestido de ir por casa y yo unos vaqueros viejos y una camiseta que decía: BÉSAME DONDE APESTA, REÚNETE CONMIGO EN MILLINOCKET.

—No tiene cajas, Alden —observó mi madre—. ¿Por qué será?

Yo meneé la cabeza, porque no lo sabía. Nuestro único artefacto pirotécnico estaba ya en el extremo del embarcadero, tapado con una colcha vieja. Llevaba allí todo el día.

Massimo tendió las manos hacia nosotros, cortés como siempre, para indicarnos que empezáramos. Yo moví la cabeza en un gesto de negación y tendí las mías en respuesta, como para decir, no, esta vez después de usted, caballero. Se encogió de hombros y trazó un círculo en el aire con el dedo, como cuando el árbitro dictamina que un equipo se ha anotado una carrera. Unos cuatro segundos después, la noche se llenó de estelas de chispas ascendentes, y los fuegos artificiales empezaron a estallar sobre el lago en forma de estrellas y surtidores y múltiples ondas de las que se desprendían flores y fuentes y qué sé yo.

Mi madre ahogó una exclamación.

—¡Habrase visto ese perro sarnoso! ¡Ha ido y ha contratado a todo un equipo de

artificieros! ¡Profesionales!

Y sí, eso es precisamente lo que hizo. Debió de gastarse diez o quince mil dólares en aquel espectáculo celeste de veinte minutos que casi al final incluía el Doble Excalibur y la Manada de Lobos. En torno al lago, el público vociferaba y jaleaba para imponerse a la banda de música, dando bocinazos y vitoreando y chillando. El que se parecía a Ben Afflict tocaba la trompeta con tal vigor que bien habría podido darle un derrame cerebral, pero ni siquiera se lo oía con las prácticas de tiro de artillería que se desarrollaban en el cielo, iluminado como el día, y de todos los colores. Cortinas de humo se elevaban desde donde los artificieros disparaban su género a lo largo de la playa, pero ese humo no flotaba a través del lago. Flotaba hacia la casa. Hacia Doce Pinos. Supongo que yo debería haberme dado cuenta de eso, pero no me di cuenta. Mi madre tampoco. Nadie se dio cuenta. Estábamos anonadados. Massimo nos mandaba un mensaje, ¿entendéis?: Se acabó. Ni siquiera penséis en el año que viene, yanquis muertos de hambre.

Se produjo un silencio, y yo creía que había lanzado todo su cargamento cuando se elevó una doble efusión de chispas y se formó en el cielo un grandioso barco incandescente, con velas y todo. Yo sabía por Howard Gamache qué era eso: un Junco Excelente. Eso es un barco chino. Cuando por fin se apagó y el público en torno al lago dejó de delirar, Massimo hizo una señal a sus artificieros por última vez y estos encendieron una bandera de Estados Unidos en la playa. Ardió en colores rojo, blanco y azul y arrojó bolas de fuego mientras alguien interpretaba *La bella América* por el sistema de megafonía.

Finalmente la bandera se consumió y quedó reducida a ascuas anaranjadas. Massimo seguía en el extremo de su embarcadero, y tendió de nuevo la mano hacia nosotros, sonriente, como diciendo: Adelante, echad la triste mierda que tenéis allí, señora McCausland e hijo, y acabemos de una vez. No solo este año sino para siempre.

Miré a mi madre. Ella me miró a mí. A continuación echó al agua lo que quedaba de su copa —esa noche bebía Moonquakes— y dijo:

—Venga. Seguramente no pasará de ser una meada en la nieve, pero hemos comprado el maldito artefacto, y bien podemos lanzarlo.

Recuerdo el silencio. Las ranas aún no habían empezado a cantar de nuevo, y los pobres colibres habían dado ya la jornada por concluida, quizás para el resto del verano. Quedaba aún mucha gente en la orilla para ver con qué salíamos nosotros, pero muchos regresaban ya al pueblo, como hacen los hinchas cuando su equipo va perdiendo de paliza y no tiene opciones de remontada. Yo veía una cadena de luces a lo largo de Lake Road, que desemboca en la Estatal 119, y hasta Pretty Bitch, la carretera que al final te lleva hasta la TR-90 y Chester's Mill.

Decidí que si iba a hacerlo, debía dar un buen espectáculo; si el artefacto fallaba, los que aún no se habían ido podían reírse tanto como quisieran. Incluso soportaría la condenada trompeta, a sabiendas de que al año siguiente no me la tocarían a mí,

porque yo ya había terminado, y vi en la cara de mi madre que ella pensaba lo mismo. Incluso sus tetas parecían cabizbajas, pero quizá fuera porque esa noche no se había puesto el sujetador. Dice que le aprieta una barbaridad.

Retiré la colcha como un mago a punto de hacer un truco, y allí estaba el objeto cuadrado que había adquirido por dos mil dólares —probablemente la mitad de lo que Massimo pagó solo por su Junco Excelente—, todo él envuelto en su tupido papel semejante a una lona, con la mecha corta y gruesa asomando por debajo.

Lo señalé y luego señalé hacia el cielo. Los tres Massimo engalanados se reían en el extremo de su embarcadero, y sonó la trompeta: ¡uaaaa-aaaaa!

Encendí la mecha, y empezó a chisporrotear. Agarré a mi madre y tiré de ella hacia atrás, por si el puñetero artefacto estallaba en la plataforma de lanzamiento. La mecha ardió hasta la caja y desapareció. La puta caja se quedó allí inmóvil. El Massimo de la trompeta se la llevó a los labios, pero antes de que pudiera hacerla sonar, el fuego se medio concentró y desparramó por debajo de la caja y esta se elevó, al principio despacio, luego más deprisa a medida que otros propulsores —supongo que eran propulsores— se encendían.

Subió y subió. Tres metros, seis, doce. Yo apenas distinguía la forma cuadrada que se recortaba contra las estrellas. Llegó a los quince metros, y todo el mundo alargó el cuello para verlo. Entonces estalló, igual que el del vídeo de YouTube que Sendero Resplandeciente, más conocido como Johnny Parker, me había enseñado. Mi madre y yo vitoreamos. Todo el mundo vitoreó. Los Massimo sencillamente se quedaron perplejos, y quizá —era difícil saberlo desde nuestra orilla del lago— reaccionaron con cierto desdén. Era lo que ellos pensaban, una caja estallando, ¿qué coño es eso?

Solo que el CE4 no había acabado. Cuando a los presentes se les acostumbró la vista, ahogaron exclamaciones de asombro, porque el papel estaba desplegándose a la vez que empezaba a arder en todos los colores que hayáis visto en vuestra vida y algunos que no habéis visto nunca. Estaba convirtiéndose en un condenado platillo volador. Se extendió y extendió, como si Dios abriera su paraguas sagrado, y a medida que se abría, desprendía bolas de fuego en todas direcciones. Cada una estallaba y soltaba otras, creando una especie de arcoíris por encima del platillo. Ya sé que vosotros dos habéis visto los vídeos de los teléfonos móviles; seguramente todo aquel que tenía un móvil estaba grabándolo, lo que sin duda servirá de prueba en mi juicio, pero os aseguro que había que estar allí para valorar plenamente aquel prodigo.

Mi madre se aferraba a mi brazo.

—Es precioso —comentó—, pero yo pensaba que tenía solo dos metros y medio de anchura. ¿No es eso lo que te dijo tu amigo indio?

Era eso, pero aquello que se había desplegado media *seis* metros de ancho y seguía creciendo cuando desplegó una docena o más de pequeños paracaídas para mantenerlo en alto mientras seguía disparando colores y chispas y surtidores y

destellos. Tal vez no fuera tan magnífico como los fuegos artificiales de Massimo en conjunto, pero sí era muy superior a su Junco Excelente. Y fue lo último, claro está. Eso es lo que la gente siempre recuerda, ¿no os parece? Lo que ven en último lugar.

Mi madre vio a los Massimo mantener la mirada fija en el cielo, sus mandíbulas colgando como puertas con las bisagras reventadas, como los más absolutos idiotas que han pisado esta tierra, y empezó a bailar. La trompeta pendía de la mano de Ben Afflict, como si se hubiera olvidado de ella.

—¡Les hemos ganado! —exclamó mi madre, agitando los puños—. ¡Por fin lo hemos conseguido, Alden! ¡Míralos! ¡Están derrotados, y eso vale hasta el *último puto centavo*!

Quería que bailara con ella, pero vi algo que no acababa de gustarme. El viento empujaba el platillo volador hacia el este a través del lago, en dirección a Doce Pinos.

Paul Massimo vio lo mismo y me señaló, como diciendo: Tú lo has puesto ahí arriba, hazlo bajar ahora que aún está encima del agua.

Pero yo no podía, naturalmente, y entretanto el condenado artefacto seguía soltando su carga, lanzando cohetes y cañonazos y surtidores arremolinados como si no fuera a parar nunca. De pronto —yo no tenía la menor idea de que eso iba a ocurrir, porque el vídeo que me enseñó Johnny Sendero Resplandeciente no tenía sonido— empezó a oírse música. Solo cinco notas, una y otra vez: du-di-du-dum-di. Era la música que emite la nave especial en *Encuentros en la Tercera Fase*. Así que la cosa iba en plan tachín tachán, y de pronto el condenado platillo ardió. No sé si fue un accidente o si ese tenía que ser el efecto final. Los paracaídas que lo sostenían ardieron también, y el puto cacharro empezó a caer. Al principio pensé que se vendría abajo en el lago, quizá incluso en la plataforma flotante de los Massimo, lo cual habría sido mala cosa, pero no lo peor. Solo que justo entonces sopló una ráfaga de viento más fuerte, como si la mismísima madre naturaleza se hubiese hartado de los Massimo. O quizá solo estaba harta de la puta trompeta.

En fin, ya sabéis a qué debía su nombre esa casa, y la docena de pinos estaban bastante secos. Dos de ellos crecían a los lados del largo porche delantero, y contra esos chocó nuestro CE4. Los árboles se incendiaron en el acto, semejantes de pronto a las antorchas eléctricas del embarcadero de Massimo, solo que más grandes. Primero las agujas, luego las ramas, luego los troncos. Los Massimo echaron a correr en todas direcciones, como hormigas cuando alguien da una patada al hormiguero. Una rama en llamas cayó sobre el tejadillo del porche, y enseguida también eso se convirtió en un infierno desbocado. Y en todo momento seguía sonando aquella alegre melodía: du-di-du-dum-di.

La nave espacial se partió por la mitad. Un trozo cayó en el jardín, lo cual no era tan grave, pero la otra parte descendió sobre el tejado principal, a la vez que lanzaba aún unos cuantos cohetes finales, uno de los cuales penetró por una ventana del piso de arriba e incidió las cortinas a su paso.

Mi madre se volvió hacia mí:

—Vaya, *eso* ya no está tan bien.

—No —dijo—, la cosa pinta mal, ¿no?

—Diría que más vale que llames a los bomberos, Alden —sugirió ella—. De hecho, más vale que llames a dos o tres parques de bomberos, o vamos a tener bosque calcinado desde el lago hasta la línea divisoria del condado de Castle.

Me volví para ir corriendo a la cabaña a buscar el teléfono, pero ella me sujetó por el brazo. Tenía una sonrisita peculiar en la cara.

—Antes de irte —dijo—, echa un vistazo a eso.

Señaló hacia la orilla opuesta del lago. Para entonces ardía ya toda la casa, así que era fácil saber qué señalaba. No había ya nadie en su embarcadero, pero una cosa había quedado atrás: la condenada trompeta.

—Diles que ha sido todo idea mía —propuso mi madre—. Iré a la cárcel por esto, pero me importa un carajo. Al menos hemos hecho callar ese puñetero instrumento.

Oye, Ardelle, ¿puedo beber un poco de agua? Estoy más seco que una patata vieja.

La agente Benoit llevó a Alden un vaso de agua. Andy Clutterbuck y ella lo observaron bebérselo: un hombre desgalichado en chinos y camiseta de tirantes, de cabello ralo y canoso, ojeroso por falta de sueño y por la ingesta la noche anterior de Moonquakes de sesenta grados.

—Al menos no hubo heridos —comentó Alden—. Me alegro. Y el incendio no llegó al bosque. También de eso me alegro.

—Tienes suerte de que el viento aflojara —dijo Andy.

—También tienes suerte de que los cinco coches de bomberos de los tres pueblos estuvieran de guardia —añadió Ardelle—. Lógicamente tienen que estarlo la noche del Cuatro de Julio, siempre hay algún cretino que echa fuegos artificiales en estado de ebriedad.

—Yo soy el único responsable —dijo Alden—. Solo quiero que entendáis eso. Yo compré ese condenado artefacto, y yo fui quien lo encendió. Mi madre no ha tenido nada que ver. —Guardó silencio por un momento—. Espero que Massimo lo entienda y deje en paz a mi madre. Tiene CONTACTOS, ¿sabéis?

—Esa familia lleva veraneando en el lago Abenaki veinte años o más, y por lo que sé, Paul Massimo es un hombre de negocios honrado.

—Ya, ya —dijo Alden—. Como Al Capone.

El agente Ellis llamó con los nudillos al cristal de la sala de interrogatorios, señaló a Andy, colocó el pulgar y el meñique en forma de teléfono, y le indicó que saliera. Andy exhaló un suspiro y abandonó la sala.

Ardelle Benoit fijó la mirada en Alden.

—En la vida he visto cagadas de narices —comentó—, y más aún desde que estoy en la poli, pero esta se lleva la palma.

—Ya lo sé —admitió Alden, cabizbajo—. No voy a poner ninguna excusa. —De pronto se le iluminó el rostro—. Pero mientras duró fue un espectáculo del copón. La gente no lo olvidará nunca.

Ardelle hizo un sonido burdo. A lo lejos, en algún lugar, ululó una sirena.

Al cabo de un rato Andy regresó y se sentó. Permaneció callado por un momento, con la mirada perdida.

—¿La llamada tenía que ver con mi madre? —preguntó Alden.

—Era tu madre —contestó Andy—. Quería hablar contigo. Cuando le he dicho que estabas ocupado, me ha pedido que te pase un mensaje. Llamaba desde la cafetería Lucky's, donde acaba de disfrutar de un brunch plácidamente en compañía de tu vecino de la otra orilla del lago. Me ha pedido que te diga que él lleva aún el esmoquin y es quien invita.

—¿La ha amenazado? —preguntó Alden a voz en grito—. ¿Ese hijo de puta...?

—Siéntate, Alden. Tranquilo.

Alden se había medio levantado y se sentó despacio, pero tenía los puños apretados. Eran manos grandes, y parecían capaces de causar daño si el dueño se sentía provocado.

—Hallie también me ha pedido que te diga que el señor Massimo no va a presentar cargos. Ha dicho que dos familias entablaron una estúpida competición, y por consiguiente las dos familias son culpables. Según tu madre, el señor Massimo dice que lo pasado pasado está.

A Alden se le deslizó la nuez arriba y abajo, y a Ardelle le recordó un juguete de su infancia, un mono prendido de un palo.

Andy se inclinó al frente. Sonreía de esa manera dolorosa en que sonríe la gente cuando en realidad no quiere sonreír pero no puede evitarlo.

—Tu madre ha dicho que el señor Massimo quiere hacerte saber lo mucho que lamenta lo que ha ocurrido con el resto de tus fuegos artificiales.

—¿El resto? Ya os he dicho que este año no teníamos nada aparte de...

—Déjame hablar. No quiero olvidar ninguna parte del mensaje.

Alden calló. Fuera se oyó una segunda sirena, y luego una tercera.

—Los que estaban en la cocina. A esos fuegos artificiales se refiere. Según tu madre, debiste de dejar las cajas demasiado cerca de la estufa. ¿Recuerdas haberlo hecho?

—Esto...

—Haz memoria, Alden, porque no sabes cuánto deseo bajar el telón en este espectáculo de mierda.

—Supongo... digamos que sí —contestó Alden.

—Ni siquiera preguntaré por qué tenías la estufa encendida una noche calurosa de julio, porque después de treinta años en la policía me consta que a un borracho puede metérsele en la cabeza cualquier idea disparatada. ¿Estamos de acuerdo?

—Bueno..., sí, sí —admitió Alden—. Los borrachos son imprevisibles. Y esos

Moonquakes son mortales.

—Razón por la cual vuestra cabaña en el lago Abenaki está ardiendo ahora hasta los cimientos.

—¡Por los clavos de Cristo!

—No creo que podamos acusar de este incendio al Hijo de Dios, Alden, con o sin clavos. ¿La teníais asegurada?

—Caramba, sí —dijo Allen—. Los seguros son una buena idea. Eso lo aprendí cuando falleció mi padre.

—Massimo también la tenía asegurada. Tu madre me ha pedido que te diga también eso. Me ha dicho que ellos dos, ante sus platos de bacon y huevos, han acordado que la cuenta está saldada. ¿Tú estás de acuerdo?

—Bueno..., su casa era muchísimo más grande que nuestra cabaña.

—Cabe suponer que la diferencia se reflejará en las respectivas pólizas. —Andy se puso en pie—. Pasado un tiempo, se celebrará una vista de un tipo u otro, supongo, pero de momento puedes marcharte.

Alden dio las gracias. Y se marchó antes de que cambiaran de idea.

Andy y Ardelle se quedaron en la sala de interrogatorio, mirándose. Al cabo de un rato Ardelle dijo:

—¿Dónde estaba la señora McCausland cuando se ha declarado el incendio?

—Hasta que Massimo ha venido a invitarla a comer langosta Benedict y patatas fritas en Lucky's, estaba aquí mismo, en la comisaría —contestó Andy—. A la espera de saber si su hijo acababa en el juzgado o en la cárcel del condado. Con la esperanza de que lo mandasen al juzgado para poder sacarlo bajo fianza. Según Ellis, cuando Massimo y ella se han marchado, él le rodeaba la cintura con el brazo. Que habrá tenido que estirar mucho, teniendo en cuenta la actual amplitud de esa cintura.

—¿Y quién crees que ha pegado fuego a la cabaña de los McCausland?

—Nunca lo sabremos con seguridad, pero puestos a conjeturar, diría que han sido los hijos de Massimo, antes del amanecer. Habrán colocado parte de sus fuegos artificiales sin usar al lado de la estufa, o justo encima, y luego habrán llenado la estufa de yesca para que ardiera con ganas. No se diferencia mucho de una bomba de relojería si nos paramos a pensarlo.

—Maldita sea —dijo Ardelle.

—Lo que nos lleva a una conclusión: borrachos con fuegos artificiales, mal asunto, y una mano lava la otra, buen asunto.

Ardelle se detuvo a pensar en eso. Al cabo de un momento contrajo los labios y silbó la melodía de *Encuentros en la tercera fase*. Intentó repetirla, pero se echó a reír y se le desplegaron los labios.

—No está mal —dijo Andy—. Pero ¿sabes tocarla con una trompeta?

En recuerdo de Marshall Dodge

¿Qué mejor manera de acabar una recopilación de cuentos que un relato sobre el fin del mundo? He escrito al menos un libro extenso sobre el tema, *Apocalipsis*, pero aquí la acción se concentra hasta ser poco más que la cabeza de un alfiler. No tengo mucho que decir sobre el cuento en sí, salvo que estaba pensando en mi querida Harley Softail de 1986, de la que ya he prescindido, y probablemente para siempre: he perdido reflejos hasta el punto de que en la carretera, a más de cien kilómetros por hora, soy un peligro para mí y para los demás. Cómo adoraba esa moto. Después de escribir *Insomnia*, viajé con ella desde Maine hasta California y recuerdo una noche, en algún lugar de Kansas, en la que vi ponerse el sol al oeste y salir la luna, enorme y anaranjada, por el este. Me detuve y contemplé el espectáculo pensando que era la mejor puesta de sol de mi vida. Quizá lo ha sido.

Ah, y «Trueno en verano» se escribió en un sitio muy similar a ese en que encontramos a Robinson, su vecino, y a cierto perro callejero que se llama Gandalf.

Trueno en verano

Robinson estaba bien siempre y cuando lo estuviera Gandalf. No bien en el sentido de que todo va de fábula, sino en el sentido de ir pasando los días. Todavía se despertaba por la noche, a menudo con el rostro bañado en lágrimas a causa de vívidos sueños en los que Diana y Ellen aún vivían, pero cuando cogía a Gandalf de la manta del rincón donde dormía y lo subía a la cama, con frecuencia volvía a conciliar el sueño. En cuanto a Gandalf, le daba igual dormir en un sitio o en otro, y si Robinson lo acercaba a él, tampoco le importaba. Era un sitio cálido, seco y seguro. Era un perro rescatado. Eso era lo único que preocupaba a Gandalf.

Con otro ser vivo al que cuidar, se sentía mejor. Robinson fue a la tienda de abastos, a ocho kilómetros por la Interestatal 19 (con Gandalf en el asiento del acompañante de la furgoneta, las orejas en punta, los ojos brillantes), y cogió comida para perros. La tienda estaba abandonada y por supuesto había sido saqueada, pero nadie se había llevado el Eukanuba. A partir del Seis de Junio, la gente poco pensaba ya en sus mascotas. O eso dedujo Robinson.

Por lo demás, el resto del tiempo los dos se quedaban junto al lago. Tenían comida de sobra en la despensa, y más cajas abajo. A menudo él bromeaba sobre esa costumbre de Diana, como si esperara el Apocalipsis, pero al final el blanco de la broma acabó siendo él. Los dos, de hecho, porque sin duda Diana nunca imaginó que cuando por fin llegase el Apocalipsis, ella estaría en Boston con su hija, indagando las posibilidades académicas del Emerson College. Comiendo una sola persona, el alimento duraría más que él. Robinson no lo dudaba. Timlin había dicho que estaban condenados.

Nunca habría pensado que en el fin del mundo haría tan buen clima. La temperatura era agradable y el cielo estaba despejado. En otro tiempo, el lago Pocomtuck habría sido un hervidero de lanchas motoras y motos náuticas (que mataban los peces, se quejaban los veraneantes de toda la vida), pero ese verano todo estaba en silencio salvo por los colibres... aunque cada noche parecían ser menos los que cantaban. Al principio Robinson pensó que eso era solo fruto de su imaginación, que tenía tan afectada por el dolor como el resto de su aparato de reflexión, pero Timlin le aseguró que no era así.

—¿No has notado que la mayoría de los pájaros del bosque ya han desaparecido? Ni conciertos de los carboneros por la mañana, ni la música de los cuervos al mediodía. Allá por septiembre, los colibres habrán desaparecido igual que los dementes que han hecho esto. Los peces vivirán un poco más, pero al final también ellos desaparecerán. Como los ciervos, los conejos y las ardillas.

Sobre esa fauna no cabía la menor duda. Robinson había visto casi una docena de ciervos muertos junto a la carretera del lago y otros más junto a la Interestatal 19, en ese único viaje que Gandalf y él habían hecho hasta la tienda de abastos de Carson

Corners, donde el cartel de la fachada —¡COMPRE AQUÍ SU QUESO Y SU SIROPE DE VERMONT!— se hallaba ahora cara abajo al lado de los surtidores de gasolina secos. Pero la mayor parte del holocausto animal se observaba en el bosque. Cuando el viento soplaba del este, hacia al lago y no desde él, el hedor era atroz. Los días cálidos no ayudaban, y Robinson deseaba saber qué había sido del invierno nuclear.

—Ah, ya llegará —dijo Timlin, sentado en su mecedora con la mirada puesta en el resplandor moteado del sol bajo los árboles—. La tierra todavía está absorbiendo el impacto. Además, sabemos por los últimos informes que una capa de nubes, que quizás llegue a ser eterna, cubre el hemisferio sur y también la mayor parte de Asia. Disfruta del sol mientras lo tengamos, Peter.

Como si pudiera disfrutar de algo. Diana y él habían hablado de hacer un viaje a Inglaterra —sus primeras vacaciones largas desde la luna de miel— en cuanto Ellen estuviera instalada en la universidad.

Ellen, pensó. Que justo estaba recuperándose de la ruptura con su primer novio de verdad y empezaba a sonreír otra vez.

Cada uno de esos magníficos días de finales del verano posteriores al Apocalipsis, Robinson prendía una correa del collar de Gandalf (ignoraba cómo se llamaba el perro antes del Seis de Junio; el chicho había llegado con un collar del que solo colgaba una placa de vacunación del estado de Massachusetts), y recorrían a pie los tres kilómetros que los separaban del lujoso enclave en el que ahora Howard Timlin era el único residente.

En una ocasión Diana había descrito ese paseo como «paraíso de postal». En su mayor parte discurría por lo alto de acantilados y ofrecía vistas del lago y de Nueva York, a sesenta kilómetros de distancia. En determinado punto, allí donde la carretera torcía bruscamente, un cartel aconsejaba: ¡CONDUZCA CON PRUDENCIA! Los hijos de los veraneantes, como es natural, llamaban a ese giro cerrado Curva del Muerto.

Woodland Acres —una zona no solo lujosa sino también privada antes del fin del mundo— estaba unos dos kilómetros más allá. El elemento central era un edificio de piedra que albergaba un restaurante con vistas extraordinarias, un chef de cinco estrellas, y una «bodega de cerveza» abastecida con mil marcas. («Muchas imbebibles —dijo Timlin—. Créeme»). Dispersos en torno al albergue principal, en varias hondonadas con árboles, había una docena de pintorescos «chalets», algunos propiedad de grandes empresas antes de que el Seis de Junio pusiera fin a las grandes empresas. La mayoría de los chalets aún estaban desocupados el Seis de Junio, y durante los diez delirantes días que siguieron, los pocos que residían allí huyeron a Canadá, donde, según rumores, no había llegado la radiación. Eso fue cuando aún quedaba gasolina suficiente para permitir la huida.

Los dueños de Woodland Acres, George y Ellen Benson, se habían quedado. También Timlin, que estaba divorciado, no tenía hijos a quienes llorar, y sabía que

esa historia de Canadá era con toda seguridad una fábula. Poco después, a primeros de julio, los Benson se atracaron de pastillas y fueron a acostarse en su cama mientras escuchaban música de Beethoven en un tocadiscos a pilas. Ahora solo quedaba Timlin.

«Todo lo que ves es mío —había dicho a Robinson, abarcando el paisaje con un gesto teatral—. Y algún día, hijo, será tuyo».

En esos paseos diarios hasta Acres, Robinson experimentaba alivio en su aflicción y sensación de disociación; el sol era seductor. Gandalf olfateaba los arbustos e intentaba mear en todos. Ladraba valientemente cuando oía algo en el bosque, pero siempre se acercaba a Robinson. La correa era necesaria solo por las ardillas muertas. Gandalf no quería mear en ellas; quería engullir lo que quedaba de ellas.

Woodland Acres Lane se bifurcaba de la carretera rural donde ahora Robinson hacía vida de soltero. En otro tiempo, esa vía de acceso disponía de una verja para impedir el paso a los curiosos y la chusma asalariada como él, pero ahora la verja permanencia siempre abierta. La calle avanzaba tortuosamente a lo largo de algo menos de un kilómetro a través de un bosque donde la luz oblicua y polvoriento parecía casi tan antigua como los imponentes pinos y píceas que la filtraban, pasaba ante cuatro pistas de tenis, bordeaba un campo de golf, y doblaba por detrás de un establo donde los caballos de excursionismo ahora yacían muertos en sus cuadras. El chalet de Timlin se hallaba más allá del albergue: una modesta morada con cuatro dormitorios, cuatro cuartos de baño, jacuzzi y su propia sauna.

—¿Para qué necesitaba cuatro habitaciones, si vivía usted solo? —preguntó Robinson una vez.

—Ni las necesito ahora ni las he necesitado nunca —contestó Timlin—, pero todos los chalets tienen cuatro habitaciones. Excepto el Dedalera, el Milenrama y el Lavanda. Esos tienen cinco. El Lavanda tiene también adosada una bolera. Todas las comodidades modernas. Pero cuando yo llegué aquí con mi familia, de niño, meábamos en un excusado exterior. Como lo oyes.

Robinson y Gandalf solían encontrar a Timlin sentado en una de las mecedoras en el amplio porche delantero de su chalet (Veronica) leyendo un libro o escuchando su reproductor de CD a pilas. Robinson soltaba la correa del collar de Gandalf, y el perro —un chucarro, sin ningún rasgo de raza reconocible salvo las orejas de spaniel— corría peldaños arriba para las alharacas de la recepción. Después de unas cuantas caricias, Timlin tiraba con delicadeza del pelo blanco grisáceo del perro en distintos sitios, y tras comprobar que permanecía bien firme, siempre decía lo mismo: «Extraordinario».

Aquel magnífico día de mediados de agosto, Gandalf solo hizo una breve visita a la mecedora de Timlin. Olfateó los tobillos desnudos del anciano y enseguida volvió a

descender al trote los peldaños y se adentró en el bosque. Timlin alzó la mano para saludar a Robinson con el gesto propio de las viejas películas de indios: «Jau».

Robinson le devolvió el saludo.

—¿Una cerveza? —preguntó Timlin—. Están frescas. Acabo de sacarlas del lago.

—¿Hoy qué será? ¿Mierda Añeja o Rocío de Monte Verde?

—Ninguna de las dos. En el almacén había una caja de Budweiser. El rey de las cervezas, como quizás recuerdes. La he liberado.

—En ese caso lo acompañaré con mucho gusto.

Timlin se puso en pie con un gruñido y entró en el chalet con paso un tanto tambaleante. La artritis había organizado un ataque furtivo contra sus caderas hacía dos años, según había contado a Robinson, y, no contenta con eso, había decidido adueñarse de sus tobillos. Robinson nunca lo había preguntado, pero calculaba que Timlin rondaba los setenta y cinco años. Su cuerpo esbelto inducía a pensar en una vida en buena forma, pero la buena forma empezaba a fallar. Robinson, por su parte, nunca se había sentido mejor físicamente, lo cual resultaba irónico considerando las pocas razones que le quedaban para vivir. Desde luego Timlin no lo necesitaba, aunque el viejo se podía decir que era cordial. A medida que avanzaba ese verano prodigiosamente hermoso, solo Gandalf lo necesitaba en realidad. Lo cual ya estaba bien, porque de momento le bastaba con Gandalf.

Solo un chico y su perro, pensó.

Dicho perro había salido del bosque a mediados de junio, flaco, con restos de bardana en el pelo enredado, y un profundo arañozo en el hocico. Robinson estaba tumbado en la habitación de invitados (no soportaba dormir en la cama que había compartido con Diana), insomne a causa del dolor y la angustia, consciente de que el momento de rendirse y tirar la toalla se acercaba cada vez más. Unas semanas antes habría considerado esa actitud una cobardía, pero desde entonces había tenido que asimilar varios hechos innegables. El dolor no cesaría. La aflicción no cesaría. Y ciertamente su vida no se alargaría mucho en cualquier caso. Bastaba con oler los animales en descomposición para saber qué le depararía el futuro.

Había oído un golpeteo, y al principio pensó que acaso fuera un ser humano. O un oso superviviente que hubiese olido su comida. Pero por entonces el generador aún funcionaba, y bajo el resplandor de las luces con sensores de movimiento que iluminaban el camino de entrada vio un perro pequeño y gris que, alternativamente, rascaba la puerta un momento y luego se acurrucaba en el porche. Cuando Robinson abrió, el perro al principio retrocedió, con las orejas hacia atrás y el rabo entre las patas.

—Supongo que mejor será que entres —dijo Robinson, y el perro, sin grandes vacilaciones, entró.

Robinson le puso agua en un tazón, que el animal bebió con frenesí, y luego una lata de carne con verduras en conserva Prudence, que el perro se comió de cinco o seis energéticos bocados. Cuando terminó, Robinson lo acarició con la esperanza de

que no le mordiera. El perro, en lugar de morderle, le lamió la mano.

—Tú eres Gandalf —dijo Robinson—. Gandalf el Gris.

Y acto seguido se echó a llorar. Intentó convencerse de que su comportamiento era ridículo, pero no lo era. Ya no estaba solo en casa.

—¿Qué noticias me traes de esa moto tuya? —preguntó Timlin.

Iban ya por la segunda cerveza. Cuando Robinson terminara la suya, Gandalf y él recorrerían de nuevo los tres kilómetros hasta la casa. No quería alargarlo demasiado; en el crepúsculo abundaban los mosquitos.

Si Timlin tenía razón, pensó, serían los chupópteros, y no los humildes, quienes heredarían la tierra. Si encontraban sangre que chupar.

—La batería está agotada —contestó a Timlin. Luego añadió—: Mi mujer me obligó a prometerle que vendería la moto cuando cumpliese los cincuenta. Según ella, a partir de los cincuenta los reflejos de un hombre son ya demasiado lentos, y eso se convierte en un peligro.

—¿Y cuándo cumples los cincuenta?

—El año que viene —respondió Robinson. Y se echó a reír ante semejante absurdo.

—Esta mañana se me ha caído un diente —comentó Timlin—. A mi edad podría no significar nada, pero...

—¿Ha visto sangre en el váter?

Timlin le había explicado que ese era uno de los primeros síntomas del envenenamiento avanzado por radiación, y él sabía mucho más al respecto que Robinson. Lo que Robinson sabía era que su mujer y su hija estaban en Boston cuando las desesperadas conversaciones de paz de Ginebra terminaron en un estallido nuclear el día 5 de junio, y seguían en Boston al día siguiente, cuando el mundo se suicidó. Ahora el litoral oriental de Estados Unidos, desde Hartford hasta Miami, se reducía básicamente a escombros.

—En cuanto a eso, me acojo a la Quinta Enmienda —dijo Timlin—. Ahí viene tu perro. Mejor será que le mires las patas: cojea un poco. Diría que de la izquierda de atrás.

Pero no encontraron ninguna espina en ninguna de las patas de Gandalf, y esta vez cuando Timlin le tiró con delicadeza del pelo, se desprendió un puñado de los cuartos traseros. Gandalf no pareció notarlo. Los dos hombres cruzaron una mirada.

—Podría ser sarna —comentó Robinson por fin—. O el estrés. Los perros pierden pelo por el estrés, ¿no lo sabía?

—Es posible. —Timlin miraba hacia el oeste, más allá del lago—. Tendremos una hermosa puesta de sol. Aunque ahora, claro, todas son hermosas. Como cuando el Krakatoa entró en erupción en 1883. Solo que esto ha sido como diez mil Krakatoas.

—Se inclinó y acarició la cabeza a Gandalf.

—India y Pakistán —dijo Robinson.

Timlin se irguió otra vez.

—Bueno, sí. Pero todos los demás tenían que intervenir, ¿no? Incluso los chechenos tenían unos cuantos, que transportaron a Moscú en camionetas. Es como si el mundo hubiese olvidado conscientemente cuántos países, ¡y grupos, putos *grupos*!, tenían artefactos de esos.

—O cuáles podían ser los efectos de esos artefactos —añadió Robinson.

Timlin asintió con la cabeza.

—Eso también. Estábamos muy preocupados por el techo de deuda, y nuestros amigos del otro lado del charco tenían puesta toda su atención en acabar con los concursos de belleza para niños y potenciar el euro.

—¿Seguro que Canadá está tan sucio como los cuarenta y ocho estados al sur?

—Es una cuestión de grado, supongo. Vermont no está tan sucio como Nueva York, y probablemente Canadá no esté tan sucio como Vermont. Pero lo estará. Además, casi todas las personas que partieron hacia allí ya estaban enfermas. Mortalmente enfermas, si se me permite parafrasear a Kierkegaard. ¿Quieres otra cerveza?

—Mejor será que vuelva. —Robinson se puso en pie—. Vamos, Gandalf. Es hora de quemar unas cuantas calorías.

—¿Nos veremos mañana?

—Quizá a media tarde. Por la mañana tengo algo que hacer.

—¿Dónde, si se me permite la indiscreción?

—En Bennington, ahora que aún tengo gasolina suficiente para el viaje de ida y vuelta.

Timlin enarcó las cejas.

—Quiero ver si encuentro una batería de moto.

Gandalf llegó hasta la Curva del Muerto por su propio pie, aunque la cojera empeoró gradualmente. Cuando llegaron allí, se quedó sentado sin más, como para contemplar la efervescente puesta de sol reflejada en el lago. Era de un naranja virulento surcado de arterias de un rojo muy intenso. El perro gimoteó y se lamió la pata trasera izquierda. Robinson se sentó un rato a su lado, pero cuando los primeros mosquitos exploradores solicitaron refuerzos, cogió a Gandalf en brazos y se puso de nuevo en marcha. Para cuando llegaron a la casa, le temblaban los brazos y le dolían los hombros. Si Gandalf hubiese pesado cuatro kilos más, quizás incluso dos más, habría tenido que dejar allí al chicho e ir a buscar la furgoneta. Le dolía también la cabeza, quizás por el calor, o por la segunda cerveza, o por las dos cosas.

El camino de acceso bordeado de árboles que descendía hacia la casa era un cúmulo de sombras, y la propia casa estaba a oscuras. El generador había exhalado su último aliento hacía semanas. La puesta de sol se reducía ya a un violáceo mate.

Subió trabajosamente al porche y dejó a Gandalf para abrir la puerta.

—Vamos, chico —dijo.

Gandalf hizo lo posible por levantarse pero se rindió.

Justo cuando Robinson se agachaba para volver a cogerlo en brazos, Gandalf realizó un nuevo esfuerzo. Esta vez traspasó el umbral de la puerta y se desplomó de costado en el recibidor, jadeante. En la pared, por encima del perro, colgaban al menos dos docenas de fotografías de seres queridos de Robinson, todos fallecidos. Ya ni siquiera podía marcar los números de teléfono de Diana y Ellen para escuchar sus voces grabadas. Su propio teléfono se había agotado poco después que el generador, pero incluso antes de eso se había interrumpido todo servicio de telefonía móvil.

Sacó una botella de agua Poland Spring de la despensa, llenó el plato de Gandalf y luego le sirvió una medida de pienso. Gandalf bebió un poco de agua pero no comió. Cuando Robinson se puso en cuclillas para rascarle el vientre, el pelo se le cayó a puñados.

Qué deprisa, pensó. Esta mañana estaba bien.

Robinson salió al cobertizo adosado a la parte de atrás de la casa con una linterna. En el lago cantó un colimbo... solo uno. La motocicleta estaba bajo una lona. Retiró la lona e iluminó sus contornos resplandecientes con el haz. Era una Fat Bob de 2014, ya con unos cuantos años de antigüedad pero poco kilometraje; los tiempos en que recorría ocho mil y diez mil kilómetros entre mayo y octubre habían quedado atrás. Sin embargo la Bob seguía siendo la moto de sus sueños, si bien en los últimos dos años solo la había conducido en sus sueños. Refrigerada por aire. Dos ejes de levas. Seis marchas. Y casi mil setecientos centímetros cúbicos. ¡Y el sonido! Solo las Harley sonaban así, como un trueno en verano. Cuando te detenías junto a un Chevrolet en un semáforo, el pájaro encerrado dentro tendía a echar el seguro de las puertas.

Robinson deslizó la palma de la mano por el manillar; a continuación levantó una pierna, se sentó en el sillín y puso los pies en los reposapiés. Diana había insistido cada vez más en que la vendiera, y cuando él montaba, ella le recordaba una y otra vez que por alguna razón en Vermont era obligatorio el uso del casco... a diferencia de lo que ocurría en New Hampshire y Maine, esos idiotas. Ahora podía montar sin casco si quería. No estaba Diana para sermonearlo, ni había policía de carreteras para obligarlo a detenerse. Podía montar en cueros si le apetecía.

—Aunque tendría que poner mucho cuidado con los tubos de escape cuando me bajase —dijo, y se echó a reír.

Entró sin tapar de nuevo la Harley con la lona. Gandalf yacía en el lecho de mantas que Robinson le había preparado, el hocico apoyado en una pata delantera. El pienso seguía intacto.

—Mejor será que comas —dijo Robinson, y le acarició la cabeza—. Te

encontrarás mejor.

A la mañana siguiente había una mancha roja en las mantas alrededor de los cuartos traseros de Gandalf, y aunque lo intentó, no consiguió levantarse. Cuando desistió la segunda vez, Robinson lo llevó afuera en brazos, donde Gandalf primero se quedó tendido en la hierba y luego consiguió ponerse en cuclillas. Lo que salió de él fue un chorro de heces sanguinolentas. Gandalf se apartó a rastras de la deposición, como si se avergonzara, y se tendió mirando a Robinson lastimeramente.

Esta vez, cuando Robinson lo cogió en brazos, Gandalf aulló de dolor. Enseñó los dientes pero no mordió. Robinson lo llevó adentro y lo dejó en su lecho de mantas. Se miró las manos al erguirse y vio que las tenía cubiertas de pelo. Cuando se sacudió las palmas, el pelo flotó en el aire como algodoncillos.

—Te pondrás bien —dijo a Gandalf—. Solo tienes el estómago revuelto. Debiste de encontrar una de esas malditas ardillas cuando yo no estaba atento. Quédate ahí y descansa. Seguro que cuando vuelva ya eres otra vez el de siempre.

Quedaba aún medio depósito de gasolina en la Silverado, de sobra para un viaje de noventa kilómetros ida y vuelta hasta Bennington. Robinson decidió pasar antes por Woodland Acres para ver si Timlin necesitaba algo.

Encontró a su último vecino sentado en la mecedora en el porche del Veronica. Estaba sumamente pálido, y se le habían formado bolsas amoratadas bajo los ojos. Cuando Robinson le contó lo de Gandalf, Timlin asintió.

—Yo me he pasado casi toda la noche en pie, corriendo al baño. Debemos de haber pillado el mismo virus. —Sonrió para mostrar que lo decía en broma, aunque no tenía mucha gracia.

No, dijo, no necesitaba nada de Bennington, pero tal vez Robinson pudiera pasarse por allí de vuelta.

—Tengo una cosa que quizás necesites —dijo.

El viaje a Bennington fue más lento de lo que Robinson preveía porque la carretera estaba plagada de coches abandonados. Eran ya casi las doce del mediodía cuando se detuvo en el aparcamiento delantero de Kingdom Harley-Davidson. La vidriera estaba rota y se habían llevado todos los modelos expuestos, pero en la parte de atrás quedaban muchas motos. Estas eran a prueba de robo gracias a cables de acero envueltos en plástico y robustos candados.

A Robinson eso le daba igual; él solo quería robar una batería. La Fat Bob en que se fijó era uno o dos años más nueva que la suya, pero la batería parecía idéntica. Fue en busca de su caja de herramientas a la parte de atrás de la furgoneta y comprobó la

carga de la batería con su Impact (el potenciómetro había sido regalo de su hija hacía dos cumpleaños); se encendió el indicador verde. Extrajo la batería, entró en el local y encontró una selección de mapas. Utilizando el más detallado para localizar las carreteras secundarias, consiguió estar de regreso en el lago a las tres.

Vio muchos animales muertos, incluido un alce descomunal junto a los peldaños de cemento de una caravana. En el jardín de césped silvestre de esa caravana habían clavado un letrero pintado a mano, solo tres palabras: PRONTO EL CIELO.

No había nadie en el porche del Veronica, pero cuando Robinson llamó a la puerta, Timlin gritó que pasara. Lo encontró sentado en el salón ostentosamente rústico, más pálido que nunca. Sostenía en una mano una servilleta enorme de hilo. Manchada de sangre. Frente a él, en la mesita de centro, había tres objetos: un libro de fotografías titulado *Las bellezas de Vermont*, una aguja hipodérmica llena de líquido amarillo y un revólver.

—Me alegro de que hayas venido —dijo Timlin—. No quería marcharme sin decirte adiós.

Robinson tomó conciencia de lo absurda que era la primera respuesta que acudió a su mente —«No nos precipitemos»— y guardó silencio.

—Se me han caído cinco o seis dientes —explicó Timlin—, pero ese no es el mayor problema. En las últimas doce horas poco más o menos, tengo la impresión de haber expulsado casi todos mis intestinos. Lo extraño es que me duele muy poco. Las hemorroides que padecí a los cincuenta años fueron peores. El dolor llegará, he leído más que suficiente para saberlo, pero no pienso quedarme aquí tanto tiempo como para experimentarlo en toda su plenitud. ¿Has conseguido la batería que buscabas?

—Sí —contestó Robinson, y se sentó pesadamente—. Joder, Howard, no sabe cuánto lo siento.

—Te lo agradezco mucho. ¿Y tú? ¿Cómo te encuentras?

—¿Físicamente? Bien.

Aunque eso no era ya del todo cierto. Varias manchas rojas que no parecían quemaduras de sol asomaban en sus antebrazos, y tenía otra en el pecho, por encima del pezón derecho. Le picaban. Además..., había retenido el desayuno, pero su estómago no parecía contento con él, ni mucho menos.

Timlin se inclinó y tocó la jeringuilla.

—Demerol. Pensaba inyectármelo y después mirar las fotografías de Vermont hasta... hasta. Pero he cambiado de idea. El arma servirá, creo. Coge tú la jeringuilla.

—No estoy del todo preparado.

—No es para ti, es para el perro. No se merece sufrir. Al fin y al cabo, no fueron los perros quienes fabricaron las bombas.

—Puede que solo se haya comido una ardilla —respondió Robinson, no muy convencido.

—Los dos sabemos que no es eso. Aunque lo fuera, los animales muertos contienen tal cantidad de radiación que sería como tomar una cápsula de cobalto. Es asombroso que dure tanto. Da gracias por el tiempo que lo has tenido a tu lado. Una pequeña bendición. Eso es un buen perro, ya lo sabes. Una pequeña bendición.

Timlin lo observó atentamente.

—No llores por mí. Si lloras, lloraré yo también, así que llévalo como un hombre. Hay otra caja de seis Bud en la nevera. No sé por qué me he molestado en ponerla ahí, pero es difícil perder los viejos hábitos. ¿Por qué no traes una para cada uno? Es mejor una cerveza caliente que nada; creo que eso lo dijo Woodrow Wilson. Brindaremos por Gandalf. También por la batería nueva de tu moto. Entretanto, necesito ir a soltar lastre. Aunque poco lastre me queda por soltar.

Robinson fue a por la cerveza. Cuando regresó, Timlin había desaparecido, y siguió ausente durante casi cinco minutos. Volvió lentamente, con algo en las manos. Se había quitado el pantalón y llevaba una toalla ceñida a la cintura. Dejó escapar un leve grito de dolor al sentarse, pero cogió la lata de cerveza que Robinson le tendió. Brindaron por Gandalf y bebieron. La Bud estaba caliente, desde luego, pero nada mal. Al fin y al cabo, era el rey de las cervezas.

Timlin cogió el arma.

—El mío será el clásico suicidio victoriano —dijo, aparentemente complacido ante la perspectiva—. El cañón en la sien. La mano libre sobre los ojos. Adiós, mundo cruel.

—Yo me voy con la música a otra parte —dijo Robinson sin pensar.

Timlin se rio de buena gana, contrayendo los labios y dejando a la vista los pocos dientes que le quedaban.

—Te entiendo, pero para nosotros se acabó la música. ¿Te he contado alguna vez que de joven me atropelló una furgoneta? De esas que los ingleses llaman repartidoras de leche.

Robinson negó con la cabeza.

—Fue en 1957. Tenía quince años. Iba a pie por una carretera rural de Michigan, camino de la Estatal 22, donde esperaba encontrar a alguien que me llevara en autostop a Traverse City para asistir a una sesión doble de cine. Estaba fantaseando con una chica de mi clase, de piernas largas y preciosas y pechos muy erguidos, y me aparté de la relativa seguridad del arcén. La furgoneta rebasó un cambio de rasante, iba muy deprisa, y me embistió de pleno. Si hubiese llevado toda su carga, seguramente yo habría muerto, pero como iba vacía, pesaba mucho menos, y eso me ha permitido vivir hasta los setenta y cinco años y experimentar lo que es cagar mis propias tripas en un váter en el que ya no puede tirarse de la cadena.

No parecía haber una respuesta adecuada para eso.

—Vi un destello de sol en el parabrisas de la furgoneta cuando asomó desde el otro lado del cambio de rasante, y después... nada. Creo que sentiré poco más o menos lo mismo cuando la bala entre en mi cerebro y eche a perder todo lo que he

pensado o experimentado. —Alzó un dedo en ademán profesoral—. Solo que esta vez la nada no dará paso a algo. Solo un destello, como el sol en el parabrisas de una furgoneta, seguido de nada. La idea me resulta sobrecogedora y al mismo tiempo de lo más deprimente.

—Quizá debería aguantar un poco más —sugirió Robinson—. Podría...

Timlin aguardó cortésmente con las cejas enarcadas.

—Joder, yo que sé —dijo Robinson. Y a continuación, para su propia sorpresa, vociferó—: *¿Qué han hecho? ¿Qué han hecho esos hijos de puta?*

—Sabes de sobra lo que han hecho —dijo Timlin—. Y ahora nosotros convivimos con las consecuencias. Sé que quieras a ese perro, Peter. Es un desplazamiento del afecto, lo que los psiquiatras llaman histeria de conversión, pero aceptamos lo que tenemos, y si tenemos medio cerebro, damos gracias. Así que no vaciles. Clávasela en el cuello, y clávasela con fuerza. Agárralo por el collar, no sea que respingue.

Robinson dejó la cerveza. Ya no le apetecía.

—Estaba bastante mal cuando me he ido. Quizá ya esté muerto.

Pero Gandalf no había muerto.

Alzó la vista cuando Robinson entró en el dormitorio y meneó la cola dos veces contra el lecho de mantas ensangrentadas. Robinson se sentó a su lado. Le acarició la cabeza y pensó en el destino del amor, que era en realidad tan sencillo cuando uno lo miraba de frente. Gandalf apoyó la cabeza en la rodilla de Robinson y lo miró. Robinson sacó la jeringuilla del bolsillo de la camisa y retiró el protector de la aguja.

—Eres un buen chico —dijo, y sujetó a Gandalf por el collar como Timlin le había indicado.

Mientras hacía acopio de valor para llevarlo a cabo, oyó un disparo. El sonido fue leve a esa distancia, pero con el lago tan silencioso era imposible confundirlo con otra cosa. Se transmitió a través del aire caliente del verano, disminuyó, intentó reverberar, no lo consiguió. Gandalf enderezó las orejas, y a Robinson se le ocurrió una idea, tan reconfortante como absurda. Quizá Timlin se equivocaba en cuanto a la nada. Era posible. En un mundo donde uno podía alzar la vista y ver una vía eterna de estrellas, supuso que todo lo era. Quizá...

Quizá.

Gandalf todavía lo miraba cuando introdujo la aguja. Por un momento los ojos del perro permanecieron brillantes y alertas, y durante el momento interminable que ese brillo tardó en apagarse, Robinson se habría echado atrás si hubiera podido.

Se quedó allí sentado en el suelo durante largo rato, con la esperanza de que ese último colimbo cantara una vez más, pero no cantó. Al cabo de un rato salió al cobertizo, buscó una pala y cavó un hoyo en el jardín de su mujer. No era necesario hacerlo muy profundo; ningún animal iba a desenterrar a Gandalf.

Cuando Robinson despertó a la mañana siguiente, notó un sabor a cobre en la boca. Cuando levantó la cabeza, notó que la mejilla se le despegaba de la almohada. Durante la noche le habían sangrado la nariz y las encías.

Era otro día magnífico, y pese a ser todavía verano, el primer color empezaba a teñir furtivamente los árboles. Robinson sacó su Fat Bob del cobertizo y sustituyó la batería agotada, trabajando despacio y con cuidado en medio de aquel profundo silencio.

Cuando acabó, accionó el interruptor. La luz verde del punto muerto se encendió, pero vaciló un poco. Apagó el interruptor, apretó las conexiones y probó de nuevo. Esta vez la luz permaneció estable. Pulsó el contacto, y aquel sonido —el trueno en verano— hizo añicos el silencio. Se le antojó sacrílego, pero —por extraño que pareciera— en un buen sentido.

Robinson no se sorprendió cuando acudió a su memoria su primer y único viaje para asistir a la concentración anual de motocicletas de Sturgis, en Dakota del Sur, en 1998, un año antes de conocer a Diana. Recordó el momento en que bajaba lentamente por Junction Avenue en su Honda GB 500, una carroza más en un desfile de dos mil, el rugido combinado de todas ellas tan estruendoso que casi parecía algo físico. Esa noche, más tarde, se encendió una hoguera, y sonó una interminable sucesión de Rolling Stones y AC/DC y Metallica a través de amplificadores Marshall apilados en una especie de Stonehenge. Chicas tatuadas bailaban en toples a la luz del fuego; hombres barbudos bebían cerveza en extraños cascós; niños con calcomanías en la piel corrían por todas partes agitando bengalas. Había sido aterrador y asombroso y magnífico, todo lo que era bueno y malo en el mundo reunido en el mismo sitio y con total concentración. En lo alto, aquella vía de estrellas.

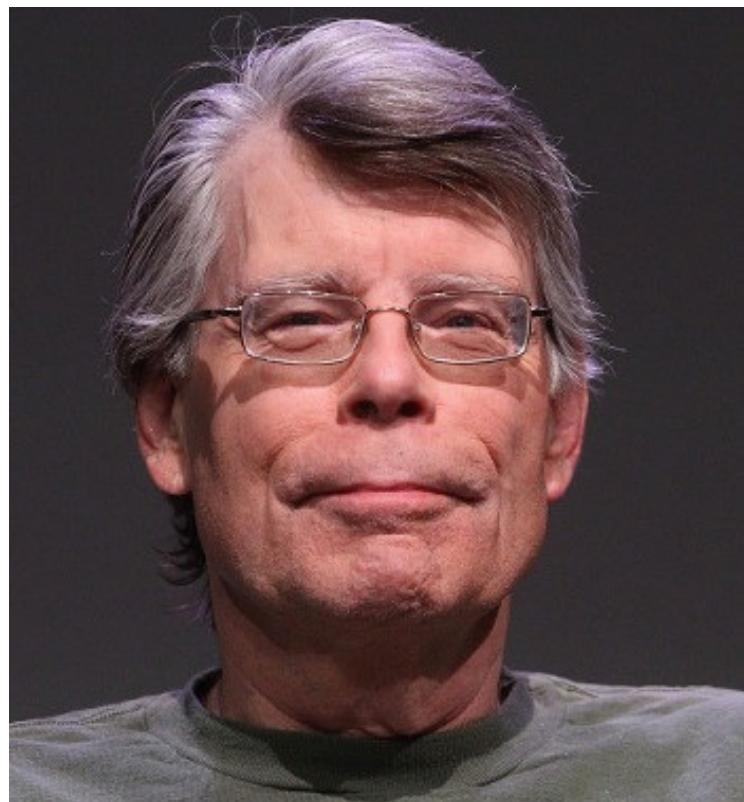
Robinson aceleró la Fat Bob, luego soltó el puño del gas. Aceleró y soltó. Aceleró y soltó. El denso olor de la gasolina recién quemada inundó el camino de acceso. El mundo era una mole moribunda, pero el silencio había sido expulsado, al menos de momento, y eso era bueno. Eso era fabuloso. Jódete, silencio, pensó. Así os jodáis tú y el caballo en el que vas montado. Este es *mi* caballo, mi caballo de hierro, ¿te gusta?

Accionó el embrague y con el pie puso la primera. Enfiló el camino de acceso, torció a la derecha, y puso la segunda y después la tercera. La carretera era de tierra, con roderas en algunos sitios, pero la moto las superó con facilidad, Robinson flotaba en el asiento. La nariz le manaba otra vez; la sangre corrió por sus mejillas y formó una estela de gruesas gotas a su espalda. Tomó la primera curva y luego la segunda, escorándose mucho, y subió a cuarta al llegar a una breve recta. La Fat Bob tenía ganas de marcha. Había pasado demasiado tiempo acumulando polvo en aquel maldito cobertizo. A su derecha, Robinson veía con el rabillo del ojo el lago Pocomtuck, quieto como un espejo, y el sol trazaba en la superficie azul una senda de

color amarillo dorado. Robinson lanzó un grito y agitó el puño en dirección al cielo —al universo— antes de volver a empuñar el manillar. Delante tenía el giro cerrado donde estaba el cartel que advertía ¡CONDUZCA CON PRUDENCIA! para indicar la inminencia de la Curva del Muerto.

Robinson apuntó hacia el cartel y dio gas a fondo. Le dio el tiempo justo.

Para Kurt Sutter y Richard Chizmar



STEPHEN KING. Es el maestro indiscutible de la narrativa de terror contemporánea, con más de cincuenta libros publicados. En 2003 fue galardonado con la Medalla de la National Book Foundation por su contribución a las letras estadounidenses, y en 2007 recibió el Grand Master Award que otorga la asociación Mystery Writers of America. Entre sus títulos más célebres cabe destacar *El misterio de Salem's Lot*, *El resplandor*, *La zona muerta*, *Ojos de fuego*, *It*, *Maleficio*, *La milla verde* y las siete novelas que componen el ciclo «La Torre Oscura». Sus últimos libros publicados en nuestro idioma son *Mr. Mercedes*, *Doctor Sueño*, *Joyland* y *22/11/63*.